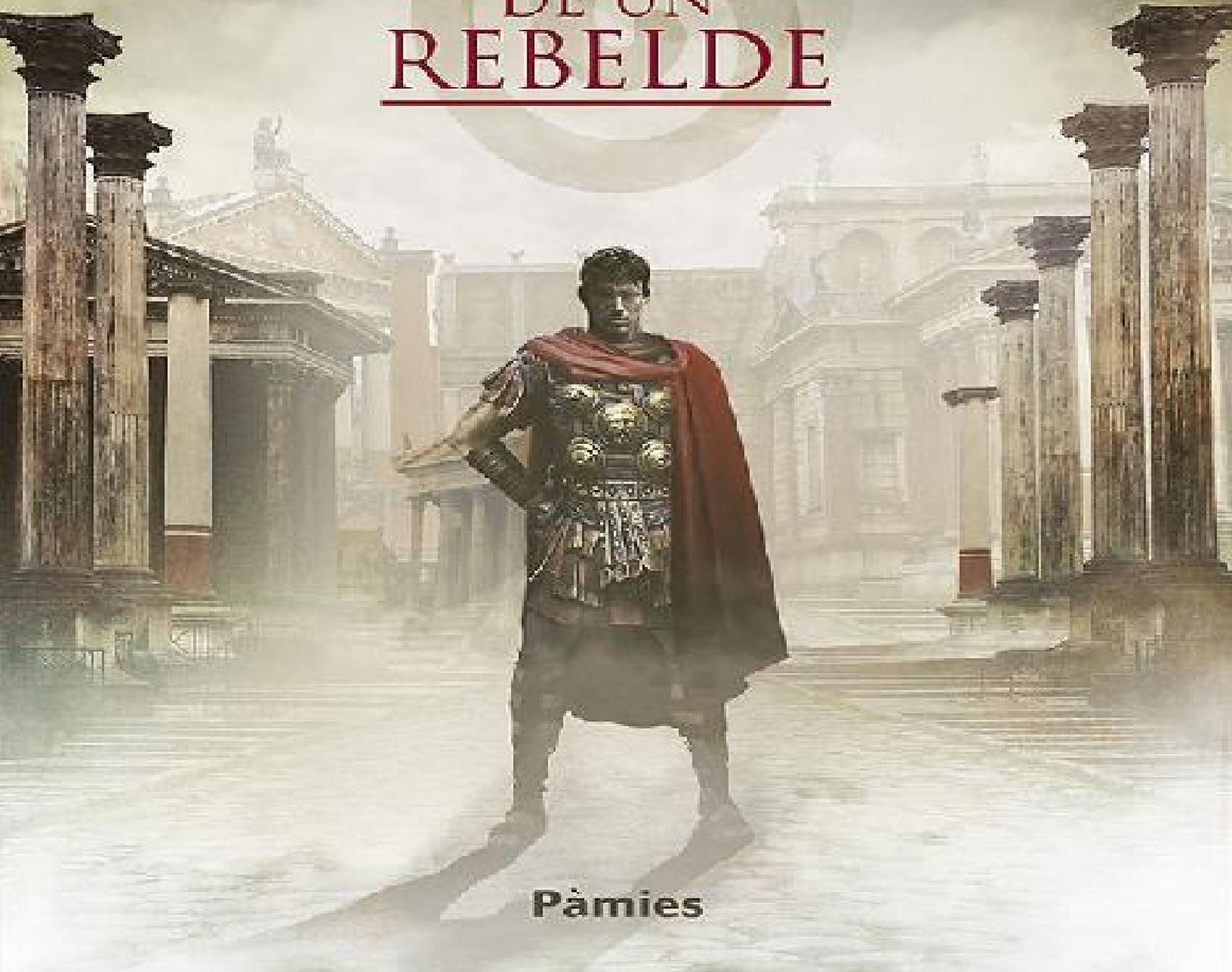


AGUSTÍN TEJADA

HISPANIA

EL SUEÑO
DE UN
REBELDE



Pàmies

AGUSTÍN TEJADA

HISPANIA

EL SUEÑO DE UN REBELDE



Pàmies

HISPANIA. El sueño de un rebelde
Agustín Tejada

ÍNDICE

PRIMERA PARTE: OSCA

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

SEGUNDA PARTE: EMPORION

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

TERCERA PARTE: LAURO

XXI

XXII

XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI

CUARTA PARTE: ITÁLICA

XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX

QUINTA PARTE: MITRÍDATES

XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI

XLVII

XLVIII

XLIX

L

LI

LII

SEXTA PARTE: MUTURUDUM

LIII

LIV

LV

LVI

LVII

LVIII

LIX

LX

LXI

APÉNDICES

CONTENIDO EXTRA

Kalaitos es mi nombre celtíbero. Así es como mis padres me llamaron al pisar este mundo, antes de que el destino me convirtiera, años después, en ciudadano romano. Soy, pues, un hispano de nacimiento. Un bárbaro con una rara inclinación por las letras. Una afición que le debo a un hombre llamado Placidio, un maestro griego al que conocí en la ciudad de Osca. Aunque quizá toda la culpa —o el mérito— de tan inusual apego fuera del general Quinto Sertorio. Fue él, al fin y al cabo, quien me condujo hasta allí después de destruir mi ciudad en medio de su lucha inaplazable contra el gran Cneo Pompeyo Magno. Una guerra entre romanos que empapó en sangre las tierras de Hispania durante ocho largos años. Esta es la crónica de aquella epopeya, o quizá el relato de un sueño: el del propio Sertorio y el de muchos hispanos que empuñaron su espada al lado de un rebelde. Persiguiendo la esperanza de unas libertades casi olvidadas; o, cuando menos, la ilusión de un orden más justo. Estas páginas narran el enfrentamiento de dos colosos, y también una parte fundamental de mi vida: la que pasé enrolado en las legiones del general Quinto Sertorio, el Gigante de Nursia. El hombre que nos guio a través de la peor de las pesadillas: la guerra contra Roma.

PRIMERA PARTE
OSCA

I

AÑO 77 A. C., OTOÑO

«Osca», señaló el centurión con su dedo al despuntar el décimo segundo día de marcha. Escondida entre las telarañas del amanecer, una ciudad sólidamente amurallada descansaba, majestuosa, sobre un tapiz de prados verdes. «*Osca, magna urbs*», insistió el suboficial romano en vista de nuestro silencio. Y es que por primera vez contemplábamos el que sería el destino final de aquel viaje. El lugar que debía acogernos por tiempo indefinido, hasta que en nuestros cuerpos y también en nuestras mentes hispanas se obrara la transformación definitiva.

«*Osca, komtreb maros*», traduje al celtíbero, provocando un escalofrío inevitable entre mis jóvenes acompañantes. Consiguiendo que aquellos pequeñuelos desorientados se pusieran a contemplar el horizonte algodonoso con aprensión evidente. Temblequeantes, apiñados a mi alrededor como hormigas aterrorizadas. Quizá la sombra de bozo que afeaba mi rostro y los diez años de diferencia les hacían ver en mí a todo un guerrero de la Celtiberia, a alguien capaz de defenderlos de una legión enemiga con el mero rugido de su garganta.

—Pronto entenderéis y hablaréis la lengua romana tan bien como Kalaitos —les dijo Draco, el centurión sertoriano, desde su montura—. En Osca os van a enseñar muchas cosas, la mayor parte de las cuales no os servirá de nada en la vida —se carcajeó nuestro guardián—. Afortunadamente, yo estaré siempre cerca para convertirlos en hombres hechos y derechos, en auténticos legionarios —añadió con mirada inquietante.

Traduje también aquellas palabras a nuestro idioma materno, pero no logré arrancar ni un solo sonido de unas gargantas enmudecidas por el pánico. No resulta fácil aflojar el nudo cuando el destino siembra tu camino de acertijos indescifrables. Y para aquellos polluelos hispanos nada podría ser más inexplicable y sobrecogedor que verse entregados en custodia a unos soldados extranjeros a los que nuestros padres siempre llamaron invasores y ahora denominaban aliados. Y es que pocas fechas atrás también yo me había rascado la cabeza incrédulo ante aquella realidad nueva y desconcertante: que la Roma opresora de siempre apareciera repentinamente dividida y que ambas facciones en discordia estuvieran usando nuestro suelo como campo de batalla no era ciertamente un asunto de fácil digestión. De hecho, algunos habíamos tenido que comprender el entuerto sobre la marcha. Con la falcata en la mano y sin tiempo para interrogantes.

Contrebia Leucade, mi ciudad natal, había sido una de las pocas fortalezas que rehusó apoyar a quien pensaba aflojarnos —o eso aseguraba al menos— el nudo de la sogá. Es decir, el de los impuestos abusivos de Roma. Mi padre —caudillo indiscutible del *oppidum* celtíbero— no era de los que atan la mula al árbol tan solo porque el tronco aparezca ya lleno de ramales. Para el viejo Ambón, el general Quinto Sertorio, líder de la facción popular, no pasaba de ser un loco con la cabeza llena de grillos. Por eso le cerró las puertas de su ciudad en espera de una ayuda que nunca llegó. Por eso murió con sus

guerreros, aferrado a su hacha bipenne, mientras luchaba por salvaguardar la Ciudad Blanca de las ínfulas de un agitador sin futuro. Porque entre una guerra incierta hoy o una muerte segura mañana a manos de las legiones consulares, el veterano mandatario escogió la primera opción como la menos catastrófica. Lamentablemente, la muralla y el foso de Contrebia solo aguantaron cuarenta y cuatro días. Después llegaron la muerte, la destrucción, la esclavitud o la deportación para casi todos, aunque no para mí, sorprendentemente. Porque a pesar de los innegables trastornos ocasionados por mi padre durante el asedio, Sertorio me respetó la vida. Y no solo eso: el general rebelde también prometió devolverme Contrebia cuando estuviese preparado «para gobernarla con madurez y criterio». Y para alcanzar ambas prerrogativas me enviaba a Osca, a su Academia de Latinidad, lo mismo que al resto de alevines celtíberos que me acompañaban. No obstante, la extrema cercanía de la tragedia y la estrecha vigilancia a la que éramos sometidos me impedían confiar por completo en la sinceridad de una declaración tranquilizadora solo en apariencia. No en vano yo era el único integrante de aquella caravana de herederos errantes cuyo progenitor había rechazado sumarse a la causa popular, la defendida por el insurgente Sertorio. Una circunstancia que también me había convertido en el único huérfano de padre de aquel grupo. Y sin embargo, a pesar de que el horizonte pintaba más despejado para los otros, el miedo nos atenazaba a todos con la misma fuerza. Tal vez por eso, para ahorrarnos el espanto de la gran urbe, Draco esperó a que las sombras de la noche se adueñaran de Osca antes de hacernos penetrar en sus calles.

Una empinada pendiente nos dejó frente a la puerta oeste de la fortaleza, unos batientes que se abrieron como las fauces de un dragón hambriento y se cerraron detrás de nosotros con el estruendo de la maza del dios Sucellos al resquebrajar el mundo. Después, los soldados romanos nos empujaron dentro del laberinto.

Por alguna razón, el centurión Draco había descartado hacernos desfilar por la que parecía una de las avenidas principales de Osca y prefirió rodear casi todo el perímetro amurallado de la ciudad hasta alcanzar su zona oriental. En aquella apresurada travesía pude contemplar las innumerables torres que defendían —cada veinte pasos— todos los sectores de la ciudad. También comprobé en aquel primer contacto la irregularidad de una urbe adaptada a los caprichos de un relieve escabroso. En Osca no abundaban las manzanas trazadas a escuadra, ni los trayectos rectilíneos. Muchas veces las calles solo conseguían llegar a su destino a base de escarpadas rampas o escaleras más o menos abruptas. Precisamente a poco de rodear uno de aquellos obstáculos nos dimos de bruces con la imponente mole de la Academia de Latinidad. No fue, sin embargo, la solidez y grandeza de aquel edificio lo que más llamó nuestra atención, sino el variopinto gentío que esperaba nuestra llegada entre las columnas del pórtico.

Siguiendo las órdenes de dos individuos envueltos en togas blancas, una veintena larga de mozalbetes nos dio la bienvenida en un latín deshilachado y balbuceante. Después, el más grueso de aquellos dos instructores se acercó a nuestro grupo y se quedó observándonos con aire decepcionado.

—Mi nombre es Placidio y soy el rétor de la Academia Latina de Osca —afirmó mirándonos de arriba abajo—. ¿Alguno de vosotros es capaz de entenderme?

Dos docenas de pequeñas —y sorprendidas— cabezas se volvieron inmediatamente hacia mí con gesto interrogativo.

—¿Solo tú? ¿Solo tú eres capaz de comprender la lengua romana? —me preguntó aquel hombre

rechoncho con el desencanto propio de quien se forja ilusiones que luego se desvanecen como el humo —. ¿Nadie más? —todavía sondeó infructuosamente entre los recién llegados.

Adrastos era el nombre de quien mantenía el orden de aquella formación bajo los soportales. Él no ostentaba el título de rétor, sino de gramático, y se encargaba precisamente de enseñar los fundamentos latinos a los más pequeños. «Porque en algún idioma tendríamos que entendernos», sostuvo Placidio haciendo pequeñas pausas que permitieran mi traducción. Y a fe que parecía en lo cierto a juzgar por los indescifrables cuchicheos de aquella tropa menuda que ya ocupaba la Academia de Latinidad. Según explicó el rétor, aquellos chiquillos vestidos con indumentarias de color púrpura pertenecían a pueblos que jamás había oído nombrar en mi Celtiberia natal. Los había sedetanos, ilergetes y suessetanos provenientes del norte del río Hiberus; y también ilercavones, edetanos y contestanos de la costa oriental. A todos ellos Placidio los llamó «íberos», no por vivir en las inmediaciones del río Hiberus, sino porque, antes que Hispania —dijo—, la tierra que todos pisábamos había sido bautizada con el nombre de «Iberia» por los primeros comerciantes griegos que llegaron a sus costas.

Un muchacho pelirrojo sobresalía en medio de aquella infantil muchedumbre debido a su aventajada estatura. Era un indiketa, una stirpe que habitaba en la costa, «entre las montañas siempre nevadas del norte y las aguas más septentrionales del *mare Internum*», afirmó Placidio apuntando hacia Oriente. El chico se llamaba Estibos y su aspecto, taciturno y sombrío, era el de un condenado triste, el de un reo conforme con su sentencia. Fue tras la marcha de Draco y sus soldados cuando el gramático se dispuso a mostrarnos las dependencias de nuestro nuevo hogar, un bonito edificio de piedra que a juzgar por su olor a argamasa fresca quizá hubiera sido utilizado para otros menesteres antes de ser reconvertido en centro de instrucción para analfabetos hispanos.

Adrastos era un hombre ceñudo, alto y seco como el palo de una escoba, y ensabanado en una túnica que no conseguía disimular las aristas puntiagudas de su esqueleto.

—*Cognitionis alae* —declamó de manera escueta y a la vez rimbombante a la hora de designar los dos espacios donde Placidio y él impartían sus enseñanzas.

Durante unos segundos me devané los sesos tratando de encontrar la manera de hacer inteligible al celtíbero aquel curioso término de «habitaciones del conocimiento». Cuando lo logré, descubrí que Adrastos fundamentaba su magisterio no solo en la precisión y parquedad de sus palabras, sino también en la dureza del método.

—¿Cómo quieres que mis pupilos dejen de usar ese dialecto bárbaro si alguien les proporciona una traducción instantánea?! —me reconvino ásperamente mientras un recio cachete restallaba sobre mi nuca—. *Hospitia* —apenas murmuró cuando accedimos a la parte del edificio que albergaba los dormitorios, el comedor, las letrinas y la zona de aseo. Allí, enfrentados a un aguamanil, Adrastos nos repartió una esponja y un frasquito con un líquido oleaginoso con los que pudimos arrancar de nuestros cuerpos exhaustos el polvo incrustado en el camino. Después, desoyendo los rugidos salvajes de nuestros estómagos, el severo gramático nos envió directamente a dormir. Según dijo, habíamos rebasado con creces la hora prevista para la cena, y el sueño debería convertirse en nuestro único alimento hasta el *ientaculum* de la mañana. Afortunadamente, Estibos, mi solitario compañero de dormitorio, guardaba una agradable sorpresa para mí.

—Sabíamos de vuestra llegada a Bolskan desde ayer —me susurró en un latín parejo al mío cuando Adrastos apagó el último candil de la academia.

—Nuestra llegada... ¿adónde?

Estibos forzó una sonrisa.

—Bolskan —repitió—. Los iberos siempre hemos llamado así a esta ciudad. «Oscá» es un invento romano —añadió tendiéndome un trozo de queso y otro de pan—. Los he guardado para ti. —Volvió a sonreír—. Estaba seguro de que Adrastos no os permitiría probar bocado.

Miré a nuestro alrededor con más detenimiento. Estibos y yo ocupábamos los dos solos un *cubiculum* diseñado para albergar a un grupo tan enorme como el que ya formaban el resto de chiquillos hispanos. Sin embargo, por una razón u otra, el rétor solo contaba con dos discípulos. Y posiblemente, de ahí la decepción que mostraba su rostro.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le pregunté al amable indiketa.

—Un mes —afirmó—. Igual que los demás.

—¿Viniste voluntariamente?

Estibos esbozó una sonrisa condescendiente ante la estupidez que yo acababa de plantear.

—Nadie viene aquí voluntariamente.

—¿Has intentado escapar? —le espeté entonces a quemarropa.

Un respingo agitó el cuerpo del joven ibero.

—¿E... escapar?! Ni siquiera sé si eso es posible —arguyó tragando saliva—. Y además...

—¿Además?

—Además, mi padre me mataría si volviera a Indika.

—¿Por qué?

—Él admira a Sertorio. Es su aliado —me explicó—. Me ha enviado aquí para que aprenda el arte de gobernar, y también el de la guerra. —Estibos calcó la misma mirada atribulada de antes—. ¿Y tú?

—Mi caso es distinto —repuse—. Mi padre era enemigo de Sertorio.

—¿Era?

—Murió durante el asedio de mi ciudad: Contrebia Leucade. Después caí prisionero y fui conducido hasta aquí por un centurión llamado Draco. No hay mucho más que contar —aduje tras engullir el último trozo de pan.

Estibos señaló con su mano hacia donde quedaban las dos «habitaciones del conocimiento».

—Esto no está tan mal —me aseguró con resignación—. Un poco aburrido, quizá. Pero podría ser peor, sin duda.

—No hay nada peor que perder la libertad, Estibos —le dije poniéndome en pie.

El heredero indiketa pareció considerar mis palabras un par de segundos. Después saltó de su jergón al verme asomar la cabeza al pasillo y avanzar hacia la ventana del otro lado.

—¿Qué pretendes hacer?! —siseó.

Todavía sin haber cruzado los lindes de la medianoche, la Academia de Latinidad y toda la ciudad de Oscá, o de Bolskan, se habían convertido en una nebulosa de silencio negro. Justo la ocasión propicia para un *temenei* fugitivo.

—¿Sabes qué es un *temenei*? —lo interrogué.

—No conozco el idioma celtíbero... —se disculpó tímidamente el indiketa.

—Es alguien capaz de caminar en la oscuridad sin ser visto; capaz de fundirse con las sombras y pasar por una de ellas.

Estibos asintió, aunque sin demasiada convicción.

—Yo tengo ese don —le dije—. Y voy a usarlo ahora para escapar de esta ciudad.

A través de la ventana observé la patrulla de *vigiliae* que custodiaba la academia. Eran cuatro soldados y daban la vuelta a su perímetro constantemente, separados entre sí por unos pocos metros. Pronto noté que se demoraban ligeramente a las puertas de la academia y también junto a la ventana de nuestro dormitorio, porque esos eran los lugares más probables para intentar una fuga. También calculé sus tiempos muertos, y sus ángulos ciegos. Entonces atravesé el enorme dormitorio en el que descansaban plácidamente los más pequeños hasta alcanzar el ala opuesta del edificio e hice la misma operación. No me resultó demasiado complicado descolgarme por una de sus ventanas en cuanto los dos guardias que tenía a la vista doblaron la esquina. Una vez en la calle crucé al otro lado de la calzada y me convertí en sombra en espera de los otros dos *vigiliae*. Tampoco ellos repararon en el bulto oscuro que se agazapaba bajo el alero. De reojo los vi girar y supe que contaba con apenas tres segundos hasta que el siguiente vigilante apareciese por mi izquierda. Eché a correr como un galgo y torcí, todavía a tiempo, por la primera bocacalle que encontré a mi derecha. Tomé sin pensarlo varios cruces más con el fin de alejarme cuanto antes de aquel lugar, pero sin olvidar nunca mi objetivo principal: alcanzar la muralla. Ella iba a convertirse en mi aliada más fiable en la búsqueda de una salida de aquel laberinto. Al fin y al cabo, mi único devaneo por Osca se limitaba al realizado pocas horas antes, cuando Draco nos había guiado desde la puerta oeste hasta la academia rodeando más de media ciudad. En aquel trayecto casi circular pude contar cuatro puertas de acceso, de lo cual deduje que la ciudad contaría con no menos de seis o siete en total. El número, sin embargo, carecía de importancia. Lo que yo pretendía localizar ahora era la última de las entradas que había visto al pasar. Porque en ella me había parecido advertir un canal de desagüe que atravesaba la muralla por su parte inferior. Una gruesa tubería que además de conducir agua quizá sirviera también para evacuar prófugos.

Aparte de evitar a los retenes de guardia de las puertas principales y sus torres anexas, apenas tuve que desviarme o buscar escondrijo en mi recorrido hasta la alcantarilla. Aun así, cuando la encontré, miré varias veces sobre mi hombro antes de agacharme. Aunque ya contaba con ello, no pude evitar un suspiro de contrariedad al descubrir la reja que protegía aquel agujero. Eran tres gruesos barrotes verticales que cerraban el paso a intrusos y fugitivos como yo. Me acordé entonces de mi diosa predilecta: Noctiluca, guardesa de todos los seres insomnes. Y le pedí un único deseo: si al menos un hierro cediera —«tan solo uno», le supliqué—, podría colar la cabeza entre ellos. Y después el cuerpo.

Noctiluca no me falló. El barrote de en medio lo sentí menos afianzado que los otros. Dos fuertes tirones le hicieron coger juego. El tercero lo arrancó de la pared, dejándolo en mi mano. Lamentablemente, la diosa de la noche no se mostró excesivamente generosa en esta ocasión y no juzgó necesario rodear mis maniobras de la intimidad necesaria.

—¿Qué estás haciendo, muchacho? —Una voz afectada por los hipos intermitentes del dios Baco me asaltó por la espalda.

Al beodo se le advertían los ojos chispeantes. Y también algo extraviados por la sorpresa de ver a un joven hispano hurgando en el interior de una alcantarilla. Mientras me erguía para encarar a aquel romano curioso, reparé en sus aires de distinción. En la túnica bordada en oro que lo cubría de pies a cabeza, una rica prenda cuyo extremo derecho aquel hombre llevaba enroscado sobre el antebrazo. Una mala costumbre, pensé, la de llevar una extremidad comprometida de manera tan estúpida, pues concede a un posible agresor una ventaja decisiva.

El primer trancazo se lo endosé con mi mano izquierda, justo por encima de la oreja. Y, como había supuesto, mi víctima fue incapaz de defenderse. No obstante, no me ensañé con él. Procuré golpearle con tiento, a pesar de que un garrote de hierro puede resultar tan mortífero como una espada. Lo que

no hice fue comprobar si respiraba tras desplomarse como un fardo. Los fugitivos no suelen andar precisamente sobrados de tiempo. Ni de miramientos.

El desagüe atravesaba la muralla de parte a parte y se prolongaba por el exterior varios codos. Cuando saqué la cabeza por aquel extremo, después de reptar un buen tramo entre inmundicias, solo percibí oscuridad. Una penumbra atosigante y fétida que me impedía calcular la verdadera altura que me separaba del suelo, aunque el eco lejano de aquel chorrillo de agua corrompida al golpear más abajo me hizo pensar en una distancia considerable. Lo ideal habría sido dejarse caer con los pies por delante. Sin embargo, la angostura del canal hacía inviable cualquier maniobra. Y ya no era cuestión de volver atrás para invertir mi postura y arriesgarme a ser sorprendido de nuevo. El batacazo resultó rotundo, tras una caída difícilmente estimable en tiempo. Sí pude contar los tumbos que fui dando hasta quedar nuevamente inmóvil al pie de la ladera. Fueron nueve las volteretas y, afortunadamente, ninguno los huesos rotos. Una flecha incendiaria rasgó la noche cuando todavía yacía inmóvil en el fondo de aquel barranco, tratando de mover brazos y piernas en un rápido intento por hacer recuento de los desperfectos. Aunque no era consciente de haber gritado, tampoco podía asegurar que ningún sonido hubiese escapado de mi garganta. En cualquier caso, saltaba a la vista que los centinelas de las torres más próximas habían escuchado ruidos extraños debajo de la muralla.

Una segunda flecha voló sobre mi cabeza, y después una tercera, mientras varias voces discutían sobre la procedencia de avisar al oficial de guardia. Por experiencia propia conocía los miedos que acorralan a todos los centinelas. Dar una alarma general que luego resulte falsa no es un error que se perdone fácilmente. Por eso aquellos hombres dudaban mientras yo peleaba por ordenar mis ideas.

Poco antes de llegar a Osca, Draco nos había mostrado desde un cabezo el río que circunvalaba la ciudad por el norte y también por el este, justo el sector que yo había escogido para mi fuga. El centurión nos había hablado también del puerto fluvial por el que llegaban pertrechos y víveres para las legiones sertorianas. Bajo la luz rojiza de aquellos dardos incendiarios, el Iseola se me antojó como una auténtica carretera líquida hacia la libertad. O, cuando menos, como la mejor manera de poner tierra de por medio con mis posibles perseguidores. Aunque para lograrlo necesitaba una embarcación.

Di con el muelle tras seguir la orilla durante unos centenares de pasos. Era espacioso, el embarcadero más grande que yo hubiera visto jamás, con más de dos docenas de naves amarradas a sus bolardos de hierro. Desgraciadamente, la mayoría de ellas resultaba absolutamente ingobernable para un grumete inexperto como yo. Había sin embargo dos pequeñas chalupas atadas a una simple estaca y un pontón para el paso de personas y carruajes al otro lado del río. Sentado junto a aquella barcaza un hombre arrojaba guijarros al río arrullado por la corriente. Fatalmente distraído, desapercibido ante un traicionero ataque por la espalda.

Arranqué una enorme piedra del suelo sin hacer el menor ruido y proseguí mi avance de puntillas, como un ladrón en la noche, con la espalda arqueada y el brazo listo para descargar mi golpe.

—¿Eres tú? —Una voz grave e inesperada detuvo en seco mis pasos. Al parecer el barquero esperaba a alguien, quizá a una amante secreta que lo encontraría ya con la cabeza abierta y los sesos esparcidos—. ¿Eres tú, Kalaitos? —volvió a preguntar aquel hombre mientras se desperezaba.

Cuando el supuesto pontonero comenzó a darse la vuelta, la silueta maciza de Draco quedó recortada al contraluz harinoso del Iseola.

—Sabía que lo intentarías —me dijo con una condescendencia afable—. Y sabía también que

acabarías aquí. —Cabeceó afectuoso, como si neutralizar mi huida le hubiese resultado igual de divertido que jugar con un hijo travieso—. Por cierto, ¿saliste por la alcantarilla? —Draco esbozó otra sonrisa paternal—. Te vi mirarla con ojos golosos cuando pasamos junto a ella al anochecer.

Las habilidades deductivas de aquel curioso centurión me parecieron bastante meritorias. Y sin embargo, tener ante él a un celtíbero con un enorme pedrusco en la mano y el ceño fruncido no le había hecho asociar ideas. Draco logró esquivar el proyectil en un alarde de agilidad, aunque el escorzo le dejó haciendo equilibrios sobre el embarcadero. Entonces me abalancé sobre él aprovechando su desconcierto.

—Vaya... —Draco asintió con admiración cuando me vio otra vez en pie con la daga que un segundo antes llevaba al cinto—. ¿Quieres jugar? —sonrió mientras se limpiaba el polvo de su túnica corta—. Juguemos entonces.

Yo no habría llamado exactamente «juego» a un lance en el que un adversario exhibe un afilado estilete y el otro simplemente sus puños. Pero no era el momento de discutir pequeñeces ni de hacer concesiones. La primera estocada rozó la manga derecha del centurión rasgando la tela desde el codo.

—¡Bien! —exclamó Draco, dedicando un gesto de aprobación a mi frustrado intento.

Mi segunda tentativa consistió en un tajo cruzado pero mi contrario se lo quitó de encima con un simple giro del torso. La tercera cuchillada la lancé recta pero el filo solo encontró el aire húmedo de una noche estrellada.

—Se acabó la clase por hoy —le oí gruñir a Draco tras cazar mi brazo armado bajo su axila. Después el canto de su mano se abatió sobre mi cuello como el filo de un hacha de acero. A pesar del súbito mareo, traté de zafarme de aquel apretón de oso pardo, pero el centurión de Sertorio ya había decidido acabar con la pantomima. Su puño de hierro estalló sobre mi sien, encendiendo de una vez todas las estrellas del firmamento.

II

Dos cabezas se inclinaban sobre mi cuerpo tundido cuando abrí los ojos, aunque los rasgos de aquellos rostros se me hicieron absolutamente irreconocibles, igual que sus comentarios. Un único sonido, aburrido y monocorde, perforaba como una molesta música de fondo la nebulosa de mi aturdimiento. Solo cuando mis miembros, y sobre todo mis sentidos, retornaron a mi control, distinguí la voz nasal de Adrastos recitando versos en la habitación contigua. Y las caras de mis dos acompañantes: uno era joven, con los pómulos algo salientes y los ojos tristes; el otro peinaba ya hilachas grises sobre un rostro mofletudo y, en aquel momento, contrariado.

—Has cometido una estupidez, Kalaitos. —La voz modulada de Placidio iba teñida de una decepción casi presentida—. Una enorme estupidez que ha podido costarte muy cara.

A pesar de ser el rétor quien me hablaba, dirigí mi primera mirada consciente hacia Estibos y lo ensarté con ella unos instantes. El indiketa la sostuvo sin pestañear. Lo cual me hizo pensar que no había sido él el delator. Quizá Draco tuviera razón, después de todo, y la mente de los fugitivos fuera transparente como el agua fresca.

—Te has comportado como un auténtico tontaina —me reconvino nuevamente Placidio usando una palabra que me irritaba sobremanera, pues era la favorita de mi padre para mostrar a diario su desencanto por haber engendrado un hijo al que consideraba atolondrado e inútil.

—¿Acaso buscar la libertad es un signo de estupidez?! —me revolví indignado.

Placidio chascó la lengua con disgusto.

—Libertad..., curiosa palabra —murmuró mientras un acceso de risa agitaba su prominente barriga—. ¿Y dónde pensabas encontrar esa «libertad» de la que hablas? —El rétor me escrutaba con sonrisilla irónica—. ¿Aguas arriba o aguas abajo de Osca?

Hinché mi pecho de la misma vehemencia enrabiada que antes, pero cuando abrí la boca para responder, comprobé que mi furia era ciega. Y mi cuerpo, una ballesta sin flecha. De repente me daba cuenta de que no tenía argumentos que disparar. Porque incluso en el supuesto de haber dejado fuera de combate a Draco, no habría sabido hacia dónde dirigirme. De eso me hacía consciente ahora, y el rétor se daba perfecta cuenta. Aun así, quiso Placidio seguir restregándome los ojos con aquel paño impregnado de ácida realidad.

—¡Responde, vamos! —me urgió—. ¿Habrías marchado aguas abajo hasta acabar en el gran Hiberus y después en el mar, pedazo de cretino? ¿O habrías remado a contracorriente para volver a tu Celtiberia natal? ¿O quizá habrías huido más al oeste, a la tierra de los vacceos?

Bajé la cabeza, abrumado por la precipitación e inmadurez de mis actos. Todos los territorios mencionados por Placidio estaban en manos de Sertorio, incluida mi amada Celtiberia. Mi padre había sido uno de los pocos gobernantes hispanos en oponérsele. Pero ahora, incluso Contrebia Leucade contaba con una fuerte guarnición sertoriana y un gobernador romano llamado Lucio Insteyo.

—¿O acaso habías pensado pasarte al bando optimate? —me espetó el rétor en una regañina que parecía interminable—. Para eso —ironizó— tendrías que haber caminado muchas millas, y aun así no te habría sido fácil encontrar un ejército enemigo en el que poder alistarte. Solo el «procónsul fantasma» Cecilio Metelo anda por ahí escondido en algún lugar de la Bética con un puñado de hombres sin atreverse a asomar la nariz de su guarida. Hispania entera está ya en manos de Sertorio —afirmó Placidio aplacando levemente su ira.

Levanté la mirada cuando el rétor terminó su abrasivo discurso.

—No pretendía pasarme a ningún bando —me defendí—. No trataba de unirme a ningún ejército para luchar contra Sertorio. Ni siquiera distingo a unos romanos de otros —añadí—. Tan solo quería huir de aquí. Ser libre otra vez.

Placidio resopló con fuerza, como si explicar obviedades a un tonto le resultase un trabajo agotador.

—¿Ser libre otra vez? —se carcajeó en mi cara—. Hace mucho tiempo que nadie es libre en Hispania —dijo—. Hace siglos que nadie es libre en el mundo conocido —añadió con aire sombrío—. Hace una eternidad que todos somos siervos de los romanos —afirmó aquel hombrecillo, súbitamente apesadumbrado.

Sopesé unos instantes las palabras de Placidio y se me ocurrió que, efectivamente, el rétor estaba otra vez en lo cierto. Muchas veces la sensación de libertad puede confundirse con la simple «familiaridad», igual que debe de pasarle al buey viejo después de vivir toda una vida encerrado en un establo. Echaba de menos, es cierto, la vida en mi ciudad natal: mi casa, mi familia, los paseos junto al río... Pero el hecho de poder circular sin estorbo por las calles de Contrebia y celebrar cada mes nuestra fiesta del Plenilunio no nos convertía en hombres libres. Mi propio padre, como mandatario de la ciudad, era el encargado de recaudar entre sus conciudadanos los tributos que Roma nos imponía. Antes lo había hecho mi abuelo y después me habría tocado a mí.

—Tu historia es la mía propia. —Placidio colocó su mano sobre mi hombro—. Tu historia, Kalaitos, es la de todos nosotros —afirmó mirando también a Estibos y a Adrastos, que acababa de entrar en el dormitorio—. A todos nos ha aplastado la bota implacable de Roma. —El rétor sonrió con inusitada tristeza—. Pero ya que su supremacía militar es indiscutible..., elijamos al menos a qué amo queremos servir.

Zarandeeé la cabeza confundido mientras intentaba colocar a unos y a otros en el lugar correcto de un tablero con demasiados cuadros.

—Pero Adrastos y tú sois... sois... —objeté aturdido.

—Somos griegos.

—¿Griegos?

—Los dos somos refugiados atenienses —dijo antes de ponerme al día de unos hechos de los que no habíamos tenido conocimiento en la Celtiberia, y quizá tampoco en el resto de Hispania.

Al parecer, Grecia se había rebelado contra el poder establecido, es decir, contra la Roma de Cornelio Sila, hacía cosa de diez años. A la hora de la verdad, sin embargo, solo Atenas mantuvo el pulso cuando las temibles legiones consulares aparecieron en el horizonte. Las demás polis volvieron mansamente al redil sin disparar una flecha. El asedio de la ciudad duró cinco meses, exactamente hasta el primero de las calendas de marzo. Entonces llegaron la masacre, el expolio, la destrucción de templos y ágoras, y el silencio forzoso de los filósofos. Algunos de estos hombres sabios no pudieron soportar la visión de aquella hecatombe y decidieron huir de la brutalidad y la represión del general optimate al reino de Mitrídates VI, el único soberano del mundo capaz de oponerse a Roma con ciertas garantías de éxito.

Solo una pregunta se me ocurrió después de aquella narración de guerra y peripecias:

—¿Y por qué no habéis continuado al lado del rey Mitrídates, si es un enemigo tan formidable para Roma?

Los dos griegos intercambiaron una curiosa mirada que posiblemente llevaba aparejados recuerdos de antaño. Placidio se encogió de hombros.

—El reino del Ponto no era un mundo «suficientemente» civilizado para dos hombres como nosotros —arguyó por toda justificación para abandonar un lugar seguro y venir a una ciudad como Osca, o como Bolskan, y tomar partido por un general «íntegro». Porque así es como Placidio definió a Sertorio. Aun así, las diferencias entre mandatarios romanos seguían siendo para mí un enigma de lo más inextricable. Por eso, mi segundo interrogante también parecía lógico:

—¿En qué se diferencia Quinto Sertorio del hombre que asoló Atenas si ambos son generales itálicos?

El rétor de la academia agitó las manos enérgicamente en clara demostración de que entre ambos personajes no existía ningún parecido, aparte de llevar espada y vestir armadura.

—Sila era un dictador que afortunadamente ya pasó a mejor vida —afirmó Placidio—, un hombre brutal y despiadado que instauró el régimen del terror, proscribiendo, persiguiendo y ejecutando a todos los senadores populares que se le opusieron. El mismo Sertorio tuvo que escapar a la Mauritania para evitar ser asesinado por su enemigo político. Pero ahora ha vuelto —el rétor hizo otra pausa en la que analizó cada uno de mis parpadeos—, y con un ejército de soldados hispanos se propone retornar a Roma y librarla de las garras de los herederos de Sila y de la corrupción reinante.

Intenté digerir de la manera más objetiva tan arduas explicaciones. Sin embargo, la voz enronquecida de mi progenitor muerto siempre acababa por encontrar un resquicio en mi aturullada mente.

—Mi padre siempre afirmó que Sertorio era un lunático sin futuro —arguí—. Un oportunista que solo buscaba engatusarnos en su propia guerra a cambio de zarandajas, para luego apretarnos la soga como cualquier cónsul romano de turno.

—Tu padre obró honestamente —me interrumpió el rétor recobrando la destemplanza del principio—, y eso le honra. Fue un buen gobernante, pero se equivocó a la hora de elegir. Erró al apoyar al hombre que saqueó el santuario de Delfos, arrasó el Ática y destruyó la Academia Platónica donde Adrastos y yo impartíamos clases.

Vi cómo los dos griegos apretaban los puños al recordar unos acontecimientos, sin duda, poco gratos.

—Sertorio no es como Sila —abundó el ateniense errante—. Él no es un optimata; es decir, no es un aristócrata que haya nacido ya bañado en riquezas. Sertorio es un plebeyo, un hombre del pueblo. Un militar humilde y austero que pretende establecer una nueva relación entre Roma y sus provincias. ¿Para qué esta academia —Placidio abrió los brazos al cielo— si no tuviera voluntad de ayudaros a salir de la barbarie a todos los hispanos?

Nada le rebatí, aunque se me ocurrían un par de cosas. Tan solo cuestioné lo más obvio:

—¿Y todo eso que has mencionado antes piensa conseguirlo Sertorio simplemente con un ejército de soldados hispanos?

El rétor no respondió de inmediato. Pareció quedarse meditando la complejidad de un dilema que, en realidad, solo tenía dos respuestas posibles: sí o no.

—Con ellos... y con su ingenio militar —sostuvo finalmente el sabio griego tras medir cuidadosamente sus palabras—. Por lo pronto ya domina Hispania, y también los aquitanos de la Galia se han sumado a su causa. A la Roma optimata —añadió con ojos soñadores— no le será fácil enviar ayuda por tierra. Ahora, Kalaitos —solicitó repentinamente—, adécéntate un poco antes de salir a la

calle.

Placidio pareció dar por terminaba la charla y se dio la vuelta con intención de abandonar el dormitorio. Adrastos, sin embargo, lo tomó por el brazo y le dijo algo en su idioma. Ambos se enzarzaron entonces en una breve discusión en aquella lengua extranjera hasta que el criterio del rétor pareció imponerse al del gramático.

—Me pregunto qué habrán hablado esos dos —le comenté intrigado a mi compañero de dormitorio cuando ambos nos quedamos solos. Todavía no me había acostumbrado a ser mudo testigo de conversaciones ininteligibles.

—Adrastos le ha advertido de la conveniencia de mantenerte amarrado a la cama todavía unos días para evitar una nueva fuga, pero Placidio, al parecer, confía en ti, y se ha mostrado contrario a tal medida —me explicó Estibos tranquilamente.

—¿Me estás tomando el pelo?! —le pregunté, volviéndome hacia él con la velocidad del relámpago.

—No —sonrió—. Entiendo ese idioma. En Indika, todos hablamos griego.

Mientras trataba de rasgar de mi *sagum* los lodos pestilentes de la alcantarilla, Estibos me explicó que su tierra había recibido la visita de los griegos mucho antes que la de los romanos. Al parecer, la ciudad de Emporion —fundada por comerciantes fóceos— estaba separada por un simple tabique de la capital indiketa. Con el tiempo, iberos y griegos decidieron compartir espacios e incluso construir murallas y defensas comunes. No era de extrañar, pues, que todos los niños nacidos en la ciudad hispana aprendieran desde la cuna no solo el idioma ibero, sino también el griego y el latín.

Placidio vino a buscarnos a los pocos minutos. Mientras desfilábamos fuera de la academia por su puerta principal, pude advertir los ojos llenos de envidia de los alumnos de Adrastos. Para los pequeños hispanos no habría paseo aquella mañana; tan solo aburridas lecciones de gramática latina y algún que otro cachete si su atención menguaba más de la cuenta. El propio gramático lanzó a su colega una mirada de desaprobación cuando nos vio salir alegremente. Un dardo envenenado que el obeso rétor ignoró con total displicencia.

Osca nos saludó con un día brillante de otoño. Y con una amalgama de olores y ruidos que Placidio se propuso evitar, al menos en un principio. Por eso optó por tomar la dirección opuesta a todo aquel estridente pandemonio, haciéndonos rodear la ciudad en el mismo sentido que yo había seguido al intentar la fuga, aunque sin llegar hasta la muralla. Supuse que Estibos ya conocía aquellos barrios periféricos; para mí, en cambio, se trataba del primer contacto diurno con una auténtica urbe romana. Me sorprendieron gratamente aquellas viviendas achatadas a las que Placidio llamaba «*domus*», arropadas en torno a un patio central, y que en algunos casos contaban incluso con un bonito jardín trasero.

—Aquí vive la gente más pudiente —me informó Estibos mientras a mi mente volvía el recuerdo del borrachín noctámbulo cuya lustrosa túnica mostraría hoy los signos inequívocos de la violencia, si es que aquel hombre había sobrevivido al garrotazo.

—No todo el mundo puede permitirse una casa así, tan solo los magistrados y los comerciantes más ricos —me aclaró Placidio cuando llegamos a la puerta oeste, la misma por la que habíamos entrado a la ciudad la noche anterior—. He aquí el *decumanus maximus* —dijo, refiriéndose a la amplia avenida que discurría en dirección este y que Draco no había querido recorrer con nosotros.

A medida que avanzábamos por aquella calle, ancha y empedrada, las espaciosas casas con patio y jardín fueron dejando paso a otro tipo de construcciones mucho más modestas y funcionales. Unos edificios plurifamiliares de varias plantas de altura donde las viviendas, a menudo minúsculas, se apretujaban como celdas de abeja y recibían el curioso nombre de *insulae*. Aquellos barrios cada vez más céntricos y sus ruidosos moradores nos trajeron también el estruendo cotidiano de la gran ciudad. «El fragor de la vida», lo llamó Placidio cuando llegamos al final del *decumanus maximus* y penetramos en el foro de Osca.

—Este es el corazón de la ciudad —me explicó Placidio casi a gritos para imponer su voz al clamor estridente de aquella enorme plaza rectangular— ¿No es paradójico? —preguntó después volviéndose a sus dos pupilos.

—¿El qué? —contestamos al unísono Estibos y yo.

Placidio frunció los labios en un claro mohín de desencanto ante la escasa clarividencia de sus dos únicos alumnos.

—¿No es acaso paradójico —repitió desplegando su mirada en derredor— que los romanos sigan llamando a esta zona «foro», que viene a significar «afueras» o «extrarradios», cuando se ha convertido en el núcleo de sus ciudades?

El rétor nos aclaró a continuación que el nombre venía de lejos, de cuando artesanos y agricultores vendían sus productos en los arrabales y no en el centro de las urbes, como ocurría ahora. Aquel, sin embargo, era un día de mercado, y el foro de Osca bullía como una marmita burbujeante. Apiñados alrededor de los puestos, los clientes —principalmente mujeres— adquirían verduras y comestibles a voz en grito. Nada tenía precio fijo, observé; aunque para mis sentidos, lo más llamativo eran los efluvios embriagadores que escapaban de algunas *tabernae* situadas en los pórticos de la plaza. Unos aromas a carne asada o simplemente a pan recién horneado que habrían podido revivir a un muerto, y yo casi lo era en aquellos momentos.

—Maestro, hoy no he desayunado —me atreví a apuntar, interrumpiendo la cantinela del rétor—, y ayer Adrastos tampoco nos permitió probar bocado a nuestra llegada...

Placidio andaba enfrascado hablándonos de la curia, el edificio levantado justo enfrente de aquellos soportales de fragancias inenarrables, y que acogía al Senado de Osca, el órgano máximo de gobierno de la ciudad. La norma, afirmó el griego, era contar con entre cincuenta y cien magistrados, según la importancia de la urbe. El de Osca, sin embargo, tenía ya casi trescientos miembros, y todavía esperaban a «algunos desperdigados más de última hora», dijo.

—Allí podrás reponer fuerzas —se apiadó de mí el rétor, apuntando con su dedo hacia el extremo norte del foro donde se alzaba precisamente el templo de Vesta.

—Pero, maestro... —exclamé compungido cuando me asomé al puesto en el que Placidio pretendía obtener mi sustento de aquella mañana.

—La frugalidad es la clave del pensamiento claro —me aleccionó mientras pagaba y me tendía después un manojo de rábanos.

La hortaliza romana me supo exactamente igual de insípida que la celtíbera. Mis tripas rugientes habrían aceptado de mejor grado un pedazo de carne asada, pero, a falta de otra cosa, los ojos pronto se me fueron al edificio que teníamos delante: el templo de Vesta. En su tupida columnata divisé un grupo de chicas de mi edad. Todas jóvenes, todas bellas, todas vestidas en inmaculada seda blanca y peinadas con admirables trenzas que aún realzaban más el brillo trigueño de sus cabellos.

—No es buena idea apuntar el arco hacia donde no podrás disparar tu flecha —le oí decir al maestro

griego al verme contemplar boquiabierto a aquellas muchachas de Osca—. Son sacerdotisas vestales, todas vírgenes, y por muchos años —me aclaró riendo Placidio—. Su función es mantener siempre encendido el Fuego Sagrado de Vesta.

—¿Y para qué? —fue la única pregunta que se me ocurrió. Al fin y al cabo, encender una fogata cuando hace falta está al alcance de cualquiera con dos dedos de frente.

Placidio se llevó las manos a la cabeza en un cómico gesto de ofuscación.

—¡Oh, por Zeus! —exclamó el griego sin abandonar aquel gesto de sarcástico horror—. Gravísimos infortunios se abatirían sobre Osca e Hispania entera si la llama se apagase en algún momento.

—¿Y no hacen nada más? Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir —me interrumpió el rétor dándome un manotazo—, y no, no hacen nada más. Bueno, sí —Placidio pareció meditar—, a veces intervienen en sacrificios y en algunas celebraciones, como pronto podrás comprobar. Pero aparte de eso... su vida no tiene mucho de particular.

Estibos apenas había abierto la boca en todo el paseo. El indiketa parecía una persona más dada a la reflexión que al exceso verbal. Por eso creo que debía de llevar varios días, quizá semanas, rumiando su sorprendente pregunta.

—Maestro... —apenas murmuró.

—¿Qué te sucede, Estibos?

—Hay una cosa que no logro entender por mucho que le doy vueltas...

—¿Y qué es?

—¿Dónde están los iberos de Bolskan? ¿Dónde viven ahora los habitantes que fundaron esta ciudad?

Estibos seguía siendo reticente a emplear la palabra latina. De cualquier manera, su martillazo había dado en el clavo. Así me lo pareció por el silencio meditabundo de nuestro maestro. A decir verdad, cualquiera que recorriera Osca durante un rato, notaría la total ausencia de moradores hispanos en sus calles. Si alguna vez hubo iberos en aquella ciudad, o bien se habían extinguido de manera extraña o habían huido de sus hogares hacía muchos años.

—Es obvio que viven en otros lugares —respondió Placidio de manera excesivamente lacónica como para aplacar las dudas de su pupilo.

—¿Qué lugares?

El rétor se frotó el mentón como si tratara de recordar tiempos arcaicos. Una época que, evidentemente, él tampoco había vivido. Pero que adivinaba por experiencia y sabiduría.

—Hay que reconocer —afirmó con sonrisilla aviesa— que los romanos tienen una enorme facilidad para hacer incómoda, incluso imposible, la vida de sus vecinos, sean quienes sean.

—¿Los iberos de Bolskan tuvieron que marcharse para dejar sitio a los romanos? —se sorprendió un siempre flemático Estibos.

El griego negó despacio.

—Las cosas nunca suceden tan de repente —explicó—. Los nativos de esta ciudad no fueron forzados a dejar sus casas, pero está claro que, poco a poco, han ido prefiriendo asentarse en otros poblados del llano, o en pequeños castros más o menos cercanos.

—Pero siempre lejos de los invasores —añadí yo de mi propia cosecha.

Placidio me miró como se mira a una mula terca.

—Siempre manteniendo una distancia que permita la comodidad de ambos pueblos —me corrigió.

Dejamos a un lado el templo de Vesta y su residencia de sugerentes vírgenes para enfilear el *cardo*

maximus, la otra avenida principal de Osca, perpendicular al *decumanus maximus* y también confluyente en el foro. Aquí, las voces femeninas que rodeaban los puestos de comestibles fueron dejando paso a otras más varoniles y recias. Y es que ahora zapateros, sastres, quincalleros, joyeros y otros gremios plagaban los bajos de las *insulae* entre las que paseábamos. Placidio se detuvo frente a uno de estos establecimientos. «TONSOR», rezaba un enorme cartel en su puerta. Estibos y yo nos miramos alarmados.

—¿Van a cortarnos el pelo? —pregunté asustado.

—Efectivamente —nos confirmó nuestro maestro—. Ya no podéis ir por ahí con esa pinta de bárbaros.

El indiketa y yo nos miramos consternados, contemplando por última vez nuestra imagen silvestre. Ambos gastábamos el cabello largo, como todos los hijos salvajes de Hispania. En la Celtiberia, al menos, era normal mostrarse en público con el pelo encrespado o hasta media espalda; e incluso sujetarlo en caso de necesidad con una cuerda en una destartalada coleta.

El barbero no tuvo ningún miramiento con nuestras desgreñadas melenas. En cuestión de minutos, Estibos y yo calcábamos el aspecto de dos refinados jovencitos itálicos; o eso pensábamos nosotros, pero no Placidio.

—Aféitales también la barba —ordenó al *tonsor* cuando ya nos creíamos listos.

La navaja de aquel hombre resultó un utensilio desconocido para mí, pues los celtíberos no solíamos rasurarnos el mentón, y quien lo hacía simplemente necesitaba un cuchillo bien afilado. Nuestra sorpresa no acabó, sin embargo, ahí. Tras pagar al barbero, el rétor recogió los restos de nuestros respectivos bozos y los envolvió en sendos paños que guardó en un bolsillo de su toga. Al preguntarle por aquella curiosa maniobra, él se encogió de hombros y musitó «cosas de los romanos».

También era cosa de romanos vestir toga y no *sagum*. Por eso, la siguiente *taberna* en la que entramos fue una sastrería. Allí, un tal Arcadio se frotó las manos mientras nos tomaba medidas.

—Maestro, ¿por qué los alumnos de Adrastos visten de distinta manera? —se me ocurrió preguntar al ver que Placidio y el sastre manejaban telas blancas para nuestras futuras indumentarias.

—Estibos y tú ya no tenéis edad para llevar la *praetexta* —respondió.

Recorrimos el *cardo maximus* en toda su longitud hasta la puerta norte. Entonces giramos a la derecha y volvimos a la academia tras rodear las enormes cisternas que abastecían con agua del Iseola gran parte de la ciudad. Aunque ya era la hora del *prandium*, los pequeños aprendices de Adrastos todavía no se habían sentado a la mesa. Permanecían en el aula, sentados en el suelo, manipulando grandes letras de madera tratando de formar palabras y oraciones con cierto sentido. Los romanos adultos, me explicó Placidio cuando accedimos al comedor —sin duda para que no me sorprendiese el día en que me tocara verlo—, comían recostados sobre sus camas. Sin embargo, aquella postura todavía no era procedente para neófitos como nosotros.

Los dos maestros griegos comieron en mesa aparte. Ambos se hicieron servir sendos platos de asado todavía humeante. A nosotros, por el contrario —grandes y pequeños sin distinción—, nos tocaron raciones más comedidas, a base de verduras hervidas y un trozo de carne fría por cabeza. Después, se nos ofreció una pieza de fruta mientras Adrastos y Placidio se ponían a vaciar vasos de vino en medio de una divertida charla en su idioma. Estibos, que ya dominaba mejor que yo aquellas costumbres, me informó de que los romanos —y al parecer también los griegos romanizados— dejaban los licores para el final porque estos, según dicen, adormecen los paladares, desvirtuando el sabor de los alimentos.

—Estibos... —empecé a decirle al indiketa mientras contemplaba cómo nuestros dos maestros se dejaban caer gozosamente en los brazos de Baco.

—¿Qué ocurre, Kalaitos?

—Quiero que me enseñes griego.

Mi compañero de academia dio un respingo.

—¿Para qué?!

—No me gusta perderme nada de lo que se dice a mi alrededor —esgrimí por toda justificación.

—No... no voy a poder hacerlo —balbució Estibos.

—¿No puedes? ¿Por qué?

—Porque los romanos no quieren que lo aprendamos. Yo lo hablo porque nací al lado de una colonia griega —arguyó asustado—, pero a quienes lo saben les está prohibido enseñarlo.

—No te entiendo, Estibos.

El joven ibero me miró con una mezcla de tristeza e impotencia.

—El griego es su arma secreta contra los nativos de sus provincias.

—¿Cómo?

Estibos suspiró ante mi profundo desconocimiento.

—Ningún hispano, ni galo, ni germano, ni nadie en sus territorios conquistados es capaz de entender esta lengua. Por eso los mandos romanos la usan para comunicarse entre ellos sin temor a que sus mensajes sean interceptados ni siquiera por sus propios aliados.

—Ya —asentí—. Aun así, quiero que me enseñes ese idioma. Nadie va a enterarse.

—Está prohibido, Kalaitos.

—Las leyes romanas no rigen para los celtíberos.

Estibos sonrió ante lo inevitable.

—¿Todos los de tu raza sois así de tozudos?

—Lo mío debe de ser cosa de familia —le dije mientras recordaba a mi padre y su manera de afrontar los problemas.

Aquella tarde, Placidio y Adrastos la pasaron durmiendo, pero antes de derrumbarse sobre sus jergones a purgar los vapores del vino, nos ordenaron a Estibos y a mí cuidar de los más pequeños. Ellos, dijeron, pensaban «meditar» un rato. A los primeros ronquidos, sin embargo, todos los ocupantes despiertos de la Academia de Latinidad escapamos al río. Allí, mientras los cachorrillos hispanos cazaban las últimas ranas de un verano ya extinguido, Estibos me informó de algunos aspectos de Osca todavía desconocidos para mí.

Desde el primer instante me había extrañado la casi total ausencia de soldados en su interior, a excepción de los retenes de guarda de las puertas y otros custodios en edificios importantes. Mi compañero indiketa me explicó que existía un campamento a varias millas de la ciudad, pero muy pocos legionarios entraban en Osca, tan solo quienes andaban de permiso. Aquella, afirmó, era una decisión de Sertorio: el militar romano no deseaba que sus tropas acamparan dentro de los *oppida* hispanos. Por norma general, un exceso de soldadesca solo traía problemas y amargas quejas de los locales. El mismo Quinto Sertorio había plantado sus cuarteles de invierno en un lugar llamado Castra Aelia, en la desembocadura del río Salo.

—¿Y no va a venir a Osca en todo el invierno? —pregunté a quien parecía saber más que yo de casi todo.

—Placidio dice que no tardaremos en verlo —respondió el indiketa—. Ahora está ocupado

reclutando tropas frescas para la próxima campaña.

Las últimas palabras de Estibos no habían sonado muy halagüeñas, y así se lo dije.

—¿Próxima campaña? ¿No está ya toda Hispania pacificada?

El ibero torció el gesto.

—Casi toda. No obstante el rétor piensa que Roma no se quedará quieta. El peligro que supone Sertorio es demasiado grande como para dejar que su poder crezca como una bola de nieve rodando ladera abajo. Por cierto... —Estibos pareció dudar un segundo—, ¿vas a intentar escapar de nuevo?

No necesité meditar demasiado mi respuesta. Placidio me había hecho consciente de mi torpeza. Me había hecho paladear y tragar finalmente las hieles de una realidad incontestable.

—No —le dije—. No tiene sentido. Me he dado cuenta de que si el destino ha decidido atropellarte, lo hará de todas maneras, vayas donde vayas. Y aquí, por lo menos, hay buenas murallas.

Dos voces recriminatorias nos hicieron volver la cabeza. Eran las de Placidio y Adrastos lanzando improperios en latín y griego. Ambos maestros bajaban la cuesta que conducía al Iseola despendolados, haciendo cómicos aspavientos. Presas de un monumental enfado que al principio quizá solo hubiera sido pánico tras despertar en una academia vacía. Porque una fuga masiva de alumnos habría desatado, sin duda, la ira de Sertorio.

—¡Malditos renacuajos analfabetos! ¡Ya podéis despediros de la cena! ¡En su lugar, pasaréis la noche entera conjugando verbos! —amenazó el gramático a sus alumnos más jóvenes.

Los iberos quizá le entendieron, pero no los de mi tierra. Por eso les traduje aquella terrible amenaza sin que Adrastos se diera cuenta.

—*¡Nekue litom!* —gritó uno de los rapaces celtíberos.

Adrastos se revolvió enfurecido.

—¿Qué diablos has dicho, mequetrefe?! ¡No vuelvas a usar ese idioma bárbaro en mi presencia!

Otro chiquillo entonó entonces el mismo grito. Y después otro, y a continuación muchos más. Incluso los iberos se unieron riendo a una cantinela que no comprendían pero que les sonaba a rebelión en ciernes.

—¿Qué están diciendo, maldita sea? —Adrastos se volvió a mí como único recurso.

—Dicen que no es justo lo que les haces.

—¿Que no es justo?! —El iracundo gramático se introdujo en el río hasta las rodillas y avanzó a grandes trancos hacia la zona donde los arrapiezos hispanos cazaban ranas—. ¡Yo les explicaré a estos mocosos lo que es justo! —exclamó hecho un basilisco.

El primer cachete del griego aterrizó sobre una cabeza ibera. El segundo, sin embargo, marró su objetivo debido a un ágil escorzo de la víctima. Aquella falta de acierto desequilibró a Adrastos, quien tras un cómico molinillo dio con sus huesos en el cauce del río.

Las carcajadas de todos los presentes no impidieron que Estibos y yo escucháramos los comentarios de Placidio dirigidos a su colega, aunque, obviamente, yo no entendí nada.

—¿Qué le ha dicho? —le pregunté a mi compañero, y ahora también maestro.

El indiketa repitió la frase, en su primera lección de griego, y luego la tradujo.

—Es el destino irremediable de todos los tiranos acabar antes o después haciendo el ridículo.

III

No fueron días exactamente divertidos los quince siguientes. Placidio nos retuvo enclaustrados en la academia desde el alba hasta el anochecer, sin apenas recesos ni tiempo para ir a las letrinas. Desde la incomodidad pétrea de nuestros taburetes descubrimos en aquellas horas eternas la figura inigualable de un tal Homero. Un personaje a quien Placidio admiraba profundamente y al que llamó «educador de toda Grecia», pues sus obras contenían «todo», absolutamente todo, lo que un hombre debe saber para convertirse en persona civilizada y dejar de ser un bárbaro.

El rétor no cejó hasta que sus dos pupilos fuimos capaces de reproducir *La Ilíada* de principio a fin, casi de memoria y sin pausas. Afortunadamente, Adrastos se presentó con un paquete bajo el brazo en la mañana de nuestra decimoquinta jornada de encierro, justo antes de que Placidio tuviera tiempo de iniciar su sesión de tortura: el estudio de *La Odisea*, otra de las obras imprescindibles de Homero. Aquel mismo mediodía vimos por fin la luz del sol, aunque de manera controlada.

En perfecta formación, todos los integrantes de la Academia de Latinidad nos dirigimos al templo de Vesta siguiendo obedientemente la estela de nuestros líderes.

—Hoy recibiréis vuestras togas definitivas —nos informó por el camino.

—¿Qué togas, maestro? —preguntó Estibos, quien al parecer ya no recordaba nuestras probaturas ante el sastre.

—La *toga virilis* —le informó Placidio—, la que marca el teórico inicio de vuestra madurez física e intelectual.

—¿Y tanta parafernalia para celebrar que Estibos y yo ya somos... adultos? —no pude por menos que susurrarle al rétor cuando ya divisábamos la escalinata del templo y a todo el público congregado en sus cercanías.

Placidio se encogió de hombros y exhibió la sonrisilla sardónica que acostumbraba cuando alguna cuestión «de altura» escapaba a su control. Y a su lógica.

—Cosas del calendario religioso de Osca. —Se encogió de hombros.

—¿Qué calendario?

—Cada ciudad romana —me explicó— cuenta con su propio calendario de actos religiosos, y al parecer el de Osca anda un poco escaso de contenido. —Placidio sofocó como pudo un acceso de risa—. De ahí que el *pontifex maximus* os haya elegido a vosotros como excusa para hacerse ver en público.

El máximo pontífice respondía al nombre de Tito Claudio Aufidio, posiblemente el ser humano más obeso que yo hubiera visto jamás en mi vida. Además de aquella gordura anómala, el sacerdote gastaba los ojos bovinos y las mejillas desmoronadas. También era calvo como una calabaza, una circunstancia que aquel hombre trataba de disimular plegando sobre la cabeza un ala de su estrafalaria *toga trabea*.

—No me gusta ese hombre —musité por lo bajo.

Placidio volvió a mostrarse irónicamente misterioso.

—Oh, no te preocupes por eso —arguyó sin abandonar el sarcasmo—. Hay mucha gente en Osca que no va a gustarte.

Quienes sí me agradaron fueron las vírgenes que habían salido a recibirnos al peristilo de su templo. Había seis y todas eran altas y esbeltas, más o menos de mi edad, con unos cuerpos tan perfectos que daba grima pensar en toda la vida que su curiosa profesión iba a escamotearles durante un tiempo para mí desconocido.

—¿Cuánto tiempo sirven las vestales? —le pregunté entonces a Placidio.

—Treinta años.

—¡Por todos los rayos de Tarannis! —Me estremecí—. Eso es una condena a perpetuidad...

El rétor se encogió de hombros.

—Para muchos padres es un honor y a la vez un alivio entregar a sus hijas al templo de Vesta a los seis u ocho años.

—¿Ah, sí?

Placidio exhibió otra vez aquella mueca socarrona que empezaba a caracterizarle.

—Claro, ¿acaso te extraña? El Estado corre con todos los gastos de estas chiquillas durante no menos de tres décadas. ¿Quién no se apuntaría?

—Aquella debe de estar ya a punto de cumplir sus votos —le dije señalando a la mujer que parecía dirigir los movimientos del grupo y se cubría la cabeza con una aparatosa ínfula blanca.

—Aquella es Velina Diadora, la suma vestal —me explicó el griego—. Y no creo que tenga intenciones de abandonar el cargo tan fácilmente.

Mi maestro no tuvo tiempo ya de continuar con sus explicaciones, porque los protagonistas de todo aquel protocolo fuimos instados a subir la escalinata y unirnos al nutrido grupo de sacerdotes y vestales que aguardaban tras las columnas. El templo de Vesta —advertí desde la puerta— era de forma rectangular, con un techo relativamente bajo dotado de un orificio central por el que extraer el humo del fuego sagrado.

—¿No vamos a celebrar el acto a los pies de Vesta? —le pregunté a Placidio al ver que los preparativos para la ceremonia se hacían en el mismo peristilo.

—Nadie puede entrar en el templo, a excepción de las vírgenes y su superiora —me explicó—. Además, ahí dentro no hay diosa ni nada que se le parezca.

—¿Ah, no?

—Los romanos apenas fabrican estatuas o efigies de sus dioses —me explicó—, porque según ellos no hace falta. Sus deidades son omnipresentes y están por todas partes. ¿Es que no puedes sentir ya su influencia? —El griego volvió a contener la risa.

El rito se inició con el sacrificio de un chivo viejo. Dos de los sacerdotes ayudantes lo sujetaron por las patas y a continuación el *pontifex* le golpeó en pleno testuz con una pesada maza.

—Más vale que el bicho muera pronto —me susurró Placidio—. Lo contrario sería signo de mal agüero.

El chivo cayó a la primera. Después, el propio pontífice exhibió un enorme cuchillo de hierro y procedió a degollarlo tranquilamente. No hubo más carnicerías ni espectáculos. Comparado con los cruentos sacrificios de mi Contrebia natal, donde nuestro brujo escarbaba en las entrañas del animal y arrancaba después sus vísceras palpitantes, el rito romano se me antojó casi tedioso. Y así debió de parecerle también a Estibos a juzgar por su cara de aburrimiento.

Hasta aquel momento, el papel de las vírgenes no había pasado de ser meras espectadoras. Dos de ellas,

sin embargo, aparecieron ahora con sendas vasijas humeantes. Por un instante pensé que la celebración terminaría —para protagonistas y asistentes— con el disfrute de un buen plato de gachas de trigo, pues eso era lo que contenían los recipientes. Entonces Placidio se adelantó y sacó del bolsillo los paños en los que transportaba los restos de nuestra primera barba. Aufidio fue el encargado de echar a perder aquella *mola salsa* esparciendo sobre ella el contenido de los pañuelos y vertiendo después el guiso sobre el chivo muerto.

Adrastos, ceñudo y vigilante, transportaba las nuevas indumentarias preparadas por el sastre: la reluciente *toga virilis* que Estibos y yo íbamos a vestir a partir de aquel instante. Sin embargo, el tránsito del *sagum* celtíbero a la elegante prenda romana no iba a resultar tan sencillo. Aufidio repartió la sangre casi coagulada del chivo en dos hornacinas y las entregó a dos de las vestales, que rápidamente se colocaron frente a los candidatos. A Estibos le tocó una virgen de aspecto frágil y desprotegido. A mí me encaró una muchacha de ojos resueltos, provocativos, con cabellos claros y un cuerpo vibrante que habría prometido emociones inenarrables.

Ambas vírgenes se arrodillaron a nuestro lado, portando cada una de ellas el cuenco lleno de sangre. A una señal de Aufidio, las muchachas procedieron a frotar aquel caldo todavía tibio sobre nuestros cuerpos. A Estibos, su vestal empezó restregándole los brazos y hombros. La mía escogió los tobillos, subiéndome muy despacio hasta las rodillas.

—¡A mis pies yace el cuerpo de un animal maléfico e impío! —barbotó el *pontifex*, refiriéndose al pobre bicho muerto—. ¡Impura e imperfecta es, pues, su sangre, como lo es la de quienes no han alcanzado todavía la madurez absoluta!

Sentí las manos ágiles de la virgen arañar la parte interior de mis muslos por debajo del *sagum*. La miré un instante en mitad de aquel sugerente cosquilleo. Sonreía. Jadeaba incluso a través de unos labios ligeramente entreabiertos.

—¿Te gusta? —La voz meliflua de la vestal dobló por un instante la cháchara hueca de Aufidio—. Me llamo Emilia —añadió, insinuante.

El *pontifex* hizo un último llamamiento al público que rodeaba la escalinata. Pero apenas fui consciente de ello. Sus letanías se iban desvaneciendo dentro de mi cabeza a la misma velocidad que algo crecía bajo mi *sagum*. Emilia se puso en pie rozando sin rebozo mi cuerpo trémulo. Después procedió a embadurnarme los brazos pegada a mi cuerpo, sintiendo el contacto de mi miembro erecto sobre su bajo vientre. Respirando mi aliento entrecortado sin despegarse un ápice. Una inesperada orden del *pontifex* hizo que dos sacerdotes menores nos arrancaran nuestras viejas ropas de un solo golpe.

La carcajada del público alertó a Aufidio. De otro modo, el máximo pontífice quizá no se hubiera dado cuenta, al igual que Placidio. No obstante, el rétor fue el primero en reaccionar.

—¡Por todos los dioses del Olimpo, Kalaitos! —exclamó alarmado—. ¿Quieres hacer el favor de taparte... *eso*?

Aufidio fulminó a Placidio con una mirada reprobatoria mientras el público asistente atronaba el foro de Osca con sus risas. El griego compuso una mueca que aunaba la impotencia y la ignorancia a partes iguales. Después se volvió a Adrastos para indicarle que entregara las togas a las dos vestales. Fueron ellas las encargadas de ceñir aquellas enormes piezas de tela a nuestros cuerpos, lo cual no resultó una tarea exactamente sencilla.

—¿Qué hace una virgen cuando no está atizando los leños de Vesta? —le pregunté a Emilia mientras sus brazos permanecían enredados sobre mi cintura con los extremos de la toga.

—Esperar príncipes —contestó sin dejar de mirarme.

—¿Romanos o hispanos?

—Tanto da si son valientes.

—Yo soy un príncipe celtíbero —le dije mientras me anudaba los cabos sueltos de mi futura indumentaria.

Emilia clavó sus ojos castaños en mis pupilas brillantes.

—Un príncipe sin reino, entonces —dijo—. Pero no importa —añadió enseguida—, mientras demuestre tener coraje.

—¿Por qué no me dijisteis que no llevabais ropa interior? —Al rétor se le notaba enojado por el ridículo vivido en la escalinata del templo. El sastre de Osca, en cambio, se frotaba las manos mientras tomaba medidas con las que elaborar los nuevos paños que iban a cubrir nuestras partes pudendas.

Estibos y yo nos encogimos de hombros.

—No nos preguntaste, maestro. Ningún hispano lleva nada debajo de su *sagum*. ¿Para qué habría de servirnos?

En el trayecto de vuelta a la academia, Placidio nos confirmó lo que ya nos temíamos: aquella misma noche comenzaríamos a trabajar con *La Odisea* homérica. «Para completar cuanto antes una formación grecorromana básica», afirmó.

—¿Qué prisa hay? —lo interrogué, ya que Estibos siempre acataba todo a la primera—. ¿No podemos dejarlo para mañana?

El rétor, sin embargo, se mostró tajante.

—Empezaréis a leerla esta misma noche, después de la cena. Se acerca el momento en que debáis demostrar... cierta cultura.

—¿Y quién va a examinarnos? —Esta vez fue el indiketa el interesado.

—Sertorio en persona.

—¡¿Sertorio?! —exclamamos Estibos y yo al unísono.

Placidio asintió con un cierto aire de preocupación.

—Se le espera en Osca en cualquier momento. Y ambos sabéis que es un hombre exigente.

La imagen del Gigante de Nursia, vestido de hierro junto a las ruinas humeantes de mi ciudad, rasgó por un instante las brumas de mi pensamiento. De su exigencia académica poco podía opinar yo. De su capacidad destructiva, sin embargo, había sido testigo implicado, y también víctima. En cualquier caso, hacía días que había dejado de preocuparme por mi vida. Si Sertorio hubiera deseado matarme por defender mi ciudad junto a mi padre, podía haberlo hecho con sus propias manos cuando me tuvo delante. Había en aquel instante otro tipo de ebulliciones en la marmita siempre burbujeante de mi sesera. Una llevaba nombre de mujer: Emilia; el otro tema era simple curiosidad por la misteriosa afirmación de Placidio junto al templo de Vesta.

—Maestro... —le asalté cuando retornábamos a la academia por el *cardo maximus*.

—¿Qué ocurre, Kalaitos?

—¿Por qué dijiste antes que mucha gente de esta ciudad no iba a gustarme?

El griego detuvo sus pasos y se puso a meditar cuidadosamente su respuesta.

—La gente que no va a gustarte no es de esta ciudad —matizó con calma—. Están aquí desde hace no mucho tiempo. Por fuerza mayor. Porque no les queda más remedio. Y todavía siguen llegando —añadió tras una pausa.

Ahora fui yo quien se puso a cavilar antes de pronunciar algo que, a pesar de todo, quizá sonara improcedente.

—O sea..., como Adrastos y tú mismo.

Placidio frunció el ceño, como si ser comparado con personajes a los que posiblemente denostaba no hubiese sido una música agradable para sus oídos.

—No es lo mismo —protestó—. Adrastos y yo no buscamos favores ni cargos; ni siquiera protección. La gente a la que me refería ha llegado aquí con una mano delante y otra detrás. Son todos ellos hombres de Lépido; meros supervivientes, gentes que ya no tienen adónde ir.

—¿Lépido? —pregunté tratando de orientarme en el laberinto de las luchas civiles entre romanos.

—Tras la accidentada salida de Sertorio hace varios años, Marco Emilio Lépido se erigió en el último defensor de la causa popular en Roma —me explicó Placidio pacientemente—. Hasta que fue derrotado y tuvo que huir a Sardinia, donde murió. La mayoría de sus seguidores, sin embargo, ha optado por venir a Hispania, a guarecerse bajo el manto protector de Sertorio en vez de tratar de organizarse allí y pelear contra el poder *optimatus*.

—Y a ti toda esa gente no te cae bien... —resumí.

Placidio se encogió de hombros.

—En general no son más que parásitos y buscavidas a los que Sertorio no ha tenido más remedio que «colocar» en distintos cargos, la mayor parte de las veces como senadores —se lamentó el griego.

—¿Y no podía haberlos mandado de vuelta por donde vinieron si no son de utilidad? —aduje.

—Me temo que no —sonrió Placidio ante mi ingenuidad en materia política—. Todos los apoyos son necesarios en estos momentos —afirmó—. El *pontifex maximus*, sin ir más lejos, ha traído muchos seguidores a Osca por el mero hecho de ser hermanastro del mismo Lépido.

Entonces recordé lo que el rétor había comentado sobre la suma vestal y su improbable disposición a abandonar el cargo de sacerdotisa mayor a pesar de su edad.

—¿Velina Diadora también está emparentada con ese Lépido?

—¡Oh, Velina, la dulce Velina! —exclamó Placidio con satírico retintín—. Con ella Sertorio tuvo que devanarse los sesos para encontrarle un hueco en todo este complejo entramado social en el que se ha convertido la ciudad de Osca.

—No estoy seguro de entender, rétor—le dije, casi rindiéndome a la dificultad de comprender los entresijos de aquella extraña cultura—. ¿No era ya Velina una vestal en Roma antes de venir aquí?

La carcajada de Placidio rebotó contra los muros de la academia como un ruidoso impacto de catapulta.

—¿Velina, una vestal? ¡No, por todos los dioses! Velina es, mejor dicho *era*, cuñada de Lépido, y lo único que la acercaba al concepto de virgen es que siempre ha estado soltera. Tan solo por esa razón a Sertorio se le ocurrió acomodarla en la residencia de sacerdotisas como *vestalis maxima*. Porque lo cierto es que Velina llegó aquí apenas con lo puesto, y si no fuera por este cargo tendría que vivir poco menos que de la mendicidad, o haciendo cosas peores —sostuvo el rétor en la misma puerta de la academia.

Los alevines de Adrastos nos miraron con extrañeza al vernos entrar a Estibos y a mí bandeando la *toga virilis*, la que usaban todos los romanos adultos. Una indumentaria que aparentemente nos desmarcaba de ellos, además del conocimiento del idioma. Fue esta inquietante percepción la que desencadenó la sorprendente pregunta de un casi siempre silencioso Estibos.

—Maestro...

—¿Qué ocurre ahora?

—Después de esta ceremonia —inquirió el indiketa palpándose la nueva toga blanca—, ¿somos ya Kalaitos y yo ciudadanos romanos?

Placidio hizo un gesto negativo con la mano.

—No, Estibos —rio el griego—. Eso llevará mucho más tiempo, me temo. Las cosas no son tan sencillas.

—Entonces... ¿para qué estas ropas? Yo preferiría seguir vistiendo la mía propia —adujo el indiketa.

El rétor frunció los labios en una mueca de disgusto.

—Esto es solo una preparación —se defendió—. Una preparación necesaria.

—Una preparación ¿para qué? ¿Para cuándo? —intervine yo ahora.

—¡Para cuando el general Sertorio estime oportuno concederos la maldita ciudadanía! —se impacientó nuestro maestro.

—¿Y tendremos que cambiar de nombre? —se alarmó repentinamente el indiketa.

—Bueno..., en cierto modo.

—¿Qué significa «en cierto modo»? —objeté.

—Tan solo que vuestro nombre hispano sufrirá una pequeña transformación y será algo más largo.

—¿Transformación? ¿Qué transformación? —quiso saber Estibos.

—¡No lo sé todavía, diablos! —se encorajinó el griego.

—¿Y para qué querríamos ser nosotros ciudadanos romanos? —se me ocurrió preguntar al advertir que tanta pregunta tonta nos alejaba de la auténtica esencia de aquel debate.

Placidio sonrió algo más relajado al pisar terrenos más trillados por su vasta sabiduría.

—Para un hispano —afirmó convencido—, ser ciudadano romano reporta grandes beneficios.

—¿Cómo cuáles? —preguntamos casi al unísono Estibos y yo.

—Ser ciudadano romano —nos explicó, paciente— supone disfrutar de una posición social privilegiada.

—Privilegiada... ¿en cuanto a qué? —lo interrogamos.

—En relación con las leyes, el acceso a la propiedad, los cargos de gobierno... ¿Os parece poco?

El rétor se había quedado mirándonos con el gesto grave y las cejas enarcadas. Esperando tranquilamente al efecto demoledor de tan contundentes palabras; sin percatarse de que una sesera hispana puede llegar a ser bastante impermeable, incluso hostil, a las razones aparentemente más inapelables.

—Entonces... —resumí con aire sesudo—, si no alcanzas la ciudadanía romana, jamás dejarás de ser pobre; y además, sus famosas leyes nunca te tendrán en cuenta. Y, por supuesto, nunca podrás intervenir en los asuntos de gobierno de tu propia nación.

El gesto amable y distendido del rétor comenzó a avinagrarse por momentos.

—¡Malditos cabezotas! —exclamó irritado—. ¿Cuándo empezaréis a pensar positivamente? ¿Cuándo dejaréis de meter palos en las ruedas del progreso? —se quejó amargamente.

—¿A cuántos hispanos conoces que hayan conseguido ya la ciudadanía romana? —lo interrogué en medio de su destempe.

—¡No lo sé, maldita sea! Algunos, supongo. ¿Cómo quieres que sepa el número?

—En Indika no había ninguno a quien se la hubieran concedido —terció repentinamente Estibos.

—Tampoco lo había en Contrebia —rematé yo.

—¡Por todos los demonios del Hades! —se enfureció el rétor—. ¡Para conseguir la ciudadanía romana hay que hacer primero algún mérito!

Estibos y yo nos miramos un segundo, pero fue el indiketa quien lanzó la flecha.

—Maestro... —apuntó suavemente mi compañero de academia con aquella voz de no haber roto nunca un plato—, ¿contáis Adrastos y tú con la ciudadanía romana?

Placidio se tambaleó igual que si hubiese recibido una pedrada en plena frente.

—¿No... nosotros, ciudadanos romanos? —Parpadeó sorprendido—. ¡Pues claro que no! —negó casi ofendido—. Nosotros somos griegos. ¡Somos atenienses! —recalcó hinchando el pecho—. ¿Para qué diablos necesitarían dos atenienses la ciudadanía romana? —se preguntó a sí mismo componiendo un gesto de desencanto al reparar en las escasas luces de sus dos pupilos.

—Creo que ya lo entiendo —repose pensativo tras una larga pausa—. Según parece —proseguí mirando a un intrigado rétor—, los griegos de Atenas usáis vuestro inmenso conocimiento en filosofía, en las artes y en las letras para elevaros por encima de la mediocridad del mundo romano y sentiros superiores a ellos. —El rostro de Placidio estaba distendiéndose en una sonrisilla de inequívoca suficiencia—. Porque, en el fondo, nunca habéis asimilado vuestra derrota frente a ellos, y esa es la única manera que conocéis de engañaros y ocultaros a vosotros mismos las cadenas que os mantienen sujetos a la noria romana igual que al resto de pueblos sometidos. ¿Es *eso* lo que en realidad querías explicarnos, rétor? —le pregunté finalmente, cuando el cómico gesto de petulancia del griego se había convertido ya en una torva mueca de cólera.

La cena fue posiblemente más frugal que de costumbre debido a la indignación que aún crispaba a nuestro maestro. Pero al menos resultó suficiente para aplacar las cuchilladas de nuestros estómagos. Después, *La Odisea* de Homero se encargó de colocarnos en nuestro lugar de gusanos hispánicos y de adormecer el resto de nuestros sentidos.

—Se me ocurre una idea, Estibos —le dije al indiketa después de leer por turnos casi una hora.

—¿Qué?

—Yo leeré todo el tiempo y tú me irás traduciendo la historia al griego, que es, además, el idioma original de *La Odisea*, ¿verdad? Así mataremos dos pájaros con la misma flecha: leeremos la obra y yo aprovecharé para aprender algo de esa lengua.

Estibos se quedó dormido a poco de cruzar la *secunda vigilia*. A mí, en cambio, el sueño nunca solía visitarme antes de los primeros albos. En esta ocasión, además, tenía claro que el dios Morfeo no lograría tumbarme ni pidiendo prestada la maza del dios Sucellos. Por eso me desprendí de la toga romana que ahogaba mis movimientos y me enfundé otra vez el viejo *sagum* celtibérico. Para lo que iba a hacer, el color pardo de aquella prenda resultaba infinitamente más recomendable que el blanco resplandeciente.

IV

Los guardianes de la academia, comprobé, seguían con el mismo absurdo protocolo de siempre: daban vueltas incesantes a la manzana separados entre sí por espacios más o menos equidistantes. Una práctica errónea que todavía no habían corregido; y no iba a ser yo quien lo señalara. Igual que la otra vez, los ronquidos desahogados de los dos griegos y el sueño profundo de los niños me dejaban el camino expedito para una nueva aventura en las tinieblas de Osca.

En esta ocasión ya conocía las calles lo suficiente como para orientar mis pasos en la dirección idónea. Al principio, sin embargo, la precaución me hizo dar un rodeo evitando el *cardo maximus*. La ciudad, observé, latía con ritmo distinto al esperado en una noche cualquiera. Osca estaba viva. No como un mediodía de mercado en el foro, evidentemente, pero sí agitada por el alboroto causado por pequeños grupos que canturreaban tonadillas desafinadas o daban voces más altas de lo aconsejable a aquellas horas. Por su forma de hablar y, sobre todo, de moverse, intuí que no se trataba de comerciantes, ni de simples viajeros en busca de una tasca donde enjuagar el polvo de los caminos. Aquellos inevitables encuentros ralentizaron mi marcha varias veces, haciéndome buscar cobijo en oscuros soportales u obligándome incluso a lanzarme de bruces al suelo. A decir verdad, y para ser sincero, mi manto mágico de *temenei* estaba de más aquella noche. Aquellos hombres iban tan cargados de alcohol que no habrían visto ni un cuervo posado sobre un montón de nieve.

Poco a poco fui desviando mi rumbo hasta dar con el *decumanus maximus*. Aparecía despejado, lo cual me hizo dudar si seguir por él o sumergirme en la tortuosa retícula de callejuelas que también me llevaría hasta el foro de manera más disimulada. No tuve tiempo de pensarlo demasiado. De repente, de los bajos de una de las *insulae* que poblaban la zona emergieron dos sombras alteradas que arrastraban de manera violenta a dos mujeres semidesnudas. Tras ellos apareció quien parecía el dueño del local; al principio indignado con la conducta de aquellos dos ruidosos clientes, después más suplicante al ver que sus palabras no hacían ninguna mella en las oscuras intenciones de los dos romanos. Las mujeres, en un principio pasivas, habían empezado ahora a mostrar cierta reticencia a acompañar a los dos individuos. Hasta el punto de que ambas fueron abofeteadas en mitad de la discusión por sus forzosos acompañantes. En ese instante sentí cómo una llama de ira me abrasaba las tripas, trepándome después hasta el gaznate. En ese momento me detuve y desvié mis pasos de su camino. Porque nunca he tolerado que un hombre use su fuerza bruta con una mujer.

Los dos desconocidos eran hombres de buena planta, altos y robustos, a punto de entrar en la treintena. Ambos vestían buenas ropas y *caligulae* tachonadas de hierro. Lo cual los convertía de manera inconfundible en militares. Por fuerza tenían que ser más duchos que yo en la lucha cuerpo a cuerpo, y por si fuera poco, eran dos contra uno. Sin embargo, el factor sorpresa estaba de mi parte. Y también el mucho vino que circulaba por sus venas.

Las sombras de la noche me dieron cobijo hasta colocarme justo a sus espaldas. Entonces derribé al

más cercano de un fuerte golpe en la nuca. El segundo se volvió con cara de sorpresa al ver caer a su compañero y se encontró con mi puño en pleno rostro. Cayó al suelo, chorreando sangre a raudales, pero todavía trató de levantarse. Dos patadas en los costados y una en la cabeza lo dejaron tendido inconsciente. Al otro, aunque ya estaba desvanecido, también le hice crujir las costillas, simplemente por si acaso. No fue una pelea limpia, ni bella, debo reconocerlo. Pero así es como han de ser las cosas cuando uno está en inferioridad numérica y, además, sus rivales son mejores.

Las dos mujeres desaparecieron por la puerta de la *taberna* sin siquiera darme las gracias, dejando al propietario del antro arrodillado sobre dos cuerpos maltrechos.

—¿Sabes lo que has hecho, desgraciado?! —me espetó tras incorporarse.

—Os he salvado el pellejo, a ti y a esas mujeres.

—¿Salvarnos la vida?! —se lamentó agarrándome por el pecho—. ¡Es muy posible que hayas conseguido justo lo contrario! ¡Estos dos son Grecino y Prisco, imbécil! —exclamó señalando a los dos hombres caídos.

—¿Quiénes?

—¡Grecino y Prisco! —siseó el hombrecillo—. ¡Los dos oficiales principales de Sertorio!

—Pero estaban golpeando a esas chicas —le refuté—. Y tú discutías con ellos.

—¿Discutir? ¿Golpear? —exclamó sorprendido aquel romano enclenque, como si mi estupidez le hubiese hecho olvidar el miedo—. Eso forma parte del juego, y del negocio. Esto es un lupanar, pedazo de cretino —volvió a zarandearme—, y esas dos chicas —apuntó hacia su local iluminado— son dos de mis mejores *delicatae*. Tan solo estábamos regateando el precio final del servicio.

Contemplé aquel local con más detenimiento. Del dintel de la puerta colgaba un farolillo rojo. Iluminado por aquella luz mortecina, un cartel mostraba un enorme falo en plena erección. A su lado, lo que parecía una lista de precios.

Grecino, o quizá Prisco, lanzó un lamento desde el suelo y comenzó a moverse. Casi al mismo tiempo, una daga se deslizó sibilante de su funda.

—No voy a ser yo quien pague los platos rotos de este estropicio. —El proxeneta apoyó su cuchillo en mi costado derecho.

El más corpulento de los oficiales caídos ya se había puesto de rodillas y se tentaba con ambas manos las costillas rotas.

—No te preocupes —traté de calmar al desesperado propietario—. Yo conozco bien a Sertorio —mentí.

—¿Tú? ¿A Sertorio?

—Claro. —Sonreí bajando mi brazo disimuladamente hacia la mano que manejaba la daga—. Soy el hijo de su mejor aliado —volví a mentir, esta vez doblemente.

El pequeño rufián me escrutó con renovado interés. Reparó por primera vez en mi aspecto hispano y en mi raído *sagum*, y al hacerlo descuidó momentáneamente la amenaza de su cuchillo.

—¡Rufo, sujeta a ese hijo de perra! —balbució el romano herido haciendo esfuerzos por incorporarse.

El grito del oficial sertoriano sacó al proxeneta de su ensimismamiento. Sin embargo, cuando el hombrecillo quiso recuperar el control de la situación, se encontró con la muñeca cazada por mi mano y su propia daga clavada en un glúteo. Su alarido agónico me persiguió al doblar la esquina a la carrera e incluso mucho después, tras alcanzar sin resuello las termas públicas de Osca. Solo entonces, cuando estuve seguro de que nadie me perseguía, encaminé mis pasos hacia el templo de Vesta.

Tres lictores hacían guardia en su puerta arrebujaos en sus capotes rojos. Preparados para acompañar

a las sacerdotisas si, por un motivo u otro, debían abandonar su sagrada morada. Ninguno de ellos percibió el acercamiento de una sombra encorvada. Un bulto negro que podía incluso escuchar sus respiraciones y sus comentarios anodinos desde su escondrijo a los pies del peristilo que rodeaba la entrada al templo.

Grecino y Prisco —aunque yo aún no sabía quién era quién— aparecieron de improviso por el extremo opuesto de la plaza. Magullados, maltrechos, escupiendo cuajos de sangre por sus labios partidos. Y, sin embargo, todavía peligrosos. Ambos oficiales se encaminaron directamente hacia los tres lictores con las espadas desenfundadas. Sus preguntas —urgentes, crispadas, cortantes— pretendían indagar sobre el paradero de un joven con ropas hispanas y aspecto de vagabundo. Ante las respuestas negativas de los guardianes, Prisco y Grecino decidieron hacer uso de sus galones, instando a dos de aquellos lictores a acompañarlos en su búsqueda. Ambos hombres dudaron un segundo, pero pronto se encogieron de hombros. Nadie discute las órdenes de dos legados sertorianos aunque parezcan medio borrachos. El tercer vigilante los vio marchar, riendo entre dientes la mala fortuna de sus compañeros, desatendiendo de manera lamentable la vigilancia del templo.

El famoso Fuego Sagrado de la diosa Vesta no era más que una modesta fogata colocada en un extremo de la sala. A su lado, una muchacha yacía adormilada con un leño preparado en la mano. La vestal cabeceaba de lado a lado, a punto de perder su encarnizada pelea contra el aburrimiento. Aunque me había desprendido de los coturnos nada más entrar, la joven dio un cómico respingo al percibir sonidos extraños en su duermevela.

—¡Shhh! —siseé con el dedo sobre los labios.

—¡Tú eres...! —susurró la vestal con incredulidad al reconocerme.

—El mismo —respondí también en voz baja.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a ver a Emilia.

—Es... es peligroso —musitó la virgen sin esconder su inquietud por mi presencia.

—No va a ocurrir nada. Nadie va a enterarse. Tan solo dime dónde duerme Emilia.

La anónima virgen señaló hacia el extremo más septentrional del templo. Dos pasillos paralelos nacían allí.

—En el de la izquierda vivimos nosotras —dijo—. En el otro tiene sus habitaciones el *pontifex maximus*.

El templo de Vesta era en realidad un pequeño edificio con forma de anillo al que podía accederse a través de dos pasillos paralelos: en uno de ellos habitaban las vírgenes y en el otro su tutor, el ínclito Aufidio. De esa manera, las jóvenes podían desplazarse desde su dormitorio hasta las mismas ascuas del Fuego Sagrado y montar guardia por turnos con el fin de que las desgracias que su extinción acarrearía nunca se abatieran sobre la ciudad de Osca.

El corredor de las vírgenes se me antojó largo, repleto de habitaciones, iluminado por tantas antorchas como puertas. Sin perder más tiempo me dirigí hacia la última de ellas, el *cubiculum* donde, según Sulpicia —como dijo llamarse la joven—, dormían las vestales.

Los goznes gimieron ligeramente cuando los hice girar, pero, afortunadamente, ninguna cabeza se alzó sobresaltada. En la penumbra de la habitación divisé seis camas, tres a cada lado del estrecho pasillo que las separaba. Obviamente, una estaba desocupada. Al inclinarme sobre el primer camastro, comprobé que no era Emilia su ocupante. Tampoco la siguiente inquilina se le parecía. En ese instante me di cuenta de que no había pensado cómo actuar cuando la encontrara. Ni tampoco adónde ir, porque las

vestales no gozaban de habitación propia. Aunque, quizá, alguna de aquellas puertas cerradas escondiera oscuros recovecos que pudieran servirnos, si Emilia se mostraba receptiva, claro estaba. Porque una cosa son las palabras y otra, los hechos. Si a la vestal le daba por poner el grito en el cielo, no me daría tiempo ni a calzarme los borceguíes.

Un sonido familiar, sobre todo por lo cercano en el tiempo, me dejó paralizado cuando ya me inclinaba sobre el tercer camastro. Y es que las dagas y las espadas son armas que hacen vibrar el aire de manera inconfundible cuando se deslizan fuera de su funda.

—Si mueves una ceja, te rebano el pescuezo aquí mismo —me aseguró la voz de quien manejaba el *gladius*—. Recula hasta la galería poco a poco y quizá vivas mañana.

Las antorchas del pasillo iluminaron el rostro del lictor que me retenía, dejando también al descubierto mis errores de cálculo: la residencia de las vestales tenía otra entrada por el lado opuesto al templo, igualmente custodiada por su retén de lictores, pero a mí no se me había ocurrido comprobarlo. Estaba claro que alguno de ellos había advertido movimientos extraños desde su puesto y me había cazado como un gato a un ratón ingenuo.

—¿Sabes qué les ocurre a quienes se atreven a rondar a las sacerdotisas de Vesta? —La cara crispada de aquel soldado y su tono sibilante me indujeron a pensar que nada bueno aguardaba a entrometidos de mi especie—. ¿Qué tal te suena la muerte por lapidación? —abundó el lictor al verme tragar saliva—. ¿O prefieres algún otro tipo de suplicio? Quizá el *pontifex* te dé a elegir cuando te entreguemos a él.

Un pestillo cedió en la puerta contigua. Dos segundos más tarde Velina Diadora hacía su aparición en el pasillo. La suma vestal se había cubierto apresuradamente con una llamativa bata estampada que dejaba entrever unas piernas largas y torneadas. Debajo de aquella fina tela adiviné un seno todavía turgente y una piel húmeda de aromáticos afeites.

—Suelta al chico, Criso —le ordenó Velina a un sorprendido lictor.

—¿Quieres que lo suelte? —se extrañó el celoso guardián del templo.

—Ha venido a verme a mí, pero se ha confundido de puerta.

—¿A... a verte a ti? —preguntó un incrédulo Criso.

—El muchacho ha venido a traerme un recado de su maestro Placidio, ¿no es así? —Velina me miraba fija, inquisitiva, dominante; esperando con total aplomo mi confirmación a sus palabras.

—Sí, señora. Así es —respondí retirando con dos dedos la espada de mi cuello.

—¿No quieres, pues, que avise al *pontifex*? —insistió el guardia.

Velina lanzó un bufido de pantera enojada.

—¡Ya te he dicho que no hace falta, a no ser que quieras arriesgarte a una reprimenda por sacarlo de la cama para nada!

Criso desapareció rascándose la cabeza en dirección a su puesto de vigilancia mientras yo me quedaba junto a la dulce Velina, contemplando su puerta entreabierta y sus ojos de gata asilvestrada.

—Entra —me ordenó sin más preámbulos, sin ponerse a considerar una posible resistencia por parte de su prisionero. Porque eso es lo que yo era, de una manera u otra. Y, puestos a elegir, mejor de Velina que del pontífice máximo o de los dos oficiales de Sertorio que aún debían de andar por ahí hurgando entre las sombras.

Varias velas aromáticas impregnaban la celda de Velina de alguna desconocida esencia dulzona, iluminando el *cubiculum* de una luz azulada. La habitación tenía las paredes cubiertas de tela, con un

pequeño armario en el que Velina debía de guardar sus ínfulas de sacerdotisa y sus aires de realeza. Dos largas estanterías de madera soportaban los tarros de cosméticos encargados de convertir a una mujer madura en una hembra todavía deseable. La cama, mucho más amplia que las de las jóvenes vestales, se encontraba al fondo. Deshecha, desbaratada por la repentina alarma o por desvelos inconfesables.

—¿Criso te ha dicho qué les ocurre a quienes profanan el mundo de Vesta?

Me volví despacio y examiné a la suma vestal con más detenimiento si cabe. Velina lucía el cabello suelto sobre los hombros, enmarcando en tirabuzones negros unas facciones duras como bordes de pizarra. Los ojos los gastaba brillantes, inflamados de una luz fría y despótica que ahuyentaba de aquel rostro cualquier vestigio de humanidad o ternura. A pesar de todo, la *vestalis maxima* conservaba ese encanto salvaje de algunas flores silvestres, y también su penetrante aroma. Por edad, Velina podría haber sido mi madre. Por carácter y anhelos, sin embargo, a aquella mujer se le adivinaba el brío irrefrenable de las yeguas poco paseadas. La guardesa de las vírgenes dio un paso hacia mí.

—¿Qué quieres? —le pregunté casi temeroso de tan apabullante cercanía.

—A ti, maldito. —Velina tiró de mi *sagum* hasta convertir la cercanía en contacto pleno. Después sentí su lengua húmeda resbalar sobre mis labios.

—¿Y si el *pontifex* se entera de que la suma vestal del templo se ha entregado a un hombre? Quizá tu castigo sea peor que el mío —repuse a lo que parecía inevitable.

Una recia bofetada me estalló en pleno rostro, y después una risotada.

—¡Imbécil! —exclamó con un fulgor despectivo—, si al *pontifex* le gustaran las mujeres no tendría que andar por ahí buscando jovenzuelos incautos. Y además... —con otra aparatosa lengüetada me restregó la cara—, ¿quién te ha dicho que voy a entregarme a un bárbaro?

No respondí. Afortunadamente tuve la cautela de morderme la lengua, pues hasta un tonto se habría dado cuenta de que mi vida descansaba en las manos de aquella mujer dominante.

—Hay muchas formas de disfrutar de un hispano —me instruyó Velina con sonrisa lasciva mientras su bata de seda comenzaba a resbalar sobre sus hombros—. Chúpame los pezones —me ordenó obligándome a humillar la cabeza.

Velina exhaló un gemido de ronco deseo cuando sintió el contacto de mis labios sobre sus fresones oscuros. Un quejido que resonó entre aquellas cuatro paredes como el lamento de una fiera largamente enclaustrada. Pronto advertí, sin embargo, que aquellas caricias no iban a ser suficientes para calmar tanta sequía. Los dedos de la sacerdotisa tentaron hábilmente por debajo de mi *sagum* hasta encontrar lo que buscaban.

—Vamos... —me susurró de una manera que no admitía réplica mientras me conducía hasta su cama tirando suavemente de mi miembro armado.

Encontré a Placidio sentado en mi cama, con la cabeza vencida entre las manos. Estibos se encontraba a su lado, silencioso, inmóvil, contemplando el amanecer rojo a través del hueco de la ventana. El indiketa mostraba el mismo gesto ausente de casi siempre, como si las emociones fuesen para él estrellas fugaces que uno ve apagarse sin dejar huella.

—¡Por las barbas de Zeus! —Placidio se puso en pie de un salto al verme aparecer por la puerta—. ¡Pensaba que habías huido otra vez, maldito botarate celtibérico! ¿Dónde diablos te habías metido?!

—Entreteniendo el insomnio —le contesté con sonrisa cansada.

—¿Entreteniendo el insomnio? ¡Qué tontería! —musitó mientras se atusaba los cabellos que la

preocupación le había dejado crespos—. Por lo menos has llegado a tiempo —resopló.

—A tiempo para el desayuno, aunque sea tardío —apunté de manera optimista, confiando en que Adrastos no me impidiera reponer fuerzas.

—Me temo que no vas a tener tiempo —me previno el rétor—. Sertorio está en Osca desde ayer por la noche y lo esperamos en la academia en cualquier momento.

Un rumor de voces y cuerpos en movimiento nos llegó del aula contigua, donde estudiaban los más pequeños.

—¡Ya está aquí! —exclamó dando un respingo—. ¡Y nosotros sin iniciar la clase!

Cruzamos el pasillo que conducía a las «habitaciones del conocimiento» a hurtadillas. Aun así eché un rápido vistazo dentro del aula de Adrastos, pero solo acerté a ver una multitud de pequeñuelos exaltados con el dedo en alto, pidiendo turno para intervenir y contestar a las preguntas que alguien les hacía desde el extremo oculto de la sala.

Placidio tomó asiento en su *cathedra* y nosotros en nuestros taburetes. Los pergaminos de *La Ilíada* nos esperaban sobre los asientos.

—¿Otra vez *La Ilíada*? —protesté aburrido.

—Es lo único que domináis de manera aceptable —respondió molesto.

En la habitación de al lado habían empezado a escucharse infantiles gritos de alegría tanto en latín como en dialectos hispanos, a pesar de las imprecaciones de Adrastos, pues al parecer el insigne invitado estaba repartiendo regalos entre los jóvenes alumnos. Todavía con aquel griterío como música de fondo, una figura enorme, colosal, se plantó bajo el dintel de la puerta y se puso a observarnos con su único ojo sano: Quinto Sertorio, el libertador de Hispania, el futuro restaurador de los valores republicanos en Roma, no había cambiado desde que un mes atrás, más o menos, redujera mi ciudad a cenizas.

—¡Estibos..., el gran Estibos! —El general romano estrechó al indiketa entre sus brazos robustos hasta hacerlo casi invisible. Después se giró a mí.

—Kalaitos... —me saludó haciendo gala de una memoria increíble—. Ha pasado el tiempo... —dijo en un tono que sonó casi a disculpa tardía—. ¿Todavía echas de menos la Celtiberia?

La mano derecha de Sertorio descansaba sobre mi hombro, la izquierda sostenía dos abultados rollos de pergamino.

—Hace ya días que derroté a la nostalgia —le contesté sin volver la cara a aquella mirada incompleta.

Quinto Sertorio lanzó una carcajada. Después encaró al maestro Placidio y lo zarandeó cariñosamente.

—Y a ti... ¿cómo te va, viejo cascarrabias?

—Pastoreando a tu ganado hispano de la mejor manera posible —suspiró el griego cuando se vio libre de aquellas zarpas.

—Eso está bien; para eso os he contratado a Adrastos y a ti. Veamos qué habéis conseguido durante mi ausencia... —Sertorio se rascó la cabeza—. Dime, ¿qué saben hacer tus alumnos?

A una señal ya convenida por parte del rétor, Estibos comenzó a recitar versos de *La Ilíada*. Después intervine yo, también durante un buen rato. Sertorio, mientras tanto, escuchaba acomodado en un taburete como los nuestros. Cuando Placidio nos mandó parar, el general romano esgrimió una sonrisa benevolente.

—Bien, bien... —musitó—, buenas memorias tienen estos muchachos. Pero ¿qué es lo que han aprendido de tanto verso?

También para eso estábamos preparados.

—La ambición excesiva puede llevar a un hombre a la ruina —declamó Estibos muy serio.

—El poema nos ha acercado a la mitología griega —tercié yo.

—Los deseos de un solo hombre pueden llevar a la destrucción a un pueblo entero —proclamó el indiketa.

—Es interesante cómo los personajes divinos se relacionan con los humanos —apunté yo nuevamente.

—La cólera siempre es mala consejera —opinó Estibos, que había profundizado más que yo en los aspectos morales de la obra.

Sertorio levantó una mano antes de que yo pudiera hacer uso de mi turno de palabra. Después se alejó de su banco con aire un poco aburrido y desplegó uno de los dos rollos de pergamino que aún sujetaba.

—¿Sabéis qué es *esto*? —nos interrogó posando su dedo sobre un extraño dibujo de formas y bordes irregulares.

Estibos y yo cruzamos una mirada de desconcierto.

—¿Cómo se llama esta parte? —insistió Sertorio—. ¿Y esta? ¿Esta tampoco la conocéis?

El general, me pareció, comenzaba a impacientarse, y por eso quizá empezó a poner nombres propios a sus preguntas.

—¿Dónde diablos queda la Galia? ¿Acaso no lo sabéis?

Los dos alumnos mayores de la academia nos encogimos de hombros. Una cosa era que el nombre te sonara de oídas y otra muy distinta, saber situarla en el mundo.

—¿Y Dacia? ¿Y Tracia?

No hubo respuesta.

—¿Y Numidia? ¿Y Mauritania? ¿Y África?

Sertorio enrolló el papiro que sostenía ahogando un exabrupto y desplegó el segundo rollo. Esta vez, el dibujo era marrón, de forma más o menos cuadrangular, y rodeado de azul por todas sus partes menos por una.

—Si no conocen el mundo —dijo, dedicando a Placidio una mirada torva—, supongo que al menos conocerán la tierra que están pisando. ¿Dónde está Contrebia Leucade? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Por allí —respondí señalando hacia el oeste a través de la ventana.

—¡En el mapa, diablos! ¡Señálalo en el mapa!

No conseguí hacerlo, porque ni siquiera sabía cómo colocar correctamente aquel dibujo sobre mis muslos, ni tampoco entendía los cambios de color en su superficie.

—¿Y Emporiae? —preguntó girándose hacia indiketa.

—No sé dónde están Indika ni Emporion —respondió con firmeza Estibos, que como siempre había preferido usar el nombre indígena de su ciudad o, en su defecto, el griego antes que el romano.

Sertorio lanzó un bufido de toro furioso.

—¿Tampoco sabéis dónde se encuentra Osca?! ¿Ni Segóbriga? ¿Ni Ilerda? ¿Calagurris tampoco? ¿Ni Salduie? ¿Ni Itálica?

El general romano dejó los dos mapas en el suelo con ademán frustrado.

—*La Ilíada* de Homero... —murmuró con desánimo—. ¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que conocen tus alumnos? —inquirió fulminando al rétor con su mirada.

La faz siempre laxa de Placidio había empezado a enfurruñarse hacía rato.

—¡Maldita sea! Apenas llevan un mes conmigo —se defendió—. ¿Qué esperabas, un *cursus honorum* acelerado?

—Tan solo quiero que se orienten, que sepan dónde han nacido y que conozcan cuáles son las

ciudades, montañas y ríos más importantes de Hispania. ¿Es eso pedir demasiado, maldito charlatán de ágora?!

Sertorio había enfilado ya hacia la puerta después de haber llevado a cabo un examen posiblemente decepcionante.

—Claro, *imperator*, se hará como dices —concedió el griego con retintín impertinente cuando el general pasó a su lado.

—¡No me llames así, sabiondo de pacotilla, sabes que no me gusta ese apelativo! Por cierto...

—¿Sí? —Placidio elevó una ceja.

—¿Han empezado ya Estibos y Kalaitos con *lo otro*?

—¿Lo otro?

—Me refiero a su formación militar en el Campo de Marte.

Al rétor se le pusieron los ojos en blanco. Después su mirada falsamente implorante chocó con el cielo raso del aula.

—¡Por todos los dioses conocidos y los que aún están por descubrirse! —se desesperó—. ¿Acaso te has propuesto forjar simplemente espartanos? —añadió sin que Estibos y yo supiéramos a qué tipo de personajes se refería.

Sertorio volvió sobre sus pasos y puso un dedo acusador sobre el pecho de Placidio.

—Te diré lo que *no* quiero —dijo, y luego hizo un pausa muy larga—. Lo que no quiero es formar señoritas de compañía. De esas ya hay muchas en Osca.

Placidio apretó los dientes para impedir que algo impropio saliera de su boca. Aun así volvió a usar su sarcasmo como arma arrojadiza.

—Claro, *rex*, tus palabras son órdenes.

—¡Maldito deslenguado, cualquier día te mandaré de vuelta al reino de los pontos, a ver cómo te tratan allí! —replicó el nursio, que había vuelto a pararse junto a la puerta—. Recuerda, mañana al amanecer, quiero ver a estos dos a las órdenes de Draco en el Campo de Marte. Luego, si les quedan fuerzas, puedes llenarles la cabeza de pájaros.

—Claro, *dux*, lo que tú digas. Tus espartanos estarán preparados para el suplicio mañana por la mañana. Si después no les cabe una gota de ciencia en la sesera, habrá sido culpa mía, como todo.

—¡Vete al infierno, griego estúpido! —proclamó el dueño de Hispania con un humor de perros.

V

El verdadero Campo de Marte era una inmensa llanura en los extrarradios de Roma donde las legiones consulares se adiestraban para la guerra. En su obsesión por secuestrar la realidad y moldearla a su entero capricho, Sertorio había dado en llamar de la misma manera a la vasta explanada situada al sur de Osca. Así nos lo explicó Placidio al describir el empeño del hombre que pretendía hacer de la ciudad ilergete una réplica en miniatura de la capital del mundo.

El Campo de Marte oscense era también el reino de Draco, el centurión que nos había escoltado desde la Celtiberia y luego había impedido mi fuga. Alojados en simples barracones de troncos, aquel rudo suboficial sertoriano y sus soldados recién alistados pasaban allí buena parte de los meses fríos. Para que aquellos guerreros hispanos aprendieran las artes y estrategias que primero los convertirían en auténticos legionarios y luego los harían invencibles.

Un aluvión de risas nos reventó los oídos cuando los soldados allí concentrados para el ejercicio matutino nos vieron llegar a Estibos y a mí barriendo el suelo con nuestras impolutas togas blancas.

—*¡Togatae, togatae!* —gritaron a coro varios jóvenes iberos mientras un ejército entero se desternillaba de risa.

Estibos me explicó compungido que ese era el nombre vulgar dado a las prostitutas, pues a ellas se les obligaba a llevar la toga en público para distinguir las de las mujeres decentes, que vestían la *stola*.

—¡Romanitos, romanitos! —se carcajearon otros. Hasta que Drago apareció en escena y retornó el silencio.

—¿Quién diablos os ha vestido de mujerzuelas? —dijo, mirándonos de arriba abajo despectivamente—. ¿Ha sido Placidio?

Estibos y yo asentimos, cohibidos.

—Debí habérmelo imaginado —rezongó—. No importa. Yo os convertiré en hombres y soldados —añadió empujándonos hacia el barracón donde guardaba el armamento y los uniformes de legionario.

—*¡Agmen pilatum!* —rugió Draco cuando todos estuvimos listos. Después, otros cuatro o cinco centuriones de menor rango ladraron la misma orden y todos nos pusimos en marcha. Desde nuestra posición en una de las primeras filas pudimos contemplar, atónitos, la larguísima columna de la que formábamos parte. Miré al indiketa de reojo y me costó reconocerlo, aunque supongo que a él le pasaría lo mismo conmigo. No resulta fácil identificar a una persona que lleva medio rostro oculto por un casco con carrilleras, porta un enorme escudo sobre el pecho y se esconde bajo una pesada cota de malla. Nuestro equipo de entrenamiento lo completaban una gruesa jabalina con punta de hierro y un *gladius* de madera. Y por si fuera poco, sobre la espalda cargábamos con un macuto lleno de piedras. Lo habitual era llevarlo repleto de utensilios y víveres, pero, no haciendo falta, Draco había sustituido la

impedimenta habitual por adoquines y guijarros, con el fin de que aquella jornada fuera lo más parecido a una aproximación rápida antes del combate.

—¡Paso ligero! —ordenó Draco a poco de iniciar la marcha, trotando a nuestro lado con el mismo equipo que cualquier soldado, provisto además de una vara de fresno en su mano derecha.

Tras una primera milla relativamente llana, la columna afrontó una zona de obstáculos. Estibos trastabilló al saltar una acequia de riego, tropezó al cruzar un arroyo y cayó de bruces, exhausto, en su tercer esfuerzo. Yo también jadeaba como un perro, pero aún me mantenía en pie. A pesar de todo, recibí los mismos varetazos que Estibos por ralentizar el ritmo de marcha al pararme a ayudar a mi amigo.

—¡Atajo de señoritas! —bufó Draco mientras nos golpeaba sin clemencia—. ¡¿Qué pintáis entre tantos hombres?! ¡Nunca llegaréis a llamaros *milites*! ¡Renunciad ahora y os ahorraréis el resto del suplicio!

Estibos se levantó al quinto latigazo, pero dio otra vez con sus huesos en el suelo al siguiente salto unos pasos más adelante. Draco volvió a ensañarse con nosotros mientras cientos de futuros legionarios pasaban de largo. Ninguno nos insultó, sin embargo. Luego supimos que aquellos hombres habían cumplido ya dos meses de adiestramiento y posiblemente habrían sufrido parecidas penalidades en sus comienzos. El indiketa se puso en pie finalmente. El sudor, el polvo y el barro habían fraguado sobre su cara en una máscara de sufrimiento.

—No lo lograré, Kalaitos —musitó con voz inaudible antes de romper en sollozos—. No puedo cargar tanto peso y además...

Me arrodillé a su lado mientras miraba en derredor buscando la figura implacable de Draco. Afortunadamente, el centurión se había detenido más adelante con otros reclutas también novatos.

—Ánimo, Estibos, cada milla que pasa es una menos —traté de animarlo.

El indiketa me dedicó una mirada vencida.

—No puedo andar más —se quejó apuntando a sus pies.

A pesar de la suciedad y del barro que los cubría, pude comprobar los destrozos irreparables de un calzado excesivamente nuevo. Draco nos había surtido de todo el material necesario para una marcha, incluidas las sandalias claveteadas. Las de Estibos, me di cuenta, no habían sido usadas antes, y las correas —todavía sin ablandar— le habían producido profundas llagas en los tobillos y en el empeine. Las mías en cambio habrían recorrido media Hispania y resultaban cómodas hasta sin calcetines.

—Vas a llegar al campamento, Estibos —le aseguré—. Y tu padre se sentirá orgulloso de su hijo —añadí mientras me desprendía de mis *caligulae*.

—¿Qué estás haciendo?

—Vamos a intercambiar el calzado.

—Pero te harán heridas...

—Si un indiketa ha podido soportarlas una hora, un celtíbero puede hacerlo el doble de tiempo.

Reiniciamos la marcha antes de que Draco se diera cuenta de nuestra treta. Tampoco advirtió el centurión que a partir de ese momento yo cargaba con ambas mochilas. El sobrepeso, sin embargo, me fue quebrantando las fuerzas, y tras caer dos veces seguidas decidí aliviarme de piedras. Entonces fue más fácil, aunque los pies empezaron a protestar por el cambio de calzado. Afortunadamente, cinco millas después estábamos *casi* de vuelta. Una pronunciada pendiente nos separaba del final de la pesadilla diseñada por Draco, pero el centurión no nos dejó abordarla al paso, ni siquiera al trote.

—¡*Triplex acies!* —rugió cuando ya divisábamos las empalizadas a eso de media milla. Entonces la larga

columna se desplegó rápidamente en tres filas—. ¡Preparados para cargar! —se desgañitó Draco—. ¡Ahora! ¡Cargad! ¡Vamos, cargad con todas las fuerzas!

La orden no tuvo que ser repetida. Al parecer aquel era el final previsto y posiblemente habitual del ejercicio: una carga pesada contra un enemigo ficticio. El suelo de la ladera retumbó con las pisadas salvajes de miles de guerreros a la carrera. Draco también corría entre aquella marabunta vociferante, o más bien volaba. El centurión pronto empezó a destacarse de entre todos sus soldados, excepto de uno que lo seguía a escasa distancia. Sin la amenaza de la vara de fresno, Estibos y yo fuimos rezagándonos hasta quedar solos en retaguardia. Desde allí contemplamos el final del chocante duelo que enfrentaba a nuestro exigente instructor y a un soldado anónimo. Ambos pugnaron por el primer puesto casi hasta el final de la cuesta, pero fue el anónimo legionario quien se llevó el gato al agua en un increíble derroche de facultades. Al terminar, ambos rivales se fundieron en un estrecho abrazo jaleados por el resto de la tropa. Estibos y yo fuimos de los últimos en acabar y también en percatarnos de la identidad del ganador de aquella carrera.

—¿Habéis disfrutado de vuestro primer entrenamiento? —nos preguntó un sonriente Sertorio que jadeaba apoyado en el hombro de Draco.

—Al menos hemos terminado... —respondí cuando logré vencer el estupor de contemplar a un general romano practicando con sus propios hombres.

Sertorio asintió complacido.

—Volveréis mañana —nos anunció, por si albergábamos alguna ilusión en sentido contrario. Después, el amo de Osca montó sobre su caballo e inició el regreso.

Draco se giró hacia nosotros. Su rostro reflejaba el esfuerzo y también la satisfacción de un trabajo que seguramente amaba.

—Reconozco que no esperaba que acabaseis el entrenamiento —dijo palmeando la espalda de Estibos y comprobando así la sospechosa flacidez de su mochila—. ¡¿Cómo?! ¡¿Qué es esta patraña?! —Draco tardó todavía dos segundos en digerir nuestra artimaña y levantar su vara de fresno.

—¡Alto! ¡No le golpees! —intervine—. Ha sido culpa mía. Yo tuve la idea y saqué las piedras en contra de su voluntad.

Draco dudó, todavía con el brazo en alto.

—Esto merece un castigo —afirmó reflexivo—, pero si dices que ha sido culpa tuya..., solo se me ocurre uno: cuenta las piedras que llevas en tu macuto —me ordenó.

—¿Para qué?

—¡Cuéntalas, maldita mula celtíbera! —La vara de fresno se cernió amenazante sobre mi cabeza—. ¡Voy a darte un latigazo por cada una que lleves ahí dentro!

Conté hasta quince pedruscos. Sin embargo, una voz vagamente conocida impidió el inicio de los azotes. Era un oficial romano, vestido de uniforme de campaña y cubierto de polvo y barro como todos nosotros, el que me miraba de hito en hito. Su rostro mostraba los inequívocos tonos azulados de tumefacciones recientes. Y también esa ira silenciosa que aflora en las personas que reconocen a un viejo enemigo sobre el que aún no se ha cobrado venganza.

—¿Ocurre algo, Prisco? —demandó Draco al ver en peligro el castigo que pensaba infligirme.

—Se me ocurre otro modo de darle un escarmiento a este aguafiestas.

El oficial sertoriano se había colocado a un palmo de mis narices. Confiado, sonriente, mostrando varios dientes desportillados entre unos labios todavía hinchados. Prisco desenfundó con ostentación su espada de entrenamiento. Era de madera maciza, igual que la mía, y pesaba como la pata trasera de un

buey muerto.

—En guardia —dijo, flexionado levemente las rodillas.

—Déjale al menos que se libre de los correaes —le pidió Draco, que aún permanecía a mi lado.

El propio centurión me ayudó a desprenderme de las cinchas que limitaban mis movimientos. A la vez me habló al oído:

—El legado Prisco es bastante bueno con la espada. Aguanta dos o tres golpes y tírate al suelo como si estuvieras desvanecido. Será lo mejor para ti.

Tarquicio Prisco me embistió con el umbo de su escudo. El topetazo me hizo retroceder dos pasos. Desequilibrándome, haciéndome tambalear entre las risas de la soldadesca. Quise entonces devolverle el golpe con la misma técnica, pero cuando me lancé contra él, no encontré rival alguno, tan solo el vacío y un certero baquetazo en la espalda. Al girarme, furioso y a la vez dolorido, sentí la empuñadura de su espada hundirse en mi costado derecho. Mis ojos se cruzaron accidentalmente con los de Draco mientras tosía y resollaba postrado de rodillas en busca de un aire que no llegaba. El centurión me hizo un nuevo gesto para que fingiera un desmayo. Pero yo tenía el orgullo a flor de piel y la cabeza muy dura.

Prisco me arrebató el escudo de un puntapié. Aunque me levanté de un salto, a partir de aquel instante lo único que hice fue mellar el aire cómicamente, atacado por una furia ciega e improductiva. Mientras tanto, el legado de Sertorio se exhibía ante sus hombres a costa de un hispano que no sabía cómo sostener una espada. Draco siguió instándome durante un buen rato a dar la lucha por terminada, pero no hice caso a sus señas ni a sus voces. Y por eso el castigo fue severo. Porque incluso desde el suelo, seguí mirando a Prisco a los ojos. Retándolo con desprecio, prometiéndole sin necesidad de usar palabras una nueva pelea. Una nueva cita en la que las cosas serían distintas.

Cuando todo acabó, Draco se acercó con un paño húmedo y una pomada para los golpes.

—¿A qué hora empiezas tu jornada por las mañanas? —mascullé con dificultad antes de que pudiera tocarme la cara.

—Vivo aquí... —Se encogió de hombros—. Soy el prefecto de este campamento.

Asentí mientras escupía sangre y algunos dientes.

—Vendré todos los días dos horas antes de la marcha —le dije.

—¿Para qué?

—Quiero que me enseñes a manejar una espada.

Placidio me contemplaba con una mezcla de consternación y disgusto mientras me veía devorar el *prandium* de aquel infausto mediodía. A mi lado, Estibos se había quedado dormido sin probar bocado con la cabeza sobre la mesa. Diez millas campo traviesa, a la carrera y con toda la impedimenta de un legionario no es cosa baladí para quien no está acostumbrado.

—Va a convertirnos en unos malditos espartanos —le oí lamentarse al griego.

—¿Quiénes son los espartanos, maestro? —le pregunté con la boca llena.

—¿Los espartanos? —Placidio pareció volver a este mundo—. Unos seres con mucho músculo y poco cerebro.

—¿Hoy también nos vas a «llenar la cabeza de pájaros»? —le pregunté, parafraseando a Sertorio.

Placidio me miró son sonrisilla aviesa.

—El recurso de la ironía es señal de cultura y conocimiento —admitió—, sobre todo para un

celtíbero casi analfabeto.

Estibos levantó la cabeza de entre los brazos, pero apenas podía abrir los ojos.

—¿Podemos descansar un poco, maestro? —suplicó—. Draco nos ha matado.

—Me temo que no —replicó el griego—. Hoy vamos a practicar la madre de todos los aprendizajes.

Usaremos una nueva metodología.

—¿Vamos a formar palabras con letras de madera, como los pequeños? —preguntó el indiketa bostezando sonoramente.

—Me refiero a.... ¡la contemplación! —exclamó Placidio abriendo los brazos a los cielos.

La contemplación a la que Placidio se refería consistió en asistir al triunfal desfile de los magistrados de Osca a lo largo del *cardo maximus* en su camino hacia la curia. La mayoría habitaba en el barrio residencial sito en el sur de la ciudad, no muy lejos de las termas, así que la procesión de aquellos altos funcionarios solía colapsar aquella avenida en toda su extensión cada vez que el Senado era llamado a reunirse.

—¿Qué celebran en esta ocasión? —le pregunté a Placidio ingenuamente a la vista de los vítores de la gente.

—Los magistrados no celebran nada. Tan solo hablan y discuten —me explicó el griego a voz en cuello para hacerse oír entre el griterío.

—Pues da la impresión de que hoy van a asistir a una fiesta —insistí al ver cómo algunos saludaban al público y unían ambas manos en todo lo alto en una curiosa señal de victoria.

Quizá Placidio estuviese ya acostumbrado a todo aquel absurdo boato, pero no Estibos y yo, ciertamente. Dos senadores destacaban del resto por uno u otro motivo.

—¿Quién es aquel? —pregunté señalando a un anciano que caminaba hacia el foro con aire concentrado.

—Es Marcio Saturnino, el *princeps senatus*.

—No sabía que en el Senado hubiese príncipes.

—Tan solo es un título honorífico para designar al senador con mayor dignidad y, normalmente, más antiguo.

—Un hombre de Lépido, supongo —dije, pues ya iba aprendiendo quién era quién en Osca.

—No, en absoluto —rio Placidio—. Saturnino es de los pocos que escaparon vivos a la proscripción de Sila. Él es uno de los supervivientes del primitivo partido demócrata romano, y Sertorio lo tiene en gran estima.

—¿Demócrata o popular entonces?

Placidio suspiró.

—Es lo mismo —dijo—. «*Demos*» en griego significa «pueblo».

Justo por delante de nosotros desfilaba en aquellos instantes un magistrado especialmente malencarado.

—¿Y ese quién es?

—¿Quién?

—El que tiene cara de hurón.

—Ah, ese es Lucio Manlio, el antiguo procónsul de la Galia narbonense —me explicó el griego.

—¿Y qué hace aquí?

Placidio inició la marcha y los tres penetramos en una calle perpendicular al *cardo*, más oscura, pero también más apartada del bullicio.

—Por mera cercanía, Manlio fue uno de los primeros hombres enviados por Roma para detener a Sertorio —nos contó el maestro—. Cruzó los Pirineos con un gran ejército.

—Pero fracasó.

—Evidentemente —asintió Placidio—. Fue derrotado cerca de Ilerda por Hirtuleyo, el gran lugarteniente de Sertorio.

—Iltirta —terció Estibos interrumpiendo al rétor.

—¿El qué?

—La ciudad ibera se llama Iltirta y no Ilerda.

Placidio miró al indiketa con enconada severidad.

—Querido Estibos —le dijo tratando de dulcificar el tono—, tienes un grave problema con los neologismos.

—¿Y qué hace aquí ese Manlio si fue derrotado y es, además, enemigo de Sertorio? —pregunté intentando nuevamente orientarme en el laberinto.

—Ya no es enemigo —replicó Placidio para mi desconcierto.

—¿Ah, no?

—Piensa un poco antes de preguntar, Kalaitos —me recomendó el rétor mirándome con desaliento.

—Es que no lo entiendo.

—Se ha pasado de bando —me explicó Estibos, que tenía una cabeza más rápida que la mía para casi todo.

El griego palmeó los hombros de su alumno más aventajado.

—Efectivamente —nos confirmó—. Después de perder la batalla contra Hirtuleyo, Manlio huyó a Ilerda, bueno, a Iltirta, pero los ilergetes lo entregaron rápidamente a Sertorio.

—¿Y Sertorio no mandó ejecutarlo? —pregunté atónito.

—Me temo que Sertorio no puede permitirse el lujo de matar a *todos* sus enemigos —apuntó Placidio encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no puede matar a Manlio? En Contrebia Leucade mató a muchos.

Placidio tamborileó con el dedo índice sobre su cabeza.

—Piensa.

Fue Estibos quien respondió otra vez por mí.

—No lo ha matado porque, a fin de cuentas, es un romano. Manlio es ahora un bonito reclamo para otros miembros del partido optimata que puedan sentir tentaciones.

—¿Un reclamo?

—Claro —volvió a instruirme mi compañero—. Sertorio pretende aparecer como un hombre magnánimo y benevolente ante los ojos de Roma. De esa manera busca lograr la deserción de muchos soldados y oficiales del bando contrario. Incluso de senadores optimates.

—¡Eureka! —rio alborozado Placidio ante la agudeza mental de su pupilo indiketa.

—¿Y ha convertido a Manlio en un magistrado de Osca? —repuse todavía estupefacto.

—¿Y qué querías? —repuso Placidio, comprensivo—. Manlio era un procónsul. No lo iba a poner aquí de barrendero.

Dos voces femeninas vinieron a colarse de repente en nuestra amena charla. Eran dos chicas que discutían entre risas mientras se acercaban a nosotros. Ambas llevaban llamativas pelucas amarillas y

ropas de colores saltones.

—Te dije que era él —le aseguró la más alta y delgada a la que lucía un cuerpo más voluptuoso.

La más sensual, a mi juicio, de las dos me pasó una mano por la cara y me pellizcó después la mejilla.

—Queríamos darte las gracias por lo de ayer y advertirte sobre Prisco —dijo, ante el estupor de Estibos y Placidio—, pero ya vemos que te ha encontrado él antes que nosotras —añadió al ver mi calamitoso aspecto.

—No tiene importancia —repuse—, habría hecho lo mismo por... por... —Me detuve al ver que iba a meter la pata.

—¿Por dos mujeres decentes? —me ayudó la más esbelta con una risotada—. No tienes que preocuparte por tu lenguaje, cariño —añadió—. Para eso ya está *este* —afirmó pasando sus brazos por el cuello del griego.

Placidio palidecía como una pared recién encalada. Su rostro, siempre digno, palpitaba ahora con los tembleques del miedo.

—Estamos muy enfadadas contigo —le espetó la más rellena de carnes con sensual socarronería.

—Esa negra a la que visitas ahora en el lupanar de Porcio cualquier día te va a dar un disgusto —abundó la más alta—. Más te valdría volver con nosotras, con lo bien que te hemos tratado siempre.

Las dos chicas desaparecieron finalmente por una de aquellas callejuelas mientras nuestro maestro sudaba tinta debajo de su toga.

—No... no es lo que estáis pensando —tartajeó, alejado de su habitual parsimonia—. Claudia y Julia no son meras *pornai* —se defendió, recurriendo al griego para designar a lo más bajo y abyecto del mundo prostibulario.

—¿Ah, no?

—No, no. —Placidio agitó ambas manos azorado—. El gran Demóstenes ya lo dejó muy claro.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dijo?

—En Grecia —explicó, tratando de recobrar la calma— tenemos hetairas para la voluptuosidad del alma, *pornai* para la satisfacción de los sentidos y esposas para que nos den hijos de nuestra sangre —resumió.

—¿No te has dado cuenta, Kalaitos —Estibos me guiñó un ojo—, de que Claudia y Julia pertenecen al primer grupo?

—Por supuesto —apunté—. Estoy seguro de que conocen *La Ilíada* y *La Odisea* de Homero al dedillo, igual que esa señorita negra de la que hablaban.

Las chanzas nos acompañaron hasta las puertas de la academia. Para Placidio quizá resultaran un escarnio excesivo, pero a nosotros nos divertía pensar que nuestro maestro, a pesar de su fría sapiencia y su aparente desprecio por lo mundano, era a fin de cuentas un hombre como todos los demás. Solo cuando logramos calmarnos, el rétor nos explicó la razón para aquella tardía reunión del Senado. Y para el festivo jolgorio que alborotaba la ciudad: al puerto de Tarraco había llegado un ejército al mando del general Perpenna, mano derecha del difunto Lépido, con los restos del ejército popular.

—¿De cuántos hombres estamos hablando? —le pregunté.

—Unos veinticinco mil —aseguró.

—Pues para ser «los restos» de un ejército no está nada mal —se me ocurrió—. ¿Con cuántos hombres cuenta Sertorio en Hispania?

—Con veinte mil.

—Entonces... —Estibos reflexionaba en alto—, ¿quién va a mandar en Hispania a partir de ahora?

Placidio se volvió hacia el indiketa con cara de asombro.

—¿Cómo? —replicó sin dar crédito a una pregunta que sin duda juzgaba estúpida. O impropia de un alumno tan sagaz como Estibos.

—Si ese Perpenna tiene más hombres —continuó el ibero—, ¿por qué razón habría de someterse a Sertorio?

Una antorcha de ácido sarcasmo se encendió en alguna parte de mi cabeza.

—Porque Hispania entera pertenece ya a Sertorio, Estibos. ¿Es que no lo sabías? ¿Cómo va a regalársela al primero que llegue con cuatro legionarios uniformados?

—¡Malditos animales de bellota hispanos! ¡No permitiré que os riáis a mi costa! —se indignó el rétor, aunque luego añadió más calmado—: Existe un rasgo fundamental en las personas que no se mide en números, y en eso, a Sertorio, nadie puede ganarle. ¿Sabéis cuál es?

VI

«Carisma», afirmó Placidio, era una palabra griega que venía a designar los dones naturales con los que los dioses bendicen solo a algunas criaturas. Por eso no había que preocuparse sobre quién comandaría los ejércitos populares en Hispania cuando la ocasión lo requiriese. Porque la diferencia en carisma entre Sertorio y Perpenna era tan grande y abrumadora a favor del primero que nadie, ni siquiera el rey Jerjes, se habría atrevido a discutirla. De hecho, desde Osca ya se habían mandado instrucciones a los recién llegados para que permanecieran en la zona, e incluso algo más al norte, con el fin de disuadir a los ejércitos optimates de cualquier intento de penetración en la península.

Después de aquella lección sobre la etimología de las palabras y sobre los valores innatos de ciertas personas, Placidio desenrolló el primer mapa de Sertorio y nos lo enseñó detalladamente.

—¿Eso es el mundo? —parpadeé perplejo—. Quiero decir..., ¿el mundo *entero*?

Placidio asintió solo a medias.

—Este es el mundo de los romanos —dijo—. Es decir, lo que alcanzan sus dominios.

—¿Y lo demás? —inquirió Estibos.

—Oh, lo demás... no han podido conquistarlo todavía, o simplemente no les interesa.

—Pero hay más mundo fuera de esas rayas... —volví a la carga.

—Claro —afirmó el griego—. Hay más mundo en África, al sur de Cartago y Mauritania. E incluso en Asia, más allá de lo que pisó el gran Alejandro de Macedonia. Pero nadie lo ha visto todavía.

Me fijé entonces en nuestra Hispania, en su forma casi cuadrada y en todo el agua que la rodeaba.

—Pero sí es cierto que el mundo acaba en las costas occidentales de Hispania —apunté, señalando al territorio siempre indómito de los galaicos—. ¿No es así, maestro?

—Seguramente.

—Pero entonces, ¿hasta dónde llega el agua del mar? —preguntó Estibos pensativo.

—El mar es infinito y no conoce límites —replicó el griego—. De lo contrario sería simplemente un gran lago.

—¿Y por qué no se cae el agua por alguno de sus extremos, como una gran catarata?

—¡Qué tontería, muchacho! —rio el rétor—. Pero tiene gracia... El mar vaciándose por uno de sus lados como el agua de un cubo. —La barriga del griego oscilaba con el mismo vaivén intermitente que su risa. Estibos, sin embargo, no se lo tomó a mal. Su mente seguía inmersa en profundas cavilaciones.

—Los lagos no pierden agua —reflexionó en alto— porque tienen orillas que la retienen.

—¿Y? —inquirió Placidio frunciendo el ceño por primera vez—. ¿Adónde crees que nos lleva tu ridículo silogismo?

—Nos lleva a pensar que quien puso ese nombre a esa costa —aseveró el indiketa en referencia a Finisterrae— se equivocó.

—¿Ah, sí? —Placidio enarcó sus frondosas cejas.

—Sí, ese no puede ser el fin de las tierras. Tiene que haber un mundo más allá, otras orillas lejanas que contengan toda esa agua.

—¿Quieres dejar ya de decir estupideces?! —se alteró el director de la academia. Pero Estibos no lo escuchaba.

—Y eso nos llevaría a una conclusión... —opinó el indiketa, mirando absorto aquel mapa.

—¿Qué conclusión? ¡Atrévete a decirla! —lo retó Placidio.

—A la conclusión de que el mundo está conectado de algún modo y contiene agua repartida entre sus tierras.

—¿Conectado? En mi vida he escuchado tontería mayor. ¿Quieres decir acaso que alguien podría llegar hasta el Asia comenzando su viaje desde Finisterrae?

—¿Por qué no?

—¡Porque eso nos llevaría a la absurda teoría de que la tierra es redonda! —exclamó un irritado Placidio—. Y entonces sí que el agua se derramaría por sus extremos. ¿No ves, Estibos, la estupidez de tu planteamiento? Se cae por su propio peso.

No acabó ahí la porfía por el tamaño y forma de la tierra que pisaban nuestros pies. La discusión se dilató aún después de la cena, y Adrastos obligó incluso a sus pequeñuelos a echar un vistazo al «mundo conocido» —así lo llamó él—, haciendo después repetir a cada alumno el nombre latino de su ciudad, para que no mantuviesen al crecer el vicio de Estibos: seguir aferrándose a sus dialectos bárbaros a la hora de referirse a sus lugares de origen. Finalmente, tras la diatriba vino la paz, y el silencio domeñó, como cada noche, a los ecos de la sabiduría. Entonces me levanté y salí a la calle por la ventana de siempre, comprobando para mi sorpresa que ya no había lictores que guardaran nuestros sueños. Di la vuelta a la manzana sin ningún miedo con el fin de embocar el *cardo maximus* cuanto antes. A punto estaba de perderme entre las sombras de Osca cuando me di de bruces con una figura embozada que salía de puntillas por la puerta de la academia.

—¡Re... rétor! —exclamé ahogando un grito de terror cuando reconocí a Placidio.

El maestro griego había prescindido de su habitual toga y vestía una modesta y cómoda *paenula* con capucha. De no chocar con él, cabeza contra cabeza, el rétor habría resultado irreconocible a cualquier mirada.

—¿Qué haces aquí? —siseó, irritado por mi presencia.

A salto de mata barajé varias respuestas, pero finalmente opté por el contraataque.

—¿Y tú?

—¡He preguntado yo primero, maldita sea!

Entonces decidí ceñirme a los hechos de la manera más fidedigna posible.

—Voy a ver a una mujer.

—¿A una mujer? —Placidio frunció el ceño, tratando de olisquear mi mentira—. No es posible —afirmó—. Tú no manejas dinero.

—Esta no cobra.

El maestro me agarró por la pechera del *sagum*.

—¡Dime ahora mismo adónde vas o se lo digo a Sertorio y a Draco!

—Voy a ver a Velina —confesé al verme sin escapatoria.

—¿Velina?! ¿La suma vestal?

—Eso es. ¿Y tú? —volví a preguntarle antes de que me abofeteara—. ¿Sabe Sertorio que te gastas su dinero en *pornai*, perdón, en cultivadas hetairas? —añadí con sarcástico retintín.

Al rétor le bailaba el labio inferior mientras cavilaba una salida al embrollo en el que los dos andábamos metidos. Aquel era el momento, se me ocurrió, de plantear la solución más lógica para nuestros dilemas.

—Maestro —le dije muy quedo—, este encuentro nunca se ha producido, y si por un casual volviera a repetirse, seríamos dos fantasmas mudos que no necesitarían ya ni saludarse. ¿Qué te parece?

Placidio masculló algún exabrupto en griego. Desgraciadamente, las clases de Estibos todavía no daban para entender palabrotas.

—Vete al infierno, pequeño chantajista hispano —me dijo girando a la derecha mientras yo torcía en dirección contraria hacia el templo de Vesta.

Dormí con Velina aquella noche. Además, ni siquiera tuve que colarme a hurtadillas como la primera vez. Los lictores tenían orden de permitir la entrada en el recinto al «chico de los recados». Dejé, no obstante, que la *vestalis maxima* atribuyese mi visita al miedo, al pánico a ser delatado ante el *pontifex* por mi incursión en la residencia de las vírgenes. Dejé que Velina me creyese en sus redes, pero lo cierto es que volví porque quise. Por explorar mundos ocultos. Por la mera atracción de lo prohibido. Pero, sobre todo, porque me excitaban las caricias avariciosas de aquella mujer despótica.

Dormí con Velina aquella noche y muchas más durante aquel invierno. En todas las ocasiones, la suma vestal me hizo beberme su cuerpo muy despacio mientras ella se abandonaba al éxtasis de mis besos. Emitiendo alientos de placer que a mí me sonaban a ecos de gruta deshabitada. Algunos días la sacerdotisa me poseía como una loba hambrienta y otros se daba por satisfecha simplemente con mis caricias. Velina era así, y a mí no me importaba ahorrar energías de vez en cuando, porque antes de cumplirse la *cuarta vigilia*, me enfundaba otra vez el *sagum* y volaba hacia el Campo de Marte. Varias noches, sin embargo, coincidí en las escaleras del edificio con otros jóvenes que salían cabizbajos de los aposentos de Aufidio. En una ocasión me topé con el propio Lucio Manlio arreglándose la ropa. Al reparar en mi presencia, el antiguo procónsul de la Galia se me quedó mirando fijamente, como si esperara de mí algún gesto de obediencia, o incluso sometimiento.

—¿No deberías mostrarme algo más de respeto? —me espetó con inusitada inquina, teniendo en cuenta que era la primera vez que coincidíamos.

—¿Por qué? —le pregunté con sonrisa bobalicona—. ¿Por ser un simple magistrado? Si tengo que hacer una reverencia cada vez que me cruzo con un senador en Osca, muy pronto empezarán a flaquearme las rodillas.

Lucio Manlio me agarró por el pecho en un arrebató de cólera. El antiguo procónsul era casi una cuarta más bajo que yo, tenía los labios finos y el mentón estrecho.

—¡Soy el prefecto de esta ciudad, bárbaro insolente! —siseó poniéndose de puntillas—. Y ahora mismo podría hacer que suplicas clemencia mientras mis lictores te arrancan la piel a tiras.

—Lo siento —le dije con el mismo rictus atolondrado—. No estaba al día de tu nuevo cargo. Solo sabía que habías sido procónsul de la Galia narbonense y que te enviaron a Hispania para vencer a Sertorio. Pero te pasaste heroicamente al bando contrario al ver llegar a un tal Hirtuleyo.

Sentí la respiración alterada de aquel hombre sobre la cara. Escuché su ira rechinándole entre los dientes, pero no le di tiempo a traducirla en palabras.

—Ahora, si me disculpas —le dije arrancando su mano de mi *sagum*—, el centurión Draco me espera en el Campo de Marte para hacer de mí un auténtico soldado.

—Esto no es una escuela de gladiadores —me respondió Draco cuando le expuse mis intenciones de llegar a pelear como un *mirmillo* invencible—. Aquí perseguimos más bien lo contrario. Aquí se aprende a ser un simple tornillo de una maquinaria perfecta. Un engranaje que nunca se atasque ni gire al revés, una pieza de hierro que hable poco y piense lo justo. Aquí te enseñaré a cubrirte bien con el escudo, a trinchar en línea recta y a aguantar la formación sin ceder un paso hasta que veas resbalar las tripas de tu enemigo por entre sus muslos. Pero todo eso tú ya lo sabías —me espetó entonces aquel curtido centurión taladrándome con su mirada de lobo estepario—. Mejor será que me digas para qué necesitas tú semejantes habilidades.

—Quiero ser capaz de devolverle a Prisco lo que me hizo.

Draco me alumbró unos segundos con aquellos ojos montaraces.

—No es misión mía adiestrar a jóvenes alocados para que luego vayan por ahí desafiando tontamente a oficiales romanos —opuso cruzándose de brazos.

Entonces se me ocurrió expresar mis deseos de forma diferente.

—Quiero ser capaz de defenderme de la humillación y pelear con cualquiera en igualdad de condiciones.

Esta vez el instructor permaneció pensativo, considerando quizá el verdadero alcance de aquellas palabras.

—Vaya... ¿Ha sido ese griego quien te ha enseñado a hablar así? Defenderte de la humillación... pelear en igualdad de condiciones... —rio entre dientes—. Hablas casi como un jodido senador de esos.

Draco empuñó entonces una de esas espadas de madera que habíamos usado en la marcha del día anterior y me tendió otra. Ambos tomamos después dos pequeños escudos circulares, no los grandes en forma de teja que usan los legionarios.

—Te advierto que no te será fácil encontrar la ocasión de poder vapulear a todo un legado —me advirtió—. Y aunque la encuentres, no tienes nada garantizado. Prisco no es manco con la espada.

—No importa —dije—. Tú enséñame lo que sabes. Lo demás es cosa mía.

—Veamos de dónde partimos. —Draco elevó el brazo izquierdo y me animó a golpearle varias veces sobre su *caetra*. Tras un par de minutos me hizo parar.

—Peñas peor que mi abuela —se carcajeó ante mi alarmante impericia—, pero tienes buenos brazos. ¿Dónde los conseguiste, muchacho?

—En la fragua de mi padre.

—¿Fragua?

—Mi padre era herrero y me tuvo golpeando el yunque desde que pude levantar el martillo a los cuatro años.

Draco asintió complacido, o sorprendido por mi fuerza.

—A pesar de todo —me advirtió—, necesitarás algo más para derribar a Prisco.

Tras muchas *vigiliae* de arduo entrenamiento, previas a otros tantos amaneceres, aprendí a manejar correctamente un *gladius*. A lanzar golpes escondidos y arteros refilonazos. A poner la fuerza de todo mi

cuerpo en cada golpe, no solo la de mi brazo. A fintar y saltar por encima de estocadas bajas. A amagar y engañar al contrario. A escabullirme como un pez en los momentos de apuro. Y a usar el escudo para hacer rodar los golpes del enemigo. Esa fue mi rutina durante muchas semanas, incluso meses, hasta que el sol asomaba su cogote rojo por el horizonte y todo el campamento comenzaba a desperezarse. Entonces aparecía Estibos. Bostezando, apartando guijarros a patadas, maldiciendo el día en que a su padre se le ocurrió convertirlo en legionario de Sertorio.

El indiketa y yo nos habíamos convertido en dos soldados más de los muchos que iban llegando a diario a la oficina de reclutamiento de Osca. Para someterse a un adiestramiento duro, metódico, necesario si se quiere forjar tornillos irrompibles. Los días que a Draco no le daba por hacernos trotar durante horas por el páramo los empleábamos en practicar los lances y estocadas que nos harían vencer en muchas batallas y simplemente sobrevivir en otras. En aquellas mañanas heladas también aprendimos a desplegarlos y replegarlos sin dejar huecos. A desarrollar distintos movimientos con los ojos cerrados. En la velocidad y precisión de aquellos cambios, nos dijo Draco, se basaba el triunfo de un ejército. La táctica y la estrategia debían imperar sobre la fuerza bruta. Por eso las legiones romanas habían conquistado Hispania. Porque supieron sobreponerse a la inferioridad numérica en la que siempre tuvieron que pelear. Draco nos convenció también de que, una vez trabado el combate, nuestras vidas dependerían de nuestros vecinos de línea, más que de nosotros mismos. Mientras hay cohesión, existen opciones de victoria. La desbandada —sostuvo muy serio— nunca supone la salvación, ni aun cuando todo parece perdido. En esos instantes de pánico y descontrol, un soldado a la carrera es presa fácil para la caballería enemiga. Y aun en el hipotético caso de que lográramos escapar a la masacre, él nos encontraría y nos mataría después con sus propias manos.

El último día de los idus de enero la nieve cubrió las calles de Osca. Por la ventana del dormitorio de Velina me puse a contemplar aquel brillante sudario de perlas blancas. Estaba desnudo, con el *sagum* listo en una mano y los brazos de la suma vestal abrochados a mi cintura.

—¿Hoy también tienes que irte? ¿En una mañana así? —me susurró al oído.

—Van a dar las cuatro —le respondí frotándole las nalgas con la mano libre.

Un temblequeo de placer agitó el cuerpo tibio de la sacerdotisa.

—¿Cuántos años tienes? —quiso saber Velina de repente—. Nunca te lo he preguntado.

Dejé de mirar la nieve y me volví hacia ella. Sonreía como cualquier mujer feliz, igual que cualquier amante conforme con su papel y su suerte.

—¿Eso importa?

—Es pura curiosidad.

—No sé, no estoy seguro. Unos dieciocho.

—¡¿Unos dieciocho?! —Velina me miraba con ojos alucinados.

—Sí, más o menos.

—¡¿Pero cómo es posible que no lo sepas?! —

—Entre los míos no suelen llevarse ese tipo de cuentas. Al menos... con exactitud. ¿Para qué? La vida acostumbra a ser breve, ¿no te parece?

La *vestalis maxima* volvió a reírse como una niña traviesa, y mientras lo hacía me pareció que sus facciones de roca viva se habían dulcificado con el paso de los meses. Velina recorrió mis brazos y mi torso con sus manos, palpando sin recato mis nuevos músculos de legionario.

—¿Ya no te gusta Emilia?

—¿Quién?

—Emilia, la joven vestal a la que viniste a buscar la primera noche.

—A decir verdad, me gustan todas las mujeres —confesé con sonrisa cínica, a sabiendas de que mis palabras desencadenarían la tormenta.

Velina levantó su mano para abofetearme, como había hecho muchas veces al comienzo de nuestros encuentros, pero se contuvo en el último instante.

—¡Insolente! —bufó temblando de ira y deseo—. Te entregaría a Aufidio para que te sacrificara como a un perro callejero, pero eres tan hermoso... —murmuró mientras su furia de dama consentida se transformaba en lascivia.

La *vestalis maxima* me besó con pasión arcaica. Después se acuclilló entre mis rodillas con un suspiro de placer.

—Ahora no... —la contuve—. No tengo tiempo.

—¿No tienes *más* tiempo para mí? —se enfurruñó levantándose.

—Solo hay una persona en Osca a quien temo más que a ti —respondí con sorna.

Velina meditó un instante.

—¿A Draco? ¿Temes a ese animal hispano?

No fue el tono despectivo de la suma vestal lo que me sorprendió, sino el contenido de aquellas palabras.

—¿Draco es hispano?

—Pues claro. ¿No lo sabías?

—Pero es el primer centurión de la primera cohorte de Sertorio, un auténtico *primus pilus* —aduje confundido—. Ese no es puesto que se conceda fácilmente a un hispano.

Velina movió la mano con ademán de displicencia, como quien quita importancia a las cosas.

—Bueno, Draco es un hispano de Salduie —me informó—, pero es también un ciudadano romano, y por eso ostenta ese cargo.

—¿Draco, un ciudadano romano? —me extrañé—. ¿Y cómo lo consiguió?

La *vestalis maxima* se colocó una bata sobre los hombros cuando vio claro que mis intereses del momento no pasaban por examinar su cuerpo una vez más a base de lengüetazos.

—Fue el general romano Pompeyo Estrabón quien se la concedió por méritos de guerra hace unos pocos años —me explicó—. Precisamente el padre de quien nos amenaza ahora. ¡Qué cosas tiene el destino!

Parpadeé perplejo ante aquella repentina explosión de noticias inesperadas.

—¿Un general romano concedió la ciudadanía a Draco? ¿Por méritos de guerra?

—Supongo.

—¿Y el gran Pompeyo es hijo de ese general?

—Exacto. ¿Sabes quién es Cneo Pompeyo Magno? —preguntó Velina con cierta sorpresa—. ¿Has oído hablar de él?

Asentí en silencio al recordar el nombre de quien debía habernos ayudado en el asedio que destruyó mi ciudad.

—¿Y no has oído que ya ha cruzado los Pirineos por el paso del Perthus con un gran ejército y se dispone a invadir Hispania?

Estibos me esperaba a la puerta de la residencia de las vestales. Tanto Placidio como él sabían bien dónde encontrarme en caso de necesidad. Aquella mañana —me informó mi amigo— no bajaríamos al Campo de Marte a ejercitarnos, porque el Senado de Osca iba a celebrar una reunión de urgencia para discutir los últimos acontecimientos. Y nuestro maestro griego se había empeñado en que sus dos alumnos asistieran al pleno. Lucio Manlio apareció en aquel instante por el ala contigua de la residencia anudándose la toga precipitadamente. Era obvio que había pasado la noche en compañía del *pontifex*, y también saltaba a la vista que no le había gustado ser sorprendido por segunda vez en la escalinata, a la vista de sus lictores. Al antiguo procónsul le podían las prisas aquel frío amanecer de enero. Sin embargo, no conseguí imaginarme qué podía pasarle por la cabeza a un desertor; a alguien que acaba de enterarse de que quienes habían sido los suyos hasta hacía bien poco volvían a Hispania con intenciones nada pacíficas. Esta vez el prefecto de Osca miró para otro lado, como si Estibos y yo fuésemos dos columnas más del peristilo.

Placidio zapateaba nervioso esperando a sus dos pupilos en las mismas puertas de la curia, en pleno foro de Osca.

—¿Ya han empezado? —le pregunté al escuchar la cháchara que llegaba del interior.

—Quizá os estén esperando a vosotros —respondió ácidamente el rétor.

—¿No vas a cerrar las puertas? —le preguntó Estibos al ver que el griego las dejaba simplemente entornadas.

—El Senado de Roma siempre permanece abierto durante sus sesiones, así que este no iba a ser menos —afirmó Placidio, en referencia a los deseos de Sertorio de seguir en Osca los mismos protocolos.

La visión estruendosa de trescientos hombres discutiendo en voz alta me pareció casi aterradora. Comparado con el reducido consejo contrebiense, aquella se me antojó una marabunta ingobernable. Sertorio ocupaba un escaño en un extremo de la sala, en el primer escalón de asientos. A su lado, en una posición presidencial se encontraba Saturnino, el *princeps senatus*. También distinguí en lugares más elevados a Manlio y Aufidio, sentados codo con codo.

—¿El *pontifex* también es magistrado? —le pregunté al griego.

—Son cargos compatibles —me explicó a la vez que me hacía una seña para que me callara.

Saturnino solo tuvo que carraspear un par de veces para convertir aquel pandemonio infernal en un silencio de necrópolis. Después expuso escuetamente «el estado de las cosas», una peliaguda situación que todo el mundo parecía conocer ya, pues los vientos de guerra siempre vuelan más rápido que los propios mensajeros. Según dijo, la esperada llegada a Hispania de un formidable ejército optimate acababa de producirse. A su cabeza venía el invicto Cneo Pompeyo Magno, a quien el Senado romano había dado todas las atribuciones y medios para someter como fuera a la única provincia que todavía obraba en manos populares.

Saturnino había disertado todo el tiempo inmóvil, con los ojos cerrados y el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, como si la visión de la realidad le estorbara la concentración o los juicios. Tras su breve discurso, el *princeps senatus* permanecía en silencio, aguardando el inicio del esperado debate, igual que Sertorio, a quien todo el mundo miraba como los perros observan la mano del amo que ha de alimentarlos cada mañana. Fue, no obstante, un senador obeso quien primero se levantó de un salto e hizo uso de la palabra.

—Pe... pero ¿cómo es posible que Pompeyo haya cruzado ya la Galia sin que apenas nos hayamos enterado?! —balbució aquel hombre con la mirada dislocada por el pánico a una guerra inminente.

Saturnino se encogió de hombros sin abrir siquiera los ojos.

—Pompeyo ha venido de Italia combatiendo contra los galos. Nadie le ha regalado nada. Cómo lo ha logrado tan deprisa no es asunto que nos incumba ahora. La cuestión es que ya está en Hispania.

—¿Y nuestros aliados aquitanos no han logrado frenarlo? —se extrañó otro magistrado con el mismo preocupante sobrepeso.

—Maestro... —le dije al rétor en voz baja—. ¿Por qué casi todos los magistrados son gordos?

Placidio me miró con una mezcla de indignación y asombro.

—¿Qué tienes tú en contra de los gordos? —gruñó—. Los senadores no son atletas olímpicos, ¿sabes? Ellos se ocupan del gobierno; no lanzan discos ni hacen carreras. Ahora, ¿quieres escuchar el debate y aprender un poco de retórica?

El *princeps senatus* explicó con voz sombría que los aquitanos tampoco habían sido enemigo para el joven general romano. Aufidio levantó entonces la mano con aire satisfecho, impostado. Confiado en su dominio de la retórica así como en el control de una situación solo preocupante en apariencia.

—Quizá sea un poco precipitado echar a correr sin haber visto antes las astas del toro que nos persigue. ¿No os parece, compañeros magistrados? —afirmó el *pontifex* sonriendo a la concurrencia—. Además, me temo que el gobierno optimate ha cometido un error propio de niños —aseguró muy tranquilo, provocando con aquella sorprendente afirmación un aluvión de murmullos—. Como todos sabemos —continuó—, nunca ha sido bueno ni sabio juntar a dos gallos en el mismo gallinero. —Aufidio rio su propia gracia—. ¿Acaso pensáis que Cecilio Metelo va a aceptar de buen grado la presencia de Pompeyo en Hispania?

—¿Quién es Metelo, rétor? —pregunté por lo bajo.

—El «teórico» procónsul de la Hispania ulterior.

—¿Teórico? ¿Por qué teórico?

Placidio me miró con litros de inquina salpicándole por los ojos. Afortunadamente, Estibos salió al quite.

—Metelo es el procónsul optimate, el que estaba aquí *antes* que Sertorio. Por eso anda escondido por ahí, en algún lugar de la Bética, acosado por el ejército de Hirtuleyo.

—¿Y por qué no va a aceptar la ayuda de Pompeyo si está con el agua al cuello? —aduje confundido.

—¡Porque los generales romanos son muy envidiosos y prefieren una honrosa derrota a una ayuda humillante! —sentenció el rétor con abierto destempe.

Ahora fue Manlio quien tomó el relevo de su compañero de curia, y de dormitorio.

—Estoy de acuerdo con el magistrado Aufidio —afirmó solemne—. No se nos olvide tampoco que no muy lejos de los Pirineos contamos con casi cinco legiones esperando instrucciones para lanzarse contra Pompeyo. Para algo ha llegado a Hispania el ejército de Lépido, supongo. Y si ha venido a otra cosa, que alguien nos lo explique —argumentó el antiguo procónsul de la Galia mirando hacia un silencioso Sertorio.

El auténtico —y no teórico— procónsul de Hispania había permanecido cosido a su asiento, con el rostro indescifrable, sin que las peroratas huecas de sus convecinos senadores lograran arrancarle ni un solo gesto. Ahora, sin embargo, el argumento inapelable expuesto por Lucio Manlio había dejado a seiscientos ojos pendientes de un hombre.

Sertorio desentumeció su corpachón de oso pardo para alzarse en toda su envergadura.

—El ejército de Lépido ya no es de Lépido —afirmó con un tinte algo sombrío, y dejó después que aquellas palabras calaran lentamente en los oídos de quienes lo escuchaban—. El ejército de Lépido

pertenece ahora al general Perpenna —matizó con otra larga pausa—, y lamento informaros de que su nuevo dueño no ha cumplido lo que se le ha ordenado. —Un barullo de voces exaltadas se mezcló con el clamor de otras más aterradas—. Es mi deber anunciarles, caballeros, que ese ejército ya no está en las inmediaciones de Tarraco, sino marchando hacia Osca.

—¿Marchando hacia Osca?! —Un estertor de pánico raspó de improviso el apretado gaznate de Lucio Manlio—. En... entonces —se atragantó el antiguo procónsul de la Galia—, ¿Perpenna no va a hacer frente a Pompeyo con sus veinticinco mil hombres? ¿Y para qué viene hacia aquí? —farfulló—. ¿Con qué intenciones?

—Lo desconocemos —afirmó Sertorio con total rotundidad—. En estos momentos no es posible saber qué pasa por la cabeza del general Marco Perpenna Vento. —Un nuevo guirigay de gargantas azuzadas por la incertidumbre agitó el aire de la curia.

Fue otra vez el *pontifex maximus* el encargado de restablecer la calma y zanjar un debate a todas luces absurdo. Y para hacerlo, eligió la manera más sencilla: aludiendo al sinfín de clientelas y aliados con los que contaba Sertorio en Hispania.

—Antes os he dicho que no hay motivo para alarmarse... —afirmó Aufidio con aparente aplomo, como si aleccionase a un grupo de niños innecesariamente asustados—. Quien sí debe medir bien las millas que lo separan de casa es Pompeyo —afirmó—. Veremos qué hace en cuanto los lacetanos, los cerretanos, los indiketas, los ilergetes y los ausetanos le salgan al paso.

Miré a Estibos de reojo. Estaba pálido como una calavera seca. Seguramente le preocupaba la idea de imaginar a los suyos trabando combate con el general más laureado de Roma. O de verse a sí mismo empuñando una falcata al lado de su padre. Después me fijé en Sertorio. Tras su breve intervención, el dueño de Osca no había movido una ceja. Había permitido que sus senadores se consolaran unos a otros con unas razones que, posiblemente, solo él supiera si eran de fundamento. Cuando la sesión terminó y todos los magistrados abandonaron la curia, él permaneció en su escaño, a solas con sus pensamientos, haciendo del silencio su mejor consejero. Ni el mismo Placidio se atrevió a importunarlo.

—¿Va a atacarnos Perpenna, maestro? —le pregunté al rétor mientras nos dirigíamos a las escaleras. —No lo creo —negó el griego—. Perpenna es un perfecto botarate, pero no un tonto de capirote. Más bien me parece que, a pesar de militar en el bando popular, quizá intente hacer la guerra por su cuenta, aprovechando su enorme ejército.

—Entonces, ¿para qué se acerca a Osca con sus cinco legiones?

Placidio meneó la cabeza dubitativo.

—Eso es lo que desconcierta a Sertorio —dijo—. Eso es lo que nos desconcierta a todos —añadió.

—Y si Perpenna es un botarate, como dices —continué intrigado—, ¿cómo pudo llegar a pretor de Sicilia?

Placidio emitió una risilla seca.

—La política, Kalaitos —me explicó el griego, divertido—, tiene la curiosa facultad de aupar a los más incapaces a cimas insospechadas, a menudo muy por encima de su techo de incompetencia.

—No entiendo, rétor—repuse tras desmenuzar aquella frase en mi cabeza.

Placidio me lanzó una mirada cargada de disgusto. Tuvo que ser Estibos quien me echara una mano en la comprensión del acertijo.

—El maestro quiere decir —me alumbró mi amigo indiketa— que, en condiciones normales, Perpenna no habría llegado ni a decurión de una turma de caballería, pero la política le permitió convertirse en general e incluso ascender a pretor de una provincia.

—Entiendo —asentí—. ¿Y Pompeyo? ¿Es nuestro gran enemigo más capaz que Perpenna?

Placidio frunció los labios en una curiosa mueca a medio camino entre la consternación y el fastidio.

—Pompeyo es otro cantar —dijo antes de ilustrarnos en la carrera, precoz y brillante, de quien venía a Hispania con la sola misión de descabezar a Sertorio.

Según nos explicó nuestro maestro, Cneo Pompeyo Magno ni siquiera tenía edad suficiente para optar a un consulado, pero sus incontestables triunfos en el campo de batalla habían propiciado que el Senado romano se arrojase en sus brazos. En la península Itálica a nadie se le escapaba que Pompeyo el Grande era el único militar que podía acabar con «la última amenaza viva del partido popular». Así es como consideraban a Quinto Sertorio en su país de origen, y para acabar con él y sus ínfulas de monarca habían enviado a Hispania a la reencarnación romana del guerrero y estratega más grande de todos los tiempos, un tal Alejandro Magno.

VII

Apenas tres días después de la reunión del Senado, Draco me informó, entre finta y espadazo, de la inminente llegada de Marco Perpenna a Osca. Al parecer, las negras brumas que acompañaban el acercamiento del antiguo pretor de Sicilia habían acabado por disiparse. Todo el mundo sabía ya que el general popular no venía con ánimos de hacerle la guerra a nadie. Ni siquiera con la idea de incomodar a Sertorio con su presencia. El heredero de Lépido se aproximaba a la capital ibera con el rabo entre las piernas, prácticamente «arrestado» por sus propios soldados.

Los veinticinco mil legionarios comandados por Perpenna habían sido recibidos en Tarraco con los brazos abiertos. Pero también con una amenazante noticia: Pompeyo, el general enemigo que ya los había vencido mil veces en Sicilia, Sardinia e Italia, se encontraba acantonado a poco más de cien millas de distancia. Entonces aquellos hombres baqueteados por el destino y las derrotas acudieron a quien les mandaba, y le solicitaron unirse de inmediato a los ejércitos de Quinto Sertorio, el general que ya había vencido a los optimates en varias batallas. Según parece, Perpenna se mostró contrario a tal idea y planteó un rápido despliegue por la Hispania todavía desocupada.

El motín no se hizo esperar un solo día. Tan pronto como la soldadesca estuvo al corriente de las intenciones de su líder, varios centuriones irrumpieron en el *praetorium*. Con el filo de una espada en la garganta, Marco Perpenna Vento tuvo que elegir entre correr a los brazos de Sertorio o ser entregado a Pompeyo por sus propios hombres.

—Es una cuestión de «carisma» —le dije a Draco, pisándole un pie y golpeándole con el codo en un costado.

—Una cuestión ¿de qué? —tosió el centurión instructor tras el impacto.

—De carisma —repetí, esquivando unos de sus terribles mandobles—. Ya sabes..., don de gentes..., dotes de mando y todo eso.

—Ah, *eso* —replicó Draco parando uno de mis golpes y contraatacando con su *caetra*.

El brusco empujón de aquel forzado me había alejado dos pasos de él, concediéndome un segundo de aliento.

—¿Pompeyo Estrabón tenía carisma? —le dije antes de que se me viniera otra vez encima.

—¿Qué sabes tú de Estrabón, rata celtíbera? —Un nuevo espadazo estalló sobre el umbo de mi escudo.

—Poco —aduje—. Pero sé que estabas en su ejército y que fue él quien te concedió la ciudadanía romana.

—Alguien se ha ido de la boca —respondió incómodo el ibero—. ¿Qué tiene eso que ver ahora?

Vi dudar a Draco apenas un segundo. Lo noté distraído, quizá haciendo cábalas en su cabeza. Y eso es algo que un gladiador no puede permitirse, ni siquiera en una pelea de broma con espadas de madera. Mi siguiente estoconazo le arrancó el casco. El segundo lo alcanzó en pleno pecho dejándolo de rodillas.

De un simple puntapié lo puse bajo mi *gladius*.

—Estrabón era un general optimato, y padre de Cneo Pompeyo Magno —le dije con la punta de mi espada raspándole el cuello—. Solo quiero saber cómo acabaste al lado de Sertorio.

Draco aceptó mi mano y mi sonrisa y se levantó del suelo.

—¿Quién diablos te ha contado todas esas cosas? —gruñó limpiándose el polvo de las mangas.

—¿Qué más da? ¿Acaso tu vida es un secreto? ¿O consideras una deshonra el haber cambiado de bando y prefieres que la gente no se entere? —El centurión todavía me miraba con una pátina de recelo velándole los ojos—. Al fin y al cabo —proseguí—, el propio Manlio hizo lo mismo.

—¡No se te ocurra compararme con ese soplagaíta o te arrancaré las pelotas y me haré un amuleto con ellas! —explotó Draco apuntándome con su espada.

Entonces me explicó, mientras nos refrescábamos frente a dos jarras de vino, que durante las guerras civiles romanas cambiar de lado por motivos políticos había sido tan habitual como cambiarse de zapatos, aunque eso era realmente un asunto más de oficiales que de la propia tropa. Draco afirmó que siempre había admirado a Lucio Hirtuleyo, y cuando este decidió abandonar a Pompeyo Estrabón y pasarse al bando popular, él decidió seguirlo. Y eso a pesar de que su concepto del general romano de los ojos cruzados nunca fue malo. No en vano fue aquel hombre bizco quien concedió a todos los miembros de la turma salluitana —el escuadrón de caballería hispana del que Draco formaba parte— la ciudadanía romana tras la toma de Asculum. En cuanto a Manlio, el desprecio y la censura ante su cobarde deserción se mezclaban a partes iguales en los sentimientos del centurión sertoriano.

—Esa alimaña rastrera cambió de túnica en cuanto vio que su culo de maricón romano corría peligro —dijo escupiéndome con asco en el suelo.

—¿Y cuál es tu verdadero nombre? —le pregunté—. Porque supongo que lo de «Draco» es tan solo un apodo.

«Draco» significaba «dragón» en lengua romana, me dijo, y fue el mismo Estrabón quien empezó a llamarlo así al ver su arrojo en el campo de batalla.

—¿Qué nombre quieres saber, el ibero o el romano?

—El ibero —le respondí—. El otro todavía no me dice nada.

—Estopeles —dijo—. Me llamo Estopeles, hijo de Ordenas.

Observé con curiosidad a aquel superviviente de muchas guerras, a aquel mercenario hispano que había alquilado su brazo a Roma, y vi desfilas por las rendijas de su mirada la vida de muchos habitantes de Hispania. Quizá incluso estaba viendo la mía propia y no me daba cuenta.

—Si yo fuera Sertorio —aduje después de ardua reflexión—, una cosa me preocuparía bastante.

—¿El qué?

—Muchas veces él ha engrosado su ejército con soldados de otras legiones, normalmente enemigas. ¿Cómo puede estar seguro ahora de que sus tropas no van a dejarlo en la estacada al primer contratiempo?

Draco me dedicó una sonrisa exculpatoria. Al fin y al cabo, yo nunca había visto —y mucho menos tomado parte en él— un enfrentamiento campal entre dos ejércitos, y no podía saber nada sobre comportamientos.

—Al general que se juega la vida y pelea como uno más en el campo de batalla no se le escapan los soldados —me dijo Draco apurando su jarro.

Marco Perpenna Vento no llegó hasta nosotros cargado de cadenas. Sin embargo, bastante humillación fue para él ver cómo sus hombres rompían la formación a poco de llegar a Osca y echaban a correr en dirección el campamento sertoriano. Allí, ambos ejércitos se fundieron en uno solo sin necesidad de recibir órdenes. Después, los gritos de «Sertorio, Sertorio, Sertorio» por parte de unos y otros debieron de penetrar en los oídos de aquel general afrentado como dardos rusientes.

Tarquicio Prisco y Octavio Grecino fueron los encargados de escoltar a un demudado Perpenna hasta el edificio de la curia. El mismo Sertorio lo esperaba allí, plantado junto a sus puertas de bronce, pegado a la figura siempre pensativa de Claudio Saturnino, el *princeps senatus*. Cuando lo tuvo delante, el Gigante de Nursia abrazó al recién llegado como si recibiera a un hermano muchos años ausente. Para demostrar, quizá, a todos los curiosos congregados en la explanada del foro quién había de ser su mejor aliado en la guerra contra Pompeyo. Mientras tanto, en el interior de la sala, un barullo ensordecedor esperaba la comparecencia de ambos generales.

A Perpenna se le advertía cohibido, anonadado por el griterío atronador de un senado tan populoso como el de Roma. Sorprendido, seguramente, por un protocolo que no esperaba. Sertorio, por el contrario, aparecía exultante, palmeando sin cesar los hombros de su invitado, guiándolo cariñosamente del brazo como un lazarillo a su ciego.

—Maestro, ¿Sertorio y Perpenna eran ya amigos antes de ahora? —no pude por menos que preguntarle a Placidio.

El griego ahogó una carcajada seca.

—Sertorio detesta a Perpenna —me aseguró sin remilgos.

—Pues no lo parece.

Al rétor volvió a agitársele la barriga en un acceso de risa.

—Sertorio está simplemente celebrando la llegada de unos refuerzos con los que no contaba ni en sueños. Para él, los veinticinco mil legionarios que acaba de ganar para su causa es lo único que le interesa.

—¿Entonces se libraré de Perpenna después de quedarse con su ejército?

—¡Por Zeus, Kalaitos! —exclamó Placidio riendo—. Cualquiera diría que quieras matar a todos los generales romanos de Osca.

—Entiendo que Manlio pueda servir para atraer a posibles desertores del partido optimate —aduje—. Pero Perpenna..., ¿para qué puede serle útil a Sertorio un personaje así?

En la curia oscense, el silencio iba ganando poco a poco terreno al bullicio. Por eso Placidio bajó el tono al responderme:

—A pesar de su incapacidad como militar —me dijo—, el general Perpenna está todavía muy bien relacionado en Etruria, Sardinia, Sicilia y Liguria, políticamente hablando. Y Sertorio pretende usar esos contactos cuando vuelva triunfante a Italia. Por eso ha de mantenerlo al menos con vida.

El Gigante de Nursia estaba abrazando en aquel instante a su ilustre invitado, llamándolo incluso «hermano» en un gesto público que, en apariencia, devolvía a aquel general abatido todos sus galones de mando y los honores perdidos por el camino. A continuación le agradeció que hubiese decidido aunar fuerzas con él en la lucha contra la amenaza optimate. Olvidando el auténtico motivo de aquella precipitada llegada a Osca. Pasando por alto sus primitivas intenciones de campar a su aire por Hispania y hacer la guerra por su cuenta.

Vi a Placidio enrojecer bajo su toga blanca cuando el fundador de la Academia Grecorromana se perdió en una semblanza casi heroica de su invitado. Asegurando a todos los magistrados presentes que

entre ambos iban a defender Hispania de Pompeyo y de cualquier enviado optimato. Para retornar un día a Roma y restituirle a la República todos sus valores auténticos. Tras aquella acalorada intervención, y como posiblemente estaba previsto de antemano, Saturnino ordenó levantar la sesión de manera fulminante, dejando al ínclito Perpenna en manos de Aufidio y Manlio. Con el fin de que aquellos dos sombríos personajes le mostraran al renacido general el camino a la lujosa villa que a partir de entonces sería su casa.

Igual que la vez anterior, Sertorio permaneció en su asiento. A solas consigo mismo. Con las manos sobre las rodillas y los ojos puestos en las baldosas del suelo. Aparentemente satisfecho por lo acontecido y, sin embargo, abstraído en insondables elucubraciones.

—Maestro, ¿estás seguro de que Sertorio desprecia a Perpenna? —preguntó Estibos en voz baja mientras los tres esperábamos a que la curia se desocupara.

Placidio no respondió. Tan solo carraspeó aparatosamente en el silencio escandaloso de una sala ya desierta.

—¡¿Qué diablos?! —exclamó Sertorio volviéndose de un salto—. ¿No puede uno gozar ni de un minuto de tranquilidad sin que lo importunen? —añadió al ver tras él al rétor con sus dos alumnos de la academia.

—No te exaltes, *rex* —suplicó Placidio elevando las manos cómicamente en ademán defensivo—. Se me había ocurrido traerte una corona gramínea, por si juzgas oportuno colocársela a Perpenna debido a sus muchos méritos en el terreno político y también en el militar.

Sertorio apretó las mandíbulas ante el sarcástico arponazo del griego.

—No empieces... —gruñó con voz ronca.

—Aunque quizá debiéramos engalanar la ciudad y celebrar fiestas, sacrificios y combates entre gladiadores durante quince días para celebrar el advenimiento triunfal de ese botarate. ¿Cómo has podido caer tan bajo? —se lamentó agriamente nuestro maestro.

—Sabes perfectamente que no es lo que parece... —se defendió Sertorio.

—Por supuesto que lo sé —replicó Placidio con destemple—. Me refiero a tu imagen.

—¿Qué le pasa a mi imagen?

—Ha quedado muy «fortalecida» después del espectáculo que has dado frente al Senado —repuso el griego, sarcástico—. Parecías un gusano arrastrándose por el barro. ¡Solo te ha faltado besarle el culo a ese fracasado, demonios!

Estibos y yo asistíamos a la escena en silencio, atónitos, aterrados por la furia repentina que embargaba a nuestro rétor.

—No ha sido para tanto... —le rebatió Sertorio—. ¿Qué otra cosa podía hacer? No puedo permitirme el lujo de tratar a Perpenna como si fuera un don nadie.

El maestro griego observó a su interlocutor con fingido estoicismo, igual que hacía con nosotros en la academia cada vez que multiplicábamos nuestros errores.

—Efectivamente no tienes por qué dejarlo en ridículo delante de los magistrados —le espetó Placidio, ceñudo—, pero tampoco hace falta darle tanto aire a un muerto.

El ojo hueco de Sertorio se había quedado medio entornado. El otro llameaba como las ascuas del brasero de Vaélico. Aun así, Placidio siguió adelante con su abrasiva perorata.

—El general Perpenna no es más que un cadáver político y un esperpento militar —sostuvo con vehemencia—. No hace falta que lo ensalces en público de esa manera, poniéndolo casi a tu misma altura. Basta con que le des una villa en las afueras y lo dejes pudrirse lentamente. Ya tendrás tiempo de

quitarle las telarañas cuando vuelvas a Roma. La vida es una balanza, *dux*. Y harías bien en darte cuenta de ello —concluyó el griego.

—¿Una balanza? ¿A qué te refieres? —se impacientó Sertorio—. ¿Quieres dejar tus estúpidos acertijos y decirme de una vez lo que estás pensando?

Placidio se desplomó a su lado, en la silla vacía del *princeps senatus*.

—La vida es una balanza —repitió—, y puede que tú estés cargando demasiado uno de sus brazos.

—¡Sigo sin entenderte, maldita sea! —El Gigante de Nursia se puso en pie de un salto—. ¿Quieres hablar más claro, filósofo del diablo?

El rétor se levantó despacio, colocando su grueso abdomen a un palmo del tahalí de cuero que sujetaba la espada de Sertorio. El flequillo le quedaba ahora a la altura del pecho colosal del gigante tuerto, pero sus ojos apuntaban a lo más alto.

—Si le das a Perpenna un tratamiento de cónsul... —asentó Placidio con la misma displicencia de quien se asoma a la ventana y anuncia lluvia inminente—, ¿durante cuánto tiempo crees que se conformará con ser tu segundo de a bordo? —Sertorio frunció el entrecejo, pero siguió en silencio—. ¿Y Manlio? —continuó un impasible Placidio—. ¿No te parece que mantener a todo un procónsul de la Galia como simple prefecto de un poblado ibero no será sostenible eternamente?

Sertorio dio un paso atrás para contemplar mejor el rostro crispado de su oponente.

—Osca no es ningún poblado —repuso agriamente—. Y Manlio nunca se atreverá a levantar un dedo contra mí.

—Puede —concedió el griego—. En cualquier caso, ese es el brazo de la balanza que estás cargando excesivamente: el de la confianza. El de la confianza absurda y ciega en gentes mediocres que pueden llegar a ser peligrosas si no las atas en corto. Y, mientras tanto, descuidas el de tu propia seguridad. Ni siquiera tienes un cuerpo de lictores que te defiendan de un posible atentado —le advirtió Placidio dándose la vuelta y tomando el camino de salida.

Todavía sin alcanzar las puertas de bronce, escuchamos los pasos atribulados de Sertorio. Su voz de trueno lejano nos detuvo en seco.

—Hay un asunto más...

Placidio, Estibos y yo nos dimos la vuelta.

—Y ahora... —el maestro griego enarcó una ceja—, ¿qué otra sorpresa nos aguarda?

—Voy a ausentarme unas semanas de Osca —nos anunció Sertorio.

—Y... ¿adónde vas a ir?, si no es mucho preguntar.

—La primavera se acerca —afirmó abriendo los brazos, como si la cercanía del buen tiempo fuese tan inevitable como su partida—, y hay que prepararse.

—¿Para la guerra, quieres decir?

El general romano se encogió de hombros.

—Es lo más probable —confesó—. Inevitable, supongo —añadió tras una pausa—. Y por eso necesito nuevas tropas. Y más dinero.

—Y, una vez más, serán los celtíberos quienes aporten la mayor parte de los hombres, y los iberos, casi todo el oro y la plata —apuntó, contundente, sin ningún atisbo de duda. Como si la situación no resultase nueva. Como si aquel fuese el modo habitual de proceder de Sertorio. Y, quizá, de todos los procónsules romanos que habían pisado alguna vez las tierras de Hispania.

Los dos brazos del Tuerto de Nursia se abrieron en un ademán de muda impotencia.

—Claro, entiendo —asintió el rétor—. Los celtíberos son pobres como ratas, pero les sobran los

guerreros valientes en sus aldeas. Los iberos, en cambio —asentó Placidio con el mismo ácido sarcasmo—, son menos fieros, pero pueden prescindir fácilmente de parte de sus ahorros.

—¡Maldita sea! —explotó Sertorio—. ¿Qué otra cosa podría hacer? Trataré de que en esta ocasión las cosas se hagan de manera más equitativa. ¿Por qué tienes siempre la manía de criticar todas mis decisiones? —añadió irritado mientras su mano derecha se le iba al pomo de la espada.

Placidio, sin embargo, permaneció incólume. Sin ceder un paso a la ira imprevisible del coloso romano.

—Procura no pedirles demasiados huevos a tus gallinas de oro —fue su lacónico consejo—. No sería bueno que un día llegasen a la conclusión de que el antiguo amo del gallinero era menos exigente que el de ahora —añadió en referencia a otros procónsules anteriores.

Apenas habíamos dado tres pasos cuando nuevamente nos detuvimos, aunque esta vez fue el maestro griego quien parecía haber olvidado algo en el tintero.

—¿Vas a dejar la ciudad en manos de Manlio durante tu ausencia?

—Él es el prefecto de Osca... —arguyó Sertorio encogiéndose de hombros.

Placidio se había quedado mudo, cabeceando en silencio como un tentetieso averiado.

—¿Qué es lo que te preocupa ahora, maldito aguafiestas? —rezongó Sertorio.

—Manlio no ha sido hasta ahora más que una simple marioneta a tu servicio —sostuvo Placidio con suavidad cortante—. Ahora, sin embargo, tendrá la ocasión de aparentar su verdadero *status* ante el invitado tan insigne que le has colocado al lado.

Sertorio parpadeó un par de veces. Después dio un manotazo al aire como si espantara moscas.

—Solo ves fantasmas desde que llegaste a Osca —replicó—. Ya me tienes hartos con tus estúpidos barruntos. —El Gigante de Nursia apuntó a Placidio con dedo acusador—. ¿Por qué no vuelves a la academia que te he construido y te dedicas a formar ciudadanos de provecho?

VIII

Dejar la ciudad en manos de Lucio Manlio no fue realmente un acierto, aunque quizá no hubiera otro remedio. Apenas un par de días después de la marcha de Sertorio, el *princeps senatus* en persona corrió a entrevistarse con el prefecto para intentar quitarle de la cabeza la descabellada idea de celebrar con una semana de juegos y otros divertimentos la llegada a Osca del «segundo» cónsul de Hispania.

Obviamente, los esfuerzos de Claudio Saturnino fueron baldíos y la capital ibera se vistió de gala para agasajar a un renacido general Perpenna. Incluso el foro fue acondicionado con grandes cantidades de arena y unos enormes graderíos para albergar al público que presenciaria los espectáculos. «Nada comparable a Roma», le oí decir a Placidio, pues Osca no contaba con circo ni anfiteatro, ni por supuesto con una escuela de gladiadores que pudiera suministrar un ejército de reciarios, bestiarios o *mirmillones* que alegraran con su sangre la aburrida existencia de varios cientos de senadores.

Osca sí tenía, en cambio, un buen calabozo repleto de borrachines, morosos, vagabundos y criminales de poca monta, la mayor parte de origen hispano. Y, a falta de aguerridos gladiadores, Lucio Manlio se acordó de ellos para amenizar su fiesta.

—Me quejaré a Sertorio en cuanto vuelva —bufó Placidio desde su banco en los graderíos, pues el prefecto se había empeñado en que «todos» los integrantes de la Academia de Latinidad acudiésemos al foro para presenciar el programa completo de aquella tarde. A nuestra derecha —me fijé— todos los prohombres de la ciudad y también alguna mujer eminente se disponían a olvidar durante unas horas la rutina de una vida sin sobresaltos. Cuando reparé en ella, encontré los ojos de Velina pendientes de mí. Desde su asiento al lado del *pontifex maximus*, seguramente por razones de protocolo, la suma vestal me dedicó un gesto difícilmente interpretable. En otra mujer quizá habría tomado aquel curioso mohín por un adelanto de presentida tristeza. En Velina, sin embargo, lo achaqué a las secuelas del aburrimiento.

Dos desconocidos harapientos fueron jaleados como auténticos gladiadores cuando cuatro lictores los arrastraron al centro de la arena. Según anunció el pregonero oficial, aquellos dos hombres eran ladrones sorprendidos in fraganti en plena faena. Ambos merecían un severo castigo, afirmó; sin embargo, el prefecto había prometido la libertad inmediata a quien venciera en aquel esperpéntico duelo con espadas de madera. Por vencer se entendía, evidentemente, dejar al contrario fuera de combate.

—Incluso un *gladius* de entrenamiento puede hacer mucho daño —le dije a Placidio, que procuraba mirar a cualquier parte menos a los dos contendientes.

Nadie tuvo que incitar a aquellos desgraciados a trabar combate, pues la mera idea de quedar libre tras la pelea pareció ser acicate suficiente. Nadie se molestó tampoco en poner reglas a aquel juego de golpes romos y desquiciados. Pero lo cierto es que habría hecho falta. Pronto uno de aquellos dos hombres, y no precisamente el más corpulento, demostró una habilidad con la espada muy superior a la de su contrario. Una auténtica catarata de golpes se abatió sobre el ibero más fuerte, que, sin escudo ni armadura, solo podía oponer la solidez de su propio cuerpo como parapeto ante lo inevitable. El castigo

fue duro y largo, ya que la esperanza de la libertad mantuvo al gigante en pie hasta que ya fue demasiado tarde. Los mismos lictores que lo habían empujado dentro de aquel círculo de arena lo sacaron ahora con los pies por delante. Adrastos, mientras tanto, hizo lo que pudo para que sus jóvenes alumnos no llegasen a ver el reguerillo de sesos y sangre que aquel hombre muerto iba dejando a su paso.

Los últimos aplausos aún no se habían extinguido cuando dos nuevos protagonistas aparecieron en escena. Esta vez se trataba de dos pastores enfrentados por una vaca cuya propiedad ambos reclamaban y por la que se habían peleado en una taberna. Manlio dictaminó, como si de un juez supremo se tratase, que el animal pertenecería a quien obtuviese la victoria en el combate. «*Andabatae*», ordenó a continuación el prefecto con voz estentórea.

—¿Qué ha dicho? —le pregunté a Placidio.

—No hay nada más divertido para el público que ver a dos hombres peleando a ciegas —me explicó el griego.

Miré a la zona presidencial en la que se sentaban Manlio y Perpenna. Ambos reían mientras intercambiaban comentarios jocosos sobre lo que estaban a punto de presenciar. Dos lictores colocaron sendas sacas de lino sobre las cabezas de los pastores y les pusieron una gruesa tranca en la mano. Después les hicieron girar varias vueltas sobre sí mismos. Solo entonces, mareados y confundidos, les permitieron atacarse. Lo cual hicieron aquellos dos desdichados con golpes tan furibundos como erráticos. Poniendo el alma en cada envite pero raras veces acertando a su contrario. Era entonces el propio público el encargado de orientar con sus gritos a los dos contrincantes en su frenético deambular por la arena. En algunas ocasiones, sin embargo, las voces perseguían todo lo contrario, y alejaban de su objetivo a quien iba ganando con tal de alargar la agonía de dos luchadores cegados por sus capuchas negras y por el odio que ellos mismos se profesaban.

Al igual que en el combate anterior, las reglas brillaron por su ausencia, y uno de los dos pastores rodó por los suelos con la capucha teñida de rojo. Cuando el otro se percató del hecho y logró orientarse, lejos de dar por terminado el combate, siguió machacando aquel cuerpo inerte hasta asegurarse de que su antagonista jamás pudiera reclamar ya la vaca de la discordia. Afortunadamente, el capuchón de lino sirvió al menos para que la pulpa sanguinolenta de aquella cabeza no se desparramara por el suelo mientras los lictores arrastraban el cadáver.

—¿Qué van a hacer ahora? —le pregunté a un indignado rétor al notar extraños preparativos en la arena del foro.

—Igual les da por deleitarnos con una naumaquia.

—Nauma... ¿qué?

—Un combate naval —replicó Estibos, que escondía su destemple tras una máscara de aparente indiferencia.

—A los romanos suele gustarles recrear antiguas batallas en sus coliseos —me explicó el rétor suspirando ante tanto despropósito—. Incluso combates navales.

—Esto no va a ser un combate naval, porque no van a poder echar tanta agua en el foro y además no hay barcos —le dije.

—Es verdad, esto tiene más pinta de ser un asedio —admitió el griego mientras contemplábamos cómo algunos funcionarios levantaban a toda prisa una pequeña empalizada y colocaban después varias ballistas diminutas rodeando el improvisado corralito.

El mismo pregonero de antes anunció a grandes voces el siguiente número: la gloriosa victoria de Roma sobre Numantia. Y para que todo resultara más verídico, dijo, contaríamos con la presencia de

auténticos guerreros arévacos en la recreación de los hechos.

Para cuando Placidio y yo quisimos darnos cuenta, los cuatro lictores de Manlio arrastraban a los alumnos más jóvenes de la academia hacia el centro de la arena. Un indignado Adrastos seguía de cerca a la comitiva, protestaba enérgicamente ante lo que consideraba un atropello. Sus quejas, sin embargo, solo consiguieron provocar la mofa de la concurrencia. No necesité preguntar a Placidio dónde colocarían los lictores a mis desvalidos paisanos, pero nunca sospeché que lo que iba a ocurrir a continuación fuese tan humillante.

El anunciador comenzó a explicar a grandes rasgos las características del asedio de Numantia. Tan largo fue, dijo, que solo harían una descarga de ballista por cada mes que los numantinos aguantaron el asedio romano. Obviamente, a los pequeños celtíberos no les lanzaron piedras ni bolas de ardiente pez, sino bostas frescas de vaca y cagajones de caballería. Adrastos tuvo que ser reducido nuevamente, esta vez a base de golpes, al tratar de interrumpir una atracción que estaba desatando el regocijo del público. Placidio me agarró de la toga cuando intenté levantarme tras la segunda andanada de inmundicias.

—Podrías empeorar las cosas —me dijo con la tez pálida y los ojos llorosos.

—¿Cómo?

El rétor no me respondió. A decir verdad, no dijo nada durante el tiempo en el que el bullicio y las risotadas ahogaron por completo los lloriqueos de aquellos niños aterrorizados. El propio Manlio saltó a la arena tras una docena larga de descargas y se acercó a los pequeños celtíberos que pedían auxilio a su gramático, cubiertos de excrementos. Mientras tanto, el pregonero de la representación explicaba al público el contenido de la siguiente escena: el prefecto de Osca haría el papel del gran Escipión Emiliano en su combate a muerte con el temible guerrero numantino que lo había desafiado desde las murallas. Un episodio recogido por la mayoría de historiadores romanos en sus crónicas de la época.

Los lictores pretendieron armar con un *gladius* de madera a un niño que no pasaría de los doce años pero sobresalía bastante en estatura por encima del resto. Adrastos, sin embargo, saltó a la arena y le arrebató la espada. Al gramático se le advertía el rostro desencajado por la ira; una furia ciega que iba a convertir a un pésimo contendiente en el juguete de un rufián ávido de protagonismo.

Adrastos se abalanzó sobre Manlio con el ímpetu de una yunta desbocada de bueyes. El prefecto de Osca tan solo tuvo que dar un paso lateral y hacer caer al griego con una simple zancadilla. Después llegaron los puntapiés, los rodillazos en los costados y el deleite ruidoso de un público entregado. Vi al general Perpenna golpearse los muslos de risa con cada truco de su anfitrión, y al propio *pontifex* disfrutando de aquel latrocinio más que en uno de sus sacrificios.

Placidio volvió a agarrarme de la ropa para impedirme cualquier movimiento, pero en esta ocasión se quedó con mi *toga virilis* en sus manos. Es posible que los espectadores expresaran de alguna forma su sorpresa al ver saltar a la arena a un hombre en paños menores, pero realmente no fui consciente de ello.

Adrastos pugnaba por levantarse tras su enésima caída. Su rostro estaba tumefacto y a duras penas seguía siendo dueño de sus tullidos miembros. La inflamación de sus pupilas, sin embargo, no había cambiado un ápice. Aquel hombre —me di cuenta— habría estado dispuesto a morir por defender la dignidad de sus alumnos. Mientras Manlio, de espaldas a su víctima, correspondía a los aplausos de la grada como un gladiador de leyenda, recogí el *gladius* de Adrastos y me acerqué sigilosamente a aquel esperpento de héroe.

—En Numantia Roma no luchó contra griegos —le soplé casi a la oreja cuando la batahola escampó.

El prefecto se volvió de un salto, alarmado por una voz que no era la del magullado Adrastos.

—Quizá te resulte más gratificante pelear contra un auténtico celtíbero —le dije.

Lucio Manlio tardó apenas dos segundos en identificarme. Y en comenzar a hacer consideraciones, las normales en estos casos, las que todo el mundo hace de manera instintiva antes de un hipotético enfrentamiento.

Con el aire algo atribulado y buscando a sus lictores de reajo, le vi analizar mi gesto encendido, mi ademán dispuesto y el *gladius* de madera que colgaba de mi mano. El prefecto de Osca no era exactamente el calco de un atleta griego, pero tenía el cuerpo armonioso y los miembros bien formados. Y había recibido clases de espada como cualquier oficial romano. Aun así se mostraba indeciso, reticente a iniciar un combate contra un rival desconocido delante de tanto público. Por eso le escupí a la cara al convencerme de que, de no mediar una provocación así, el prefecto jamás me atacaría.

Lucio Manlio me lanzó una estocada directa a la boca del estómago en su primera embestida. De manera casi tan patética y apresurada como Adrastos. Dejando tantos huecos en su guardia que podría haberle partido el cráneo de un solo mandoble. Paré, sin embargo, el golpe con el filo romo de mi espada y busqué la cercanía de nuestros cuerpos.

—No voy a desfigurarte —le dije respirando sobre sus ojos—, para que Aufidio no te repudie esta noche en la cama. Pero voy a dejarte el cuerpo tan tundido que cada caricia del *pontifex* será para ti un suplicio.

Después le clavé el puño en un costado y lo empujé hacia el centro de la arena. Manlio trastabilló un par de pasos, pero su furia pudo más que el dolor de sus costillas o la vergüenza de una retirada a tiempo. Su siguiente acometida fue algo más meditada y logró cruzar algunos buenos golpes conmigo. Pero su fuerza no era la mía, ni tampoco su resistencia. Además, Manlio peleaba pendiente de los graderíos. Por eso, cada carcajada del público le hería más que mis propios golpes. Pronto el prefecto comenzó a jadear como un pez fuera del agua y a mirar a su alrededor con ojos aterrados. No me dio tiempo, como pensaba, a acabar el castigo. Sus cuatro lictores aparecieron en escena con los *gladius* desenfundados y la muerte cosida a los ojos. Manlio ni siquiera tuvo que darles órdenes. El primero de ellos se me echó encima y melló mi espada de madera al primer tajo. El segundo también atacó, reduciendo mi arma a simples astillas de dos certeros golpes. De reajo vi a los dos que amenazaban mi espalda. Afortunadamente también escuché pasos sobre la gravilla, y una voz rotunda como la madera de roble.

—Cuatro para uno no es una proporción justa —repuso Draco con aire severo mientras me lanzaba un *gladius* auténtico—. Ahora ya podemos jugar a los gladiadores, caballeros —añadió, dirigiéndose a los cuatro lictores.

—No sé cómo has podido convertirte en un simple espartano —se lamentó Placidio después de que Draco y yo dejásemos fuera de combate, aunque sin llegar a herirlos gravemente, a los cuatro guardaespaldas de Manlio—. Con el empeño que he puesto para que desarrollaras tu cabeza más que tus músculos... —suspiró el griego.

Su cara, no obstante, reflejaba el alivio de poder volver sanos y salvos a la seguridad de la academia, incluidos Adrastos y los pequeños, tras el sombrío espectáculo del foro. Y todo gracias a una inesperada ayuda.

—No sé qué le haces a Velina todas las noches —rezongó el rétor—, pero hay que reconocer que si no es por ella, posiblemente Draco y tú estaríais ahora esperando juicio sumarísimo, y posiblemente la ejecución a manos del propio Manlio.

Y es que tras ver a sus cuatro lictores maltrechos sobre la arena, el prefecto se presentó en el foro con media centuria de soldados, ordenando la detención inmediata de los dos alteradores del orden. La suma vestal, sin embargo, impidió el arresto interponiéndose entre nosotros y aquella fuerza armada, pues tal era la potestad de una sacerdotisa de Vesta, aunque yo no lo sabía entonces.

—Y después de contemplar tanto despropósito —dijo de repente Placidio—, ¿hemos sacado alguna conclusión al respecto? ¿Cuál sería la enseñanza o moraleja de lo presenciado hoy en el foro?

Estibos caminaba cabizbajo, meditabundo. Sopesando, como siempre, las contestaciones más juiciosas. También mi cabeza cavilaba, y por una vez vi la ocasión de adelantarme al indiketa en la respuesta.

—El hombre es un lobo para el hombre —aventuré con ojos brillantes, y me quedé mirando la reacción de Placidio.

El griego repitió mi frase despacio, cadenciosamente, como si recitara unos versos vagamente conocidos.

—Vaya, Kalaitos, me sorprendes —dijo finalmente—. ¿Son esas palabras realmente tuyas? —se asombró—. Suenan a filósofo de escuela ateniense.

—Claro, ¿de quién si no? —respondí, aunque en realidad la expresión pertenecía a mi padre, que fue quien la acuñó al referirse a todos los hispanos que, enrolados en las tropas sertorianas, atacaban nuestra ciudad y mataban celtíberos a diario sin ningún tipo de miramiento.

—Y tú Estibos, ¿qué tienes que decir? ¿Cuál es tu conclusión?

El indiketa seguía deshaciendo el camino con el aire ensimismado, mirando cada losa de la calle como si debajo de alguna de ellas fuese a encontrar la respuesta a la pregunta del rétor.

—Existen unas grandes gallinas en África, he oído... —comenzó dubitativo.

—Efectivamente —ratificó Placidio—, y se llaman avestruces.

Estibos asintió.

—A un comerciante griego de Emporion le oí decir una vez que estos animales esconden la cabeza bajo tierra para no ver el león que se aproxima a devorarlas —explicó el joven indiketa sin abandonar su gesto concentrado.

—Mi querido Estibos... —se impacientó Placidio—, ¿quieres decirnos qué tienen que ver los avestruces con lo presenciado esta tarde?

El ibero de Indika levantó la cabeza por primera vez.

—¿No es acaso la misma actitud del avestruz el ponerse a celebrar fiestas cuando la guerra está a solo veinte días de marcha de Osca?

Velina me esperaba al pie de las escalinatas, desafiando con aquella bata corta las frías cuchilladas de la noche y las miradas desvergonzadas de los vigilantes. La suma vestal me cubrió de besos nada más penetrar en su alcoba, y se me entregó después como una loba satisfecha. Por primera vez no hizo siquiera mención de abofetearme, ni me llamó insolente por nimiedades. Tendidos sobre su lecho, Velina se restregaba contra mi cuerpo como si pretendiese curarme con aquel tibio contacto los rasguños y moratones de la pelea.

—¿Tienes miedo, Velina? —le dije mientras acariciaba sus cabellos revueltos tras hacer el amor como dos fieras.

—¿Miedo? —La *vestalis maxima* levantó la cabeza, y los nervios de su cuello se tensaron como las cuerdas de un arpa, por lo inesperado de la pregunta y porque las dentelladas de la edad siempre dejan

marcas inevitables en las personas—. ¿Miedo a qué?

—A la guerra. A la muerte. A que los hombres de los que huiste en Roma puedan capturarte. Dicen que Pompeyo está a apenas veinte días de Osca.

Velina apoyó su cabeza sobre mi pecho y se quedó tan inmóvil que llegué a pensar que el sueño la había vencido.

—No —respondió al cabo—. No temo por mí —Velina me acariciaba el rostro mientras me observaba con ojos acuosos—, pero sí por ti, Kalaitos. Temo que Sertorio pueda arrastrarte a *su* guerra.

—¿A mí? ¿A la guerra?

La suma vestal asintió.

—Eres el hijo de un gran caudillo celtíbero.

—De un caudillo muerto.

—Aun así, aunque tu padre haya sido su enemigo, Sertorio sabe que tú eres el heredero de uno de los clanes más importantes de la Celtiberia. Y por eso te necesita —Velina volvió a mirarme con ojos dulcemente indulgentes ante mi profunda ceguera—. ¿Para qué crees que te ha traído hasta aquí?

—No me había puesto a pensarlo —confesé algo aturdido, pues mi cabeza no era la de Estibos—. De cualquier manera, quizá no ocurra nada —repuse—. ¿Realmente crees que Pompeyo se atreverá a penetrar en Hispania?

Una mueca de tristeza desdibujó la sonrisa de Velina, deshaciendo el contorno riguroso de sus pómulos, suavizando sus facciones, convirtiéndola por un instante en una mujer casi adorable.

—Pompeyo no ha venido para quedarse al pie de los Pirineos —me aseguró con otra caricia—. En Roma saben que solo él podría vencer a Sertorio, y por eso van a darle todo lo que pida.

—¿Y qué harás tú si la guerra se acerca a Osca?

La *vestalis maxima* volvió a tenderse sobre mi pecho antes de responder a mi pregunta.

—Las personas —afirmó mientras frotaba el vello enrevesado de mi tórax— no pueden estar huyendo toda una vida, Kalaitos. Este es mi último destino, pase lo que pase. —Velina me besó entonces en los labios—. Jamás pensé que volvería a... —dijo, dejando la frase en el aire y los ojos caídos.

—¿A qué?

—A nada.

Velina suspiró, y una rabia vieja y desesperada pareció apoderarse de su cuerpo como un mal espíritu en una noche de plenilunio. Sentada a horcajadas sobre mi sexo, la suma vestal me poseyó en medio de un frenesí casi inhumano que la dejó jadeando inerte a mi lado. Después, la sacerdotisa se durmió aferrada a mi torso, igual que una niña pequeña guardando celosamente su juguete máspreciado. Hasta que la luna empezó a pelearse con las primeras luces del alba.

—¿Adónde vas? —me dijo cuando me notó moverme.

—Con Draco —le dije zafándome de su abrazo—. ¿Qué te ocurre? —le pregunté entonces al ver que lloraba con los ojos cerrados.

—Nada.

Con una mano retiré la catarata de bucles negros que escondían un rostro afligido. Quise besarla después en la frente, pero ella me lo impidió de un manotazo.

—¡Maldito seas, Kalaitos! ¡Maldito sea el día en que viniste a mí! —me espetó con los ojos arrasados de lágrimas.

—Velina, yo...

—¡Júrame que volverás de esa guerra!

—Todavía no me he ido... —le dije mientras me colocaba el *sagum*.

—¡Júrame que volverás! —Velina me agarró con la desesperación de un náufrago a la deriva.

—Soy difícil de matar. No temas —le contesté sonriendo mientras le estampaba un beso en los labios.

La mano blanca de Noctiluca comenzaba a recoger las primeras estrellas del firmamento, pero el abrazo pertinaz de aquella mujer desconsolada se empeñaba en retenerme.

—Debo irme ya, Velina —le susurré tratando de soltarle los brazos. Un último tirón, sin embargo, me obligó a afrontar una mirada que unos meses atrás desprendía hielo y ahora en cambio se derretía en las lavas de una pasión imprevista.

—¡Júrame por lo menos que no me dejarás por otra!

IX

Abandoné el dormitorio y me dirigí a la calle con la cabeza convertida en una campana. Las últimas palabras de Velina resonaban en mi interior como golpes estridentes de badajo. Y, sin embargo, aquel doloroso estruendo no fue suficiente para ocultarme los extraños ecos que escapaban de los aposentos de Aufidio. Por eso me detuve al alcanzar la antesala en la que confluían los dos pasillos y apliqué la oreja en la puerta.

Una colección de libidinosos aullidos taladraba las paredes de la habitación, haciendo que incluso los centinelas del templo hubiesen abandonado su puesto, incapaces de soportar aquel concierto infernal. A decir verdad, los gritos y gruñidos de placer se mezclaban con otros de índole más discutible. En un principio me parecieron lamentos pero se me hacía difícil pensar que uno de aquellos dos entregados amantes, Manlio o el *pontifex*, pudiese quejarse de las embestidas excesivamente fogosas de su compañero de lecho. Quizá, se me ocurrió, a Manlio todavía le doliesen los cardenales de su pelea en la arena del foro.

Encontré a Draco apoyado en la puerta sur, departiendo animosamente con el retén de guardia.

—Hoy podemos prescindir del entrenamiento —me anunció con amplia sonrisa.

—¿Y Estibos?

—Ese no se ha peleado contra cuatro lictores —rio el centurión—, así que no le hace falta descansar. No le vendrá mal un poco de ejercicio de buena mañana.

Draco me hizo seguirlo bordeando siempre la muralla de Osca en dirección a su extremo oeste.

—¿Todavía recuerdas tu intento de fuga? —me preguntó con sonrisilla aviesa cuando pasamos junto a la alcantarilla por la que salí de la ciudad.

—Claro. Fue mi primera aventura.

—No sé si hoy hubiese sido capaz de detenerte —comentó jocosamente el centurión en referencia a nuestro breve enfrentamiento junto al río.

—Seguro que aún te quedan malas artes que no me has enseñado.

Draco asintió riendo entre dientes. Poco después ambos nos deteníamos frente a un bonito edificio en el que ya empezaban a entrar algunos clientes.

—Esta es una de las pocas cosas por las que merece la pena haber sido sometido por Roma —afirmó el centurión, lanzando a continuación una carcajada estruendosa.

—¿Las termas? —pregunté sorprendido, pues no las había visitado todavía, seguramente porque no había allí retórica alguna, ni lecciones morales que aprender.

Draco puso su manaza sobre mi hombro mientras ambos contemplábamos el desfile de ciudadanos romanos que entraban en las instalaciones.

—¿Cómo se dice «ocio» en celtíbero? —me preguntó.

Busqué en el desván siempre repleto de mis recuerdos y en todos los rincones accesibles de mi cabeza.

Pero la palabra «*otium*» no tenía ningún correspondiente en mi lengua madre.

—No tenemos palabra para *eso* —hube de admitir.

—Es normal —rio Draco—. Los iberos tampoco la tenemos. ¿Sabes por qué?

—Porque los hispanos siempre hemos pasado el tiempo cultivando tierras, criando cerdos, haciendo hijos, recreciendo murallas contra los invasores o peleando con nuestros vecinos —se me ocurrió decir, aunque luego lo pensé mejor y añadí—: Bueno, también nos emborrachamos en las fiestas de plenilunio...

Draco levantó un dedo al aire.

—¡Ah, eso no es ocio! —sentenció muy serio—. Eso es algo necesario para el mantenimiento del cuerpo. En lo demás tienes toda la razón. Los hispanos no podríamos tener palabra alguna equivalente a *otium*, sencillamente porque lo desconocíamos. Al menos, en este sentido —añadió Draco cuando entrábamos ya en el recinto termal.

El centurión ibero me explicó mientras nos desprendíamos de la ropa en los vestuarios que el ideal de vida virtuosa para un ciudadano romano respondía al dicho de «baño, vino y Venus». Es decir, la inacción absoluta. El trabajo, afirmó, era un concepto muy cercano a lo indigno. Algo propio de esclavos, libertos y gentes de mal vivir.

—Estiremos un poco los músculos antes de relajar el cuerpo en el agua —sugirió Draco empujándome a la palestra, la parte central de la terma habilitada para que quien lo deseara pudiera ejercitarse antes del baño.

A la vista de algunos sorprendidos clientes, el centurión y yo nos dedicamos durante unos minutos a practicar la lucha cuerpo a cuerpo, como hacíamos en el campamento cada mañana, aunque sin emplear la violencia que solíamos en ocasiones.

—Es suficiente por hoy, Kalaitos —decidió Draco, jadeante, cuando ambos sudábamos por todos los poros—. Pasemos primero al *tepidarium* antes de sumergirnos en las bañeras.

No había nadie en la sala que preparaba para la *cella caldaria*, el auténtico placer de las termas. La mayoría de las personas, me explicó Draco, pasaban directamente a la zona de baños calientes, o al *laconicum* repleto de vapores, pero obviaban esta aclimatación por considerarla innecesaria. El instructor me lanzó una toalla blanca con la que secarme el sudor de todos mis miembros.

—Gocemos de estos momentos, Kalaitos —dijo sin perder el buen humor—. Es posible que dentro de pocos días ya no podamos hacerlo.

Draco enjugaba el sudor de su cuerpo de roca con una toalla blanca, y, mientras lo hacía, vio que yo lo observaba con curiosidad.

—¿Estabas preguntándote por «estas cosas»? —dijo señalando las múltiples cicatrices que surcaban su piel rugosa—. Bueno..., gajes del oficio, ¿no te parece? Esto es un flechazo —me explicó refiriéndose a una marca en la espalda—. Esto..., un lanzazo traicionero —Draco se frotó el muslo agujereado—, y lo de los brazos no son más que pequeños rasguños de antiguas batallas —añadió encogiéndose de hombros, como si todas aquellas heridas se obtuviesen con la misma facilidad que el bronceado de un agricultor que cultiva lechugas.

—¿Tú también crees que habrá guerra pronto? —le pregunté tras una breve pausa al hombre que de batallas entre romanos sabía más que mi padre de aplastar hierros con el martillo.

Draco se pasó el paño por el cabello empapado.

—Los romanos «fabrican» guerras todas las primaveras —afirmó riendo—. Con quien sea. Para ellos, el invierno es tiempo perdido —me explicó—. Una estación en la que no hay cosechas ni tampoco

guerras no merece ni siquiera nombrar sus meses. Aunque te resulte difícil de creer, hasta no hace mucho tiempo los años romanos tenían solo nueve meses en su calendario, ¿no lo sabías? Empezaban en marzo y acababan en noviembre. El resto no contaba —comentó Draco divertido—, así que... ¿para qué ponerle un nombre a algo que no tiene razón de ser?

Aunque curioso, la administración del tiempo por parte de los romanos no era un asunto tan fascinante como para hacerme olvidar lo que desde hacía rato quería preguntarle a aquel centurión.

—¿Es verdaderamente Pompeyo un enemigo tan formidable?

—¿Pompeyo? —Draco pareció sorprendido por mi interés—. Sí, bueno, hay que reconocer que Alejandrino no tenía tu fuerza bruta, pero no era tampoco ningún alfeñique. Además, habrá cambiado bastante en estos últimos años, supongo.

—¿De qué me estás hablando, Draco? —pregunté al pensar que el centurión de Sertorio había empezado a desvariar a causa de los efluvios mentolados de la sala.

—¡Te hablo de Pompeyo, demonios! —se encrespó el ibero.

—Has dicho «Alejandrino».

El centurión rio con escándalo atronador.

—Así es como lo llamábamos en el ejército por su empeño en parecerse al gran Alejandro Magno, desde pequeño. Desde que su padre lo puso a mi cargo.

Parpadeé confundido varias veces, y todavía tuve que frotarme el rostro con la toalla para convencerme de que no sufría alucinaciones.

—¿A tu cargo? ¿El general Cneo Pompeyo Magno ha estado a tus órdenes?

—¡Pues claro, igual que tú, mequetrefe! Su padre, el general Estrabón, lo tuvo en campaña durante la Guerra mársica —me explicó—, concretamente en la turma de caballería que mandaba yo.

—¿La Guerra mársica?

Draco movió las manos en señal de que no estaba dispuesto a profundizar demasiado en las aguas siempre turbias de los conflictos entre itálicos.

—La llamaron también la Guerra de los Aliados, una más entre romanos, para que lo entiendas.

—¿Como la de ahora?

—Exacto.

—Y... ¿cómo es Pompeyo? ¿Cómo lo recuerdas?

Draco se frotó la nuca y su semblante recobró de un plumazo una gravedad que no había mostrado hasta aquel instante.

—Pompeyo era un jovencuelo con muchas cualidades —afirmó—. Muchas más que su padre, el viejo Estrabón. En realidad lo tenía todo para ser el más grande. —Los recuerdos de antaño se llevaron la mirada de Draco a algún lugar perdido del *tepidarium*—. Jamás he visto a nadie con solo diecisiete años mostrar ese arrojo, esa decisión, esas dotes de mando y... esa ambición por ser el mejor en todo —rememoró—. A decir verdad —me aseguró el centurión pensativo—, Pompeyo no solo quería ser el mejor en todo, sino también el mejor de *todos*.

Dejé que los ojos evocadores de aquel hombre curtido volaran unos segundos por el aire tibio de la terma.

—¿Es Pompeyo mejor que Sertorio? —aventuré.

Draco frunció el ceño. Sopesando mi pregunta con sumo cuidado, como quien examina cuidadosamente dos caminos paralelos que quizá lleven a sitios distintos.

—No lo sé —confesó, incapaz de escoger entre dos sendas igual de frondosas—. No sabría decir

quién de los dos vencerá cuando se enfrenten. Ambos gozan de algunas ventajas sobre el adversario —me aseguró—, así que ganará quien mejor sepa aprovecharlas.

Igual que antes, Draco no quiso entrar en materia y explicarme dónde estaban las diferencias entre un militar y otro, unos asuntos de los que, seguramente, yo no iba a entender nada. No obstante, la simpatía de aquel hombre hacia su antiguo pupilo me pareció fuera de toda duda. Por eso me atreví a formularle una última pregunta:

—¿Has pensado cómo será para ti pelear contra alguien a quien has formado como soldado y al que todavía aprecias?

Draco esgrimió una sonrisa extraña, una mueca que aunaba la satisfacción y también la tristeza.

—En este oficio... —dijo— es normal que pasen estas cosas. Y, puestos a morir, en el fondo es una suerte que quien te asista en tu última bocanada, o quien maneje la espada que te atraviere sea, en el fondo, una mano amiga.

Tras aquella afirmación demoledora Draco se quedó dormido en el *caldarium* igual que un niño sin remordimientos ni preocupaciones. Porque así es como viven, me di cuenta, los hombres que nacen para la guerra y hacen de ella su modo de vida. Antes de marchar, el centurión errante y yo todavía tomamos unas jarras de cerveza en una de las tabernas que rodeaban la palestra de la terma. Después cada uno enfiló su camino: Draco cantando alegremente rumbo a su campamento en los llanos, y yo a la Academia de Latinidad. Para encontrarme dentro de sus muros con una escena inimaginable, ni siquiera en mis pesadillas más tenebrosas.

X

Estibos hundía su cabeza en el pecho de Placidio mientras un descontrolado temblequeo agitaba todo su cuerpo. Un gemido animal escapaba de las mismas entrañas del joven indiketa, un lamento desconsolado que el rétor no había sido capaz de calmar con sus caricias y sus susurros. Cuando me acerqué a ellos, observé que las ropas de Estibos aparecían rasgadas, manchadas de sangre alrededor de su cintura y sus nalgas.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté sin dirigir a nadie en concreto mis palabras—. ¿Qué le ha pasado a Estibos? —añadí, ahora sí, mirando al rétor.

Placidio no respondió de inmediato. Todavía trató de amansar, en vano, los hipos agónicos de su joven alumno.

—¡Esos bastardos...! —murmuró el griego mascando su rabia con las mandíbulas apretadas—. ¡Esos depravados...!

—¿Quiénes son esos bastardos depravados y qué le han hecho a Estibos? —pregunté acercándome un poco más al desconsolado indiketa.

Además de la sangre en la ropa, a mi compañero de academia se le advertían marcas rosáceas en todas las partes visibles del cuerpo, incluso unos extraños rasguños en el cuello, como si se hubiera cortado afeitándose, algo que Estibos no hacía a diario.

Placidio me miró derramando aceite hirviendo por los ojos.

—¿No te das cuenta de que han abusado de él? —me dijo con la voz enronquecida por una ira impotente.

—¿A... abusado? ¿Cómo? ¿Quiénes? —tartajeé aturdido por unos hechos y una realidad inimaginables para un celtíbero.

—Es posible que en tu Celtiberia natal solo violen a las mujeres indefensas —respondió el rétor, irritado por mi desconocimiento—, pero aquí también se abusa de los muchachos desprevenidos. ¡Ya va siendo hora de que te enteres de algunas cosas! —me refrotó Placidio sin esconder su disgusto ante mi incapacidad para ver lo evidente.

Estibos se apartó por fin del maestro griego y me miró directo a los ojos. Tenía los pómulos tumefactos y otras muchas señales que denotaban lucha, una desesperada pelea por la dignidad que el indiketa había perdido finalmente.

—¿Quiénes han sido? —le pregunté, pero Estibos guardó silencio. Ido, desasido de sí mismo, encerrado todavía entre las paredes marmóreas del sufrimiento.

—Tú deberías de haber escuchado sus gritos —apuntó Placidio con el rostro petrificado por la cólera—. Todo sucedió a pocos pasos de donde tú entretienes el insomnio con esa arpía romana —añadió el griego con agrio sarcasmo, como si de algún modo me culpaba de lo ocurrido.

Entonces recordé los lamentos, y los jadeos desproporcionados, y las voces que no supe interpretar si

pedían auxilio o se rendían a la vorágine del sexo.

—¿Han sido *ellos*?! —exclamé cuando até todos los cabos sueltos.

Estibos pareció sobreponerse. O, cuando menos, recobró la facultad del habla momentáneamente.

—Los lictores de Manlio me detuvieron a poco de dejar la academia cuando me dirigía al campamento de Draco para el entrenamiento diario —explicó mirando al suelo.

—Y te arrastraron hasta la residencia del *pontifex*.

El indiketa asintió.

—Lo demás no hace falta que te lo explique —intervino Placidio—. Incluso alguien con tan poca imaginación como tú puede hacerse cargo. Si hubieras estado junto a él —Placidio me apuntó con dedo acusador— y no con esa furcia, no estaríamos ahora lamentándonos.

—No es culpa tuya, Kalaitos —me disculpó Estibos con voz débil.

—¡Oh, sí, sí que lo es! —exclamó un enfurecido rétor—. ¿Hasta cuándo vas a llevar la vida licenciosa de un epicúreo?

No comprendí aquel último vocablo de mi maestro, aunque quizá ni siquiera fuese un insulto después de todo. Tampoco le di demasiadas vueltas al hecho de si yo debiera haber ejercido como protector de Estibos aquella noche, cuidando de él como de un hermano pequeño. Mi cabeza andaba ocupada haciendo una muesca en mi agenda mental de las tareas ineludibles antes de abandonar Osca algún día. Una ocasión que se presentaría antes de lo previsto, porque Sertorio regresó de su viaje por los confines de Hispania al poco tiempo, concretamente el quinto día después de las calendas de marzo. Junto a él, un formidable ejército formado por veinte mil soldados de a pie, principalmente pelendones y arévacos, y tres mil jinetes vacceos.

El general romano llegó a su campamento en los llanos de Osca como siempre hacía —según Placidio—, con las últimas luces del día y huyendo de boatos innecesarios. Para no levantar en la ciudad triunfalismos infundados ni pasiones superfluas. Desde allí, desde su modesto *praetorium* nos hizo llamar a Placidio y a mí a la mañana siguiente.

—¿Por qué Sertorio no ha mandado venir a Estibos? —le pregunté al griego mientras ambos recorríamos las tres millas largas que separaban la academia del campamento militar.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —replicó el rétor, enfurruñado por lo que para él suponía una incómoda caminata—. La cabeza de ese hombre no suele ser transparente ni siquiera para los que creemos conocerlo.

Tras varios traspies de Placidio y el mismo número de impropiedades en griego —una lengua que ya empezaba a comprender y manejar de forma básica—, lancé mi segunda pregunta:

—¿Por qué Sertorio no nos recibe en Osca? ¿Es que no tiene casa allí?

—Él no es como otros generales —afirmó el rétor—. No se ha hecho construir ninguna villa, como ya lo ha ordenado el propio Perpenna, por ejemplo. Pero sí dispone de una modesta *domus* en los arrabales. Aun así, prefiere permanecer aquí, viviendo en este campamento junto a sus hombres.

—¡Contraseña! —Un centinela de puertas interpuso su lanza entre él y nosotros.

—¿Contraseña? —se asombró el griego—. A ver si te vale esta: Roma le besa el culo a Grecia.

—Esa no es la estipulada —respondió el soldado con indiferencia. Afianzando, no obstante, la presión de su *pilum* sobre el grueso abdomen del rétor.

—¿Esa no es? —repetió Placidio imitando el tono deslavazado de un retrasado mental—. Entonces...

o Sertorio me la ha dado mal o tú no te has enterado. ¿No sabes quién soy yo acaso, pedazo de acémila legionaria?

—No.

—Soy Placidio de Atenas —el pecho del griego se hinchó de orgullo como la vejiga de un cerdo—, rétor de la Academia de Latinidad de Osca —añadió con ufano retintín.

—Tu nombre no me dice nada, nunca lo he oído —contestó el centinela, quien, sin embargo, bajó su lanza—, pero sí que conozco a tu acompañante.

—¿A... a este? —Los ojos de huevo de Placidio casi saltaron de sus cuencas impulsados por la sorpresa.

El centinela asintió apartándose a un lado.

—Conozco a Kalaitos, el contrebiense —dijo—. Yo mismo lo escolté hasta aquí desde su ciudad hace unos cuantos meses —afirmó sonriéndome—. Por eso sé que no sois espías ni enemigos y voy a dejar que entréis en el campamento. De no ser por eso... —El soldado esgrimió una mueca que ciertamente infundía respeto—, habría escarbado en tus tripas con la punta de mi *pilum*.

Apenas dos o tres pasos nos separaban de la *porta decumana* cuando la voz del centinela nos detuvo de nuevo. A Placidio todavía no le había vuelto el color a la cara.

—Por cierto, la contraseña es «*victrix Osca*» —dijo, guiñándome un ojo—, por si volvéis y hay otro en mi puesto.

Placidio y yo iniciamos el ascenso de la *via decumana* en dirección al *praetorium* de Sertorio.

—Estarás satisfecho de que la soldadesca reconozca antes a un mocoso indígena que a un maestro griego... —masculló el rétor con enojo. Después creo que me lanzó otra pulla, pero ya no la escuché. Acababa de detenerme al reconocer a una vieja conocida.

—¿Conoces a Rhea? —me preguntó el griego al verme observar a la blanca cervatilla que cabrilleaba por las calles del campamento aceptando sin recato los arrumacos de la tropa.

—La conozco de sobra —dije mientras rememoraba los peores días de la batalla por Contrebia—. La veíamos casi a diario desde las murallas, hablando al oído de Sertorio, pero no sabía su nombre —añadí acercándome al animalillo—. Él la utilizó contra nosotros para socavar la moral de nuestros soldados —le expliqué al rétor—. Para hacernos creer que jugaba con ventaja, porque todo lo que ocurriría él ya lo sabía de antemano a través de su curiosa intermediaria con los dioses.

—Oh, estoy seguro de que Rhea por sí sola ha ganado muchas batallas para Sertorio sin disparar una flecha. No hay arma más poderosa que la superstición malévolamente empleada —rio Placidio en referencia al conocimiento por parte de Sertorio de nuestras ancestrales creencias hispanas.

La cervatilla se había acercado finalmente a nosotros y olisqueaba mis piernas y mis ropas como si aún recordara los días pasados en las inmediaciones de Contrebia, a menos de un tiro de catapulta de mi propia casa.

—¿Sertorio le ha puesto ese nombre? —le pregunté al rétor.

—Claro, así es como se llamaba su madre. Puedes imaginarte —añadió el griego— que esa es una información que los lusitanos desconocían cuando se la regalaron hace un par de años.

—¿Quién podría ponerle el nombre de su propia madre a una cierva? —dije casi para mí mismo, pues jamás se me habría ocurrido llamar «Ania» a una gallina o a una vaca, ni siquiera a una oropéndola.

Al llegar al final de la *via decumana* vimos a Perpenna asomar su armadura bruñida y su cara de hurón

esquilado por entre las cortinas del *praetorium*. El general romano mostraba un aire todavía absorto tras su —quizá— larga entrevista con Sertorio. La mirada de soslayo que nos dedicó al cruzarse con nosotros fue un gesto demasiado poco revelador para saber si aquel hombre se acordaba de mí y del incidente en el foro cuando a Lucio Manlio se le ocurrió jugar a los gladiadores.

El hombre que manejaba los designios de Hispania en aquellos instantes recorría los límites de su tienda de lona a grandes pasos, con las manos enlazadas tras la espalda y la vista clavada en el suelo. Quinto Sertorio todavía lucía las mismas ropas y la armadura que había vestido en su último día de marcha. Su aspecto ligeramente cansado y el enorme mapa desplegado sobre una mesa hacían pensar en una noche poco reposada.

—Si no tienes inconveniente —le recriminó Placidio nada más entrar—, la próxima vez que quieras hablarnos podrías convocarnos en tu casa de Osca. Resultaría... un poco menos incómodo para nosotros.

Una sonrisilla burlona afloró en los labios del nursio tras escuchar las protestas del rétor.

—Viejo cascarrabias... —murmuró—. Cada vez entiendo más por qué Grecia no fue rival para Roma. Si esos hoplitas que mandasteis contra nuestras legiones eran tan flojos como tú, no es de extrañar que no aguantaran ni la primera embestida.

Mientras Placidio y Sertorio cruzaban varias pullas sobre la debacle helena ante Roma, eché un rápido vistazo a aquel mapa de Hispania. Sobre su inmensa superficie, varias docenas de puntos negros representaban el emplazamiento de las ciudades más importantes. Como pude observar, la mayoría de los nombres aparecía en color verde, incluida mi Contrebia natal, y solo unas pocas ciudades figuraban señaladas en pintura roja. Apenas media docena quedaba sin resaltar, de lo cual inferí que toda Hispania estaba bajo control sertoriano, a excepción de Carthago Nova en la costa del *mare Internum* y cuatro o cinco fortalezas más que quizá todavía no se habían decantado por ninguno de los dos bandos.

—¿Ya entiendes de mapas, Kalaitos? —La manaza de Sertorio al posarse sobre mi hombro me sorprendió contemplando aquel tinglado de puntos y nombres.

—Creo que ya sé dónde queda cada sitio, más o menos.

—Bien... —Sertorio me regaló dos recias palmadas.

En un escrutinio más meticuloso observé otros símbolos que parecían representar ejércitos, anunciando la hipotética distribución de tropas o un futuro despliegue. Como antes, aquellas supuestas legiones también tenían colores, y nombres.

—Aquí... —Sertorio señaló de improviso un punto sobre el pergamino. Absolutamente a desmano, lejos de sus ejércitos, esquinado en uno de los extremos más remotos de Hispania—. *Aquí* es donde reside nuestro problema.

Placidio se encorvó para ver mejor el lugar señalado. Su cara dibujó entonces una mueca de profunda extrañeza.

—¿Aquí? ¿En Emporion? ¿Qué diablos ocurre en Emporion? ¿Ha... hay acaso algún problema con los griegos de Emporion?

—Emporiae nos ha traicionado —anunció Sertorio con voz ronca. Con un rencor profundo, más próximo al dolor que a la verdadera cólera.

—¿Emporion... traicionarte? ¡Eso es imposible! —asentó Placidio, tajante—. Querrás decir Indika.

Un puño cerrado restalló sobre la mesa como una maza de piedra.

—¡Emporion, Emporiae, Indika! ¡Qué más da el nombre si todo es lo mismo! —se exasperó Sertorio al referirse a la ciudad donde había nacido Estibos. Una curiosa polis fundada por griegos a las puertas

de otro asentamiento habitado por hispanos, ocupados ambos posteriormente por las legiones romanas un par de siglos atrás. De ahí sus tres denominaciones diferentes, según fuera el caso.

—Pe... pero mis compatriotas siempre te han sido leales... —titubeó un demudado Placidio—. No es posible que los griegos de Emporion hayan...

—¡Los griegos de Hispania hace siglos que no pintan nada! —zanjó Sertorio con sequedad despectiva. Por si a Placidio aún no le hubiese quedado claro que sus quebraderos de cabeza venían por otros vericuetos.

—¿Qué ocurre entonces con los indiketas? —se me ocurrió preguntar entonces, entrando de lleno en la conversación y atrayendo hacia mí el fiero escrutinio del general romano—. ¿No es acaso el padre de Estibos tu aliado?

Sertorio se me quedó mirando largamente con su ojo sano. El otro, el globo batueco, lo mantenía entornado, con su pupila blanca desprendiendo extrañas irisaciones.

—Lo era.

—¿Lo era?

—Por alguna razón que desconocemos, los indiketas no han atacado a Pompeyo. Ni siquiera lo han hostigado en su avance —nos informó un contrariado Sertorio.

—¿Po... Pompeyo se acerca a Emporion? —tartamudeó Placidio—. ¿Pe... pero no estaban sus legiones todavía en los Pirineos?

—Pompeyo está *ya* en Emporiae, acampado a sus puertas. Con el beneplácito de griegos o de indiketas. O de ambos —afirmó sin dejar de contemplar con amargura su antigua ciudad aliada.

—Lo más probable es que... —La voz atribulada de Placidio quiso iniciar una justificación seguramente exculpatoria para sus compatriotas.

—«Lo más probable» no es una respuesta válida —lo interrumpió Sertorio azotando el aire de un violento manotazo—. Debemos conocer cuanto antes el auténtico motivo de esa deserción. Pero sobre todo...

Placidio y yo observábamos en silencio las tribulaciones del hombre más poderoso de Hispania. Preguntándonos, sin atrevernos a expresarlo, por el contenido final del pensamiento que había dejado colgado en el aire.

Sertorio nos miró sin vernos. El escrutinio de su ojo sano volaba más allá de las lonas pardas de su *praetorium*. Lejos de Osca. Abstraído, avizor. Igual que un halcón en busca de nuevas presas.

—Sobre todo... —continuó cuando su pupila se fijó de nuevo en nosotros— me interesa saber si la situación en Emporiae es todavía reversible.

—¿Re... reversible? —se asombró Placidio—. ¿Qué quieres decir con «reversible»?

—¿Y tú eres el rétor de mi academia? —se encrespó el general nursio—. ¿Tan extraña te resulta esa palabra? Quiero saber si los indiketas y los griegos que aún viven en la ciudad estarían dispuestos a volver a apoyarme y a empuñar las armas contra Pompeyo.

Placidio enarcó las cejas en un gesto a medio camino entre la incredulidad y el espanto.

—¿Luchar contra Pompeyo teniéndolo acampado en las mismas puertas?!

—¿Por qué no? —A Sertorio, el rostro se le había pintado de misterio. Y de una cierta avaricia militar—. Sería una bonita manera de aplastar al enemigo pillándolo entre dos fuegos, ¿no te parece?

Placidio sopesó aquellas palabras sin dejar de observar el plano de una ciudad a caballo entre el mar y las montañas. Rumiando sus aprensiones y meditando sus dudas a base de pensativas cabezadas.

—Para hacer lo que pretendes —apuntó finalmente— tendrías que infiltrar a algunos espías en la

ciudad, y mantener después conversaciones secretas con las facciones que aún estuvieran de tu parte. Si es que queda alguna. Ahora dime —la cara del rétor se torció en una mueca de abierto sarcasmo—, ¿acaso vas a lanzar allí dentro a unos cuantos hombres desde la distancia utilizando una carroballista gigante?

Quinto Sertorio palmeó los hombros del maestro griego como si en verdad le divirtiera la cháchara de aquel sabio.

—A veces resultas muy chistoso, filósofo de pacotilla, pero no sabes nada sobre la guerra. Tengo los hombres adecuados para esta misión —aseguró—, y voy a llevarla a cabo de inmediato.

—¡Oh, sí, vaya, qué suerte! —se carcajeó el rétor—. ¿Vas a enviar allí a Draco, a esa mula ibera con cerebro de mosquito? ¿O a esos engreídos oficiales, Prisco y Grecino? Mandes a quien mandes —sostuvo convencido—, todos apestan a carne legionaria, y tardarán minutos en descubrirlos. Después los torturarán, los harán hablar y te enviarán sus cabezas clavadas en sendas picas. Con una nota manuscrita por el mismo Pompeyo mofándose de tus absurdos métodos.

Sertorio dio una vuelta más alrededor de la mesa que sostenía el mapa, como si buscara el ángulo más adecuado para contemplar aquella curiosa polis hispanogriega. Después se detuvo y nos miró con amplia sonrisa.

—Las personas que has mencionado son buenos soldados —afirmó asintiendo—, pero, como muy bien dices, es muy posible que no sean los espías que necesito. Afortunadamente... —Sertorio seguía cosido a aquella sonrisa enigmática—, cuento con los hombres ideales para este trabajo.

—¿Ah, sí? —Una mueca de curiosidad se dibujó en el rostro mofletudo del rétor.

—Sí —afirmó radiante—, iréis vosotros.

XI

Placidio dio un cómico respingo, como si le hubiesen pinchado en las nalgas con una lezna de zapatero. La faz se le había tintado de un color harinoso que fue mudando al amarillo, y otra vez de vuelta al blanco. Cuando se repuso de la impresión, se pellizó los carrillos con ambas manos, tal vez para convencerse de que no soñaba, y se miró a sí mismo con extrañeza, como si aquel cuerpo rechoncho no fuera el suyo, sino una réplica de la persona designada por Sertorio para llevar a cabo una misión a todas luces suicida.

—Un romano huele a otro romano a una milla de distancia, y lo mismo ocurre con los soldados, sean itálicos o hispanos —afirmó el Tuerto de Osca posando sus brazos hercúleos sobre nuestros hombros—. Vosotros, en cambio, no despertaréis sospechas en Emporiae —trató de tranquilizarnos—. ¿Quién podría recelar de un griego con aspecto de comerciante despistado y de su joven criado hispano?

Placidio había recuperado la facultad del habla solo a medias. Por eso mascullaba entre hipo los peligros insalvables a los que nos enfrentaríamos en una empresa tan arriesgada. Sertorio, sin embargo, no estaba por escuchar naderías.

—Una vez dentro de la fortaleza —le aseguró—, te será sencillo contactar con antiguos conocidos tuyos. En cierta ocasión me dijiste que conocías a todos los maestros de Emporion —sostuvo, utilizando ahora el término griego para agradar a un abrumado Placidio—. Solo tienes que indagar qué ha pasado allí dentro y ver si ellos pueden facilitarte una entrevista con el padre de Estibos.

—Imagínate que ahora el jefe Turaelo es, efectivamente, fiel a Pompeyo. Y nos detienen, y nos torturan.... —opuso sin embargo un temblequeante rétor.

Sertorio descartó de un plumazo tales posibilidades.

—Tus amigos griegos te dirán de inmediato si esa entrevista con Turaelo puede producirse o no con seguridad. Y si no es posible, la información que traigáis sobre el ejército de Pompeyo ya será valiosísima —apuntó Sertorio.

Placidio pareció algo más aliviado, o más conforme con su suerte. O simplemente más hecho a la imposibilidad de dar esquinazo a un destino aciago. Aun así, trató de evitarle el mal trago a su alumno más desaventajado.

—Kalaitos puede quedarse aquí —sostuvo, elevando la cabeza con ademán de héroe solitario—. Todo lo que has dicho puedo hacerlo yo solo.

Una sonrisa casi siniestra afloró en el rostro del general romano.

—Kalaitos irá también —zanjó de manera rotunda—. ¿Quién mejor que un superviviente a una hecatombe como la de Contrebia Leucade para explicarles a los indiketas qué les ocurre a quienes me traicionan?

Placidio asintió en silencio. Quizá porque el razonamiento de Sertorio le pareció acertado; tal vez porque mi compañía en aquella aventura incierta le aliviaba de algún modo.

—Y... ¿cómo has pensado hacernos llegar hasta Emporion? —preguntó algo más calmado.

—El general Perpenna os escoltará un trecho.

—¿Perpenna?! ¿Ese cretino presuntuoso?! —La cara del rétor se tiñó esta vez de un rojo casi bermellón—. ¡Si hemos de jugar nos la vida —se indignó—, pon al menos a nuestro lado a alguien más competente!

Quinto Sertorio no se molestó siquiera en replicarle. De dos pasos se había plantado junto a su mapa de Hispania, y desde aquel tablero lleno de símbolos reclamaba ahora nuestro acercamiento.

Los símbolos desplegados por la superficie de aquel curioso mapa no mostraban los nombres de los generales que comandaban aquellas tropas imaginarias. Tan solo reflejaban la posición exacta de cada ejército y el número de cohortes de que disponían.

—El general Perpenna se situará aquí, en la orilla sur del río Hiberus —nos explicó Sertorio, arrastrando una de aquellas figuras verdes sobre el plano y anotando a continuación el número 53 debajo de ella—. Vosotros viajaréis con él hasta este punto. —Sertorio puso su dedo sobre la ciudad de Ilerda, a orillas del río Sicoris—. A partir de ahí continuaréis solos hasta Emporiae.

Placidio boqueó varias veces sin emitir sonido alguno, como si la perplejidad no le permitiera ordenar las ideas, o las prioridades, a la hora de formular sus preguntas.

—¿Cincuenta y tres?! —explotó al fin el griego cuando logró articular palabra—. ¿Vas a poner cincuenta y tres cohortes bajo el mando directo de ese inepto?! ¿Y vas a hacernos viajar a nosotros en medio de unas legiones que acabarán insubordinándose a las primeras de cambio?! ¿Has olvidado ya cómo y por qué llegó a Osca ese hombre?

Sertorio se encogió de hombros en un gesto de muda impotencia.

—No lo he olvidado, pero es su ejército —respondió con calma—. Son sus tropas al fin y al cabo, y no puedo apartarlo de ellas como si se tratara de unapestado.

—¡Esos veinticinco mil hombres vinieron a ti buscando tu protección! —se encorajinó Placidio—. ¡Sabes mejor que yo que no darán el paso definitivo cuando haga falta si es Perpenna quien los manda! —arguyó el rétor con indignada vehemencia.

Sertorio volvió a manotear el aire de su *praetorium*.

—Vamos, no es para tanto... —afirmó sonriendo—. La misión que le he encomendado podría llevarla a cabo un simple centurión de puertas.

—¿Te refieres a escoltarnos?

La carcajada del Gigante de Nursia debió de escucharse en la misma *porta praetoria*.

—¿Escoltaros? —rió—. No, ese no es su cometido. Si fuera solo para eso, me habría bastado con dos o tres de mis peores soldados. Perpenna —repuso Sertorio ahora más serio— debe impedir que Pompeyo rebase la línea del río Hiberus.

—¿Y tú crees que lo conseguirá? El Hiberus es muy largo.

—Y también muy ancho —musitó Sertorio casi para sí mismo mientras recorría con su dedo plano el cauce más impresionante de Hispania—. Pompeyo no cruzará esa muralla de agua. Incluso alguien como Perpenna es capaz de impedirselo —concluyó con total convencimiento.

Mientras el gigante romano nos instruía sobre nuestro desplazamiento hasta la costa, yo había reparado en la posición de otros ejércitos sertorianos. Uno de ellos iba a quedar, observé, a pocas millas de Perpenna.

—¿Aquí también habrá un ejército? ¿Tan cerca de Perpenna? —pregunté extrañado, interviniendo por primera vez en aquella conversación y plantando mi dedo sobre la superficie abrupta de Hispania. A medio camino entre Tarraco y Valentia.

Sertorio me miró con inusitada atención. Casi con la emoción de un padre satisfecho con los progresos de su hijo.

—Estas son tropas de reserva —me explicó amablemente—. Las manda un buen militar: Cayo Herenio.

—Veinte mil hombres son una reserva muy generosa...

El dueño de Hispania asintió sin decir nada. Otra vez complacido con mis observaciones, aunque sin llegar a admitir que el mencionado Cayo Herenio era el as que guardaba en la manga por si Perpenna y sus hombres no daban finalmente la talla.

—¿Y este cuerpo de ejército? —seguí preguntando, acicateado por la curiosidad—. ¿No está demasiado lejos de... todo?

Sertorio volvió a reír, y sus recias carcajadas sonaron como una música satisfecha, como si en el fondo celebrara tener que responder tantas cuestiones sobre tácticas y estrategias.

—Aquí está Hirtuleyo. Muy al sur, es cierto —admitió—. Pero no podemos moverlo de ahí mientras el viejo Metelo siga escondido en su madriguera de la Bética.

Asentí con gravedad, igual que un avezado estratega haciéndose cargo del estado de las cosas.

—¿Y tú...?

A Sertorio se le oscureció ligeramente su pupila sana.

—Yo, ¿qué?

—¿Por qué no te encargas tú de frenar a Pompeyo en persona? ¿Por qué ha de ser Perpenna quien vaya hasta la línea del Hiberus?

Aquella mirada incompleta me escrutaba ahora con un fulgor más intenso. Velada por esa neblina turbia que no deja distinguir en los ojos de los hombres la ira de la complacencia.

—Ya me gustaría... —dijo al fin, esbozando una sonrisa franca—. Lamentablemente, he de estar preparado para apagar fuegos en distintas zonas.

Sertorio debió de leer mi ignorancia en los múltiples guiños de mis ojos. Por eso siguió ilustrándome con paciencia.

—A ciencia cierta, no conocemos las intenciones de Pompeyo —dijo—. Podría optar por seguir el curso del Hiberus hacia el oeste y penetrar en la Celtiberia, o por tratar de avanzar hacia el sur, cruzando el gran río. Además, está ese viejo zorro, Metelo. Lleva muchos meses agazapado en la Bética, pero no podemos descartar que intente un acercamiento para unirse a Pompeyo en algún lugar de la costa del *mare Internum* —Sertorio me lanzó una ojeada intensa para comprobar si lo seguía en sus explicaciones. Lo cual traté de demostrarle con la única conclusión posible a su silogismo.

—Entonces tú te colocarás en algún punto intermedio para acudir allá donde haya batalla.

El Gigante de Nursia asintió lentamente.

—Exactamente aquí —me indicó, señalando una zona relativamente próxima a mi ciudad natal—, en las tierras de los berones.

Placidio carraspeó, interrumpiendo aquella clase de estrategia militar.

—Hay un par de pequeños detalles sin importancia que creo has pasado por alto —arguyó con una traza de irritación en la voz.

El general romano enarcó una ceja.

—¿Cuándo daremos nuestra misión por terminada y cómo regresaremos de ella?

Según nos explicó entonces un confiado Sertorio, una vez obtuviéramos la información necesaria, nos reintegraríamos a las filas de Perpenna, que seguiría esperándonos en el lugar acordado. Si los indiketas finalmente se decidían a pelear a nuestro lado, él volaría desde la Celtiberia hasta Tarraco en unos pocos días. Si las cosas venían mal dadas... bastaría con retener a Pompeyo al norte del Hiberus. Costara lo que costara.

Cinco días fue el plazo estipulado por Sertorio para nuestra partida de Osca. Después, mientras nos empujaba a la puerta de su tienda, el Gigante de Nursia quiso saber si alguna pregunta de última hora nos rondaba la cabeza. Fue entonces cuando hice un gesto afirmativo.

—¿Qué ocurre, Kalaitos? ¿No hemos hablado ya suficiente sobre ejércitos y cohortes? —Sertorio sonreía con aire afable, esperando posiblemente otro aluvión de dudas militares.

—¿Qué le ocurrirá a Estibos si, por un casual, su padre está ahora del lado de Pompeyo?

Otra vez las brumas. Otra vez los jirones turbios de la cólera envenenaron la mirada de Sertorio.

—¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Porque, si es así, Estibos habrá dejado de serte útil.

—¿Y?

—Y quizá decidas matarlo.

Durante unos segundos el Tuerto de Osca me fulminó con el rayo abrasador de su pupila viva. Destruyendo, destrozando, desintegrando de un plumazo cualquier rastro de admiración que hubiese depositado sobre mi persona.

—Eso no es asunto tuyo, Kalaitos —murmuró con la sequedad sombría de un padre defraudado.

XII

Placidio no quiso ocultarle a Estibos el motivo de la llamada de Sertorio así como el auténtico cometido de nuestra misión en Emporion. El indiketa palideció al enterarse de las preocupantes noticias procedentes de su ciudad natal y de los suyos.

—Mi padre es un hombre de palabra —dijo, casi rompiendo en sollozos—. Él no ha podido traicionar a Sertorio.

Placidio lo acogió entre sus brazos, como hizo la noche en que el indiketa volvió a la academia con el alma mancillada y las ropas hechas jirones.

—Todo saldrá bien, Estibos —le dijo al oído—. Deja de pensar en eso.

Pero «eso» era el destino habitualmente negro que espera a los herederos de quienes juegan con dos barajas. Y Estibos lo sabía de sobra.

—¿Qué será de mí si mi padre ha decidido apoyar ahora a Pompeyo? —preguntó con ojos arrasados.

Placidio no supo qué responder, o no tuvo el coraje para hacerlo. En cuanto a mí, las palabras se me habían perdido en lo más profundo de la garganta. Quizá por esa razón, para no tener que hablar del tema, tal vez escuchando otro tipo de instintos, pasé con Velina aquella noche. Y también las tres siguientes.

La suma vestal lloró como una plañidera desconsolada en cada una de las ocasiones. Hacía ya mucho tiempo que había cesado en sus amenazas de delatarme al *pontifex*. Hacía ya meses que achacaba mis visitas diarias a razones muy distintas al miedo, pero jamás me lo dijo. Velina nunca llegó a preguntarme si la quería de veras; si de cada tres latidos de mi corazón al menos uno era para ella. Prefirió dejar que las cosas simplemente «parecieran». En realidad, ambos habíamos elegido engañarnos y seguir interpretando el papel que representamos la primera noche que pasamos juntos. Para los dos era lo más cómodo, lo más bonito y posiblemente lo más cobarde.

—No te vayas a la guerra, Kalaitos —me pidió por enésima vez la penúltima noche.

—No me voy a ninguna guerra, Velina —le respondí como siempre, sin saber que me equivocaba—. Ya te he dicho que solo voy a hacer un viaje con Placidio.

La *vestalis maxima* me miró con el rostro compungido, desangelado. Desprendida de esa dureza vítrea que mostraba en todas sus apariciones en público.

—Se me ha ocurrido una idea... —me dijo, casi con miedo a importunarme.

—¿Qué idea?

Velina recorrió mi cuero cabelludo con las yemas de sus dedos y dejó después que sus manos resbalaran por la piel más áspera de mi cara.

—Yo podría pedirle al *pontifex maximus* que te nombre uno de sus arúspices —me dijo con sonrisa temblona—. Así podrías quedarte en Osca sin tener que ir a ninguna guerra —añadió sin cejar en sus caricias—. Así podríamos estar siempre cerca... Juntos quizá.

Ciertamente Aufidio y sus sacerdotes habían estado muy ocupados los últimos días, matando cabras y cerdos. Y aventurando vaticinios sobre el éxito seguro de una campaña que aún no había ni empezado.

—Sertorio no lo aprobaría —argüí, revolviéndome incómodo en la cama.

—De eso podría encargarme yo también. Yo era...

—Lo sé —la interrumpí—. Eras la cuñada de Lépido y tienes influencias. Pero no las necesito. No quiero saber nada de Aufidio ni de quienes lo rodean. Y tampoco quiero quedarme en Osca toda la vida.

Los ojos negros de Velina volvieron a armarse de la misma cólera silenciosa y latente que habían mostrado tantas veces en nuestras primeras citas. Pero yo había aprendido a desactivar aquellos rescoldos de ira con el mero uso de mis labios. La suma vestal emitió un gemido de auxilio cuando liberé su cuerpo después de un beso casi infinito.

—Kalaitos... —susurró acurrucada a mi lado.

—¿Qué?

—Sabes que me mataré si no vuelves —me dijo sin el menor atisbo de duda—. Lo sabes, ¿no es cierto? —insistió en vista de mi silencio.

Supongo que Velina me esperó también la última noche antes de mi partida. En esa ocasión, sin embargo, su desvelo fue inútil. Había una señal en mi agenda mental de las tareas pendientes. Una señal escrita con sangre que no podía pasar por alto. Y para terminarla, me encaminé, como siempre después de la cena, a la residencia de las vestales en la trasera del foro.

Los lictores me franquearon el paso con la misma sonrisilla pícaro de cada noche y siguieron después haciendo su ronda tranquilamente. Por eso no me vieron pasar de largo el dormitorio de Velina y encaminarme al mismo templo de Vesta, lugar de confluencia de los dos pasillos: el de los aposentos de las sacerdotisas y el del *pontifex maximus*.

Curiosamente era Emilia, la vestal que había alterado con sus sugerentes refrotes mis humores de alazán hispano, quien guardaba el fuego sagrado aquella noche. Afortunadamente, la joven dormitaba y no percibió la sombra de un *temeuei* celtíbero cruzando de puntillas a su lado.

Accedí al corredor paralelo sin ningún tipo de imprevisto y descolgué una antorcha de su alcayata. Entonces busqué la habitación del *pontifex*, aplicando el oído en cada puerta y guiándome por los suspiros.

Ni Aufidio ni Manlio oyeron el deslizarse arenoso de los goznes. El *pontifex* se encontraba desnudo sobre la cama, tumbado sobre su abultado abdomen, con una pierna y un brazo desplomados sobre su amante. El prefecto de Osca tapaba su cuerpo con una simple sábana arrugada mientras murmuraba entre sueños. Fue él quien primero levantó la cabeza al oírme, despertando con sus movimientos a Aufidio. Ambos se llevaron entonces una mano a los ojos, cegados por la luz incandescente de la antorcha. Poco a poco, mi estampa furtiva fue haciéndose reconocible en sus cabezas, a juzgar por su rápido intercambio de miradas. En ese instante decidí aprovechar la sorpresa inicial para comenzar una conversación que presumí, de cualquier manera, corta.

—¿No teníais suficiente con vuestros culos? —les dije, acercándome a ellos—. ¿No podíais haber ido, como hacen otros, a un prostíbulo y pagarle a alguien que estuviera dispuesto a sobar vuestra carne inmundada? —añadí escupiéndoles—. Ni siquiera tuvisteis el coraje de enfrentaros a Estibos en igualdad de condiciones.

Aufidio fue el primero en reaccionar a la arenga. Con inusitada rapidez desenfundó una daga que guardaba debajo de la almohada y se lanzó de la cama con el brazo cargado. Apenas tuve que esquivar aquel bulto adiposo con un leve escorzo de mi cintura. A la vez, una infantil zancadilla llevó al *pontifex* de bruces al suelo, perdiendo el cuchillo en la caída. Aufidio trató entonces de levantarse y alcanzar de nuevo su arma, pero yo le pisé la nuca y le acerqué la antorcha a la entrepierna. Sus muslos se abrieron instintivamente al sentir la quemazón de la llama. Dejando con aquel movimiento defensivo los testículos al descubierto. Un bramido animal de buey recién castrado reventó las cuatro paredes del dormitorio cuando pisé salvajemente aquellos genitales con mi sandalia militar claveteada de hierro. Dejándola allí plantada hasta sentir que algo se derretía debajo de su suela.

El aullido brutal despabiló a Manlio, que tampoco dormía desprotegido. Un *gladius* reglamentario cimbrió en su mano, con todos los visos de buscar una revancha tardía. Animado por mi indefensión aparente, pues la antorcha había quedado en el suelo, el prefecto de Osca se me vino encima lanzando mandobles cruzados. Su primer tajo me buscó el cuello, aunque con un arco exagerado y una fuerza excesiva. Cuando trató de recuperar el equilibrio tras el traspié, el antiguo procónsul de la Galia se encontró sin arma y con el brazo retorcido tras la espalda.

—¡Fue él! —Un grito delator le salió a aquel gusano de las mismas entrañas al verse desarmado e inmovilizado—. ¡Yo solo retuve al chico para que no se moviera! —mintió, pues Estibos había contado justo lo contrario.

—Y aunque fuera verdad —le dije con mi boca pegada a su oído—, ¿eso te convertiría en inocente? —añadí retorciéndole todavía más el brazo.

Manlio lanzó un chillido al sentir cómo su articulación se descoyuntaba violentamente. Entonces le di la vuelta y le apreté el cuello. El prefecto trató de evitar la asfixia con su única mano sana, pero aquel habría sido un final excesivamente indoloro. Por eso le partí la muñeca izquierda con saña usando simplemente la rodilla. Draco me había mostrado las distintas maneras de acabar con un oponente sin necesidad de espada, tan solo a base de luxaciones y fracturas. Según el centurión, el mejor enemigo es el enemigo muerto, y en su defecto, aquel que ya no tiene brazos para defenderse.

Dejé que Manlio se desplomara al lado de Aufidio y que ambos gimieran su dolor y su miedo al unísono. Entonces me agaché para ponerme a su altura.

—Si cuando regrese a Osca me entero de que habéis vuelto a tocar a Estibos —les advertí con tono sibilante—, vuestros culos serán la vaina donde enfunde mi espada desnuda. Y si aún vivís cuando la saque, yo mismo leeré los designios de los dioses en el mondongo que haré con vuestras tripas.

Volví al templo de Vesta con el fin de abandonar la residencia por el lugar por el que solía. Emilia seguía sentada en su sitio, pero el cansancio y el tedio la habían vencido. Ahora ya no guardaba un fuego sagrado, sino un pequeño montón de rescoldos humeantes. La vestal abrió los ojos cuando sintió el contacto de mis labios sobre los suyos. Una sonrisa desmayada quiso asomarle tras reconocermelo, pero pronto los tentáculos del sueño dejaron paso a los nubarrones del miedo.

—¡Por todos los dioses! —consiguió exclamar antes de que le pusiera la mano sobre la boca.

—No pasa nada, Emilia —le dije frotando aquellas mejillas trémulas con la mano que no sostenía la antorcha.

—¡Velina me mandará azotar por haber dejado apagarse el fuego de Vesta!

—Eso no va a ocurrir —intenté tranquilizarla.

—¿Es que no lo entiendes?! ¡Este es nuestro *único* cometido y yo he incurrido en la más grave de las faltas!

Emilia me dio la espalda y se puso a soplar en vano sobre unos leños ya fríos. A mí solo se me ocurrió retirarle el cabello de la cara para que pudiera trabajar con más desahogo. La vestal tenía un pelo sedoso, del color de la canela clara, esenciado con unos perfumes que no existían en mi Celtiberia. Imaginé, mientras la acariciaba, aquellos hombros lacerados por el látigo y no fue una visión precisamente sugestiva. Escuché en mi mente los gritos estériles de aquella joven por una falta absurda en el cumplimiento de una misión no menos estúpida.

—¿Qué haces? —me preguntó sorprendida al verme apilar varios troncos sobre las cenizas.

—¿A ti qué te parece?

—¡No puedes hacer eso! —me recriminó al comprobar que ahora esparcía unas briznas de broza sobre ellos—. ¡El fuego sagrado solo puede venir de los dioses!

Me quedé mirando un instante el rictus de horror de la joven sacerdotisa y me di cuenta, casi con agrado, de que algo teníamos en común hispanos y romanos, y quizá todos los hombres del mundo: todos sin exclusión habíamos otorgado tanto poder a sacerdotes y brujos que cualquier afirmación de estos, por ridícula que fuese, ya nos la creíamos a pies juntillas.

—¿Te parece que esperemos a que un rayo de Tarannis caiga sobre un tronco seco y le prenda fuego? —le pregunté acercando mi antorcha a los troncos—. Quizá prefieras recibir cincuenta latigazos al día mientras llega esa tormenta.

La broza seca prendió como la yesca. Segundos después, el fuego —sagrado o no— se había restablecido en el pebetero.

—¿Crees que alguien notará la diferencia? —le dije sonriendo—. Arde y quema igual que el otro.

Los ojos de Emilia se tornaron de improviso dos luciérnagas brillantes. Las comisuras de su boca dibujaron la misma curvatura perversa de aquel día en la escalinata del templo.

—Durante la ceremonia no me dijiste cómo te llamabas... —me dijo rodeándome el cuello con los brazos.

—Sí te lo dije pero ya no te acuerdas —le repliqué con un mohín de fingido enojo—. Eso es que no te gusto.

La vestal me pasó la yema de un dedo por los labios. Después su vientre se apoyó sobre el mío.

—Fanfarrón celtíbero... —susurró—. Has tardado mucho en venir a verme —continuó con una traza de disgusto en el tono—. Algunas afirman que...

—¿Qué afirman?

—Que te entiendes con Velina.

—¿Eso importa?

Una mano de Emilia se desprendió de mi cuello y se deslizó, sugerente, por mi pecho.

—Eres un maldito arrogante —me dijo pellizcándome el pezón derecho—. ¿Vas a quedarte esta noche?

—No tengo tiempo —me disculpé con una mueca de sentida impotencia—. Me voy de Osca al amanecer.

La faz de Emilia se ensombreció de duda.

—¿Adónde?

—Con Perpenna.

—¿Con el general Perpenna? —exclamó asustada—. ¡¿Vas a la guerra contra Pompeyo?!

—Todavía no hay guerra, Emilia. Tan solo es un viaje.

La joven vestal aferró mi cabeza por las sienes y la zarandeó como si fuera una hucha llena de monedas.

—Prométeme que a la vuelta vendrás a verme —dijo, besándome después en la boca sin tiempo a darle ninguna respuesta.

Dejé la antorcha colgada de su alcayata y abandoné la residencia ante las miradas aburridas de los cuatro lictores. Por el gesto acorchado de aquellos hombres deduje que Manlio y Aufidio todavía se lamían las heridas en solitario. Osa entera dormía a punto de agotar la *secunda vigilia*, excepto los vigilantes de sus siete puertas. Yo usé la salida sur para llegar al campamento de Marco Perpenna Vento, un personaje al que apenas conocía pero con el que iba a compartir mi primera aventura fuera de la capital de Hispania.

—¿Contraseña? —Otra vez la punta de un afilado *pilum* me cerraba el paso. Agarrado a su mango, un malcarado centinela me escrutaba de arriba a abajo. A su lado, un legionario más cauto.

—Creo que este es el contrebiense del que nos han hablado —terció el que parecía más amigable.

—¡Contraseña! —insistió el de la lanza sin prestar atención a su compañero.

—¿*Osa Victrix*? —propuse con desidia, tan solo por decir algo.

—Fallaste. —La punta del *pilum* se apoyó con más firmeza sobre mi gaxate.

—Acabo de acordarme de esa contraseña —repuse sonriendo—: Sertorio te cortará las pelotas y se las dará de comer a los cuervos si no me dejas pasar por esa puerta ahora mismo.

El guardián apretó las mandíbulas mientras el aguijón de su lanza se incrustaba un poco más debajo de mi barbilla.

Una voz harto conocida tronó en ese mismo instante bajo el arco de la *porta praetoria*.

—Déjale pasar, pedazo de alcorcho —ordenó Draco totalmente vestido de guerra—. Este hombre viene con nosotros. Has tenido suerte —le dijo después al centinela—. Ahí donde lo ves, este soldado podría haberte matado usando simplemente el canto de la mano.

Placidio se encontraba al lado del centurión, con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre su abdomen.

—Kalaitos —me recriminó—, ¿no crees que ya va siendo hora de que pongas un poco de orden en tus costumbres? Me habías prometido que hoy no irías a ver a Velina.

—Y no lo he hecho, rétor —le dije con aire de no haber roto nunca un plato—. Tan solo me he demorado un poco arreglando unos asuntos de última hora con unos conocidos.

Afortunadamente Draco no le dio a Placidio más opciones de continuar con su interrogatorio. El centurión me explicó que había sido idea de Sertorio el enrolarlo en aquel viaje con el fin de que se hiciera cargo de las tropas auxiliares iberas que se nos irían uniendo por el camino.

—No te preocupes —rio el ibero palmeándome la espalda—, solo seré tu niñera hasta que Placidio y tú partáis solos hacia Indika. Dentro de la ratonera, y hasta que nos veamos a la vuelta, tendrás que ser tú quien se ocupe de salvarle el culo a este charlatán extranjero.

A punto de entrar en la medianoche, los ronquidos atronadores de mis dos compañeros de contubernio no impidieron que Noctiluca me llamara con voz sensual desde su trono oscuro. Quiso la diosa de la noche mostrarme, abordo de su carro alado, un capítulo más de mi vida, pero lamentablemente, solo conseguí ver unos pocos retazos antes de alcanzar la hora *prima*.

«¿Habrá peligros en el viaje hasta Indika?», le pregunté a la fiel guardesa de todos los noctámbulos. A

lo cual Noctiluca me frotó la mejilla con sus dedos de nieve. «Los habrá —me confirmó pensativa—, sobre todo para los que se crucen en tu camino, Kalaitos. *Tú* eres el peligro», añadió con sonrisa enigmática. Sentí deseos irrefrenables de besar a mi diosa favorita, como me ocurría con todas las mujeres bellas, pero ella interpuso su báculo de diamante entre su cuerpo y el mío. «Yo no soy alguien que pueda intimar con humanos —me reconvino rechazando todo acercamiento—. Ese tipo de actos queda para las diosas romanas y griegas —añadió con desdén—. Tú solo podrás alcanzar mujeres de carne y hueso» —me advirtió Noctiluca muy seria—. Y ya que ha de ser así —continuó—, harías bien en prescindir de caprichos absurdos y elegir a una con la que puedas pasar el resto de tus días».

Los brazos sarmentosos de Draco me sacaron a empujones de aquel enigmático ensueño en el que no habían aparecido ni Velina ni Emilia.

SEGUNDA PARTE
EMPORION

XIII

El ejército de Marco Perpenna Vento abandonó su campamento en Osca pocos días antes de los idus de marzo. Lo hicimos marchando en un ordenado *agmen pilatum*, un impresionante despliegue en columna jamás presenciado, ni imaginado, en mi corta vida de soldado.

—Pronto te acostumbrarás a estas mareas humanas —me dijo Draco al verme observar con espanto las más de tres millas romanas de camino ocupadas por hombres cargados con su impedimenta y armas—. Cuando los primeros lleguen a Iltirta —exageró riendo—, los últimos todavía estarán levantando estacas del campamento.

Según me enteré entonces, una de las razones para desviarnos hacia Ilerda —o Iltirta para los iberos— era la de recoger allí a un importante contingente de guerreros ilergetes. Así pues el rumbo de Perpenna hacia el Hiberus no iba a ser el más directo posible. Como tampoco lo sería el nuestro hacia Emporion. Aun así, Sertorio había preferido hacernos viajar durante unos días protegidos por aquellas cincuenta y tres cohortes. Porque el desvío merecía la pena, dijo. Según él, el acercamiento a tierras indiketas sería más seguro desde el sur que desde el oeste. A pesar de todo, algunas cosas todavía no cuadraban en mi cabeza.

—¿No le está cediendo Sertorio demasiado terreno a Pompeyo? —le pregunté a Draco al cabo de unas cuantas millas de meditabundo silencio.

El duro centurión me miró perplejo, como si discutir o simplemente considerar las palabras de los dioses no estuviera al alcance de los humanos.

—¿Qué diablos pasa por tu sesera de macaco celtibérico? —gruñó.

—Osca está tan al norte como Emporion —repuse—. Sin embargo, Sertorio quiere hacer retroceder a este ejército centenares de millas hacia el sur. ¿No es eso ceder terreno?

Draco elevó sus robustos hombros en un curioso gesto que lo mismo podía indicar incomodidad con el macuto que portaba a las espaldas que fastidio por mi pregunta.

—A veces hay que ceder terreno primero para ganarlo después —me dijo—. En esta vida todo tiene su precio —añadió apuntando con su dedo sucio hacia nuestra casi inexistente artillería de guerra.

La dotación completa de una legión romana, me ilustró, constaba de cincuenta y cinco carroballistas y diez onagros. Nosotros, sin embargo, apenas arrastrábamos maquinaria de asedio; porque no pensábamos sitiar ciudades y porque si por algo destacaban los ejércitos de Sertorio, eso era su rapidez de movimientos. Pompeyo, en cambio, a buen seguro portaría ese tipo de armamento. Por lo cual, afirmó Draco con una estruendosa carcajada, «si hay que recular en algún momento, el podenco se hartará de correr detrás del conejo sin verle nunca el rabo». No hizo falta, en cambio, que el centurión me explicase mientras nos alejábamos el porqué de la invulnerabilidad de Osca. Pronto comprobé que no eran realmente sus gruesas murallas lo que la convertían en una ciudad inexpugnable, sino su privilegiada situación. Algo había advertido ya al acercarme desde Contrebia por su lado oeste; pero ahora, al viajar

en dirección opuesta, íbamos dejando atrás una vasta red de asentamientos fortificados que cerraban herméticamente todos los valles y barrancos por los que avanzábamos. Unos castros bien defendidos que causarían con sus guarniciones innumerables bajas a cualquier ejército que tratara de abrirse paso hacia la capital ilergete.

Dos jinetes pasaron galopando a nuestro lado envueltos en una densa nube de polvo.

—¿No echas de menos los viejos tiempos? —le pregunté a Draco.

—¿Por qué lo dices? —se sorprendió.

—Por lo de ir andando ahora.

—Nada es perfecto. —Draco se encogió de hombros—. Antes era un simple decurión de una turma de caballería. Con lo que ahora me paga Sertorio —rio—, quizá pueda comprarme una *domus* cuando me jubile.

Placidio lanzó una risita irónica al escuchar aquellas reflexiones.

—Lo malo es que a mí no me quedará nada después de este viaje —se lamentó—. Tan solo ampollas en el trasero. Y eso, si logramos volver sanos y salvos de Emporion.

El rétor se bamboleaba a nuestro lado a lomos de un mulo viejo, pues había rechazado el caballo que le ofrecieron por no poder soportar su brioso trote.

—No sabía que esos dos también venían con nosotros —le dije a Draco cuando la polvareda se disipó y reconocí las dos siluetas montadas que poco antes nos habían adelantado.

—¿Prisco y Grecino? —El centurión esbozó una sonrisilla maligna—. Sertorio no es tan tonto como te crees. Aunque Perpenna ostente el mando aquí, le ha puesto dos buenas niñeras.

Placidio emitió otro suspiro agónico, incapaz de encontrar acomodo sobre su montura.

—¡Maldito alfeñique griego! —le increpó Draco—. ¡Cómo puedes tener la desvergüenza de quejarte cuando los demás pateamos veinte millas al día sin derecho a tirarnos un pedo!

El rétor masculló algún improprio en su idioma y giró la cabeza hacia los trigales recién nacidos ignorando las voces del centurión ibero, quien todavía le vaticinó «cinco días más de tortura hasta ver las murallas de Iltirta». Lo que Draco no podía adivinar era lo que iba a ocurrir aquel mismo día.

A instancias del propio Sertorio, Draco, Placidio y yo viajábamos a la cabeza de aquella interminable serpiente humana, no muy lejos de los mandos. Esta circunstancia nos permitió a los tres presenciar el incidente desde muy cerca.

A pocas millas de terminar la jornada, el general Perpenna detuvo su cabalgadura a un lado del camino y se puso a contemplar una de las muchas granjas que íbamos encontrando a nuestro paso. Instintivamente Draco se detuvo también y me agarró del brazo, como si los peligros o los problemas desprendieran para un sabueso como él un tufillo inconfundible.

El edificio no tenía nada de particular. Se trataba de una casucha con paredes de arcilla y techumbre de bálago. Tampoco los campos de almendros, a pesar de estar repletos de flores blancas, habrían llamado la atención de nadie. Pero sí el caballo que aquel hortelano guardaba dentro de su finca. Era un alazán negro como la pizarra, de crines sedosas y ademán altivo. El general romano apenas escrutó al animal unos segundos antes de enviar a media docena de soldados con órdenes de confiscar la montura.

—¿Es normal hacer estas cosas? —le pregunté a Draco, que contemplaba la escena con el ceño fruncido.

—Forrajear no significa esquilmar a la gente —afirmó en referencia a la labor obligatoria de cualquier

ejército a la hora de buscar comida para sus acémilas—. Podríamos pedirle a ese hombre que nos vendiera una parte del alimento que guarda para su ganado pero nunca robarle su caballo.

Al ver las intenciones de quienes se acercaban, el granjero había desaparecido a la carrera dentro de su vivienda.

—¡No podéis robar las propiedades de un ciudadano romano! —gritó tras reaparecer con una tablilla en la mano derecha y un pergamino en la izquierda— ¡Sabéis qué es esto?! ¡Es la *lex Iulia*! —exclamó agitando la tablilla e interponiéndose entre los soldados y su montura.

Vi que Draco se ponía su casco de guerra.

—¿Qué es la *lex Iulia*? —le pregunté mientras se abrochaba las carrilleras.

—Creo que conozco a ese hombre —dijo, llevándose la mano a la empuñadura de la espada.

En la granja, la discusión por el alazán negro había empezado a alcanzar cotas peligrosas. El propio Perpenna había acabado acercándose al grupo de soldados que forcejeaba con el dueño del caballo. Tarquicio Prisco y Octavio Grecino también se habían parado junto a la cerca pero todavía se mantenían al margen de la disputa.

—¡¿Ves esta firma?! —El granjero había desplegado su pergamino y lo golpeaba enérgicamente con el dedo índice—. ¡Es la del general Estrabón al concederme la ciudadanía romana tras la batalla de Asculum! ¡¿Quién eres tú para venir a mi casa y confiscarme lo poco que tengo?! —le espetó a Perpenna aquel hombre indignado.

—Soy el general Marco Perpenna Vento, procónsul de la Hispania Citerior —se identificó el general romano mientras acariciaba las crines del caballo protegido por una barrera de lanzas—, y tengo potestad para incautar todo aquello que necesiten mis tropas.

El propietario del alazán cesó un instante en sus quejas, como si escuchar aquel nombre le hubiese desempolvado viejos recuerdos.

—¿Perpenna? ¿Marco Perpenna Vento? —repitió incrédulo—. ¿El mismo que anduvo escondido varios años en una cueva en Liguria por miedo a Sila? ¿El que perdió las sandalias de tanto correr en Sicilia y luego en Sardinia?

Si aquel hombre tenía pocas opciones de conservar su caballo, hasta el más tonto se habría dado cuenta de que acababa de dilapidarlas en dos segundos. Perpenna se abrió paso entre sus soldados y desenfundó su *gladius*.

—¡Yo te enseñaré a mostrar respeto ya que Estrabón no lo hizo! —siseó con ira.

Después, todo ocurrió muy deprisa. Draco dejó caer su impedimenta y emprendió una frenética carrera hacia la casa. Para cuando llegó, Perpenna se encontraba caído a los pies del granjero. Desarmado, aturdido por el brutal golpe en el rostro. Su reluciente espada obraba ahora en manos del propietario del caballo.

—¡Matadlo! —chilló a sus hombres mientras se arrastraba por el suelo.

Los seis *pila* viraron en semicírculo tratando de acorrallar a quien había osado derribar a todo un general romano. En ese instante apareció Draco.

—Siento haceros el trabajo un poco más difícil —les dijo a aquellos sombríos legionarios mientras desenfundaba—. Pero si este hombre ha de morir, yo lo haré con él.

Los soldados dudaron al ver a un centurión de su ejército tomar partido por el insurgente. E incluso retrocedieron un paso más cuando un tercer entrometido se coló en aquel círculo de muerte. Los gritos de Placidio al verme salir disparado en ayuda de Draco no fueron suficientes para hacerme desistir.

—Kalaitos, te presento a Ilurtibas —me dijo Draco como si los tres hubiésemos coincidido en una

taberna—. Luchó muchos años conmigo en la turma salluitana y sabe un rato de estos trances. Él protegerá tu flanco izquierdo.

El ibero simplemente lanzó un gruñido de asentimiento, como todos los hombres hechos a las encerronas del destino. Esta vez, sin embargo, no hizo falta que los dioses se divirtieran a costa de nuestra sangre. Prisco y Grecino fueron los encargados de hacer entrar en razón a un enfurecido Perpenna y evitar con su intervención un lamentable despropósito.

—No sabía que seguías en activo —le dijo Ilurtibas a Draco después de abrazarlo.

—Estoy dando los últimos coletazos —rio el antiguo decurión de la famosa turma salluitana.

—Pues jamás imaginé que los dieras al lado de semejante sabandija.

Draco le dejó bien claro a su amigo a quién servía realmente y le prometió una visita a la vuelta, ahora que ya sabía dónde encontrarlo. A lo cual el ibero ilergete esbozó una sonrisa tortuosa.

—Claro —le dijo—. Si regresas del Hiberus, me encontrarás aquí con toda seguridad. Y si no... — Ilurtibas golpeó a Draco cariñosamente en el casco— nos veremos tras las puertas de Letavia. Allí sí que nos juntaremos todos.

El ibero me guiñó un ojo en son de despedida y se dio la vuelta hacia su casa. En la puerta, una mujer joven y tres niños de edades cercanas esperaban al viejo guerrero con los rostros todavía petrificados por el miedo.

—¿Qué te pasa? —La voz grave de Draco y su brutal empujón me sacaron de mis reflexiones—. ¿Te has cagado en los calzones tan solo por ver seis lanzas apuntando a tu cuello?

—No. Tan solo me pareció curioso que tu infierno y el mío tengan el mismo nombre.

—¿Letavia? Bueno, de todos es sabido que los celtíberos habéis sido siempre unos ignorantes y unos palurdos que habéis copiado de nosotros, los iberos, incluso el lugar adonde iremos a parar tras la muerte —afirmó con una carcajada.

Placidio me esperaba encima de su mulo. Ceñudo, inmóvil como un espantapájaros irritado.

—¿Has perdido la cabeza? —me censuró—. ¿Vas a seguir siempre a ese demente en todas sus insensateces? —añadió en referencia a Draco—. ¿Qué necesidad tenías de arriesgar la vida por un desconocido?

Placidio lanzó un grito de pánico cuando se vio en el aire, desmontado de su mulo como un liviano muñeco de paja.

—¡Tú me dijiste una vez —le dije con mi cara muy pegada a la suya— que la dignidad es la última camisa del hombre pobre! Una prenda más valiosa que la propia piel, por la que hay que luchar siempre, incluso hasta la muerte. ¿Acaso hablabas por hablar? ¿O es que cuando no está en juego la dignidad de uno mismo hay que mirar para otro lado?

Cinco días exactos empleamos en cubrir las setenta millas romanas que separan Osca de Ilerda. Al margen del episodio del alazán negro, la rutina fue nuestra única compañera durante todo el trayecto. Un protocolo rígido y metódico que nos obligó a montar —y dismantelar pocas horas después— cinco campamentos.

—La costumbre es la mejor amiga del legionario —me aseguró Draco mientras ambos nos esforzábamos con nuestras *dolabrae* a la vista de las murallas de la ciudad ibera.

—¿Para qué cavar un foso y plantar una empalizada todos los días si nadie va a atacarnos hoy? —le pregunté al hombre que había sobrevivido a infinidad de guerras.

Draco rio, como siempre hacía ante mis inexpertas preguntas.

—Nunca sabes al lado de quién te acuestas —respondió—. Quienes de día parecen aliados, pueden convertirse en enemigos de repente. Y cortarte el gaznate al caer el crepúsculo. Además, quien trabaja sin rechistar ahora, tampoco pedirá explicaciones cuando se le ordene que aguante un poco más en primera línea de combate. La disciplina —concluyó aquel duro soldado— vale más que la propia fuerza.

Durante varias horas, la ciudad de Iltirta contempló nuestro metódico trabajo desde su espléndido promontorio sobre el río Sicoris. No era aquella una gran polis —sostuvo Placidio, que no había dado un solo azadazo para ayudarnos—, pero estratégicamente hablando su importancia era inmensa. Dada su situación geográfica, Iltirta era la llave que abría o cerraba el paso entre la costa del *mare Internum* y el corazón de Hispania, además de vigilar también la entrada de tropas desde los Pirineos. Administrativamente, era obvio que no tenía el peso de Osca —afirmó el rétor— pero, aun así, contaba con su propia ceca y acuñaba monedas de plata y bronce.

Como ya era norma, nuestro quinto campamento fue plantado a varias millas de distancia del *oppidum*, en un amplio recodo del río Sicoris. Mientras instalábamos la empalizada de troncos que debía protegernos durante la noche, un ronco clamor fue cobrando fuerza al otro lado del cauce.

—Se oyen gritos —le dije a Draco, que trabajaba a mi lado.

El centurión asintió.

—Proviene de la ciudad —repuso sin levantar los ojos de su tarea—. Nos han visto llegar y es su señal de bienvenida.

Agucé el oído, pero los ecos del viento y mis escasos conocimientos del idioma ibero no fueron suficientes para entender el mensaje.

—¿Qué dicen?

—*Tir* —replicó Draco—. Eso es lo que están gritando.

Puse de nuevo mi oído al viento y, ahora sí, la palabra «*tir*» repetida mil veces me llegó diáfana como una descarga lejana de catapulta.

—¿Qué significa «*tir*»?

El centurión dejó la *dolabra* en el suelo.

—Significa «lobo», y es el grito de guerra de los iberos —me explicó—. También es el apodo que han dado a Sertorio.

—¿El Lobo? ¿Lo llaman «el Lobo»?

—Para muchos —dijo— Sertorio es el lobo que ha de librarlos del yugo de Roma.

—Pero Sertorio es también un romano...

Draco se encogió de hombros.

—Ciertamente —afirmó—, pero no se parece a ninguno de los procónsules que han pasado por Hispania hasta la fecha. Eso hay que reconocerlo.

El campamento había quedado plantado en un leve altozano a un par de estadios del río. Desde aquel modesto promontorio presenciábamos cómo una comitiva de cinco hombres se aproximaba a nosotros.

—Me parece que tenemos visita —le dije a Draco.

—Visita esperada. Veremos cómo se las arregla Perpenna ahora —respondió el centurión con cierto misterio.

Los cinco hombres se apearon de sus monturas en la misma *porta praetoria*, donde Prisco y Grecino los estaban esperando.

—Es Estoteles, con sus cuatro hijos —me explicó Draco.

—¿Quién?

—Estoteles —repitió—, rey de los ilergetes.

—¿Rey?

El centurión ibero volvió a esbozar la misma mueca burlona de siempre.

—Esto no es la Celtiberia, Kalaitos —respondió—. Aquí tenemos reyes, y el mando pasa de padres a hijos como en cualquier monarquía.

—Entonces Estibos...

—Estibos es un príncipe —sostuvo Draco sin inmutarse.

—Un príncipe al que tú golpeaste salvajemente con una vara de fresno.

—Oh, bueno... —se defendió el instructor militar—, hasta un príncipe merece un azote de vez en cuando.

Los cinco iberos ascendieron junto a los dos oficiales romanos por la *via principalis*, rumbo al *praetorium* de Perpenna. Tanto Estoteles como sus hijos iban dejando tras ellos la insigne impronta de su casta. Los cinco vestían bonitas túnicas de lana brillante con ribetes dorados. Lucían, además, una vistosa diadema de plata en la cabeza y se tocaban con gruesas capas hechas con piel de oso.

Tarquicio Prisco se plantó a nuestro lado casi sin que nos diéramos cuenta. El legado gastaba el aire macilento de todos los hombres cansados y un rictus de inconfundible preocupación.

—Draco, vamos a necesitarte en el *praetorium* —anunció lacónicamente.

Lancé una mirada interrogativa al centurión mientras enfilaba ya tras los pasos del oficial romano. Pero Draco no me miraba. Su gesto contrariado, me pareció, era el de un bombero que ya huele el humo antes de ver el incendio.

Los gritos y exabruptos que escapaban del *praetorium* de Perpenna interrumpían de manera intermitente —e inevitable— las labores de quienes trabajábamos cerca de la tienda de lona. Eran principalmente alaridos iberos los que sobresalían en aquella acalorada discusión. Las voces de Perpenna y sus dos oficiales apenas se dejaban oír, y cuando lo hacían era en forma de apagados murmullos tratando de poner calma.

Aunque no pude entender sus palabras, escuché por fin la garganta grave de Draco imponiéndose a todo aquel irritado alboroto. Poco a poco, las recias lonas del *praetorium* dejaron de filtrar el contenido de una reunión —a todas luces tensa— que se prolongó por espacio de una hora. Estoteles y sus hijos abandonaron entonces la tienda de fieltro con el rostro de funeral y las mandíbulas bien apretadas. Bandeando sus capas de oso pardo con un destempe que ni Perpenna ni sus legados quisieron ver de cerca. Nadie escoltó a los iberos de vuelta a sus caballos en su descenso por la vía principal del campamento. Un agrio desfile acompañado de ásperos comentarios en aquella extraña lengua y de gestos que demostraban un enojo difícil de calmar. Draco salió al rato, cuando terminó de departir con Perpenna y los dos oficiales de Sertorio. Su semblante aparecía visiblemente contrariado.

—¿Qué les ocurre a Estoteles y a sus hijos? —le pregunté cuando estuvo a mi lado.

—Se sienten engañados —respondió hermético.

—¿Por qué?

—Porque esperaban que fuese el propio Sertorio quien condujese este ejército —explicó—. A Perpenna no lo conocen y no les da la misma confianza.

Un pensamiento tan repentino como insidioso cruzó mi mente igual que una flecha perdida en una

batalla.

—¿Sertorio les había prometido venir él mismo?

—Posiblemente.

—¿Posiblemente o seguramente?

Draco me fulminó con una mirada asesina.

—De acuerdo —bufó irritado—. Sertorio no les dijo la verdad completa pero...

—Entonces les mintió.

Una manaza de Draco se cerró sobre mi pecho. Su nariz chafada quedó entonces a una pulgada de la mía.

—¡Maldita sea, Kalaitos! —siseó como una serpiente silbando el peligro a través de sus colmillos—. ¡Las cosas no son así de sencillas! Y además... —El rostro habitualmente inescrutable del centurión se torció en una mueca de preocupación inusual en un hombre acostumbrado a los peligros.

—¿Qué es lo que ocurre, Draco? —le dije sin dejar de mirarlo directo a los ojos—. ¿De qué más se ha hablado en esa tienda?

Mi instructor en Osca exhaló un largo suspiro y compuso un gesto de impotente disgusto. Después me hizo tomar asiento a su lado.

—Perpenna va a incumplir las órdenes de Sertorio —me confesó pasándose una mano por la cara con ademán cansado.

—¿Incumplir? ¿A qué te refieres?

—No piensa girar hacia el sur a partir de Iltirta —dijo—. No va a situarse en la margen sur del Hiberus, como le había indicado Sertorio.

—¿Qué va a hacer entonces?

Draco me miró con ojos velados por una intranquilidad casi funesta.

—Va a continuar rumbo al norte, hacia Emporion —dijo—. Y lo peor de todo, piensa utilizaros a Placidio y a ti como excusa. O como coartada si un día Sertorio le pide cuentas.

Un súbito retorcijón de sorpresa recorrió primero mis tripas y me ascendió después por el cuello hasta dejarme la cara roja de cólera.

—¿Estás diciendo que Placidio y yo seremos la justificación de Perpenna para su incursión en territorio indiketa?!

—Eso, al menos, es lo que se desprende de lo que les ha comunicado a Prisco y Grecino después de hablar con Estoteles. Ha decidido finalmente escoltaros hasta las mismas puertas de Emporion en vista de las circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—Dice que existen riesgos demasiado evidentes como para dejaros marchar en solitario. Según él, jamás conseguiríais alcanzar la colonia griega por vuestros propios medios desde tan lejos.

—¿Prisco y Grecino han transigido a este cambio de planes?

—Prisco y Grecino no comandan este ejército.

—Pero tú dijiste...

—Yo los llamé «niñeras» —me cortó con sequedad—. Pero puedes considerarlos «consejeros» si te gusta más el término. Sea como sea, ellos no tienen poder suficiente para imponerse a Perpenna si este decide hacer de su capa un sayo.

Asentí lentamente mientras me hacía cargo de la nueva situación. Y mientras trataba de comprender las verdaderas intenciones del antiguo pretor de Sicilia.

—¿Crees que Perpenna busca gloria propia? ¿Crees que intenta propiciar un enfrentamiento directo con Pompeyo porque se siente capaz de vencerlo sin ayuda de Sertorio o Herenio?

Draco tenía los ojos clavados en el suelo. Absorto, dubitativo, anticipando ya los muchos inconvenientes de seguir los pasos de un general ególatra.

—Más vale que no tengamos que pelear contra Pompeyo —musitó abstraído.

—¿Por qué?

—No conocemos la auténtica valía de estas tropas —dijo mirando a nuestro alrededor con recelo—. No sabemos cómo responderán estos hombres cuando Perpenna los mande al campo de batalla, aunque lo haga en el nombre de Sertorio. Tanta incertidumbre, Kalaitos —añadió con una traza de preocupación en la voz—, supone darle demasiada ventaja a Pompeyo.

—¿Y qué ocurrirá con los guerreros del rey Estoteles? —le pregunté sin esconder mi preocupación por el futuro más inmediato—. ¿Se unirán a nosotros a pesar de la decepción de no ver al Lobo romano comandando sus tropas?

Draco hizo un esfuerzo por sonreír.

—Oh, sí, vendrán con nosotros —me aseguró—. Los iberos somos gente de palabra. Además, ya se ha encargado Perpenna de decirles que, en un momento u otro, ambos ejércitos, el de Sertorio y el suyo, unirán sus fuerzas.

—Pero eso es una cosa que quizá nunca ocurra...

—Es verdad —admitió el centurión—, pero mientras tanto pelearán a nuestro lado, aunque sea engañados.

XIV

Las tropas de Estoteles se unieron a nosotros en la mañana del día siguiente, al igual que su hijo mayor, Alorcos. La ceremonia fue breve y el intercambio de palabras y agasajos entre Perpenna y el mandatario ibero, casi nulo. Al rey ilergete se le notaba incómodo, tirante, indignado incluso, por el hecho de que aquellos guerreros de Iltirta no los comandara su hijo Alorcos sino Draco, un hispano romanizado que ni siquiera ostentaba el rango de legado. Al parecer, todo había sido previsto de antemano por el mismísimo Sertorio. Y esta vez Perpenna sí se atuvo al guión establecido.

—Estarás contento —le dije a Draco en son de mofa cuando pude acercarme a él—. Te han ascendido a tribuno en un solo día, sin necesidad de romperte la cabeza haciendo un *cursus honorum*.

—No es oro todo lo que reluce —me contesto lacónico mientras inspeccionaba visualmente a unas tropas que muy bien podrían haber sido celtíberas, por vestimenta y armamento—. Yo no he formado a estos soldados, y no sé qué esperar de ellos.

—¿Y por qué no le permiten a Alorcos estar al frente de ellos? —pregunté extrañado.

—Porque los romanos están convencidos de que la fidelidad de sus tropas auxiliares estará más asegurada si los privan de sus auténticos jefes y ponen en su lugar a mandos itálicos.

—Tú no eres itálico...

—Pero lo parezco —gruñó el ibero de Salduie—. Llevo demasiado tiempo entre chusma romana.

Inevitablemente supuse que por «fidelidad» se entendía dejarse matar sin rechistar a manos de legionarios mucho mejor armados y más experimentados. Esa era la idea que muchos en Hispania tenían de las tropas auxiliares.

—Alguien me dijo una vez que los hispanos enrolados en el ejército romano no son más que «carne de matadero» —recordé en voz alta para los oídos de Draco.

—¿Por qué?

—Porque son siempre los primeros en morir en una batalla.

El recién estrenado oficial torció el gesto sin querer darme la razón del todo.

—La infantería hispana es diferente a la romana —me dijo—. ¿Acaso no lo ves?

Contemplé unos segundos a aquellos hombres velludos, cetrinos, corpulentos, de aspecto indómito. Unos guerreros que vestían *saga* como el mío, espinilleras de lana sobre las pantorrillas y simples chalecos de lino como única protección ante las estocadas enemigas.

—Estos hombres, con sus falcatas y sus ligeras *caetrae* tienen mucha más movilidad que cualquier manípulo romano —me explicó Draco—. Por eso se les utiliza en los primeros compases de la refriega, con el fin de tentar las fuerzas del contrario y tratar así de buscar sus puntos flacos.

—Pero es cierto que estos hombres mueren los primeros.

—¡Maldita sea! —se enfureció Draco ante mi tozuda insistencia—. ¡Alguien tiene que hacer ese trabajo! Yo mismo lo hice muchas veces de joven y aún tengo vida en el cuerpo —añadió espoleando al

caballo que había recibido junto con su nuevo cargo.

Draco se alejó de mí para no seguir hablando de muertos. Sin embargo, nuestras primeras bajas se habían producido antes de que esta conversación se produjese, nada más levantar y destruir el campamento tras el desayuno.

Un robusto Sicoris, fortalecido por los primeros deshielos de la primavera, se reveló como el enemigo más formidable con el que habíamos topado hasta el momento. Perpenna se negó a perder tiempo buscando un sitio más propicio para el vadeo y la maniobra nos costó la vida de tres hombres. No resulta fácil para un soldado que carga con casi cien libras de impedimenta mantenerse a flote tras dar un mal paso y perder el equilibrio en medio del cauce. Cinco mulos fueron también arrastrados por la corriente, pero todos ellos llegaron sanos y salvos a la otra orilla, aunque sin los bultos que transportaban. No fue esta, evidentemente, la mejor imagen que podíamos ofrecer a nuestros aliados iberos, que contemplaron impasibles nuestros apuros desde la margen opuesta. Según Draco, estos eran los imponderables de toda marcha y así había que aceptarlos. Para Placidio, tener que mojarse los pies y los faldones de su túnica —a pesar de cruzar a lomos de su caballería— tampoco fue plato de buen gusto.

Durante los siete días siguientes, varios torrentes más se interpusieron en nuestro camino. Afortunadamente, todos llevaban caudales bastante más manejables que el turbulento Sicoris. Entre ellos, un sinfín de llanuras fértiles y prados verdes casi convirtieron las labores de forrajeo en agradables excursiones por la campiña. Aun así, a partir de Iltirta, abandonamos la disposición en columna que habíamos traído desde Osca para pasar a un riguroso *agmen quadratum*, «simplemente por si acaso» en palabras de Draco. Desde ese instante, las acémilas, los bagajes, los víveres y las armas de reserva viajaron en el centro de una formación que había dejado de ser una vulnerable serpiente humana. Donde el terreno lo permitía, que solía ser casi siempre, las filas de cuatro en fondo se convirtieron en compactos manípulos perfectamente ordenados y organizados para rechazar cualquier ataque imprevisto.

Fue a partir de la cuarta jornada cuando comenzamos a disfrutar de cierta compañía. De cuando en vez, el horizonte se cubría de sombras en su vertiente oeste. Unas siluetas montadas que plagaban los altozanos que dominaban los valles, y que muchas veces seguían nuestro avance en silencio durante bastantes millas.

—¿Quiénes son? —le pregunté a Draco.

—Ausetanos.

—¿Aliados?

—A saber... —dijo, encogiéndose de hombros—. Antes lo eran.

—¿Y ahora?

Draco me miró con el ceño fruncido.

—¿Tú qué pensarías si estuvieras al mando de un ejército?

Con la mano haciendo visera, miré hacia el grupo de jinetes que, como nosotros los celtíberos, no usaban silla de montar ni tampoco arreos. Su lento cabalgar no anunciaba amenaza inminente; tampoco su aspecto parecía belicoso. Pero aquella misteriosa inacción así como su pertinaz vigilancia no incitaban a relajar la disciplina.

—Yo diría que pretenden mantenerse neutrales —opiné.

—Eso ya sería bueno, si tal cosa fuera posible —afirmó Draco sonriendo—. El problema de esta

guerra es que ni Sertorio ni Pompeyo van a consentir medias tintas a los pueblos hispanos.

Los ausetanos no llegaron a atacarnos, ni siquiera a importunarnos en ningún momento. Lo cual nos permitió alcanzar la orilla sur del Ticer sin paradas ni contratiempos. Al igual que el Sicoris, el cauce de aquel río andaba crecido y habría supuesto un serio obstáculo para cualquier tropa que pretendiera abordarnos desde el norte. Por eso Perpenna decidió plantar allí su último campamento y convertir al Ticer en un foso defensivo casi insalvable. Aquella misma tarde, nos llamó a Placidio y a mí a su *praetorium*.

El mismo mapa de Hispania que ya había visto en la tienda de Sertorio ocupaba también la mesa de operaciones de Perpenna. La única diferencia estribaba en la señal que alguien —posiblemente él— había hecho sobre nuestro lugar de acampada. Junto al general romano, Prisco y Grecino examinaban también la disposición de tropas, propias y ajenas. Nuestro ejército llevaba adscrito el número 53, correspondiente al número de cohortes que lo integraban. El de Pompeyo, en cambio, mostraba un simple interrogante. Lo cual hacía suponer que todavía no contábamos con datos fidedignos sobre la magnitud de aquellas tropas. También había flechas marcadas en aquel mapa. De distinta longitud, dirección y colores. Indicando posiblemente los movimientos previstos para los ejércitos sertorianos. Unas maniobras que Perpenna se había pasado por el forro de su capa roja. De cualquier manera, Placidio y yo apenas pudimos ver aquellas curiosas flechas porque el general romano plegó el pergamino apresuradamente delante de nuestras narices.

El antiguo pretor de Sicilia nos dedicó una larga ojeada mientras deambulaba por su *praetorium*. Casi un minuto de silencioso escrutinio que no resultó exactamente reconfortante. Aquella era la misma forma de mirar que gastaba mi padre antes de ofrecer dos monedas de cobre malo por alguna cabalgadura cuya edad y hechuras no acababan de convencerlo.

—Estamos a jornada y media de Emporiae —nos anunció cuando ya creíamos que nos había llamado únicamente para quedarse con nuestras caras—. A partir de aquí, vais a seguir vuestro camino en solitario.

Escuché a Placidio tragar saliva a mi lado. El griego parecía haber olvidado la auténtica razón de nuestra presencia en mitad de aquel ejército. O quizá se había acostumbrado demasiado a la apaciguante rutina de las marchas diarias y las comidas de rancho.

—¿So... solos? ¿Desde aquí? —tartajeó, como si entre Emporion y nosotros se interpusiera un interminable desierto y no día y medio de viaje.

Perpenna le mostró unos dientes perfectos mientras contemplaba al rétor con rictus despectivo.

—¿Pretendes acaso que veinticinco mil hombres armados nos presentemos a las puertas de la ciudad y pidamos alojamiento para todos mientras tú buscas a algún griego amigo que sepa decirnos qué diablos les ha pasado a los indiketas?

El rostro de Placidio enrojó de vergüenza al verse expuesto a tan inevitable sarcasmo.

—¿Dónde nos esperaréis a la vuelta? —fue su preocupación más inmediata.

—Aquí mismo —Perpenna apuntó a sus pies con el dedo índice—, a no ser que tardéis un año —añadió con sorna.

Tarquicio Prisco y Octavio Grecino permanecían en pie detrás del general romano. Silenciosos, erguidos, inescrutables.

—¿Y qué ocurrirá con nosotros —intervine— si Pompeyo os ataca antes de que estemos de vuelta?

Perpenna me miró con ese desprecio mal disimulado que la mayoría de los procónsules y pretores gastan con los súbditos salvajes de sus provincias.

—Si Pompeyo ataca... —replicó en tono sarcástico— es de suponer que vosotros vendréis corriendo por delante de sus tropas.

—No os preocupéis. Eso no ocurrirá —terció entonces un conciliador Tarquicio Prisco.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Cuarenta millas romanas son una separación suficiente como para que Pompeyo no se sienta en peligro —me explicó el oficial sertoriano tratando de insuflarnos tranquilidad y ánimos.

—Cuarenta millas romanas pueden cubrirse en día y medio de marchas forzadas —le rebatí con más vehemencia de la que a Placidio le habría gustado—. ¿Realmente crees que Pompeyo le llamará a eso «una separación suficiente»?

—Pompeyo no nos atacará —opinó esta vez un sonriente Grecino.

Miré entonces a los dos oficiales de Sertorio. Lentamente, por turnos. Leyendo en sus ojos, en sus guiños y en sus gestos la impostura de una tranquilidad que estaban muy lejos de sentir realmente.

—Vosotros sabéis muy bien que el Ticer no es el Hiberus —les dije sin ánimo de parecer un estratega más sabio que ellos—. Por algo Sertorio le ordenó a este hombre —continué señalando a Perpenna— girar hacia el sur en Ilerda y defender Hispania desde la orilla meridional del gran río.

Ambos oficiales cruzaron una mirada rápida, ligeramente atribulada, y giraron sus cabezas hacia quien comandaba aquellas cincuenta y tres cohortes.

—¿Qué estás insinuando, maldita sabandija hispana?! —exclamó un indignado Perpenna.

—Que nuestra extrema cercanía puede incomodar a nuestro enemigo. Y si, por un casual, decide tomar la iniciativa —continué, arrebatándole el mapa y desplegándolo de nuevo—, quizá no fuera mala idea acordar un segundo punto de encuentro. Por si decides retirarte a las posiciones que deberías estar ocupando ahora mismo.

Los dos oficiales sertorianos seguían mostrando el gesto indeciso mientras a Perpenna se le iba congestionando el semblante por momentos.

—¡Yo no voy a moverme un solo paso de este sitio! —bufó el general romano—. Ningún ejército enemigo logrará mover a mis hombres de las orillas del Ticer.

—En verdad no perdemos nada acordando una segunda cita de emergencia —propuso entonces Prisco tratando de calmar los ánimos—. Si tuviéramos que retroceder...

—¡No gastaré saliva en tonterías! —bramó Perpenna en otro borbotón de cólera—. Si Pompeyo lanza su ejército contra mí antes de vuestra vuelta, ni siquiera necesitaréis puente para cruzar ese río. Los cuerpos de sus soldados muertos formarán una calzada perfecta por la que podréis vadearlo sin mojaros los tobillos.

Perpenna jadeaba su furia descompuesta en forma de hilachas de baba blanca a apenas un palmo de mis narices.

—¿Hay alguna cosa más que te preocupe antes de marchar hacia Emporiae? —me dijo salpicándome la cara.

Placidio seguía mudo a mi lado. Cabizbajo, meditabundo, silenciando sus dudas y rumiando para sí sus muchos miedos.

—Una muy importante.

—¿Cuál?

—Si por un casual los indiketas estuvieran dispuestos a apoyarnos de nuevo —le espeté a Perpenna sin

mover un pie de mi sitio—, ¿esperarías la llegada de Sertorio desde la Celtiberia o atacarías a Pompeyo por tu cuenta y riesgo?

Prisco y Grecino tuvieron que dar un par de pasos apresurados para agarrar a Perpenna e impedir que desenfundara su *gladius*.

—¡Bastardo hispano! ¡Yo te enseñaré a dirigirte a un general romano! —rugió, sujeto por cuatro brazos— ¡Preocúpate por volver con vida de Emporiae y deja de comportarte como si fueras el maldito tribuno de la plebe! —todavía me increpó desde la distancia.

XV

Placidio no dejó de reconvenirme por mis modales y mi lenguaje en las pocas horas que aún permanecemos dentro del campamento. En mi descargo argüí el trato recibido por el general romano: «Como si fuéramos escoria», le dije. Con lo cual él estuvo de acuerdo. «Aun así —me contestó—, prefiero ser escoria viva que cadáver orgulloso».

La *hora secunda* marcó nuestra salida por la *porta sinistra* y el comienzo de una aventura incierta. Junto a nosotros también marchó una pequeña partida de forrajeadores. A todos nos envolvió la noche nada más alejarnos un par de estadios de la empalizada. Los hombres encargados de traer alimento para nuestras caballerías se dirigieron hacia una zona de pastos situada ligeramente al noroeste, siguiendo la orilla sur del Ticer. Placidio y yo, en cambio, cruzamos el río en una barcaza y enfilamos en dirección a la costa. Nuestro primer objetivo era alejarnos de nuestras posiciones todo lo posible sin atraer la atención de posibles patrullas pompeyanas. El segundo, alcanzar las puertas de Indika al mediodía siguiente, si es que Placidio conseguía mantener el equilibrio sobre su nueva cabalgadura.

Ambos montábamos ahora dos bonitos corceles, «porque ningún rico comerciante —había dicho Draco— viaja a pie o a lomos de un jaco viejo». Al rétor también le habían colgado de la cintura una sonora bolsa llena de monedas con las que poder hacer buena nuestra tapadera. En cuanto a mí, simplemente me habían dado un triste *gladius* con el que defender nuestras vidas.

Las luces del alba nos trajeron el primer susto en forma de jinetes con penachos rojos y largas lanzas en ristre. Afortunadamente, dos hombres vestidos con ropas pardas pasan bastante inadvertidos en los primeros claroscuros del día.

—¿Serán soldados de Pompeyo? —me preguntó Placidio temblando bajo su túnica, escondido junto a mí tras una enorme ginesta.

—Desde luego no son hispanos y dudo de que sean sertorianos en estas latitudes —le dije—. Así, que, ante la duda, más vale mantenerse ocultos.

Apenas una hora más tarde, sin embargo, la parada fue obligatoria. Esta vez una patrulla claramente enemiga nos sorprendió en un descampado sin escapatoria posible y picó espuelas con el fin de cortarnos el paso.

—¿Podrás mantener la sangre fría y aparentar tranquilidad? —le pregunté a Placidio en cuanto advertí las intenciones de aquellos soldados.

—¿Por quién me has tomado, mequetrefe? —se indignó el rétor en un principio, aunque pocos segundos después, al ver más cerca al grupo de centauros, añadió con voz más aflautada—: ¿Qué crees que ocurrirá si no lo consigo, Kalaitos?

—Ocurrirá que apestaremos a espías de Sertorio y nos llevarán detenidos para interrogarnos. Y como no nos creerán aunque no mintamos, verterán plomo fundido sobre nuestros cuerpos desnudos y nos sacarán los ojos justo antes de degollarnos.

Placidio se tambaleó sobre su silla.

—Piensa en alguna de esas obras de teatro griego que siempre nombras —le aconsejé—, y hazte pasar por uno de sus personajes. A ser posible uno de los más heroicos.

—*Quo vadite* —nos espetó el decurión de Pompeyo con el brazo en alto.

—A Emporiae —respondió el rétor recurriendo al vocablo romano y prescindiendo por una vez del griego—. ¿Adónde si no?

—¿Y para qué?

—Soy comerciante, oficial —respondió un lisonjero Placidio—. Venimos desde muy lejos tan solo con idea de cerrar algunos tratos en la ciudad —añadió, sin darse cuenta de que acababa de servir en bandeja la siguiente pregunta del interrogatorio.

—¿De muy lejos? ¿De dónde?

El maestro griego abrió la boca para responder pero volvió a cerrarla como un sapo afónico al darse cuenta de que él mismo se había cazado la mano con el cepo.

—Venimos de... de... —se aturulló sin lograr dar con el nombre de una ciudad que no levantara sospechas.

—De Muturudum —intervine tratando de salvar el desastre.

El decurión miró a los hombres que lo acompañaban. Todos se encogieron de hombros.

—¿Muturudum? Nunca he oído ese nombre —dijo llevándose la mano a la empuñadura de la espada.

—¿Cuánto tiempo llevas en Hispania? —lo interrogué—. ¿Un año? ¿Un mes quizá? ¿Menos?

Un coletazo de asombro, mezclado con ciertas dosis de confusión y una duda razonable, zarandeó los ojos atolondrados del jefe de aquella patrulla. El cerebro de aquel romano, me di cuenta, no estaba preparado para digerir el impertinente desparpajo de un sirviente hispano.

—Entonces es normal que no sepas dónde se encuentra Muturudum. No te preocupes, no se lo diremos a nadie —le prometí—. Pero la próxima vez pide un mapa antes de salir de patrulla.

—¿Qué es Muturudum? ¿De dónde te has sacado ese maldito sitio? —me preguntó Placidio en cuanto perdimos de vista a los exploradores.

—Suena bien el nombre de esa ciudad. ¿No te parece? —le respondí.

—¿Te has inventado un lugar que no existe?

—Sí y no.

—¿Qué significa «sí y no»?

—Mi padre le compró una vez unos caballos a un hombre que decía venir de ese sitio.

—¿De Muturudum?

Asentí porque era cierto, aunque también era verdad que no tenía ni idea de dónde se encontraba aquella ciudad de nombre tan curioso. Placidio agitó la cabeza preocupado.

—Tu descaro nos costará un día la vida —se lamentó el rétor, que seguramente no había creído una sola de mis palabras.

—Tienes razón —convine irónicamente—. Habría sido mejor confesar, como tú pensabas hacer, que partimos de Osca con Perpenna hace casi dos semanas, pasando después por Ilerda para recoger un ejército aliado. Por cierto, ¿a qué personaje heroico estabas suplantando? ¿Al guerrero Aquiles o al mítico Ulises?

Placidio blandió la fusta que portaba con intención de golpearme con ella pero, en vez de eso, la

arrojó al suelo y desmontó como pudo de su montura. Ambos acabábamos de superar una empinada y zigzagueante senda que nos había dejado en la cima de una amplia meseta desprovista de vegetación. Desde aquel imponente macizo de roca, el horizonte nos regalaba una imagen digna de dioses.

—Mi pequeña Grecia... —musitó el rétor con los ojos arrasados por la emoción.

Para alguien como yo, sin embargo, existía un motivo de mayor admiración que contemplar una colonia griega en cuyas mismas puertas los romanos habían levantado un campamento de dimensiones colosales.

—¿*Eso* es el mar? —le pregunté a Placidio, obviando la incuestionable belleza de Emporion y fijando mis ojos en la aterradora inmensidad de aquella superficie azulada—. No se ve nada al otro lado... —añadí todavía atónito.

—Pues te aseguro que hay tierras en la otra orilla. Nosotros vinimos de allí —afirmó apuntando hacia el este.

—¿De aquellas islas? —le pregunté al reparar en unos peñascos cercanos.

La barriga del rétor se agitó con un ataque de risa.

—Aquellas son las islas Meta —rio divertido—, y casi se puede pasar de cuatro brazadas. Poco mérito tendríamos los griegos si hubiésemos venido de ahí. Ahora concéntrate en Emporion —me dijo, haciéndome girar la cabeza hacia el norte.

Una ciudad enorme, de trazado rectangular y rodeada de muros graníticos, se extendía desde el mismo regazo del mar hasta coronar una leve colina. Sin embargo, a pesar de aquel dominio aparente del medio, el campamento romano de Pompeyo miraba por encima de la polis hispanogriega con el frío desdén de los poderosos.

—¿Te das cuenta, Kalaitos? —me preguntó Placidio con ojos soñadores—, todavía se conserva el «tabique».

—¿Qué tabique? —le pregunté distraído mientras escrutaba los millares de contubernios donde se alojaban las tropas enemigas.

—¡El que siempre ha separado la parte griega de la ibera, diablos! —se indignó el rétor ante mi desinterés por la Historia—. ¿O es que ya no recuerdas lo que te expliqué sobre la Palaiápolis y la Neápolis?

Muy someramente recordé las palabras de Placidio, y también de Estibos, sobre la existencia de una «ciudad vieja» fundada por comerciantes fóceos sobre un islote a escasa distancia de la playa. Un lugar que posteriormente daría lugar a la gran Emporion que teníamos frente a nosotros. Una «ciudad nueva» que había crecido ya en tierra firme, separada de Indika —el *oppidum* ibero ya existente— por un simple muro de adobe.

—¿Cuál es la parte griega y cuál la hispana? —pregunté tras admirar el murete que discurría de norte a sur, partiendo la Neápolis en un espacio curiosamente asimétrico.

—¡Qué pregunta tan absurda! —exclamó Placidio—. Observa un poco mejor y dímelo tú mismo.

El rétor tenía razón. Cualquier observador mediocre se habría dado cuenta de que el laberinto de calles serpenteantes, sin orden ni concierto, solo podía corresponder a la zona ibera. En cambio, la zona más organizada y mejor dispuesta tenía que ser, por fuerza, la colonia griega.

—Hay otro aspecto que no deberías haber pasado por alto —me dijo.

—¿Cuál?

—Una ciudad mercantil como Emporion nunca le daría la espalda al mar —sostuvo el griego con orgullo—. A los iberos de Indika, en cambio, no les importó instalarse mirando al interior de sus tierras,

porque la idea del comercio simplemente no existía dentro de sus marmóreas cabezas.

—¿Y el tabique todavía tiene algún sentido? —pregunté azuzado por la curiosidad que aquella urbe me producía.

Una sombra de pena cruzó la mirada extasiada de Placidio.

—No desde la masacre de Catón el Viejo.

—¿Quién es Catón?

—Catón *fue* un procónsul romano de infausto recuerdo para los iberos —me aclaró.

—Como todos.

—Como algunos.

—¿Y qué es lo que hizo Catón?

Placidio apretó los labios antes de empezar su relato.

—Hace unos años... —comenzó.

—¿Cuántos?

—Hace cien años, algo más quizá —suspiró el rétor—, Porcio Catón fue enviado por Roma para aplastar la insurrección de los indiketas, que se habían sublevado debido al abusivo *stipendium* fijado por el Senado republicano.

—Y, por lo visto, lo logró.

—¡Oh, sí, y tanto! —exclamó Placidio—. En una sola noche acabó con varias decenas de miles de guerreros indiketas a las mismas puertas de su ciudad. Es decir, ahí mismo.

Contemplé los muros rojizos de Indika y traté de imaginarme la hecatombe: los gritos, el fuego, el descontrol, el horror cuando todo se hunde. Unas escenas y unos ecos que aún estaban frescos en mi cabeza tras la reciente catástrofe de mi propio *oppidum* celtibérico.

—Y los griegos de Emporion, ¿a quiénes ayudaron en esa batalla? —se me ocurrió preguntar de repente.

Placidio, sin embargo, guardó un sospechoso silencio. El maestro se había vuelto hacia su montura y pugnaba por subirse a ella, fingiendo no escucharme.

—Te he hecho una pregunta —le dije, agarrándolo por los faldones de su túnica—. ¿Pelearon los griegos al lado de sus vecinos hispanos?

—Los... los griegos de Emporion —arguyó agitando las manos defensivamente— nunca han sido hombres de armas, Kalaitos. Tan solo comerciantes...

—O sea que dejaron que ese Catón degollara a los indiketas sin mover un dedo para impedirlo. O quizá sí lo movieron, pero fue en favor de Roma —apunté con disgusto.

—¡Por todos los dioses! —se soliviantó Placidio—. ¡Se mantuvieron neutrales! ¿Qué otra cosa podía hacer una polis repleta de comerciantes?

El rétor de la Academia de Osca vio cómo la indignación calaba en mí igual que un hierro rusiente perforando el hielo sin esfuerzo.

—Empiezo a tener un concepto algo dudoso de los de tu origen —le dije, aupándolo sobre el caballo—. No me extraña que solo el rey Mitrídates se prestara a apoyaros, y no mucho, en vuestra lucha contra Sila. ¿Quién querría pelear al lado de gentes tan «civilizadamente» mezquinas? —añadí con sarcasmo.

Según Placidio, a partir de Marco Porcio Catón, Emporion fue Emporiae, e Indika, un simple barrio asociado. Y para que a ningún indiketa se le ocurriese jamás desafiar a Roma de nuevo, el infausto procónsul dejó allí para siempre, a dos calles de la Neápolis, un campamento romano permanente. El mismo que Pompeyo había utilizado ahora para instalarse con sus legiones.

Desde nuestro escondrijo en lo alto del cerro habíamos comprobado el frenético trasiego de gentes y acémilas que entraban y salían por las puertas de la enorme empalizada. Tan solo por eso, por evitar la cercanía de aquellas tropas, el rétor pensó que lo más aconsejable sería acceder a la ciudad por su parte griega. A pesar de todo, la puerta sur no la encontramos en absoluto desguarnecida. Al menos una decena de arqueros vigilaban, ojo avizor, desde lo alto de las dos torres que la defendían. A pie de calle, un retén armado cerraba el paso a todos los viandantes que pretendían penetrar en la fortaleza.

—¿Qué vas a decir cuando nos pregunten sobre nuestras intenciones? —interrogué a Placidio mientras desmontábamos a pocos pasos de la puerta.

—No te preocupes —respondió con sequedad—. Urdir una mentira creíble no debe de ser tan difícil cuando hasta un celtíbero puede hacerlo.

Un centurión con feas cicatrices en la cara nos dio el alto debajo de las dos torres. Su frío escrutinio pronto se centró en el aspecto estrafalario del rétor. En las almenas, una veintena de arqueros instalaron una flecha en su cuerda y la apuntaron hacia los dos extraños visitantes.

—¿Y qué buscarían dos tipos como vosotros en una ciudad como esta? —se preguntó el centurión retóricamente, con las manos en jarras. Como si hablara consigo mismo. Como si nuestro curioso aspecto ya nos delatara incluso antes de abrir la boca.

—Negocios, obviamente —contestó el griego con aire vagamente despectivo.

—¿Negocios? —El centurión compuso un gesto de divertida extrañeza—. ¿Aquí en Emporiae? ¿Ahora?

Placidio asintió gravemente.

—¿Sabes qué significa «Emporion» en griego?

—No.

—Significa «mercado» —le explicó al centurión—. ¿Y dónde mejor que en un mercado para hacer negocios? ¿No te parece?

Los arcos seguían tensos sobre nuestras cabezas, aunque el rétor no parecía consciente de esta circunstancia.

—Negocios en Emporiae... —musitó el suboficial de guardia, intercambiando sonrisas cómplices con sus soldados—. ¿Y con quién pretendes hacer tales negocios, si puede saberse?

Placidio se repasó los labios resecaos con la punta de la lengua en un gesto que denotaba ya cierto nerviosismo.

—Con... con... un tipo llamado Vetilio Crispo —afirmó en su primer ejercicio de improvisación desesperada.

—Vetilio Crispo... Vetilio Crispo... —El romano de las cicatrices pretendió hacer memoria—. ¡Umidio! —exclamó al no conseguirlo, reclamando a uno de sus legionarios—, tú eres de aquí, ¿verdad?

El tal Umidio movió la cabeza afirmativamente.

—¿Conoces a algún comerciante que se llame Vetilio Crispo?

—No hay nadie en Emporiae o en Indika con ese nombre —negó el soldado con total convencimiento.

Placidio estuvo a punto de tragarse su propia nuez al escuchar aquella afirmación rotunda y, sobre todo, el sonido de los arcos rechinando su amenaza desde lo alto de las torres.

—Qui... quizá haya cambiado de nombre —apuntó con los nervios a flor de piel—. O puede que

haya muerto...

—Claro, igual se ha muerto y no nos hemos enterado... —afirmó el suboficial romano con sarcástico retintín—. ¿Y qué productos vendes? —añadió cuando se cansó de dar vueltas alrededor de un descompuesto rétor.

—Pues... pues... lo corriente —afirmó el griego con su impostado aplomo agrietándose como una costra reseca—. Vino... aceite... cerámicas... ya sabes.

—Ya. —Los ojos del centurión eran ahora dos finas rendijas que a duras penas podían esconder la sospecha—. ¿Y a cómo vendes un congio de vino?

Otra vez vi dudar a Placidio bajo una pátina de sudorcillo helado.

—A tres sestercios.

—¿A tres sestercios?! —El jefe de puertas dio un respingo—. ¿Sabes cuál es mi salario, mercader de pacotilla? —La mano de aquel veterano se posó sobre el mango de su espada. Un segundo después la punta del *gladius* descansaba sobre la papada cimbreante de Placidio.

—Yo gano *dos* sestercios al día —afirmó esbozando una sonrisa que destilaba peligro por ambas comisuras—. Dime cómo podría comprar mi ración diaria de trigo si ni siquiera me llegara para el vino.

Vi cómo la mirada extraviada de Placidio me buscaba de reojo sin mover un ápice el cuello por miedo a cortarse con el filo de la espada.

—Tensad, muchachos —ordenó el centurión a sus arqueros—. Hoy no practicaréis puntería sobre muñecos de paja, sino sobre dos mentirosos patéticos. —Nuevos crujidos de arcos en tensión máxima nos anunciaron la inminencia de los disparos—. Aunque no quiero que los matéis del todo —les advirtió a sus hombres—. Solo quiero heridas que les permitan vivir unas horas. Estos dos todavía tienen que contarnos algunas cosas.

La cara de Placidio era una máscara de lividez extrema. Su cuerpo, una estatua de yeso fresco agitada por incontrollables convulsiones. El centurión retrocedió un par de pasos con una mano en alto.

—¡Tienes razón, centurión! —grité antes de que los arqueros recibieran la orden de disparo—. ¡Todo ha sido una patraña ideada por mi padre! Pero, en realidad, la culpa es mía —añadí en el último segundo.

El centurión bajó la mano, más por sorpresa que por convencimiento, y se me quedó mirando impasible.

—No somos mercaderes ni comerciantes, es cierto —admití con voz lastimera—. Solo hemos venido a Emporiae porque quería alistarme en el ejército de Pompeyo. ¡Lo juro! —añadí golpeándome el pecho con el puño.

Las cicatrices de guerra de aquel hombre adquirieron un peligroso color violáceo mientras su mente escarbaba a toda prisa entre la espesa maraña de mi palabrería. En las torretas, los arqueros mantenían el brazo firme.

—¿Y qué razón había para mentir de manera tan absurda? —inquirió el centurión sin acercarse todavía a nosotros—. ¿No podías haberlo dicho así de claro desde el principio?

Humillé la cabeza abrumado por el peso de una vergüenza que, obviamente, no sentía.

—No tengo edad suficiente para alistarme —argüí con un hilo de voz—, y temíamos que ni siquiera me dejaras llegar a la oficina de reclutamiento.

A una señal del centurión, los arqueros destensaron sus cuerdas. Placidio pudo dar por fin una primera bocanada de aire limpio.

—¿Y qué edad tienes, muchacho? —quiso saber el suboficial de Pompeyo.

—Dieciséis años —mentí.

—¿Dieciséis? ¡Caramba, nadie lo diría! —exclamó el centurión tentando los músculos de mis brazos—. A decir verdad, tu aptitud final deben decidirla los de la oficina —el jefe de puertas se ladeó el casco con un dedo—, pero no creo que te pongan reparos si les dices que tienes dieciocho o veinte años. —Las cicatrices habían vuelto a mostrar su inofensivo color rosáceo del principio—. A ellos les dará igual —rio—. Pero ya puedes darte prisa, porque nos pondremos en marcha en un par de días.

XVI

Dejamos nuestros caballos atados en el palenque de entrada a Emporion por orden del centurión de puertas. Después nos sumergimos en lo que Placidio llamó «la ciudad de los sueños». Porque, según dijo, los comerciantes griegos habían albergado en su día la esperanza de poder asentarse en una tierra sin disturbios ni guerras. Y quizá lo consiguieron, afirmó, hasta el desembarco de cartagineses y romanos.

La oficina de reclutamiento se encontraba en la parte hispana del *oppidum*. Para llegar a ella —nos había informado el suboficial de Pompeyo— bastaba con caminar en línea recta, con el mar siempre a nuestra derecha, hasta alcanzar un pequeño mercado. Allí debíamos girar a la izquierda y buscar el antiguo muro de separación de ambas ciudades. Cualquiera de las puertas que Catón el Viejo había mandado abrir tras la batalla de Indika nos colocaría al otro lado. Dar con la oficina, afirmó el centurión de las cicatrices, era cosa de niños.

—¿Quién es ese? —le pregunté a Placidio nada más poner pie en la primera plaza de la ciudad griega y darnos de bruces con una enorme estatua que parecía vigilar la entrada de fisgones como nosotros.

—Es el dios Asklepios —me dijo—, y ese es su templo —añadió señalando hacia un enorme recinto a espaldas de la imagen.

—¿Y todos los dioses tienen su templo?

—Si lo tuvieran —afirmó el rétor, divertido ante mi desconocimiento—, no habría sitio para los humanos en las ciudades. En este caso, sin embargo —sostuvo—, el templo está justificado.

—¿Ah, sí?

—Asklepios es el dios de la medicina, y eso —dijo en referencia al enorme edificio de piedra—, además de templo religioso es también un centro terapéutico.

Alcanzamos el mercado tras avanzar por una calle tan ancha como desierta.

—¿Esto es normal? —le pregunté al griego, un tanto extrañado por el escaso público.

—¿El qué?

—La casi total ausencia de gente.

Placidio se llevó una mano a la barbilla y miró en derredor como si hasta entonces no hubiese reparado en aquella circunstancia.

—Ciertamente no —dijo, y trató de seguir su camino. Pero yo lo retuve por el brazo.

—Quiero echar un vistazo a Indika —le dije—. Se lo debemos a Estibos.

Lo que Catón el Viejo había construido no eran precisamente puertas en el muro. El antiguo procónsul simplemente había derruido la pared en varias zonas para impedir que aquel molesto medianil pudiese volver a ser empleado como muralla defensiva contra una legión romana.

—¡Por Zeus...! —musitó el griego mirando a través de una de aquellas impuestas aberturas—. ¿Qué ha pasado aquí? —añadió, a la vista de tanto desperfecto.

El hedor nauseabundo que se colaba por aquel hueco me recordó los días posteriores a la caída de

Contrebia Leucade.

—Este —le dije a Placidio— es el olor de los difuntos. Yo lo conozco bien y sé que es reciente. No creo que haya perdurado desde que Catón el Viejo masacró a los indiketas hace más de un siglo. Así que ya puedes imaginarte lo que ha pasado.

Placidio me miró atónito ante la deprimente visión de una ciudad prácticamente en ruinas y casi deshabitada, a excepción de algunos grupos de soldados romanos patrullando por sus calles.

—Con razón habría resultado complicado hacerse pasar por mercaderes en un sitio así... —comentó reflexivo.

Tampoco encontramos demasiados comerciantes al llegar al centro de la zona griega, aunque, al menos, el espectáculo no resultaba tan deprimente. Emporion, me pareció, se esforzaba por aparentar una normalidad imposible aquellos días.

—¿Dónde están los habitantes griegos de esta ciudad? ¿Dónde está esa élite de intelectuales y comerciantes fóceos de la que me has hablado tantas veces? —le pregunté a Placidio cuando me cansé de buscar personas con un aspecto similar al del rétor—. Yo no veo más que pordioseros, tullidos, mendigos o legionarios armados hasta los dientes.

—Sígueme —me instó el maestro haciéndome embocar, tras cruzar varias calles, en una bonita plaza porticada en tres de sus lados.

—¿Esto es el foro de Emporion? —le pregunté.

—Esto es el ágora —me corrigió Placidio sin mirarme.

—Pues se parece mucho a un foro —porfí—. Yo no veo las diferencias.

—El ágora es algo... mucho más serio —repuso Placidio elevando la cabeza—. Nosotros no hemos permitido que un espacio así, dedicado a la cultura, a la política, a la religión y al comercio, se llene de chusma, como han hecho los romanos —añadió henchido de orgullo heleno.

A decir verdad, al menos en aquellos momentos, el ágora de Emporion estaba tan desierta de chusma como de gentes respetables. Afortunadamente, un mendigo descansaba sus posaderas sobre una caja destartada no muy lejos de nosotros. De no ser por él, Placidio no habría tenido a nadie con quien cruzar palabra.

—Pues aquel de allí —le dije, señalando hacia el pordiosero— no parece precisamente uno de los Siete Sabios de Grecia.

Placidio dudó unos instantes, como si aún confiara en ver aparecer filósofos y maestros por algún extremo de la *stoá*. Así es como el maestro griego llamó al lustroso pórtico repleto de columnas desde el que el hombrecillo nos miraba con abierto descaro.

—No me habías dicho que entre los griegos también hubiese mendigos —le dije mientras nos acercábamos al indigente—. ¿Vas a preguntarle a él por el cataclismo que ha asolado Indika y por la extraña enfermedad que afecta a Emporion?

El rétor me dedicó una mirada desabrida.

—¡Maldito celtíbero engreído! —rumió por lo bajo—. Yo te enseñaré cómo se sonsaca a esta morralla.

El hombre sentado sobre la caja nos había visto llegar con la sonrisilla bailona de los que esperan sacar partido de dos tontos en apuros.

—¿Puedo ayudaros en algo? —nos preguntó en griego a la vez que extendía una mano y la dejaba abierta delante de nuestros ojos.

—¿Dónde están los maestros de Emporion? —inquirió Placidio depositando una primera moneda de cobre sobre aquella palma mugrienta.

—Lo maestros griegos..., los maestros... —El gesto del hombrecillo había adquirido de repente un aire desmemoriado—. Creo que no recuerdo bien —repuso finalmente, moviendo los dedos de la mano como si quisiera hacernos cosquillas debajo de los sobacos.

Una segunda moneda tintineó sobre la primera.

—¿Qué maestros exactamente?

Placidio citó media docena de nombres, pero el mendigo seguía mostrándose dubitativo.

—¡Estúpida cabeza! —exclamó dándose leves golpecitos en la frente—. Ayudad a este viejo a hacer memoria —añadió con más ondular de dedos.

Solo el sonido de la plata sobre el bronce pareció despertar al menesteroso.

—Oh, los sabios griegos de Emporion... —musitó el hombrecillo elevando los ojos al infinito—. Se han ido, ahora recuerdo...

—¿Adónde?

—No me viene ahora a la mente el sitio —arguyó rascándose la barbilla.

Placidio depositó otro as en aquella palma costrada de roña.

—Lejos..., muy lejos... Ya no queda ningún sabio en la ciudad —replicó el pordiosero componiendo el mismo ademán atolondrado del principio—. Quizá si me dais algo más de «tiempo» —sostuvo, extendiendo nuevamente la mano—, pueda recordar adónde se han ido.

Otra vez aquella palma moteada de sucias pústulas se extendió implorando más monedas. Pero lo que encontró fue mi zarpa de herrero arrancándolo de su asiento y retorciéndole el brazo detrás de la espalda.

—¿Quieres conservar tus brazos y manos para pedir limosna lo poco que te queda de vida, pedazo de mierda griega?! —le bufé a la oreja en su mismo idioma una vez que lo tuve a mi merced—. ¡Pues ya puedes empezar a desembuchar!

—Se... se fueron cuando todo empezó —balbució, quizá más sorprendido que aterrado.

—Cuando empezó ¿qué? —le preguntó Placidio.

—La... la revuelta. —Gimió al sentir los primeros crujidos de su antebrazo.

—¿Qué revuelta?

—La rebelión de Biurtan contra su padre.

—¿Turaelo ha sido derrocado por su propio hijo?! —A Placidio se le desorbitaron los ojos tan solo de pronunciar la pregunta.

El mendigo asintió.

—¿Y dónde está ahora el antiguo rey de los indiketas?

Los ojillos azuzados del pordiosero se velaron un instante con la sombra opaca del miedo.

—Muerto —dijo—. Turaelo está muerto, como todos sus seguidores. Ahora es su hijo Biurtan quien manda en la ciudad.

—Y está del lado de Pompeyo... —terció yo ahora.

—Todo el que queda en Emporion está del lado de Pompeyo.

—¿Y adónde huyeron los maestros griegos? —Placidio volvió a su punto de origen.

—Algunos se han ido a Dianium —afirmó—. Otros se han marchado a Ebusos; los menos, a Mauritania.

—¿También Demócrito? —inquirió el rétor de repente.

—¿El ciego?

—El mismo.

—Ese no. Ese sigue aquí. ¿Adónde podría ir un loco tullido?

—¿Dónde puedo encontrarlo? —insistió Placidio.

Una patrulla pompeyana apareció rodeando la esquina de la *stoá*. El mendigo la miró de soslayo con un relámpago de tentación inflamando sus pupilas.

—Si abres la boca para decir lo que no debes, mañana te encontrarán aquí mismo con el cuello roto y la lengua cortada —le dije estrujándole la cerviz con toda la fuerza de mi zarpa.

—Demócrito vive ahora en la Palaiápolis —confesó mansamente el mendigo—. Él es ahora el único habitante de la ciudad vieja.

—O sea, que el hermano mayor de Estibos se ha cargado a su padre —le dije al rétor nada más dejamos al pedigüeño sentado otra vez sobre su caja de inmundicias.

Placidio apenas gruñó su asentimiento.

—Pues me temo que eso no nos facilita precisamente las cosas... —seguí reflexionando en alto.

—¿Qué quieres decir?

—Que Estibos ya no es canjeable por ningún tipo de ayuda o alianza, me temo —aduje—. ¿O acaso crees que su hermano Biurtan va a recibirnos y a escucharnos con otra idea que no sea dejarnos hablar y luego colgarnos boca abajo y desollarnos vivos?

Placidio tragó saliva ante la sangrienta escena que acababa de aparecer en su mente y en la que él y yo éramos los tristes protagonistas.

—Demócrito sabrá decirnos si aún quedan en la ciudad gentes adeptas al rey Turaelo —dijo sin dejar de caminar en busca de la puerta que debía dejarnos frente a la bahía de Emporion—. Él nos indicará cómo actuar a partir de ahora. Por cierto..., ¿dónde has aprendido griego? —añadió mirándome de reojo.

—Ah, griego —repuse haciéndome el distraído—. No sé... Supongo que lo aprendí por inspiración de los dioses. Es un idioma tan sencillo...

Un fuerte manotazo restalló sobre mi nuca.

—¡No se te ocurra mofarte de mí, celtíbero desagradecido! ¿De dónde diablos has sacado lo que sabes?

—Ha sido Estibos —confesé—. Los dos llegamos a fabricar un juego para matar el aburrimiento de tus lecturas, y a mí me sirvió además para aprender algo de tu idioma.

Placidio me miró sin saber todavía a qué atenerse.

—Te estás convirtiendo en un mentecato embustero —me censuró al no dar crédito a mis palabras.

—En un mentecato que ha salvado tu culo de griego en varias ocasiones —puntalicé cuando ambos pisábamos ya la arena emporitana.

A apenas un estadio de la playa, la ciudad vieja, la primitiva Palaiápolis, agonizaba en su pedestal de roca emborronada entre jirones de niebla blanca. Sus antiguas torres defensivas parecían ahora gigantes desmoronados por el olvido, acostados inermes sobre unas murallas heridas también por el ariete implacable del tiempo. Su interior, visto desde la orilla, no prometía emociones más sugerentes.

—¿Ahí vive ese demente ciego? —pregunté algo perplejo.

—Demócrito merece más respeto —sostuvo Placidio, incómodo con el trato verbal que yo había dispensado a su amigo—. Él es un auténtico sabio.

—Si fuera realmente sabio —repuse—, habría buscado la compañía de humanos. No debe de ser fácil

para un ciego vivir perdido entre cascotes y ruinas.

Placidio oteaba la playa de lado a lado, buscando la manera de cruzar el pequeño estrecho que nos separaba de la Palaiápolis. A nuestra derecha, un pescador de aspecto inofensivo remendaba sus redes sentado sobre su barca.

—Demócrito siempre ha buscado el recogimiento —afirmó el rétor, iniciando la marcha hacia el marinero—. Por eso, él mismo provocó su ceguera.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? —pregunté atónito—. ¿Que él *quiso* quedarse ciego?!

—Quiso y lo logró —respondió Placidio tan tranquilo—. Demócrito se arrancó los ojos con sus propios dedos hace ya muchos años —me informó como quien explica los beneficiosos efectos del viento sobre las nubes—, para que la visión del mundo exterior no le perjudicara en sus meditaciones.

El pescador de Emporion, o de Indika, se había quedado mirándonos al escuchar voces cercanas.

—Los griegos estáis locos de remate, al menos los que os decís «sabios» o «filósofos» —le dije al rétor cuando ya nos encontrábamos parados al lado de la barquichuela.

El dueño de la decrepita embarcación se había quedado contemplando la bolsa de dinero de Placidio sin prestar atención a nuestras caras.

—Quisiéramos pasar a la Palaiápolis —sostuvo Placidio en griego, apuntando con su dedo hacia los muros agrietados de la vieja fortaleza.

El hombre asintió, todavía sentado sobre la quilla de su embarcación.

—Todo ser posible —respondió en un griego zarrapastroso—. Pero todo tener precio.

—¿Cuánto? —Placidio empezó a hurgar en su talega.

Una palma recorrida por mil callos y cien cortes de sogas se extendió delante del rétor.

—Todavía no saber.

Placidio colocó un as de bronce sobre la mano callosa del pescador, pero este no movió ni una ceja. Una segunda moneda, esta vez de plata, tintineó sobre el bronce.

—No suficiente.

En esta ocasión fue una dracma la encargada de iluminar de avaricia el rostro cetrino del ibero. Pero la mano siguió en alto, demandando más dinero. Sin embargo, cuando aquella boca desdentada fue a recitar otro «no suficiente», en lugar de palabras, esta vez le salieron roncós resuellos al notar el filo de mi *gladius* debajo de la sotabarba.

—¡Yo también sé remar, indiketa del demonio, y no nos hacen falta tus brazos para llegar a la isla! —le soplé al oído a aquel hombre—. ¿Por qué razón habríamos de pagarte una sola moneda con lo cómodo y barato que nos resultaría usar tu barca mientras los cangrejos de esta playa se dan un festín con tus ojos y tus tripas?

El portalón de la vieja Emporion se desplomó como un árbol podrido cuando traté de ensanchar la rendija de sus dos hojas con el fin de hacer hueco para el abdomen abultado de Placidio. El estruendo del colapso retumbó entonces entre los muros desnudos de la anciana polis como el rugido de un fantasma desconsolado por tanto abandono.

—Déjame que me apoye en tu brazo, Kalaitos —me pidió el rétor—, o me caeré de narices con tanto escombros.

Pronto comprobé, sin embargo, que aquella decrepitud galopante no se debía a ningún terremoto, ni a la acción de onagros y escorpiones, sino a la del propio hombre. Placidio me explicó entonces que

cuando el islote ya no pudo albergar a una población siempre creciente de comerciantes fócios, los griegos se trasladaron a la costa, llevándose consigo todo lo que tuviera algún valor, incluidas las piedras de sus casas. Lo demás quedó para las gaviotas, esparcido por calles y plazas como mudo —y a la vez paradójico— vestigio de lo que el esplendor excesivo puede producir a la larga.

—No sé cómo encontraremos a Demócrito en este mar de desolación... —se lamentó Placidio trastabillando entre las piedras.

—Si no es tonto, y supongo que no lo es, a pesar de haberse arrancado los ojos —repuse mirando al frente—, se habrá instalado en el único edificio que aún tiene techo en esta ciudad de fantasmas.

El templo de Artemisa, diosa griega de la caza y los bosques, todavía contaba con sus recias columnas jónicas y un porche remendado a base de ramas y troncos viejos. A cubierto de aquel precario sotechado, un hombre raquítico y prácticamente desnudo se acuclillaba frente a tres peces recién pescados.

—Si habéis venido a matarme —rezongó el sabio ciego sin inmutarse—, tened la bondad de hacerlo ahora. No me gustaría que después me interrumpieseis en mis meditaciones con estocadas y lanzazos innecesarios.

—No estamos aquí para matarte, viejo gruñón —respondió el rétor—. A lo sumo, hemos venido para compartir esos pescados tan apetitosos que tienes entre manos.

Demócrito levantó la cabeza como habría hecho cualquier persona con el sentido de la vista intacto. La cara de aquel hombre, sin embargo, habría hecho retroceder al guerrero más pintado. El ciego de Emporion gastaba el cabello desgredado, atado en una sucia coleta con un simple junco. Debajo de sus cejas pobladas, unos profundos cuévanos exentos de párpados contemplaban impávidos a todo el que tuviera el valor de soportar aquel fiero escrutinio sin ojos.

—¿Placidio? ¿Placidio de Atenas? —inquirió el sabio solitario aguzando el oído—. ¿Eres tú, maldito epicúreo?

En la Palaiápolis no había otra cosa que comer que no fuesen los peces del *mare Internum*, nos dijo Demócrito después de los consabidos abrazos entre pensadores. Y él había tenido que aprender a pescarlos «a tentón», y a comerlos crudos, con el fin de ahorrar la poca leña que le quedaba. Sin embargo, conociendo a su viejo amigo Placidio y sus rarezas en materia culinaria, aquel día haría una excepción y prendería una modesta fogata para que el rétor no se quedara sin probar bocado.

Durante aquella frugal comida, Demócrito amplió con pelos y señales la información obtenida del mendigo del ágora. Según apuntó, la revuelta de Biurtan contra su padre llevaba tiempo fraguándose. Pero explotó de manera cruenta e inevitable en cuanto Pompeyo cruzó el paso del Perthus y mandó emisarios a Emporion informando de su inminente llegada. Era de suponer, afirmó el sabio ciego, que Biurtan y Pompeyo habrían mantenido contacto en secreto desde mucho antes. Al darse cuenta de aquella alianza, los lacetanos, vecinos de los indiketas, también habían aceptado finalmente la mano del joven general optimate.

—¿Cómo es posible que indiketas y lacetanos hayan dejado a Sertorio en la estacada a las primeras de cambio? —se preguntó Placidio entre bocado y bocado.

Demócrito se encogió de hombros.

—Hay que reconocer —dijo— que Pompeyo también tiene su carisma entre la población ibera. Y, además, ahora está físicamente más cerca de ellos que el propio Sertorio.

—¿No crees, pues, que exista la más mínima posibilidad de que Biurtan pueda volver a cambiar de

bando?

El griego sin ojos negó sin abrir la boca.

—¿Y si Kalaitos y yo hablásemos con él en privado? ¿No piensas que entraría en razón?

Demócrito se frotó los labios y sus bigotes lacios con la manga de su raída túnica.

—¿Cuánto tiempo más deseas vivir, Placidio? —le preguntó a su amigo—. Si yo amara la vida tanto como tú, no trataría de entenderme con Biurtan. Me volvería por donde he venido en cuanto me tragara ese bocado que masticas. Todos los prosertorianos de Indika y Emporion están ya bajo tierra o son pasto de las alimañas. Y no solo ellos —nos advirtió Demócrito—, sino también todos aquellos de los que se sospecha.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Demócrito rio hasta atragantarse—. Yo no les corro prisa. Pero acabaré tarde o temprano como los otros, en cuanto alguien encuentre una razón para cruzar a esta isla.

El portalón de entrada a la Palaiápolis crujió en la lejanía. Y no una sola vez, sino varias, como si un pequeño ejército estuviera pisoteando sus maderos carcomidos.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Placidio, sobresaltado por los ruidos.

—¿Cómo habéis pasado desde la Neápolis? —nos interrogó Demócrito en vez de contestar directamente a la pregunta de su amigo.

—Nos ha traído un pescador desde la playa.

—¿Adimbeles? —Demócrito arrugó el gesto y las cuencas de sus ojos muertos se tornaron grutas inexplorables—. Mala cosa —musitó, y se quedó esperando.

—¿Pensabais que me había olvidado de vosotros? —Una voz aguardentosa tronó sobre los escombros de la Palaiápolis—. Eso es que no conocéis al viejo Fulvio.

El centurión de la cara cortada había aparecido en la antigua plaza que un día exhibió un templo de Artemisa tan bello como el de Éfeso, según Placidio. Lo acompañaban tres soldados armados y el barquero que nos había traído hasta el islote pocas horas antes.

—¿Acaso pensasteis que, solo porque os dejé pasar, no os seguiría la pista? —se carcajeó con los brazos en jarras. A su lado, el tal Adimbeles reía por lo bajo mientras su hocico de zarigüeya exhibía una sonrisa ladina.

—Empecé a sospechar —nos confesó Fulvio— en cuanto en la oficina de reclutamiento me dijeron que no habíais aparecido para alistar al chico. Y lo tuve claro —añadió— cuando Adimbeles vino a buscarme y me enseñó las monedas con las que le habíais pagado.

Placidio permanecía sentado, inmóvil, petrificado como una estatua de sal junto a la fogata en la que habíamos asado los peces. Sus pupilas, sin embargo, zigzagueaban nerviosas en busca de una salida al laberinto en el que él y yo nos habíamos colado sin pretenderlo. Demócrito era una efigie muda de cera y hielo, como todos los hombres que se saben próximos a su última hora y lo aceptan sin reparos.

—¿Qué tienen de malo nuestras monedas? ¿Acaso son falsas? —porfié incorporándome y tentando ya la empuñadura de mi *gladius*—. Es muy posible que ese hombre te haya engañado con la única intención de perjudicarnos.

Fulvio exhibió una sonrisa torva.

—Tienes razón —admitió tras pensarlo dos segundos—. Adimbeles es un hijo de perra. Y para comprobar si me ha mentado o no, solo se me ocurre una cosa.

El centurión se volvió hacia el pescador emporitano.

—Arráncale la bolsa del cinto al gordo y tráemela —le ordenó apuntando hacia un aterrado Placidio.

Adimbeles se acercó a nosotros mascullando improprios en su lengua madre como si la tarea no le sedujese. Quizá por eso no guardó la cautela recomendable y alargó el brazo sin tomar precauciones. Después los ojos se le salieron de sus órbitas al verse la mano cercenada a la altura de la muñeca nada más tocar la talega del rétor. El pescador aulló como un cerdo en el matadero al contemplar su extremidad mutilada escupiéndole borbotones de sangre por donde antes había tenido dedos. La visión, aunque espeluznante, fue al menos breve. Porque el segundo tajo de mi *gladius* le rebanó el pescuezo. Escuché los gritos de Placidio al tener que esquivar el cuerpo desvencijado del barquero, pero no pude prestarle demasiada atención. A una escueta seña de Fulvio, uno de los legionarios se me vino encima con la espada desenfundada. Ello me dio pie a pensar que aquellos hombres no querían matarnos, al menos de manera rápida. Porque, de lo contrario, nos habrían lanzado sus *pila* desde lejos.

Paré el primer golpe fácilmente y aparté al soldado de un puntapié en el escudo con el tiempo justo para defenderme de los dos siguientes legionarios. Ambos me atacaron a la vez, pero yo giré un paso a mi derecha, como me había enseñado Draco, para ser vulnerable únicamente a las cuchilladas de uno de ellos.

El primer recluta reveló su excesiva bisoñez abriendo su guardia demasiado. Aquel movimiento resultó fatal para él, pues, cuando quiso darse cuenta, tenía un tajo mortal justo por encima de la coraza. Al segundo le amagué un golpe por alto, pero le endosé una cuchillada en el muslo en cuanto elevó el escudo. Mientras observaba atentamente a mi único rival todavía operativo, me pareció que Fulvio levantaba un brazo.

Una primera saeta me atravesó el hombro izquierdo. El segundo flechazo llegó casi a la vez y me perforó el muslo del mismo lado. Pero yo seguía en pie, y con el *gladius* todavía en la mano.

—Tú eliges —me advirtió el centurión, que continuaba a cuatro pasos de distancia—. Si no arrojas la espada ahora mismo, mis hombres te dejarán hecho un erizo en un solo segundo. Te lo aseguro.

—¡Kalaitos, por Zeus, entrégate! —escuché gritar a Placidio mientras docena y media de arqueros tomaban puntería en mi cuerpo desde las murallas desportilladas—. ¡Nos matarán a todos si no lo haces!

—¿Qué hacemos con el ciego? —inquirió uno de los legionarios una vez que Placidio y yo hubimos sido reducidos e inmovilizados con grilletes.

—Matadlo —ordenó Fulvio, inflexible.

—¿Cómo?

El centurión se encontraba arrodillado sobre mí, con una mano puesta en la flecha que traspasaba mi hombro.

—Atadle una piedra al cuello —dijo mientras tiraba del astil con todas sus fuerzas y arrancaba el arpón al primer intento—. Luego lo echáis al agua.

Una risa demente se mezcló en el aire con mi aullido animal al sentir que una porción de mi carne se iba detrás de la flecha.

—¿Creéis que os tengo miedo, estúpidos invasores del mudo?! ¿Pensáis que me da pavor la muerte?! —se burló Demócrito de sus verdugos—. Podéis acabar con mi cuerpo, pero no con mi psique —les gritó mientras le colgaban un enorme gozne de piedra del cuello—. ¡Con ella me basta y me sobra para seguir disfrutando de mis pensamientos, atajo de analfabetos!

Placidio exhaló un grito de horror y se lanzó sobre su amigo tratando de impedir la barbarie.

—¿Qué hacemos con el gordo? —preguntó uno de los soldados en vista de la reticencia del rétor a

soltar las ropas del filósofo ciego—. ¿Lo echamos también a los peces?

Fulvio negó mientras me examinaba el flechazo de la pierna.

—Al padre del chico quizá lo necesitemos —dijo, y estiró otra vez con toda su alma, o su psique, para arrancarme la segunda flecha—. Por cierto, ¿quién te ha enseñado a pelear así? —me preguntó mientras comprimía la herida para detener la hemorragia.

Mientras pensaba qué decir, observé un instante los ojos turbios de aquel centurión y contemplé en ellos el desfile implacable del mismo mundo brutal que tantas veces vi retratado también en las pupilas de Draco. Esa luz desafiante e incombustible que ilumina la mirada de los que viven ya hechos a la muerte antes de que esta llame a su puerta.

—No me gustaría encontrarme con ese hombre frente a frente —musitó Fulvio mientras derramaba vino sobre mis dos nuevos agujeros.

—¿Por miedo? —le pregunté dejándome llevar por mi mala costumbre de hablar demasiado.

El centurión de las cicatrices me miró un instante. Un conato de risa escapó de su cuerpo antes de responder a una pregunta a todas luces innecesaria.

—No por miedo —respondió recobrando una extraña gravedad en el rostro—, sino porque, cayera quien cayera, habría muerto un buen soldado.

Fulvio me ayudó a levantarme, pero siguió mirándome con aquellos ojos de alimaña de los páramos.

—Sé que escondes algo —me dijo—. Lo supe desde que te vi aparecer a las puertas de Emporion. Y no hace falta que me des las gracias por no haberte rematado —añadió con sonrisa patibularia—. No ha sido por hacerte un favor. Es simplemente que Pompeyo me cortaría las pelotas si te entregara muerto.

XVII

Si alguien me hubiese vendado los ojos y después me hubiese hecho girar tres vueltas sobre mí mismo, habría jurado que me encontraba de nuevo en el campamento de Perpenna, o en el de Sertorio. Las mismas cuatro puertas enfrentadas a los cuatro puntos cardinales, la misma empalizada de troncos afilados, el mismo foso, los mismos espacios... e idénticos contubernios de lona organizados en cuadrículas, de manera equidistante. El destino, sin embargo, me estaba haciendo recorrer, casi a la pata coja, los reales del gran Cneo Pompeyo Magno, un acuartelamiento al parecer permanente desde los tiempos de Catón, que albergaba —calculé— a seis legiones completas.

Placidio caminaba a mi lado ajeno a todo, con las manos sujetas a la espalda, la papada trémula y el rostro demudado por el espanto. Detrás de nosotros, dos guardias con los ojos puestos en nuestras escápuas y las lanzas en nuestros riñones.

—¿Qué va a ser de nosotros, Kalaitos? —me preguntó en voz baja mientras recorríamos la *via praetoria* en dirección a la zona en la que se alojaban los mandos de aquellas tropas.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —le respondí de un bufido—. Algo raro han visto en las monedas con las que pagaste al barquero. Así que vete pensando qué puede ser y cómo vas a explicarlo.

Placidio no se puso precisamente a pensar, sino a sollozar como un niño desconsolado ante un dilema irresoluble.

—¿Qué diablos te ocurre ahora? ¿No puedes demostrar un poco de coraje? —le eché en cara cuando ya teníamos delante las lonas del *praetorium*.

—Creo que ya sé cuál es el problema —gimoteó.

—¿Y cuál es?

—Mezclé en mi bolsa las monedas que Sertorio me dio para el viaje con otras mías que llevaba encima.

Afortunadamente para Placidio, mis manos seguían sujetas por los grilletes. Además, las heridas de las flechas me habrían impedido estrangularlo con la fuerza necesaria. Aun así, el rétor no pudo evitar que un aluvión de insultos cayera sobre él por un acto impropio de un filósofo con cierto cerebro. Una estupidez de dimensiones incalculables que podía ahora costarnos la vida.

Una mano curtida por las intemperies descorrió las cortinas de la tienda de fieltro cuando escuchó pasos en el exterior. No era Pompeyo, sin embargo, el dueño de aquellos dedos. Aquel hombre de tez oscura y cejas enmarañadas no encajaba en la imagen que yo me había forjado del apuesto «Alejandrito». El general romano se encontraba más dentro, protegido de mi vista por la penumbra plomiza de su *praetorium*, igual que sus invitados.

Cuando los ojos se me aclimataron a la nueva luz, distinguí más claramente las figuras de tres hombres y una mujer, todos ellos de aspecto e indumentaria iberos, de pie junto al general optimate. Y aun sin haber visto jamás un solo retrato o estatua de Alejandro de Macedonia, descubrí que Draco no andaba

desencaminado. Cneo Pompeyo era un joven espigado, de estampa atractiva, torso triangular y miembros longilíneos. Sus proporciones, me pareció, calcaban los cánones de belleza griega de los que Placidio me había hablado en ocasiones. Su rostro, en cambio, no estaba acorde con la prestancia atlética de aquel cuerpo. Aunque el cabello lo lucía corto y muy cuidado, sus facciones —ligeramente chafadas y casi afables— carecían de esa expresión arrogante y perversa que uno habría esperado encontrar en alguien a quien en Roma ya llamaban «*imperator*». Solo cuando me miró de frente, supe dónde aquel hombre escondía todo su carácter.

Apenas pusimos un pie en la tienda, Pompeyo despidió a dos de sus invitados y a la mujer ibera. Al pasar junto a mí, los ojos de la joven destellaron en aquella semipenumbra con luz extraña, igual que las pupilas de un gato en un callejón oscuro. Su aire se me antojó regio y su porte, altivo, a pesar de que su rostro mostraba todavía los efectos amoratados del maltrato.

—Esas heridas te causarán problemas —me susurró, como un ave de mal agüero, antes de desaparecer aparentemente custodiada por los dos hombres que la acompañaban.

Cierto era que los flechazos me dolían bastante, pero no mucho más que cuando me había aplastado la mano de un martillazo en la fragua de mi padre. Por eso no di mucha importancia a las palabras de la mujer ibera y preferí concentrar mi atención en las tres monedas con las que Pompeyo jugueteaba sobre la mesa. Unos caudales que habían pagado nuestro traslado a la Palaiópolis en la barca de Adimbeles y ahora nos incriminaban gravemente.

—Bolskan... —musitó el general romano examinando el envés de aquellas monedas—. Bolskan..., qué coincidencia —repitió leyendo en alto la inscripción de la ceca que había acuñado aquel as de bronce.

Pompeyo nos dedicó una mirada impávida, despreocupada, en la que trató de desnudarnos a Placidio y a mí de nuestras imposturas y nuestras falsedades.

—Dijisteis que erais mercaderes... y mentisteis —afirmó con suavidad amenazante—. Dijisteis que veníais a la oficina de reclutamiento y volvisteis a faltar a la verdad —nos recordó, por si Placidio o yo tuviésemos mala memoria—. Esas monedas de Osca... —Pompeyo se plantó a un suspiro de nuestras caras— quiero saber cómo han llegado a vuestros bolsillos.

Escuché tintinear los grilletes de Placidio a mi lado como una música premonitoria de nuestra negra suerte. Después la voz del rétor trató de sonar aplomada, pero el flautín escondido en su garganta lo dejó rápidamente en evidencia.

—Oh, *imperator* —dijo cayendo de rodillas—, te aseguro que mi hijo y yo no somos gentes de guerra. Solo pretendíamos visitar a un viejo amigo en la Palaiópolis y... y entonces...

Me di cuenta de que la senda que había elegido Placidio para justificar lo imposible iba a terminar en terreno cenagoso en cuestión de segundos. Posiblemente admitiendo, como poco, nuestra residencia en la ciudad de Osca, y nuestra relación con Sertorio.

—General, esas tres monedas por las que preguntas y que al parecer fueron acuñadas en la ceca ibera de Bolskan no las obtuvimos allí —repose mirándolo a los ojos—. A decir verdad, jamás hemos estado en Osca.

Pompeyo concentró toda su atención en mí, consciente por primera vez de los dos flechazos que afectaban mi cuerpo.

—Esa dracma y esos dos ases de bronce proceden de una ciudad llamada Muturudum —dije, y miré a Placidio para que corroborara mi confesión con un rápido asentimiento.

El general romano arrugó el ceño por primera vez antes de pronunciar una palabra que sonó nueva a

sus oídos.

—¿Muturudum? —repitió mirando de forma interrogativa al único de los tres iberos que había permanecido en la tienda—. ¿Conoces ese sitio, Biurtan?

El hijo asesino del rey Turaelo nos escudriñó con ojos recelosos. Quizá su gesto fuera el de un parricida, pero no el de un imbécil sin luces ni criterio.

—Ese sitio no existe —afirmó tajante.

—Oh, ya lo creo que existe —me apresuré a contradecirle, dirigiéndome siempre a Pompeyo y obviando al nuevo rey indiketa—. Verás, yo soy uno de los pocos supervivientes del asedio de Contrebia Leucade por parte de Sertorio.

Pompeyo enarcó las cejas, tal y como yo esperaba.

—¿Contrebia Leucade? —exclamó con una mezcla de curiosidad y sorpresa—. ¿Qué tiene que ver Contrebia Leucade con estas monedas?

—Muturudum es la ciudad a la que escapé después de nuestra derrota ante Sertorio, cuando no llegaste a tiempo para socorrernos —le expliqué mansamente—. Actualmente es uno de los pocos lugares todavía neutrales en Hispania. Allí, a nadie le preguntan de dónde viene ni de qué pie cojea. Por eso en sus calles y mercados circulan monedas de todas las cecas. Si examinas esa talega —dije apuntando a la bolsa de Placidio con la cabeza—, verás que digo la verdad. En Muturudum coinciden gentes de todos los rincones de Hispania.

Pompeyo arrancó la bolsa del cinto de Placidio y la desparramó sobre la mesa. Un bonito montón de monedas de plata y bronce tintineó en el silencio espeso del *praetorium*. De espaldas a nosotros, los dos romanos y Biurtan intercambiaron un par de frases en voz baja. Después, Pompeyo desenrolló un enorme mapa y lo puso delante de mis ojos.

—¿Dónde está Muturudum?

—¿Cómo quieres que te lo diga con las manos atadas a la espalda? —repuse mientras observaba un mapa que solo era físico y elucubraba sobre el mejor lugar para colocar una ciudad fantasma.

Placidio contemplaba la escena con los ojos descoyuntados por el pánico. Debía de estar pensando, igual que yo, que colocar una ciudad donde no hay nada más que matojos o páramos incultivables no mejoraría nuestras opciones de supervivencia.

—Está aquí —afirmé de manera rotunda después de que tuve las manos libres.

Pompeyo y su oficial se encorvaron para observar mejor el punto que yo había señalado con el dedo, justo en la orilla sur del río Hiberus, no muy lejos de su desembocadura.

—¿Estás seguro? —me preguntó el general optimate tras hacer una marca con un carboncillo y alcanzar un segundo rollo.

—Sí —dije, y escuché otra vez las cadenas de Placidio entonando su canción de pánico a base de entrecortados tintineos.

El segundo rollo era un mapa político. Contenía también algunos accidentes geográficos, pero sobre todo incluía todas las ciudades, urbes y *oppida* de Hispania entera. Obviamente, donde yo había señalado no había ni rastro de civilización.

—Aquí no hay nada —dijo Pompeyo arrugando el ceño.

Me encogí de hombros tratando de aparentar una despreocupación que no era cierta.

—Pues ahí está la ciudad —repuse con calma—. Seguro.

Pompeyo repasó el mapa de arriba abajo durante medio minuto. Después se volvió al oficial que lo acompañaba.

—Afranio —dijo—, llama al cartógrafo.

Un hombrecillo enclenque con aspecto de haber tenido que interrumpir su cena para atender las demandas inaplazables de Pompeyo se presentó a los pocos minutos.

—Eutiquio —le dijo el *imperator* en cuanto lo vio llegar—, ¿de cuándo datan estos mapas?

El cartógrafo romano no tuvo siquiera que echarles un vistazo.

—Son de la época de los Escipiones, quizá anteriores —admitió sin rodeos.

—Ciento cincuenta años... —musitó un meditabundo general optimate—. Eso es mucho tiempo...

—Estamos tratando de ponerlos al día mientras avanzamos —se defendió el cartógrafo, tomando el comentario por un posible reproche.

—¿Crees que podría existir *aquí* una ciudad de nueva creación? —El dedo de Pompeyo se había posado sobre la cruz marcada en carboncillo.

Durante unos instantes, el cartógrafo examinó el enclave junto al Hiberus con ojo experto. Después se encogió de hombros.

—Podría —dijo, y se marchó por donde había venido.

—¿Qué opinas ahora, Biurtan?

Pompeyo se había quedado parado frente al autoproclamado caudillo de los indiketas, al que tendió nuevamente el mapa físico. El ibero lo tomó de manos del general optimate y se puso a observar el contorno quebrado de Hispania en posición inversa, de tal forma que la Bética le quedaba a la altura de los ojos y los Pirineos, justo por encima de las rodillas.

—Ya te he dicho que no existe una ciudad con ese nombre en los alrededores —afirmó mientras sus ojos amarillos peinaban desorientados las orillas del río Baetis—. Yo mataría a estos dos cuentistas ahora mismo y me olvidaría del tema —se permitió recomendarle al hombre que administraba nuestras vidas.

Afortunadamente, un velo de pensamiento había cubierto la mirada de Pompeyo, quien parecía debatirse en un mar de dudas tan inmenso como el *mare Internum*.

—Así que escapaste de Contrebia Leucade, vivo... —musitó recuperando la lucidez en los ojos.

—Sí, *imperator* —respondí con prontitud mientras divisaba la última llamarada de suspicacia que todavía inflamaba aquellas pupilas.

—¿A qué clan celtíbero perteneces?

—Al de los Bodevidescos.

Pompeyo parpadeó varias veces, como si el nombre de mi estirpe le hubiese deslumbrado.

—Soy el hijo de Ambón el Herrero, jefe supremo de Contrebia Leucade, muerto en la defensa de los intereses de Roma —me apresuré a añadir, ciñéndome casi por completo a la realidad de los hechos.

El ceño fruncido de aquel general se había convertido en una línea quebrada donde aún se mezclaban el asombro y la sospecha a partes iguales. Entonces me imaginé las preguntas que estarían flotando dentro de su cabeza, y también supe que mis respuestas sofocarían de una vez por todas cualquier resquicio de desconfianza sobre mi identidad.

—¿Cómo se llamaba el jefe de los guerreros de Contrebia? —me preguntó a un palmo de mis narices.

—Balkar.

La mirada de Pompeyo se hundió en el suelo de su *praetorium*, repasando nombres, analizando posibilidades, considerando circunstancias. Y cavilando cuidadosamente si aquel contrebiense errante habría, efectivamente, encontrado refugio en una ciudad todavía neutral en una Hispania dividida por la guerra. Cuando el *imperator* elevó de nuevo los ojos fue para cruzarlos con los de su oficial, que había seguido toda la conversación en silencio. Una mueca de ambiguo descrédito arrugó la cara de aquel

romano, dando a entender con ella que las confesiones obtenidas de manera tan espontánea, sin tortura de por medio, no suelen ser del todo fiables. Pompeyo, sin embargo, guardaba para el final la pregunta definitiva que aclararía todas sus dudas, la que ningún superviviente —si es auténtico— olvida jamás mientras tenga un aliento de vida.

—¿Cuánto duró el asedio de Contrebia Leucade?

Vi cómo aquellos pómulos ligeramente redondeados se afilaban de suspicacia mientras esperaban una contestación que marcaría nuestro futuro más inmediato.

—Cuarenta y cuatro días estuvimos esperándote, sosteniendo la ciudad a golpe de falcata día y noche. Después, la muralla se vino abajo, y ya adivinas el resto de la historia. Tuve suerte de escapar y alcanzar Muturudum.

Si Pompeyo conocía lo suficiente de su ciudad aliada, se habría dado cuenta de que todas mis respuestas encajaban sobre sus preguntas como un guante de seda. Sin embargo...

—¿Y él? —inquirió de improviso mirando a Placidio.

—Él no es mi padre —confesé cabizbajo para horror del rétor—. Lo conocí precisamente en Muturudum. Me dijo que era un latifundista que lo había perdido todo en la Bética a causa de la guerra —repuse con aire cansado—. Ambos tratábamos de salir de Hispania a través de Tarraco y llegar a Roma a bordo de algún trirreme. Dicen que allí es fácil hacer fortuna.

A Pompeyo se le escapó una risa floja tras escuchar aquella declaración de intenciones. Después se volvió a Biurtan, que todavía esperaba una respuesta a sus pretensiones de pasarnos por las armas.

—Si esa ciudad existe, me gustaría echarle un vistazo —le dijo al indiketa—. Además, nos queda casi de paso. Para acabar con estos dos —añadió—, tenemos tiempo de sobra.

Placidio lanzó un suspiro al ver que el general optimate no ordenaba ejecutarlos, al menos de inmediato. Al parecer, un *oppidum* situado en un punto tan estratégico como el que yo había señalado, y que aún no se hubiera decantado por ninguno de los dos bandos, bien merecía una visita. Y así se lo hizo saber a Biurtan, que, como había quedado patente, jamás había visto un mapa en su vida. Pero aunque Pompeyo me concedió cierto crédito, no por eso dejó de vigilarnos.

En el contubernio en el que permanecíamos confinados bajo estrecha custodia, Placidio me lanzó una mirada furibunda.

—¿Qué crees que nos hará Pompeyo en cuanto descubra que le has mentido? —me reconvino el rétor mientras examinaba las vendas que Fulvio me había colocado antes.

—Por lo pronto —le respondí sintiéndome de repente muy cansado—, he aplazado nuestra ejecución *sine die*. ¿No te parece eso ya una buena noticia?

—¿Qué más da la fecha —rezongó el griego—, si al final acabará matándonos?

Un sudor frío empezó a treparme por la espalda mientras las zonas heridas se iban incendiando de una calentura palpitante.

—Escaparemos antes de que eso ocurra —susurré con un hilo de voz—. Sertorio tiene que saber cuanto antes que está equivocado —añadí con mis penúltimas fuerzas.

—¿Equivocado? ¿En qué? —me preguntó Placidio, todavía ajeno a mi estado cada vez más precario.

—Pompeyo no va a avanzar hacia la Celtiberia, como él piensa —respondí ya con los ojos cerrados—, sino hacia el sur, siguiendo la costa. Tu y yo tenemos que...

Mis primeros recuerdos tras el desvanecimiento son los de unos dedos ágiles y a la vez expertos

aplicando paños tibios sobre mi frente calenturienta. Y, sin embargo, fue la voz de Placidio la que me atronó los oídos en cuanto fui capaz de mover un dedo.

—¡Kalaitos, Kalaitos! —escuché gritar al griego en algún lugar de la tienda—. Creímos que habías muerto. Has pasado dos días inconsciente, abrasado por la fiebre.

Abrir los ojos por primera vez después de mi ataque de fiebres me costó más trabajo que levantar el martillo de herrero a los cuatro años. Cuando lo logré, me sorprendió no ver la cara abotargada del rétor frente a mí, sino un rostro femenino con la serenidad pintada sobre unas mejillas pálidas. Ello me indujo a pensar en el paraíso celtibérico y en mi diosa predilecta, Noctiluca. Hasta que mi visión se aguzó lo suficiente y contemplé los restos de tumefacción en los pómulos y aquellos ojos rasgados por los que escapaba una luz casi fantástica.

—¿Quién eres? —le pregunté con mis primeras energías a la propietaria de aquellas pupilas hipnóticas.

—Soy Asiris —respondió la joven con naturalidad—, hija de Turaelo, hermana de Biurtan, y también de Estibos.

Un martillazo de estupor activó de repente todos mis músculos y cada uno de los recovecos muertos de mi cerebro. Al tratar de incorporarme de un salto descubrí los nuevos emplastos sobre mis heridas, y me di cuenta al instante de que aquella no era precisamente medicina romana.

—Los físicos romanos ya te habían desahuciado, Kalaitos —me explicó Placidio mientras me hacía tenderme otra vez sobre el camastro—. Entonces apareció ella, por expreso deseo del mismísimo Pompeyo. Parece que el *imperator* quiere mantenerte vivo a toda costa, hasta que le muestres el maldito camino a Muturudum. Por cierto —me informó el rétor cambiando súbitamente al idioma griego por si alguien escuchaba desde fuera—, Asiris está al corriente de *todo*.

Fulminé a mi maestro con mirada asesina, pensando que su lengua fácil nos había traicionado una vez más. Pero Placidio se defendió agitando las manos como quien espanta un enjambre de abejas.

—Yo no le he contado nada —me aseguró con cara inocente—. Ella pareció adivinarlo todo con solo mirarnos. Y por si fuera poco —sostuvo apuntándome con dedo acusador—, en tus delirios febriles has largado más que el propio Demóstenes desde su cátedra.

—¿Qué sabes tú de nosotros? —le pregunté a aquella mujer extraña.

—Algunas cosas. —Asiris se encogió de hombros con gesto enigmático—. Mi madre me trajo al mundo una mañana en que el sol se volvió negro y el día se convirtió en noche —respondió también en griego—. La luz solo retornó a los cielos después de mi primer llanto. Desde muy pequeña me di cuenta de que podía leer los ojos de las personas. Y también curarlas —añadió con la gravedad de los druidas.

Placidio observaba mi conversación con la joven ibera y mis reacciones en silencio, con gesto sosegado. Al parecer, a él ya no le hacían falta las aclaraciones que yo estaba todavía por demandar.

—¿Qué haces en el campamento de Pompeyo? —le pregunté—. ¿Y quién te ha puesto la cara así? —añadí un segundo después—. ¿Y quiénes eran los hombres que te escoltaban? —le disparé otra vez sin darle tregua.

Asiris sonrió ante aquel aluvión de preguntas concatenadas y posiblemente desordenadas. Después me expuso el relato de su odisea mientras me hurgaba en unas vendas supuradas de un tinte blancuzco.

Tras el levantamiento de Biurtan ante la llegada inminente de Pompeyo, me dijo, ella se había mantenido al lado de su padre, desoyendo la llamada de su hermano para que, a través de sus poderes, influyera en los partidarios de Turaelo y los volviera en su contra. Por eso, al acabar la revuelta, el nuevo caudillo había tomado venganza en su propia hermana, pretendiendo incluso ejecutarla en público. Pompeyo, sin embargo, lo había evitado a última hora.

—¿Pompeyo te ha mantenido viva debido a tu condición de curandera y hechicera? —le pregunté extrañado a la mujer que lucía un cabello del color de las zanahorias.

Asiris negó sin perder nunca la templanza que parecía llevar sobre su cuerpo igual que su propia ropa.

—Pompeyo pretende casarme con Isbataris, un caudillo edetano que se ha declarado fiel a Roma. De ese modo se asegura una alianza de por vida. Al fin y al cabo —afirmó con un mohín de tristeza—, a pesar de ser una prisionera, todavía soy una princesa indiketa.

El mapa de Sertorio apareció vívido en mi mente. Edetanos y contestanos, recordé, eran pueblos del litoral del *mare Internum*, situados aproximadamente entre los ríos Palantia y Sucro. En principio, ambos eran aliados declaradamente sertorianos, aunque, a la hora de la verdad, estaba visto que no todas las ovejas del redil iban a seguir al pastor al que habían prometido someterse. Y quizá por esa razón Pompeyo habría optado por avanzar por la costa, y no hacia la Celtiberia, con el fin de trabar batalla en territorios en los que sabía que contaría con algunos amigos inesperados.

—¿Sabes en qué ciudad reina Isbataris? —le pregunté a la hermana de Estibos.

—Los romanos la llaman Lauro —respondió mientras me examinaba el flechazo del muslo.

—¿Y no te gustaría ser reina de los edetanos de Lauro? —le pregunté haciendo esfuerzos por incorporarme sobre un codo.

Asiris me puso una mano sobre el pecho y me obligó a mantenerme tumbado. Sus larga cabellera pelirroja cubría de sombras la expresión de un rostro ya de por sí enigmático. Sus yemas blancas, mientras tanto, acariciaban mi pierna herida con tacto de seda.

—A mí me gusta elegir a mis hombres —afirmó taxativamente tras aflojarme el vendaje antiguo.

—¿Y qué piensas hacer para impedir ese matrimonio? —le pregunté mientras comprobaba la cicatrización de una herida peligrosamente próxima a mis ingles.

—Lo mismo que tú para evitar que Pompeyo te mate —dijo remangando un poco más mi *sagum*—: escapar.

Un cosquilleo familiar, y sin embargo casi olvidado desde que abandoné la compañía de Velina en Osca, recorrió mi bajo vientre como un incontrolable reguero de hormigas ardientes. Después, mi ausencia de ropa interior y el contacto incesante de aquellos dedos me dejaron en sonrojante evidencia.

—¡Por las barbas de Zeus, Kalaitos! —me censuró Placidio al ver cómo una punta de lanza amenazaba con rasgar la tela de mi *sagum* a la altura de mis ingles—. ¿Es que no puedes mantener el decoro ni siquiera estando herido?

—¿*Eso* significa que ya estoy curado? —le pregunté a la hechicera ibera desoyendo las palabras de Placidio.

Asiris me miró con expresión ambigua, quizá divertida, quizá ofendida por mi descaro.

—*Eso* significa que estás muy lejos de dominar todos los miembros de tu cuerpo —respondió la indiketa con indiferencia dando por terminada su tarea—. La fiebre te volverá —me auguró—. Lo peor para ti no ha pasado todavía.

—¿Y qué ocurrirá entonces? —le pregunté sin dar demasiado crédito a aquellas palabras agoreras—. ¿Qué remedios usarás para curarme? ¿Rociarás todo mi cuerpo de escarcha fresca o me darás friegas con agua de manantial?

—Reza a tus dioses para que ellos te conserven la vida —respondió la indiketa con frialdad al salir de la tienda.

La fiebre me martirizó todavía cuatro días más. Afortunadamente, a pesar de sus palabras, Asiris volvió cada uno de aquellos cuatro atardeceres. En todas las ocasiones se tendió junto a mí, manteniendo una mano sobre mi cabeza mientras la otra la iba colocando, a intervalos, entre mi cuello y mi ombligo. En esa postura permaneció el tiempo necesario, a veces más de una hora, derramando extraños cánticos en mi oído, hasta que la quemazón y los espejismos dejaban de torturarme. El quinto día traté de engañarla, y fingí ser presa de los delirios, para que la bella ibera palpara esta vez un cuerpo ya preparado para algo distinto que para ser enfriado a base de hechizos. La princesa indiketa, sin embargo, se percató de mis oscuras intenciones desde el principio.

—Eres un impostor patético —rio por lo bajo para no despertar a Placidio, que roncaba en el otro extremo del contubernio.

—Te equivocas —le dije mientras trataba de atraerla hacia mí—. A veces la fiebre está en el cerebro. O en las entrañas. ¿Acaso no sabes curar tú ese tipo de calenturas?

—Para eso existen otro tipo de mujeres a las que quizá estés más acostumbrado —respondió la ibera, rechazando cualquier contacto—. ¿Cómo está mi hermano? —añadió de repente.

—¿Biurtan?

—Imbécil.

—Estibos está bien —le sonreí—, pero tú ya deberías saberlo si eres adivina.

—No soy *exactamente* adivina —protestó—. Tan solo veo cosas que para otros pasan inadvertidas.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo supiste que mis heridas me darían problemas?

—Las flechas introducen trozos de tela en la carne, y, si no se extraen, eso produce luego infecciones —me dijo—. Quien te limpió las heridas tan solo pretendía dejarte vivir unas horas. Después, no sé qué le contaste a Pompeyo, pero lo cierto es que cambió de idea con respecto a tu futuro inmediato.

Los cabellos de Asiris portaban el aroma de la salvia y el frescor de la madreSelva. Pero a pesar de su considerable largura, no eran suficientes para ocultar los vestigios de la barbarie.

—Deja que yo me encargue ahora de tus heridas —le dije mientras hurgaba con mis dedos entre sus espesos mechones rojizos.

Asiris hizo un amago de rechazo al sentir el contacto de mis yemas sobre sus mejillas, igual que una yegua joven poco hecha a la cercanía del potro. Entonces le susurré la misma música apaciguante que solía utilizar para engatusar a las tórtolas antes de lanzarles la piedra. En esta ocasión, sin embargo, mis intenciones distaban mucho de ser violentas.

—No es fácil cuando te han golpeado... —admitió casi sin mirarme, como si su comportamiento esquivo se debiera al maltrato sufrido por parte de su propio hermano.

La princesa indiketa se estremeció como una niña aterrada al sentir la caricia de mis labios sobre su pómulo inflamado.

—No temas —le dije muy quedo—. Yo también soy un poco adivino.

Asiris se volvió hacia mí por primera vez y me miró con una traza de sobresalto en los ojos.

—El miedo que te atenaza no es producto de los golpes de nadie —le dije sonriendo—. Puedo verlo en tu cara y olerlo en tu cuerpo —añadí acariciando el contorno ovalado de aquel rostro exótico.

—Tú no sabes nada de mí —protestó revolviéndose.

—Sé más de lo que crees —le dije reteniéndola a mi lado sin demasiado esfuerzo.

—¿El qué?

—Sé que todavía eres virgen.

La hermana de Estibos se incorporó de un salto con una curiosa expresión que mezclaba el embarazo

y el destemple.

—No te preocupes —le dije sentándome a su lado—. Mis poderes no llegan más lejos, y no sé qué razones te han impulsado a mantenerte alejada de los hombres. Es posible que un día podamos hablar de estas cosas con más tiempo —añadí al escuchar pisadas fuera de la tienda—. Pero aún no me has dicho nada de tus planes de fuga.

Los pasos de al menos dos hombres se acercaban a nuestro contubernio de manera alarmante. Asiris también los escuchó, y su gesto cambió del enfado a la incertidumbre.

—Es muy posible que ya no podamos vernos ni hablar en días. Quizá nunca —le dije con urgencia sincera.

Asiris dudó un segundo. Después asintió.

—Será más fácil si escapamos juntos —dijo.

—¿Cuándo?

—No lo sé, pero habrá una ocasión —me aseguró—. Oirás el canto del búho. Ese será el momento —añadió un segundo antes de que una cabeza edetana asomara por la puerta.

—¿Ya has terminado con tus medicinas? —bufó el malencarado súbdito de Isbataris de Lauro.

XVIII

Nuestra partida del campamento pompeyano todavía se demoró unos días, exactamente hasta las nonas de abril. Según Placidio, el retraso se debía a la debilidad que todavía afectaba a todo mi cuerpo y que no me habría permitido caminar, y tampoco cabalgar, hasta dar con la ciudad fantasma de Muturudum. La auténtica razón, sin embargo, la veríamos más adelante, pocas horas después de abandonar Emporion.

Pompeyo había ordenado iniciar la marcha en un riguroso *agmen quadratum*, como si esperara ya una confrontación con el enemigo a las primeras de cambio. En aquella formación defensiva con forma de rombo, la infantería pesada quedó dispuesta en los laterales mientras que por delante desfilaban las tropas de Biurtan, tanto guerreros de a pie como jinetes. Cerrando la marcha venía la caballería romana. Y en el centro de aquel entramado, los bagajes, las vituallas... y también los prisioneros.

A Placidio y a mí nos concedieron sendas monturas, pues mi pierna herida todavía me incapacitaba para andar tanto como al rétor su abultada barriga. Asiris también iba a caballo, no muy lejos de nosotros, aunque siempre vigilada de cerca por los hombres que habíamos visto en el *praetorium* de Pompeyo: los dos emisarios edetanos a los que Isbataris había encargado la custodia y el traslado de su prometida hasta Lauro.

Apenas tres horas después de perder de vista los muros de Emporion, los casi siete mil hombres de Biurtan continuaron su rumbo hacia el sur mientras las legiones de Pompeyo —entre las cuales circulábamos nosotros— viraron ligeramente al oeste. En ningún momento divisamos patrullas sertorianas en el horizonte, pero yo imaginé que, en algún sitio, desde algún promontorio cercano, los exploradores de Perpenna estarían controlando sigilosamente todos nuestros movimientos.

El bosquecillo de pinos a las orillas del río Ticer, al que llegamos al caer el mediodía, escondía la verdadera razón de nuestro retraso. Camuflados entre una maraña de ramas, quince pontones esperaban la ocasión para transportar a las seis legiones de Pompeyo hasta la orilla contraria. Una operación que apenas se dilató una hora, y en la que, para mi sorpresa, no sufrimos ningún percance ni contratiempo. Ya en el otro lado, y otra vez ordenados en el mismo *agmen quadratum* del principio, el viento del este nos trajo el ronco clamor de la batalla. Volando en aquel racheado viento *transmontanus* escuchamos el rugido de miles de voces y el metálico tañido de las falcatas al percutir con el umbo de los escudos. Pocas millas después, al descrestar un cerrete, avistamos la escena que todos teníamos en mente: a menos de cinco estadios, el campamento que Placidio y yo habíamos abandonado días antes apareció de repente a nuestros pies convertido en un hervidero de hombres armados. Un recinto que estaba vomitando soldados a borbotones por sus cuatro puertas principales, porque a escasamente cien pasos de distancia —en la orilla opuesta— los guerreros de Biurtan amenazaban con lanzarse a las aguas del Ticer en cualquier instante.

Perpenna le había ordenado a Draco desplegar a las tropas de auxiliares ilergetes en la misma orilla con idea de evitar el vadeo del enemigo. Los indiketas mientras tanto permanecían concentrados en la

margen norte del río, vociferando, insultando con furia a sus vecinos iberos pero sin lanzarse a la carga. Detrás de nuestras tropas ilergetes, las legiones romanas habían terminado de formar en su característico *triplex acies* esperando la hora de entrar en combate. Un momento que no acababa de llegar, ya que los hombres de Biurtan se estaban limitado a montar un escándalo de muerte, amagando algunos ataques que siempre terminaban cuando el agua les llegaba a las rodillas. Una trepa que, sin embargo, había mantenido en jaque al ejército de Perpenna durante una hora: la que nosotros habíamos empleado en cruzar el río un poco más arriba.

—Indiketas contra ilergetes, ¡qué cosas tiene la vida! —musitó el centurión Fulvio con abierta rechifla—. Los hispanos nunca os habéis llevado muy bien entre vosotros, ¿verdad? —rio entre dientes el hombre encargado de nuestra vigilancia.

Dos *bucinae* sonaron en nuestro antiguo campamento al advertir a lo lejos la llegada de tropas pompeyanas. Al instante, las legiones de Perpenna comenzaron a maniobrar frenéticamente sobre la campa, dejando solo a los ilergetes como encargados de la defensa del río. Desde nuestra posición, algo más elevada, pude ver los penachos de Prisco y Grecino agitándose entre un mar acorazado todavía en desorden. Las intenciones de las huestes sertorianas, advertí, eran las de proteger el campamento por su lado oeste, previendo un más que probable ataque por ese flanco. Sin embargo, mientras aquellas cincuenta y tres cohortes maniobraban tratando de encontrar su sitio, un cuerno de guerra rasgó el aire delante de nosotros. En aquel mismo instante, la caballería de Biurtan se lanzó a la carga, esta vez en serio, convirtiendo el cauce del río Ticer en un mar de espuma revuelta. Un batir salvaje de aguas que envolvía a miles de jinetes enardecidos, lanzados al galope tendido sin miedo ni precauciones, con los ojos puestos en los guerreros que desde la orilla contraria tratarían de frenarlos.

Una nube de venablos ilergetes se abatió sobre las primeras líneas de aquella aterradora turbamulta. Y sin embargo, a pesar de las bajas, la caballería indiketa seguía atravesando el cauce con sus escudos sobre la cabeza. Atronadora, vociferante, ignorando los proyectiles enemigos y las pozas que a menudo se tragaban a monturas y jinetes. Tras ellos empezaron a pasar también los infantes.

Las cohortes de Perpenna todavía no habían encontrado su disposición definitiva sobre el campo de batalla cuando los primeros combates cuerpo a cuerpo entre las tropas auxiliares de ambos bandos empezaron a producirse en la margen sur del río Ticer. Pompeyo ordenó entonces acelerar el paso de su ejército a la vez que desplegaba a los vélites por delante de sus primeras líneas, preparando así un choque a todas luces inminente. Tras aquellos jóvenes soldados armados con jas, el general optimate dispuso cuatro manípulos de *bastati* en su flanco izquierdo. El ala derecha la reservó para la caballería, al frente de la cual se colocó él mismo.

—Va a empezar el baile, caballeros —le oí murmurar a Fulvio, hasta entonces guardián infalible—. Si me disculpáis —añadió irónicamente mientras nos sujetaba las manos a la espalda con los grilletes—, he de reunirme con mis hombres en primera línea.

Cuando el centurión de la cara cortada se marchó, dos de sus hombres nos colocaron sus *pila* en el costado, por si a Placidio y a mí, a pesar de estar encadenados, se nos ocurría aprovechar el previsible desconcierto tras la colisión para acicatear a los caballos y escapar de nuestros captores.

Vimos a Biurtan, con su casco coronado de plumas de águila, pelear como un demonio, derribando enemigo tras enemigo junto a su caballo muerto. Su forma casi suicida de combatir y sus gritos feroces estaban espoleando de manera increíble a unas tropas indiketas que, poco a poco, iban desbordando a unos ilergetes mejor situados de partida. Pero menos dispuestos al sacrificio. Consternados, Placidio y yo contemplamos cómo nuestras tropas auxiliares desoían las órdenes de Draco como si fueran sordas.

Como si los gritos desaforados de un ibero vestido de oficial romano no pudieran calar jamás dentro de sus cabezas hispánicas. Tras un primer amago de retirada, Perpenna vio la debacle cernerse sobre sus aliados ilergetes y ordenó a su ejército partirse en dos. La caballería y la mayor parte de sus *bastati* retrocederían hacia el río bajo el mando de Prisco para contener la potencia de choque indiketa. El resto, incluidos los expertos triarios, permanecería en su sitio, guiados por Grecino y él mismo. Contemplando impávidos el inevitable acercamiento pompeyano. En ese instante vimos cómo Draco dejaba al mando a su segundo y salía galopando hacia el lugar que ocupaba Perpenna.

La charla entre ambos fue breve y los gestos del centurion sertoriano, rotundos: todos los hombres enviados como refuerzo para frenar a los indiketas en el río debían volver a su sitio de inmediato. Lo contrario supondría adelgazar demasiado las primeras líneas de contención del ejército que iba a plantar cara a Pompeyo. Para arreglar el desaguisado —pareció indicarle Draco al antiguo pretor de Sicilia— bastaría con que Alorcos fuese enviado junto a sus hombres de manera urgente. De lo contrario el control sobre el río Ticer estaría perdido y la retaguardia de aquellas tropas, severamente amenazada.

A los pocos segundos, el hijo mayor de Turaelo estaba ya al mando de sus hombres. Fue, sin embargo, en esos instantes de indecisión cuando Pompeyo jugó sus cartas como habrían hecho Alejandro Magno, Aníbal o Pirro, según Placidio los tres mayores estrategas de la historia del mundo. Tras varias descargas de jabalinas, el general optimatus había ordenado atacar a sus primeras turmas de caballería, buscando desbandar a los *bastati* de Perpenna. Después envió sobre aquellas tropas noveles a su infantería pesada.

Un cataclismo metálico voló hasta nuestro promontorio cuando ambas formaciones chocaron con la violencia de dos paquidermos de hierro. Por encima de aquel estruendo, los centuriones de los dos bandos se dejaban la garganta tratando de cerrar huecos, azuzando sin descanso a sus soldados, intentando poner orden dentro de un caos inevitable. Varias cohortes de *principes* reforzaron casi de inmediato a nuestros *bastati*. Aun así, los soldados de Perpenna —noveles y veteranos— pronto empezaron a mirarse unos a otros, inseguros, medrosos, ajenos a las voces de mando y a los toques de *bucinae* que los exhortaban a mantener sus posiciones.

—Atajo de cobardes... —masculló Placidio a mi lado, como si a él le sobrase el valor para ponerse una coraza y empuñar un *gladius*.

—Pompeyo nos aventaja en no menos de diez mil hombres —argüí en descargo de aquellos legionarios—. Además, esa gente vino a nosotros para combatir bajo las órdenes de Sertorio. Bastante han hecho con seguir hasta aquí a un general en el que no confían.

Una solitaria turma compuesta por apenas treinta jinetes salió al galope tendido desde el ala derecha de nuestro trastabillante ejército para tratar de neutralizar el avance del enemigo. Al frente de aquellos sacrificados hombres distinguí a Draco, que tras la «liberación» de Alorcos había vuelto a retomar el puesto que antes desempeñaba con el viejo Estrabón. Pronto comprobé, sin embargo, que la única intención de aquel escuadrón de jinetes era la de dar tiempo a nuestro ejército a llevar a cabo un repliegue de urgencia, una retirada lo más ordenada posible.

Mientras los jinetes de Draco se dejaban la vida en aquel combate desigual y los ilergetes consumían sus últimas fuerzas junto al río, las legiones de Perpenna comenzaban su apresurada huida hacia el sur dejando tras de sí el rastro delator de la derrota. Un reguero interminable de enseres y armas abandonadas iba sembrando los campos de pánico, marcando el camino de unos hombres que tratarían de ganar la orilla sur del Hiberus a toda prisa. Antes de que fuera demasiado tarde. Para ellos y para Sertorio.

Un puñado de onagros se encargó de dar cobertura durante algunos minutos a aquellas tropas en

desbandada. Por un instante pensé que Pompeyo aprovecharía la ocasión para hacer sangre en aquellos soldados a la carrera, pero el general optimato se mostró cauteloso, contentándose con tomar posesión del campamento abandonado por su enemigo. De esta manera, incluso los últimos ilergetes y algunos supervivientes de la turma pudieron todavía reunirse con los restos de la retaguardia de Perpenna.

Al atravesar el campo de batalla en dirección al campamento conquistado, busqué a Draco entre los cadáveres de los jinetes sertorianos abatidos en la escaramuza, pero no lo encontré, afortunadamente. Dentro de la empalizada, la visión me resultó todavía más descorazonadora. Los hombres de Perpenna ni siquiera habían tenido tiempo de recoger sus impedimentas y plegar sus contubernios, escapando la mayoría tan solo «con lo puesto». Lo único positivo, se me ocurrió, era que su avance, o mejor dicho su retroceso, sería ahora más rápido.

Placidio mantenía sus ojos vidriosos fijos en la polvareda del horizonte. Una nube que indicaba la posición exacta de un ejército derrotado.

—No te preocupes —traté de consolarlo—. El Hiberus será un obstáculo insalvable para Pompeyo. Mi padre solía decir que ese río es tan ancho que bastaría un niño con cuatro piedras para defenderlo con éxito.

—No me preocupa *eso* —repuso casi sollozando.

—¿Qué te preocupa entonces?

—Me preocupa que pronto encontraremos gentes que le dirán a Pompeyo que Muturudum no existe. ¿Sabes lo que nos ocurrirá ese día?

XIX

Diez días anduvimos pisoteando territorios desiertos o recién abandonados, cruzando arroyuelos y saltando acequias de riego. Con las paradas justas y sin ningún percance reseñable. Afortunadamente sin encontrar jamás lugareños capaces de jurarle a Pompeyo la inexistencia de un lugar llamado Maturudum. Diez largos días siguiendo siempre la estela de un ejército en retirada, hasta que en la mañana de la undécima jornada, un majestuoso Hiberus salió a nuestro encuentro.

A pesar de la inminente cercanía del destino que yo había señalado con mi dedo en el mapa, ni Pompeyo ni su lugarteniente Afranio se aproximaron a mí para interrogarme por la dirección a seguir a partir de ese momento. Sus miradas estaban puestas en la orilla opuesta de un cauce cuya imponente anchura empequeñecía a las personas hasta convertirlas en simples puntos de colores. Aun así, hasta el ciego Demócrito habría divisado los pendones ajedrezados del ejército de Perpenna ondeando ufanos al viento del mediodía.

Las recompuestas legiones del general romano habían llegado varios días antes que nosotros, vadeando aquel río extraordinario con la tranquilidad de saber que nadie importunaría sus maniobras. Cuántos hombres habían perdido en la operación y qué tipo de problemas habían encontrado ya no eran asuntos que incumbieran a nadie. La misión estaba cumplida y, ahora, los quebraderos de cabeza y también el peligro estaban en el tejado de Pompeyo.

Después de un frugal almuerzo a la vista de las tropas enemigas, el general optimato ordenó sorprendentemente reiniciar la marcha aguas arriba. Como si fueran nuestra sombra, las tropas de Perpenna calcaron nuestros movimientos palmo a palmo en la orilla contraria, paradas incluidas.

—Ahora vamos a jugar al gato y al ratón —nos dijo Asiris, que había burlado unos instantes la vigilancia de Fulvio.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le preguntó Placidio.

La princesa indiketa esbozó una sonrisa enigmática.

—Lo he visto en los ojos de Biurtan.

Después de dos horas de paso esforzado, dimos la vuelta de manera absurda. Obviamente, Perpenna ordenó hacer lo mismo a sus hombres. Una vez en el sitio de partida, Pompeyo decidió montar allí sus reales con el fin de pasar la noche. Entonces, a ambos lados del Hiberus menudearon los golpes de *dolabra* y las voces recias de los respectivos prefectos de campamento, disponiendo la mejor orientación de las empalizadas y los fosos.

—¿Lo veis? —dijo Asiris con naturalidad.

—¿Y ahora qué pasará? —inquirió Placidio como si interpelara a Pitonisa.

—Ahora la zorra engañará al cuervo.

El rétor se rascó la cabeza un segundo.

—¿Y nosotros quiénes somos?

—¿No has leído a Esopo? —le respondió Asiris retirándose antes de que Fulvio reparara en sus conversaciones con nosotros.

—¿Quién es Esopo? —le pregunté al rétor cuando la joven indiketa se hubo marchado.

—Era.

—¿Está muerto? ¿Como todos los grandes filósofos de los que me hablas?

—Este no era un gran filósofo, sino un mamarracho —afirmó Placidio con mal disimulada acritud.

—Pero al menos escribía cosas...

El rétor torció el gesto y agitó el aire con un manotazo de desprecio.

—Tonterías —repuso—. Emborronaba papiros con absurdos cuentecillos infantiles sobre animales que hablan y otras memeces por el estilo. Nadie pasa a la historia por hacer ese tipo de majaderías.

Las tres jornadas posteriores volvieron a ser agotadoras. Y ridículas. Porque en cuanto el sol despuntaba en el horizonte Pompeyo reemprendía el absurdo juego de marchar por una orilla sabiendo que el ejército de Perpenna lo seguiría puntualmente por el lado opuesto. Después de la absurda caminata, ambos generales volvían a acampar frente a frente, casi donde al principio, separados por un brazo de agua absolutamente infranqueable. Tras la cena, tropas y prisioneros nos retirábamos a nuestros respectivos contubernios para reponer fuerzas.

Aquella última noche, sin embargo, Fulvio vino a buscarnos cuando el campamento era una necrópolis de silencio negro donde únicamente las fogatas de los centinelas se mantenían encendidas.

—Nos vamos —anunció llevándose un dedo a los labios—. Si abris la boca para algo más que para respirar, os rebano el pescuezo y me quedo tan ancho.

Nuevos grilletes adornaban nuestras muñecas al salir por la *porta decumana*. Antes, al recorrer la *via praetoria* acompañados por el centurión de la cara cortada, nos dimos cuenta de que éramos los últimos en evacuar unas instalaciones prácticamente desiertas, a excepción de un centenar de guerreros indiketas. Estos iban y venían entre los contubernios vacíos, casi a gatas, prendiendo velas en alguno de ellos con idea de aparentar una vida que no existía ya intramuros.

Solo cuando nos hubimos alejado una milla de las empalizadas, Fulvio envainó su espada y nos permitió montar a caballo, aunque con las manos bien sujetas detrás de la espalda. Los soldados romanos, observé, habían prescindido aquella noche de luna nueva de sus pesadas corazas metálicas y llevaban las armas cubiertas con telas para evitar tintineos delatores.

—Me parece que pretenden cruzar el río por algún vado secreto —me sopló Placidio en un descuido de Fulvio—. Lo malo es que nos harán pasar con ellos —añadió preocupado.

—¿Has llegado a esa conclusión tú solo o te han inspirado los dioses? —le dije de mal humor al comprobar que el tiempo se nos echaba encima y no acababa de ver clara la forma de evadirnos.

Busqué a Asiris con la mirada en aquella oscuridad cenagosa y al instante vi sus pupilas reflectantes observándome pocos pasos por detrás de nosotros. Afortunadamente, ella también viajaba entre los hombres de la primera cohorte de Pompeyo, la que mandaba Fulvio. Mientras la miraba, me pareció que la princesa indiketa me hacía un gesto afirmativo con la cabeza, como si pretendiera tranquilizarme y a la vez prevenirme antes de penetrar en aquellas aguas oscuras. Alguien me tocó entonces en el hombro mientras hacía cábalas sobre las señales de Asiris. Era Pompeyo quien se había colocado a mi altura y me observaba con ojos sorprendentemente serenos, teniendo en cuenta las circunstancias. El general romano, a diferencia de sus hombres, sí llevaba puesta su armadura musculada e incluso el casco con las

carrilleras abrochadas.

—¿Dónde queda Muturudum? —me preguntó sin más preámbulos cuando las aguas traicioneras del Hiberus ya mojaban las pezuñas de nuestros caballos—. Dijiste que estaba en la orilla sur de este río.

—Claro, está por allí —señalé con un energético golpe de cabeza para que el general optimata no tuviera tiempo de analizar mis dudas.

—¿Por allí? —Se extrañó al ver que yo le indicaba algún punto aguas arriba.

Asentí con la convicción del cartógrafo más experto. Aun así Pompeyo me escrutó con amenazante insistencia.

—¿Sabes qué te ocurrirá si allá donde dices no aparece esa ciudad?

—Me matarás.

—Te mataré. Te mataré yo mismo —repuso mirándose la mano con la que manejaría su *gladius*.

—*Imperator*... —lo llamé cuando la noche estaba a punto de tragarse otra vez a la reencarnación romana de Alejandro Magno.

—¿Qué ocurre?

—Mal podremos guiarte hasta Muturudum si morimos durante el vadeo —le expuse mientras hacía sonar las cadenas de nuestros grilletes—. Imagina que nuestras monturas dan un mal paso y caemos al agua con las manos sujetas tras la espalda...

Pompeyo todavía se demoró unos instantes contemplando el contorno borroso de los álamos negros tras los que se escondía una ciudad supuestamente neutral, o quizá la nada. Después se volvió a Fulvio y le dio órdenes para que nos atara las manos por delante.

—El general sabe igual que yo que apestaís a mentira. Lo que no sé es para qué os mantiene vivos todavía —nos escupió a la cara el centurión de la primera cohorte—. Dadme una sola razón al cruzar el Hiberus y le ahorraré a Pompeyo el trabajo de cortaros el cuello —añadió con aquella voz de tuba desafinada.

—Yo no sé nadar —temblequeó Placidio de repente.

—No vas a tener problema —rio Fulvio entre dientes—. La grasa flota divinamente.

El vado ante el que nos encontrábamos parados debían de haberlo encontrado los exploradores de Pompeyo días atrás, manteniendo el lugar en secreto mientras ambos ejércitos ejecutaban cada jornada un juego ridículo de marchas y contramarchas. Un férreo marcaje que para Perpenna resultaba obligatorio y, sin embargo, saltaba a la vista que aquel lugar había pasado inadvertido para quienes debían haber vigilado aquella corriente mejor que la puerta de su propia casa. Por eso nadie controlaba aquel tramo del temible Hiberus, un sector de río donde el cauce se estrechaba considerablemente, perdiendo profundidad pero ganando en fuerza bruta.

Mientras todos esperábamos, Pompeyo ordenó colocar una barrera de mulos veinte pasos aguas arriba, con idea de frenar en la medida de lo posible el empuje arrollador de la corriente. Los pobres bichos iban cargados con pesados sacos de arena y expresaban su miedo en prolongados rebuznos mientras sentían cómo el agua les lamía la grupa. El mismo solitario jinete que había tirado heroicamente de aquella reata puso pie al fin al otro lado de río. Alrededor de su cuerpo llevaba varias sogas que habían ido desenrollándose a medida que aquel hombre progresaba en su avance. En pocos minutos, cuatro cables paralelos —sujetos a ocho gruesos troncos— quedaron tendidos a través de la corriente, marcando el peligroso camino que seguirían los más de veinticinco mil infantes que componían el

ejército de Pompeyo.

Las cinco legiones al completo y también los auxiliares comenzaron el vadeo en penumbra, agarrados a aquellas líneas recién instaladas sobre el Hiberus casi a ras de agua. A los de a caballo, sin embargo, se nos ordenó cruzar un poco más abajo con idea de formar, mientras atravesábamos, una barrera de contención en la que serían rescatados los legionarios que resultasen arrastrados por la corriente.

El ulular de un búho rasgó aquel silencio de susurros y chapoteos. Y volvió a escucharse por segunda vez cuando mi caballo ya se mojaba las patas delanteras. Justo en ese instante, uno de los mulos cruzados aguas arriba perdía pie y se precipitaba escandalosamente contra la hilera de hombres aferrados a la primera maroma.

—¡Salta al agua de inmediato! —le insté a Placidio en griego.

—¿Cómo? ¿Qué? —se aturulló el rétor, que marchaba delante de mí ajeno a cualquier sonido distinto del rugido amenazante de aquellas aguas.

—¿No me has oído?! ¡Salta ya, griego estúpido! —le repetí tras identificar por tercera vez la señal inaplazable de Asiris—. ¡Es el momento de escapar!

Fulvio cruzaba a mi lado, concentrado en buscar la senda más apropiada para las pezuñas de su montura. Pero se giró con la rapidez de las alimañas al percibir en aquellos cantos a deshora y también en mis voces de alarma el alfilerazo inconfundible de la sospecha.

—¡Salta ya, maldita sea! —grité sin ningún tipo de tapujos mientras giraba todo mi cuerpo y golpeaba violentamente al centurión en pleno rostro con el codo.

El repentino chapuzón de Fulvio no fue percibido por nadie, porque la confusión causada por aquel mulo a la deriva todavía jugaba de nuestra parte.

—¡Matad a los espías! —tronó el suboficial de Pompeyo cuando pudo sacar la cabeza por encima del agua—. ¡Y apresad a la chica! —añadió al ver a Placidio y a Asiris en mitad de la corriente.

Fue entonces, todavía sobre mi caballo y a la vista de las lanzas que pronto volarían buscando nuestras espaldas, cuando decidí recurrir a una maniobra desesperada. Un truco muy usado por los celtíberos para derribar a su cabalgadura en caso de emergencia.

De un salto me coloqué a horcajadas sobre el cuello de la bestia y me colgué de ella hasta que el animal no pudo soportar el dolor de la torcedura. Entonces se dejó caer de medio lado arrastrándome bajo su vientre, convirtiéndose sin quererlo en un parapeto infalible contra lanzas y flechas. Recogí a Placidio cuando estaba a punto de ahogarse, debatiéndose torpemente entre los remolinos. Resguardados detrás de mi caballo agonizante, simplemente nos dejamos llevar, hasta que el poderoso Hiberus se convirtió de nuevo en una tabla de agua quieta.

—Kalaitos... —gimoteó el rétor cuando los torbellinos desaparecieron—, antes de morir quiero que sepas que...

—¡No vas a morir, al menos esta noche, maldito cobarde! —le respondí sin darle tiempo a contarme algún secreto inconfesable—. Ahora, ayúdame a ralentizar nuestra marcha para que Asiris pueda alcanzarnos.

La princesa indiketa nadaba ya a poca distancia. A ella no le habían lanzado ningún *pilum*, prueba de que Pompeyo todavía la consideraba útil y trataría de recuperarla a toda costa. En cuanto a nosotros, mejor sería que no nos echaran el guante. Ningún espía que haya sido descubierto muere en su cama, de viejo, contándoles su vida a sus nietos.

Un barro pestilente amortiguó nuestro desembarco en la orilla meridional del Hiberus. A nuestro alrededor, tan solo silencio. El silencio engañoso de las aves nocturnas que barruntan el peligro cercano

y callan mientras observan. A nosotros en cambio apenas nos dio tiempo a respirar dos veces tras salir del agua, porque el mismo jinete que minutos antes había cruzado con las sogas se nos vino encima sin presentirlo. El soldado de Pompeyo habría presenciado nuestra fuga desde el otro lado y habría recibido también instrucciones de neutralizarnos. Una tarea en apariencia sencilla: recorrer la orilla a caballo hasta dar con los fugados y matar a continuación a dos hombres sin armas estaba al alcance de cualquier legionario medianamente entrenado. Después, retener a una mujer indefensa tampoco requiere en principio excesivas aptitudes.

Afortunadamente, el jinete pompeyano únicamente portaba una larga espada aquitana. De haber llevado consigo un simple venablo, la suerte de alguno de nosotros —seguramente la mía— habría pintado bastante negra. La primera estocada de aquel soldado llegó con excesiva premura y la esquivé con un simple escorzo. La segunda estuvo mucho más cerca y me obligó a dar un enorme salto a ciegas. Cuando aterricé me vi hundido en la ciénaga hasta las rodillas. Varado en un lodo pringoso como una carreta repleta de pesados troncos.

El legionario de Pompeyo no quiso arriesgarse a que su montura quedara también encallada en el fango y desmontó con idea de rematarme de lejos, aprovechando la longitud de su espada. Un grito de dolor se le escapó a aquel romano al sentir el trancazo de Asiris en la espalda. Cuando se volvió, recibió otro igual de contundente en el pecho. Por un momento pensé que si aquel soldado trastabillaba un par de pasos más y caía en la misma trampa que yo, ambos nos la jugaríamos como culebras entrelazadas en el barro. Pero el legionario se repuso y contraatacó lanzando dos buenos mandobles cruzados. Asiris paró aquellos tajos usando su tranca con maestría increíble, y aún fue más lejos. De un nuevo embate, desarmó al soldado romano y lo puso de rodillas tras tundirle una pierna de un ramazo. El último golpe lo dejó tendido en el suelo.

—Pensaba que solo eras hechicera —le dije mientras salía del lodo con ayuda de su tranca.

—Con un simple hechizo no te habría salvado la vida —me dijo mientras montaba de un salto sobre el caballo del jinete pompeyano—. Sube —me instó ofreciéndome su mano.

Contemplé aquellos dedos firmes y aquel gesto autoritario con una mezcla de consternación y sorpresa. Porque, de pronto, una alternativa se abrió ante mis ojos igual que una sima de dimensiones abismales. Una inesperada disyuntiva para la que, definitivamente, no estaba preparado.

—Pe... pero, ¿y él? —repliqué volviéndome hacia un Placidio casi desvanecido.

—Este caballo no puede cargar con tres personas —repuso Asiris todavía con la mano extendida—. Él puede escapar a pie.

Otra vez contemplé la estampa embadurnada del rétor. Con una gruesa costra de barro rebozando todo su cuerpo, Placidio braceaba en aquel mar de lodos igual que una patética figura de terracota un minuto antes de ser cocida en el horno.

—¡Jamás lo logrará! —le dije—. ¡Jamás conseguirá escapar solo! Es... es viejo. Es torpe. ¡Me necesita! —argüí entre sofocos.

En la penumbra tibia de la ciénaga, con la ropa ceñida al cuerpo a causa de la caladura, Asiris me recordó la belleza indómita de las panteras negras. Unos felinos que, según dicen, viven solos en junglas impenetrables, pues no soportan la compañía de nadie, ni siquiera la de sus propios congéneres.

La princesa indiketa asintió con una traza de decepción en los ojos, retirando su mano y también su oferta de escapatoria.

—La vida es elegir —dijo—. Y me temo que nuestros caminos se separan aquí, Kalaitos —añadió mientras hacía corvetear a su montura.

—¡La vida también es pensar racionalmente! —repuse con desesperación agarrando el ramal e impidiéndole salir al galope—. ¡Acaso crees que te habrías fugado sin nuestra ayuda?! ¿Piensas que Pompeyo se olvidará de ti y de la alianza con los edetanos? —le interpelé sin soltar las riendas de su caballo—. Hispania ya no es un patio en el que uno pueda campar libremente a sus anchas —le dije, intentando todavía retenerla.

—¿Hispania? ¿Qué es para ti Hispania? —replicó Asiris con ironía—. Hablas ya como uno de ellos, Kalaitos. Pareces más romano que celtíbero —añadió, tratando quizá de herirme en lo más hondo de mi orgullo.

—Los tiempos han cambiado, Asiris. Ya no es como antes —le respondí—. A mí también me ha costado entenderlo, pero si no estás con Pompeyo, tendrás que ponerte del lado de Sertorio.

Los ojos de la princesa indiketa refulgieron entre el bosque como dos carbones al rojo.

—¿Esa es la libertad que habéis mamado los celtíberos? —me espetó con desprecio.

—Eso es lo que aprendí cuando Sertorio arrasó mi ciudad.

—¿Y aún tienes ganas de seguirlo?

El caballo romano se alzó sobre sus cuartos traseros al sentir los hierros del freno mordidiéndole los labios. Por eso tuve que soltarlo, para evitar ser golpeado por sus cascos.

—Te aseguro que Pompeyo no les va a dar a los indiketas más parabienes ni alegrías que su rival. A ti, por lo pronto, te guardaba un futuro no muy atractivo —le recordé mientras me apartaba a un lado—. Es muy posible que Sertorio al menos te deje elegir con quién quieres casarte.

—Sertorio ya se llevó a mi hermano —me contestó tras salvar el embarrado talud de un salto—, y con él ya tiene bastante. A mí no me pillaré tan fácilmente —añadió mientras su silueta se recortaba en el cielo negro como una sombra fantasmagórica.

—¡Dime al menos adónde te diriges! —le pedí, casi suplicando.

Asiris contempló un segundo la línea inflamada del horizonte con ojos soñadores.

—A Muturudum —dijo.

—¿Mu... Muturudum? —repetí, sin dar crédito a la música infernal de mis oídos.

—Muturudum —me confirmó Asiris mirándome por última vez—, la ciudad de todos los hombres libres y pacíficos que han encontrado un rincón donde vivir dentro de *tu* Hispania. Ahora ya sabes dónde encontrarme si algún día decides caminar por tu cuenta —añadió un segundo antes de partir galopando.

XX

Encontré a Placidio más muerto que vivo. Sumergido en el cieno pestilente, debatiéndose con sus últimas fuerzas igual que un ballenato que midió mal las distancias al acercarse a la playa. En su agonía, el rétor apenas había sido consciente de la aparición del jinete de Pompeyo, y mucho menos de la huida de Asiris.

—¿Dónde está la chica? —me preguntó desorientado.

—Se ha marchado.

—¿Marchado?

—Sí, «marchado» he dicho. Ahora mueve ese culo seboso si no quieres que nos echen el guante —le repliqué en tono desabrido, como si él fuera el único culpable de la desertión de Asiris. Y de mi escaldante disgusto.

Mientras ayudaba a Placidio a trepar por la resbaladiza ladera que debía sacarnos de aquel agujero, escuchamos algunos gemidos en la orilla. El jinete inconsciente —observé— comenzaba a dar muestras de estar recobrando el sentido. Entonces dejé al rétor en aquel equilibrio sucio y volví sobre mis pasos para recoger la espada aquitana del fango. El soldado pompeyano trataba de incorporarse trabajosamente, agitando la cabeza como si el aturdimiento de un trancazo pudiera alejarse igual que la resaca de una borrachera. No lo logró. Ni siquiera le di tiempo a centrar su mirada perdida en mí. Con la fuerza de ambos brazos le atravesé el cuerpo por dos veces, usando la misma espada con la que él había intentado degollarme minutos antes.

Placidio emitió un grito de horror al verme acribillar el pecho de aquel romano caído, y aún otro más al verme usar el pie para extraer la espada.

—¡Kalaitos...! —murmuró aterrado cuando estuve otra vez junto a él—, no puedo creer que hayas matado a un hombre a sangre fría.

—Ese no era un hombre cualquiera —le dije dándole un empujón y obligándolo a encarar de nuevo la rampa—. Era un romano de Pompeyo que había venido con idea de detenernos. ¿Qué querías? ¿Que lo lleváramos con nosotros?

A pesar de ir arrastrándose detrás de mí a cuatro patas, el rétor siguió desgranando su inacabable retahíla de reproches.

—Pero estaba desarmado, y aturdido, y seguramente se habría rendido sin oponer resistencia. ¿Cómo has podido tener tan pocos escrúpulos? Yo no te he enseñado ese tipo de comportamientos... —se lamentó.

Entonces me volví y lo agarré por el cuello.

—¡Yo no era así *antes*! —siseé en su cara con ojos extraviados por la ira—. ¿Cuándo vas a entenderlo?

—¿A... antes? ¿Antes de qué? —tartajó Placidio al ver de repente la espada aquitana goteando sangre delante de sus narices.

—Antes de ver morir a los míos inútilmente en las murallas de Contrebia Leucade. Antes de perderlo todo. Antes de convertirme en un superviviente errante. ¡Antes de dejar marchar una oportunidad que quizá nunca vuelva a presentarse! ¡¿Todavía quieres más razones, griego estúpido?! —Placidio trató de abrir la boca para replicarme, pero no le di opción a pronunciar una sola palabra—. ¡¿Dónde estabas tú cuando Sila entró en Atenas?! ¡¿Cuánto tiempo hacía que habías aceptado el abrazo interesado de Mitrídates como un cobarde?! —lo interpelé con violencia.

El rétor me contempló con aire descorazonado.

—Esa mujer... —me dijo resollando—, esa mujer indiketa te ha trastornado, Kalaitos. Pero lo peor de todo... es que no te das cuenta.

El final del talud nos descubrió los primeros albores de un nuevo día y también el atisbo de una realidad negra como el pico de un cuervo. A menos de una milla de distancia, tras haber cruzado ya el Hiberus, grupos de soldados pompeyanos comenzaban a reagruparse igual que las hormigas acaban siempre por recomponer sus filas.

Placidio gimoteó al desentumecer sus miembros ateridos entre los arbustos. Sin duda, los cuerpos de los filósofos no deben de venir preparados para el maltrato y las privaciones. De haber sido así, quizá me habría decidido a dejarlo a orillas de aquel río mientras yo huía aferrado a los costados de Asiris en busca de una ciudad quizá imaginaria. Una búsqueda que posiblemente hubiese resultado infructuosa y por lo tanto eterna, igual que mi felicidad al lado de aquella extraña mujer indiketa. Por eso tal vez me veía odiando ahora a mi maestro ateniense. De ahí también mi ira desproporcionada con el soldado pompeyano.

—¡Maldita rémora griega —le espeté al rétor blandiendo mi espada aquitana—, quiero que empieces a correr ahora mismo como si tu dios Hades te persiguiera con su tridente de fuego a dos palmos de tu trasero!

Placidio puso los ojos en blanco y abrió la boca para replicarme. Pero la visión de sangre coagulada en el filo de aquella espada lo hizo ponerse de pie de un salto.

Alcanzamos el campamento de Perpenna después de más de media hora de trotar sin descanso. Posiblemente a mí solo me habría costado algo menos, pero tras cubrir la primera milla, Placidio se desplomó como un fardo muerto. Lastrado por los faldones de su túnica empapada, mermado por su prominente barriga, solo la amenaza de dejarlo allí, a merced de las tropas enemigas, logró levantarlo la primera vez. Para las ocasiones siguientes tuve que describirle las horribles torturas a las que sería sometido si era capturado.

Afortunadamente, los guardias apostados en la *porta praetoria* nos reconocieron a distancia. De lo contrario la bienvenida habría sido bien distinta. A aquella hora tan temprana la soldadesca dormía apaciblemente reponiendo fuerzas para otra jornada más de absurdas marchas y contramarchas. Todos, mandos incluidos, reposaban dentro de sus tiendas ajenos a las maniobras de distracción que los auxiliares indiketas seguían llevando a cabo en un campamento desierto. Si uno escudriñaba entre la foresta que tapaba a medias la empalizada enemiga, la lumbre de las hogueras, las voces de los supuestos centinelas y el ruido metálico de algunos aperos concedían a aquellas instalaciones un aspecto de indiscutible normalidad.

Draco era posiblemente el único mando insomne aquella noche.

—¡Pompeyo ha cruzado el Hiberus a cinco millas de aquí! —le grité tan pronto lo vi acercarse por la

via praetoria—. ¡Sus hombres están ya reagrupándose en esta misma orilla! ¡Van a atacarnos! ¡Hay que prepararse para...!

El puñetazo del centurión me pilló desprevenido. Por eso sus efectos fueron más rotundos y demoledores.

—¡Maldita sea, Kalaitos! —me bufó sobre la cara después de derribarme—. ¡¿Quieres provocar una estampida?!

Desde mi posición, casi a ras de suelo, miré a mi alrededor y vi cientos de cabezas asomando por las puertas de los contubernios. Un minuto más tarde ya eran miles los legionarios que se calzaban sus *caligulae* a la carrera y recogían las armas e impedimenta sin apenas vestirse. Sin prestar atención a sus centuriones, poniendo un ojo en las colinas por donde, supuestamente, aparecería Pompeyo, y el otro en la salida más cercana de aquella ratonera.

—¿Ves lo que has conseguido? —me espetó Draco con aire desolado al ver el desbarajuste.

—Pero es la verdad... —aduje incorporándome—. Además, ¡muchos de esos soldados están todavía cruzando el cauce del río, y lo hacen sin armadura! Si nos damos prisa, podríamos hacer una auténtica escabechina.

Draco resopló y movió la cabeza sombríamente.

—Contéplalos —dijo—. Ahora mismo esos hombres no lucharían contra Pompeyo ni aunque sus legionarios viniesen desnudos.

Apoyado sobre un codo asistí a la deprimente puesta en marcha de un ejército desmoralizado. De unos hombres que plegaban sus nuevos contubernios de cualquier manera, hacían los petates con manos temblorosas y formaban un tambaleante *agmen quadratum* con idea de abandonar aquella campa mortal cuanto antes.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le pregunté a Draco—. ¿Huir? ¿Escapar más al sur? ¿Siempre ceder terreno?

El centurión no respondió. Mantenía la cabeza ladeada en dirección a un *praetorium* en vías de ser desmontado. En su puerta, un pensativo Perpenna se mesaba los cabellos al lado de Octavio Grecino. Ambos escuchaban en silencio la irritada desazón de Alorcos, el jefe de los guerreros ilergetes. Los iberos de Iltirta —parecía estar diciéndoles el hijo del rey Estoteles— no se habían metido en campaña tan solo para correr como la liebre delante del galgo. Draco me vio mirar aquella estampa patética y decadente.

—Ser general no es fácil... —musitó como si adivinara lo que pasaba por mi cabeza.

—Perpenna podría mandarnos formar y plantarle cara a Pompeyo de una vez por todas —aduje con vehemencia—. ¿Acaso no llegó hasta el Ticer con esa idea? ¿Hasta dónde va a huir ahora con el rabo entre las piernas?

—Un general sabe cuándo conviene atacar y cuándo es mejor replegarse —justificó Draco—. No se puede mandar a combatir a unos hombres que abrirán filas al primer encontronazo.

—Lo que no puede hacer un auténtico general es arrastrar su dignidad como si fuera un trapo sucio —le dije—. ¿Cuánto tiempo más crees que Perpenna podrá mantener cierta autoridad sobre sus hombres?

—Puede que no mucho —admitió Draco.

—Por cierto, ¿dónde está Prisco? —lo interrogué al no ver por ningún lado al segundo lugarteniente de aquel ejército.

—Hace días que se marchó —respondió lacónico.

—¿Adónde?

—A buscar a Sertorio. ¿Adónde si no?

Según relató mi instructor militar, al día siguiente de que Pompeyo cruzara el Ticer valiéndose de los pontones escondidos entre la maleza, Tarquicio Prisco había partido con una pequeña tropa rumbo a Vareia, donde Sertorio esperaba acontecimientos. Aquella iniciativa, según Draco, había sido tomada por el propio oficial, contraviniendo los deseos de Perpenna, que todavía contaba con poder derrotar a Pompeyo cuando el momento fuera más propicio.

—¿Y tú qué piensas? —le dije mientras nos dirigíamos a la salida del campamento para iniciar una nueva retirada.

Draco echó un último vistazo al cerro por el que en cualquier momento aparecerían Pompeyo y sus huestes. No había miedo en aquellos ojos entornados, tan solo los iluminaba la luz de la experiencia. Esa amiga inseparable que te hace consciente de los peligros y de tus propias debilidades.

—La llegada de Sertorio es lo mejor que puede ocurrirnos ahora mismo —afirmó con calma—. Él es el único que puede evitar el desastre.

TERCERA PARTE
LAURO

XXI

Durante varios días transitamos por territorios frecuentados por sedetanos e ilerlavones siguiendo la vía empedrada que recorre el litoral del *mare Internum* entre las ciudades de Tarraco y Valentia. Más de cien millas de llanura húmeda, encajadas a cuchillo entre el mar y las montañas. Una planicie larga y estrecha donde el verdor de los olivos y el frescor de las vides constituyen un espejismo paradójico para quienes desfilan con la mirada puesta en la nube de polvo que puede esconder a un ejército enemigo a tus espaldas.

En varias ocasiones nos topamos con grupos armados pertenecientes a aquellas tribus del litoral. A todos ellos les pedimos que hostigaran de algún modo a las tropas que nos perseguían, con el fin de ralentizar su avance. Y en todos los casos, los jefes de aquellos escuadrones de caballería nos contemplaron ojipláticos y se miraron después los unos a los otros con aire confuso. Como si no dieran crédito a que veinticinco mil hombres armados en formación de combate pudiesen albergar algún tipo de temores.

—Estos tampoco van a ayudarnos —sentenció Draco la tercera vez que aquellos jinetes descartaron la posibilidad de echarnos una mano—. Los iberos de estas zonas son más mezquinos que nosotros, los ilergetes. Quieren ver resultados, los muy perros, antes de mover un dedo —añadió sin esconder su desprecio.

—¿Qué significa eso de «ver resultados»? —le pregunté—. ¿Acaso no están estos pueblos bajo juramento de *devotio* hacia Sertorio?

A Draco se le escapó una risa hueca que aunaba la decepción y el sarcasmo.

—El juramento de *devotio* puede entenderse de muchas formas —dijo—. Quizá para vosotros los celtíberos y para nosotros los ilergetes signifique dar la vida sin miramientos. Para otros, en cambio, tan solo es la excusa para hacer botín cuando la batalla ya está ganada.

Aun así, a pesar de la escasa ayuda prestada por ilerlavones y sedetanos, siempre fuimos conscientes de que la distancia entre Pompeyo y nosotros iba incrementándose poco a poco, como si el general optimate no tuviera prisa por alcanzarnos. Quizá porque así es como cazan los lobos cuando saben que la presa anda herida y cojea.

—¿Hacia dónde nos dirigimos exactamente, Draco? —pregunté cuando no pude soportar por más tiempo la sensación de estar huyendo inútilmente de un fantasma.

—A Saguntum —me respondió—. Para resguardarnos tras sus muros hasta que Sertorio se reúna con nosotros.

—¿Y entonces?

A Draco se le afilaron los pómulos como a una alimaña antes de morder a su presa.

—Entonces Pompeyo se dará cuenta de dónde se ha metido.

Según apuntó el centurión sertoriano, la nueva táctica a seguir —aunque aparentemente se trataba de

una retirada vergonzante— no era tan descabellada, siempre y cuando las legiones de Perpenna recuperaran el espíritu de lucha en el momento indicado. A Pompeyo, apuntó Draco, no le resultaría cómodo verse acosado por dos frentes. Y eso es lo que ocurriría en cuanto Sertorio apareciese por el oeste.

—Además —sostuvo con sonrisa siniestra—, una vez que ha metido la cabeza en esta ratonera, ya no podrá sacarla tan fácilmente.

—¿Por qué? ¿Acaso no puede darse la vuelta si las cosas no le convencen? —pregunté, ignorante de tácticas y despliegues.

Draco meneó la cabeza.

—No es tan sencillo como parece —sostuvo—. En estos terrenos, Pompeyo depende totalmente de los suministros que puedan llegarle de Italia hasta Carthago Nova —me explicó—. Sin ellos, sus legiones están perdidas.

—Y Sertorio, ¿dónde se abastece?

—Nuestros barcos llegan a Dianium —me informó, en referencia al otro gran puerto de aquellas costas—, gracias, eso es cierto —admitió—, a la ayuda inestimable de los piratas cilicios.

—¿Piratas? ¿Sertorio tiene tratos con piratas? —me sorprendí.

El curtido centurión me lanzó una mirada aviesa.

—¿Tú no los tendrías si de ellos dependiera tu subsistencia?

La cuarta jornada de marcha —o de huida— desde la orilla meridional del Hiberus comenzó con el anuncio de una noticia ya esperada. Según se nos informó, en algún momento del día nuestras tropas se reunirían con las de Cayo Herenio, quien figuraba al mando del ejército que Sertorio había colocado por detrás de Perpenna, como una segunda línea de contención, por si las cosas venían mal dadas.

En realidad, las cuatro legiones de Herenio no se habían movido en ningún momento del sitio en el que fueron apostadas. Habían permanecido siempre acantonadas en un punto casi equidistante entre el Turis y el Hiberus, esperando noticias de las evoluciones del general Perpenna más al norte. Casi puede decirse que nuestra llegada los pilló de improviso, igual que los preocupantes informes sobre las intenciones de Pompeyo.

Si la reunión de dos cuerpos de ejército tan extraordinarios como los nuestros suele ser motivo de celebración y regocijo entre sus integrantes, no lo fue en esta ocasión. Según apuntó Draco, los miedos se contagian mucho peor y más rápido que las enfermedades. Por esa razón no se permitió el contacto directo entre las respectivas tropas, aunque en el *praetorium* de Perpenna, la luz estuvo encendida aquella noche hasta altas horas de la madrugada. Con dos cabezas —la del propio Perpenna y la de Herenio— inclinadas sobre los mapas que encerraban el destino del ejército más grande formado jamás en Hispania.

—Ahora Pompeyo saldrá corriendo como un conejo asustado cuando vea la magnitud de nuestro nuevo ejército —le comenté a Draco durante la cena, tras calcular que nuestros más de cuarenta mil soldados superaban con creces a las huestes del general optimate.

El centurión se tomó su tiempo antes de contestar, engullendo primero la carne hervida que nos habían servido y apurando después su ración de vino.

—Yo no lo daría por hecho —dijo eructando sonoramente.

—Estamos en una proporción casi de dos contra uno si contamos a nuestros auxiliares iberos —le refuté—, y además Sertorio ya debe de estar cerca...

Draco esbozó una sonrisa cansada.

—Ya te dije una vez —me recordó con paciencia— que la fuerza de un ejército no la da el número, sino la moral y la disciplina de sus hombres.

—Los hombres de Herenio no tienen por qué ser como los de Perpenna.

—No lo son —admitió de inmediato—. De hecho, se trata en su inmensa mayoría de valerosos guerreros ilergetes de Iltirta, pero...

—¿Pero qué?

—Hace mucho tiempo que no combaten en serio.

—¿En serio? —me extrañé casi divertido—. ¿Acaso se puede combatir «en broma»?

Draco compuso un gesto de atemperado disgusto.

—Lo que pretendo decirte —afirmó resoplando— es que la mayor parte de esos hombres jamás ha peleado contra una auténtica legión romana. Y eso va a notarse en la primera batalla. En cambio, los legionarios de Pompeyo han tenido que abrirse paso en la Galia luchando casi a diario. Y ese, Kalaitos —me aseguró mi instructor militar—, es un entrenamiento formidable.

A pesar de las palabras de Draco, aquella noche me fui a dormir con la idea intacta de que una fortuna de cuarenta mil denarios siempre —se mirase como se mirase— sería superior a otra de treinta mil. Y lo mismo tendría que ocurrir en un campo de batalla: una desproporción de diez mil hombres debería inclinar la balanza del lado del ejército más numeroso. Más tarde o más temprano. Esas eran las matemáticas que yo había aprendido en Osca y a las que me atenía. Para el centurión sertoriano, sin embargo, este tipo de cálculos no servía para la guerra. Y ello quedó patente a la mañana siguiente, cuando ambos generales decidieron destruir sus campamentos y retroceder juntos.

El decimoprimer día de marcha —o el séptimo desde el reencuentro con Herenio— amaneció vestido de plomo, con una fina llovizna que nos persiguió inclemente durante muchos miliarios. Fue a poco de vadear el río Palantia cuando avistamos la ciudad de Saguntum en la lejanía borrosa de un horizonte encapotado. La descomunal fortaleza edetana parecía ocultarse de nuestras miradas como un gigantesco felino de piedra agazapado tras una maraña de nubes grises.

—¿No es raro que no hayan mandado ya emisarios al percatarse de nuestra llegada? —le pregunté a Draco, que también escudriñaba las almenas de la fortaleza con ojos entornados por el recelo.

—Lo es... —admitió—, pero nunca se sabe.

Como si el propio Perpenna hubiese escuchado nuestros comentarios, una turma de caballería arrancó desde nuestras filas rumbo a las murallas del colosal *oppidum* con el fin de presentar nuestras credenciales ante los aliados edetanos. Los jinetes, al mando de los cuales iba el propio Octavio Grecino, todavía no habían cubierto ni la mitad del recorrido cuando escuchamos el inconfundible latigazo de los onagros.

Pocos segundos después una docena de proyectiles delimitaban, con la salpicadura de sus impactos, la zona que era mejor no rebasar so pena de empezar a sufrir las primeras bajas. Aunque Grecino y sus hombres frenaron en seco sus monturas, una lluvia de flechas vino a confirmarles que la primera descarga de piedras no había sido precisamente un error de los artilleros.

—Estamos bien jodidos —maldijo Draco escupiéndolo en el suelo—. Con esto no contábamos.

Los brazos de onagros y carroballistas volvieron a cargarse con estrépito sobre las almenas de Saguntum.

—¿Por qué nos han abandonado los edetanos de Saguntum? —le pregunté—. ¿Acaso Pompeyo les ha ofrecido mejores prebendas que Sertorio?

Draco se encogió de hombros.

—Puede —afirmó con desgana—, pero estas fidelidades de última hora más bien responden al miedo.

—¿Al miedo?

—Al miedo que les infunde cada general. Y por lo que se ve, estos temen más la ira de Pompeyo que la de Sertorio.

—¿Qué haremos ahora? —le pregunté ante la poco alentadora idea de acampar junto a unos muros súbitamente enemigos.

—Todavía llevamos ventaja —me tranquilizó—. Y los saguntinos no van a arriesgarse a atacarnos por la noche. Así que montaremos el campamento no muy lejos de aquí y mañana seguiremos adelante. No queda más remedio.

—¿Adelante? ¿Adónde?

—Hasta la siguiente fortaleza amiga —afirmó el centurión dándome un golpecito de ánimo en el hombro—. Tampoco nos queda tan lejos.

—¿Cómo se llama la ciudad? —lo interrogué cuando Grecino y los suyos ya volvían grupas hacia nosotros.

—Lauro.

Draco se había alejado de mí un par de pasos, pero volvió atrás al verme palidecer como un recién fallecido.

—¿Te pasa algo, Kalaitos? Te has puesto blanco de repente —me dijo al ver la reacción que sus palabras habían obrado en mi semblante.

—En Lauro tampoco podremos entrar —le dije, preparado para contar una historia que aún no había compartido con nadie. Porque con las prisas de la huida, nadie nos había preguntado todavía a Placidio o a mí por nuestras averiguaciones en Emporion.

No tuve tiempo, sin embargo, de ponerme a hilar el relato de nuestras aventuras en la polis iberogriega, porque en aquel mismo instante un escuadrón de caballería irrumpió al galope tendido desde Poniente. El susto fue rotundo y la reacción, inmediata. Draco se puso a ladrar órdenes en lengua romana y también en ibero para que una parte de nuestro ejército se desplegara con el fin de cubrir el flanco que aquellos jinetes amenazaban.

—Es una emboscada, Kalaitos —gimoteó Placidio, con el pánico tiñéndole la voz de matices aflautados—. Esta vez no tenemos escapatoria.

Hasta un filósofo griego sin visión alguna para la guerra, me percaté, era capaz de presentir de un simple vistazo lo apurado de nuestra situación. A un lado nos quedaban las murallas que retuvieron al mítico Aníbal durante seis meses y al otro, las olas de un mar embravecido por la tormenta. Por delante y por detrás, tropas enemigas cerrándonos el paso en un corredor estrecho como un desagüe. Desenfundé mi *gladius* sin saber siquiera si tendría tiempo de usarlo.

Reconocí a Tarquicio Prisco entre aquellos jinetes desbocados que se acercaban envueltos entre jirones de niebla blanca, y respiré aliviado. Componían la avanzadilla enviada por Sertorio con el fin de fijar

nuestra posición exacta en aquel complicado tablero de damas en que iba a convertirse el litoral del *mare Internum*. Según nos contó el mismo Prisco sin bajarse todavía del caballo, el ejército proveniente de la Celtiberia estaba ya a una sola jornada de camino, después de haber cruzado media Hispania en un abrir y cerrar de ojos. Más tarde supimos que en su apresurado periplo desde que recibió la noticia de la retirada de Perpenna, el Gigante de Nursia había recorrido en menos de tres días la calzada que unía Vareia y Numantia. Desde la ciudad arévaca había marchado hasta Bilibis, para seguir a partir de allí el curso del río Salo, subiendo posteriormente por el Siloca y bajando por el Turis. Un total de doscientas cincuenta millas romanas que Sertorio y sus hombres habían devorado en apenas diez días de marchas forzadas.

Si a Tarquicio Prisco le sorprendió encontrar a los dos ejércitos encargados de defender la costa replegándose al unísono, no lo expresó. O, simplemente, ocultó muy bien sus sentimientos. Lo que sí dijo fue que la noticia sobre la defección de los saguntinos había llegado a oídos de Sertorio antes que del propio Perpenna.

—Bastardos... —musitó el oficial romano mirando hacia los torreones hostiles del *oppidum*.

Draco agarró entonces al embarrado Prisco por el brazo y se lo llevó aparte, antes incluso de que Perpenna tuviera tiempo de acercarse al grupo de recién llegados.

—¿Sabe Sertorio que los edetanos de Lauro también se han puesto del lado de Pompeyo? —le preguntó al oído.

La expresión estupefacta de aquel hombre fue su contestación más clara. Y aunque hizo esfuerzos por serenarse, la urgencia se abrió paso a cuchillo en el semblante demudado del oficial sertoriano.

—¿Cómo lo sabes? —demandó de inmediato—. ¿Quién lo dice?

Draco se hizo a un lado y me dejó delante de un hombre que poco tenía que ver con el altivo lugarteniente que yo había conocido en la ciudad de Osca. Con las ropas ensopadas en agua y lodo y la piel enrojecida por las inclemencias del viaje, Tarquicio Prisco horadó en mi cuerpo dos agujeros de fuego con aquellos ojos ávidos de noticias.

XXII

Las veinticinco millas romanas que separaban los ejércitos de Sertorio y Perpenna habrían supuesto una jornada completa de marcha para cualquier infantería. A caballo, sin embargo, el trayecto apenas duró tres horas. Tan pronto escuchó mi testimonio, Tarquicio Prisco decidió que la gravedad de aquella noticia exigía acciones inmediatas. La primera de las cuales consistía en dar cuenta de manera urgente al propio Sertorio, para que fuera él quien tomase las decisiones pertinentes.

La cabalgada hasta las montañas del litoral resultó abrupta, áspera, teñida de una desesperanza silenciosa solo interrumpida por las voces lastimeras de Placidio. Y es que el rétor había albergado ilusiones de volver a su amada Osca nada más cumplir nuestra misión en Emporion. Pero ahora veía cómo sus planes se torcían de forma irreversible igual que el rumbo de nuestros pasos.

Flanqueando al pensador griego viajábamos Draco y yo, animándolo constantemente, haciéndole creer que cada obstáculo superado sería el último. Y que la vuelta a su querida academia se produciría más tarde o más temprano. Marco Perpenna y Tarquicio Prisco, mientras tanto, marchaban a la cabeza de aquella turma, cabalgando sin apenas mirarse. Sumergidos en sus propios problemas. O desbordados por ellos. Aunque los de Perpenna, imaginé, quizá fueran más peliagudos al tener que justificar las causas de una insubordinación y dos desastres.

Dimos con Sertorio y su ejército al caer el mediodía, justo cuando las tropas del Gigante de Nursia habían hecho un alto para recuperar fuerzas. El general romano nos vio llegar de lejos y salió a nuestro encuentro desarmado y sin escolta. Desde la misma orilla del río Sicoris a la sombra de Iltirta, cuando Perpenna decidió desatender las órdenes recibidas en Osca, venía preguntándome cómo sería el reencuentro de aquellos dos hombres eminentes. Siempre imaginé lo incómodo de la situación para quien vuelve humillado, envuelto en la vergüenza del fracaso y manchado por los betunes negros de la desobediencia.

Sertorio, sin embargo, volvió a actuar como aquella tarde en la curia oscense, cuando el antiguo pretor de Sicilia compareció casi obligado por sus legionarios. Una vez más, el Gigante de Nursia palmeó los hombros del general que posiblemente había desaprovechado la ocasión de aplastar a Pompeyo a orillas del Hiberus, y lo abrazó como a un hijo desafortunado en las lides de la vida. Después se acercó a Placidio y a mí y nos estrechó también entre sus brazos robustos.

—No sabía cuándo esperaros —dijo, mirando de reojo el gesto apremiante de Tarquicio Prisco—. ¿Ocurre *algo*? —demandó Sertorio al ver el rostro desencajado de su lugarteniente.

—Lauro *también* está de parte de Pompeyo —resumió Prisco lacónicamente apuntando hacia mí con la cabeza.

Sertorio me escrutó como si yo fuese el portador de todos los demonios del inframundo romano, o su representante. Ceñudo, inquisitivo, circunspecto. Preguntándose, quizá, qué relación existiría entre el joven Kalaitos y el nuevo problema que había dejado las debacles del Ticer y el Hiberus reducidas a la

categoría de meras nimiedades. Porque, según me había explicado Draco poco antes, el corredor del litoral por el que transitábamos tanto Pompeyo como nosotros era un largo y estrecho pasillo con dos puertas. O, dicho de otra manera, una ratonera con solo dos salidas. Saguntum tenían la llave que abría o cerraba la primera de aquellas peligrosas cerrajas. La otra obraba en manos de los edetanos de Lauro. Por eso Pompeyo contaba ahora con todas las ventajas para dominar aquella zona de la costa oriental hispana. Y para aplastarnos cuando quisiera. Lo lógico sería, supuso Draco, que el general optimatus se dirigiera directamente a Saguntum. Desde allí no le resultaría difícil frenar a cualquier ejército que se situara en mitad de sus dos aliados edetanos. Y si, además, a Metelo le daba por apretar el lazo desde el sur, los sesenta mil hombres de que disponía Sertorio —aun siendo este un ejército imponente— estarían expuestos a una maniobra de tenaza de consecuencias fácilmente previsibles.

Quinto Sertorio había apartado de mí su ojo glauco y lo había posado sobre la línea desdibujada de un horizonte borrascoso.

—Lauro te ha traicionado porque... —empecé a explicarle, dispuesto a iniciar el tropicado relato de nuestra aventura en Emporion. O al menos la parte que afectaba a la defección del rey Isbataris. El Gigante de Nursia, sin embargo, levantó una mano para hacerme callar. Como si mi cháchara le distrajese, como si en aquel instante los motivos de una traición fuesen irrelevantes y lo que realmente contase fuesen las decisiones.

—¿A cuánto está Pompeyo de Saguntum? —demandó bruscamente, el aire abstraído, la mirada puesta en aquel corredor verde rodeado de mar y montañas.

Fue Perpenna quien se sintió obligado a dar una respuesta.

—A dos o tres jornadas, calculo —dijo mirando hacia atrás, hacia los picachos que a buen seguro escondían a los hombres que llevaban días persiguiéndonos.

Sertorio asintió con ademán tranquilo. Después se volvió y dio orden de acampar en aquel mismo cabezo.

Marco Perpenna Vento desgranó en aquel recién instalado *praetorium* su versión vacilante de un fracaso al que él llamó «odisea». Como ya nos había prevenido Draco en Iltirta, el general romano se escudó en la conveniencia de acompañarnos a Placidio y a mí hasta las cercanías de la antigua colonia griega para desviarse hasta unas latitudes que no estaban previstas. De otro modo —sostuvo—, la misión habría corrido serio peligro. Después, nuestra tardanza excesiva complicó las cosas, dándole tiempo al enemigo a buscar la manera de vadear el río Ticer en secreto. Para colmo de males —se lamentó—, los indiketas lograron cruzar también por otro punto debido a la falta de combatividad de nuestros auxiliares ilergetes. Si estos no hubiesen flaqueado tan pronto —afirmó con disgusto—, las cosas habrían pintado de distinta manera.

—Tuvimos que retirarnos para evitar males mayores —resumió el antiguo pretor de Sicilia componiendo un gesto de impotencia.

Me giré hacia Draco y también hacia Prisco con ojos dislocados por la sorpresa. ¿Cómo era posible, les pregunté sin necesidad de palabras, que alguien se atreviera a mentir de manera tan descarada sin el menor sonrojo? Afortunadamente para Perpenna, el difamado Alorcos, hijo del rey Estoteles de Iltirta, no estaba presente en aquel cónclave para poder defenderse de las injurias. Al verme resoplar, Draco se llevó un dedo a los labios con disimulo, conminándome a guardar silencio. A su lado, Prisco parecía una estatua de hielo. En cuanto a Placidio, el quebranto físico y el dolor de sus posaderas parecían hacerlo

impermeable a aquella sarta de mentiras.

—En el Hiberus ocurrió algo parecido —continuó Perpenna, sin que Sertorio tuviera que apremiarlo—. Los auxiliares iberos descuidaron sus guardias nocturnas junto al río permitiéndole a Pompeyo cruzar de noche sin ser advertido. Entonces —afirmó, señalándonos a Placidio y a mí—, estos dos lograron avisarnos a tiempo, aunque el desorden que sus gritos causaron entre la tropa —adujo con fingida pesadumbre— aconsejó iniciar la retirada con el fin de encontrar un lugar más favorable en el que hacer frente a unas tropas enemigas muy superiores en número.

La mano de hierro de Draco se cerró sobre mi boca ya abierta como un cepo para cazar lobos, impidiéndome cubrir de improperios al hombre que había permitido a Pompeyo campar a sus anchas desde Emporion hasta Saguntum.

Perpenna pretendió ampliar todavía la narración de sus desdichas con el relato de su reencuentro con Herenio y los porqués para un nuevo repliegue. Sertorio, sin embargo, hizo un gesto con el que contuvo aquel despropósito.

—Entiendo —gruñó, y se quedó mirando el suelo apelmazado de su *praetorium*—. Ahora hay que tomar decisiones... —añadió, aunque posiblemente ya las llevaba todas en la cabeza desde mucho antes.

El Gigante de Nursia colocó entonces su mano sobre el hombro de Perpenna y lo miró de manera afable, amistosa incluso, como si hubiese creído cada una de sus patrañas; como si no le guardase rencor por su cobardía. Como si no le importase que aquel general incompetente y ególatra hubiese arrastrado a cuarenta mil hombres a un callejón sin salida. A un desfiladero en el que cada vez quedaban menos plazas amigas.

—Quiero que Herenio y tú prosigáis hasta Valentia de inmediato y defendáis la ciudad, en caso de necesidad, hasta el último hombre —le dijo con el semblante grave—. Valentia no debe caer bajo ningún concepto —añadió Sertorio con suavidad cortante—. Cueste lo que cueste su defensa.

Perpenna asintió con gravedad, haciéndose cargo, en apariencia, de la importancia de la misión que volvía a recaer sobre sus hombros. Después se puso en pie, dispuesto a marchar con el casco en la mano. En la misma puerta, sin embargo, el antiguo pretor de Sicilia se giró hacia Sertorio con el gesto intrigado.

—¿Y tú qué harás?

—Todavía no lo sé —mintió el nursio, dejando que su ojo glauco se perdiera entre las brumas del atardecer, más allá de las puertas de su *praetorium*.

XXIII

Quinto Sertorio despidió a Perpenna con otro abrazo fingido, deseándole suerte en su nueva misión y pidiéndole que le enviase de vuelta a Octavio Grecino y a los ilergetes de Alorcos. Unas tropas que se habían comportado de manera tan lamentable en el campo de batalla —afirmó— no debían ser empleadas en la defensa de Valentia. Mientras aquella conversación se producía, me volví hacia las dos personas que, aun habiendo sido testigos como yo de los mismos hechos, habían permanecido calladas como paredes.

—¿Por qué no habéis dicho nada cuando hablaba Perpenna?! —los interpele con rabia a Draco y a Prisco—. Vosotros sabéis que todo lo que ha contado es pura patraña.

Ambos militares sonrieron. Prisco, de manera desdeñosa. Draco, en cambio, se mostró más comprensivo con mi ignorancia.

—Sertorio conoce a Perpenna perfectamente —afirmó el centurión—. No hace falta que tú le expliques las cosas. A pesar de todo, tratará de llevarse bien con él mientras las circunstancias lo permitan.

De regreso a su tienda, el general romano se desplomó sobre una silla con estruendo de fardo muerto.

—¿Queréis decirme qué diablos les ocurre a los indiketas? —resopló con aire cansado dirigiéndose a Placidio y a mí.

Una burbuja de ensimismamiento encerró a Sertorio mientras escuchaba nuestras peripecias. Ni una sola vez nos interrumpió. Ni un solo espaviento distorsionó su rostro al enterarse de la traición de Biurtan y la muerte de su aliado Turaelo. Tan solo cuando tomé la palabra después del rétor y traté de cargar las tintas contra Perpenna a fin de contar los hechos tal y como realmente habían sucedido, pronunció sus únicas palabras.

—Cíñete al informe —me ordenó haciendo un gesto imperativo con la mano.

Por eso me atuve exclusivamente a cuestiones militares que para Placidio habían pasado absolutamente inadvertidas. Sertorio tomó cuidadosa nota del número exacto de tropas que movilizaban tanto romanos como indiketas, de los tipos de armamento pesado que aquellas legiones transportaban y, sobre todo, de un tema por el que se mostró sumamente interesado. Al Gigante de Nursia su ojo sano le brilló con resplandor casi áureo cuando le comuniqué que Pompeyo únicamente contaba con mil quinientos jinetes y los indiketas, con apenas cuatrocientos.

—¿Sabes quién es el segundo al mando?

—Un tal Afranio permanece siempre a su lado —respondí—. Creo que es su legado.

A Sertorio se le fue la vista al techo.

—No me suena —dijo tras rebuscar infructuosamente en su memoria. Después el gesto más distendido de aquel hombre me dijo que sus ansias de información sobre las fuerzas de Pompeyo estaban ya colmadas. Ahora llegaba el momento de las curiosidades.

—¿Cómo os habéis enterado de lo de Lauro? —preguntó tras otro intervalo.

Entonces le hablé de Asiris y de los planes de Pompeyo de sellar una valiosa alianza entre indiketas y edetanos de Lauro casando a la hermana de Estibos con Isbataris. Y de nuestra fuga al lado de la princesa indiketa, y del lamentable papel desempeñado por Perpenna en cada una de las escaramuzas. A lo cual, Sertorio esbozó una sonrisa displicente, igual que un maestro acostumbrado ya al mal rendimiento de un alumno.

—¿Y dónde está la chica ahora? —preguntó de pronto Sertorio, súbitamente interesado por la hermana de Estibos.

Placidio y yo nos miramos como dos tontos en apuros.

—Se marchó —confesé, casi con vergüenza.

—¿Se marchó? ¿Escapó? ¿Ella sola? ¿Una mujer? —Sertorio pareció más divertido, o incluso sorprendido, que disgustado con sus dos atribulados espías.

—Aproveché que Kalaitos estaba ayudándome a salir del barro para escapar corriendo —apuntó el rétor, dubitativo.

—Bueno, no importa —zanjó al fin el nursio—. Al fin y al cabo, habríamos tenido que dejarla en algún sitio. Un ejército en marcha no es lugar para mujeres.

—¿Qué va a ser de *mí* ahora? —inquirió Placidio de repente, desbaratando mi nube de desasosiego en la que una solitaria Asiris atravesaba un país plagado de peligros—. Quiero decir..., ¿qué va a ser ahora de *nosotros*? —se corrigió a sí mismo el rétor, incluyéndome en su preocupación y haciendo que la pregunta sonara menos interesada.

Sertorio se levantó como si un muelle lo hubiese impulsado.

—¿Qué quieres? —respondió abriendo los brazos—. ¿Pretendes acaso que distraiga una legión entera para hacerte llegar a Osca como si fueras un cónsul?

—Bastará con que Kalaitos me acompañe, como hasta ahora —replicó, incómodo, el griego.

—Kalaitos se queda conmigo —zanjó Sertorio—. Y tú también —añadió, consiguiendo que el rétor diera un respingo.

—¿Yo? —se sobresaltó el griego al verse de pronto arrastrado por la marea imprevisible de la guerra—. Aquí ya no te soy útil para nada —gimoteó desconsolado—. En cambio, en la academia...

Sertorio le palmeó los hombros con gesto afable.

—Te equivocas —le dijo—. Te he encontrado una nueva ocupación mientras estemos en campaña. ¿Sabes quién es Varrón?

—¿Varrón? ¿Te refieres a Marco Terencio Varrón? ¿El erudito romano? —preguntó Placidio—. Pues claro. ¿Por quién me has tomado? —añadió con un deje de indignación en el tono.

Sertorio asintió satisfecho.

—He oído que Pompeyo lo tiene a su lado como geógrafo, historiador e incluso biógrafo personal.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó un irritado Placidio.

—Quiero que tú hagas lo mismo para mí.

—¿Lo mismo? ¿Qué es lo mismo? —El rétor frunció el ceño.

—Quiero que tomes nota de lo que veas. Quiero que cuentes las batallas que viviremos. Quiero que dejes constancia de todo lo que nos ocurra. Quiero, en definitiva —dijo Sertorio, empleando un tono casi fantasioso—, que el mundo y la Historia conozcan de primera mano cómo me dejé la vida para restaurar los valores de la República en Italia.

Placidio escuchaba lo que para él eran sin duda descabellados desvaríos mascullando impropiedades y

rumiando letanías en su lengua materna.

—¿Y si no te gusta lo que escribo? —inquirió finalmente como un niño enfadado.

—Entonces te cortaré las manos y luego me haré un busto de yeso con tu cabeza —rio Sertorio mientras empujaba a Placidio fuera de la tienda.

Poco después del griego abandonaron también el *praetorium* Tarquicio Prisco y Draco con instrucciones de hacerse cargo de los ilergetes de Alorcos cuando estos se presentaran en algún momento de la noche. Ni el oficial ni tampoco el centurión habían regresado ya junto a Perpenna a las inmediaciones de Saguntum. Después de su marcha, Sertorio y yo nos quedamos solos, frente a frente.

—Supongo que estarás preguntándote para qué te he retenido a mi lado, ¿no es así? —me preguntó el general romano mirándome fijamente.

—No —le respondí—, pero imagino que será por la misma razón por la que me llevaste a Osca después de destruir Contrebia.

El que había sido dueño indiscutible de Hispania hasta hacía pocas fechas se quedó leyendo los guiños de mi rostro igual que quien juzga una pintura extraña y no sabe a qué carta quedarse.

—Eres como tu padre —dijo finalmente, mostrándome el marfil blanco de sus incisivos—. Igual de terco, igual de orgulloso.

—Eso ya me lo habías comentado antes.

—Afortunadamente también eres algo más inteligente que él. —Sertorio volvió a sonreír, pasando por alto la insolencia—. Habría dado cualquier cosa por que el viejo Ambón peleara a mi lado —rememoró pensativo—. Pero decidió ponerse en mi contra y...

—Y tuviste que matarlo. A él y a otros muchos contrebienses —dije, cerrando un círculo que ya me aburría.

Nuevos asentimientos movieron en un vaivén casi entristecido la cabeza regia del general romano.

—Y sin embargo —prosiguió—, a pesar de abrazar la causa optimate en este conflicto, es sorprendente cómo todos los celtíberos de mi ejército todavía lo veneran, aun después de muerto.

—Mi padre no entendía de política. Tan solo quería vivir tranquilo, pero tú no le dejaste —repliqué, sintiendo otra vez la quemazón de unos vinagres que creía olvidados.

Sertorio se miraba sus *caligulae* manchadas de barro mientras cavilaba, o mientras recordaba el sangriento asedio de mi ciudad natal.

—¿Sabes cuántos celtíberos hay en este ejército que me acompaña? —dijo de pronto, levantando la cabeza.

—No.

—Más de diez mil.

Los ojos me dieron la vuelta dentro de sus cuencas al escuchar la cifra, pues posiblemente ni siquiera durante las guerras celtíberas contra Roma los de mi raza habían levantado semejante cantidad de tropas.

—¿Y sabes cuántos de los hombres que acampan ahí fuera han luchado con tu padre antes que conmigo? —continuó.

—¿Con mi padre?

Sertorio asintió.

—En la batalla de Colenda, por ejemplo. Algunos incluso antes.

Otra vez negué, todavía abrumado por aquellos números.

—Más de la mitad —dijo, y se quedó admirando la expresión atónita de mi rostro—. A pesar de su fidelidad y de su inigualable bravura —continuó un abstraído Sertorio—, a veces me pregunto cuánta

fiereza serían todavía capaces de sacar de dentro si un auténtico caudillo celtíbero los mandara en el campo de batalla.

—Te quedarás sin saberlo —opuse con sonrisa cínica—. Mataste a quien mejor podía demostrártelo.

Sertorio se quedó ponderando aquellas palabras unos instantes mientras un barullo de voces se filtraba desde el exterior a través de las lonas enceradas del *praetorium*.

—Es posible —murmuró levantándose y dirigiéndose a la entrada.

El Gigante de Nursia descorrió las cortinas con una mano. Había dejado de llover y un sol raquíutico gastaba sus últimas energías antes de rendir su alma al crepúsculo. Frente a las puertas de aquella tienda de fieltro, dos cuerpos permanecían fundidos en un abrazo interminable. Uno de los celebrantes era Placidio, que rodeaba, presa de la emoción, la figura acorazada de un legionario romano. Cuando los dos personajes se separaron, todavía entre muestras de júbilo, descubrí la cara pecosa de Estibos debajo de un casco de bronce.

El abrazo entre los dos compañeros de academia quizá fue más breve, pero resultó igual de intenso y sincero. Mi amigo indiketa me estrujó con la fuerza de un auténtico soldado duramente adiestrado para la guerra. Después, los tres —alumnos y maestro— buscamos un rincón dentro de la empalizada en el que ponernos al día de nuestras respectivas peripecias.

Pocos días después de nuestra marcha de Osca, Estibos se había presentado ante Sertorio y le había pedido que lo incluyera entre sus tropas. Si los indiketas apoyaban ahora a Pompeyo —le dijo—, algo raro tenía que haberle ocurrido a su padre. Y para demostrarle que la palabra dada en su día por Turaelo seguía vigente, él deseaba defender la causa sertoriana en aquella guerra.

El rostro de Estibos apenas mudó su expresión, quizá tan solo se endureció algo, al conocer la traición de su hermano Biurtan y la muerte de su padre. En cuanto a su hermana, el joven indiketa se mostró aliviado por que hubiese podido eludir su negra suerte. «Asiris es muy capaz de valerse por sí misma», me respondió sonriendo cuando le expuse mi preocupación por ella.

—¿Te das cuenta de que quizá tengas que cruzar aceros con tu propio hermano? —le previne ante una posibilidad no excesivamente remota.

—En Hispania ya estamos acostumbrados a pelear entre parientes. ¿No te parece, Kalaitos? —me replicó con una mezcla de dolor y aplomo—. Y además, si Biurtan mató a mi padre, ya no es mi hermano, sino mi enemigo.

Desgraciadamente, Estibos tenía razón. Los romanos habían llamado «Hispania» a un país que, en realidad, nunca lo había parecido. Desde tiempos remotos, los muchos pueblos que habitábamos estas tierras habíamos guerreado por uno u otro motivo. Y todo siguió igual, más o menos, después de la invasión romana. En el asalto a Contrebia Leucade mismamente, ya habíamos luchado hispanos contra hispanos. Y a orillas del Ticer, el destino había enfrentado a indiketas contra ilergetes. Dentro de poco, los temibles celtíberos de Sertorio se verían las caras con los edetanos seguidores de Pompeyo. Así que enfrentarte a los de tu propia sangre cada vez nos iba quedando más cerca. Ahora, sin embargo, lo que a mí más me intrigaba era conocer la manera en que Sertorio pensaba contrarrestar la apresurada retirada de Perpenna y la desertión edetana. Dos graves problemas que podrían decidir el transcurso de una guerra sin haberla casi empezado. Y mientras el Gigante de Nursia rumiaba sus estrategias encerrado en su *praetorium*, Estibos me mostró los entresijos de aquel variopinto ejército.

Rhea, la cervatilla albina, fue nuestra inseparable compañera en aquellos primeros días de estancia en las montañas de la cordillera costera. El animalillo había trabado amistad con Estibos desde el primer momento y ahora nos seguía, obediente, mientras paseábamos entre miles de contubernios, rodeados de una chocante amalgama de idiomas. Dentro de aquellos cuatro muros, observé, muchos iberos de Osca —o de Bolskan— cambiaban impresiones con los recién llegados ilergetes de Alorcos. La lengua predominante en aquel campamento, sin embargo, era la mía, la celtíbera. Porque, efectivamente, Sertorio no había exagerado lo más mínimo al estimar en diez mil el número de celtíberos enrolados en sus filas. Estibos tiró de mi brazo al verme observar con ojos añorantes a aquellos duros guerreros de mi tierra.

—Pronto te acostumbrarás —me dijo, consciente de que alguna llaga todavía fresca volvía a abrirse en algún lugar de mi alma. Después, el indiketa me arrastró hacia otra zona de la empalizada donde los hombres allí acampados tenían la piel del cobre y la mirada de las comadreas.

—Son húmedas —me explicó.

—¿Húmedas?

—Hombres llegados del norte de África junto a Sertorio —me ilustró—. Tendrías que verlos en acción para creer de lo que son capaces estos hombres con un caballo y una simple jabalina.

—No me gustan sus caras —le dije—. No desearía tener que poner mi vida en manos de esos africanos.

Estibos se encogió de hombros y me guio a otro extremo del campamento.

—Estos son los veteranos de Sertorio —me dijo apuntando con la cabeza hacia unos legionarios que parecían tenerlo todo hablado entre ellos.

En el silencio estridente que rodeaba a aquellos hombres taciturnos, el único ruido permitido parecía ser el de la piedra que afila con suavidad meticulosa la hoja de la espada. A los temibles triarios de aquel ejército ya los había visto operar en Contrebia Leucade. Ya había comprobado en mis propias carnes el poder destructivo de aquellos supervivientes de la Mauritania. Unos soldados que habían combatido en las arenas ardientes de África, contra hombres de piel oscura, espadas curvas y fiereza endemoniada. Y aun así, habían sobrevivido a aquella experiencia, para seguir fielmente a Sertorio en su alocada odisea: la que lo había llevado a desafiar a la mismísima Roma con un ejército hecho a base de hispanos.

—Voy a combatir en primera línea —me anunció Estibos de repente mientras contemplábamos a aquellas tropas de élite—. Quiero ver las cosas desde la barrera de escudos. Sertorio ya me ha dado su permiso.

Un aldabonazo de sorpresa reventó mis oídos al escuchar aquellas palabras.

—¿Tú?! ¿Combatir en primera línea?!

Mi amigo indiketa asintió con aplomo.

—Ya no soy el mismo que dejaste en Osca, Kalaitos. Hay cosas... —titubeó con la mirada en el suelo — que cambian a las personas. Para siempre.

En mi cabeza se encendieron de inmediato las luces de la tragedia vivida por Estibos aquella infausta noche, cuando aquellos dos degenerados, Aufidio y Manlio, abusaron del indiketa aprovechando mi ausencia.

—Tengo que demostrarme que no soy ningún.... —A Estibos se le quebró la voz antes de poder terminar la frase.

—Ya has demostrado suficiente valor estando aquí —le dije—. Sertorio no va a pedirte que hagas

locuras.

El príncipe indiketa volvió a mirarme con ojos graves, apaciguados por el convencimiento.

—No es por Sertorio. Es por mí mismo —afirmó rotundo.

Abracé a Estibos como nunca lo había hecho; como al hermano que no tuve, o como al hijo pequeño que un padre debe proteger a toda costa. Quizá por eso, sin conocer todavía el porvenir que Sertorio había previsto para mí, ni cuándo se produciría la primera batalla, decidí que, fuera cuando fuese, mi lugar estaría junto a mi amigo: en la primera línea de escudos. Y así se lo comuniqué a Draco en la cena de aquella misma noche.

El centurión nos miró sorprendido, indeciso, tratando de averiguar las razones que impulsan a dos personas a solicitar un puesto que no suele ser muy demandado por nadie.

—No entiendo qué se os ha metido en la cabeza de repente —musitó, algo confuso—. Pero, desde luego, ambos habéis optado por la manera más rápida y fácil de conocer a los dioses. Y, si insistís, tendré que decirle a Sertorio que os ponga entre mis hombres. Mi cohorte —añadió— es siempre la primera en tentar las fuerzas del enemigo.

XXIV

Tras el apresurado repliegue de Perpenna y Herenio a Valentia y la esperada llegada de Pompeyo a Saguntum, Sertorio decidió permanecer donde estaba. Agazapado en su campamento de las montañas a apenas un par de horas de la llanura costera. Fueron cinco semanas las que ambos generales rivales emplearon en mirarse de reajo, tratando de adivinar cuándo el otro movería ficha. Un mes largo en el que ni un solo día desatendimos el entrenamiento que a todo legionario debe mantenerlo a punto para el combate.

Cada mañana, antes incluso de salir el sol, Draco nos martirizó con interminables series de saltos y carreras para tonificar los músculos, y también con machacones ejercicios de estrategia. En aquellos grandiosos despliegues en campo abierto comprobé la pericia de aquellas tropas heterogéneas para maniobrar con precisión matemática con un simple toque de trompeta. Fueron las nonas de mayo, cuando ya pensábamos echar raíces en aquellos cerros, el momento elegido por Sertorio para reducir el campamento a escombros, hacer los petates y ponernos en camino con rumbo, en principio, desconocido.

—¿No vamos a recuperar Saguntum? —le pregunté a Draco en cuanto me percaté de que la serpiente humana de la que formábamos parte viraba hacia el sur y no hacia el norte.

El centurión se rascó la cabeza con un aire fingidamente dubitativo.

—Si tú fueras general —me dijo—, ¿tratarías de conquistar una fortaleza en la que se atrincheran treinta mil buenos legionarios con un ejército de poco más de veinte mil soldados?

—No soy tan estúpido —le respondí ofendido por su tono sarcástico—. Sertorio no tiene simplemente veinte mil hombres. Perpenna y Herenio cuentan con cuarenta mil más entre los dos, y están a pocas millas de aquí. Bastaría con pedirles ayuda.

Draco me dedicó una mirada casi compasiva antes de abrirme los ojos a los secretos no escritos de las relaciones entre generales.

—¿Ayuda? —dijo lanzando una carcajada—. Sertorio no va a pedirle ayuda a nadie.

—¿No? ¿Por qué? Nosotros solos somos inferiores en número a Pompeyo. Pero si Perpenna y Herenio se nos unen, combatiremos mucho más cómodos.

Draco me dio un codazo en las costillas y después se puso a tamborilear con el índice en su propia cabeza.

—Piensa un poco, pedazo de acémila celtíbera —me dijo—. Si tú fueras general, ¿te gustaría compartir laureles con otros? ¿Permitirías que el pastel azucarado del triunfo lo probaran más bocas aparte de la tuya? —El curtido centurión apenas me dio tiempo a dedicarle a aquel intrincado acertijo una onza de pensamiento, pues enseguida añadió—: Sertorio no va a dejar que Perpenna le empañe la gloria de ser el primero en vencer al gran Cneo Pompeyo Magno.

—Pero por muy buenos que sean sus veteranos de la Mauritania —aduje sintiendo extraños

retortijones en el estómago— y muy aguerridos sus celtíberos, un enfrentamiento campal en semejante inferioridad numérica puede ser fatal para nosotros...

Draco me sonrió con serenidad apabullante, igual que un padre pidiéndole a su hijo que salte al vacío y confíe en sus brazos salvadores aunque no pueda verlos.

—Tenemos una ventaja —dijo.

—¿Cuál?

—Pompeyo no conoce todavía a Sertorio y, con toda seguridad, va a subestimarle, al menos en los primeros compases.

—Ya —respondí, hallando poco consuelo en aquellas palabras—. Pero entonces... si no vamos a pelear por Saguntum, ¿qué es lo que nos disponemos a hacer ahora?

Draco dejó que la vista se le fuera al norte, más o menos hacia donde calculaba encontrar la ciudad de Lauro, o de Edeta, que así es como la llamaban también las tribus iberas de la costa.

—Ahora vamos a hacer que el león abandone su guarida y se aventure en campo abierto —dijo, en referencia a la más que probable salida de Pompeyo de la ciudad de Saguntum en cuanto detectara nuestros movimientos en dirección a Lauro.

Vista desde fuera, Lauro se me antojó una montaña acorazada de pies a cabeza. Una ciudad con más murallas que casas. Un fortín absolutamente inexpugnable para un ejército que carece casi completamente de maquinaria de asedio. La ciudad edetana había sido diseñada en una curiosa forma de escalera, aterrazando sus empinadas laderas en una sucesión interminable de calles entrelazadas. Un auténtico laberinto de tabiques y muretes que causaría la ruina a cualquier ejército que se internara en él pretendiendo alcanzar el corazón del *oppidum*. Quizá por eso los edetanos de Lauro habían cambiado de bando sin el menor sonrojo, amparados en la seguridad que les inspiraba la solidez y altura de sus muros. Atreviéndose incluso a mofarse de sus sitiadores desde sus imponentes balcones de piedra y roca.

Inmune a aquellas burlas, Quinto Sertorio hizo formar a sus veinte mil hombres a las mismas puertas de la ciudad. Para emplear con aquellos iberos desleales la misma parafernalia intimidatoria que había exhibido en Contrebia Leucade. Después se acercó a los rebeldes con un *pilum* en el que había ensartado una bandera blanca.

—¡Isbataris! —demandó con voz de trueno a poco más de un tiro de flecha de aquellos muros—. ¡Sal y habla conmigo sin miedo!

El general romano clavó la lanza en la tierra y dejó que aquel trapo blanco ondeara sus buenas intenciones mientras él rebuscaba entre sus ropas.

—¿Ya no recuerdas el día en que sellamos nuestro pacto? —preguntó a voz en cuello mostrando una estatuilla de bronce—. ¡Todavía podemos arreglar las cosas! —se desgañitó agitando en el aire la tésera de amistad de la que Isbataris renegaba ahora.

Una tupida lluvia de flechas fue la única respuesta desde la ciudad sitiada. Unos virotos de hierro y hueso que fueron a clavarse a tres palmos del general romano.

Sertorio, sin embargo, no se inmutó. Se quedó mirando aquellos dardos hundidos a los pies de su montura con aire defraudado. Entonces se llevó dos dedos a la boca y emitió un estridente silbido. Rhea, la cervatilla albina, apareció segundos después, corveteando como un perrillo faldero.

—¿Queréis escuchar la voz de Baraeco? —gritó hacia el gentío concentrado en las empalizadas de la muralla—. ¿Queréis saber qué suerte guarda para vosotros?

Los gritos y las mofas cesaron como por ensalmo al citar un nombre que yo, al menos, jamás había escuchado.

—¿Quién es Baraeco? —le pregunté a Draco, que presenciaba la escena a mi lado.

—Es nuestro dios protector de las ciudades amuralladas.

—¿Para eso también tenéis dioses? —le dije sorprendido.

—¿Vosotros no? —Draco me miró con sorna—. No me extraña que ya no queden en pie fortalezas celtíberas —añadió escupiéndolo en el suelo.

Sertorio se había quedado momentáneamente mudo, con la cabeza alzada a los cielos, presa de algún extraño trance. Hasta que Rhea profirió un curioso bramido y el intérprete de los dioses abrió su único ojo sano.

—¿No habéis entendido? —preguntó volviéndose hacia unos rostros repentinamente expectantes—. No importa —asentó levantando el brazo—. Yo os traduciré sus palabras.

En la ciudad de Lauro, la curiosidad por conocer el contenido de los balidos de Rhea había acallado las burlas y los insultos.

—Dice que Pompeyo sufrirá ante vuestros ojos la primera derrota de su carrera —afirmó Sertorio casi con indiferencia.

Un murmullo de admiración escapó de las almenas de Lauro al escuchar tan negros augurios para su aliado romano, aunque a renglón seguido se oyeron también varias carcajadas.

—Igualmente afirma que perderá la mitad de su ejército a los pies de Edeta, porque esta es ahora una ciudad maldita —prosiguió el nursio antes de que las risas ganaran más terreno a los lamentos—. ¡Con su traición —tronó ahora Sertorio—, Isbataris ha provocado la ira de los dioses! ¡Y por su culpa, todos pagaréis por ello! ¡Ese es el destino que Baraeco guarda para vosotros!

Una voz imperiosa ordenó a los arqueros de la muralla disparar otra andanada de flechas.

—¡Más lejos! ¡Con más fuerza! —rabió seguramente Isbataris al comprobar que la lluvia de saetas volvía a quedarse corta.

Sertorio ya no perdió más tiempo apelando a la furia de los dioses. Ni a amistades defraudadas, o a juramentos de *devotio* conculcados. Con un simple gesto de la cabeza nos mandó instalar el campamento a poco más de dos estadios de una ciudad que no íbamos a poder tomar de ninguna manera. Y que, sin embargo, podía causarnos graves problemas.

—Si Pompeyo se entera de que hemos acampado tan cerca de Lauro —le dije a Draco sin ocultarle mis temores—, podría intentar un ataque fulminante en el que sus aliados edetanos nos acosaran por la retaguardia.

—Eso es lo que busca Sertorio —me respondió tan tranquilo mi instructor militar.

—¿Sertorio pretende que nos pillen en una encerrona en la que podría perder todo su ejército?!

—Pero qué tonto eres... —se desconsoló Draco—. Sertorio quiere que Pompeyo piense que las cosas podrían ser *así* de fáciles.

En aquel instante, casi con las últimas luces de día y mientras trabajábamos en la construcción del campamento, dos jinetes edetanos desafiaron a la diosa Fortuna a lomos de sus monturas. Iniciando una loca cabalgada hacia el sur, rumbo a Saguntum, con un mensaje claro para nuestro enemigo.

—¿No vamos a perseguirlos? —le pregunté a Draco, extrañado por la pasividad de nuestros mandos.

—¿Para qué? —me contestó riendo—. ¿Quién mejor que un mensajero edetano para hacerle llegar a Pompeyo las noticias que nos convienen?

A decir verdad, el Gigante de Nursia no solo permitió a los jinetes avisar de nuestra llegada. También

les dejó traer la pronta respuesta de Pompeyo. Al día siguiente, poco antes del mediodía, los mismos hombres regresaron de Saguntum al galope tendido y se colaron sin ser hostigados entre el laxo círculo de tropas sertorianas que vigilaban el *oppidum*.

Draco, Prisco y yo presenciábamos junto al propio Sertorio toda la maniobra desde un montículo situado al oeste de la fortaleza edetana. Desde allí también escuchamos las nuevas burlas y rechiflas de unos edetanos que parecían haber olvidado ya los funestos designios de su dios Baraeco. Según nos gritaron entre risas, Pompeyo los alentaba a tomar asiento en las almenas con una jarra de *caelia* fría para presenciar desde allí un espectáculo digno de un circo romano: la destrucción completa de un ejército y la muerte de todos sus oficiales, incluido Sertorio.

Vi al Gigante de Nursia esbozar una sonrisa ladina mientras contemplaba a aquellas gentes vociferantes.

—Draco me ha dicho que Estibos y tú queréis estar en su cohorte —me dijo volviéndose a mí cuando se hartó de escuchar improperios.

Asentí sin el menor atisbo de duda, ante lo cual Sertorio se quedó cavilando unos instantes. Analizando quizá las posibles consecuencias de aquella decisión. Tal vez imaginando ya el estruendo metálico de voces y armas. Y el amasijo sangriento de cincuenta mil hombres enzarzados en una lucha sin cuartel ni escapatoria.

—¿Estás seguro de que quieres pelear ahí abajo? —insistió apuntando a la amplia hondonada con el dedo.

—Quiero estar al lado de mi amigo —le respondí.

—No podrás protegerlo, si es lo que piensas —me advirtió mientras recorríamos a caballo la aplanada meseta de aquel montecillo—. Bastante harás si logras evitar tu propia muerte.

—Ya lo sé.

El general romano volvió a escrutar-me con aire grave. Pensativo, preocupado incluso. Su mano férrea se posó firme en mi hombro.

—Yo había pensado para ti una tarea distinta. Otro futuro.

—¿Cuál?

—Había pensado nombrarte *optio*.

—¿*Optio*?

Sertorio asintió sin dejar de mirarme. Un extraño brillo con tintes paternales empañaba su ojo bueno. Como si aún confiara en hacerme desistir de mi idea.

—Quiero que seas el ayudante de Draco. Al menos durante un tiempo —dijo.

—No necesito más paga —respondí con sarcasmo, pues ambos sabíamos que ninguno de los alumnos de la academia recibía emolumento alguno—. Prefiero ser un simple legionario.

Una sonrisa forzada arrugó la boca de Sertorio al tratar de pasar por alto mi impertinencia.

—Lo único que pretendo es que aprendas un par de cosas sobre guerras y batallas —todavía arguyó el general romano.

—Voy a aprender lo mismo peleando en la barrera de escudos al lado de Estibos —repuse con terquedad celtíbera.

Sertorio ya no trató de persuadirme. De un brusco tirón en las riendas hizo girar a su montura y prosiguió su inspección del tupido altozano que dominaba toda la campa de Lauro. Deteniéndose en algunas cornisas desde las que observaba en silencio el campo de batalla en el que su ejército trataría de vencer al de Pompeyo. En varias ocasiones le oí cruzar algunos comentarios con Prisco y Draco, aunque

apenas fui consciente de sus palabras. Mi cabeza era una marmita donde bullía un solo pensamiento: ¿por qué ese afán repentino por apartarme de los peligros? O dicho de otra manera: ¿por qué razón mi vida parecía preocuparle a Sertorio bastante más que la de Estibos? Esa era la pregunta que me perseguía y a la que solo el tiempo daría respuesta, si es que lograba sobrevivir a la batalla de Lauro, evidentemente.

—General... —le dije cuando regresábamos al campamento.

—¿Qué ocurre, Kalaitos?

—¿No crees que habría sido más procedente colocar nuestro campamento allá arriba —le sugerí, apuntando con el dedo hacia el montículo que habíamos recorrido durante más de una hora—, o, cuando menos, asegurar el cerro con varias cohortes y algunos onagros? Si a Pompeyo le da por apostar una sola legión en esas laderas —insistí—, nos habrá cortado toda opción de retirada.

El general romano ni siquiera echó la vista atrás para comprobar si mis palabras tenían el más mínimo fundamento o eran simples fabulaciones de un aficionado a la estrategia.

—Si al menos fueras un *optio* —me reprochó sin mirarme—, quizá me molestara en escuchar tus sugerencias. La labor de un soldado, sin embargo, no es la de pensar, sino la de pelear cuando se lo ordenen. Hasta la victoria o hasta la muerte. Y eso es lo que tú has elegido.

Sertorio espoleó a su caballo y se llevó tras de sí a Tarquicio Prisco y a Draco en una frenética galopada a través de la campa edetana. Yo los seguí a cierta distancia para no empeorar las cosas. Porque el general romano, me pareció, nadaba todavía en el estanque siempre ácido del resentimiento. Y además, su atención estaba puesta en un punto no muy lejano de la muralla, donde varios soldados se inclinaban sobre un cuerpo postrado en el suelo.

Placidio se retorció de dolor mientras se cubría la cabeza con unas manos cubiertas de sangre. En su afán por cumplir con sus nuevas tareas de historiador y cronista, el sabio griego se había acercado tanto a las almenas de Lauro que un hondero enemigo le había abierto el cráneo de un certero cantazo. Sertorio agarró al rétor por el cuello y lo levantó de un solo tirón, sin atender a sus lamentos ni al manantial rojo que escapaba de su frente maltrecha.

—¿Qué diablos pretendías hacer?! —le preguntó zarandeándolo sin misericordia—. ¿Tomar la ciudad tú solo?

El griego se tambaleó un par de pasos antes de recuperar el equilibrio y mirar a sus agresores con ademán desafiante. Después recobró el aire grave de los pensadores.

—Un historiador no debe escribir «de oídas», si puede evitarlo —asentó—. Solo estaba preguntándoles a los edetanos qué los había llevado a pasarse al bando optimate.

—Muy bien —lo felicitó Sertorio mientras abría el cofre de su sarcasmo—. Ahora, en cuanto veas llegar a Pompeyo, sales corriendo y le preguntas qué táctica va a utilizar para atacarnos. Dile que te lo explique por el bien de la Historia.

El león enjaulado, es decir, Pompeyo, abandonó finalmente su escondrijo en Saguntum al amanecer de las calendas de julio, haciendo el recorrido que lo separaba de nosotros con escalofriante parsimonia y plantándose en las inmediaciones de Lauro dos días más tarde. Todos sus progresos los fuimos siguiendo gracias a nuestras patrullas de vigilancia, que nunca habían cesado de peinar la zona. Pero aun

sin ellas, no habríamos tenido problema alguno para enterarnos de su llegada. Porque en cuanto ventearon la proximidad de su aliado y protector, las mofas y desplantes de los edetanos de Lauro se multiplicaron.

Desde sus muros inalcanzables los súbditos del rey Isbataris se pasaban un dedo por el cuello para hacernos ver la suerte negra que nos esperaba. Muchos habían afilado estacas con las que decían que iban a rematar a nuestros soldados agonizantes una vez terminada la batalla. Algunos llegaron incluso a aliviarse la vejiga desde las almenas para que viésemos el miedo que tenían de nuestro ejército. El número final de aquel teatro premonitorio consistió en la exhibición de un perro vestido con atuendo romano al que habían pintado el nombre de Sertorio con letras blancas sobre el lomo. Tras pasearlo de aquella guisa ante nuestros ojos, el animal fue ahorcado arrojándolo al vacío con una cuerda ceñida al cuello.

El Gigante de Nursia observó todos los desaires sin inmutarse, como si aquel grotesco espectáculo no fuera con él ni con su ejército. Sin dejarse arrastrar por una cólera estéril que únicamente nos habría llevado a malgastar proyectiles de catapulta sobre unas murallas graníticas. En lugar de eso, Sertorio nos mandó atar una cinta blanca sobre el casco y pintar los escudos del mismo color, con el fin de distinguirlos del rojo bermellón que traían las tropas enemigas. «En la vorágine de la batalla —me ilustró Draco—, no hay mucho tiempo para pensar, y uno no puede estar pendiente de reconocer a quién tiene enfrente antes de intentar sacarle las tripas. Es mucho más fácil atenerse a la idea de que todo aquel que sujete un escudo rojo o no lleve un penacho blanco en la cabeza está mejor muerto que vivo». Draco también nos hizo escribir nuestro nombre con tinta negra en el envés del escudo.

—Según cómo sean las heridas —me explicó con la naturalidad de un enterrador avezado—, en ocasiones no es sencillo reconocer a los muertos, y hemos de hacerlo por el escudo al que siguen aferrados.

Obviamente, desde que Estibos y yo expusimos nuestras intenciones de combatir como legionarios, Draco nos había alojado en otro contubernio distinto al que hasta entonces habíamos compartido con él mismo y con Placidio. Ahora, el indiketa y yo dormíamos, nos levantábamos, comíamos, nos ejercitábamos, íbamos a las letrinas y nos volvíamos a acostar al lado de los hombres a cuyos flancos formaríamos en la primera línea de escudos. Draco dijo que cuanto mejor conoce uno a sus compañeros de manípulo y más vínculos establece con ellos, más opciones de supervivencia se tienen a la hora de la verdad. Él mismo, sostuvo, era capaz de saber cuándo uno de aquellos hombres iba a tirarse un pedo con solo mirarlo a la cara.

Cuatro de aquellos hombres eran de mi raza; los dos restantes pertenecían a la caballería vaccea, un pueblo cuya cercanía los celtíberos soportábamos sin demasiados problemas. A los iberos, en cambio, Sertorio prefería tenerlos separados, acampados entre los temibles triarios y los nómidas. Porque en lo tocante a pueblos hispanos, el Gigante de Nursia conocía de sobra nuestras rencillas y nuestros ancestrales recelos.

XXV

La hora de la verdad pareció llegar en las nonas de julio. Aquella mañana, el montículo que días atrás habíamos inspeccionado se despertó plagado de legionarios pompeyanos desplegados en orden de combate por sus laderas. Nada más verlos, el rugido de los edetanos apostados a nuestras espaldas rebotó en los cerros colindantes y retornó segundos después hasta nosotros transformado en un ronco estertor de muerte.

Poco a poco, parte de aquella marea roja fue bajando de las alturas y ocupando su espacio en la planicie donde ambos ejércitos medirían sus fuerzas. A pesar de la hora tan temprana, las cohortes sertorianas llevábamos un buen rato formadas en la campa reseca de Edeta. Inmóviles, impasibles, dando la espalda a los muros expectantes de Lauro. Desoyendo los insultos de sus gentes, despreciando la amenaza de un ataque por sorpresa.

Mientras esperábamos, me imaginé a Pompeyo contemplando desde algún risco cercano el escenario previsto para la batalla. Un panorama inmejorable, si no perfecto, para defenestrar al general rebelde que pretendía dominar Hispania. A retaguardia de su rival, a menos de dos estadios de distancia, se levantaba una ciudad aliada con miles de guerreros dispuestos a abrir sus puertas y derramarse sobre las filas enemigas cuando la ocasión fuera propicia. Al este, unas espaciosas playas en las que acorralar y alancear a quienes resultaran desbandados. A Poniente, una pequeña montaña cuya defensa Sertorio había desestimado y que ahora podía convertirse en una necrópolis gigantesca.

—¡Ahí están! —le grité a Draco cuando pasó cerca de nosotros—. ¡En la ladera de esa montaña! ¡Le advertí a Sertorio que ese monte sería clave en la batalla y no me hizo caso! —añadí con rabia, como si él pudiera hacerle llegar mi reproche al general romano.

—¡Cállate la boca, si puedes! —me escupió el centurión, exasperado—. ¿No ves que estoy trabajando?! —bufó al verse interrumpido en lo que tenía todos los visos de ser un auténtico ritual de guerra.

Draco recorría a grandes trancos todos y cada uno de los estrechos pasillos que separaban las líneas de su afamada cohorte en una inspección de última hora. Y mientras lo hacía, mezclado entre aquel hervidero de hombres acorazados, iba llamando a cada soldado por su propio nombre. A voz en cuello. Ahuyentando dudas. Matando miedos. Insuflando ánimos a quienes parecían necesitarlo.

—¡Arbiskar, ¿estás bien?! —le dijo a un ibero enorme.

El soldado parpadeó su asentimiento con semblante hermético.

—¡Con dos cojones! —le gritó Draco asestándole un puñetazo de aliento en el pecho—. ¡Que se note de dónde eres! ¡Elandus, ¿preparado?! —vociferó, casi rozando la cara crispada de otro legionario.

Otro cabeceo rápido. Otra palmada en la coraza. Otro exabrupto alusivo a la hombría de los hispanos. Y así cientos de veces, en un zigzaguo frenético por unos corredores imprescindibles para que un soldado pueda manejar el brazo sin obstáculo. Y sin riesgo de herir de un mandoble a otro compañero.

—¡Estibos! —exclamó cuando nos llegó el turno—. ¿Estás listo?!

Ni una sola voz salió de la garganta de mi amigo. Ni siquiera un suspiro. Ni un gesto que denotara un soplo de vida dentro de aquel cuerpo atenazado por el miedo.

—¿No me has oído, soldado?! ¡Te he hecho una pregunta! —le escupió Draco a la cara—. ¡Maldita sea! —El centurión zarandeo al indiketa como a un espantajo inservible—. ¡Me dijiste que querías pelear en primera línea! ¿Ya no te acuerdas?! ¡Esto es la primera línea, montón de mierda indiketa! ¿Qué es lo que esperabas?! ¿Un prado lleno de vírgenes esperándote con las piernas abiertas?!

Estibos trató de responder. O de reaccionar de algún modo, pero el único sonido que escapó de su pecho fue el temblequeo delator de las láminas metálicas de su armadura.

—¡Tienes dos segundos para pensarlo mejor y salir corriendo de mi cohorte como una niña asustada! —lo urgió un furibundo Draco—. ¡No quiero que alguien como tú provoque huecos en mis líneas a las primeras de cambio!

Aunque las normas no lo permitían, giré la cabeza y contemplé a Estibos con detenimiento. Su cara descompuesta mostraba el color lechoso del pánico. Y sus ojos extraviados, los abismos insondables de la locura.

—¡Déjalo en paz! —le insté a Draco volviendo mi vista al frente, hacia las tropas pompeyanas ya dispuestas.

—¡Que lo deje en paz! —se enervó el centurión sertoriano—. ¿Quién cubrirá tu flanco izquierdo si este cobarde no es capaz de levantar la espada?! ¿Te has puesto a pensarlo, imbécil?!

—Todo irá bien. No te preocupes —reliqué, tratando de aplacar la ira de un centurión desquiciado—. Estibos sabrá comportarse cuando empiece el baile.

Draco había dejado de gritar, y nos miraba como a dos muertos vivientes. Como a dos extrañas criaturas que despertaban en él una paradójica mezcla de sentimientos: pena, irritación y asombro.

—Son vuestros culos los que están en juego —dijo en tono más pausado, más sombrío. Más convencido de que nuestra experiencia en primera línea sería efímera como la vida de un gusano—. Procura al menos —añadió dirigiéndose solo a mí— que Estibos aguante en pie el primer topetazo.

Dos toques de trompeta marcaron el inicio del avance enemigo. *Grosso modo*, estimé en tres legiones completas las fuerzas que estaban ocupando todo el ancho de la campa edetana. Una más formaba en segunda línea mientras que otra de reserva esperaba su turno para entrar en acción sobre el montículo de Poniente. Eso es lo que Pompeyo había juzgado suficiente para aplastar a su contrincante romano. Lo cual hacía suponer que una sexta legión guardaba el campamento, si es que el general optimate había traído todos sus efectivos desde Saguntum.

Miré a mi alrededor desde mi puesto en el ala derecha y comparé la potencia de choque de ambos bandos. Un escalofrío me recorrió la espalda por debajo de mi cota de malla al sentirme tan pequeño y vulnerable. La diferencia de tamaño entre los dos ejércitos era tan apreciable que hasta un profano como Placidio habría reparado en ello sin necesidad de ayuda. Al rétor me lo imaginé encaramado sobre un taburete, fisgando por encima de la empalizada, tiritando de miedo mientras tomaba apuntes para su crónica sobre la batalla de Lauro. La primera en su corta vida de historiador grecolatino y quizá la última, si la perdíamos.

—¿Por qué no nos movemos? —me preguntó Estibos, rompiendo repentinamente su mutismo—. ¿Por qué no avanzamos como hacen ya ellos?

No le respondí. Sertorio iba a hacerlo por mí. El general romano había aparecido en escena, montando su caballo tordo. Ataviado con una coraza musculada bruñida como el oro y un precioso casco con el penacho blanco, igual que nuestros escudos.

—¡Hijos de Hispania! —nos gritó, encabritando a su montura delante de sus tropas—. ¡Ha llegado el día más esperado! —bramó mientras desfundaba su *gladius*—. ¡Este es el momento de demostrar quiénes sois y para qué me habéis seguido hasta estas lejanas tierras!

Un ronco clamor hizo vibrar las gargantas de miles de guerreros hispanos.

—¿Qué conseguiremos hoy?! —nos preguntó el Gigante de Nursia a voz en grito.

—¡La victoria! —contestó al unísono una andanada de voces.

—¿Por qué luchamos?!

—¡Honor y libertad!

—¡Los dioses os bendicen! —tronó el general romano—. ¡Honor y libertad! —repitió agitando su *gladius*.

El caballo de guerra de Sertorio todavía nos regaló varias cabriolas mientras aquellas dos palabras mágicas restallaban en nuestros oídos como truenos lanzados por Tarannis. Después, el hombre que había osado desafiar a Roma se apresuró a ocupar su puesto en el ala derecha, no muy lejos de donde Estibos y yo pelearíamos por nuestras vidas.

Un sordo retumbar de escudos contra espadas inundó de estrépito nuestras filas mientras esperábamos al enemigo; mientras los soldados de una Hispania desconocida y aparentemente solidaria convocábamos a los dioses de la victoria antes del combate.

Cuando el estruendo de las armas se apagó y solo el avance demoledor de quince mil legionarios enemigos flotaba en el aire, escuché la voz de Sertorio dirigiéndose a Draco.

—¿Ese es Pompeyo? —le dijo apuntando con la espada al jinete empenachado que mandaba el flanco izquierdo enemigo.

Vi al centurión hacer visera con la mano y aguzar la mirada.

—Creo que es Afranio —respondió.

—¡Mierda! —masculló Sertorio entre dientes al darse cuenta de que el enfrentamiento directo con su mortal enemigo no sería posible esta vez—. Ya no hay tiempo de cambiar las cosas —se lamentó.

Los auxiliares indiketas de Biurtan surgieron de improviso de la nada, deslizándose como culebras escurridizas por entre los corredores que las treinta cohortes enemigas todavía dejaban libres. Todos traían el brazo cargado y la mala saña en los ojos, conscientes de que nosotros no íbamos a desbaratar la formación para salirles al paso.

—¡*Scuta!* —ladraron al unísono los cincuenta y nueve centuriones de cada legión sertoriana cuando la lluvia de venablos ya oscurecía el cielo.

Aquellos venablos nos trajeron los primeros impactos y también los primeros gritos de agonía. Aunque lo peor llegó cuando bajamos los escudos y miramos al horizonte. Entonces nos percatamos de las maniobras recién iniciadas por el enemigo.

Pompeyo había enviado a sus fuerzas de auxiliares indiketas por delante, en una práctica habitual entre romanos. Pero a la vez había ordenado desplegarse a sus cohortes de *bastati* y *principes* por las laderas del montículo situado a Poniente. Formando una línea de combate que ocupaba toda la campa de Edeta. Un frente compacto, profundo, contundente. Interminable.

Sertorio quiso igualar la anchura extraordinaria de aquella muralla humana y, para ello, envió a sus *tesserarii* con órdenes precisas para los centuriones de cada cohorte. Sin embargo, al terminar las

maniobras, todos contemplamos, consternados, la dramática desproporción de medios. El frente enemigo seguía siendo casi doble en extensión que el nuestro. Además, la profundidad de sus filas alcanzaba los ocho hombres en fondo mientras que la nuestra, a pesar de abarcar menos campo, apenas llegaba a los cuatro en algunos lugares.

—¡Nos coparán por las alas en cuanto lleguen! —me gritó un aterrado Estibos—. ¡Acabaremos rodeados, Kalaitos! ¡Será una masacre!

Como si hubiera escuchado aquellas voces de alarma, Sertorio envió urgentemente a Draco al flanco izquierdo con un claro recado para Prisco: las líneas debían ser estiradas hasta abarcar la misma anchura que las tropas de Pompeyo. Como fuera. De manera inmediata. Adelgazando incluso la profundidad de nuestro frente hasta extremos impensables. Y mientras tanto, los indiketas de Biurtan seguían acercándose con sus *caetra* y falcatas dispuestos.

Tarquicio Prisco apenas necesitó cruzar dos palabras con Draco. Al instante, el oficial sertoriano hizo sonar el cuerno con el fin de alertar a los hombres para un nuevo movimiento. Después envió a un *signifer* con las águilas y los estandartes hasta el punto límite que deberían alcanzar nuestras cohortes. Tras el obligado desdoble, la profundidad de nuestras filas se redujo a únicamente tres hombres en fondo, en el mejor de los casos. Así es como tendríamos que hacer frente al enemigo. A los hombres que venían de arrasar la Galia. Con menos recursos. Con menos descanso. Con la incertidumbre de averiguar sobre la marcha si tres soldados hispanos valdrían más que ocho legionarios itálicos. En ese instante, Sertorio lanzó a los ilergetes de Alorcos al campo de batalla.

El enfrentamiento de las tropas auxiliares de ambos bandos fue bronco, despiadado y rápido. Un apresurado ajuste de cuentas que ambas tribus iberas tenían todavía pendiente desde el río Ticer. Una confrontación sin reglas, sin cuartel ni apenas estrategias. Una cruenta refriega entre hispanos donde unos y otros se acuchillaron con saña. Con una rabia vieja que únicamente se da entre vecinos o hermanos mal avenidos.

Sendos toques de trompeta despejaron la campa de Edeta de tropas auxiliares, dejando sobre la tierra centenares de cuerpos inmóviles o en vías de estarlo. Ni indiketas ni ilergetes habían logrado finalmente romper las filas del contrario para proseguir después su avance contra la infantería pesada que esperaba a menos de medio estadio. Pero así son las cosas cuando las fuerzas están niveladas y los odios son parejos.

Miré a Estibos tras recibir, por fin, la orden de iniciar el avance. El indiketa también fijó en mí sus ojos oscuros. Ambos sabíamos que quizá aquella fuera la última oportunidad para todo. Para dedicarnos un último guiño entre amigos, una sonrisa cómplice o unas palabras de despedida.

—Tu padre habría estado orgulloso de ti —le dije—. Piensa en él y en nada más mientras pelees. Que los dioses te protejan.

Estibos asintió. Su mirada estaba clara, libre de los velos opacos del miedo. El escudo lo mantenía a la altura reglamentaria y los nudillos de su mano derecha aparecían blancos de tanto apretar el astil de su *pilum*. Después seguimos marchando en silencio, con los ojos puestos en la marea roja enemiga. Pisando el suelo con decisión para que los soldados de Pompeyo sintieran también en sus cuerpos el latido imparable de nuestra fuerza. Y, sin embargo, aún manteníamos la espada en su funda, porque antes de empezar la batalla todavía debíamos conjugar el primer peligro que precede a toda confrontación entre legiones.

—¡Tortuga! —tronó Draco cuando vio al enemigo preparando sus *pila*.

Esta vez, el impacto de las pesadas lanzas romanas hizo temblar nuestra formación defensiva, matando

a algunos hombres e hiriendo a otros. Estibos, observé acuclillado bajo el parapeto de escudos, había salido indemne del lanzamiento, no así el compañero que protegía su flanco izquierdo. El soldado hispano se retorció en el suelo con el hombro atravesado.

—¡Arrancad esas lanzas de los escudos! ¡Rápido! —vociferó Draco cuando comprobó que las legiones de Pompeyo solo portaban un *pilum* por soldado

—. ¡Preparados! —rugió a los pocos segundos—. ¡Lanzad! ¡Vamos, lanzad ahora!—gritó cuando la distancia entre los dos frentes era tan escasa que podíamos distinguir las muecas y gestos de los legionarios optimates.

Nuestra descarga resultó mucho menos tupida pero sí más violenta dada la cercanía. Una proximidad casi extrema que nuestros centuriones habían buscado con una intención muy clara: no concederle tiempo al enemigo para librarse de unos proyectiles pesados como columnas de plomo. Diseñados para atravesar armaduras y matar hombres. O, en su defecto, clavarse en su escudo y convertirse en incómodas rémoras.

—¡Cargad contra ellos! ¡A la carrera! ¡Ahora! —rugió Draco desde su puesto en el ala derecha.

Vociferando como dementes, aullando igual que lobos, escupiendo muerte en cada grito, nos lanzamos contra unos hombres lastrados por los impactos de nuestros *pila*. Unas lanzas astifinas con puntas de hierro que habían cedido al peso de sus gruesos mangos y ahora arañaban el suelo igual que arados insidiosos. Molestando, perjudicando gravemente los movimientos. Obligando a un sobreesfuerzo al soldado que pretende mantener el escudo a la altura de los ojos.

El impacto contra las líneas enemigas resultó brutal, atronador. Un cataclismo metálico que debió de ser escuchado por el mismo Vaélico desde su trono de fuego. Un momento crítico para el que Draco nos había aleccionado muchas veces. Enseñándonos a poner el alma en el primer embate, a empujar como bestias del inframundo y a utilizar artimañas de soldado viejo.

—¡Pisad esas lanzas! —lo oí gritar a mis espaldas—. ¡Vamos, pisadlas con fuerza! ¡Forzadlos a bajar los escudos!

Mientras pisoteaba con furia uno de aquellos astiles de madera, miré de reojo a Estibos. Me pareció que había recuperado la calma y la confianza. Al menos las necesarias para continuar vivo unos minutos más. El indiketa estaba siguiendo al pie de la letra el metódico protocolo de destrucción y supervivencia tantas veces practicado en los campos de Osca. Lo mismo que yo procuraría hacer también con el soldado que tenía delante.

Un legionario igual de pertrechado que yo y posiblemente más veterano, a juzgar por las arrugas que surcaban su rostro, se parapetaba detrás de su escudo oblongo. Haciendo denodados esfuerzos para taparse con él correctamente. Abrumado por el repentino lastre de dos *pila* ensartados cerca de su umbo. Descuidando lamentablemente sus tareas de ataque. Tratando de esquivar una muerte que le llegó rauda, silenciosa, sibilante, de un tajo cruzado en pleno rostro.

La barrera de escudos pompeyana no se rompió por aquella baja. De hecho, no cedió un solo paso. Un soldado de la segunda fila ocupó el puesto del soldado caído y el frente volvió a estar como al principio: denso, espinoso, impenetrable. El nuevo combatiente era algo más joven que su compañero muerto. Como él, habría cruzado la Galia peleando contra ejércitos de fieros indígenas que descenden de las montañas en hordas alocadas. Pero, por lo que vi, nunca se había enfrentado a rivales realmente adiestrados para una batalla organizada. Para una carnicería planificada. O quizá no había tenido un instructor tan bueno como el mío. De lo contrario habría sabido al dedillo la primera lección que debe conocer un buen legionario: mira siempre los ojos de tu contrario, porque en ellos anida el secreto de su

siguiente estocada.

Aquel hombre murió sin ver mi rostro, pisoteando sus propias tripas después de apenas dos golpes de tanteo. Un segundo más tarde, otra cara distinta me escrutaba por debajo de su visera de bronce. En esta ocasión, las cosas pintaron distintas desde el principio. Los lances de aquel *bastatus* fueron más arteros y sus golpes de umbo, más contundentes. Aun así, pronto descubrí en su estilo de combate un vicio muy peligroso que Draco trataba de corregirnos a toda costa. Las acometidas en un espacio tan apretado han de ser cortas, directas y rápidas; sin ningún tipo de alardes ni descuidos. «Se mata con el cuerpo, no con el brazo», solía afirmar Draco para hacernos entender las premisas de una estocada efectiva. Aquel *bastatus* pompeyano, sin embargo, empujaba y se retiraba, alargando demasiado el brazo cada vez que intentaba alcanzarme. Por eso acabó con la muñeca cercenada casi sin enterarse.

Escuché el silbato de un centurión cercano indicando el relevo de filas antes de poder rematar a mi oponente. Con un estudiado giro de cintura, siempre sin descuidar la guardia, dejamos paso a quienes debían seguir manteniendo la lucha en los próximos compases. Para entonces, los hombres de Pompeyo habían rotado ya un par de veces. La densa profundidad de sus filas permitía a sus legionarios dar un paso atrás y descansar cada cinco minutos. A nosotros, en cambio, nos tocaba trabajar el doble.

Estibos jadeaba a mi lado. Sudoroso, alerta, cubierto —como yo— de sangre ajena, o quizá propia. Pero vivo.

—¿Estás herido?! —le grité en medio de aquel tumulto infernal.

El indiketa hizo un signo negativo con la cabeza mientras se limpiaba la cara.

—¡Creo que no! ¿Y tú?!

—¡Estoy bien! ¡Estoy vivo! —respondí a voz en grito, secándome la palma de la mano derecha para que la empuñadura de la espada no resbalara demasiado cuando tuviera que volver a lanzar tajos.

Veinte veces, quizá treinta, Estibos y yo nos miramos a la cara y nos hicimos las mismas preguntas, y repetimos también los mismos gestos automáticos en cada una de las ocasiones en que nos tocó descansar en segunda línea.

—Me muero de sed —se quejó el indiketa en uno de aquellos desquiciantes recesos tras más de una hora de cambiar cuchilladas.

A mí también me ardía la garganta bajo un sol matinal que había ido convirtiéndose poco a poco en un enemigo más al que tendríamos que vencer para salvar la vida.

—No te preocupes por eso ahora —traté de distraerlo antes de que la tortura de la sed pudiera nublarle las ideas—, lo estás haciendo muy bien, Estibos.

El indiketa asintió y se limpió la frente de polvo, sudor y sangre. Después volvió la cabeza al sentir ruido metálico a nuestras espaldas. Era Draco el que se acercaba, pasando trabajosamente a través de nuestras escasas pero apretadas filas. Su espada rezumaba tanta sangre como las nuestras. Su ademán era la viva estampa de la urgencia.

—¡Sertorio te quiere en el ala izquierda! —me gritó al oído.

—¿Qué?!

—¡Sertorio quiere que vayas cagando leches al flanco izquierdo! —repitió sacándome de la fila de un empujón—. ¡Yo ocuparé tu sitio! —añadió mientras se colocaba al lado de Estibos.

Con la espada ya enfundada busqué a Sertorio en su puesto de mando. No lo encontré en el ala derecha. Ahora era Prisco quien dirigía nuestras cohortes de tropas eminentemente iberas.

—¿Qué ocurre?! —le grité a Draco, todavía sin moverme.

—¡Son los celtíberos! —respondió—. ¡Se están rajando!

—¿Rajando?! ¿Los celtíberos?! —le pregunté incrédulo.

—¡El enemigo ha empezado a abrir brecha en su formación! ¡Prisco no ha podido hacerse con ellos, y me temo que Sertorio tampoco va a conseguirlo! —se lamentó el centurión—. ¿Quieres darte prisa de una puta vez?! —añadió fulminándome con ojos inyectados en sangre—. ¡Si consiguen rodearnos, no va a haber sitio en Letavia para tantos hispanos muertos!

Salí de la formación igual que Draco había entrado en ella. Restregando mi armadura ensangrentada entre las de otros compañeros que mantenían las filas bien apretadas. Y la batalla de Lauro todavía viva. Entonces tiré el escudo para poder correr más deprisa.

En mi camino hacia el ala izquierda pasé junto a los temibles triarios de la Mauritania. Una calma paradójica, anacrónica, casi improcedente impregnaba las estampas imperturbables de aquellos veteranos del África. Unos hombres taciturnos que peleaban en riguroso silencio, concentrados. Entregados a su cotidiana tarea de ensartar, destazar y ejecutar con apabullante indiferencia. Trabajando igual que un grupo de carniceros impasibles en un universo de caos y muerte. Detrás de ellos, formando una retaguardia a todas luces innecesaria, los ilergetes de Alorcos contemplaban el sangriento espectáculo mientras esperaban unas instrucciones que no llegaban.

Vi a Sertorio de lejos, vociferando, gesticulando, agitando su *gladius* al aire. Intentando arreglar el desaguado que Draco había descrito en cuatro palabras. Un problema que suele tener mal remedio en medio de una batalla. Porque las líneas de un ejército son como las costuras de una túnica: una vez que han empezado a abrirse, ya no hay quien detenga el desgarro.

Los guerreros celtíberos, junto con la caballería nómada, habían sido dispuestos en el ala izquierda de nuestro frente de ataque, en las mismas faldas del montículo de Poniente. Posiblemente en el lugar más comprometido e incierto de todos. Cuando llegué, hispanos y africanos sufrían la acometida bestial de los *principes* optimates y de varias turmas de jinetes itálicos comandados por el propio Pompeyo.

Los nómadas eran los encargados de aguantar las avalanchas interminables de soldados que se descolgaban por las laderas de la montaña que Sertorio había descuidado increíblemente. Los guerreros celtíberos, por su parte, trataban de mantener cerrada la línea que ellos defendían. Una zona donde la supremacía numérica del enemigo resultaba absolutamente escandalosa. Por eso los *principes* de Pompeyo ya habían logrado deformar aquella porción del frente, penetrando dentro de nuestras filas como una incisiva cuña de acero. Si mis paisanos acababan cediendo, aquel sector se partiría en dos de manera irremediable y medio ejército de la Celtiberia caería en una bolsa sin escapatoria posible. Entonces Pompeyo tendría vía libre para envolvernos a todos por aquel flanco y encajonarnos contra las murallas exultantes de Lauro.

Sertorio acudió a mi encuentro como un centauro desbocado. Cabalgando en una nube de desesperación y polvo. Antes de detener su montura ya se había bajado de ella de un salto. Su rostro costrado de sudor y barro era una máscara indescifrable. Sus ademanes crispados, sin embargo, llevaban el sello inconfundible de la alarma.

—¡Los celtíberos están a punto de ceder! —me anunció a voz en cuello. Como si yo no fuera capaz de advertir la gravedad de la situación. O como si la culpa de aquel desastre en ciernes fuese únicamente mía.

Eché un vistazo rápido a los de mi estirpe. Los espadaos, los gritos y los lamentos estaban ya muy cerca de donde Sertorio y yo conversábamos. Muy cerca de alcanzar la última línea de hombres. Muy

cerca del final de todo. Y, sin embargo, no percibí cobardía alguna en aquellos guerreros desesperados.

—¡No pueden hacer más! —le grité—. ¡Están al límite! ¡Les falta el apoyo de su caballería! —añadí al echar en falta a los más de cinco mil jinetes reclutados en las frías estepas del norte.

Sertorio apretó las mandíbulas con una rabia apenas contenible.

—¡Siempre puede hacerse algo más, maldita sea! ¡Siempre! —exclamó—. ¡De ellos depende la victoria en esta batalla! —añadió para mi sorpresa.

—¡¿Dónde está la caballería celtíbera?! —le grité en medio de aquel tumulto—. ¡¿Y la vaccea?! ¡¿Por qué no están aquí, peleando?!

El general romano me miró entre las rendijas de una cólera encendida.

—¡Eso no te concierne! —me respondió acercando su cabeza a la mía—. ¡¿Quieres ganar esta batalla, Kalaitos?! —añadió mientras leía con atención los guiños de mis ojos.

—¡Igual que tú!

Sertorio asintió satisfecho.

—Pues haz que esos celtíberos aguanten un poco más sin desmoronarse.

Parpadeé aturdido, tanto por el cometido de la orden como por la manera de llevarla a cabo.

—¿Hacer que aguanten? ¿Có... cómo podría yo...?

El Gigante de Nursia me agarró por el borde superior de la coraza y me atrajo hacia él como si manejara un muñeco.

—¡¿No eres tú el hijo del mítico Ambón?! —me espetó con vehemencia—. ¡¿No defendiste Contrebia Leucade a su lado?! ¡¿No estabas acaso con él el día en el que *casi* vence a mis imbatibles triarios?! —Sertorio jadeaba, presa de la irritación o de una urgencia que no permitía más dilaciones—. ¡Entonces sin duda sabrás qué hacer para que esos guerreros que están a punto de claudicar se conviertan en demonios! —rugió con dientes apretados.

El nursio se dio la vuelta con intención de montar de nuevo su caballo tordo. Pero yo lo agarré por el brazo.

—Si tus triarios son tan buenos —le dije atrayéndolo hacia mí con la misma fuerza que él había usado antes conmigo—, no necesitan que los ilergetes les cubran las espaldas. Manda venir aquí a Alorcos con sus hombres mientras hago lo que me pides.

Sertorio me escrutó con su ojo sano entornado.

—Celtíberos e ilergetes no pueden luchar juntos —me respondió con fatídica certidumbre.

—¿Cómo lo sabes?

El general romano se encogió de hombros, como si los asuntos o los problemas entre hispanos fuesen igual que las montañas: viejos, inmensos, inamovibles.

—Llevan toda la vida enfrentados —sentenció—. ¿Acaso no has visto cómo se comportan dentro del campamento? Apenas pueden soportar la cercanía del otro. ¿Cómo quieres que los ponga a pelear codo con codo?

—¡Llama a los guerreros de Alorcos de inmediato —me permití ordenarle al hombre más poderoso de Hispania—, o perderás esta batalla antes de que te hayas dado cuenta!

XXVI

El viejo Ambón había sido un gigante hecho de roca. Un celtíbero granítico de pelo ensortijado y barba espinosa. Un hombre astuto, un caudillo implacable. Un padre del que abominé durante años pero al que acabé admirando como a un héroe de leyenda. El último día de asedio, con las murallas de Contrebia Leucade ya desplomadas a causa de las minas sertorianas, Ambón el Herrero pudo haberse rendido. Pero eligió enfrentarse a la perdición consciente de que libraba la última batalla de su vida, sabiendo que jamás contemplaría más amaneceres ni volvería a probar la *caelia* de su bodega.

Aquella mañana brumosa mi padre empujó a los contrebienses hasta los mismos confines del heroísmo, o de la locura. Hasta el éxtasis que precede a la muerte cuando un guerrero celtíbero está a punto de rendir el alma, cuando las puertas del paraíso —o las de Letavia— resultan demasiado estrechas para dar paso a tantos guerreros caídos. Aquel infausto día de septiembre, el jefe Ambón consiguió que apenas mil supervivientes contrebienses peleasen como fieras del inframundo, rechazando una y otra vez ataques de *hastati* y *principes*. Haciendo temblar a tres mil triarios de la Mauritania. Haciendo dudar al propio Sertorio.

La última fila de soldados celtíberos cedió finalmente al empuje optimate. Un guerrero se desplomó casi a mis pies con las tripas perforadas por un *gladius*. Por aquel hueco recién forzado apareció un legionario pompeyano. Alerta, en guardia, dispuesto a mantener abierto a toda costa el agujero por el que habrían de colarse más soldados enemigos. Con el fin de afianzar la posición y comenzar después a cerrar el círculo. Un cerco de hierro y muerte en el que apenas habría supervivientes.

El legionario optimate se topó conmigo casi de bruces. Me miró un segundo, obnubilado, dubitativo, extrañado de ver a un único soldado en una retaguardia inexistente. Aquel leve titubeo fue la causa de su perdición. De un puntapié lo mandé de vuelta por donde había venido. Después recogí el escudo del celtíbero muerto, y también su hacha bipenne. Un arma no muy utilizada en combate dado su enorme peso. Una herramienta tosca, lenta, desaconsejable para el soldado convencional. Y, sin embargo, un instrumento demoledor si uno cuenta con la fuerza necesaria. Afortunadamente, yo tenía el brazo de herrero de mi padre. Y, quizá, su cólera destructiva.

Cerré aquel agujero con mi propio cuerpo, parapetado tras mi escudo blanco, enarbolando el hacha de dos filos como había visto hacer a mi padre en las murallas de Contrebia. A ambos lados había guerreros celtíberos que a duras penas sostenían aquella última línea de resistencia. Peleando como buenos profesionales, pero siempre retrocediendo. Descorazonados, abrumados por la aplastante superioridad numérica del enemigo. Dimitidos de cualquier esperanza de victoria. Reculando paso a paso con un ojo puesto en las murallas de Lauro. Porque, tal y como pintaban las cosas, los edetanos de Isbataris podrían tomar en cualquier momento la decisión de abrir sus puertas y atacarnos por la espalda. Entonces disparé a los cuatro vientos el grito de guerra que identifica y une a todos los pueblos celtíberos. Un rugido que hasta los lobos temen cuando lo escuchan desde las cumbres blancas de

nuestras montañas.

—¡Keltiber! —aullé a voz en cuello haciendo levantar la cabeza a aquellos hombres sombríos—. ¡Keltiber! —exploté de nuevo mientras le pisaba el gaznate al soldado al que había derribado de una patada—. ¡Victoria o muerte! —vociferé por tercera vez antes de lanzarme sobre aquella cuña de soldados optimates que pugnaba por partir nuestro frente y envolvernos en una ratonera sin salida—. ¡Por Numantia! —rugí como un demente mientras partía de un solo golpe el casco de bronce del soldado que tenía enfrente. Y también su cráneo.

Dos legionarios optimates se me vinieron encima, uno por cada lado. Presurosos, prestos a silenciar a un celtíbero retador y vociferante. Al de mi izquierda le destartalé el escudo del primer hachazo. Al otro le golpeé en la cara con el mango de mi arma. Ambos quedaron momentáneamente aturcidos. Más por la visión inexplicable de un soldado solitario haciendo frente a todo un manípulo que por la contundencia de los mandobles. Como a su compañero anterior, aquella confusión pasajera les costó la muerte.

—¡Por Segeda! ¡Por Occilis! ¡Por Óbriga! —bramé recordando otras ciudades celtíberas arrasadas por Roma tras desjarretar a los dos legionarios pompeyanos—. ¡Lusones! ¡Arévacos! ¡Titos! ¡Pelendones! —volví a desgañitarme en mitad de la vorágine—. ¡Empujad! ¡Vamos, empujad conmigo! —conminé a mis hermanos de raza—. ¡Demostrad que sois guerreros dignos de vuestros clanes! ¡Demostrad que tenéis memoria y orgullo! ¡Matemos a los hijos de quienes destruyeron vuestras ciudades!

Entonces reparé en que los ilergetes de Alorcos ya habían llegado a nuestra zona de combate y nos observaban con ojos inquietos, pero todavía indecisos. Mirando de reojo a su jefe en espera de unas órdenes que no llegaban.

—¡Alorcos! —le grité desde la barrera de escudos—. ¿A qué estás esperando?!

El príncipe ibero me contempló con frialdad cortante. Destilando un resquemor tan antiguo como los ríos que bañan nuestras ciudades.

—¡Ilergetes! —volví a gritar, dirigiéndome esta vez a aquellas tropas expectantes—. ¿De qué lado está Iltirta en esta guerra?! ¿De qué lado estáis, maldita sea?!

Tres guerreros iberos salieron de su formación y se introdujeron en nuestras filas sin haber recibido permiso todavía para hacerlo. Después lo hicieron una docena más. A continuación quizá cincuenta. Alorcos desenfundó por fin su espada antes de que el peso de la evidencia acabara aplastándolo como a un gusano inmundo.

—¡Tir! ¡Tir! ¡Tir! —tronaron los ilergetes que engrosaban nuestras líneas a toda prisa. Haciendo nuestro frente más compacto, más profundo, más contundente. Más hispano.

La tierra de Edeta crujió bajo nuestras *caligulae* tachonadas de hierro cuando dos mil guerreros de la Celtiberia y otros tantos iberos de Iltirta afianzaron sus pies en el suelo. Y aferraron con más fuerza sus escudos. Y redoblaron sus tajos y sus estocadas.

—¡Empujad todos juntos! ¡Vamos, ahora nos toca avanzar a nosotros! —los animé al ver que la cuña enemiga cedía un par de pasos.

—¡Keltiber! ¡Keltiber! ¡Keltiber! —oí rugir a mil gargantas al unísono cuando logramos recomponer una de las filas rotas.

—¡Iltirta! ¡Iltirta! ¡Iltirta! —aullaron los hombres de Alorcos, rivalizando con nosotros en escándalo y arrojo en el combate.

Después seguimos avanzando con bríos renovados, sin preocuparnos de si a nuestro lado peleaba un hermano celtíbero o un ilergete. Arrollando a unos legionarios sorprendidos. Reduciendo la cuña

enemiga a la mínima expresión y alejando el peligro de una hecatombe inminente. Y, sin embargo, a pesar de encontrarme absorbido por el ardor del combate, pude distinguir cómo Pompeyo repartía nuevas órdenes.

Al instante, la legión de reserva del montículo de Poniente comenzó a moverse. Ladera abajo, en perfecto orden, con las armas en ristre y un objetivo claro. Porque el general optimate no estaba dispuesto a perder la iniciativa. A permitir que un puñado de hispanos tozudos echara por tierra la oportunidad de envolver al enemigo por su flanco aparentemente más débil.

Pompeyo ordenó a aquellas tropas de refresco cubrir el último tramo a la carrera. Pisoteando con estruendo rítmico una campa que ya rezumaba sangre por sus cuatro costados. Triturando nuestras esperanzas de nivelar definitivamente la batalla de Lauro. Chocando contra nuestras líneas recién recompuestas como un ariete imparable. Haciéndonos temblar. Forzándonos a un nuevo retroceso. Y, aun así, seguimos luchando. Sin descanso, sin esperanza, sin girar la cabeza hacia los muros vociferantes de Lauro, sin considerar jamás la desbandada. Cambiando golpe por golpe, tajo por tajo. Vida por vida.

Las trompas y *bucinae* de nuestro ejército atronaron el aire cuando ya gastábamos las últimas fuerzas. Fueron unos toques sostenidos, quejumbrosos, los que sobrevolaron el promontorio desde el que Pompeyo lo observaba todo. El maldito montículo que Sertorio había concedido gratuitamente al enemigo y que ahora iba a significar nuestra muerte. Unos ecos que no supimos interpretar en un principio, y que murieron en el aire viciado de la batalla igual que estaban muriendo, poco a poco, nuestros ímpetus. Hasta que las murallas de Lauro enmudecieron repentinamente, derramando sobre nuestras espaldas un silencio dramático e inesperado.

Aquellos hombres, que durante horas nos habían increpado sintiéndose seguros en sus almenas, ahora callaban como muertos mientras dirigían sus miradas hacia el horizonte. Hacia alguna visión inquietante que escapaba a nuestras pupilas, pues para quienes combatíamos en la llanura de Edeta, el único panorama posible seguía siendo una robusta barrera de escudos rojos.

Un retumbar sordo y lejano se abrió camino en el fragor metálico de la pelea. Trepando por las piernas de todos los combatientes como una serpiente de piel rugosa. Haciéndonos dudar mientras nos acuchillábamos. Añadiendo más incertidumbre a nuestros corazones. Hasta que el ulular salvaje de ocho mil jinetes lanzados al galope tendido se elevó nítido sobre la campa de Edeta como el aullido del lobo en el páramo.

—¡Keltiber! —rugí agitando el hacha cuando vi la inmensa polvareda—. ¡Victoria! ¡Victoria! —grité al reconocer a las caballerías celtíbera y vaccea—. ¡Boudi! ¡Boudi! —repetí en mi lengua madre al comprobar que los legionarios pompeyanos levantaban la cabeza como ovejas de un rebaño asustado.

Solo entonces comprendí las intenciones de Sertorio. Y su estrategia de aguantar el empuje del enemigo con muchos menos hombres. Escondiendo sus verdaderas cartas hasta el momento justo. Esperando a que el contrario se confíe y ponga toda la carne en el asador. Para atacarlo entonces por la espalda con ocho mil jinetes ocultos en los barrancos aledaños al montículo de Poniente.

«¡Sertorio, Sertorio, Sertorio!», oímos vociferar a los veteranos de la Mauritania tras la brutal acometida de los jinetes celtíberos y vacceos. «¡Bolskan, Bolskan, Bolskan!», respondieron los ilergetes de Osca, entre los que confié que aún estuvieran Estibos y Draco. «¡Iltirta, Iltirta, Iltirta!», rugieron los hombres de Alorcos a nuestro lado.

El colapso del frente enemigo y la previsible desbanda de sus filas sucedieron a la vez que nuevos

toques de *bucinae* nos conminaban a iniciar la cacería. A convertirnos en los mastines insaciables de Vaélico. A actuar como seres sin conciencia ni sentimientos.

—¡Sertorio! ¡Sertorio! ¡Sertorio! —disparamos a los cuatro vientos miles de voces mientras perseguíamos como fieras salvajes a aquellos desdichados. Unos soldados que ya no pensaban en oponer resistencia, tan solo en salvar la vida.

Distinguí a Estibos y a Draco no muy lejos de mí. Ellos también corrían como lobos desatados. Acuchillando por la espalda, saltando por encima de los muertos, rematando a los moribundos y pisoteando a los agonizantes. Así es la labor de aniquilación de un ejército desbaratado: inhumana, metódica, minuciosa, implacable. Y mientras repartía muerte sin atender a súplicas ni lamentos, divisé a lo lejos a los jinetes de mi estirpe comandados por Octavio Grecino, cruzando espadas con un escuadrón de caballería enemiga que se había hecho fuerte en la ladera más empinada del montículo de Poniente. Gracias a aquellos hombres aguerridos, Pompeyo y Afranio estaban logrando escapar con los restos de un ejército hecho trizas.

Un caballo sin jinete deambulaba por la campa de Edeta. Por sus arreos y hechuras, supuse que habría pertenecido a algún guerrero hispano caído, aunque no celtíbero, pues nosotros no solíamos usar estribos. No me costó mucho amansarlo a base de susurros, y convencerlo de que todo animal necesita de un amo; igual que las estrellas del firmamento aceptan sin reparos la mano blanca de Noctiluca todas las madrugadas.

Los jinetes romanos seguían dominando la parte más escarpada de la loma cuando alcancé al grupo, y realizaban cargas muy meritorias sobre los jinetes celtíberos que los acosaban desde más abajo. A aquellos soldados aguerridos los mandaba un veterano centurión romano con la coraza abollada por los golpes y la cara desfigurada por horribles cicatrices de guerra.

—¡Fulvio! —le grité volteando el hacha en el aire cuando estuve ya cerca de ellos—. ¿Me reconoces?! ¿Sabes quién soy?!

La sorpresa se dibujó de distinta manera en los rostros de los combatientes. Algunos celtíberos me reconocieron al instante. A otros les costó un poco más identificar al hijo del mítico Ambón el Herrero, al «contrebiense», como ellos me llamaban en el campamento. Para el centurión romano, el pasmo inicial se diluyó en pocos segundos en las aguas indelebles del odio.

—¡Eres un hombre muerto! —me escupió blandiendo su espada aquitana—. ¡Eso es lo que eres! ¡Carne de necrópolis celtíbera!

No fue, sin embargo, Fulvio el primero en cruzarse en mi camino. Otro soldado de aquella turma me salió al paso portando una lanza y mostrando un gesto confiado. Porque para montar mi caballo había tenido que desprenderme de mi pesado *scutum* y no había tenido la precaución de aprovisionarme ni siquiera de una pequeña *caetra*. Afortunadamente, el alazán ilergete respondió como si fuera mío al abrupto cambio de rumbo sugerido por mis rodillas. Y por eso la lanza de hierro silbó a mi lado sin tocarme. En cuanto al jinete romano, no pudo cabalgar mucho más tiempo sin la cabeza sobre los hombros.

Fulvio cargó contra mí con la inquina rezumándole por los ojos. Pero con la precaución bien aprendida de un soldado experimentado. Sus primeros lances fueron de tanteo, midiendo mis fuerzas y mi tino con el hacha. Los míos resultaron más serios, más destemplados. Al primer hachazo le partí el escudo por la mitad, dejándole simplemente los aros del umbo colgando del antebrazo. El centurión se desprendió de aquellos colgajos inservibles y torció el gesto al comprobar que el combate iba a estar más igualado a partir de aquel momento. O eso pensaba yo hasta que mi caballo resbaló en la losa de roca,

arrastrándome con él al suelo.

Vi dudar a Fulvio mientras daba tumbos ladera abajo. Sus hombres habían logrado alcanzar la cima del montículo y también habían conseguido el objetivo más importante: dar cobertura a Pompeyo en su apresurada retirada. Rematar a un hombre descabalgado, y al que además odias a muerte, es sin duda un caramelo apetitoso, pero el centurión marcado por la guerra no quiso arriesgarse. Cargar contra mí podría haberle supuesto quedar aislado de sus compañeros, rodeado de fieros guerreros celtíberos.

—¡Contrebiense! —me gritó un segundo antes de volver grupas—. ¡Esto es solo un aplazamiento! ¡La próxima vez no tendrás tanta suerte!

Tras la aparatosa costalada, traté de montar a toda prisa; sin atender a los dolores de mi cuerpo, ni a la prudencia, ni a ninguna circunstancia externa que no fueran las voces demenciales de mi cabeza. Porque en el trance exterminador que ofusca a todo guerrero tras la victoria tan solo palpita una obsesión: seguir matando, seguir agrandando el triunfo ya conseguido hasta convertirlo en una montaña de carne muerta. En una cima sangrante más alta que nuestro adorado *mons caunus*.

Una mano férrea me retuvo antes de que pudiera auparme sobre mi montura.

—Kalaitos —me dijo un Sertorio sonriente, cubierto como yo de sangre y lodo—, incluso en la guerra conviene distinguir cuándo algo puede venirse grande—. Ese hombre —añadió con frío convencimiento— te habría matado antes de que pudieras levantar el hacha.

—¿Por qué? ¿Cómo lo sabes? —repliqué, todavía animado por esa energía maligna que impide ver el peligro aunque lo tengas a un palmo de tus narices.

—Todavía no estás preparado para vencer a un *torquatus* —me dijo.

—¿A quién?

—A alguien que ha sido condecorado muchas veces por su valor y habilidad en el campo de batalla —me explicó Sertorio, pinchando con aquella voz sosegada la burbuja de pasión y violencia en la que llevaba inmerso varias horas—. Ahora toca hacer una labor diferente —añadió animándome, ahora sí, a montar en mi caballo.

—¿La... la batalla ha terminado entonces? —le pregunté con aire aturdido.

—No del todo —replicó el general romano contemplando una campiña que entre todos habíamos convertido en un lodazal repleto de cadáveres—. Todavía nos queda algo que hacer. —El Gigante de Nursia posó su ojo glauco en el norte de aquella planicie, allá donde Pompeyo había instalado su campamento.

XXVII

Mi padre solía afirmar que la victoria en una batalla puede llegar de distintas maneras. La primera se produce simplemente cuando el enemigo huye en desbandada tras aceptar la superioridad del contrario. La segunda suele ocurrir tras caer el jefe del bando opuesto porque sus guerreros suelen escapar sin orden ni concierto, totalmente desbandados al perder el interés por el combate. La tercera —y favorita de mi padre— es la total aniquilación del ejército rival en un baño de sangre que sea recordado después, durante siglos, por muchas generaciones. En el arte de la guerra, sin embargo, los romanos consideran todavía un cuarto factor, se hayan dado o no, las anteriores circunstancias: la toma y destrucción del campamento enemigo hasta sus mismos cimientos. Para nosotros, los hispanos, esa posibilidad no existe, pues, durante la marcha, nuestros ejércitos acampan al raso, en burdas tiendas de piel, sin levantar empalizadas ni cavar profundos fosos. Sin miedo, quizá por desconocimiento, tal vez por desidia, a ser sorprendidos durante la noche por las tropas a las que te enfrentarás al día siguiente.

Divisamos el campamento pompeyano tras cabalgar cómodamente cuatro o cinco millas hacia el norte siguiendo el ancho pasillo encajado entre el mar y las montañas del litoral. El general optimate ya no había retornado a sus reales tras la derrota. Ni por un instante se había planteado parapetarse tras sus empalizadas para defenderlo. El gran Cneo Pompeyo Magno debía de estar lejos, a cobijo en algún seguro altozano. Lamiéndose las heridas, haciendo recuento de unas pérdidas que todavía iban a ser más cuantiosas.

En una primera inspección ocular, no me pareció que aquel recinto albergara a una legión completa, aunque eso nunca se sabe hasta que no cruzas sus empalizadas. Lo que sí saltaba a la vista era que quienes defendían aquel campamento todavía no conocían el resultado de la batalla de Lauro. Los centinelas apostados en sus cuatro puertas eran guerreros indiketas de Biurtan, unos hombres que corrieron a protegerse tras la barrera de estacas en cuanto vieron arder la línea del horizonte bajo los cascos de nuestros caballos.

Sertorio rio por lo bajo al detectar un nuevo y fatídico error de cálculo en su mortal enemigo. El joven general optimate había pecado ciertamente de bisoño, o de confiado, al mandar excavar un foso de apenas tres codos de profundidad y rodearlo de un parapeto de aproximadamente la misma altura. Además, el altozano sobre el que se alzaba aquel campamento no habría frenado ni a un ejército de colegialas.

—El niño mimado de Sila va a recibir hoy una buena zurra en el trasero —se mofó el Gigante de Nursia haciendo alusión a los pocos años de Pompeyo y a su exceso de confianza a la hora de planificar su lugar de acampada—. No creo que esos indiketas de la puerta nos retrasen demasiado —añadió dispuesto a trabar batalla con la guardia de la *porta praetoria*.

—¿Vamos a perder tiempo y hombres peleando al descubierto bajo una lluvia de flechas? —me extrañé ante una idea tan poco seductora—. Se me ocurre una idea mejor —le dije mientras

galopábamos.

Sertorio me miró con gesto torcido y a la vez interrogativo.

—¿Qué idea? —refunfuñó.

—¡Victoria! ¡*Boudi!* —les grité a los jinetes celtíberos que me rodeaban dejando la pregunta de Sertorio en el aire—. ¡Seguidme! ¡Vamos, seguidme! —los animé apuntando mi hacha bipenne hacia la modesta empalizada de estacas.

No menos de veinte guerreros de la Celtiberia siguieron la estela de mi caballo, con sus melenas ondeando al viento y las falcatas cimbreado en la mano. Antes incluso de alcanzar el ridículo foso, los hombres de la guardia indiketa ya corrían como conejos en busca de un agujero donde esconderse. Todos superamos limpiamente aquel modesto *agger* de tierra y estacas, desbaratando sin apenas esfuerzo a los pocos guardianes que se habían mantenido en sus puestos de combate. Tras atravesar la *porta praetoria* sin resistencia gracias a nuestra acción vertiginosa, Sertorio envió una turma a cada una de las otras tres puertas, con idea de convertir aquel recinto en una jaula cerrada.

Indiketas y romanos ascendían la *via praetoria* a la carrera en un desesperado afán por escapar de nuestras teas encendidas, confiando en lograr desalojar aquella ratonera por el extremo opuesto. Sin sospechar, quizá, que la *porta decumana*, ya estaba convertida en un encarnizado campo de batalla. Allí, la solitaria cohorte que Pompeyo había juzgado suficiente para defender sus reales peleaba contra las primeras avalanchas de caballería celtíbera. Mientras tanto, en el extremo sur de aquel campamento, nuestra labor iba a ser igual de metódica y destructiva que poco antes, en la campa de Edeta.

Sertorio ordenó un despliegue en línea antes de empezar a avanzar en dirección norte, arrasando a nuestro paso todos y cada uno de los contubernios. Unas tiendas que, en ocasiones, vomitaban soldados en llamas. Hombres que habían tratado de dar esquinazo a la masacre escondiéndose bajo aquellas telas y que ahora se deshacían la garganta en gritos de agonía mientras el fuego les comía las carnes. Los primeros conatos de auténtica resistencia los encontramos al acercarnos a la zona del *praetorium*. Allí, el Gigante de Nursia nos dividió en tres grupos. A uno de ellos, comandado por Grecino, lo envió por la *via quintana* con el fin de sorprender por la espalda a los que aún aguantaban la pelea en la *porta sinistra*. A otros nos dio órdenes de avanzar por la derecha, entre la empalizada y la pira de fuego que consumía las tiendas. Él se dirigió directamente al puesto de mando de Pompeyo, por si en aquel lugar, hasta el momento férreamente defendido por la guardia pretoriana, se encontraran mapas, documentos o secretos de utilidad futura.

Quizás acuciado por las prisas, el general romano no había designado a nadie para liderar la turma de la que yo formaba parte. Por eso, al verlo desaparecer entre la humareda, los jinetes celtíberos comenzaron a murmurar y a mirarse unos a otros como huérfanos abandonados a su suerte, presas de una confusión tan peligrosa como inconcebible en mitad de una batalla.

—¡Vamos, registrad las tiendas de los cabecillas indiketas antes de prenderles fuego! —les grité en nuestro idioma materno—. ¡Y si encontráis a alguien dentro, quiero verlo antes de que lo mandéis al infierno! ¿Entendido?!

Los guerreros celtíberos parecieron súbitamente aliviados por que alguien tomara el mando del grupo. Incluso se mostraron eufóricos de recibir órdenes de un paisano y no de un oficial romano.

—¡Contrebiense! ¡Contrebiense! —gritaron algunos—. ¡Keltiber! ¡Keltiber! —los siguieron otros mientras golpeaban las falcatas sobre los umbos de sus escudos. Segundos después, todos cumplían mis escuetas instrucciones, registrando contubernios y pasando a cuchillo a todo aquel que no tuviera aspecto de ser un noble indiketa.

Entonces reparé en uno de aquellos alojamientos de lona y pieles. Me llamó la atención su inusual tamaño, y el lujo que se le presumía para tratarse de una tienda ibera. Además, había sido erigido muy cerca del *praetorium* de Pompeyo, lo cual me hizo pensar que pertenecía a Biurtan. Curiosamente, la lucha y las llamas lo habían respetado, al menos hasta aquel momento.

Me acerqué a él a pie, con el hacha bipenne preparada en la mano, y descorrí las cortinas. La penumbra, fiel aliada de Vaélico, dios del Inframundo, me puso entonces una mano sobre los ojos mientras, con la otra, me empujaba suavemente a los abismos de los que ya nunca se vuelve. Afortunadamente, un grito que supuse de Noctiluca me salvó de una muerte segura.

La hoja de la falcata ibera rasgó el aire tan cerca de mi cara que en otro momento, en otro lugar, la habría tomado por silbido de víbora. El segundo intento de aquel anónimo asaltante me pilló más prevenido y pude pararlo con el mango del hacha. Entonces hice lo único que estaba a mi alcance teniendo en cuenta el enorme peso de mi herramienta: aprovechar la inercia del brazo para golpear a mi oponente en el rostro con la parte plana del hacha. Después, todo el mundo sabe que un hombre aturdido en el suelo no es enemigo para nadie. Tan solo es cuestión de escoger dónde desencadenar el golpe de gracia. Y yo elegí el cuello.

Evidentemente, no había sido Noctiluca la dueña de aquella voz de alarma. Porque mi diosa predilecta solo acostumbraba a hablarme en sueños. Y además, la mujer que me miraba con serenidad pasmosa a pesar de tener el filo de una espada en la garganta lucía cabellos de fuego y la mirada del gato.

—Mátalo a él también —me dijo Asiris tranquilamente, como si la hoja del *gladius* que amenazaba su vida no fuera de acero hispano sino de manteca blanda.

La princesa indiketa estaba encadenada al poste central que sostenía la techumbre de aquella tienda. Tras ella se parapetaba un individuo al que fui reconociendo a medida que me acercaba a ellos. Era uno de los dos edetanos enviados por Isbataris de Lauro para la custodia de su prometida. El otro yacía a mis pies, desangrándose sin cabeza.

—¡La mataré! —me gritó el esbirro de Isbataris—. ¡La mataré si no arrojas el hacha!

Asiris cruzó sus ojos con los míos. Sus pupilas brillaban con aplomo incandescente, igual que a orillas del Hiberus la noche en que escapamos de Pompeyo. La noche en que me abandonó para irse, sola, a Muturudum, la ciudad de los fugitivos.

—Acaba con él —me ordenó con serenidad contundente.

Dos pasos me separaban de aquel extraño dúo en el que, paradójicamente, la desesperación acorralaba a quien parecía tener todas las ventajas.

—¡Juro que mataré a esta perra si no me entregas el hacha! —aulló el guerrero edetano cuando di el paso definitivo.

—No va a hacerme nada —repuso con voz glacial la princesa indiketa—. Es un cobarde. Y, además, tiene órdenes de no hacerme daño.

—¡Eso es mentira! —rugió el edetano—. ¡Te juro por Netón que acabaré con ella!

Con ambos brazos alcé el hacha por encima de mi cabeza y me quedé en aquella incómoda postura dudando, cavilando, contemplando el resplandor hipnótico de aquellos ojos destellantes y preguntándome si seguiría habiendo luz dentro de ellos cuando descargara mi golpe. Asiris me sonrió una vez más, como si los gritos histéricos de su carcelero no fueran voces de este mundo. Como si la amenaza y el peligro de una muerte cercana solo estuvieran en las mentes de otros, no en la suya.

El casco cónico del edetano se partió en dos mitades después del impacto, igual que su cráneo. Pero Asiris ni siquiera cerró los ojos, hecha a las salpicaduras de sangre, acostumbrada quizá a escuchar el

hálito de la muerte a una pulgada de sus oídos.

—No pareces muy sorprendida de verme —le dije ante la desconcertante impavidez de aquel rostro—. Ni muy contenta, tampoco.

—Sabía que vendrías —me respondió con la misma certidumbre fría, curvando los labios, sin embargo, en un amago de sonrisa.

Entonces me vinieron a la cabeza sus últimas palabras antes de nuestra accidentada despedida en la orilla sur del Hiberus.

—La vida es elegir, me dijiste antes de desaparecer la última vez. Quizá tuvieras razón —le espeté con sonrisa aviesa—. ¿Qué eliges ahora? ¿Quedarte atada a ese poste o venir conmigo?

—No seas tonto y quítame estas cadenas —rezongó sin ganas de seguir la broma.

—Separa las manos —le dije tras admirar durante unos segundos unos rasgos, unos cabellos y una silueta que no esperaba volver a ver en mi vida.

De un solo golpe partí los grilletes que habían vuelto a amarrar a aquella mujer a un destino poco halagüeño. Y que ahora la dejaban libre, para volver otra vez conmigo, aunque ¿hasta cuándo?

—Te creía en Muturudum —le recordé, tirando de una de aquellas cadenas rotas y atrayéndola hacia mi pecho.

—Me cansé de esperarte —respondió separándose de mí bruscamente.

En el exterior, la lucha por el control del campamento había llegado a su fin casi a la vez que mi duelo con los dos edetanos. Apenas dos centurias enemigas quedaban en pie, desarmadas, con los brazos colgando inermes y los ojos puestos en el suelo. El resto había muerto, ensartados por espadas o devorados por el fuego. Sertorio se paseaba ahora despacio ante unos hombres cabizbajos que solo confiaban en una muerte rápida como única expectativa de futuro.

Sorprendentemente, el Gigante de Nursia se dirigió a aquellos soldados vencidos con suavidad indecible, casi con ternura. Hablándoles como si aleccionara a unos hijos confundidos, caídos en una desgracia que no merecían. A los más aterrados llegó incluso a palmearles los hombros, y a felicitarlos por haberse comportado como profesionales honrados. Después les dio la opción de pensar bien las cosas y pasarse a su bando, «el lado correcto en aquella guerra —les dijo—. El ejército de los hombres llanos, de los humildes, de los pobres, de los desheredados. El ejército que, una vez de vuelta en Italia, lucharía por los derechos de todos ellos. Porque los ricos y los aristócratas —afirmó— ya nacen con suficientes privilegios». Y quienes, a pesar de estas razones, todavía prefiriesen seguir donde estaban, a esos también los dejaría marchar, para que todo el mundo supiera qué tipo de hombre era Quinto Sertorio de Nursia.

Solo diez se negaron a cambiar de bando. Los demás se unieron a nosotros sin pedir más explicaciones.

—¿No vamos a matarlos? —le pregunté a Octavio Grecino, que había seguido el discurso a mi lado, en referencia a los que se mantenían en sus trece.

—Ellos son nuestra mejor propaganda —me respondió el legado, sonriente—. Cuando vuelvan con Pompeyo y cuenten a sus compañeros lo que ha pasado, empezarán las deserciones.

Vi acercarse a Sertorio, radiante, después de haber engrosado su ejército con casi dos nuevas centurias de buenos legionarios con el simple uso de la palabra. Le vi también enfurruñar el gesto en cuanto reparó en la melena roja de Asiris, y en todos los hombres que andaban ya mirándola codiciosamente.

—Una mujer... —murmuró, como si la mera visión del sexo contrario le produjera náuseas.

—Es la hermana de Estibos.

—Es una mujer —insistió inflexible.

El semblante del general había adquirido una tirantez de ballesta cargada; el de Asiris, en cambio, no habría podido ser más laxo. Exento de miedo, indiferente, ajeno al problema que su presencia suscitaba en un lugar diseñado exclusivamente para hombres.

—No quiero mujeres en mi campamento —zanjó Sertorio con tono avinagrado—. Es la norma.

La mano tibia de Asiris rozó la mía en aquel instante, convirtiendo mi cuerpo en una fragua. En una hornacina donde bullían mi orgullo varonil y mi sangre de celtíbero indomable. Entonces dediqué una última mirada al hombre que tenía nuestras vidas en sus manos y monté sobre mi caballo de un salto, dando la espalda a la cordura y al riesgo que aquella acción suponía. Después icé a Asiris sobre la grupa y la acurruqué en mi regazo.

—¿Qué vas a hacer, pedazo de imbécil?! —me gritó Sertorio al verme maniobrar con la princesa indiketa abrazada a mi cintura—. ¿Quién te has creído que eres para actuar así?!

—Nos vamos —repliqué con sequedad, abriéndome paso entre la muchedumbre que presenciaba la escena.

—¡Espera, maldita sea! —volvió a gritarme Sertorio al comprobar que medio centenar de jinetes celtíberos enfilaban tras mis pasos—. No he dicho que la chica no pueda quedarse... si cumple algunas normas.

A Asiris la habían detenido en territorio vascón, y entregado poco después a una patrulla pompeyana. Al parecer, los habitantes de aquellas tierras norteñas se habían alineado con el bando optimate, tal vez por pura animadversión hacia sus vecinos celtíberos. A partir de ahí, su rutina se había reducido a vivir en la oscuridad de una tienda y a viajar de día a través de media Hispania siguiendo los pasos de nuestro ejército.

—Un poco más... e Isbataris te habría quitado la ropa con los dientes —le susurré al oído a Asiris mientras regresábamos a la campa de Edeta—. Casi me dan celos tan solo de pensarlo —añadí mientras sus bucles me acariciaban el rostro.

—No tiene gracia —replicó la hermana de Estibos—. Además, eso que dices jamás habría ocurrido.

—¿Ah, no? Imagina que no logramos vencer en la batalla y no conquistamos después su campamento.

—Siempre supe que vendrías —me aseguró, apoyando por primera vez su cabeza sobre mi pecho.

—¿Mutturudum se encuentra en tierra de vascones? —le pregunté mientras la estrechaba un poco más contra mi cuerpo aprovechando aquella aparente predisposición al contacto.

Pero la hechicera indiketa no me respondió. Se quedó pegada a mí, sintiendo el latido loco de mi corazón, hasta que por fin levantó la cabeza.

—Vuelves a tener fiebre, Kalaitos —me anunció, igual que un experto físico—. Tu cuerpo arde.

—Será por ti —le respondí sonriendo—. Ya no tengo heridas de flecha.

—Ahora tienes otras heridas distintas —pronosticó Asiris con su habitual certidumbre—. Y también estas te darán problemas.

Una densa humareda nos guio hasta la ciudad todavía sitiada de Lauro. Unos nubarrones en los que, según Asiris, viajaban las almas de todos los soldados caídos en su lento ascenso a sus respectivos paraísos. Incluso sin haber presenciado la batalla, la hechicera indiketa acertó en el número de muertos. Draco nos confirmó nada más llegar que en aquella enorme pira se quemaban más de doce mil

cadáveres. La inmensa mayoría eran enemigos, aunque nosotros también habíamos perdido dos mil hombres.

—Entonces hemos ganado por mucho —sostuve con tono ufano.

El centurión sertoriano movió la cabeza con gesto ambiguo.

—Esta batalla, Kalaitos —replicó lacónico—, tan solo ha igualado fuerzas.

Los números bailaron raudos en mi cabeza. Tras la debacle, Pompeyo contaba ahora con veinte mil legionarios. Después de la aplastante victoria, nosotros tan solo nos aproximábamos a esa cifra.

—Entonces... ¿Pompeyo todavía es una amenaza? —le pregunté atónito ante la idea de que un ejército que huye en desbandada pueda volver a reorganizarse y plantar cara de nuevo.

—Ahora más que nunca.

Aferrado a la mano firme de Asiris, contemplé la campa roja de Edeta y la torre de cuerpos ya calcinados o todavía a medio derretir. Draco había dispuesto la hoguera de tal forma que el bochorno del atardecer transportara aquel hedor nauseabundo hacia los muros de Lauro. Para que sus gentes se ahogaran respirando las almas negras de los hombres que habían muerto por su traición a Sertorio. Entonces vimos llegar a Placidio y a Estibos.

El rétor llevaba un rollo de papiro en la mano en el que seguramente iba anotando datos, quizá detalles, de una victoria que aún no convenía celebrar demasiado. Mi amigo indiketa arrancó a correr al ver a su hermana a mi lado. Cojeaba. Posiblemente como consecuencia de alguna herida leve durante la batalla.

Asiris me soltó para ir a su encuentro. De manera casi instantánea me llegaron los primeros mareos y los vómitos repentinos. Y una ausencia total de energía que dio con mi cuerpo en el suelo. No recuerdo mucho más de aquella tarde. Tan solo los gritos de Placidio tratando de hacerme reaccionar. Y el rostro apacible de aquella mujer hechicera hablándome desde una nebulosa blanca. Diciéndome que ella me iba a sanar. Igual que la última vez. Igual que siempre.

XXVIII

Sertorio le advirtió a Asiris que si había de vivir entre nosotros, tendría que cumplir ciertas normas. La primera y más importante: debería pasar inadvertida a los ojos hambrientos de sus legionarios, así como seguir sin rechistar nuestras rutinas militares. Además, la princesa indiketa haría bien en salir lo menos posible del contubernio asignado, el mismo que Draco, Placido, Estibos y yo habíamos vuelto a compartir tras la batalla de Lauro. De todo esto me enteré al despertar la mañana siguiente, libre ya de las fiebres pero con la manta que me cubría empapada en los efluvios malsanos de mi propio cuerpo.

—¿Qué me ha pasado? —le pregunté a la mujer que parecía saberlo todo sobre mis debilidades.

—La realidad —resumió Asiris sin inmutarse.

—¿La realidad? ¿Qué enfermedad es esa?

La hermana de Estibos me miró con inusual dulzura mientras me cambiaba las cataplasmas que enfriaban mi frente.

—Fuiste quien no eres durante demasiado tiempo, y eso te hizo enfermar a la vuelta.

—¿A la vuelta? A la vuelta ¿de dónde?

—De tu trance —me dijo Asiris como si le explicara una ridícula obviedad a un niño pequeño.

—¿Y por qué a otros no les pasa?

La hechicera indiketa se encogió de hombros.

—Cada hombre es un abismo, y da vértigo mirar en él —me dijo casi a modo de disculpa—. Además, a veces, mis ojos no pueden llegar tan lejos.

Una cabeza cuadrada con los cabellos erizados por la falta de aseo surgió de repente entre las rendijas del contubernio.

—¿Interrumpo algo que no debo? —Draco compuso un mueca pícara al sorprendernos a Asiris y a mí en una pose que podría haber indicado cualquier cosa—. ¿Vais a perderos el espectáculo? —añadió un segundo después apuntando con el dedo hacia los muros de Lauro.

En la vasta campa que separaba nuestro campamento de la ciudad sitiada, Sertorio paseaba tranquilamente con las manos a la espalda acompañado de su cervatilla blanca. Sobre las murallas todavía inexpugnables de Lauro, los murmullos expectantes alternaban con las toses de asfixia debido a los humos pestilentes de los cadáveres. A decir verdad, los habitantes de la ciudad edetana llevaban casi un día entero respirando los funestos efluvios de la tragedia que ellos mismos habían desencadenado al traicionar a Sertorio. Ahora, ahogados por la humareda y el miedo, se disponían a afrontar un futuro que el vencedor de la batalla de Lauro iba a tratar de pintarles negro como el endrino. Y para hacerlo más creíble y contundente, iba a utilizar una vez más los poderes mágicos de Rhea.

Sertorio se había ido acercando a la puerta principal de la ciudad sin guardar ningún tipo de

precauciones. A medio tiro de flecha era ya un blanco fácil para cualquier arquero mínimamente avezado. Y, sin embargo, nadie en aquel parapeto tensó un arco para intentar alcanzarlo.

—¡Edetanos de Lauro! —les gritó con los brazos en jarras—. ¡Pompeyo ha sido vencido por mis legiones! ¡Delante de vuestros ojos! —tronó, y se quedó esperando al efecto demoledor de aquel anuncio—. ¡Y no me digáis ahora que no erais concedores de su fracaso! —les echó en cara a quienes lo escuchaban—. ¡Porque *ella* —Sertorio apuntó a la cervatilla— os lo advirtió mucho antes de que ocurriera!

Un barullo de admiración se descolgó de aquellas murallas abarrotadas.

—Y además... ¿quién es *ese* Pompeyo en cuyos brazos os habéis desplomado como ramerías en celo?! —se preguntó el nursio de manera histriónica—. Yo os lo diré: ¡Pompeyo no es más que un niño mimado jugando a los generales! ¡Un iluso que os prometió una victoria sin darse cuenta de que, en vez de eso, presenciáis la masacre de sus propias tropas!

Después de su violenta perorata, Sertorio se arrodilló y puso su oído sobre el hocico de Rhea. El silencio que rodeó a aquella conversación prodigiosa fue tal que el balido intermitente del animalillo pudo escucharse a más de dos estadios a la redonda.

—¿Sabéis qué me dice ahora? —los interrogó levantándose—. ¡Que Isbataris es el auténtico culpable de vuestros problemas —les aseguró con vehemencia—, y volverá a llevaros a una nueva catástrofe si no lo impedís antes!

Miles de cabezas se revolvieron nerviosas sobre las almenas de Lauro, mirándose unas a otras con ojos dislocados por el espanto, mesándose los cabellos y las barbas con manos temblorosas.

—Rhea también me ha confesado —continuó Sertorio interrumpiendo las murmuraciones— que Pompeyo ya no volverá para ayudaros. ¡A partir de hoy estáis solos! —les anunció con un deje de fatalismo—. ¡A merced de mi ejército y de los dioses a los que habéis irritado!

Ni una sola mofa escapó esta vez de la ciudad sitiada. Tan solo suspiros ahogados y blasfemias de hombres acorralados.

—Solo hay una manera de que podáis escapar a una muerte segura —les comunicó entonces Sertorio a los edetanos, haciendo una larga pausa para que sus palabras se filtraran como el agua fría entre los resquicios del miedo—: ¡Entregadme a Isbataris! ¡Ahora!

Media hora tardaron en abrirse las puertas de Lauro, dejando salir por entre sus tornos al hombre que había administrado los entresijos de la ciudad posiblemente durante décadas. Y que ahora había decidido entregarse al enemigo para salvar las vidas de sus súbditos.

Isbataris se presentó ante nosotros ataviado con una túnica cárdena, ceñida a su robusto cuerpo por un bonito tahalí de cuero del que colgaba una espada de plata. Sobre el pecho, un voluminoso disco de bronce repujado, sujeto con correajes, ejercía las funciones de una armadura. El caudillo edetano era de una estatura todavía superior a la de Sertorio, con brazos como ramas de encina y piernas como columnas griegas. Pero ya no era joven. Veinte años atrás, su figura ciclópea y su indiscutible fuerza habrían resultado temibles en un campo de batalla. Ahora, a Isbataris solo le quedaban las melenas grises de un león caduco y el porte altivo de todos los hombres que han dirigido un imperio.

—No puedo decir que me alegre de verte —le dijo Sertorio tras observarlo de arriba abajo unos instantes.

Isbataris gruñó algún exabrupto en ibero antes de descolgarse del cinto el espadón plateado y

tendérselo a su oponente. Un instrumento decorativo que Sertorio miró con frío desdén, sin mover un músculo, sin hacer la más mínima intención de aceptarlo.

—No quiero tu espada —respondió el general romano—. Quiero tu vida.

El jefe edetano dejó caer a sus pies el símbolo de una larga autoridad ya finiquitada. Después miró a Sertorio de tú a tú, sin ambages ni miedos, como todos los hombres bragados hechos ya a un destino funesto.

—Al menos, no me prives de mi derecho a acabar como un guerrero —solicitó Isbataris en un postrer gesto de humildad.

Sertorio asintió magnánimo.

—¿Cómo quieres morir?

—Matando. O, al menos, intentándolo.

Isbataris escogió como arma para aquel duelo un hacha bipenne igual a la que yo había usado el día anterior. Sertorio se atuvo al clásico *gladius* que usa cualquier legionario. A ambos contendientes se les proporcionó un pequeño escudo circular que apenas servía para guarecer el brazo izquierdo.

—Sertorio sabe lo que hace —me dijo Draco cuando le expresé mis reparos sobre el riesgo excesivo, e innecesario, al que iba a someterse el general romano—. Isbataris no es enemigo para él —afirmó—. Y, además —añadió sonriendo—, de vez en cuando es bueno exhibirse delante los soldados a los que mandas.

Los primeros compases de aquella pelea no dieron la impresión de ser tan desequilibrados. El caudillo de Lauro sabía manejar un hacha con destreza admirable, y en cuanto a fuerza bruta, sus mandobles seguían conservando la potencia destructora de una juventud pretérita. Desgraciadamente para él, su efectividad se veía algo mermada por la falta de reflejos. Sertorio, diez años más joven, logró sobrevivir a aquella catarata de golpes curvos a base de agilidad y astucia. Después, sobre todo tras el primer pinchazo en un costado, Isbataris fue un muñeco en manos de su oponente. Aun así, el bravo caudillo no se entregó. Vendió cara su piel de oso ibérico hasta el último suspiro, y todavía logró mellar seriamente el escudo de su adversario antes de caer de rodillas. Al final, con el *gladius* atravesando su cuerpo, Isbataris vomitó la poca vida que le quedaba en copiosas bocanadas de sangre negra.

Sertorio apoyó su pie en el pecho de su contrario para extraer la espada. Entonces miró a las murallas de Lauro y les mostró su *gladius* manchado.

—¡Esta es la sangre que os redime de la muerte y os regala una nueva oportunidad! ¡Pero no aquí, sino en otro sitio! —sostuvo a voz en cuello—. ¡La ciudad de Lauro es maldita y ha de ser destruida! —les anunció como un juez sumarísimo, con un odio que sonó recóndito, por si alguno de los asediados todavía albergara ilusiones de salir indemne tras el sacrificio del último rey de Edeta.

Nuevos murmullos, renovadas blasfemias y un sinfín de sollozos fueron la respuesta a tan palmaria declaración de intenciones. Mientras tanto, Sertorio seguía allí, plantado a menos de medio tiro de flecha de la muralla, espada en mano, indignado, desafiante, admonitorio. Y, sin embargo, la fuerza de su voz y la gravedad de sus amenazas parecieron armas suficientes para doblegar a una ciudad robustamente amurallada sin necesidad de usar onagros ni escorpiones.

Mientras la escena llegaba a su clímax, aproveché para echar un vistazo sobre el hombro de Placidio y leer sus apuntes de aquella mañana.

—Estás tergiversando la Historia —le dije en voz baja.

El rétor se giró hacia mí con mirada colérica.

—¿Cómo te atreves?! —exclamó entre un rechinar de dientes.

—Acabas de describir a Isbataris como a «un guerrero fornido e indestructible en la flor de la vida al que Sertorio venció peleando de manera heroica». Y, según dices antes, en la batalla de Lauro, el ejército de Pompeyo fue aniquilado en menos de media hora, perdiendo a sus veinticinco mil hombres. No se pueden escribir más mentiras con menos palabras —le eché en cara como si realmente me importara su falta de realismo.

Placidio enrolló su papiro y me golpeó con él en la cabeza.

—Algún día te darás cuenta —me dijo elevando la barbilla— de que los grandes historiadores gozamos de ciertas libertades. Además —añadió—, esto es literatura de consumo solo para romanos.

—Querrás decir «para romanos prosertorianos» —lo corregí.

—Naturalmente —consintió, esta vez sin enfadarse—. No dudes de que Pompeyo también tendrá quien le cante los éxitos. Aunque esperemos que, cuando estos lleguen —sostuvo pensativo—, no nos pillen a nosotros en medio.

Si las victorias del joven general optimatus habían de llegar en algún momento, estas iban a hacerse esperar todavía un tiempo. Porque después de la debacle de Lauro, se mantuvo bien escondido en las alturas recónditas de la cordillera litoral, restañándose las heridas y preguntándose cómo recomponer la moral maltrecha de sus soldados.

Sertorio, por su parte, tampoco se aburría. Después de acabar con Isbataris y declarar a Lauro «ciudad condenada por la ignominia», concedió únicamente cinco días a sus habitantes para abandonarla. De lo contrario, les dijo, descargaría su cólera descomunal sobre ellos y ya no respondería de sus vidas. Lo que no les explicó a los edetanos desde el pedestal de su ira fue cómo pensaba tomar una ciudad tan preparada sin apenas maquinaria de asedio si a sus habitantes les daba por desoír las amenazas y encerrarse tras sus muros.

A mí, la fiebre también me marcó sus plazos. Los precipicios del delirio todavía me reclamaron dos noches más en las que Asiris trató mi frente a base de cataplasmas, y enfrió la calentura de mi cuerpo con el suyo propio. O eso me pareció sentir mientras me debatía en las tinieblas de la inconsciencia. Unos sueños revueltos en alucinaciones donde la hechicera indiketa se tendía a mi lado, desnuda, turgente, y me contagiaba entre susurros de amor el frescor escarchado de su piel perfecta. Eso es lo que pensé que había ocurrido en cada una de las noches, y así se lo hice saber cuando desperté el segundo día.

—Eso es lo que a ti te habría gustado que ocurriera —me respondió ella riendo.

—¿Ya estoy curado? —le pregunté después, en vista de su escasa predisposición a seguir hablando del tema—. ¿Ya no tengo esa enfermedad tan rara que se llama «realidad»? —añadí levantándome del camastro y comprobando que estaba completamente desnudo—. ¿No será que soy simplemente sonámbulo y me quito la ropa en sueños?

—No deberías burlarte —me reconvino Asiris volviéndose de espaldas para no verme como mi madre me trajo al mundo.

Fue Draco otra vez quien se presentó en el contubernio justo cuando las apariencias no guardaban relación con los hechos.

—Podíais elegir otras horas... —nos amonestó, aunque luego me guiñó un ojo en son de guasa—.

Pero si aún no habéis empezado, mejor lo dejáis para luego —añadió haciéndome un gesto con la mano para que lo siguiera.

Un interminable cortejo de familias enteras, cargando con sus escasos enseres, cruzaba la campa sangrienta de Edeta como una serpiente multicolor indefensa y muda. El éxodo —afirmó Draco— había empezado el día anterior, el mismo en el que Sertorio había anunciado su inapelable ultimátum. Al parecer, los edetanos ni siquiera habían considerado la posibilidad de mostrar resistencia. Después de contemplar la derrota de Pompeyo bajo sus mismas murallas y escuchar a continuación los sombríos designios de los dioses a través de la cervatilla blanca, la opción de la guerra contra Sertorio había quedado descartada.

El general optimate no solo los había condenado a abandonar su ciudad. También les había confiscado las armas, gran parte del grano de sus silos, los caballos y todas las bestias de carga. Y, por si la pena no fuera suficiente, los edetanos de Lauro tenían terminantemente prohibido construir murallas donde quiera que enraizaran.

Desde el altozano de Poniente donde Pompeyo había cavado su tumba, Sertorio contemplaba el desconsolado desfile de aquellas gentes hacia las llanuras desprotegidas del litoral. Allí habrían de vivir, indefensos, desarmados, rodeados de lobos y de soldados que nunca les daría tregua.

—Sertorio quiere que entremos a inspeccionar la ciudad antes de quemarla —me dijo Draco.

—¿Inspeccionar? ¿Para qué? —me extrañé—. Lauro es ya una ciudad fantasma. Está vacía.

Draco se mostró categórico.

—En estos sitios siempre quedan cosas de valor —dijo—. Hay que ofrecer algo de rapiña a los hombres. Al fin y al cabo —añadió encogiéndose de hombros—, el botín tras la victoria forma parte de su sueldo. No queda más remedio que entrar.

—Entonces, ¿vamos a permitir el saqueo? —todavía insistí, mirando ahora a Placidio, buscando en él a un aliado.

El rétor, sin embargo, no estaba para escucharme.

—Mil novecientos diez —le oí murmurar con aire concentrado mientras apuntaba con su dedo hacia la caravana de desterrados—, once, doce...

—¿En qué consiste tu nuevo trabajo de historiador? —le pregunté en tono desabrido—. ¿En minimizar los muertos en vida que causa Sertorio y multiplicar las bajas de Pompeyo? ¡Han salido por lo menos el doble de edetanos por esa puerta! ¡Y te aseguro que más de la mitad de esos niños no pasará de esta noche! —le grité escandalizado al ver a cientos de mujeres cargadas con retoños de teta bajo el brazo.

Pero el rétor se llamó a andana, cavilando quizá la manera de relatar la tragedia de Lauro de tal forma que Sertorio pasara a la Historia como un personaje más humano y magnánimo que su enemigo acérrimo.

Lauro todavía escupió de sus entrañas varios centenares más de desdichados antes de quedarse vacía. Después entramos nosotros con una única consigna: quemar la ciudad edetana hasta borrarla del mapa convulso de Hispania, igual que había ocurrido años antes con Colenda tras la batalla que mi propio padre libró —y perdió— contra un joven Sertorio —a la sazón tribuno de la plebe— y un sanguinario

procónsul llamado Tito Didio. Sobre el posible saqueo, nada quedó dicho, pero hay cosas que, al parecer, se sobreentienden o van de oficio.

Los portones de la emblemática ciudad edetana gruñeron con quejumbroso destemple al cedernos el paso, y su eco fantasmal se perdió en aquellas calles desiertas como el lamento de un muerto que ve profanada su tumba. Miré a Asiris sin poder evitarlo, presa de un súbito escalofrío, pues aquella desolación silente me recordó a mi Contrebia natal el día en que sus murallas cedieron a los arietes romanos. La hechicera indiketa sostuvo mi mano fría y asintió, haciéndose cargo de mis zozobras. Nada dijo sobre si la «realidad», aquella rara enfermedad que solo a mí parecía aquejarme, volvería a pasarme por encima como una manada de bueyes furiosos, pero un extraño brillo iluminó otra vez aquellas pupilas de animal nocturno.

Lauro, o Edeta, tenía todo el aspecto de una urbe dormida. De no saberlo, nadie habría dicho jamás que aquella era una ciudad ya muerta, abandonada a su triste destino. En el enorme *oppidum* edetano todo aparecía en orden; como si los moradores de aquellas casas con techumbre de paja simplemente se hubiesen tomado un receso en sus labores. Como si los hombres hubiesen salido de caza a los bosques cercanos y las mujeres estuviesen lavando la ropa en el río. Como si todos ellos todavía albergasen la esperanza de que la terrible sentencia de Sertorio no resultase al final más que una simple amenaza. El enfado reversible de un general contrariado.

Algunos edetanos habían dejado incluso los fogones encendidos con el pan cociéndose dentro. Y las herramientas colgadas en sus alcayatas, listas para el trabajo. Y los tornos alfareros dando sus últimas vueltas con la arcilla todavía fresca. Y hasta las tinajas llenas de vino, para regocijo de una tropa ebria que circulaba por aquellas calles sin control y sin oficiales al cargo.

—Es lo normal... —afirmó Draco, encogiéndose de hombros cuando lo interrogué por las ausencias de Prisco y Grecino—. Los hombres no tolerarían de buen grado un control demasiado estricto en una tarea así... —me explicó el *primus pilus* de aquel ejército con gesto condescendiente.

—Y si los ojos que deben ver se mantienen ciegos a propósito —repuso de repente Asiris, que caminaba a mi lado junto a su hermano—, todo lo que pase aquí hoy no habrá ocurrido nunca.

Draco le lanzó una mirada de enojo ante lo que entendió como un reproche a las leyes no escritas de la guerra.

—Aquí no va a pasar nada especial —gruñó—. Y, además, para eso hemos venido unos cuantos centuriones —añadió tomando una calle transversal y abandonando nuestra compañía.

Me imaginé aquellos hogares edetanos siendo consumidos por el fuego, y a sus dueños presenciándolo todo desde la lejanía. Contemplando cómo las posesiones y los recuerdos de una vida entera se convertían en cenizas. Un nuevo temblor agitó mi cuerpo. Asiris lo notó, como presentía siempre cada una de mis reacciones. Y me observó, temerosa quizá de una recaída.

—Me he adelantado a la «realidad» —le dije con mohín triste, usando una jerga que solo ella y yo entendíamos.

—Creo que nos hemos quedado solos —nos anunció Estibos.

La calle por la que transitábamos se había quedado vacía de gentes, pero no de sonidos. Porque los gritos y las risas de aquellos saqueadores implacables escapaban por ventanas y oquedades como voces del averno. Por eso nos zambullimos de cabeza en el laberinto, en una retícula de calles aterrazadas que ascendían, zigzagueando, hasta la cima de Lauro. Para tratar de dejar atrás aquella orgía infernal de descontrol y locura.

—Me gustaría ver el mar desde arriba —propuso de pronto Estibos señalando hacia la cara opuesta de

la ciudad edetana. Un deseo que a todos nos pareció adecuado, pues desde el campamento no podíamos divisarlo a pesar de tenerlo a escasas millas de distancia.

Decidimos entonces rodear la cumbre del *oppidum* ibero por su lado sur, dando la vuelta por una zona donde apenas existían viviendas, tan solo algunas cuevas en las que los edetanos habían guardado sus rebaños. Poco después, los añiles indescifrables del *mare Internum* y sus vetas de espuma blanca vinieron a recordarnos que, incluso en tiempos de guerra, existen otros colores distintos al rojo de la sangre y al negro de las hogueras. Entonces reparé en que llevaba varios meses viajando, peleando y viviendo casi a orillas del mar y, sin embargo, todavía no había tenido tiempo de probar sus aguas.

—¿Es salada, como dicen, el agua del mar? —le pregunté a mi amigo Estibos.

El indiketa me miró con ojos húmedos, evocadores, acorralado por la nostalgia.

—El mar —me dijo— es tan salado como fría y ventosa es tu Celtiberia, si es que aún te acuerdas de ella.

Después la voz crispada de Asiris hizo saltar en añicos los cristales siempre frágiles de la añoranza.

—¿Lo oís? —exclamó—. ¿Es que no lo escucháis? —repitió mientras giraba la cabeza como hacen los animales del bosque cuando la amenaza acecha.

—¿Oír? ¿El qué? —le preguntó su hermano, que la miraba tan confundido como yo.

Pero Asiris no respondió. La princesa indiketa era más proclive a las corazonadas y a los barruntos que a las explicaciones. Y por uno de aquellos tomamos su reacción instantánea y la frenética carrera que la hizo desaparecer entre las calles desiertas de Lauro en un abrir y cerrar de ojos.

Estibos y yo la seguimos a los pocos segundos, cuando nos convencimos de que no volvería a buscarnos. Sin embargo, al torcer la primera esquina ya no vimos ni rastro de ella. Fuimos entonces casa por casa, puerta por puerta. Topándonos en ocasiones con grupos de soldados cargados de objetos robados y de miradas torvas al tomarnos por rivales en el frenesí sin ley del pillaje. Fue al desembocar en la zona más descarnada y rocosa de Lauro cuando escuchamos las voces. Un barullo discordante de gruñidos y blasfemias se mezclaba en aquel aire salitroso con los aullidos enloquecidos de Asiris.

Estibos fue el primero en encontrar la entrada a la cueva, una espaciosa oquedad robada a la roca viva. Un lugar perfecto donde guardar un pequeño rebaño en tiempos de paz. Un improvisado refugio en caso de peligro.

Una familia edetana había encontrado allí escondrijo tras el ultimátum de Sertorio, remisa a dejar atrás una vida de trabajo o ignorante de la primera ley fundamental de la guerra: si una ciudad no se rinde por las buenas, cuando caiga será pasto de la soldadesca. El padre yacía degollado en un rincón de la caverna. A la madre la habían forzado hasta dejarla convertida en un ovillo de telas rasgadas y carne trémula. Dos legionarios se aplicaban ahora con la hija, una niña de a lo sumo once o doce años. Otros tres trataban de reducir a Asiris, a la que habían logrado tumbar en el suelo y arrancarle parte de la ropa.

Los dos soldados que se ocupaban de la pequeña edetana volvieron sus cabezas al escuchar pasos apresurados. Estibos se fue directo hacia los que sujetaban a su hermana sin reparar en la naturaleza de aquellos hombres. Los saqueadores de aquella gruta no eran hispanos como nosotros. Eran soldados de fortuna. Cinco mercenarios de la vieja guardia sertoriana. Cinco temibles triarios curtidos en la ardiente Mauritania que nos doblaban en edad y malas artes. Y aun así, aprovechando la sorpresa y el desconcierto iniciales, Estibos le abrió el cuello del primer tajo al que sujetaba los brazos de Asiris. Entonces la pelea se convirtió en un círculo mortal de cuatro sabuesos viejos acosando a dos jóvenes cachorros. Hasta que Asiris recogió el *gladius* del legionario muerto y ensartó por la espalda a otro de los triarios.

Draco se presentó justo cuando las fuerzas acababan de equilibrarse, deteniendo un combate que habría tenido, sin duda, más víctimas. El *primus pilus* ni siquiera necesitó desenfundar para que aquellos hombres feroces bajaran las armas. A Asiris, en cambio, tuvimos que retenerla entre Estibos y yo para que su ira incontrolada no provocara más muerte.

—¿Son esos soldados muertos lo único que te importa?! —le gritó a Draco la joven indiketa mientras la sujetábamos—. ¡Solo tienes ojos para ellos, ¿verdad?! ¡Para todo lo demás estás ciego! ¡Igual que los oficiales de tu maldito ejército! ¡Igual que Sertorio! ¡Yo os maldigo a todos! —se desgañitó una enloquecida Asiris ante la aparente pasividad del centurión sertoriano.

Draco no pronunció palabra. Ni siquiera nos miró, aunque su gesto sombrío y la extrema lividez de su rostro habrían hecho temblar al más pintado. El centurión de Sertorio se limitó a arrancar la chapa identificadora de aquellos cadáveres mientras dejaba marchar a los triarios vivos como si a su lado desfilaran fantasmas invisibles y no hombres.

XXIX

A pesar de la desconfianza de Asiris, Draco tuvo ojos. Y redaños para poner a los pies de Sertorio a los tres triarios supervivientes, así como también los cuerpos destartados de la familia edetana. Todos habían sucumbido finalmente a la barbarie, incluida la niña. Aquella misma tarde, con la ciudad de Lauro todavía humeante como mudo testigo, el general romano hizo formar a su ejército completo en la campa de Edeta.

Puestos de rodillas, los tres acusados fueron desposeídos en público de sus distintivos y condecoraciones militares. Después, el propio Sertorio les reprendió muy severamente por haber incumplido sus órdenes, que no eran otras que calcinar el *oppidum* ibero hasta la última piedra, pero respetando siempre a sus habitantes.

Los tres veteranos legionarios escucharon el admonitorio discurso inmóviles, cabizbajos, con las manos atadas a la espalda, esperando la sentencia final que debería castigar sus acciones. Y que no fue otra que la pena de muerte.

Un ronco murmullo trepó por las gargantas de los tres mil veteranos de la Mauritania que habían luchado y vivido mil guerras con los ahora condenados al patíbulo. Busqué a Draco con la mirada, alarmado, confiando en ver una luz tranquilizadora en sus ojos. O quizá simplemente escuchar un sencillo «Sertorio sabe lo que hace», como me había insinuado al oído en otras ocasiones. Esta vez, sin embargo, el centurión me escondió sus pupilas, y sus emociones. Tan solo la palidez cadavérica de su tez me hizo presagiar un final de lo más escabroso.

Sertorio se había girado hacia donde formábamos Estibos y yo. Su semblante seguía siendo grave, igual que sus ademanes.

—¡Estos hombres merecen ciertamente la muerte por sus actos miserables! —afirmó con voz estentórea—. ¡Y es justo también que la sentencia sea ejecutada aquí y ahora!

Una catarata de bisbiseos perniciosos como la cizaña escapó de aquellas tropas escogidas. Unas protestas que Sertorio silenció con un gesto de su mano, y con una decisión sorprendente.

—¿Y quién mejor para ejercer de verdugo que cualquiera de los hombres que les sorprendieron contraviniendo mis órdenes?! ¡Ese es mi veredicto, y aquí está el arma ejecutora! —dictaminó el general romano, clavando su *gladius* en la tierra con gran ceremonia.

Estibos y yo cruzamos miradas atónitas, espantadas. Casi instintivamente, los ojos se nos fueron a la figura pensativa de Draco, buscando en él el madero que todo náufrago ansía tras quedar a merced de las olas. Porque así es como mi amigo y yo nos sentíamos en aquel momento: solos, confundidos, desamparados, enfrentados a una misión a todas luces inejecutable. Justo como Sertorio había querido dejarnos.

Draco nos miró por fin. Su rojo escrutinio, sin embargo, estaba vacío de la cálida anuencia de otras veces. En sus pupilas inyectadas anidaba el desapego lógico e inevitable de un padre que ya ha criado

suficientemente a sus hijos. A unos vástagos que ahora deben enfrentar su destino y tomar sus propias decisiones.

Sertorio contemplaba absorto aquella espada clavada en el suelo esponjoso de Lauro, el instrumento que debía hacer justicia cercenando la vida de los culpables. Cuando se cansó de hacerlo, se volvió hacia nosotros y se quedó esperando nuestra reacción con los brazos cruzados.

—Yo no voy a matarlos —me susurró Estibos con voz casi inaudible mientras veinte mil cabezas nos buscaban entre las filas de aquella formación perfecta—. ¿Y tú?

Miré a Sertorio. Sonreía mientras esperaba nuestra decisión. Confiado, seguro de nuestra incapacidad para dar cumplimiento a su sentencia. Satisfecho de haber detenido la gangrena sin tener que amputar ningún miembro.

Una sombra felina irrumpió en ese instante de entre el público y recogió la espada del general romano. Asiris llevaba todavía la ropa hecha jirones y las señales inequívocas de la violencia. Sus ademanes eran los de una pantera en plena cacería. Su melena roja flotaba libre al viento de Poniente como una cortina de fuego y cólera. Tres certeros golpes le bastaron para descabezar a aquellos hombres arrodillados. Apenas tres segundos de ira desatada. El mismo tiempo que a Sertorio le había sobrado para recoger su *gladius* y suspender la ejecución por falta de verdugos.

—¡No me mires así! —le increpó Asiris tras lanzarle la espada manchada a los pies—. No he sido yo quien ha acabado con ellos. Han sido las almas de esos tres edetanos inocentes.

Draco acudió a nuestro encuentro cuando el ejército rompió filas; cuando en el aire tirante de Lauro todavía resonaban las blasfemias y promesas de venganza de muchos veteranos de la Mauritania. Algunos de estos soldados fueron más lejos y se llevaron un dedo al cuello mientras se alejaban, calcando la maniobra ejecutora de un matarife. Recordándonos a Estibos y a mí, y también a Asiris, cuál sería nuestro final en cuanto la ocasión fuera propicia.

—Es posible que los celtíberos de Sertorio todavía te adoren —me dijo Draco sin que sus palabras sonaran a reproche pero sí a advertencia—. Incluso los ilergetes de Alorcos puede que te hayan cogido afecto. Pero en cuanto a los triarios de la Mauritania —añadió dirigiéndose también a Estibos—, más os vale manteneros alejados de ellos. Y lo mismo vale para tu hermana —le advirtió al indiketa.

Aquella noche sorprendí a Asiris cuando pretendía salir del campamento aprovechando el manto impenetrable de la luna nueva.

—¿Adónde se supone que vas? —la asalté agarrándola del brazo.

—No es asunto tuyo —me respondió sin mirarme.

—De acuerdo, no lo es. Pero, aun así, voy contigo —repuse decidido—. Sola correrías serio peligro.

La princesa indiketa se desasí de mi mano con brusquedad, pero al menos me permitió seguirla, e incluso izarla sobre mi caballo.

—¿Adónde?

—Al mar —murmuró con voz apagada.

Ni una sola palabra cruzamos hasta llegar a la playa, pero no me importó. Sentir la cabellera sedosa de Asiris acariciando mi rostro ya era suficiente regalo de los dioses. Después ni siquiera tuve que esperar a que la empapadura del baño le ciñera las ropas para imaginar así la silueta de un cuerpo que presumía terso y ondulado. Porque tan pronto desmontó de Boudi, mi rebautizada montura, Asiris se desprendió del vestido y corrió hacia las olas como si en ellas buscara la curación de todos sus males o la redención

de sus pecados. Un segundo después, yo también la seguía, desnudo de ropas y miedos, y me lanzaba contra aquellos muros de espuma blanca como un guerrero peleando contra enemigos imaginarios.

El agua del *mare Internum* la noté tibia y, efectivamente, salada. Pero también oscura y traicionera. De hecho, si la guerra solo me había producido fiebres y algunos rasguños, el mar estuvo a punto de matarme. Pronto comprobé que no era lo mismo bañarse en el río de mi Contrebia natal, e incluso nadar en el caudaloso Hiberus, que ser cubierto por las olas sin tiempo material para respirar entre una y otra. Además, una corriente malévola me empujaba cada vez más adentro sin que ni mis brazos ni mis piernas fueran ayuda suficiente para ponerme a salvo.

Sentí las manos salvadoras de Asiris cuando ya me daba por muerto. La princesa indiketa había pasado sus brazos por debajo de mis axilas y me arrastraba con habilidad de sirena al sitio que me correspondía por inexperiencia: allá donde el agua apenas te hace cosquillas en el ombligo. Entonces la oí reír por primera vez, al verme toser y escupir agua como un náufrago recién rescatado.

—Pensaba que no eras humana —le dije tras recobrar el aliento—, pero ahora veo que quizá me haya precipitado en mis juicios.

La princesa indiketa frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque solo los humanos ríen. ¿No lo sabías? —le dije mientras aprovechaba la ingravidez del agua para entrelazar mis piernas alrededor de su cuerpo desnudo.

—También ríen las hienas —me refutó mientras trataba de poner un cierto espacio entre mi cuerpo y el suyo.

—¿Qué te han hecho? —le pregunté, afianzando el lazo sobre su cintura—. ¿Qué diablos te ha pasado?

—Nada.

—No me refiero a hoy. Me refiero a antes. Antes de conocerte. Antes de ser *así*.

Asiris se agitó inquieta, indecisa ante la disyuntiva de si luchar contra mis brazos o contra mis preguntas.

—¿*Así*? —preguntó con aspereza—. ¿Cómo *crees* que soy? —añadió con la misma brusquedad pero cejando al menos en su resistencia.

«Arisca, infeliz e inexplicablemente amargada», pensé lanzarle a la cara como tres piedras picudas.

—Tienes miedo a quererme —le dije sin embargo mientras le apartaba suavemente el cabello de la frente—. Y, a pesar de todo, me vuelves loco —añadí besándola en los labios.

Asiris se acurrucó en mi regazo, tiritando los fríos de algún tormento recóndito. Por primera vez la sentí débil y vulnerable. Por eso me atreví a cogerla entre mis brazos y a sacarla a la arena. Pero incluso allí continuó estremecida, desorientada, atacada por los perros rabiosos de su conciencia. Hasta que la envolví en la manta que cubría el lomo de Boudi y me tumbé a su lado, abrazándola, arrullándola con mis susurros. Tratando de hacerla volver de los cataclismos del pasado. De unos abismos que yo ni siquiera sospechaba.

Agitada por los temblores, Asiris recordó para mí el reciente calvario de su vida. Su padre, el rey Turaelo de Indika, se había casado dos veces. Estibos y ella eran fruto del segundo matrimonio. Una unión ya tardía a la que Biurtan, que ya contaba a la sazón con dieciséis años, jamás dio su beneplácito. Y que le hizo vivir abrasado por los celos y acorralado por el miedo a perder sus derechos de primogénito. Porque de sus dos hijos varones, Turaelo siempre sintió predilección por el joven Estibos.

Mi amigo indiketa había eludido de algún modo su incierto destino al ser reclamado por Sertorio

desde Osca. Ella por su parte había decidido marchar a Muturudum, incluso sin el consentimiento paterno. Una ciudad que, según afirmaba Asiris, había evitado la guerra, al menos por el momento. Lamentablemente, la revuelta desencadenada por Biurtan le cerró las puertas a una posible salida de Indika. Cuando las espadas callaron tras la victoria final del primogénito, este no se contentó con dar muerte a su propio padre durante la refriega. También quiso vengarse de Asiris. Y para que viera que no la consideraba hermana sino una perra hechicera, la violó delante de los ojos desorbitados de su madre. Y cuando acabó de hacerlo, él mismo degolló a la segunda esposa del difunto Turaelo ante la mirada impotente de Asiris.

A decir verdad, fue Pompeyo quien la salvó de una muerte segura al convencer a Biurtan de que la venganza y la alianza eran asuntos compatibles. Así se gestó el matrimonio con el viejo Isbataris. En realidad, una condena de por vida con la que tanto Pompeyo como Biurtan satisfacían, de un modo u otro, sus respectivos anhelos. Desde aquel infausto día, a Asiris la acosaba la náusea ante la idea del mero contacto con el sexo contrario. Eso fue lo último que me dijo, paradójicamente refugiada entre mis brazos, antes de caer en el marasmo sedante de la inconsciencia. Yo, en cambio, no quise dormir, o no pude. Porque, al hacerlo, me habría perdido el espectáculo mágico de sus suspiros, y el de los murmullos indescifrables que escapaban de aquellos sueños.

La princesa indiketa despertó de improviso cuando la alborada todavía era joven y apenas se distinguía el contorno borroso de los montes en el horizonte.

—Se acercan hombres —dijo nada más abrir los ojos, como si las pesadillas pudieran colarse también en la vigilia de las personas.

—Son tus fantasmas —le respondí acariciándola—. Estás a salvo.

—Se acercan jinetes —porfió zafándose de mi abrazo—. ¿Es que no oyes los cascos de sus caballos?

En el campamento de Sertorio tampoco habían notado el retemblar de la tierra bajo el azote de mil herraduras de acero. Por eso nadie hizo caso de nuestros gritos de alarma cuando volvimos apresuradamente de la playa. Tuvo que ser la polvareda que envolvía a aquellos jinetes la que impulsara a Prisco a llamar a grandes voces a dos cohortes completas y a disponerlas en formación de combate en la campa todavía ensangrentada de Lauro. Delante de ellos situó a la caballería ilergete de Alorcos. Grecino a su vez mandó colocar arqueros tras las empalizadas, por si aquellos centauros enloquecidos lograban abrirse paso entre nuestras tropas y procedía rociarlos con una lluvia de flechas antes de que alcanzaran el campamento.

La voz de Sertorio se alzó entonces por encima de aquel barullo de órdenes y juramentos.

—Son contestanos —dijo tranquilamente el Gigante de Nursia—, y sedetanos —añadió tras observar al grupo más detenidamente—. ¡Caramba, también vienen ilercavones! —Sonrió irónico mientras veía acercarse a aquella turbamulta de guerreros hispanos. Después se volvió a quienes contemplábamos la escena e ilustró con unas pocas palabras una situación con la que él, posiblemente, ya contaba—: No hay más que menear el árbol para recoger los frutos —afirmó casi riendo mientras se volvía a su *praetorium* a esperar la llegada de aquellos guerreros de la costa del *mare Internum*.

El árbol era, obviamente, Pompeyo. O, mejor dicho, la fulminante victoria obtenida sobre el general optimato en la campa de Edeta. Los frutos iban a ser las repentinas ansias de alianza de unos caudillos que no habían querido ayudarnos durante nuestra triste retirada del Hiberus y ahora, en cambio, acudían a Sertorio para ofrecerle miles de guerreros y urgirle a acabar de manera rápida y definitiva con la Roma

opresora que representaba Pompeyo.

El Gigante de Nursia recibió a todos aquellos mandatarios con amplia sonrisa, llamándolos hermanos y abrazándolos como si de verdad lo fueran. Olvidando, o al menos pasando por alto, su inicial reticencia a tomar partido por él en aquella guerra entre romanos. Evitando siempre cualquier palabra o gesto de reproche, y tratando de frenar —en vano— el carro de desaforado optimismo en el que todos venían montados.

Abararban, rey de los ilerlavones, habló en nombre de todos. Según afirmó, el momento de descabezar a Pompeyo y acabar con la tiranía de Roma había llegado por fin. Y así lo creían también sus compañeros de viaje, y vecinos del litoral. La noticia de la victoria de Lauro y de los veinte mil hombres perdidos por Pompeyo en la batalla había alcanzado los confines de Hispania en cuestión de horas. Ahora, afirmó arrancando vítores de sus convecinos, urgía destrozar a aquellas legiones consulares hasta reducir las a simples virutas. Y para que así fuera, cada uno de ellos pondría cinco mil guerreros bajo sus órdenes. E incluso más, si hacía falta.

Sertorio asistió al acalorado discurso de Abararban en silencio, asintiendo con aire grave y sin corregir en ningún momento el distorsionado número de bajas pompeyanas en la batalla de Lauro. Una cifra que la fuerza de la leyenda ya había duplicado en apenas un par de días. Después todavía trató de hacerlos entrar en razón y convencerlos de la importancia de la estrategia en una guerra que él anticipaba larga y de desgaste. Pero aquellos hombres barbados se miraron confundidos, aturcidos por el sonido extranjero de una palabra —«estrategia»— que no figuraba en su vocabulario básico de lengua romana, y cuyo concepto militar también desconocían. Tampoco les gustó lo del «desgaste» por estimarlo una lamentable pérdida de tiempo y hombres. Y por ello casi montaron en cólera cuando vieron a Sertorio frotarse la frente dubitativo y mover la cabeza de lado a lado ante la propuesta de una nueva e inminente confrontación en campo abierto.

—Abararban, dime una cosa —dijo al fin el general romano dirigiéndose al representante de aquellos caudillos hispanos—. ¿Quién es el hombre más fuerte de todos los que has traído?

Abararban pareció en un principio desconcertado por la pregunta, pero al final señaló a un guerrero que vestía un ajado chaleco de lino del que sobresalían dos brazos como troncos de roble. Cuando se levantó, el gigante ibero se mostró en toda su colosal estatura. Era casi una cabeza más alto que el propio Sertorio, y habría despedazado a cinco enemigos a la vez usando únicamente las manos.

El general optimate dio entonces una vuelta entera sobre sí mismo, como si buscara a alguien en concreto entre la multitud de espectadores que abarrotaba el foro del campamento.

—Placidio, acércate —ordenó cuando localizó al rétor entre la muchedumbre—. ¡Este es mi historiador y biógrafo! —afirmó a grandes voces—. ¡Posiblemente el hombre más débil e inservible de mi ejército, militarmente hablando! —añadió, para que el griego no tomara sus palabras como una auténtica ofensa.

Una recia risotada escapó de las gargantas hispanas al contemplar la rechoncha estampa del rétor, vestido con sus estrafalarias ropas de sabio griego, sosteniendo en sus manos gordezuelas unos rollos de papiro que para aquellos hombres tostados solo habrían tenido una utilización no muy decorosa. Y mientras todos se mofaban de Placidio, Sertorio había mandado traer al foro a un pequeño burro y al más lozano de nuestros mulos de carga.

—Hagamos una prueba —sugirió entonces el general romano cuando tuvo a los dos animales delante—. Tú —le dijo al descomunal ibero—, demuéstranos toda tu fuerza y arráncale la cola al burro. Y tú, Placidio —le ordenó al griego—, haz lo propio con la del mulo.

El gigante dudó, quizá sorprendido por tener que lidiar con la bestia más enclenque. O tal vez porque hacer daño a los animales no fuera propio de bravos guerreros hispanos. El rétor simplemente palidecía cavilando la forma de abordar una tarea que, ciertamente, no era para eruditos.

—¿No te atreves? —desafió Sertorio al coloso ibero—. ¿No tienes fuerza suficiente? ¿Así pretendes derrotar a Pompeyo? —añadió al ver sus titubeos.

Finalmente el ilercavón se escupió en las manos y se puso a estirar como un poseso del exiguo ramillete de cerdas. Entonces Sertorio se dirigió a Placidio en griego, para que ninguno de sus ilustres invitados hispanos pudiera entenderlo.

—Vete arrancando pelo a pelo hasta que te quedes con la cola entera en la mano —le instó a un aturullado Placidio—. ¡Pero date prisa, diablos!

Dos hombres sujetaban al pobre burro mientras el temible guerrero ilercavón sudaba y blasfemaba su impotencia ante los coros de ánimo de sus paisanos. A su lado, Placidio trabajaba lenta pero metódicamente en una cola mucho más recia que la del burro con sorprendentes resultados.

Un murmullo de decepción se cernió sobre el elegido por Abararban cuando este se desplomó vencido por el agotamiento. Y otro de sorpresa superó al primero al comprobar que a Placidio tan solo le quedaban unas pocas hilachas para culminar su tarea.

—Pompeyo es tan fuerte como la cola de este mulo —afirmó entonces Sertorio agitando el apéndice arrancado por Placidio como si fuera un trofeo—. Y será más fácil vencerlo si lo debilitamos poco a poco a base de astucia y golpes certeros. Creedme —les dijo a aquellos hombres, todavía boquiabiertos—. La victoria será nuestra si hacéis lo que os digo.

Los primeros desertores de Pompeyo, tal y como Grecino había vaticinado, no tardaron mucho en presentarse. Llegaron al caer la noche, cuando los ecos de los vítores y el aroma a ciervo asado todavía flotaban en el aire del campamento. Porque así fue como Sertorio selló —o renovó— la alianza con sus socios costeros. El festín con el que deleitó a aquellos caudillos fue largo, copioso, y estuvo regado abundantemente con vino y *caelia*. El general romano, sin embargo, pronto dejó las riendas de aquel convite a sus oficiales. Él prefirió comer las mismas gachas de trigo que sus soldados, sin siquiera probar la ración de vino que correspondía a todo legionario. Después se paseó entre los contubernios hablando con unos y bromeando con otros, sin escoltas ni lictores, pues aquella era la manera que Sertorio tenía de mostrar a sus hombres la confianza ciega que ponía en todos ellos. Así lo encontramos Draco y yo cuando lo abordamos con los siete desertores recién llegados.

Sertorio los hizo llevar a su *praetorium* y allí los ensalzó por su valentía y por su acierto al elegir definitivamente el bando correcto en aquella guerra. Les ofreció de comer y los obsequió con buen vino. Después les preguntó, siempre sin dejar de sonreír y por mera curiosidad, si alguno de ellos pertenecía al grupo de prisioneros a los que horas antes había perdonado la vida y dejado marchar libres tras tomar el campamento pompeyano. Dos levantaron la mano.

El Gigante de Nursia volvió a darles las gracias a ambos por la valiosa labor de proselitismo que habían llevado a cabo, afirmando que sabría reconocerles el favor que le hacían pues a buen seguro pronto vendrían más hombres confundidos, como ellos. A continuación los mandó a descansar sin hacerles una sola pregunta.

Draco y yo nos quedamos a solas con él en el *praetorium*, con los grillos del verano como únicos testigos. Sertorio se acercó entonces a nosotros y nos pasó sus brazos hercúleos por los hombros.

—Quiero que esos dos hablen hasta que ya no recuerden ni su propio nombre —le dijo a Draco—. Después cotejas la información que te den con lo que digan los otros.

Fui yo, sin embargo, el que tomó la palabra.

—¿Vas a torturar a esos desdichados?! —le pregunté indignado.

—Pueden ser espías —sostuvo Sertorio sin inmutarse.

—¡Eso es injusto! —exclamé—. Probablemente no son más que simples soldados que han venido a ti encandilados por tus promesas. Por las palabras que pronunciaste tras la victoria —le dije, tratando de hacerle reflexionar.

—Puede —Sertorio nos empujaba ya a la puerta de su tienda—, pero no es seguro. La tortura es el único medio de saberlo, Kalaitos.

—¿No me acompañas? —me preguntó Draco al verme tomar otro rumbo tras la despedida.

—¿A qué?

—A aprender un par de cosas sobre cómo hacer hablar a los mudos.

—No me apetece que me vuelva la fiebre —le respondí dándole la espalda.

—¿La fiebre? ¿Qué fiebre?

—Tú no lo entenderías.

El centurión me agarró por el hombro y me hizo volverme. El aliento le olía a vino peleón y a carroña vieja. Si sus dientes hubiesen sido blancos, la sonrisa de aquel hombre habría brillado como una linterna tétrica en aquella noche sin estrellas. Pero la boca de Draco era negra como una mazmorra.

—Desde que ha venido esa pelandusca —dijo—, cada día que pasa estás más raro. ¿Me ayudarás al menos a enterrarlos?

Dos horas tardó Draco en venir a buscarme.

—No eran espías —me confesó encogiéndose de hombros como quien se equivoca de sandalias al levantarse por la mañana.

—¿Y aun así los has matado?

—Es la guerra —se defendió con otro gesto de indiferencia—. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Y los otros cinco? ¿Qué pensarán ahora de nosotros?

Para Draco nada era un obstáculo. Todo podía ser maquillado con el arte de la mentira, incluso si esta resultaba un tanto burda.

—Les diremos que sus compañeros eran unos traidores que únicamente buscaban información para Pompeyo. Y que tuvimos que matarlos cuando escapaban del campamento.

Los cadáveres de los dos desertores torturados tenían las uñas arrancadas y los ojos escaldados, y un sinfín de alcatras todavía humeantes clavadas en distintas partes del cuerpo.

—¿Dijeron algo? —le pregunté a Draco mientras los cubríamos de tierra y piedras.

—Lo mismo que los otros —respondió el *primus pilus* escupiéndole sobre la tumba anónima de los dos desertores.

En este caso, la tortura no había sido la ventana por la que escapan secretos teóricamente inconfesables. Tan solo una forma de acabar la vida de manera dolorosa y precipitada. Al parecer, los siete legionarios huidos coincidieron en situar el nuevo emplazamiento de Pompeyo a unas quince millas de distancia de nuestro campamento, en una meseta a medio camino entre la llanura y las montañas. Lo más interesante, sin embargo, del interrogatorio fue conocer los lugares donde aquel ejército todavía poderoso forrajeara

durante las madrugadas. Sertorio marcó sobre su mapa aquellas zonas cercanas al mar, pero después su dedo se desplazó al oeste.

—Tenemos que conseguir que Pompeyo lleve sus labores de forrajeo aquí —dijo, señalando los valles zigzagueantes que penetraban en la cordillera del litoral—. Entonces le daremos el golpe de gracia.

A Sertorio se le veía ufano, optimista, complacido por una jornada que solo le había procurado satisfacciones. Y, sin embargo, la visión de aquel mapa y los alfileres que mostraban la nueva estrategia diseñada por el general romano me estaban dando qué pensar.

—¿Para qué malgastar tiempo hostigando al enemigo con idea de que cambie sus áreas de forrajeo cuando podríamos volver a enfrentarnos a ellos y vencerlos como en la campa de Lauro?

Sertorio me puso su recia manaza en un hombro y me miró de forma extraña, con el mismo destello emocionado que vi en el ojo tuerto de mi padre cuando logré matar a mis primeros enemigos.

—No volveremos a enfrentarnos Pompeyo en campo abierto —dijo a media voz, casi disculpándose por lo que podría parecer una cobardía.

—Ya lo hemos hecho —repliqué con la misma vehemencia que sus nuevos aliados iberos—. Podríamos volver a vencerlo. Todo es cuestión de elegir el momento apropiado.

La zarpa dura de Sertorio descansaba ahora sobre mi nuca. El mismo rayo de felicidad seguía centelleando en su ojo glauco mientras sus labios costrados sonreían.

—Todo es cuestión de elegir el momento apropiado, efectivamente —dijo, parafraseándome y asintiendo mientras hablaba—. Una ocasión que debemos buscar con sumo cuidado, con el fin de evitar otro choque frontal con sus legiones —añadió.

—¿Por qué?

Dos palmadas del Gigante de Nursia sobre mis espaldas arrancaron parte del polvo que llevaba adosado a mi capa.

—Porque esta vez Pompeyo no va a subestimarnos —dijo—. Ahora ya conoce algunos de nuestros secretos.

—¿Secretos?

Sertorio volvió a asentir con rictus orgulloso y a la vez solemne.

—Ha visto cómo mis celtíberos son capaces de aguantar a sus legiones en inferioridad manifiesta— afirmó—. También sabe, o sospecha, que alguien en mi ejército es capaz de convertir a esos guerreros en demonios, y de hacer que todos mis soldados hispanos combatan juntos como si fueran hermanos. —Sertorio sonreía mientras contemplaba mi gesto de asombro—. No me gustaría estar en tu pellejo, Kalaitos —me dijo—, si un día Pompeyo te pone la mano encima, aunque quizá te hiciera su tribuno si accedieras a cambiar de bando... —añadió atizándome otro cachete detrás del cuello.

El Gigante de Nursia había dado ya aquella reunión por terminada y empujaba cariñosamente hacia la puerta de su tienda de lona a sus dos últimos huéspedes.

—Hay una cosa más... —apuntó Draco de repente parándose en seco en la misma entrada.

—Una cosa más... ¿sobre qué?

—Sobre las confesiones de los prisioneros.

Sertorio frunció el ceño.

—¿De los vivos o de los muertos?

—De todos ellos —dijo Draco mirando al suelo con ojos sombríos, listo para la tormenta, preparado para abrir la caja de los truenos con los que iba a terminar aquella bochornosa jornada del mes de julio.

—¡Desembuchaya, diablos! —lo instó Sertorio ante la tardanza, consciente ya de que, incluso en

verano, una helada traicionera puede echar a perder la cosecha que uno lleva tiempo mimando.

—Pompeyo espera ayuda —musitó el centurión.

—¿Ayuda? ¿Dónde?

—Por mar.

—¿En Carthago Nova?

Draco asintió.

—¿Cuándo? —Sertorio había vuelto a grandes trancos al interior de su tienda.

El centurión extrajo de la caja un segundo trueno, aunque esta vez con su rayo y sus centellas correspondientes.

—Cayo Memmio llegó ayer a puerto con un ejército de siete mil hombres.

Sertorio inspeccionaba con aspecto fiero su mapa de campaña, como si fuera a incendiar aquel papiro con las llamas furibundas de su ojo sano. Después clavó dos alfileres con cabeza roja sobre Carthago Nova, fiel aliada de Roma, y varios de color blanco rodeando la fortaleza.

—Ese ejército no debe salir de la ciudad bajo ningún concepto —afirmó, contundente—. Mandaré a Insteyo con los triarios.

Mientras Sertorio seguía moviendo alfileres y jugando a la guerra sobre un trozo de papiro arrugado, reparé en los dos ejércitos casi intactos que defendían, a pocas millas de distancia, una Valentia libre de toda amenaza.

—¿Por qué no pides ayuda a Perpenna o Herenio? —intervine sin entender el porqué de tantas prisas y tantas preocupaciones por apenas dos legiones incompletas—. Ellos podrían encargarse de controlar a ese Cayo Memmio —le dije aproximándome al mapa y señalando los alfileres que representaban a las tropas acuarteladas junto al río Turis—. Tú no tienes suficientes hombres para abarcar dos frentes.

Sertorio apretó las mandíbulas e hizo un esfuerzo por aparentar calma. De repente, toda la dulzura anterior de su mirada, toda la sutileza que había empleado conmigo segundos antes se habían borrado de su faz como desaparecen las ondas sobre la lisura del agua.

—Yo soy quien decide cuándo y a quién se pide ayuda, Kalaitos —me dijo con voz ronca, con su nariz chafada casi pegada a la mía—. Que no se te olvide nunca. Mientras tanto, simplemente, cumple mis órdenes.

XXX

Las órdenes inmediatas del general romano fueron las de hostigar sin descanso a las partidas de forrajeadores que, hasta entonces, habían campado a sus anchas por un terreno cómodo y despejado, sin sufrir ataques ni sobresaltos. Y eso fue lo que hicimos a partir de aquella misma madrugada, cuando los ilergetes de Alorcos cayeron de improviso sobre los hombres de Pompeyo causándoles algunas bajas. Pero, sobre todo, impidiéndoles aprovisionarse debidamente. Al día siguiente, a mí también me tocó provocar el caos entre aquellos soldados espantados, y quemar sus carros, y alancear sus caballerías, siempre al frente de los jinetes celtíberos a cuyo mando me había colocado definitivamente Sertorio. Estibos cabalgó a mi lado en aquellas incursiones entre dos luces, y también lo hizo su hermana Asiris, a quien el general romano trataba de esconder de las miradas de deseo tanto como de las de odio. Placidio, en cambio, no compartió con nosotros aquellas andanzas. Sertorio no lo consideró prudente. Ni siquiera le permitió acompañarnos el día señalado para iniciar el plan que arrancaría otro puñado de cerdas de la cola de un caballo todavía fuerte y muy peligroso.

Los forrajeadores de Pompeyo habían acabado finalmente por mudar sus labores de abastecimiento a los valles de las montañas, cansados de los ataques cada vez más frecuentes de un enemigo pertinaz y casi invisible. No obstante, a pesar de la aparente calma reinante en aquellos desfiladeros, el general optimato había asignado una legión completa para la salvaguarda de unas patrullas absolutamente indispensables para la supervivencia de un ejército. Lo que Pompeyo no podía sospechar era que sus movimientos no solo estaban previstos, sino que habían sido realmente inducidos por su irreductible enemigo con la idea de volver a sorprenderle con un nuevo golpe de mano. Una acción que, al igual que en Lauro, llevaría implícitos riesgos inevitables.

Una noche entera empleamos en atravesar los páramos de la llanura costera hasta alcanzar los nuevos territorios en los que el enemigo se aprovisionaba. Después de aquel viaje en penumbra, vivimos ocultos en aquellos bosques del interior durante tres días, agazapados en la espesura mientras esperábamos la ocasión propicia. Tres largas jornadas viendo cómo aquellas partidas de forrajeadores hacían su trabajo celosamente, siempre protegidos por sus guardianes: una legión al completo que en ningún momento abandonó su formación defensiva mientras vigilaba, manteniendo sus más de ocho mil ojos puestos en las dos bocas de aquel profundo desfiladero. Y, sin embargo, ni uno solo de aquellos hombres llegó a sospechar por un instante que los árboles de aquel valle pudieran tener ojos y oídos, e incluso un *gladius* desenfundado. Ni siquiera los cuervos barruntaron la presencia de un ejército bajo sus nidos, de unos hombres preparados para sembrar la muerte en cuanto el Gigante de Nursia diera la orden.

El cuarto día las cosas se presentaron de forma bien distinta a los anteriores. Aquella mañana, forrajeadores y vigilantes aparecieron en el desfiladero charlando tranquilamente, con las armas

enfundadas y los escudos al hombro, gastando las bromas habituales entre soldados que no esperan sobresaltos. Prescindiendo por primera vez de las precauciones que convierten a una legión romana en un erizo intocable.

A la vista de los acontecimientos, Sertorio ordenó cerrar el desfiladero de inmediato, haciendo avanzar a cinco cohortes de *scutati* por uno de sus extremos y a otros tantos *caetrati* por el otro. A pesar del desbarajuste inicial, los pompeyanos replicaron con brío, ordenando sus filas con rapidez y rechazando fácilmente a los guerreros aportados por Abararban. Después, la pelea entre nuestra infantería pesada y los legionarios optimates se me antojó excesivamente nivelada como para pensar en un desenlace rápido y favorable. A los pocos minutos, incluso la idea de una victoria pírrica ya me pareció un cálculo muy optimista. Sertorio, mientras tanto, seguía conteniendo de manera inexplicable a su caballería celtíbera.

—¡Nunca los venceremos si no conseguimos rodearlos por completo! —le advertí al general romano al comprobar cómo los *caetrati* de Abararban se retiraban definitivamente, dejando a los *scutati* peleando en solitario contra una legión completa—. ¡Debemos entrar en combate de inmediato! —le urgí, intoxicado por los efluvios de la guerra—. ¡Manda ya a la caballería celtíbera! —le pedí mientras las fiebres de la realidad, como habría dicho Asiris, se apoderaban de mi cuerpo y de mis ideas.

El general romano me escuchaba, pero seguía inmóvil, observando aquella lucha todavía equilibrada sin contestarme.

—Contempla la batalla desde aquí mientras puedas —me dijo al fin con sorprendente aplomo—. No tendrás muchas más ocasiones de hacerlo tan cómodamente. Y ten paciencia —añadió—. Hoy habrá pelea para todos.

Sertorio esperó todavía un buen rato, quizá demasiado, hasta que nuestras filas iberas parecieron flaquear ante la presión constante del enemigo. Unos soldados que ya no se preocupaban por mirar a su espalda, pues los guerreros de Abararban hacía rato que habían dejado de ser un peligro.

—¿Ves, Kalaitos? —me dijo al ver la lamentable falta de atención de aquellas tropas hacia su retaguardia—. Ahora es cuando la fruta está madura. Ahora es el momento de mover nuestras fichas —sentenció levantándose con parsimonia.

Yo también salté de mi agujero para dar las instrucciones pertinentes a las turmas celtíberas.

—¡Esperad! —La voz urgente de Asiris sonó a mis espaldas con la estridencia de una trompa de guerra—. Se acercan hombres —afirmó mientras ponía su oído al viento.

Sertorio se giró hacia ella a la vez que yo con mirada interrogativa.

—¿Hombres? ¿Qué hombres? —preguntó, todavía aturdido por la intromisión de la joven indiketa.

—Soldados —sostuvo Asiris, que seguía olfateando los vientos del este—. Muchos. Puede que una legión entera.

La cara de Sertorio se contrajo en una dolorosa mueca de incertidumbre. El Gigante de Nursia fruncía el ceño y se mordía el labio inferior mientras disipaba sus dudas, mientras decidía si hacer caso del mero barrunto de una bruja o atenerse a su estrategia.

—¿Atacamos? —le pregunté al verlo dudar, dispuesto a lanzarme ladera abajo ignorando la voz de alarma de Asiris.

El general romano respiraba con dificultad, asfixiado por los tentáculos de la indecisión. Atenazado por unas fuerzas que constreñían su pecho más que las correas de su propia coraza.

—Esperemos un poco —resolvió al fin apretando los dientes.

Durante varios minutos todos escrutamos el fondo vacío de aquel valle, y aguzamos los oídos en busca de otros sonidos que no fueran los de la propia batalla, una lucha que había empezado a inclinarse, poco

a poco, del lado optimata. Entonces divisamos los refuerzos de Pompeyo, cuando la tensión de la espera había convertido ya nuestros nervios en frágiles cristales de cuarzo. Pero al menos los vimos a tiempo, antes de cometer una locura que habría tenido consecuencias irreparables. También los forrajeadores y la legión que los protegía avistaron aquellas tropas de auxilio. Y redoblaron su empuje y sus estocadas viendo cercano el momento de vengar la derrota de Lauro.

—¡Hay que atacar ya! —exclamé volviéndome hacia un Sertorio que contemplaba el nuevo escenario con aire abstraído, aparentemente ajeno a las apreturas del tiempo—. ¡Tenemos que salir al paso de los que llegan o una parte de nuestros *scutati* quedará encerrada entre dos frentes! —lo apremié al presentir el negro futuro que esperaba a unas tropas que iban a quedar acorraladas sin remedio.

Cuando el Gigante de Nursia despertó por fin de su trance, supe por el brillo metálico de aquella pupila que nuestros planes originales habían cambiado radicalmente.

—Mira bien lo que voy a explicarte, Kalaitos —me dijo mientras trazaba rayajos en el suelo con la punta de su espada—, porque de ti dependerán las vidas de miles de hombres en esta batalla, incluso la mía propia.

Un cuerno de guerra y dos toques de *bucina* taladraron la batahola metálica de la batalla justo cuando las tropas de refresco optimates se aprestaban a entrar en combate, a sorprender por la espalda a una buena porción de nuestros *scutati*. Sin embargo, pocos segundos después de aquellos toques, los soldados iberos abandonaban la escena de la lucha a la velocidad del rayo, sin dar tiempo a ser copados por el enemigo, trepando por las empinadas laderas de aquel barranco igual que muflones huyendo del lobo. Desapareciendo entre los árboles como sombras evanescentes. Permitiendo que las dos legiones pompeyanas —la que luchaba y la que llegaba de refuerzo— se fundieran en medio de un desfiladero repleto ya de cadáveres.

La alegría optimata tras el reencuentro resultó breve y cauta. A decir verdad, resulta difícil celebrar nada cuando el rumor de miles de cascos al galope anuncia la llegada inminente de la caballería enemiga. Los jinetes celtíberos alcanzaron la hondonada aullando como espíritus dementes, comandados esta vez por el legado Octavio Grecino. Porque, a mí, Sertorio me había encomendado una tarea bien distinta a la prevista en un principio: crestear los riscos del desfiladero en busca de los *scutati* huidos. Lo cual hice en solitario, desprendido por una vez de la sombra infalible de Asiris, a quien logré dejar —no sin muchas protestas— al lado de su hermano Estibos y del propio Sertorio, acompañados todos ellos por dos turmas de caballería vaccea. Unos guerreros que iban a servir, según se dieran las cosas, para apuntalar otra victoria sonada o para salvaguardar la vida de un general en apuros.

Encontré a Draco y a varios centenares de soldados iberos en un pequeño claro del bosque tras cabalgar apenas un par de millas hacia el norte. Muchos más guerreros, incluidos los *caetrati* de Abararban, continuaron llegando mientras instruía al centurión y a otros suboficiales sertorianos sobre la nueva estrategia a seguir. Cuando terminé mi explicación —también apoyada en rápidos trazos hechos a punta de espada—, pude comprobar que quizá ya fuesen casi tres mil los iberos reunidos tras la retirada.

—¿Volverán a pelear estos hombres sin poner reparos? —le pregunté a Draco tras observar un instante a unos hombres todavía jadeantes tras el enorme esfuerzo.

Una mano de hierro me agarró del borde de la armadura y me zarandeó como a un trapo sucio.
—¡Esos *scutati* son *mis* hombres! —bufó Draco a un dedo de mis narices—. Yo los instruí en Osca.

Morirán si es preciso —me dijo sin soltarme—. No se te ocurra jamás dudar de ellos.

—Pero acaban de huir de la masacre y quizá su moral no sea...

Draco no me dejó terminar. Esta vez su zarpa me atenazó el cuello.

—¿A cuántos de esos hombres les falta el escudo o la espada? —me espetó agriamente—. ¿Cuántos han arrojado sus armas para correr más deprisa? —añadió soltándome de un golpe.

—Ninguno —hube de admitir.

—¡Ninguno! —repitió el centurión—. Porque esos hombres *no* han huido de la batalla. Tan solo han llevado a cabo un «repliegue estratégico» —puntualizó—. Pero volverán a luchar tan pronto yo se lo ordene.

Las dos legiones optimates avanzaban —o reulaban— organizadas en su típica disposición defensiva, en dirección a la salida norte del desfiladero, sin perderle jamás la cara a una caballería celtíbera que se mantenía acechante a menos de cien pasos de distancia. Sin lanzar el ataque prometido tras la frenética galopada ladera abajo, pero bloqueando la salida del desfiladero por aquel extremo.

—Quiero que peles a mi lado —me dijo Draco cuando avistamos al enemigo.

—Estaré a tu lado, más o menos cerca —le respondí desde las alturas de mi caballo.

—A pie —matizó.

—¿A pie? —me extrañé, pues los galones que Sertorio me había otorgado para la ocasión podrían requerirme una movilidad constante.

—Lo que Sertorio pretende es muy arriesgado —confesó—. Nunca hemos hecho una cosa así antes. Para mis hombres —dijo—, será más sencillo si tú y yo llevamos la voz cantante «desde dentro».

Miré adelante mientras pensaba. El enemigo —observé— ya nos había descubierto, y maniobraba para cubrir el nuevo frente. Una amenaza con la que posiblemente no contaban, pues cuando un ejército ha abandonado la batalla de forma tan precipitada como habían hecho los *scutati*, resulta impensable que esos mismos hombres vuelvan a cohesionarse y a encontrar los arrestos para un nuevo ataque. Descendí de Boudi y le susurré unas palabras al oído. Después lo mandé de vuelta con Sertorio de una palmada en el lomo. El desfiladero —decidí— era suficientemente angosto como para poder entendernos a voces sin necesidad de ir montado a caballo. Y en cuanto al armamento propio de un legionario, tan solo me faltaba el escudo. Pero lo encontré a los pocos pasos, al lado de un soldado caído.

El ejército pompeyano dudó durante unos instantes, y apretó sus filas al comprobar la realidad de un acercamiento que no tenía visos de ser fingido. A pesar de la inferioridad aplastante de nuestras tropas, en las estrechuras de aquel barranco incluso cuatro mil hispanos armados —entre *scutati* y *caetrati*— podrían constituir un obstáculo formidable para dos legiones expertas. Y aun así, las tropas optimates nos eligieron a nosotros antes que a la caballería celtíbera como la pared que deberían derribar para escapar de aquel atolladero.

Draco y yo nos situamos en el centro de nuestro frente de ataque, aunque separados por unos quince pasos. Él, más cerca del ala derecha y yo, de la contraria.

—¡Tortuga! —vociferó el centurión sertoriano cuando vio al enemigo preparar sus *pila*.

La temida descarga llegó, aunque no tan tupida como habría sido normal. Al fin y al cabo, una de aquellas legiones ya había empleado sus lanzas en su primer choque con los *scutati*. Lo mismo nos ocurría a nosotros, y por eso nos pusimos a esperar el topetazo sin lanzar un solo venablo.

—¡Fuerza en esas alas! —gritó Draco mientras afianzaba los pies en el suelo—. ¡Y un paso atrás en

cuanto nos embistan! —añadió dirigiéndose ahora a quienes ocupábamos los lugares centrales de aquella formación. Un segundo más tarde yo transmitía el mismo mensaje a los hombres del lado izquierdo. Después eché un vistazo atrás y recé para que las ocho filas en fondo de que disponíamos fuesen suficientes para contrarrestar el empuje de casi diez mil legionarios y llevar a cabo la nueva estrategia ideada por Sertorio.

El impacto de las tropas optimates contra el corazón de nuestra formación resultó un poco más esponjoso que de costumbre, amortiguado por nuestro leve retroceso en el centro. Aquellos hombres, sin embargo, no mostraron sorpresa por aquel aparente desistimiento. Es posible que lo atribuyeran al cansancio, o a una falta de convicción en unos guerreros que ya habían eludido la batalla minutos antes. Tampoco parecieron reparar en que las alas de nuestro frente no habían cedido un solo paso tras el envite, y combatían con agresividad rabiosa. Porque lo que realmente acicateaba a aquellos legionarios —y los cegaba para darse cuenta de otras circunstancias— era la posibilidad de abrir brecha por el centro, y partir en dos nuestra línea de escudos. A partir de ahí, todo sería pan comido para un ejército que nos duplicaba en efectivos.

—¡Paso atrás! —volvió a ordenar Draco a quienes manejábamos el núcleo de nuestras filas—. ¡Paso atrás! —repitió por enésima vez con el fin de que el retroceso resultase lo más ordenado y simétrico posible—. ¡No perdáis la cara! —se desgañitó, no obstante. Porque tampoco era cuestión de dar aire excesivo a unas tropas que ya veían la luz de la victoria detrás de nuestros cogotes.

El silbato de Draco sonó por fin cuando las dos primeras filas habíamos combatido ya durante más de veinte minutos. Entonces cedimos nuestros puestos en la barrera de escudos a hombres de refresco.

—Ha llegado la hora de la verdad —me dijo el centurión escupiéndose en la palma de la mano derecha cuando los dos jadeábamos a espaldas de los *scutati* que habían ocupado nuestro sitio.

Draco sudaba copiosamente debajo de una armadura abollada en mil batallas. Su casco e incluso la cresta blanca que lo adornaba también estaban mellados por las cuchilladas de muchos años de guerra. Su mítica sonrisa patibularia, sin embargo, seguía resplandeciendo, inmune al desaliento.

—Sertorio es un hijo de la grandísima —dijo mirando hacia los bosques desde los que el Gigante de Nursia debía de estar observando la batalla—. ¡Qué fácil es diseñar estrategias para que otros descubran si es posible o no llevarlas a cabo! —añadió dándome un empujón y enviándome rumbo a un destino imprevisible.

Draco corrió hacia el ala derecha mientras yo hacía lo propio por el lado opuesto, arrastrando cada uno a una cohorte completa de *scutati*. Después de aquel apresurado desdoble, nuestro centro quedó reducido a únicamente cuatro filas en fondo. Una línea que, tras el retroceso planificado por Sertorio, había ido deformándose peligrosamente hasta adoptar la forma de una punta de lanza invertida. Una bolsa donde cada vez cabían y peleaban más enemigos, pero cuyas paredes podían resultar al final excesivamente finas para contener el empuje de dos legiones romanas.

—¡Estirad ese flanco! —gritamos Draco y yo casi al unísono desde nuestros nuevos lugares de mando—. ¡Avanzad! ¡Vamos, avanzad! —les ordenamos a unas tropas que hasta el momento se habían limitado a mantener la posición sin ceder terreno—. ¡Estirad esas líneas! ¡Continuad el despliegue! —reclamamos a nuestros soldados como si su capacidad de aguante no tuviera límite. Como si una formación de combate hecha con hombres de carne y hueso fuese elástica como la vejiga de un cerdo—. ¡Envolvedlos por las alas! —los animamos tras comprobar cómo la parte central del ejército enemigo seguía pugnando por romper nuestra barrera de escudos sin percatarse de las apreturas en las que peleaban el resto de sus compañeros. Porque aquella punta de lanza inicial que amenazaba con perforar nuestro

centro había ido ensanchándose poco a poco hasta convertirse en una enorme panza propiciada por nuestro metódico retroceso. Una bolsa de finas paredes que, aun así, soportaba el empuje de miles de soldados optimates. Constriñendo sus filas. Limitando sus movimientos. Apretándolos dentro de un corral cada vez más reducido. Entonces reparé en que varios centenares de aquellos hombres aprisionados eran guerreros indiketas. Unas tropas auxiliares que apenas podían ya revolverse sobre el suelo que pisaban, igual que las dos legiones de Pompeyo.

A pesar de que la hipotética salida del atolladero seguía estando igual de cerca, algunos centuriones enemigos comenzaron a ser conscientes del peligro, y empezaron a repartir órdenes con idea de evitar la maniobra de envolvimiento de nuestros *scutati*. Unas tropas eminentemente hispanas —aunque formadas y equipadas a la usanza romana— que estaban sacando provecho de las estrechuras de aquel desfiladero para maniatar al contrario.

Varias *bucinae* optimates instaron a un retroceso rápido hacia el extremo opuesto del barranco, con el fin de escapar de un círculo casi cerrado. Sertorio apareció entonces en el extremo opuesto de la hondonada con todos sus efectivos, impidiendo cualquier maniobra de emergencia de aquellas tropas desesperadas. El Gigante de Nursia arremetió contra la infantería optimate y también contra la exigua caballería indiketa con la furia de los Titanes. Gracias al empuje de los jinetes celtíberos y vacceos —y a pesar del escaso espesor de nuestras filas—, la saca quedó finalmente cerrada en pocos minutos. Entonces el gato fue ratón, repentinamente atrapado en una jaula que, en vez de barrotes, tenía cuchillos y lanzas. Ese es el drama del ejército que es copado por otro y sucumbe de manera irremediable aun siendo más numeroso que el contrario. Porque cuando las filas se aprietan y los soldados se hacinan sin orden ni espacio para manejar un *gladius*, ya solo queda contemplar cómo la muerte se aproxima inexorablemente, paso a paso, mientras los compañeros que tienes delante van cayendo como bolos rajados.

XXXI

Tales fueron las apreturas a las que sometimos a los legionarios de Pompeyo, y esas sus terribles consecuencias. La mayor parte de aquellos forrajeadores y las tropas que deberían haberlos guardado murieron apelotonados en el mismo montón: ensartados, pisoteados o aprisionados por sus propios compañeros hasta la asfixia. Solo unos pocos jinetes consiguieron escapar a la hecatombe y a nuestra persecución implacable. Algunos también eludieron la muerte al rendirse en el último instante. Después, igual que en Lauro, iniciamos la ineludible tarea de rematar a los agonizantes y capturar a los desorientados. Porque, aunque parezca mentira, algunos soldados vuelven de la inconsciencia tras la batalla, a veces sin heridas graves, simplemente aturcidos por la indescriptible sensación de verse vivos cuando ya se creían cadáveres.

Divisé a Estibos en la lejanía. Había bajado hasta el fondo del valle siguiendo la estela de Sertorio. Por los restos de sangre que cubrían sus ropas y salpicaban los lomos de su montura, supuse que había intervenido en la última fase de la pelea. El indiketa —observé— mostraba el semblante cerúleo y la mirada descompuesta. Persiguiendo una visión que a mí también me hizo parpadear cuando descubrí dónde se habían posado los ojos estupefactos de mi amigo.

Biurtan era uno de aquellos seres desorientados que recorrían la hondonada esperando el golpe de gracia. El caudillo indiketa había perdido el caballo en la refriega, y también el casco y el escudo. De su cuero cabelludo manaba un hilillo de sangre que le surcaba el cuello hasta perderse dentro de su armadura. Estibos me miró indeciso cuando me acerqué a él, como si despertase de una larga catalepsia. No supe qué decirle. No eran mis sentimientos los que estaban en juego. No era yo quien debía dictar la manera de proceder. Si una espada debía cercenar la vida del nuevo rey indiketa, esa no era la mía. Mi amigo, sin embargo, continuaba sujeto por fuerzas intangibles, o torturado por pensamientos pretéritos. Por eso Biurtan acabó por reconocernos.

—Sé que no vas a matarme —le dijo a su hermano cuando estuvo a tres pasos de nosotros—. Nunca tuviste coraje para empuñar una espada, y dudo que los romanos te lo hayan inculcado —añadió con una mueca de desprecio—. Eres como nuestro padre —continuó con el mismo tono despectivo—. Por eso os detesté por igual a ambos. Desgraciadamente, solo pude matarlo a él. Y a tu madre.

Un *gladius* brillaba junto al cuerpo despanzurrado de su dueño. Biurtan lo contempló un instante antes de recogerlo.

—Sé que no vas a matarme —repitió.

El galope de un caballo encubrió el deslizarse de mi *gladius* al abandonar su funda, como también ocultó el grito del caudillo indiketa al ser brutalmente arrollado por una silueta cuya melena roja se confundía con las crines flotantes de su montura. El impacto lanzó a Biurtan por los aires, dando volteretas como un muñeco descabalado. Cuando trató de levantarse, Asiris ya estaba sobre él, dispuesta a atravesarlo con un *pilum*. La zarpa de Draco, sin embargo, evitó el fratricidio.

—No tengas tanta prisa —le dijo el centurión—. Este hombre todavía puede sernos de utilidad antes de que se reúna con sus dioses.

Biurtan habló sin necesidad de tortura. Y sin que la vergüenza de la traición le oprimiera la garganta o le llevara la sangre a la cara. El cabecilla indiketa contó con todo lujo de detalles cómo Pompeyo había decidido pedir ayuda a Metelo el día después de su derrota en Lauro. E incluso descubrió la ruta que habrían seguido aquellos mensajeros en su camino hasta el otro extremo de la península. Según afirmó el hermanastro de Estibos y Asiris, el joven general optimata instaba al procónsul de la Hispania Ulterior a reunirse con él en el litoral del *mare Internum*. Para aplastar entre ambos a un molesto proscrito llamado Quinto Sertorio. Después de su confesión, Biurtan se quedó callado, expectante, confiado quizá en la fama de hombre magnánimo de la que gozaba Sertorio. Pero el Gigante de Nursia no estaba en aquel momento para sentencias, ni para perdones. Tras la conversación, se había quedado pensativo, cavilante, examinando sus mapas con el ceño fruncido. Haciendo cálculos y barajando posibilidades.

—Lleváoslo —ordenó finalmente con un gesto de la mano, para perder de vista a quien, en pocos meses, ya había traicionado a dos generales romanos.

Sertorio todavía observó durante unos minutos aquella Hispania plagada de alfileres rojos y blancos después de que Prisco y Grecino abandonaran su *praetorium*.

—¿Podemos creer lo que ha dicho esa víbora indiketa? —le preguntó Draco en cuanto nos quedamos solos.

—¿Y por qué no? —inquirió Sertorio.

—Porque es el testimonio de un traidor que solo busca salvar el pellejo. Quizá sería mejor torturarlo primero —apuntó Draco.

—Hasta los traidores dicen la verdad en ocasiones —afirmó el general romano desestimando tal posibilidad—. Además —añadió—, dudo de que Biurtan conociera la existencia de Metelo si no se lo hubiera oído nombrar a Pompeyo antes.

Draco tuvo que darle la razón a Sertorio. No era muy probable que Biurtan, un habitante de la lejana Indika, un *oppidum* a pocas millas de los Pirineos, conociera ni siquiera de oídas a Quinto Cecilio Metelo, el otro general optimata encargado de custodiar la media Hispania que no podía abarcar Pompeyo. Unos territorios en los que ningún indiketa había puesto jamás los pies, y posiblemente tampoco ningún celtíbero. Y sin embargo, Kalaitos el contrebiense iba a tener que hacerlo en breves fechas. Porque así lo dispuso el hombre que aspiraba a controlar Roma algún día.

—No puedo distraer tropas para que os acompañen —se disculpó Sertorio al encomendarnos una misión que deberíamos hacer prácticamente solos. Porque a pesar de la nueva victoria en el desfiladero, en la que contamos mil cadáveres propios y siete mil ajenos, nuestro ejército seguía siendo inferior al de Pompeyo. Desde la partida de Lucio Insteyo unos días atrás con una legión entera para oponerse a Cayo Memmio en Carthago Nova, nuestros efectivos se habían reducido a mínimos muy preocupantes. Y, aun así, Sertorio seguía empeñado en no contar con Perpenna o Herenio.

—Es de vital importancia —nos dijo— que Hirtuleyo impida la salida de Metelo de la provincia Ulterior—. Si ambos ejércitos optimates consiguen fusionarse... —El Gigante de Nursia no acabó la frase. No había necesidad. Todos los que vivíamos bajo su mismo techo sabíamos de sobra que si Pompeyo y Metelo unían sus fuerzas, el litoral estaría perdido. Y posiblemente la guerra entera.

—¿Qué has pensado hacer con Biurtan? —le pregunté antes de abandonar el *praetorium*.

A Sertorio le costó unos segundos digerir mi pregunta. Su cabeza, supuse, debía de andar ya calculando nuestras opciones de éxito en una misión que partía con inevitable retraso. No obstante, cuando volvió a este mundo, el general romano compuso un gesto de indiferencia.

—Tu amiga indiketa me ha pedido permiso para disponer de su vida —dijo tranquilamente.

—¿Asiris? —exclamé sorprendido—. ¿Y se lo has dado?

Sertorio asintió con total despreocupación.

—Al fin y al cabo —afirmó displicente—, le debía un favor. Y, además —añadió—, no me ha dado la impresión de que quisiera soltarlo.

Busqué a Asiris por todo el campamento sin resultados. Después fui a la tienda donde retenían a Biurtan pero la encontré vacía. Sus carceleros me dijeron que Asiris había llegado con un papiro firmado por Sertorio y habían tenido que entregarle al prisionero.

—¿Y adónde se lo ha llevado? —les pregunté a aquellos hombres despreocupados.

—¡Cualquiera sabe! —me contestó entre risas uno de ellos—. Lo ha atado a la silla de su caballo y ha salido galopando.

—Ya puedes tener cuidado con esa loba —terció el otro—. Cualquier día te despiertas con el gaznate cortado.

Asiris tardó dos horas en volver. Cuando lo hizo, se detuvo a un estadio de distancia del campamento. Mientras corría hacia ella, la vi desmontar y desatar el cable que unía el cuerpo desvencijado de un hombre a la silla de su montura. Biurtan —o lo que quedaba de él— no era más que un amasijo de jirones hechos de tela y carne. Una auténtica pulpa sin rostro ni facciones reconocibles. Pero con ojos muy abiertos, y un soplo de vida todavía agarrado a un cuerpo deshecho.

—Mátame —me suplicó al verme—. Mátame tú, no ella.

Asiris había desenfundado un *gladius* y lo sostenía en el aire con mano crispada. Contemplando a su hermanastro con ojos inyectados de rabia. Sin traza alguna de piedad o misericordia.

—Ya es suficiente —le dije aferrándole la muñeca.

—Déjame acabar, Kalaitos —replicó soltándose con ademán brusco—. Hay cosas que un hombre no puede entender por mucho que lo intente.

Aquella noche Asiris regresó muy tarde, y se tumbó a mi lado en vez de usar su camastro. En un primer instante, pensé en Draco al notar movimientos a mi espalda. Por un momento se me ocurrió que era él quien había venido a buscarme requiriéndome para alguna inaplazable misión nocturna. Pero el centurión roncaba como un verraco enfurecido en el otro extremo del contubernio. También dormía Estibos, aunque más silenciosamente. De Placidio no vi ni rastro.

—Esta noche no me ha atacado la fiebre, y no me hacen falta los hielos que inundan tu cuerpo —le dije a Asiris al percatarme de que se trataba de ella—. Pero me alegro de que hayas venido —añadí mientras le hacía un hueco en mi jergón.

La piel de la indiketa se sentía fría como un carámbano. Aun así mi sangre empezó a hervir al notar el contacto de sus formas.

—¡Estate quieto! —bufó en mi oído—. ¡No he venido para *eso*! —me regañó mientras impedía a mi

mano ganar terreno entre sus ingles.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué haces aquí? —le espeté irónico—. ¿Comprobar las estrechuras de un jergón de campaña?

—Solo quiero... compañía —contestó, más amansada que de costumbre.

A pesar de sus reticencias iniciales, Asiris se había dejado al menos rodear por mi brazo y yacía acurrucada sobre mi hombro.

—¿Qué estas mirando? —me preguntó, incómoda, cuando me sorprendió examinándola de cerca.

—Estaba comprobando si tu cabeza es tan transparente como la mía.

—¿Y lo es? —Asiris dio un respingo, como si tal posibilidad le resultase espantosa.

—Seguramente.

—¿Qué es lo que ves?! —me preguntó irguiéndose sobre un codo, entre asustada y despótica.

—Equivocaciones.

—¿Equivocaciones? ¿Cuáles?

—Varias.

—¿La peor?

—Te cuesta demasiado convertir las heridas en cicatrices —le dije, rozando con mis labios su mejilla blanca.

La princesa indiketa permaneció un instante pensativa, considerando tal vez el sentido de aquellas palabras.

—¿Eso es un error? —dijo al cabo.

—Eso hace que el odio te reconcoma. Eso te hace vivir en el pasado. Eso te impide apreciar todo lo bueno que llega a tu vida.

Asiris seguía mirándome con anhelante fijeza mientras un leve estremecimiento recorría sus labios como el prelude traicionero del llanto. Por eso, quizá, se dio la vuelta. Para no dejarme ver las lágrimas que la iban a convertir en una mujer de carne y hueso. Por eso tal vez buscó el calor de mi cuerpo sobre su espalda, y el cobijo de mis brazos alrededor de su cintura.

—Mañana me voy con Draco y Estibos en una nueva misión —le anuncié cuando nuestros corazones se hartaron de escuchar el latido del otro.

La indiketa se revolvió otra vez en el lecho.

—¡No pienso quedarme sola en este campamento! —gruñó, frunciendo el ceño, recobrando los ímpetus que mantienen vivos a todos los supervivientes.

—¿Y qué es lo que vas a hacer?

Asiris me escrutaba con aquellos dos haces brillantes clavados en mí como arpones de ballesta. Acorralada por la duda. Considerando tal vez la posibilidad de una nueva correría en solitario.

—Iré contigo —concluyó, sin que sus palabras sonaran, no obstante, a promesa inquebrantable—. Te seguiré otra vez —murmuró igual que una pantera doblegándose de mala gana a la voz del amo. Y, sin embargo, Asiris erraba al pensar que yo trataba de someterla. Porque, de haber hecho falta, yo estaba preparado para pedirle —suplicarle incluso— que me acompañara en mi nuevo periplo por Hispania, antes de que el fantasma de Muturudum se presentara volando para llevársela de mi lado para siempre. Nada le dije, sin embargo, sobre su falta de acierto. Porque, al final, la diosa Fortuna había decidido que Asiris, la mujer que hechizaba mis sentidos, cabalgara a mi lado hasta la Lusitania para tratar de salvar la provincia Citerior del dominio optimate. Aunque para lograrlo, deberíamos localizar cuanto antes al afamado lugarteniente sertoriano Lucio Hirtuleyo y urgirle a interceptar las tropas de Quinto Cecilio

Metelo, el procónsul optimate al que Pompeyo había pedido ayuda.

No me hizo falta recordarle a la joven indiketa que nuestro viaje estaría plagado de peligros, y que, posiblemente, culminaría con otra batalla campal de grandes dimensiones, como la de Lauro. Sé que ella lo leyó en mis ojos preocupados y a la vez felices. Y, aunque no me lo confesó, también sé que no le importó unirse a aquel destino borrascoso. Como también presumí que iba a aceptar por fin un beso largo y profundo. Sin embargo, justo en ese instante mágico en el que nuestras cabezas se aproximaban, Placidio irrumpió, pletórico, en el contubernio.

CUARTA PARTE
ITÁLICA

XXXII

Los ojillos porcinos del rétor brillaban en la penumbra de la tienda como las chispas de una fragua. Sus manos regordetas temblaban de excitación mientras hacía acopio de rollos de pergamino y otros objetos.

—¿Qué diablos te ocurre, maldito gordo infame? —le increpó un adormilado Draco—. ¿A qué viene tanto ruido?

—Mañana parto con vosotros —anunció Placidio, triunfante—. Sertorio me ha dado su permiso.

—¿Tú? ¿Con nosotros? ¿Hasta la Lusitania? —Draco se frotó la cara incrédulo, como si las telarañas del sueño afectaran también a sus oídos además de a sus ojos—. ¿Qué puñetas le has contado a Sertorio para que nos haga viajar con una rémora griega?

—Que jamás podré escribir con acierto sobre la Lusitania, sobre el bravo Hirtuleyo, o sobre el mismo Metelo si no he visto de cerca aquellos parajes y conocido a todos los protagonistas de este conflicto —sostuvo el griego sin interrumpir sus labores de empaquetado.

—¿Te has puesto a pensar que quizá nos toque pelear? —le dijo Draco tratando de hacerlo entrar en razones.

—¿Pelear? —Placidio alzó la cabeza con cara de asombro—. ¡Ah! —exclamó como quien comprende un chiste tras un segundo de lapso—. ¿Te refieres a librar alguna otra batallita como la de Lauro? ¡Ese será el momento de hacer pasar a la historia a un Metelo ya prisionero! —añadió con entusiasmo.

Dos horas después, Draco se rascaba la cabeza al pasar revista al variopinto grupo de exploradores que iba a atravesar Hispania desde la costa del *mare Internum* hasta algún lugar cercano a la desembocadura del río Baetis.

—Sertorio tendrá que pagarme doble, si volvemos —musitó el centurión con aire consternado al verse cabalgando entre dos jóvenes indiketas, uno de los cuales era una mujer, y un griego nulo con la espada.

A mi lado, abriendo camino, marchaba el guía que Sertorio nos había adjudicado: un lusitano cetrino y malcarado que debía conducirnos sin demora hasta el campamento de Lucio Hirtuleyo.

—Y también pretenderá que nos fiemos de este... —me dijo Draco chascando la lengua cuando el sexto componente del grupo se alejó unos pasos.

A decir verdad, tanto la fiabilidad como la fidelidad de Paulo, que era como se hacía llamar el lusitano, estaban por demostrar, pero al menos aquel hombre hablaba poco. Lo justo para indicar la ruta a seguir o sugerir los lugares de acampada. En aquellas dos primeras jornadas a través de las montañas del litoral, el suelo fue nuestra cama y las estrellas del firmamento, el techo que nos cubrió en nuestros sueños. El tercer día, sin embargo, avistamos la ancha calzada que recorre toda la costa del *mare Internum* y toma después rumbo oeste, hacia la recóndita Bética. A partir de ese instante, los bosques de encinas y enebros empezaron a quedar atrás, sustituidos por manchas aisladas de espinosos coscojos brotados de una tierra roja como la sangre.

Placidio se esforzó en explicarnos que aquel color bermellón se debía simplemente a una abundancia de hierro en el suelo, pero Draco le contradijo. El curtido centurión afirmó que aquel terreno era así porque se había bebido la sangre de miles de guerreros caídos en las interminables guerras de Hispania. «Los dioses —sostuvo Draco con aire grave— siempre escogen un país al azar en el que sus moradores nunca paren de matarse. Por cualquier motivo. Por cualquier circunstancia. Con cualquier excusa. Para, de esta manera, asegurarse el espectáculo. Al fin y al cabo —continuó el centurión—, ese es el cometido que nos corresponde a los hombres en este mundo: distraer a los dioses y evitar que caigan en el aburrimiento». Y, al parecer, esa designación malévolamente de un escenario bélico en el que poder solazarse había recaído en Hispania.

Al final de aquella tercera y abrasadora jornada, Placidio le suplicó a Draco un poco de compasión con su piel socarrada y sus hemorroides. A lo cual el centurión transigió, aceptando de buen grado la posibilidad de visitar unas termas aquella misma tarde y dormir sobre una cama más o menos mullida después de muchos días de incomodidades.

El lugar elegido fue Libisosa, un *oppidum* de origen oretano que dominaba desde lo alto de un cerro la calzada por la que avanzábamos. Una ciudad que en aquellos momentos aparecía entregada a unas tareas por las que ya había pasado mi Contrebia natal poco antes: el frenesí inaplazable de las fortificaciones. Un auténtico enjambre de zapadores, constructores y canteros se afanaba por rematar una muralla de piedra más disuasoria que realmente efectiva. Y es que la fidelidad a Sertorio estaba obligando a los libisanos, seguramente desde hacía ya varios años, a un esfuerzo colosal: sustituir su obsoleto amurallado hispánico por otro de nuevo cuño, capaz de resistir un posible asedio optimato. Y para hacerlo, aquellos hombres habían tenido que seguir al pie de la letra las instrucciones de los ingenieros sertorianos, destruyendo incluso una parte de sus antiguos hogares ibéricos. Tales son los sacrificios a los que, en ocasiones, obligan las guerras.

—Las prisas nunca son buenas —le dije a Draco al contemplar de cerca aquellos bloques de piedra mal careados y peor dispuestos.

—A veces no hay más remedio —me respondió el centurión ibero, disculpando la aparente tosquedad de aquellos albañiles—. Una buena muralla es cosa de décadas, y Sertorio les ordenó construir esta el año pasado. No se puede pedir más... —añadió Draco poco antes de apearse del caballo para entregar nuestro salvoconducto al jefe de la guarnición sertoriana.

Dos segundos después el centurión y el hombre que guardaba las puertas de Libisosa intercambiaban cuatro palabras rebosantes de asombro y se fundían en un estrecho abrazo. Al parecer, ambos habían compartido contubernio, como soldados rasos, en el ejército del viejo Estrabón. En otros tiempos, en otras guerras, en otros lugares donde los dioses habían encontrado, provisionalmente, el mismo divertimento que en Hispania.

Libisosa se ofreció a los cascos de nuestros caballos como uno más de los muchos *oppida* hispanos en los que lo indígena había ido cediendo terreno al apabullante empuje romano. Con un foro ya instalado en el corazón mismo de la ciudad, los barrios ibéricos iban escapando a la periferia, cada vez más descolgados del centro de la urbe. Para desconuelo de Placidio, los nuevos colonos romanos no habían tenido tiempo todavía de construir una terma. El *otium*, al parecer, llega después de las necesidades bélicas. A pesar de todo, la ciudad oretana seguía siendo un lugar de paso. Una parada obligatoria para comerciantes, buhoneros y pastores de la zona. Y por esa razón, Libisosa gozaba al menos de buenas *tabernae* en las que alojarse.

A Draco, la ausencia de una terma en la que ablandar los huesos no le causó el más mínimo trastorno.

Después de cenar con todos nosotros, se fue en busca de su antiguo compañero de armas, Rufo, para seguir sacando recuerdos de la cabeza a medida que su estómago se iba llenando de vino. Placidio también decidió recogerse pronto con el fin de anotar —dijo— las vicisitudes del viaje. Sin embargo, al pasar junto al tabernero, y aunque lo hizo en voz baja, todos le oímos preguntar por algún lugar donde poder encontrar «mujeres alegres».

El dueño del local se rascó la cabeza antes de responder en voz alta:

—¿Cómo de alegres?

—Bueno, ya sabes... —contestó el rétor, algo azorado, haciéndole señas a la vez para que no elevara tanto el tono de una conversación que se suponía privada.

—¡Ah! —El gesto del mesonero se abrigó al captar los matices soterrados de aquel titubeo—. ¿Baratas o caras? —preguntó entonces con el fin de ir delimitando locales.

—Pues... pues... en fin.... —Placidio palpaba mientras pensaba su bolsa de dinero.

—¿Limpias o guarras? —indagó de nuevo el tabernero.

—A medio camino —tuvo que resignarse el griego tras hurgar brevemente en su talega.

Cuando Placidio y el posadero salieron a la calle para las pertinentes indicaciones, miré a Estibos y le dije:

—¿Llevas dinero encima?

—Algo —respondió el indiketa.

—¿Y para qué tipo de chicas crees que nos llegaría con esas monedas?

Unas uñas de gata cimarrona se clavaron sobre mi muslo antes incluso de que hubiera formulado la pregunta completa.

Paulo, el guía lusitano, emitió una risa de corneja tras presenciar la reacción de Asiris y las marcas rojas de mi pierna.

—Las mujeres enamoradas son más peligrosas que las espadas o las flechas —me dijo—, y los hombres que no lo aprovechan, más tontos que las piedras —añadió en un alarde de filosofía inaudito en un hombre que en cuatro días apenas había pronunciado cinco palabras.

El lusitano que Sertorio había designado para encontrar a Hirtuleyo todavía vació tres o cuatro vasos de vino antes de verse seducido por el ruido metálico de la fortuna. Y es que en el mismo patio de aquella taberna, tres mercachifles y dos legionarios de la guarnición romana empeñaban sus ganancias y sus soldadas haciendo rodar los dados. Paulo los observó con ojos montaraces durante unos minutos, hasta convencerse quizá de que era capaz de hacer más y mejores trampas que ellos. Después se despidió de nosotros y entró en el atrio.

Libisosa tenía vistas privilegiadas a los cuatro puntos cardinales, como toda fortaleza que se precie. No sé por qué, Estibos, Asiris y yo elegimos deambular hasta la puerta oeste, y allí, acodados sobre sus muros a medio hacer, nos pusimos a contemplar un horizonte negro, plagado de estrellas. Y de incógnitas.

—¿Cómo creéis que acabará este viaje? —les pregunté a ambos, aunque era la opinión de Asiris la que más me interesaba.

Estibos no dijo nada. Miraba hacia Poniente, hacia la recóndita Lusitania, con ojos vacíos. Cuando me vio observándolo, me dedicó una sonrisa dulce y a la vez desencantada. Hacía tiempo que a mi amigo indiketa lo manejaban las circunstancias. Hacía meses que se dejaba arrastrar a ninguna parte por las

aguas turbulentas del destino, igual que un naufrago impasible conforme con su deriva.

—Acabará mal —repuso Asiris mientras contemplaba un cielo negro plagado de astros brillantes.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque ya he contado más de cien estrellas fugaces —dijo—, y eso solo ocurre cuando hasta las dueñas del firmamento tratan de huir de las calamidades.

«Qué tontería», le hubiese contestado de no conocerla, y de no haber sufrido en mis carnes sus barruntos animales. Aunque, pensándolo bien, quizá, ni siquiera hubiese tenido tiempo de decir nada. Porque Renato, el dueño de la taberna, se presentó ante nosotros accionando los brazos como las aspas de un molino trastornado.

—¡Ese lusitano amigo vuestro! —exclamó en un estertor de pánico—. ¡Es horrible lo que ha hecho! —se lamentó sin dar más explicaciones, pero urgiéndonos a acompañarlo con frenéticos ademanes.

Encontramos a Paulo sentado en el suelo del atrio, con una mano llena de monedas de plata y la otra sobre el abdomen, sujetándose las tripas. A su alrededor yacían tres cadáveres despanzurrados: los dos legionarios sertorianos y uno de los mercaderes.

—Hacían «demasiadas» trampas —balbució con sonrisa débil como si quisiera disculparse por la carnicería—. Tuve que... —trató de continuar antes de que la cabeza se le desplomara sobre el pecho.

Tras una inspección algo más serena, descubrimos más rastros de sangre fuera del patio de la taberna. Al parecer, los otros dos integrantes de aquella partida de dados tampoco habían escapado de rositas. Sin duda Sertorio había perdido un soldado que sabía pelear como un demonio, y nosotros a nuestro guía.

Draco se presentó a los pocos minutos, cuando los intestinos de Paulo todavía desprendían nubecillas de humo tibio. El centurión venía canturreando en ibero y tambaleándose como un tentetieso mal fabricado.

—¡Pero qué diablos! ¡La madre que os echó a todos! —exclamó, barriendo con aquel exabrupto los efluvios nocivos de la borrachera—. ¿Es que no puedo dejaros un minuto solos sin que arda el mundo?

Draco examinó someramente a Paulo y enseguida lo dio por muerto al reparar en la profunda lividez de sus facciones. Después giró con el pie a los otros tres fiambres.

—¡Me cago en la madre que pario a Rómulo y Remo! —blasfemó con los puños apretados—. A Rufo no va a gustarle lo más mínimo cuando vea que ha perdido dos hombres —dijo—. Lo conozco bien —añadió mirándonos con ojos llenos de inquina, como si nosotros tuviéramos la culpa del desaguisado—. Hará preguntas. Indagará. Querrá saber... Nos hará perder tiempo —resumió Draco moviendo la cabeza de lado a lado.

Renato respiró aliviado, e incluso nos regaló la cena que habíamos consumido, cuando nos vio desaparecer de Libisosa aquella misma madrugada llevándonos con nosotros los cadáveres de los dos legionarios y el de nuestro guía, Paulo. El del mercader anónimo, al parecer, le preocupaba bastante menos. A Placidio, su escarceo amoroso también le salió gratis. Porque Draco lo buscó como un sabueso de olfato infalible. Y lo arrancó de los brazos fornidos de una hetaira local que lo tenía atrapado por el pescuezo, ya que el rétor se negaba a pagarle la totalidad de sus emolumentos. Ante la urgencia extrema que nos acuciaba, el propio Draco pagó el servicio y aun descolgó un par de monedas por el escote de la mujer para que «perdiera la memoria» en caso de que a Rufo le diera por hacer preguntas.

Una fosa de emergencia y un montón de piedras convirtieron a nuestro guía Paulo en un mero

recuerdo. Y a aquellos dos guardias muertos en desatadores. O en unos soldados aburridos de la rutina que habían huido de Libisosa embozados en las sombras. En cuanto a nosotros, Renato le diría a Rufo que habíamos partido muy temprano. Lo cual era cosa normal entre viajeros, aunque... ¿hacia dónde? ¿Dónde y cómo encontrar ahora el campamento de Hirtuleyo sin la ayuda del lusitano muerto?

Draco se rascó su hirsuta pelambre como siempre hacía en momentos de duda o de concentración máxima. Su reflexivo escrutinio estaba posado en las tierras rojas de Poniente, en los confines de la Bética o en los inicios de la Lusitania.

—Al menos sabemos que los hombres de Pompeyo no nos llevan mucha ventaja —murmuró en voz baja. Luego nos contó que su compadre Rufo le había hablado de la patrulla enemiga que vieron pasar dos días antes, cabalgando campo traviesa, evitando en la medida de lo posible vías y calzadas. Un grupo al que no habían tratado de neutralizar ni de seguir por falta de efectivos. Un hecho que corroboraba el testimonio de Biurtan, así como el acierto y la exactitud de nuestra ruta, al menos hasta el momento. Ahora, sin embargo, dar con el paradero de Hirtuleyo en la abrupta Lusitania se antojaba más difícil que encontrar un árbol alto y fresco en aquellas planicies socarrantes del interior hispano.

—Yo voto por volver al campamento y decirle a Sertorio que nos proporcione un nuevo guía —apuntó Placidio de repente.

—¡Y yo por rajarte las tripas y hacer salchichas con tus mondongos! Así comeremos algo nutritivo mientras dure el viaje —repuso Draco llevándose una mano a la espada—. ¿Estás acaso sugiriendo que empleemos una semana yendo y viniendo para que Hirtuleyo reciba nuestro mensaje cuando Metelo ya esté aquí con todo su ejército?! ¡No podemos perder todo ese tiempo! —zanjó un encolerizado *primus pilus*.

A Placidio se le escurrieron de las manos los rollos de papiro que sostenía al agarrarse el abdomen en ademán defensivo.

—No se me ocurre qué otra cosa podemos hacer, aparte de volver, si no queremos empezar a dar vueltas por este desierto como hormigas sin antenas —todavía porfió con terquedad el griego.

—Podemos hacer dos cosas —reflexionó Draco sin dejar de mirar hacia aquellas llanuras ardientes—, y ninguna de las dos incluye dar media vuelta.

—¿Qué dos cosas? —quiso saber el griego.

—Podemos seguir buscando a Hirtuleyo hasta dar con él con un poco de suerte o... —Al centurión sertoriano se le había quedado el aire ausente con una sonrisilla malévola bailándole en las comisuras.

—O ¿qué? —lo apremió Placidio con los brazos en jarras.

—O podemos encontrar a Metelo con ayuda de los que llevamos delante.

—¿A Metelo?! ¿Al enemigo?! —El rétor tragó saliva—. ¿Meternos solos en la boca del lobo? ¡Qué idea tan estúpida!

A Draco no le afectó la crítica de Placidio. El *primus pilus* seguía encerrado en la burbuja insonora de su propio silogismo, un razonamiento que él consideraba perfectamente lógico y plausible.

—Si lográsemos dar con Metelo siguiendo a la patrulla que ha enviado Pompeyo para avisarle —Draco se frotó la frente pensativo—, podríamos sin duda llegar hasta Hirtuleyo de alguna manera. Ambos ejércitos tienen que estar, por fuerza, bastante próximos.

Los argumentos de Draco —se me ocurrió— no estaban del todo desencaminados. Si Lucio Hirtuleyo era el encargado de guardar la Lusitania y, a la vez, controlar los movimientos de Metelo en la Bética, las tropas de uno y de otro no podían estar muy alejadas. Como mucho, dos jornadas a pie separarían ambos campamentos. El único inconveniente de aquella estrategia ideada por Draco era que en algún

momento tendríamos que hacer preguntas. Y eso siempre dispara el peligro, máxime cuando pisas terreno enemigo y los que supones confidentes pueden estar jugando con dos barajas.

XXXIII

Dimos con el rastro de la patrulla pompeyana a la altura de la ciudad de Mentesa, y lo seguimos sin demasiados problemas durante dos jornadas completas, dejando a un lado otros *oppida* oretanos de buen tamaño, como Castulo o Calpurniana. En ninguno de los cuales buscamos alojamiento, pues habríamos corrido el riesgo de perder, quizá definitivamente, la pista de los hombres que nos precedían.

Volvimos por tanto a pernoctar sobre aquel suelo marmolero y áspero, cubiertos por el mismo manto de puntos titilantes que a Asiris tanto le gustaba admirar. Listos para proseguir la persecución antes incluso de que los animales salvajes asomaran el hocico por la boca de sus madrigueras. De ningún modo deseábamos que el enemigo detectara nuestra presencia, ya que, a pesar de no tratarse de una auténtica turma de caballería, aquel grupo de hombres armados era ciertamente más numeroso que el nuestro.

Afortunadamente, y a pesar de las fechas, el calor asfixiante de agosto nunca fue un problema excesivamente insoportable. Todo el tiempo cabalgamos sin perder de vista el río Baetis, un curso fluvial que, según Placidio, se hacía navegable más adelante, permitiendo la entrada y circulación de barcos desde el mar. Aunque en un principio no concedí demasiada credibilidad a aquellas palabras, tuve que darle posteriormente la razón al rétor. Porque pocas millas después, ya en territorio turdetano, el cauce del Baetis comenzó a crecer, y pronto, las grandes embarcaciones formaron parte de nuestras vidas igual que las moscas inseparables del sur de Hispania.

—Mira, Kalaitos —me dijo Placidio al pasar junto a la populosa Corduba.

Admiré durante varios minutos una urbe ciertamente enorme y monumental en la que, sin embargo, no atisbé, como otras veces, restos o vestigios que hicieran pensar en un posible origen hispano de la ciudad. Y así se lo indiqué al sabio griego.

—Corduba es un *oppidum* romano «desde el principio» —me explicó Placidio, volviendo a su antiguo papel de maestro—. Fue fundado hace un siglo por el general Claudio Marcelo, y es la capital de la Hispania Ulterior —añadió el griego—. Y, además, también es...

—Puto territorio enemigo, eso es lo que es —resumió Draco zanjando la verborrea del griego.

—¿Y no estará Metelo dentro? —pregunté mientras contemplaba desde lejos los recios muros de Corduba.

—Si estuviera dentro, ¿por qué razón iban esos a pasar de largo? —me respondió Draco en referencia a los hombres a los que seguíamos—. A veces pienso que los celtíberos sois más tontos que las vacas que criáis en vuestros establos.

Dos días más tardó la patrulla optimate en perder el miedo y la prudencia. O en atemperar las prisas que les azuzaban. La distancia que nos separaba de ellos se había hecho ya tan exigua que podíamos ver

incluso la polvareda de sus monturas en la lejanía. Aquel atardecer, los jinetes pompeyanos decidieron acampar dentro de los muros de Itálica, la primera colonia romana jamás fundada en Hispania. De ahí su nombre. Placidio también nos informó de que, en un principio, Itálica no había sido más que un simple hospital de campaña para acoger a los heridos durante la Segunda Guerra Púnica.

—Claro —abundó Draco mientras caminábamos hacia el foro de aquella urbe—, por eso los edificios son más blancos. Porque los encalaron con polvo de huesos. Y cuidado con las fuentes —nos previno—. Algunos dicen que, en ocasiones, en vez de agua escupen sangre.

Por ningún caño de aquella ciudad vi salir un chorro rojo, pero sí reparé en un hecho irrefutable: cuanto más grande es un *oppidum*, más fácil resulta colarse dentro de sus muros. Porque la guardia de puertas está aburrida de ver caras anónimas con gestos anodinos. Unos rostros que suelen pertenecer a comerciantes venidos a menos, o a simples artesanos sin nada que vender. Por eso los vigilantes rara vez se molestan en cerrar el paso a aquellas gentes, e incluso a los delincuentes. Porque, en realidad, ninguno de ellos puede poner en peligro la seguridad de una fortaleza.

Obviamente, la estratagema de colarse camuflado entre ese tipo de personajes ha de practicarse a pie. Porque un hombre a caballo es sinónimo de riqueza; o de violencia a punto de estallar. Y ambas opciones merecen una cierta vigilancia o, cuando menos, algunas preguntas. Por eso dejamos a Estibos al cargo de nuestras monturas en un bosquecillo junto al río Baetis, con la consigna de esperarnos un máximo de dos días. Una tardanza mayor solo indicaría que sus compañeros de viaje habían pasado a mejor vida o se hospedaban en una oscura mazmorra en espera de la tortura. Lo cual dejaría exclusivamente para él la labor de buscar al gran Hirtuleyo.

—¿Cuántas estrellas fugaces contaste ayer? —le pregunté a Asiris mientras recorríamos los empedrados impecables de Itálica.

—Mil.

—¿Y de las otras?

Asiris me miró confundida.

—Esas no las cuento —dijo.

—Pero son muchas más, ¿no?

—Claro.

—¿Cuántas, más o menos?

—Puede que quince mil.

—Entonces estamos de suerte.

—¿Por qué? —replicó la hechicera indiketa con un deje de recelo en la voz—. ¿Acaso sabes tú interpretar los designios de los hados?

—No, pero digo yo que si las estrellas fugaces quieren escapar de nosotros por miedo a los problemas que llevamos aparejados, las que permanecen lo hacen porque confían en nuestra buena suerte.

—Tonterías —murmuró Asiris frunciendo los labios.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué no se mueven?

—Por la misma razón por la que no se mueven algunas personas. Porque están encadenadas o muertas.

En las calles adoquinadas de Itálica, las herraduras de los caballos no se marcan igual que en los esponjosos secarrales que veníamos transitando. A decir verdad, no dejan ningún tipo de huella. Por eso perdimos el rastro que veníamos siguiendo en cuanto cruzamos la puerta norte de la antigua ciudad

turdetana.

—Es el momento de empezar a indagar —opinó Draco tras alcanzar el foro abarrotado de Itálica.

La plaza se me antojó un tanto tosca para tratarse de un *oppidum* aparentemente tan importante. «Tiempo al tiempo», me sugirió sin embargo Placidio al recordarme que Itálica había crecido sobre los cimientos de un simple campamento romano. Sin duda aquella ciudad daría muy pronto lo mejor de sí misma, pero no ahora, con los vientos de guerra soplando tan próximos.

Draco no se demoró demasiado en el foro. Lo justo para percatarse de que no existía allí lo que él buscaba. Apenas a un centenar de pasos, dentro ya del *decumanus maximus*, encontramos una zona porticada con un buen número de *tabernae*. Una de ellas exhibía un enorme cartel con un llamativo falo pintado en color carne.

—¿Vamos a solazarnos un rato entre mujeres y vino? —le pregunté, más que nada, por observar la reacción incendiaria de Asiris.

El centurión trataba de escrutar el interior del local desde fuera, quizá para forjarse una idea de lo que encontraría dentro.

—No es mala idea —convino al fin—. Las putas siempre son las que más información manejan.

—¿Ah, sí? —le pregunté, quizá con un interés excesivo. Lo cual me valió un doloroso pellizco de Asiris.

—Claro —sostuvo Draco sin dejar de otear por la ventana de aquel tugurio—. Ellas tratan habitualmente con gente desviada o reprimida que larga fácilmente en cuanto les rasan las pelotas. Y también con soldados borrachos que airean todos sus secretos mientras copulan, incluso los militares. Aguardad aquí —dijo antes de desaparecer dentro de aquel lúgubre lupanar.

Placidio ni siquiera esperó a que la puerta del burdel se cerrase para entrar él también, amparado en la excusa de tomar notas para su crónica diaria.

—Odio a los hombres que buscan el calor fácil de las prostitutas —comentó Asiris en cuanto nos quedamos solos.

—Quizá no sea tan extraño —argüí aun a sabiendas de que mis siguientes palabras me buscarían la ruina—. Quizá lo hagan —dije, mirando con displicencia para otro lado— porque la mayoría de las «otras» mujeres no te dan calor ni aunque las abrase la fiebre.

La bofetada me dejó tambaleando sobre las baldosas del suelo. Además, fue tan sonora y contundente que hizo volver la cabeza a varios paseantes. Y, sin embargo, una hora más tarde, no tuve más remedio que volver a desafiar la cólera de Asiris.

—Voy a tener que entrar ahí dentro para ver qué les ha ocurrido a Draco y a Placidio. Tardan demasiado —le dije abandonando el palenque en el que esperábamos apoyados.

Asiris se coló en el prostíbulo detrás de mí sin hacer ningún comentario. Ambos nos sumergimos entonces en un ambiente sórdido donde la falta de luz debía de constituir el elixir mágico que pulveriza todas las inhibiciones. En el rincón más alejado de la puerta, dos hombres ya maduros, quizá comerciantes recién llegados a Itálica, se dejaban acariciar por cuatro mujeres semidesnudas mientras ingerían grandes cantidades de vino. Todo aquel descarado sobeteo —supuse— no sería más que el preludio para acceder después a alguno de los muchos reservados que se adivinaban al fondo de un angosto pasillo. En las puertas de aquellos cuartuchos, un grotesco dibujo anunciaba de manera muy explícita la especialidad de cada una de las meretrices. Sin poder evitarlo, me pregunté dónde estarían y qué disciplina sexual habrían elegido Draco y Placidio.

El dueño del local nos salió al paso antes incluso de que pudiéramos acercarnos al mostrador donde se

servían bebidas.

—No se admiten mujeres en este local —nos espetó el proxeneta, un hombre más bien enclenque, con el pecho hundido y las piernas flacas como canillas.

Asiris no rechistó. Se quedó fulminando al dueño del burdel con mirada furibunda.

—A no ser que hayas venido a buscar trabajo... —arguyó entonces el rufián, acercándose a la indiketa.

El hombrecillo había agarrado un mechón de pelo rojo y olfateaba ahora en un gesto de máxima delectación el aroma a sándalo fresco que desprendía aquella cabellera de fuego.

—Turgente... —musitó después de colocar una mano sobre el pecho izquierdo de la indiketa—. Puntiguados... —añadió relamiéndose los labios tras tentar también el derecho.

La mano izquierda de aquel truhan buscó ahora con obsceno desparpajo las ingles torneadas de la princesa de Indika, pero antes de llegar a tocar siquiera sus muslos se encontró con la punta de un puñal debajo de la barbilla.

—No buscamos problemas —le dije entonces, antes de que Asiris pudiera cometer una locura—. Solo pretendemos esperar a un par de amigos que andan todavía «ocupados» —repuse apuntando con el dedo hacia las habitaciones del pasillo.

El rufián nos cedió el paso sin oponer resistencia, manteniendo ambos brazos cómicamente en el aire mientras el puñal de Asiris seguía en su sitio. Apenas habíamos tenido tiempo de alcanzar la barra y tomar asiento en sendos taburetes cuando una bocanada de luz nos iluminó por la espalda. Después, el tintineo de clavos de hierro sobre losetas de barro nos proporcionó —todavía sin volvernos— un retrato bastante aproximado de las gentes que acababan de penetrar en aquel tugurio.

Me giré a medias con el fin de comprobar de cuántos soldados se trataba y si su intención era quedarse o tan solo estaban fisgando. La puerta todavía estaba entreabierta. A la luz de aquella estrecha rendija, dos legionarios husmeaban el local como dos buitres buscando carnaza. Ambos traían las ropas llenas de polvo, señal inequívoca de que habían pasado el día cabalgando. Uno era de baja estatura, más ancho que alto, con la nariz chafada por un mal golpe en el campo de batalla o por alguna disputa en locales de mala muerte. El otro cumplía con creces los cánones de perfección griega de los que solía hablar Placidio. Sin embargo, a pesar de sus proporciones perfectas, la cara de aquel hombre no habría servido para dar rostro a ninguna estatua. Ni siquiera para dibujarla sobre la tapa de una letrina. Los rasgos de aquel legionario formidable apenas eran humanos. Sus facciones aparecían horriblemente desfiguradas por cicatrices de guerra.

—¡No se te ocurra volverte! —le susurré a Asiris, casi metiendo la nariz en el vaso de vino que tenía delante.

La joven indiketa siguió al pie de la letra mis indicaciones. Sin embargo, su cabellera deslumbrante era un reclamo excesivamente vistoso para ser pasado por alto. Como las curvas de su cintura. Igual que sus nalgas redondeadas.

—¡Vegecio, viejo bribón! —exclamó Fulvio a voz en grito una vez reparó en la melena fosforescente de Asiris—. Veo que has renovado el género —añadió mientras ambos soldados comenzaban a acercarse a nosotros, ajenos todavía a nuestras verdaderas identidades.

Sentí la frialdad escaldante del *gladius* que llevaba escondido bajo mi *sagum* mientras el ardor de la pelea me trepaba por el estómago. Aun así, apenas era una sola espada contra dos expertos luchadores. Porque Asiris únicamente portaba el cuchillo con el que había amedrentado al tal Vegecio.

—¡Aparta, mequetrefe! —me espetó el compañero de Fulvio dándome un empujón y haciéndome

saltar de mi taburete.

Al otro lado de Asiris, el centurión marcado se había puesto a acariciar el pelo de la que pensaba una ramera más del local.

—¿No te gustan las caricias? —le dijo al ver la poca predisposición al contacto de la joven indiketa—. ¡Lo haremos a mi manera entonces! —añadió agarrando un buen mechón de aquel cabello y tirando de él hasta que a Asiris no le quedó más remedio que levantar la cabeza y mostrar su rostro.

—Lo siento, Fulvio —comenzó a explicar el proxeneta con palidez extrema—. Ella no es una de mis...

La realidad caló en aquellos ojos de alimaña a la misma velocidad que mi *gladius* salía de su funda, aunque, para mi desgracia, primero tuve que desembarazarme del legionario que tenía más cerca. Y, aunque lo hice de un tajo, aquel lapso de un solo segundo fue tiempo suficiente para que la espada de Fulvio se posara sobre el cuello desnudo de Asiris.

—Arroja la puta espada bien lejos y ponte de rodillas —me ordenó con voz pasmosamente tranquila.

—Podemos arreglar solos los asuntos que aún tenemos pendientes —le dije, tratando de ganar tiempo—. No hace falta poner a nadie de por medio en nuestras rencillas.

El veterano centurión esbozó una sonrisa cansada, como si aquella estúpida treta le aburriera.

—No hay cosa que me gustara más —afirmó sin dejar de enseñarme sus dientes sucios—. Pero no tenemos tiempo, me temo. Por ahora —añadió con aire falsamente compungido—, solo puedo prometerte que la chica vivirá algo más que tú si haces lo que te digo.

Arrojé el *gladius* hasta el rincón donde los dos clientes otoñales habían dejado de timarse con las cuatro meretrices de Vegecio. Ambos hombres observaban ahora la escena en silencio, inmóviles, confiando en que aquella pavorosa inacción fuese suficiente para salvar la vida. Mientras tanto, en uno de los sucios cuartuchos del fondo, la cortinilla que garantizaba muy dudosamente la privacidad de clientes y prostitutas corrió sobre su barra de hierro.

Aquel arenoso deslizarse le pilló a Fulvio cavilando entre las dos únicas posibilidades que su cabeza barajaba: matarme primero a mí y después a Asiris o hacerlo a la inversa.

—Yo también quiero a esa mujer —declaró Draco tras aparecer en el salón con el *gladius* desenfundado—. Viva —añadió, por si su interlocutor tuviera en mente una idea distinta.

Fulvio superó la sorpresa de aquella inesperada aparición tras un simple parpadeo. Después examinó al recién llegado con ojo experto. Buscando en él algún signo o distintivo que lo orientase en sus deducciones. No fue aquella una tarea larga ni complicada: aun sin armaduras ni correajes, si un hombre calza *caligulae* claveteadas, con seguridad se trata de un soldado romano.

—¿A qué legión perteneces? —preguntó sin bajar el *gladius* del cuello de Asiris.

—¿Qué más da eso? —objetó Draco sin mudar su semblante de mármol—. He dicho que quiero a esa mujer. Y la quiero ya.

—¿No ves con quién estás hablando, pedazo de imbécil?! —gritó un Fulvio más indignado por la insubordinación de un inferior que escamado por que alguien le discutiera el derecho a disfrutar de la mujer elegida.

Draco asintió en silencio, como si al fin se hubiese hecho consciente del rango militar de su oponente. Después hizo algo insólito: lanzó su espada junto a la mía, al extremo más alejado de la sala.

—*Lex torquati* —declamó tranquilamente mientras hurgaba en un bolsillo.

Dos bandas de oro, iguales a las que Fulvio portaba alrededor de sus muñecas, surgieron de la bolsa de Draco.

—A mí no me hace falta ir por ahí exhibiéndolas —afirmó el centurión sertoriano dejando las dos *armillae* sobre una mesa. Para que el brillo áureo de aquellas condecoraciones concedidas por un valor suicida en la batalla se introdujera sin prisas en las pupilas dislocadas de Fulvio—. *Lex torquati* —repitió Draco mirando de forma descarnada a su homónimo en el cargo.

El *gladius* que amenazaba el gaznate de Asiris vaciló un instante. Después se alejó un palmo de su cuello. La mirada de Fulvio, sin embargo, seguía recelosa, precavida, indecisa. Posada en mí como el punto de mira de una ballesta.

—No temas. Él no va a entrometerse —lo tranquilizó Draco.

Obviamente, ni Asiris ni yo sabíamos entonces de la llamada «ley de los *torquati*», un código de honor, no escrito pero absolutamente inviolable, que impide a dos centuriones condecorados destazarse hasta la muerte usando cualquier tipo de armamento. Draco nos dijo después que a un general romano se le ocurrió instaurarlo cuando se cansó de perder hombres valiosos durante los saqueos tras la batalla, o en peleas tabernarias. De esa manera, si dos *torquati* se encaprichaban del mismo trofeo, podían pelear por él libremente. Pero utilizando únicamente las manos. Normalmente, aquellas luchas eran breves y acababan con uno de los dos contrincantes simplemente desvanecido por los golpes. Pero no muerto.

—*Lex torquati* —le oímos musitar a Fulvio con sorprendente anuencia.

Un segundo después su *gladius* caía a sus pies y sus ojos perdían todo interés por la princesa indiketa, centrados ahora en la inquietante amenaza de un soldado desconocido. Tan fornido como él y con las mismas trazas de asesino.

Draco avanzó dos pasos hacia una pelea incierta, hacia un contrincante que presumí también temible, de fuerza similar y parecidos recursos. Y mientras ambos hombres se estudiaban, inmóviles, a menos de dos pasos de distancia, vi cómo la mano de Asiris rebuscaba disimuladamente entre los refajos de su vestido.

Fulvio portaba la característica armadura de láminas, contra la que un puñal no habría tenido el menor éxito. Por eso la hechicera indiketa le clavó el cuchillo en el muslo izquierdo, justo por debajo de las placas metálicas que cuelgan del *cingulum*. Después aprovechó la alianza infalible de dolor y aturdimiento para hundir su codo sobre la boca abierta de un desconcertado Fulvio. El segundo golpe de Asiris fue con la rodilla, sobre un hombre ya postrado. Draco tuvo que detenerla cuando se disponía a apuntillar a su víctima con el *gladius* que había recogido del suelo.

—Ya he incumplido suficientemente la ley de los *torquati* —le dijo el centurión sertoriano—. Guarda tus energías y tus demonios para enemigos más sanos.

Una segunda cortinilla se deslizó por su riel en el pasillo donde las mujeres de Vegecio ofrecían su sexo mercenario. Placidio asomó media cabeza entre el trapo y la pared, junto al cartel que anunciaba la maestría de las *pornai* que trabajaban dentro: «*FELLATIO*», rezaba el anuncio.

—¿Ya puedo salir? —preguntó el rétor mientras se sujetaba la toga.

Una sandalia voló sobre las espaldas del maestro griego, y también una sarta de improperios, pues al parecer no había satisfecho el valor completo de un servicio que importaba el doble que los más convencionales. Vegecio, sin embargo, no se atrevió a reclamarle nada al rétor. Sobre todo después de que Draco le pusiera su *gladius* en el ombligo y le hiciera jurar por sus muertos que no avisaría a nadie en una hora.

El día desgranaba sus últimas luces cuando abandonamos Itálica igual que habíamos entrado en ella:

inmersos en un torrente incontrolable de gentes que volvían a sus casas con gestos de lo más variopinto.

—¿Tú también eres un *torquatus*? —le pregunté a Draco mientras buscábamos el bosquecillo en el que nos esperaba Estibos.

—¿Te extraña? —respondió lacónicamente el hombre que llevaba sus condecoraciones de oro escondidas en una vieja bolsa de lona.

—No, pero nunca me lo habías dicho.

—¿Para qué? ¿Algo habría cambiado entre nosotros?

A Draco no le gustaba hablar por hablar. Odiaba la plática hueca que no conduce a ningún sitio. Quizá después de unos vasos de vino accediera a contarte alguna aventura vivida junto a Sertorio o al lado del viejo Estrabón, el mismísimo padre de Pompeyo. Pero, desde luego, no era hombre dado a alardear de sus habilidades ni a gallear de sus proezas.

—¿Averiguaste algo de esa prostituta? —le pregunté.

—Lo suficiente —respondió, apretando el paso.

—Lo suficiente ¿para qué?

—Lo suficiente para saber que tenemos que darnos prisa.

El bosquecillo con nuestras monturas escondidas se encontraba ya a menos de dos estadios. En cambio, las ganas de hablar de Draco debían de estar enterradas a cien millas de profundidad. Entonces reparé en que su *gladius* estaba manchado de rojo. De una sangre ya cuajada que ciertamente no era la de Fulvio. Un pálpito traicionero hizo que me temblaran las piernas.

—¿Qué le ha pasado a la mujer a la que has sonsacado? —le dije.

Draco me miró sin verme. Ni un solo sonido salió de su garganta.

—Te he hecho una pregunta —le repetí, sin intención de darme por vencido.

—¿A la puta?

Asentí.

—¿Te refieres a si le he pagado?

—Me refiero a si la has matado.

Draco escupió un gargajo oscuro cargado de fastidio y quizá de desprecio.

—No es cosa tuya —respondió en tono desabrido.

—¿Cómo has podido ser tan hijo de puta?! —le espeté a la cara tras agarrarlo del brazo y hacerlo parar en seco—. ¡Ella no tenía nada que ver en esto!

El *torquatus* que repudiaba las condecoraciones se quedó plantado a dos dedos de mis narices. Despreciativo, desafiante, hastiado de preguntas estúpidas que no merecen el trabajo de una respuesta.

—¡Es la puta guerra, Kalaitos! —me contestó, echándome un aliento que olía como los sumideros que aquel hombre hollaba a diario desde hacía décadas—. Y en una guerra —Draco esbozó una sonrisa terrible y a la vez desmayada—, todas las muertes son iguales, sucedan en un burdel o en la primera línea de escudos. Tú ya deberías saberlo —añadió zafándose de mi mano y reemprendiendo la marcha.

Las palabras de Draco me dejaron perplejo, sobrecogido, jadeante de una cólera interna que amenazaba con desencadenar locuras, con reventar incluso la burbuja de admiración en la que yo guardaba al centurión sertoriano. La mano tibia, o quizá fría, de Asiris vino una vez más a calmar mis delirios. Y a decirme, sin necesidad de hablar, que aquella era la realidad en la que vivíamos. La misma que me había hecho enfermar varias veces. Un mundo brutal donde las mujeres indefensas mueren con igual razón que los enemigos más aguerridos. Un universo absurdo donde los pactos de honor pueden hacerte respetar hoy la vida del hombre que te matará mañana.

Estibos no estaba esperándonos donde debía. Había dejado los caballos trabados en el bosque y se había acercado al río. Cuando lo encontramos, el joven indiketa contemplaba su lánguida imagen en las aguas arremansadas del Baetis. Absorto, ausente, inmerso en sus propios pensamientos o acorralado por pesadillas inescrutables. Ajeno al peligro que aquella lamentable desatención entrañaba. Para él y para nosotros. Al verlo en aquella pose, Draco lo zarandeó salvajemente como si el cuerpo de Estibos fuese un triste sonajero hecho de pellejo y huesos.

—¡No sé qué coño te pasa ni qué mierda llena tu cabeza de un tiempo a esta parte! —le reprendió agriamente el centurión sertoriano—. ¡Por mí puedes lanzarte a ese río y dejar que te coman los peces! ¡O si lo prefieres, puedes usar tu *cingulum* para colgarte de cualquier árbol! Pero si yo te digo que vigiles los caballos mientras estamos fuera y me fallas... —Draco puso su *gladius* en la garganta de Estibos—, esa es la manera más fácil y rápida de suicidarte.

XXXIV

Draco nos hizo cabalgar toda la noche. Siempre en dirección oeste. Sin concedernos descanso ni explicaciones. Hasta agotar a nuestras monturas y a sus jinetes. Hasta dejar atrás el amanecer y el relativo frescor de las primeras horas. Hasta que el sol rusiente del mediodía nos mostró a lo lejos la auténtica crudeza de la realidad sin necesidad de palabras.

—¿Qué... qué diablos es eso? —preguntó Placidio cuando nos detuvimos bajo la exigua sombra de un chaparro.

El *torquatus* sertoriano no se molestó en responder a obviedades.

—Eso es un ejército en movimiento —contesté yo mientras contemplaba, como todos los demás, la inmensa nube de polvo que casi oscurecía la mañana.

Y es que cuando uno forma parte de aquella interminable serpiente de metal y cuero, no es consciente de la polvareda que van dejando atrás miles de pies con clavos de hierro en las suelas. Una nebulosa densa y sucia que anuncia de manera inequívoca la posición de unas tropas en pleno desplazamiento.

Placidio se volvió a Draco con gesto interrogativo y a la vez demudado.

—Ese es el ejército de Cecilio Metelo —le confirmó el centurión antes de contarnos todo lo que había averiguado en el burdel de Vegecio.

Según nos explicó el *primus pilus* tras alcanzar el altozano desde el que divisamos clara y definitivamente al enemigo, la patrulla a la que habíamos seguido hasta Itálica cabalgaba en realidad por detrás de otra. Al parecer, Pompeyo había decidido jugar sobre seguro enviando, pocos días después, a un segundo grupo de jinetes. Por si el primero de ellos fracasaba en su intento de encontrar a Metelo y urgirle a reunirse con él en la costa del *mare Internum*. Y esa precisamente era la patrulla que Fulvio comandaba, y a la que habíamos seguido el rastro erróneamente.

Para nuestra desgracia, el mensaje de Pompeyo había sido entregado con éxito, y ahora el procónsul de la provincia Ulterior avanzaba hacia el lugar de encuentro acordado con su aliado, posiblemente algún punto situado entre las ciudades de Valentia y Saguntum. Para nosotros, el único aspecto positivo radicaba en que la escasa ventaja acumulada por aquellas tropas optimates en apenas un par de jornadas de marcha todavía podría ser enjugada por el ejército de Hirtuleyo si lográbamos dar con su paradero de manera inmediata.

—¿La mujer del burdel te dijo algo sobre la guarida de Hirtuleyo antes de que la degollaras? —le pregunté a un pensativo Draco.

—Su campamento se encuentra a dos jornadas de aquí, en dirección noroeste —explicó pasando por alto la aspereza de mi tono—, a medio camino entre el Baetis y el Anas.

Dos jornadas de marcha a pie bien pueden cubrirse en una sola, a trote de caballo. Nosotros lo hicimos en poco más de media. Afortunadamente, las empalizadas que tantos días llevábamos buscando aparecieron delante de nuestros ojos antes de caer la noche, justo cuando reventaban las cabalgaduras de

Draco y Placidio. Los dos bravos corceles acabaron por derrumbarse absolutamente rotos, extenuados, resollantes. Empujados a una muerte agónica por el abuso interminable de sus jinetes.

Fue posiblemente aquella dramática escena de unas monturas desplomadas, envueltas en espumarajos blancos, la que convenció definitivamente a los centinelas de que quienes se aproximaban no podían ser soldados optimates. Nadie que pretenda atacar o simplemente espiar un campamento enemigo llega con su caballo tan derrotado como para no poder ya utilizarlo en la huida.

Placidio contempló consternado al noble bruto que había cargado sin rechistar con todo su sobrepeso y sus bártulos de historiador y geógrafo. Draco ni siquiera echó la vista atrás para dedicar una última mirada a quien quizá le hubiera hecho llegar todavía a tiempo de salvar la Hispania Citerior del dominio optimate. Su escrutinio estaba ya puesto en las puertas de aquella empalizada y en el oficial que venía a nuestro encuentro.

Lucio Hirtuleyo era un hombre esbelto, membrudo, moreno de tez y de aspecto ligeramente taciturno. Sus ojos y sus gestos, sin embargo, mostraban ese aire de alerta perpetua que caracteriza a todas las aves nocturnas. El fiel legado de Sertorio ya no era joven, pero tampoco viejo. Estaba posiblemente en ese momento fugaz de la vida donde la fuerza y la experiencia se dan la mano poco antes de que la primera empiece su declive. Lo mismo le pasaba a Draco, supongo, con quien Hirtuleyo había compartido armas en una época especialmente convulsa para la vieja Roma. Unos tiempos en los que los golpes de mano entre los propios generales romanos habían provocado continuos cambios de bando de tropas y oficiales. De ahí que los dos hermanos Hirtuleyo y el propio Draco hubiesen acabado abandonando finalmente las filas de Estrabón y pasándose a las de Sertorio. Una decisión que los había obligado a llevar, sobre todo al principio, una existencia casi nómada, peleando por su vida a diario, escapando de manera milagrosa en barcos de piratas cilicios, desembarcando en lugares remotos y volviendo otra vez a Hispania de la mano del pueblo lusitano. A partir de ahí, las acciones militares de Hirtuleyo en Hispania se contaban por victorias.

El legado sertoriano reconoció de inmediato a su antiguo camarada y se fundió con él en un abrazo rocoso.

—¿Estos son los refuerzos que me traes? —le preguntó a Draco tras observarnos brevemente—. ¿Incluso una mujer? —añadió en son de guasa.

—Incluso una mujer —asintió el *primus pilus*—. Pero yo no me quedaría a solas con ella ni aunque fuera mi amante. Esa fiera indiketa sería capaz de cortarte las pelotas antes de que pudieras tocarle un pelo de la ropa.

Después Draco se quedó mudo mientras buscaba las palabras que explicaran el motivo de tan inesperada visita.

—Estamos jodidos, Lucio —resumió en tres palabras.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué has venido a decirme? —preguntó un Hirtuleyo sin duda familiarizado con las pausas y los silencios de su antiguo compañero.

—Mejor hablamos en tu *praetorium* —respondió lacónicamente el centurión sertoriano.

Un oficial romano esperaba a las puertas de aquella tienda de lona. Era Flavio, el hermano menor de Lucio Hirtuleyo. Draco y él también se abrazaron y se dedicaron gestos de efusión que, no obstante, iban

empaños por la preocupante urgencia del momento. El guardián de la Lusitania, y vigilante de la provincia Ulterior, también contaba con un mapa plagado de alfileres rojos y blancos. Aquella distribución de tropas, sin embargo, había quedado obsoleta tras los últimos acontecimientos. Y es que las noticias no vuelan a través de un vasto país como Hispania a la misma velocidad que las flechas.

Hirtuleyo conocía la retirada de Perpenna de la línea del Hiberus, porque Sertorio le había enviado mensajeros desde la Celtiberia antes de partir en su ayuda. Pero no sabía hasta dónde se había replegado el antiguo pretor de Sicilia. Ni tampoco era consciente de la defección de Saguntum o de Lauro. Obviamente, era desconocedor de las dos batallas libradas junto a la ciudad edetana. Y de las victorias obtenidas sobre un Pompeyo que reclamaba ayuda a toda costa.

Lucio Hirtuleyo asintió en silencio mientras golpeaba suavemente aquel mapa con el dedo índice. Justo sobre el lugar donde Cecilio Metelo había mantenido su último campamento durante meses. Justo donde ahora no debían de quedar ya ni las zanjas que habían soportado las empalizadas.

—Ahora entiendo... —dijo—. Ahora lo entendemos —repitió, mirando esta vez a su hermano.

Al parecer, las patrullas de vigilancia que siempre merodeaban el campamento de Metelo habían detectado movimiento de tropas. Pero lo habían achacado a un simple y temporal cambio de aires. A la decisión caprichosa de un viejo procónsul que, a falta de confrontaciones armadas que mantuvieran la tensión y la disciplina entre sus hombres, pretendía hacerlos marchar bajo la atosigante canícula aunque solo fuera para alejarlos durante unos días de la molicie. Y del enjambre de mercachifles y prostitutas que siempre rondan las acampadas militares al olor de la carne legionaria.

Como el de Sertorio, el mapa de aquel *praetorium* mostraba montes, valles, ríos e incluso acequias. Y, como es natural, todas las ciudades hispanas más relevantes, así como los caminos, vías y calzadas que las unían entre sí. El dedo de Hirtuleyo se posó sobre la zona en la que habíamos divisado al ejército consular de Metelo. Después, sus ojos rapaces trazaron una línea imaginaria entre aquel punto perdido y su lugar de acampada.

—Si nos damos prisa, podemos alcanzarlos aquí —vaticinó el legado de Sertorio con un convencimiento tan rotundo que ni el dios Zeus habría tenido arrestos para hacer objeciones.

«Aquí» era precisamente la ciudad de Itálica, el lugar de confluencia de dos carreteras perfectamente marcadas en el mapa: la que unía la Bética con el *mare Internum* y la que bajaba de la Lusitania para unirse a la primera.

—¿Itálica? —musitó Draco, como si el lugar no acabara de agradaarle.

—Itálica —confirmó Hirtuleyo con gesto tranquilo—. ¿Ves algún problema?

—Corduba nos quedará a la espalda cuando le cortemos el paso a Metelo —repuso el *primus pilus* frunciendo el ceño—. No me gusta sentir una fuerza enemiga muy cerca de mi culo cuando voy de viaje.

Lucio Hirtuleyo hizo un gesto de desestimación con la mano.

—La capital de la Ulterior no cuenta con una guarnición suficiente como para causarnos problemas en caso de enfrentamiento.

Una traza de alarma enfurruñó el rostro de Draco.

—¿En caso de enfrentamiento? Sertorio no desea un enfrentamiento —dijo.

Los ojos del halcón se encendieron con un resplandor de peligro.

—Yo tampoco —afirmó el legado—, pero tú sabes mejor que yo que no siempre es posible evitar la batalla.

Durante dos días, con sus noches respectivas, la actividad en el campamento de los hermanos Hirtuleyo fue frenética. Abastecer y preparar a un ejército antes de iniciar la marcha puede llegar a costar semanas. En esta ocasión, sin embargo, Lucio y Flavio tuvieron sus tropas listas en apenas día y medio. Prescindiendo de cualquier elemento que pudiera ralentizar nuestro avance, incluidas las reservas de víveres y agua. «Para cuatro días de caminata —dijo— no se necesitan grandes alforjas». Porque ese fue el tiempo estimado por el legado sertoriano para dar alcance a las tropas del procónsul optimate.

Obviamente también viajaríamos sin carros, galeras ni maquinaria pesada de guerra. Serían los propios soldados los encargados de transportar toda su impedimenta —raciones de comida, armas, coraza, vendas, utensilios de cocina, unas sandalias de repuesto y una dolabra— e incluso las estacas necesarias para construir un nuevo campamento cada tarde. En total, más de setenta libras de peso a las espaldas y un sinfín de millas por recorrer.

—¿Crees que todavía es posible alcanzar a Metelo? —le pregunté a Draco en la tensa vigilia de la última noche.

—Claro —me respondió sin dejar de afilar su espada—. Si Hirtuleyo dice que es posible, no te quepa ninguna duda de que lo lograremos.

A decir verdad, mis dudas no estribaban tanto en nuestra capacidad de movimiento y persecución como en la de combate.

—¿Son buenos guerreros los lusitanos? —le pregunté.

—Los mejores —apenas musitó Draco sin mover los ojos de la piedra de afilar.

—Quiero decir... si son fieles y disciplinados.

El centurión levantó la vista de una espada que ya brillaba como un espejo.

—¿Qué cojones quieres decirme, Kalaitos? —me preguntó con voz ronca, tratando de mantener su cólera a niveles todavía controlables.

—Quiero decir que los lusitanos ya han conseguido lo que querían. Hace ya varios años que se han liberado del yugo romano...

—¿Y qué? —La voz de Draco sonó áspera, irritada.

—Pues que quizá ya no peleen como antes. Y mucho menos para defender una parte de Hispania que cada vez les va quedando más lejos de sus hogares.

El *primus pilus* me miró como si no me conociera. Como si a su lado se sentara un advenedizo que no sabe nada de guerras ni de juramentos de *devotio*.

—Esos hombres de los que dudas —afirmó con ojos entornados— morirían por Sertorio con la sonrisa en los labios. Esos guerreros de ahí fuera harían una barrera con sus pechos desnudos tan solo para que Sertorio pudiera escapar vivo de una batalla. ¡Desde Viriato nadie ha hecho tanto por ellos! —exclamó irritado por mis dudas—. Y además —añadió—, para tu tranquilidad te diré que en este ejército también hay turdetanos. Y esos sí que están defendiendo su territorio.

Estibos había entrado minutos antes en la tienda de campaña y había asistido al final de aquel diálogo.

—También hay celtíberos en este campamento —me anunció con aquella sonrisa desangelada.

—¿Celtíberos?

—He oído sus conversaciones al pasar, no muy lejos de aquí.

Miré a Draco en busca de una explicación. ¿Cómo era posible que los de mi estirpe hubiesen llegado tan lejos buscando tierras en las que luchar con lo cerca que estaba el Valle del Hiberus y la costa del *mare Internum*?

—Mucho mejor todavía si es así —sostuvo el *primus pilus* encogiéndose de hombros ante una situación

que él mismo desconocía—. De esos sí que te fiarás al menos, ¿no?

Estibos me condujo hasta el contubernio del que partían las voces celtíberas. Estuve un rato escuchando mi lengua materna a través de la lona antes de decidirme a introducir la cabeza entre las cortinas. Había seis soldados sentados en círculo. Eran muy jóvenes, quizá demasiado, y hablaban —o se quejaban— de la falta casi total de información proporcionada por Hirtuleyo a pocas horas de partir. Se preguntaban por el cometido real de aquella apresurada marcha hacia el este.

Saludé a aquellos jóvenes legionarios en celtíbero y les pedí permiso para ocupar un lugar junto a ellos en aquella improvisada tertulia. Tres de ellos me reconocieron de inmediato como «uno de los mensajeros que había traído noticias de las dos triunfales batallas de Sertorio en territorio edetano». Porque de eso sí se había informado a la tropa de manera fulminante, para que la euforia de la victoria impregnase a aquellos jóvenes corazones del mismo ardor combativo que el vino peleón que se servía en las comidas.

—¿De qué parte de la Celtiberia sois? —les pregunté antes de que ellos pudieran interrogarme a mí por cuestiones que, por otra parte, desconocía.

Los jóvenes se miraron entre ellos y sonrieron después como niños divertidos ante el cómico desatino de un adulto.

—Somos turdetanos —me respondió el más joven de todos, un soldado de rostro aniñado que dijo llamarse Luxinio.

Parpadeé perplejo al escuchar una afirmación tan desconcertante.

—Pero tu nombre *es* celtíbero —todavía le refuté, como si una persona pudiera acaso olvidar la sangre que riega sus venas y las tierras que lo vieron crecer.

—Todos somos de origen celtíbero —me aclaró un tal Maturo—, pero hemos nacido aquí en la Turdetania, igual que nuestros padres y nuestros abuelos.

—Pe... pero habláis en celtíbero entre vosotros —les dije sin entender nada—. ¿Cómo es eso posible?

Otra vez las mismas sonrisas cómplices y los mismos codazos en los costados.

—Somos descendientes de los celtíberos que bajaron a buscar fortuna hasta aquí cuando las guerras contra los cartagineses —me explicó el joven Luxinio con amabilidad.

Entonces me enteré del éxodo de decenas de miles de guerreros que viajaron desde una Celtiberia fría y yerma hasta el sur, siguiendo el tufo rancio de la guerra y la música tintineante del dinero mercenario. Para alquilar su brazo y su falcata al rey turdetano Istolacio en su lucha contra el poderoso Amílcar Barca.

—Perdimos —resumió Maturo con sonrisa triste—, pero, al parecer, nuestros ancestros descubrieron otras cosas que merecían la pena —añadió abriendo los brazos, como si con aquel gesto explicase los muchos aspectos que hacían del valle del Baetis un lugar más cómodo y agradable de habitar que la inclemente Celtiberia.

Todavía charlé con aquellos aprendices de legionario durante un buen rato, recomendándoles que descansaran ante las largas caminatas que nos esperaban en los días venideros. Luxinio, sin embargo, me agarró del brazo cuando hice mención de levantarme.

—¿Vamos a pelear contra el ejército consular de Metelo? —me preguntó con la mirada algo extraviada por la alarma.

Miré a los otros. Todos estaban pendientes de mi respuesta, con el mismo manto vidrioso velándoles

los ojos.

—No lo sé —aduje, consciente de que no me creerían.

—¿No lo sabes? —me espetó Maturó con la agresividad propia de quien siente la garra del miedo arañándole las entrañas—. ¿Vas a decirnos ahora que Sertorio os mandó hasta aquí tan solo para comunicarnos que ganó una batalla a Pompeyo?

Contemplé otra vez aquellos seis rostros afilados por la angustia, crispados por lo que un soldado novato más teme en su trabajo: las medias tintas.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —les pregunté en vez de responderles.

—Un año —respondió uno de ellos.

Un año en el que la fama creciente de Hirtuleyo gracias a sus éxitos militares del principio había servido como reclamo infalible para alevines turdetanos ansiosos de fortuna. Unos jóvenes que se habían unido a unas huestes lusitanas mucho más veteranas y de características muy diferentes.

—¿Habéis combatido antes? —les dije.

Los muchachos cruzaron miradas algo confusas, como si el concepto de «combate» no estuviera del todo claro y hubiera de ser definido antes.

—¿Habéis tomado parte en alguna batalla en campo abierto, con dos auténticos ejércitos peleando frente a frente? —volví a preguntarles usando términos quizá más comprensibles.

—Hemos participado en escaramuzas —afirmó Luxinio.

—Hemos hostigado a las partidas de forrajeadores de Metelo en algunas ocasiones —terció el que estaba a mi lado.

—Y hemos interceptado algunas columnas de suministros —abundó Maturó.

Eso no era realmente combatir, aunque durante la operación llegaras a derribar a algunos enemigos. Lauro no fue así. La batalla del desfiladero, tampoco. Pero no se lo dije. Simplemente asentí con aire grave y aprobatorio, tratando de que aquellos brotes todavía tiernos se sintieran ramas consistentes de un árbol robusto.

La mano fría de Luxinio volvió a agarrarme de la manga cuando traté de salir de aquella tienda.

—Esta vez será distinto, ¿verdad? —me interrogó el joven turdetano con cara lívida—. Esta vez Hirtuleyo no dejará pasar la ocasión que lleva buscando más de un año, ¿no es cierto, Kalaitos?

Me habría gustado decirle que no. Que una batalla campal era lo último que Sertorio deseaba. Y también Hirtuleyo. Que aquella sería simplemente una marcha disuasoria. Que en cuanto Metelo nos viera de lejos, temblaría de miedo y volvería grupas a su antiguo campamento. Que, a veces, las victorias se obtienen así, intimidando al enemigo a base de hacer tremolar las banderas, sin llegar cruzar los aceros. Pero agaché la cabeza en vez de mentirles.

—No lo sé —respondí—. Pero si tuviéramos que hacerlo, si tuviéramos que pelear contra ellos —les dije mirándolos a los ojos—, también nosotros formamos una legión de combate. Una legión hispana. Y no debemos temer a nadie.

XXXV

Lucio Hirtuleyo dejó atrás a cinco mil hombres guardando su campamento entre los ríos Baetis y Anas, lo cual significaba disponer de un ejército de veinticinco mil legionarios enteramente hispanos. Una mezcla de tropas que aunaba la experiencia y veteranía de los soldados lusitanos y la incógnita. Un enigma —el del comportamiento de los jóvenes turdetanos en un campo de batalla— que solo podría disolverse en caso de lucha. Por eso recé a mis dioses aquella noche para que el misterio continuara todavía muchos años.

El legado de Sertorio trató de convencer a Placidio para que se quedara allí, esperando nuestro regreso en un lugar seguro, y para que se ahorrara un nuevo viaje que aventuró apresurado e incómodo. Pero el rétor se negó en redondo, esgrimiendo los argumentos de siempre: Sertorio le había encargado una crónica de su campaña y, pasara lo que pasara en aquella expedición, él había de verlo de cerca. A buen seguro, en la cabeza del griego simplemente habitaba la idea de una misión relámpago, casi un paseo triunfal diseñado para achantar a un general romano ya caduco. Un militar que volvería a su refugio de siempre en cuanto husmeara el peligro, para esperar allí a que aquella guerra la ganase o perdiese el joven Pompeyo, el auténtico favorito del Senado romano. Pero ¿qué ocurriría si Metelo no reaccionaba así, de manera tan patética y pusilánime? En ese caso, seguro que Placidio tenía en mente otra victoria aun más inapelable que la de Lauro. Por algo nuestro ejército era más numeroso. Las tropas optimates de la provincia Ulterior apenas llegarían a los veinte mil hombres, dados los problemas del viejo Metelo para recibir refuerzos desde Roma.

En cuanto a Asiris, Hirtuleyo no tuvo que observar largo rato sus ojos felinos y su gesto altivo para llegar a la conclusión de que una mujer así no admitiría órdenes de nadie.

Dos días tardamos en abandonar los bosques que nos habían dado cobijo del sol abrasador de mediados de agosto, y en desafiar las planicies ardientes de la cuenca del Baetis. Y, sin embargo, nuestro ritmo de marcha continuó siendo el mismo. Otra jornada más caminamos de sol a sol, con toda la impedimenta a cuestas y, en muchas ocasiones, el escudo sobre la cabeza. Para guarecernos de aquellos rayos de fuego con los que los dioses castigan, mientras ríen, a los que suponen que han perdido el juicio.

En el atardecer del cuarto día, nuestras patrullas de exploradores avistaron la retaguardia de Metelo. Lo cual nos hizo suponer que ellos también habrían visto a los nuestros. Aun así, aquellas tropas no agilizaron su marcha lo más mínimo. Siguieron avanzando con el mismo ritmo cansino, como si dieran por hecho que serían alcanzados tarde o temprano.

—¿No te parece anormal que Metelo no intente poner tierra de por medio sabiendo que le pisamos los talones? —le pregunté a Draco, intrigado por el curioso proceder del general romano.

—Metelo... —musitó el centurión con la mirada perdida en lontananza—, ese viejo zorro. Cualquiera

sabe.

—¿Crees que Hirtuleyo subestima al procónsul de la Ulterior?

El centurión sertoriano escupió la ramita de *silphium* que iba mascando para hacer algo de saliva.

—¿Por qué lo preguntas? —me preguntó con rictus tirante.

—Veo a Hirtuleyo excesivamente confiado ante la misión que tenemos entre manos.

—¿Eso crees?

—Eso creo. Pero lo que más me preocupa...

Draco me lanzó una mirada torva, impaciente.

—¡Desembucha! —me urgió cuando se cansó de esperar el final de aquella frase—. Ya sabes que no soporto tus misterios.

—Me preocupa que Hirtuleyo no cumpla las órdenes de Sertorio.

—Nadie se atreve a incumplir las órdenes de Sertorio. Ni siquiera Hirtuleyo —repuso el *primus pilus*.

Miré a Draco. Hurgué entre aquellas rendijas costradas de polvo tras las que se escondían sus ojos de dragón invencible.

—Sabes a lo que me refiero —le dije—. Sabes que tengo razón, pero no quieres reconocerlo.

El centurión de Sertorio guardó silencio. Alerta, incómodo, con dos hendiduras rojas casi cerradas en vez de ojos.

—Creo que a Hirtuleyo le obsesiona la idea de destruir a Metelo —proseguí.

Draco seguía mudo, hermético, escondiendo sus pupilas y sus pensamientos tras un rostro inescrutable.

—Si la ocasión se presenta —continué—, temo que a tu antiguo camarada pueda faltarle la frialdad necesaria para decidir con acierto. Intuyo que podría incluso cometer alguna locura.

Una mano de hierro me agarró del pescuezo. Firme, pétrea, imperiosa.

—¿Qué tipo de locura? ¿De qué diablos estás hablando, maldito mamarracho celtíbero? —me disparó Draco.

Placidio marchaba a nuestro lado, escuchando en silencio aquella conversación. Sorprendentemente fresco y en buen estado teniendo en cuenta la dureza extrema de aquellas cuatro jornadas.

—Dejad de discutir ya por naderías —nos reconvino casi riendo—. Metelo se esconderá en Itálica con el rabo entre las piernas, o como mucho en Corduba —vaticinó el sabio griego—, para no volver a enseñar el hocico hasta el invierno. Pompeyo puede darse por olvidado —se carcajeó Placidio—. Con una desventaja de cinco mil hombres —sentenció— el procónsul no se arriesgará a plantarse delante de nosotros.

Draco desprendió sus dedazos planos de mi cuello. Después aproximó sus labios a mi oído para que Placidio no pudiera escuchar sus palabras.

—Si le cuentas a alguien más lo que acabas de decirme a mí, no encontrarás tierra suficiente en Hispania para esconderte de mis zarpas.

Quinto Cecilio Metelo no tuvo siquiera tentaciones de refugiarse en Itálica, a pesar de ser perfectamente consciente de que para entonces ya le habíamos tomado la delantera. Y es que el ritmo infernal que había impuesto Hirtuleyo nos hizo alcanzar la carretera que conduce al litoral del *mare Internum* un día antes de que llegara el procónsul. Para cuando Metelo se presentó con su ejército, nosotros ya habíamos plantado nuestro campamento a pocas millas de un lugar teñido de historia: la ciudad de Ispal, o mejor

dicho, sus ruinas. El lugar donde el mítico Escipión venciera definitivamente a los cartagineses y asegurara así la supremacía de Roma en el sur de Hispania. Hasta la llegada de un rebelde llamado Sertorio.

Metelo acampó también a la vera de aquella calzada, a escasamente tres millas de nosotros. Camuflados en lo alto de un cerrete asistimos a las labores de construcción del foso, el *agger* y la empalizada que deberían proteger al procónsul de la Ulterior de nosotros. A pesar de la aparente ausencia de tropas enemigas en las inmediaciones, el veterano general puso a trabajar solo a la mitad de sus hombres. Los vélites, la caballería y parte de la infantería pesada se quedaron vigilantes, dispuestos en formación de combate, velando por la seguridad de sus esforzados compañeros.

Un rayo de tentación surcó la mirada atenta de Hirtuleyo mientras aquellas labores se producían. Por un instante me pareció que el lugarteniente de Sertorio consideraba la posibilidad de atacar al enemigo de manera inmediata, aprovechando el factor sorpresa que supondría una acometida entre dos luces, cuando diez mil hombres empuñan la dolabra en lugar de la espada. Miré a Draco. Tampoco a él le había pasado inadvertido aquel resplandor maligno.

—Los hombres están reventados. Apenas han descansado en cuatro días... —murmuró el centurión sertoriano sin dirigir su comentario hacia nadie en concreto pero asegurándose de que su reflexión calara en los oídos correctos.

Hirtuleyo no respondió. Frunció los labios en una mueca de fastidio apenas perceptible. Después enfiló la vuelta a su *praetorium* encerrado en su particular nube de pensamiento. Una burbuja impermeable donde las órdenes de Sertorio y sus propios anhelos debían de martillar con igual fuerza.

—Ese no es un campamento ordinario de marcha —le dije a Draco cuando Hirtuleyo ya se había perdido de vista—. Es mucho más robusto que el que le destruimos a Pompeyo tras la batalla de Lauro. Eso es prácticamente una fortaleza —me admiré.

El centurión ramoneaba otro tallo de *silphium*, la hierba milagrosa con la que los legionarios romanos trataban muchas de sus enfermedades.

—Hay que reconocer que Metelo podría atrincherarse detrás de esas empalizadas hasta que todos nos muriésemos de viejos —asintió—. Y nadie podría sacarlo de ahí ni aun con tres ejércitos como el nuestro. Está claro que su intención no es la de llevar la iniciativa en este juego.

—Tampoco lo es la nuestra, ¿no? —le dije a Draco, mirándolo de reojo.

—Tampoco —convino el centurión lacónicamente, y se quedó contemplando a un ejército fantasma cuyo auténtico potencial de choque desconocíamos por completo.

No conseguí identificar a Quinto Cecilio Metelo entre aquel hormigueo incesante de tropas, pero sí divisé la figura autoritaria de un centurión que, a pesar de su alarmante cojera, llevaba la voz cantante en las labores de construcción de aquel campamento inexpugnable. A pesar de la distancia, el brillo de las bandas de oro que aquel hombre portaba en las muñecas resultaba inconfundible. Obviamente, sus facciones no eran distinguibles, pero yo habría apostado mi vida a que aquella cara curtida mostraba los estragos de la batalla en forma de horribles cicatrices.

Asiris se encontraba tumbada a mi izquierda, silenciosa, meditabunda, seguramente asaltada por pálpitos que todavía no había compartido conmigo.

—¿Cómo ves las cosas —le dije—, o las estrellas?

La hechicera indiketa me miró ceñuda, con un soplo de indignación en el gesto, por si mis palabras encerrasen una ironía a todas luces improcedente. Después, su respuesta sonó rotunda, palmaria. Tanto que hasta el propio Draco dio un respingo.

—Mañana no te separes de mí si quieres seguir viviendo —dijo sin perder de vista los preparativos de Quinto Cecilio Metelo.

Aquella misma noche, Lucio Hirtuleyo hizo llamar a Draco a su *praetorium*. Para mi sorpresa, el centurión sertoriano insistió en que yo lo acompañara. Cuando ambos penetramos en la tienda de lona, el silencio plomizo que encontramos allí se me antojó premonitorio, el preludio seguro de un cataclismo. Afortunadamente, ni los Hirtuleyos ni los otros tres oficiales que allí se encontraban pusieron el menor reparo a mi presencia, y tampoco castigaron a Draco con miradas torcidas por haberse atrevido a arrastrar a un desconocido a aquel solemne cónclave.

Los cinco hombres allí reunidos se inclinaban con aire sesudo sobre la mesa en la que estudiaban el hipotético despliegue de dos ejércitos enfrentados. Uno tenía distintivos rojos y el otro, blancos.

—He estado pensando... —comenzó Lucio Hirtuleyo tras permitir que los recién llegados observásemos el mapa unos instantes.

Draco y yo cruzamos miradas cómplices. Cargadas de preocupación y certeza a partes iguales.

—¿Qué has estado pensando? —inquirió el *primus pilus* con la voz tintada de hielo.

—Atacaremos mañana —anunció el legado de Sertorio con rotundidad de martillo. Sin borrar de su faz aquella sonrisa confiada.

Draco no hizo comentarios. Se aproximó un poco más al teatro de operaciones que aquellos hombres manejaban sobre la mesa y le echó un largo vistazo. Intenso, profesional. Realista, supongo.

—Arriesgado —dijo meneando la cabeza.

—¿Arriesgado? —Hirtuleyo enarcó ambas cejas—. ¿Quién lo dice? ¿El decurión que tomó Asculum con la famosa turma salluitana o su hija pequeña?

Draco pasó por alto la pulla mientras seguía examinando con ojo experto la mesa de la discordia. Un tablero liso en el que dos formaciones se aprestaban a acometerse en la planicie infinita de Itálica. Una llanura inmensa tan solo sesgada por un caudaloso Baetis que amenazaría a los contendientes por uno de sus flancos. Un escenario perfecto para un buen estratega. Una ratonera mortal para quien resultara vencido.

—Demasiado arriesgado —confirmó tras el concienzudo examen.

Hirtuleyo lanzó un resoplido de enojo.

—¿Qué diablos te ocurre?! —le espetó a su antiguo compañero de armas—. ¡Metelo no tiene escapatoria! —afirmó vehemente—. ¡No esta vez!

—Metelo no necesita ninguna escapatoria —replicó Draco tratando de mantener la calma—. Su campamento es un fortín en el que puede aguantar encerrado hasta que le dé la gana. Hasta que a todos nos coman los gusanos.

Los ojos ya enrojecidos de Lucio Hirtuleyo se iban encendiendo por momentos, adquiriendo un peligroso matiz tornasolado.

—¡Le ofreceré batalla y no podrá rehusarla! —exclamó con furia—. ¡Sus propios oficiales lo tacharían de cobarde!

Draco echó una última mirada a los alfileres de aquel tablero y movió la cabeza de lado a lado.

—No tienes por qué enfrentarte a Metelo en una batalla campal —dijo—. No estás obligado a hacerlo. Conoces igual que yo las órdenes de Sertorio. Bastará con que...

Hirtuleyo levantó una mano para hacer callar a Draco.

—Conozco perfectamente las instrucciones de Sertorio. Y siempre las he cumplido a rajatabla. Por algo llevo más de dos años hostigando y manteniendo a raya al ejército consular de la Ulterior, sin dejarle moverse ni dos codos de su sitio. Sin dejarle apenas respirar, pero sin tener nunca opción a destruirlo. ¡Ahora, en cambio, es distinto! —añadió un Hirtuleyo alterado por los efluvios de la euforia—. ¡¿Es que no te das cuenta, maldito ibero del diablo?! ¡Ahora puedo acabar con él para siempre!

Un silencio funesto planeó de nuevo dentro del *praetorium* como un ave de mal agüero. Una calma negra donde las respiraciones entrecortadas alternaban con las verdades a medias.

—Muchos de tus hombres no están preparados para pelear en campo abierto —le dije a Hirtuleyo, rasgando de súbito aquella quietud pernicios—. ¿Has pensado en eso? ¿Cuánto hace que tú mismo no libras una batalla de estas dimensiones? —añadí apuntándole con el dedo.

El hombre que defendía media Hispania del peligro optimata se revolvió como un jabalí acosado por el lobo.

—¿Quién eres tú? —replicó con voz ronca—. ¡¿Quién diablos eres tú para hablarme así?! —explotó agarrándome por el pecho.

—Alguien que peleó en Lauro y vive para contarlo —le respondí sin ceder un paso.

El legado de Sertorio me escrutó de hito en hito todavía unos segundos. Asombrado, resollante, iracundo. Después su gesto se relajó, y también su puño.

—Aunque te cueste creerlo —me aseguró con suavidad impostada—, en una batalla, la experiencia que más cuenta es la de quien manda las tropas. ¿Sabes quién venció a las legiones consulares de Domicio Calvino en Consabura hace un par de años?

—No.

—Díselo tú, Draco —demandó Hirtuleyo.

—Lo hiciste tú —concedió el centurión.

—¿Y al ejército de la Narbonense en Ilerda?

—Tú también —repuso el *primus pilus* con aplomo.

—¡¿A qué vienen entonces tantos reparos?! —se encorajinó Hirtuleyo.

Draco contempló por última vez el más que probable escenario de nuestra siguiente batalla, de una confrontación a la que Sertorio jamás hubiera dado su beneplácito.

—Metelo no es Calvino ni Manlio —repuso, en referencia a los dos generales vencidos por el legado de Sertorio.

El guardián de la Lusitania asintió.

—Es cierto —musitó. Después se acercó a su amigo y se quedó mirándolo fijamente—. Hemos agotado las palabras, Draco —dijo, apoyando sus brazos sobre los hombros del centurión sertoriano—. ¿Vas a pelear conmigo o vas a mantenerte al margen?

Draco levantó la cabeza y afrontó aquellos ojos incandescentes: la mirada inconfundible de un general que ha sucumbido, como muchos otros, a la tentación de agigantar su fama.

—Pelearé a tu lado, Lucio —dijo.

—¡Y venceremos! —añadió Hirtuleyo.

Draco apartó sus ojos de los del halcón romano.

—Claro. Venceremos —dijo, y enfiló hacia la puerta del *praetorium*.

De vuelta al contubernio, Draco se fue a dormir sin pronunciar palabra. O simplemente cerró los ojos

para ver si la realidad que él había divisado en la tienda de Hirtuleyo pintaba distinta en la negrura impenetrable de su cabeza. O quizá se hacía el dormido para no tener que darme explicaciones. Para no verse en la obligación de explicar cómo un «venceremos» antes de un combate podía sonar tan desmayado. Y, a pesar de todo, no me cabía ninguna duda de que el centurión sertoriano sería el de siempre en la temible batalla de Itálica. El mismo *torquatus* que había ganado sus pulseras de oro arrollando al enemigo, despreciando su propia vida.

A excepción de los de Draco, todos los demás ojos en aquel contubernio permanecían muy abiertos, igual que los oídos. Estibos fue el primero en romper el silencio para preguntarme si, efectivamente, combatiríamos al día siguiente. Pero fue el rétor quien le contestó.

—Naturalmente —asentó Placidio, que consumía los últimos restos de una vela trazando sobre un pergamino los límites siempre elásticos de un campo de batalla—. Mañana será un gran día para los ejércitos sertorianos —nos anunció ufano—. Y yo lo veré todo desde el puesto de mando. No como en Lauro, donde Sertorio me obligó a permanecer tras las empalizadas.

—Habrá batalla —le confirmé a mi amigo indiketa—. Pero solo Draco peleará —le dije—. Hirtuleyo ha decidido que el resto de nosotros permanezca apartado.

Estibos compuso un gesto de decepción por aquella medida.

—Yo habría preferido luchar, como en Lauro —insistió con un interés extraño, más propio de héroes solitarios que de seres humanos con cierto apego a la vida.

—Quizá no sea nuestro momento —le contesté poniendo mi mano sobre su hombro—. Quizá, por una vez —le dije sonriendo—, los dioses nos permitan ser espectadores en vez de actores.

Estibos esbozó aquella sonrisa triste que se le había quedado incrustada en el rostro como el polvo de los caminos.

—Los dioses no suelen ser tan generosos —musitó—, al menos conmigo —añadió mientras se tendía sobre su camastro.

Sentí el cuerpo gatuno de Asiris pegarse al mío como una segunda piel en cuanto Placidio apagó su vela y se puso a roncar con la felicidad propia de los niños pequeños y los dementes.

—La fiebre me mata —murmuré al oído de la joven indiketa haciéndome el enfermo—. La «realidad» me abrasa.

—Majadero —me contestó ella interceptando la mano que buscaba sus ingles—. ¿No sabes yacer con una mujer sin intentar hacer... cosas? —me reprochó arisca.

—Hoy puede ser mi último día de vida. Tú misma me lo has dicho —le contesté—. ¿Es que no quieres aprovecharlo?

Asiris me contempló en una penumbra que ya no era negra. Sus ojos de hechicera chocaron con los míos a la distancia inexistente de un suspiro.

—Tonto —me espetó de una forma que a mí me sonó dulce—. Yo no te he dicho *exactamente* eso —protestó plantando un beso tenue sobre mi nariz—. Tan solo te he aconsejado que no hagas tonterías —matizó con voz más jadeante mientras deslizaba sus labios lentamente hasta mi boca. Después sentí, por primera vez, el contacto húmedo de su lengua hurgando sobre la mía, y sus manos aferrando mis sienes con extraño desespero para prolongar aquel beso casi hasta la asfixia.

—No quiero que Estibos ni tú os apartéis de mi lado mañana —me repitió como una madre preocupada por sus retoños.

—No vamos a combatir, no temas —le respondí abarcándola con mis brazos—. Hirtuleyo no nos quiere en primera línea.

—Eso no quiere decir que no vaya a haber peligros —me previno—. Además...

—¿Además?

—Me preocupa mi hermano —me confesó Asiris en voz muy baja, por si Estibos estuviera todavía despierto, zarandeado por la vigilia que tarde o temprano agita a todos los guerreros.

—Yo estaré a su lado en todo momento. Ocurra lo que ocurra —la tranquilicé.

—Perder la ilusión por la vida puede llevar a las personas hasta el borde del abismo. Puede hacerles cometer locuras —sostuvo Asiris con un mohín de zozobra, como si mi protección y mi vigilancia pudieran no ser suficientes.

—Perder la ilusión por la vida no es como extraviar una bolsa llena de monedas —le dije—. Está claro que la fortuna se recupera mucho antes que la honra o las raíces. Pero tú ibas por el mismo camino y has logrado dar esquinazo al destino.

Asiris sopesó un instante aquella frase. Unas palabras que en boca de un rudo celtíbero habían sonado casi sabias. Después volvió a besarme.

—Tú me has ayudado a ver mis propios demonios —dijo—. Y también a matarlos. Estibos, sin embargo, aún no ha despertado de su pesadilla.

—Las pesadillas tienen su duración —le respondí, tratando de aliviar su pena—. Tarde o temprano, tu hermano volverá a ser él mismo.

Asiris ya no contestó. Apoyó su cabellera roja sobre mi pecho y se quedó escuchando los palpitos de un corazón que pronunciaba su nombre con cada latido. No sé si el silencio que siguió a aquella conversación le dijo algo distinto a sus infalibles barruntos. Pero lo cierto es que ambos permanecemos así, con los ojos abiertos, aferrados el uno al otro como dos conchas del mismo caparazón, como dos arbustos silvestres arrancados de su terruño. Hasta que las trompetas del amanecer nos anunciaron el comienzo de lo inevitable.

XXXVI

El tintineo de las armas colgadas del cinto y el crepitar de miles de pisadas sobre la tierra fue la única música que escuchamos en las pocas millas que nos separaban del campamento de Quinto Cecilio Metelo. No hay muchos más sonidos que acompañen a un ejército que se dirige al combate. Las propias palabras se acaban una vez que el heraldo del campamento, siguiendo el protocolo, haya preguntado por tres veces a la tropa si está lista para la batalla. A partir de ahí, el silencio es el único compañero de viaje, el auténtico camarada con el que un soldado comparte sus últimos pensamientos. Unos momentos de trance que, sin duda, se vivirían de igual forma en las filas enemigas, aunque nosotros no pudiéramos presenciarlo.

Divisamos las empalizadas optimates en la lejanía, mucho antes de quedar plantados frente a ellas. Poco a poco fuimos advirtiendo su enorme altura, así como la presencia de catapultas y onagros cargados de proyectiles. También vimos banderas y estandartes tremolando al bochorno inflamado de agosto, pero ni rastro del ejército al que íbamos a enfrentarnos. Al parecer, al viejo procónsul se le habían pegado las sábanas aquella mañana de verano. O quizá había decidido no pelear en un día en el que ni los mismos grillos iban a atreverse a asomar las antenas.

Draco nos condujo hasta un cabezo que dominaba ligeramente toda la planicie de Itálica. Hirtuleyo había desplegado allí, a escasos dos estadios del lugar planificado para librar el combate, una única cohorte de reserva. Con aquellos soldados deberíamos permanecer quienes teníamos instrucciones de no intervenir en la pelea. Hasta el final de la batalla o hasta recibir nuevas órdenes.

—¿Qué ocurre cuando uno de los dos bandos rehúsa el combate? —le pregunté a Draco antes de que el centurión bajara a reunirse con el legado de Sertorio en el ala derecha.

Placidio levantó la cabeza, alarmado tras escuchar mi pregunta.

—¿Rehusar el combate? ¿Acaso no va a haber batalla? —exclamó con el espanto de la decepción tiñéndole la voz y la mirada.

El centurión se encogió de hombros.

—Es pronto para saberlo —respondió—. Cada cual juega sus bazas como se le antoja —añadió antes de marcharse a ocupar su puesto en un ejército que ya empezaba a formar en su inconfundible *triplex acies*.

Nuestra baza, si es que teníamos alguna carta guardada en la bocamanga, no había sido muy imaginativa. En realidad había sido la habitual: salir del campamento a primera hora de la mañana y llegar puntuales al sitio elegido para desafiar al contrario. Evidentemente, ser el primero en la cita confería ciertos privilegios, como por ejemplo el de escoger el lugar más ventajoso para desplegar las tropas. Sin embargo, la sorprendente ausencia de un adversario había llevado a Hirtuleyo a seguir avanzando. Aproximándose al campamento de Metelo de manera claramente provocativa, temeraria incluso, colocando a sus hombres a una distancia casi irrisoria de una *porta praetoria* cerrada a cal y canto.

Las auténticas razones para tan inusual falta de puntualidad estaban todavía por conocer. Pero, obviamente, el procónsul jamás habría dejado atrás una ciudad amurallada como Itálica si no pensase combatir a Hirtuleyo. Aunque, por otro lado, si en su mente estaba luchar, ¿a qué esperaba?

Una hora entera transcurrió sin ningún movimiento aparente sobre unas empalizadas plagadas de cascos y erizadas de puntas de lanza. Una hora en la que el cielo de la Bética cambió el plomo por el fuego como por ensalmo. Y es que así es como se despiertan algunas mañanas en estas tierras, cuando una densa calina gris engaña a los hombres, que no a las fieras, escondiendo durante un rato los rayos que luego te irán derritiendo el cuerpo y fundiendo las ideas.

Desde nuestro montículo, en mitad de aquella larga espera, vimos a Draco conversar con los hermanos Hirtuleyo. El centurión mantuvo con ellos una charla intensa, repleta de ademanes y gestos crispados por ambas partes. Y de miradas sesgadas a un espacio vacío que el enemigo se negaba a ocupar inexplicablemente. Tras el tenso parlamento, otra hora infernal se abatió sobre nuestras tropas. Otro chaparrón de fuego con el que sufrimos ya las primeras bajas, sin que el enemigo nos hubiese lanzado siquiera una sola cuchillada.

Decenas de jóvenes soldados turdetanos empezaron a desplomarse, desvanecidos por la solina, incapaces de soportar la asfixia que ya castigaba, sobre todo, a las filas intermedias. Draco volvió a acercarse entonces a Lucio Hirtuleyo. Ambos parecieron enzarzarse en una acalorada disputa, a juzgar por los aspavientos. Más cuerpos siguieron derrumbándose mientras ambos hombres deliberaban.

—¿Pero qué están haciendo? —preguntó Placidio cuando se percató de que algunos de nuestros soldados estaban aligerándose del casco en plena formación de combate.

—No pueden aguantar más —le dije—. Se están muriendo de sed y calor. Si Hirtuleyo no les manda retirarse de inmediato, a esos soldados los va a matar la insolación antes que el enemigo.

Después del nuevo intercambio de palabras entre Draco y el mayor de los Hirtuleyo, me pareció que por la cabeza del legado de Sertorio pasaba por fin la idea de la renuncia. O, al menos, la de una retirada momentánea para que sus hombres pudiesen beber y recuperar fuerzas. Justo en ese instante se abrieron los portones del campamento de Cecilio Metelo.

Un ala entera de caballería optimate surgió por la *porta praetoria* haciendo temblar el suelo. Impetuosa, atronadora, desaforada. Obligando a los centuriones de Hirtuleyo a ladrar órdenes instantáneas con el fin de aprestar a los hombres para una acometida inminente. Una colisión que, sin embargo, no llegó a producirse, pues los jinetes consulares frenaron sus monturas justo antes de entrar en la zona de influencia de nuestros *pila*. Retornando a la seguridad del campamento a la misma velocidad con que se habían presentado.

—¿Pero qué diablos está ocurriendo?! ¿Esto es una batalla o un simulacro? —se quejó un cada vez más defraudado Placidio.

Media hora trascurrió hasta el general Metelo movió su segunda ficha. Media hora más de tortura en la que nuestros soldados siguieron tostándose a fuego lento por miedo a iniciar la retirada y ser sorprendidos por la espalda. Esta vez, la caballería de Metelo trajo a cobijo a un escuadrón de vélites. Tras retirarse de nuevo en el último instante, los jinetes consulares dejaron a nuestras primeras líneas expuestas a las jabalinas de aquellos infantes, unos venablos más livianos y de mayor alcance que nuestros *pila*. Unos dardos que hicieron derramar la primera sangre.

Un enfurecido Hirtuleyo lanzó a tres turmas de lusitanos en persecución de aquellos soldados de infantería ligera. Solo dos regresaron. La otra sucumbió a los impactos de las catapultas y ballistas que defendían las empalizadas enemigas. Y mientras tanto, el sol seguía ascendiendo en un cielo que de puro

azul parecía blanco. Igual que las miradas extraviadas de nuestros soldados. Unos hombres que aún sin empezar a luchar ya estaban exhaustos, tambaleantes, estragados por la sed y la sensación de verse lentamente aniquilados por un enemigo invisible.

Después de aquella nueva maniobra de distracción por parte del viejo procónsul, los hermanos Hirtuleyo llamaron nuevamente a Draco y a los dos oficiales que mandaban el ala izquierda. El cónclave fue breve, intenso, dramático. Y con solo dos opciones a considerar en la caldera de fuego en que se había convertido la llanura de Itálica.

El legado de Sertorio y su hermano menor todavía apuntaban con tozuda insistencia hacia el campamento en el que Metelo se guarecía de nuestras espadas y del sol inclemente de la Bética. Su apuesta parecía clara: ya que el procónsul de la Ulterior rehuía el enfrentamiento en campo abierto y el tiempo apremiaba, la mejor opción sería tomar la empalizada al asalto. Y continuar después la pelea intramuros. Los dos oficiales y Draco se opusieron en redondo. Sería cosa de locos —parecían decirles a los dos hermanos con sus gestos— tratar de superar un foso de más de nueve pies de profundidad, trepar a continuación un empinado parapeto y escalar una pared de troncos de la misma altura sin sufrir un elevadísimo número de bajas. Además, la tropa ya no estaba para ese tipo de esfuerzos. Nadie que haya sufrido sobre sus cascos y armaduras una ducha de plomo tan larga es capaz de semejante gesta. La retirada —parecía sugerir Draco— era la mejor apuesta, quizá la única salida posible a una situación que se complicaba por momentos.

La *porta dextra principalis* de aquella empalizada de troncos se abrió de improviso como la boca negra de una gárgola antes de que a Lucio Hirtuleyo le diese tiempo siquiera a considerar la recomendación de Draco. Las legiones de Cecilio Metelo, con el propio procónsul a la cabeza, comenzaron a desfilarse por ella con paso firme. Y a tomar posiciones en un curioso semicírculo que amenazaba peligrosamente nuestra ala derecha. En otro momento, en otros terrenos, en otro día menos achicharrante y con las ideas más claras, nuestras filas habrían maniobrado al instante. Quizá, incluso habrían aprovechado la coyuntura de aquella vertiginosa salida para atacar a unas cohortes todavía en movimiento. Pero lo cierto fue que no lo hicieron, posiblemente atenazadas por el calor y las dudas de unos oficiales tan aturdidos como sus soldados.

Lucio Hirtuleyo ordenó estirar el flanco derecho, tratando de no verse copado en la maniobra envolvente que Metelo había puesto ya en marcha. Sin embargo, aquel apresurado retranqueamiento de las filas provocó en nuestras líneas un inevitable giro que dejó a nuestro ejército con el río Baetis a la espalda. La distancia hasta su orilla todavía era considerable, probablemente tres o cuatro estadios. Sin embargo, para nuestros hombres la idea de tener que librar una batalla con un cauce de agua a retaguardia no debía de constituir una sensación precisamente tranquilizadora. Además, si no rechazábamos de manera contundente el primer embate del enemigo en nuestro flanco derecho, podríamos quedar encorsetados en un campo de batalla diminuto, absurdo, mortal por necesidad. La extrema proximidad de las empalizadas enemigas con su infinidad de catapultas y arqueros haría imposible recuperar por ese extremo el terreno que perdiéramos en el ala contraria.

Quinto Cecilio Metelo, el veterano general al que casi todos subestimaban en Hispania, no solo había arrastrado al afamado Hirtuleyo a una batalla en campo abierto. También había logrado establecer las condiciones de ese enfrentamiento. E incluso había conseguido obtener una clara ventaja de partida: sus hombres estaban frescos para el combate y los nuestros jadeaban como galgos viejos después de una carrera frustrada.

—¿Por qué no tomamos nosotros la iniciativa? —se preguntó Placidio extrañado mientras

contemplaba los movimientos claramente defensivos de nuestras líneas.

—Porque no podemos hacerlo ya —le dije con tono sombrío.

—¿No podemos? —Los ojos del griego dieron una vuelta completa dentro de sus cuencas—. ¿Cómo que *no* podemos?

—Nos han sorprendido —añadí lacónico.

—¿So... sorprendido? —balbució el rétor—. ¿Qué significa «sorprendido»? —preguntó plegando repentinamente sus papiros de historiador y geógrafo.

—Significa que ya no peharemos por ganar, sino únicamente por sobrevivir.

—¡Pe... pero somos más que ellos! —todavía repuso el rétor, incrédulo.

—También eran superiores las tropas de Pompeyo en Lauro y mira cómo acabaron.

—Entonces... ¿corremos peligro en este montículo? —Placidio se puso a mirar alrededor de nuestra modesta atalaya como un vigía desorientado—. ¿Po... podría ocurrirnos algo?

Nadie le respondió. Tanto Estibos como Asiris y yo nos habíamos quedado mudos, esperando el sonoro topetazo de dos paquidermos igual de acorazados. Solo que a uno le sobraban las fuerzas y el otro habría dado cualquier cosa por un sorbo de agua. Metelo lideraba su ala izquierda, la que pretendía encajonarnos entre una barrera de escudos y las catapultas de su campamento. Draco estaba frente a él, ayudando al más joven de los Hirtuleyo a contrarrestar una primera oleada de *hastati* que se presumía temible. El legado sertoriano se había quedado mandando el flanco contrario, tratando de aguantar allí a sus tropas sin dejarlas penetrar en el mortífero radio de acción de las catapultas y sus gruesos astiles capaces de ensartar a varios hombres en el mismo disparo.

La colisión de aquellas legiones fue brutal, sobre todo en el punto donde se decidiría la suerte de la batalla. Allí, los *hastati* del procónsul, las tropas más jóvenes de todo ejército romano, tan solo desempeñaron un mero papel de ariete humano. Después de hacer tambalear a los lusitanos de Hirtuleyo apenas si combatieron unos minutos. Entonces dejaron hábilmente su puesto a los *principes*, soldados más expertos y baqueteados, para que fueran ellos quienes pusieran toda la carne en el asador desde el principio. Fue esta, sin duda, una opción arriesgada por parte del procónsul de la Ulterior, pues la prudencia siempre aconseja guardar a los mejores hombres para los envites finales de la batalla. Metelo, sin embargo, pretendía que sus *principes* mantuvieran, e incluso incrementaran desde los primeros compases, la ventaja obtenida por los *hastati*.

Tres toques de *bucinae* y un frenético accionar de insignias reclamaron a la cohorte de reserva de nuestro montículo. Era Flavio Hirtuleyo quien los demandaba en un intento algo tardío por evitar la maniobra de envolvimiento del viejo procónsul. En el otro extremo, la pelea aparecía algo más nivelada, seguramente porque a las tropas consulares les bastaba con mantener el terreno, hasta que el semicírculo en el que los nuestros luchaban fuese cada vez un espacio más redondo, más reducido. Un nudo tan apretado en el que, en caso de retirada, solo cupiese una escapatoria: las aguas insondables del Baetis. Y mientras pensaba en esta horrible pero posible contingencia, una mano se posó sobre mi hombro. Era Estibos quien me miraba con aquella media sonrisa helada en sus labios. Un curioso mohín a medio camino entre la ternura y la tragedia.

—Voy a bajar a ayudarlos —me anunció en lo que sonaba casi como una despedida.

—¿Ayudarlos? No... no podemos ayudarlos. Nadie puede ayudarlos ya —balbucí confundido.

Estibos asintió mientras se ajustaba los correajes de la armadura. Él sabía igual que yo que un solo hombre jamás puede marcar la diferencia en una batalla, ni siquiera Draco, ni Sertorio, ni el mítico guerrero Aquiles. El indiketa se colocó el casco y se abrochó las carrilleras sin dejar de mirarme. Noté

sus ojos algo húmedos, pero vi que su rostro era de piedra y su voluntad, de acero. Del mismo metal con el que mi padre y yo forjábamos espadas irrompibles en la fragua de Contrebia.

—La suerte de esta batalla ya está echada, Estibos —le dije, como si explicar lo obvio fuera a servir de algo—. No conseguirás cambiar nada. ¡Te matarán! —Traté de retenerlo mientras montaba a caballo.

Estibos picó espuelas y se perdió ladera abajo dejando tras de sí una nube de polvo y gritos, las voces estériles de Placidio intentando hacerlo entrar en razones. Quise alcanzar entonces mi armadura, pero me encontré primero con la mano escarchada de Asiris.

—Es inútil —me dijo Asiris con mirada suplicante—. Tú tampoco lograrás cambiar el curso de esta batalla.

Asentí en silencio. No hacía falta ser hechicero ni adivino para ser consciente de aquel hecho.

—No podrás proteger a mi hermano —insistió la indiketa todavía aferrada a mi túnica—. Él no desea que nadie lo salve —me dijo con lágrimas en los ojos—. ¡Morirás tú también, Kalaitos! —añadió rompiendo en sollozos.

Observé durante un tiempo difícilmente calculable el rostro desencajado de la princesa de Indika. Por primera vez la vi presa del miedo, aterrada por sus propios barruntos. Mortificada por unas visiones en las que su hermano y yo perecíamos de manera absurda. Él, buscando la paz definitiva que esconde la muerte bajo su manto negro; yo, tratando de que no lo consiguiera.

—Es mi amigo —aduje por toda disculpa para acometer aquella locura—. Además, no moriré —le dije desasiéndome de aquellas manos trémulas—. Regresaré con Estibos y todos juntos escaparemos de esta ratonera.

Caminé dos pasos hacia Boudi, mi fiel caballo hispano, mientras cerraba los últimos broches de la armadura. Entonces me volví a Asiris.

—Volveré —le dije abrazándola quizá por última vez—. Pero si no lo hago... —Asiris me miraba con la avidez descarnada de los desesperados—. Si no lo hago, quiero que sepas que nunca quise a ninguna otra mujer como te quiero a ti.

La joven indiketa trató de sonreír, pero el intento se quedó en un amago frustrado. En una mueca triste que quizá la alejara un ápice de su habitual belleza indómita pero tal vez la acercara infinitamente al mundo de los humanos.

—Lo sé —dijo mientras se limpiaba el rostro de lágrimas—. Siempre lo he sabido —añadió abrazando una armadura romana que albergaba un corazón celtíbero.

Cuando lo alcancé, Estibos ya peleaba junto a Draco en el extremo más alejado del ala derecha, exactamente en el lugar donde la situación era más comprometida, más desesperada. En realidad, ambos se debatían en el filo de la navaja. Allí las turmas de caballería lusitana y turdetana apenas podían mantener ya el empuje arrollador de la infantería pesada de Metelo. Después de un trabajo profesional y concienzudo, los *principes* habían dejado paso a los triarios con sus enormes lanzas. Contra aquel escudo infranqueable de erizadas púas los jinetes sertorianos se iban dejando la vida en oleadas suicidas. Aquella forma absurda de morir parecía la única manera de que los restos de aquel ejército agotado siguieran viviendo.

El *primus pilus* me vio aparecer a su lado con el *gladius* ya rojo de sangre. Tenía el caso mellado por los golpes y varios cortes en los antebrazos. Aun así, su alma de *torquatus* invencible seguía tan intacta como su mal genio.

—¿Qué diablos hacéis aquí?! —me gritó entre dos estocadas.

—¡Hemos venido a ayudarte! —le respondí a voz en grito, partiendo una de aquellas lanzas de un tajo.

—¡Esto ya no hay quien lo arregle! —exclamó derribando a un triario—. ¡Marchaos de aquí ahora mismo! ¡Escapad! —nos ordenó en medio de la vorágine.

Estibos no se dio por enterado, aunque quizá no lo escuchara. A decir verdad, resulta casi imposible discernir entre las voces amigas y las contrarias en una batahola infernal compuesta por blasfemias, gritos y lamentos entremezclados. Y todavía es peor cuando una formación se resquebraja y sus líneas se abren como leños podridos.

—¡Taponad ese agujero! —nos ordenó Draco finalmente en vista de que no mostrábamos intención alguna de ponernos a salvo.

Media docena de triarios se habían colado por una brecha que ellos mismos habían forzado en nuestra última línea de contención. Si aquel agujero permanecía abierto el tiempo suficiente como para permitir la entrada a un manípulo completo, las opciones de supervivencia del ejército de Hirtuleyo —o lo que iba quedando de él— serían las mismas que las de un cordero recién parido en la nieve.

Estibos sorprendió al primero de aquellos temibles legionarios por la espalda. Al segundo lo derribó arrollándolo con su caballo. Con el tercero no le quedó más remedio que trabar combate. Yo también lo tuve más fácil con mi primer enemigo. Siempre ocurre así cuando el galope de un caballo paraliza durante unos segundos a tu oponente. Mi segundo triario, en cambio, venía ya preparado. Traía la lanza en ristre con toda la intención de acabar primero con Boudi. Un jinete es siempre menos enemigo cuando es desmontado. Porque el tiempo que uno invierte en levantarse del suelo suele ser el mismo que el otro tarda en atravesarte con su lanza.

Boudi, afortunadamente, sabía cómo afrontar este tipo de situaciones. Apenas tuve que insistirle con las rodillas para que realizara un vertiginoso escorzo que dejó a nuestro enemigo con su pica perforando el aire. Mi primer mandoble se abatió con furia sobre el casco de aquel veterano. No fue un golpe definitivo, pero, en una batalla, un segundo de confusión suele ser sinónimo de muerte. Mi segunda estocada le cercenó el cuello sin darle tiempo a cubrirse con el escudo. Entonces sentí estremecerse a mi fiel caballo de guerra.

El tercer triario nos había sorprendido por el flanco contrario y había clavado su astil en un cuarto trasero de Boudi. A pesar de la herida, el animal maniobró con presteza, y logré aferrar la lanza con mi mano izquierda justo cuando su punta buscaba mi costado izquierdo. Derribé al soldado consular de un puntapié en la cara y me quedé con su larga garrocha en la mano. Ensartarlo con su propia arma mientras estaba caído fue un juego de niños. Boudi, sin embargo, sangraba a raudales por una brecha cuya auténtica gravedad era difícil de conocer, pero podía drenarle las fuerzas en cualquier momento.

Draco se acercó a nosotros al galope, con la cara costrada de polvo y sangre y los ojos desaforados por la ira. A través de aquella máscara de mugre y guerra que cubría sus facciones, leí su determinación de salir vivo de aquella carnicería.

—¡Ya hemos aguantado bastante! —me gritó, haciendo bocina con una mano.

—¿Cómo?!

—¡Ya hemos cumplido nuestra misión! ¡Ya podemos marcharnos!

—¿Marchar? ¿Adónde?

Estibos y yo lo miramos aturdidos, dejando que el estupor nos atenazase un peligroso segundo. Después mi amigo indiketa se dio media vuelta y volvió a percutir una vez más contra el enemigo. Unas huestes que ya habían logrado el objetivo de cortarnos casi todas las opciones de retirada. Draco apuntó

con su mano hacia Poniente.

—¡Hirtuleyo ha logrado romper el círculo! —me anunció a voz en grito.

Entonces vi al legado de Sertorio escapando con los despojos a los que había quedado reducido su ejército: apenas media legión y un ala de caballería. La exigua formación había logrado rodear por su lado sur las empalizadas del campamento de Metelo bajo una lluvia de proyectiles que les había causado innumerables bajas. Pero al menos aquellos hombres ya estaban en campo abierto, huyendo rumbo a la Lusitania, o al bosque más cercano, mientras otros muchos compañeros seguían sacrificándose en la ingrata —y fatal— tarea de pelear por nada. Tan solo por conseguir que quienes huyen cobren una ventaja suficiente que desanime al adversario a emprender la persecución de los vencidos. Y esa labor infame le había correspondido principalmente a Draco. Porque el menor de los Hirtuleyos hacía rato que se había reunido con su hermano en el otro extremo del frente de batalla y, supuestamente, estaría ya fuera de peligro.

—¡Voy a mandarles romper filas! —me informó el *primus pilus* señalando hacia unos turdetanos ya desfallecidos pero con la disciplina suficiente para mantener ocupado a buena parte del ejército enemigo.

—¡Estibos no va a querer abandonar el combate! —le previne, como si aquello constituyese una razón para que los demás también nos quedáramos—. ¡Él pretende seguir peleando hasta el final!

Draco apenas dirigió al indiketa una mirada sesgada.

—Yo no estoy dentro de su cabeza —replicó encogiéndose de hombros—. Cada uno elige el momento de irse al infierno. Y el mío no ha llegado todavía —añadió un segundo antes de quedarse con la mirada clavada en el cabezo donde se ocultaban Placidio y Asiris.

XXXVII

La orden de romper filas e iniciar la desbandada no hubo necesidad de darla. Las brechas en nuestra línea de escudos eran ya tan amplias y numerosas que los enemigos entraban y salían por ellas como conejos en una madriguera. Y cuando esto ocurre ya nadie está pendiente de centuriones ni de oficiales. Ni de cuernos o trompetas que anuncien nuevas órdenes. Una simple mirada y un gesto afirmativo de tu compañero de fila es señal suficiente para emprender la huida. Entonces todo se derrumba. Todo tiembla. El orden se vuelve caos. La disciplina mantenida hasta entonces se disuelve como la espuma en el agua. Los caídos se ignoran. Los heridos ya no cuentan para nadie. Incluso los amigos de siempre dejan de tener caras reconocibles. Eso es lo que ocurre cuando la resistencia de un bando se desmorona, y lo que antes era lucha ahora es pura carnicería. Eso es lo que sucede cuando los hombres se convierten en seres salvajes. En animales de dos clases: presas y depredadores. Igual que en Lauro, igual que en el desfiladero. Igual que ahora en Itálica, aunque en este caso nosotros íbamos a estar entre los que tratarían de salvar el pellejo y no entre los que administraban los golpes de gracia.

Perseguí la mirada extasiada de Draco igual que se contempla la dirección de una jabalina en el aire. Sus ojos enrojecidos apuntaban al montículo desde el que Estibos y yo habíamos presenciado casi toda la batalla. Placidio y Asiris seguían en él, pero habían sido descubiertos. Seis jinetes consulares se aproximaban a ellos con intenciones poco amistosas.

—¡Llama a ese loco! —me gritó Draco haciendo un gesto hacia un Estibos trabado en combate con dos soldados enemigos.

El joven indiketa se había hecho con una de las picas que manejaban los temibles triarios y la estaba usando para alancear a cuantos adversarios se interponían en su camino. Cuando llegué hasta él ya había acabado con sus dos oponentes.

—¡Vámonos! —le grité—. ¡Draco nos llama!

Estibos agitó la cabeza.

—¡Ve tú! —me respondió mientras buscaba con la mirada más soldados consulares a los que atacar.

Aquel absurdo desprecio por la vida, aquella determinación insensata de llamar cuanto antes a las puertas de Letavia me sacaron de quicio.

—¿Quieres morir?! —le grité, zarandeándolo sobre su montura—. ¡Hazlo al menos por tu hermana!

Estibos salió un segundo de su burbuja de fatalidad y miró en la dirección que apuntaba mi dedo índice. Placidio y Asiris habían iniciado una frenética cabalgada a ninguna parte, tratando de huir de aquel grupo de jinetes romanos ladera abajo. Draco también se había percatado del hecho y escrutaba con preocupación a nuestros dos compañeros de viaje.

—Saldremos a su encuentro —nos anunció a Estibos y a mí en cuanto ambos estuvimos otra vez a su lado—. Será la única manera de que no los maten —añadió.

No me atreví a objetar nada en contra de la idea de interceptar a seis hombres armados hasta los

dientes. Unos jinetes que, además, pronto recibirían refuerzos. Aun así, creo que todos tuvimos claro que la maniobra tan solo alargaría un poco las vidas de Placidio y Asiris y acortaría bastante las nuestras. Por eso mismo valoré el gesto de Draco, un sacrificio al que Estibos y yo quizá estuviéramos más obligados. Pero no él. Y, sin embargo, los tres seguíamos galopando, estrechando irremediablemente aquel triángulo mortal en el que uno de sus vértices trataba de escapar, el otro lo perseguía a corta distancia y el tercero —el formado por Draco, Estibos y yo mismo— pretendía colarse en el medio de ambos.

—¡Nunca conseguiréis salvaros todos si los tres nos enfrentamos a ellos! —nos gritó de repente Estibos—. Perderéis demasiado tiempo —añadió acomodándose la lanza debajo de la axila—. Yo puedo entretenerlos un poco —nos sugirió, cuando en realidad su decisión ya estaba tomada.

Miré a Draco de reojo. Asintió tras escrutar unos segundos el rostro impenetrable de Estibos.

—Cuida de mi hermana, Kalaitos —me dijo—. Tú eres uno de los pocos que sabe entenderla.

—Lo haré —le contesté mientras le veía apuntar su lanza hacia el grupo de jinetes que ya se nos echaba encima—. Nos veremos en el paraíso de los guerreros hispanos.

—Claro —respondió sonriendo—. O quizá en Letavia.

Quise devolverle la misma sonrisa a mi amigo indiketa, pero mi rostro se congeló en una mueca de estupor al contemplar más de cerca al escuadrón enemigo. No era un simple decurión quien venía al mando de aquellos jinetes. Se trataba de un centurión, un corpulento suboficial condecorado con dos *armillae* de oro. Y con los horrores de la guerra pintados en el rostro en forma de descomunales cicatrices. Y, sin embargo, el gesto de aquel hombre se encontraba inusualmente distendido por el placer tardío de la venganza.

Estibos ensartó al primero de los jinetes con su pica. Tras deshacerse de él, arrojó su lanza contra el segundo soldado, alcanzando a su montura en el cuello. Después desenfundó su *gladius* y se preparó para un combate donde acabar vivo ni siquiera era una opción. Mientras tanto, la pequeña ventaja obtenida gracias al coraje de mi amigo indiketa nos permitió reunirnos con Placidio y Asiris y considerar, brevemente, nuestras posibilidades.

La vasta llanura de Itálica era un hervidero de hombres desesperados. En esta ocasión, abandonar la relativa seguridad de una formación de guerra y buscar la salvación en los bríos que el miedo imprime a las piernas no había servido de mucho. Desde el principio, las legiones de Metelo habían dominado, y seguían haciéndolo, el extremo norte de aquella inmensa campa. Nosotros, en cambio, habíamos peleado casi desde la primera estocada con el río Baetis a nuestras espaldas. Ahora, tras la debacle y la consiguiente desbandada, la única opción para los que no habían huido con Hirtuleyo era dirigirse hacia el sur, hacia las aguas de un río mortalmente profundo. Hacia él corrían casi todos los supervivientes de la infausta batalla de Itálica, acosados por turmas de caballería enemiga como la que mandaba Fulvio. Sin embargo, lo sorprendente de aquella implacable cacería era presenciar cómo quienes alcanzaban corriendo el extremo más alejado de la planicie frenaban su huida repentinamente y, tras mirar brevemente hacia abajo, volvían a reorganizarse en pequeños grupos de resistencia. Después, aquellos hombres que minutos antes habían dimitido de su condición de soldados retomaban la lucha hasta caer abatidos por espadas o lanzas. O hasta que el abismo se los tragaba de manera más silenciosa y quizá indolora.

—¿A qué esperamos?! —nos urgió un Placidio aterrorizado, y ajeno a aquella implacable

circunstancia—. ¡Huyamos hacia el río y crucémoslo! —propuso—. ¡Es nuestra única escapatoria!

Estibos acababa de sucumbir definitivamente tras derribar todavía a otro enemigo y herir a uno más. El bravo indiketa había muerto matando. Diezmando heroicamente la patrulla enemiga que pugnaba por darnos caza. Y aun así, a pesar de sus esfuerzos, enfrentarnos a Fulvio estaba fuera de toda cuestión, porque el centurión de la cara cortada acababa de recibir nuevos refuerzos. Cuando el *torquatus* nos señaló con su *gladius* ensangrentado, una docena de hombres lo acompañaba.

—¡Se nos acaba el tiempo! —chilló un aterrado rétor—. ¡Se nos echan encima! —gritó mientras espoleaba a su montura en la única dirección posible.

—¡Hay un acantilado junto al río! —le grité inútilmente cuando ya cabalgaba a toda velocidad por delante de nosotros.

Fulvio había desplegado su turma en un amplio abanico, con el fin de cortarnos cualquier opción de retirada hacia el norte. Draco desenfundó su espada y la miró con dulzura extraña, igual que un soldado habría mirado a su esposa por última vez antes de acudir a una batalla perdida de antemano. Después nos roció a Asiris y a mí con el hielo de unos ojos ya hechos a lo inevitable.

—Así es la puta guerra —dijo preparándose para la última embestida de su vida—. Así son las cosas cuando ya no tienen remedio —añadió esbozando su mítica sonrisa patibularia.

El centurión escupió en el suelo y se dispuso a maniobrar su montura para encarar mejor a un enemigo inmensamente superior en número. La voz de Asiris, sin embargo, interrumpió sus funestos propósitos, apuntando una sorprendente idea que, a primera vista, tan solo sonaba a suicidio.

—¡Saltemos ese cortado! —propuso—. ¡Vamos, seguidme! —exclamó, y picó espuelas sin darnos tiempo a replicarle.

La mirada oscura de Draco se posó en la mía apenas un instante. Alerta, indecisa, acuciante. Como si la decisión de morir acribillados a estocadas o despeñados me correspondiera tomarla a mí. Como si un experto centurión necesitara la aprobación de un joven celtíbero para acometer la última locura de su vida.

—¡Vamos! ¡Saltemos ese cortado! —rugí apuntando con mi *gladius* hacia el final de aquella campa. Porque la muerte es siempre la muerte. Y conduce al mismo sitio. ¿Qué podríamos perder saltando al vacío? Al fin y al cabo, tanto a los jardines colgantes de Noctiluca como a los infiernos de Vaélico se accede de diversas maneras.

Boudi piafó por primera vez desde que ambos nos habíamos incorporado a la batalla perdida de Itálica. Fue aquel un relincho amargo, casi disculpatorio. Por no poder llevarme mucho más lejos. Por desfallecer cuando más falta me hacían su velocidad y su fuerza. «Ya falta poco —le dije acariciándole las crines—. Solo una carrera más, y después un salto», le susurré, como si él pudiera entenderme. Como si un caballo de guerra pudiera elegir libremente entre la vida o la muerte.

Alcanzamos a Placidio a menos de medio estadio del final de la explanada. El griego se había parado con los ojos dislocados por el espanto. Paralizado por el descubrimiento de una realidad apabullante, desconcertante, demoledora. A pocos pasos de nosotros, los últimos soldados de Hirtuleyo se enfrentaban a un destino atroz y seguramente injusto. Aferrados a su espada, pequeños grupos de lusitanos y turdetanos porfiaban por conservar la vida todavía unos instantes más mientras se defendían inútilmente de las hordas de perseguidores optimates. Unas tropas que iban rodeándolos, acorralándolos, empujándolos inexorablemente al vacío. A un abismo cuya profundidad no podíamos siquiera imaginar desde donde nos encontrábamos.

La voz de Asiris rasgó otra vez el aire candente de Itálica instándonos a seguirla. Los gritos de la

indiketa y el atronar de la caballería enemiga se solapaban ya con los balbuceos quejumbrosos de Placidio. El rétor giraba su cuello en todas direcciones igual que una gallina buscando un hueco entre la jauría de perros salvajes que la rodea, incapaz de escoger entre una muerte segura y otra más que probable.

—¡Tienes que seguir cabalgando!—le grité mientras desenfundaba mi espada—. ¡Tienes que elegir!

—¿Elegir? —La faz del griego era una máscara desencajada de horror y miedo—. ¡Elegir, ¿entre qué?! —chilló enfermo de pánico.

—Entre que te mate yo si no sigues cabalgando —le dije poniéndole el *gladius* en la garganta— o que te despanzurre ese *torquatus*.

A pesar de las amenazas, Placidio seguía dudando. Barajando opciones seguramente erróneas. Ajeno al drástico acercamiento de la turma enemiga. Por eso le arranqué las riendas de las manos y acicateé a su montura con la parte plana de mi espada. Porque el rétor nunca habría reunido el coraje suficiente para lanzarse al Baetis ni siquiera con amenazas.

Boudi trastabilló cuando aún nos quedaban cincuenta pasos para ver el borde del precipicio. Aunque el animal se repuso de su traspié, el tropezón fue suficiente para que Fulvio se colocara a mi altura, con el brazo cargado y la espada dispuesta.

—¡Ha llegado tu hora, bastardo! —me gritó lanzándome un tajo cruzado.

Paré aquel golpe con mi *gladius* y esquivé a duras penas los dos siguientes. El centurión de las cicatrices galopaba a mi lado prometiéndome la muerte en cada estocada fallida, cegado por la cólera, centrado únicamente en acabar una tarea que aún tenía pendiente desde la lejana Emporion. Inmerso en aquella nube de perturbadora venganza, Fulvio permanecía, sin embargo, peligrosamente ajeno a la cercanía del abismo. Totalmente ignorante de mis verdaderas intenciones.

—¡Es tu hora la que ha llegado! —le grité en el último instante, cuando aquella extensa planicie ya se acababa bajo los cascos de nuestros caballos.

Fulvio apartó sus ojos enrojecidos de mí y contempló por primera vez el borde del acantilado. Entonces se aplicó al freno de manera salvaje. El brutal tirón paralizó al instante las cuatro extremidades de su caballo. Boudi, sin embargo, empleó sus últimas energías en ganar el máximo de impulsión antes del salto. Con el fin de apartarnos de una orilla que adiviné repleta de rocas en su parte más baja. Aquella inercia nos hizo despegar y sobrevolar el acantilado durante apenas un suspiro. Fulvio, en cambio, se precipitó al vacío casi en parado, con su caballo rasgando la tierra reseca de Itálica con sus cuatro patas. Componiendo patéticas piruetas en el aire mientras luchaba por una sustentación imposible. Cayendo a plomo finalmente sobre el lecho de roca y explotando sobre aquellas aristas como una saca rellena de huesos y sangre.

Eso al menos fue lo que sospechamos que había sucedido después de asomar nuestras cabezas sobre las aguas turquesa del río más profundo de Hispania. Después de haber volado como centauros alados hasta que aquella ingravidez mágica desaparecía de un plumazo, dando paso a un grito histérico, inevitable. Un interminable estertor de pánico que salió propulsado al unísono de cuatro gargantas aterradas ante una caída de más de cincuenta pies de altura.

Draco y Placidio quedaron inconscientes tras el brutal impacto contra el agua. Afortunadamente, Asiris y yo todavía éramos dueños de nuestros cuerpos y, en menor grado, de nuestras ideas. Yo logré arrastrar al rétor hasta la orilla contraria mientras ella hacía lo propio con Draco. Los caballos no necesitaron ninguna ayuda, incluido Boudi, a quien las aguas salvadoras del Baetis parecían haberle devuelto la vida. Fue al tendernos exhaustos entre la junquilla cuando contemplamos el deprimente

espectáculo reinante al pie del acantilado. Cientos de cadáveres de soldados sertorianos se apiñaban esparcidos sobre las rocas. Rotos, desgarrados, descoyuntados. Retorcidos en posiciones grotescas. Fulvio era el único de aquellos cuerpos reventados que brillaba con luz propia, gracias al reflejo áureo de sus condecoraciones.

Varias horas permanecimos escondidos entre la maraña de juncos mientras centenares de soldados optimates se asomaban al borde del precipicio. Para contemplar el improvisado cementerio que Lucio Hirtuleyo había propiciado al exponer a sus tropas al maltrato silente del sol hispano en pleno agosto. Entre los que parecían contar cadáveres, quizá para alguna absurda pero necesaria estadística militar, reconocí a Quinto Cecilio Metelo, el vencedor inapelable de aquella batalla. Una confrontación sangrienta y desastrosa de la que Hirtuleyo tendría que dar cuenta a Sertorio en algún momento. Y ese día, yo trataría de estar bien lejos de ambos.

El procónsul de la Ulterior se desprendió de su casco de bronce y se pasó una mano por su cabeza pelada. Dos oficiales lo ayudaron también a quitarse su armadura musculada. Debido al sudor, la túnica roja que lo cubría se le había quedado pegada al cuerpo, haciendo evidentes los estragos de la edad y quizá de la indolencia. De una vida —según afirmaba Sertorio— plagada de lujos y excesos. Y, sin embargo, a la hora de la verdad, el viejo zorro había vencido a un león mucho más joven y robusto, pero quizá excesivamente confiado.

Las voces de Metelo y del hombre que lo acompañaba rebotaron sobre las aguas del Baetis con eco metálico y a la vez funesto. «Veinte mil enemigos abatidos», le aseguró el oficial que llevaba unos rollos de pergamino en la mano y parecía haber contado todos y cada uno de los cadáveres de aquel enfrentamiento. «¿Y cuántos nuestros?», quiso saber el procónsul, que se había girado hacia la campa ensangrentada de Itálica. «Una legión entera», respondió el otro. Metelo chascó la lengua y movió la cabeza con desagrado. Nada dijo al respecto, pero seguramente sospecharía que ambas cifras eran inexactas. Una estaría ligeramente hinchada y a la otra le faltaría aire. Lo cual me dejó calculando la ayuda real que Pompeyo iba a recibir de manos del procónsul de la Ulterior: poco más de diez mil hombres.

Draco se había despertado hacía rato. No así Placidio, a quien su inconsciencia le hacía murmurar irreproducibles letanías en su idioma. Por fin, el rétor abrió los ojos de repente, y lanzó un grito de horror al verse con el agua al cuello y rodeado de sanguijuelas. Afortunadamente para todos, el precipicio de enfrente ya se había despejado de enemigos y la noche había echado sobre nuestros cuerpos exhaustos el negro telón del final de una tragedia. De una verdadera, no como las que a Placidio le gustaba contar de los autores helenos, unos escritores que inventaron catástrofes y matanzas que, en realidad, jamás ocurrieron. Itálica, en cambio, sí existió; aunque para darnos cuenta de su auténtico alcance tuvimos que verlo con nuestros propios ojos.

Las tropas consulares dieron por terminada su labor de rapiña bien entrada la madrugada, cuando los cuernos y las *bucinae* del campamento ulularon como búhos siniestros, llamando a aquellos hombres de vuelta a la disciplina del campamento. Solo entonces nos atrevimos a movernos de nuestro escondrijo, a cruzar de nuevo el Baetis a nado y a buscar la manera de sortear la pared de roca que teníamos frente a nosotros.

Asiris había decidido subir de nuevo a la planicie, para localizar y enterrar el cuerpo de su hermano. La hechicera indiketa no nos pidió ayuda en ningún momento pero yo no iba a dejarla ir sola. Draco

levantó la cabeza hacia aquellos cortados de roca que la luz de la luna volvía blancos como dientes de difunto y chascó la lengua con abierto disgusto.

—Si Estibos fuera celtíbero como tú —dijo mirándome— podríamos dejarlo ahí arriba, para que se lo comieran los buitres. ¿No es así como os gusta acabar a los de tu raza después de caer en el campo de batalla?

Asiris no me dio tiempo a replicarle.

—Cuando seas tú el muerto —le dijo con voz ronca—, también te enterraremos. Pero lo haremos para proteger a los buitres. Para que no se envenenen al comerte las entrañas. Además —añadió con ojos llameantes—, no te he pedido que vengas conmigo.

Draco vino con nosotros finalmente, pero no Placidio, a quien no le permitimos acompañarnos a pesar de su insistencia. Al rétor, sin duda, le habría gustado despedirse de su alumno predilecto. Pero con sus largos faldones y su prominente barriga, el griego habría supuesto para nosotros un estorbo más que una ayuda. Y eso que, finalmente, logramos dar con un estrecho desfiladero que nos ahorró mucho sufrimiento en la subida. Lo que no pudimos evitar aquella noche fue el doloroso reencuentro con los fantasmas de la derrota.

La llanura de Itálica era un solar donde la muerte había sembrado desolación hasta hartarse. Hasta mellar su guadaña y quedar borracha de tanta sangre. La planicie sobre el majestuoso Baetis había sido un teatro en el que los dioses, al menos los del infierno, tenían que haber disfrutado sobremanera. Ahora, varias horas después de la hecatombe, el suelo seguía cuajado de cadáveres, de cuerpos desnudos que habían pertenecido a soldados lusitanos o turdetanos enrolados en una guerra entre romanos.

Los legionarios de Metelo habían retirado a sus muertos para darles sepultura en algún otro sitio. Y se habían dedicado después a despojar a los nuestros de cualquier objeto de valor. Por eso, todos aquellos guerreros hispanos yacían sin armadura, sin espadas, sin casco, sin sandalias. Sin nada más que la dignidad de haber cumplido con su juramento de *devotio* hacia Sertorio.

—Veinte mil muertos aún me parecen pocos —musitó Draco a la vista de tanta devastación.

Sin ser un experto en el cálculo de bajas, a mí también me pareció que el oficial de Metelo no había exagerado demasiado en sus estimaciones.

—Hirtuleyo cometió una locura anunciada —murmuré con rabia—. Ha fracasado.

—Hemos fracasado todos —me corrigió Draco—. Todos estamos en el mismo barco —repuso—. Y no hay general que acierte siempre —añadió, defendiendo al hombre que había provocado aquella masacre con su empecinamiento—. Además, Metelo tampoco se ha ido de rositas —añadió el *primus pilus* observando las huellas de las carretas enemigas que habían transportado a los romanos muertos.

Entonces me vino a la mente la figura de un mítico general llamado Pirro, de quien Placidio me dijo que había ganado una batalla a costa de quedarse con apenas un centenar de soldados vivos. Tal vez, se me ocurrió, la victoria de Metelo hubiese sido más pírrica de lo que pensábamos. O nuestra derrota, menos catastrófica después de todo.

A Estibos también le habían quitado todos sus enseres. Únicamente le habían respetado su bonita túnica ibera, porque estaba llena de sangre y repleta de cuchilladas. Al joven indiketa le habían arrancado su coraza de bronce, las grebas que protegían sus pantorrillas, sus armas y su precioso casco etrusco. Pero nadie había logrado robarle el sorprendente gesto de paz que adornaba su rostro.

Asiris se acuclilló a su lado, colocó la cabeza de su hermano en su regazo y le alisó los cabellos como quizá hubiera hecho en otra época, cuando ambos eran niños y vivían ajenos a las envidias de Biurtan. Cuando en Indika todavía reinaba la paz y no se hablaba de Pompeyo ni de Sertorio. Cuando Hispania

era un territorio revuelto pero no azotado por la guerra.

—Estibos nunca lo tuvo fácil —me confesó, sonriendo con tristeza—. El destino lo persiguió toda su vida —dijo—. Y, al final, él salió a su encuentro.

—Tu hermano fue un valiente —le contesté—. Y mi mejor amigo.

Asiris asintió.

—Él lo quiso así —dijo—. No hay que darle más vueltas.

—En Osca le ocurrieron algunas cosas que quizá no lo hayan ayudado mucho a vivir más cómodamente —repuse tras pensarlo mucho.

—Lo sé —sostuvo Asiris, para mi sorpresa—. Estibos no tenía secretos conmigo. Me lo contó todo cuando nos reunimos de nuevo en Lauro. Es verdad que aquello lo mortificaba —me explicó—, pero no más que sentirse perdido en un océano sin orillas.

—Yo... no pude hacer nada por él aquella noche —titubeé en un tono que sonaba, irremediabilmente, a disculpa tardía.

Pero Asiris sonrió otra vez. Franca, sincera, maravillosa.

—Nadie es el guardián de nadie —contestó con aplomo—. Eso no debe hacer que te sientas mal.

—¿Él nunca pensó en Muturudum? —le pregunté a aquella mujer admirable.

—Muturudum apareció en el horizonte cuando Estibos ya estaba en Osca.

—Y tú, ¿sigues haciéndolo?

—¿Pensar en Muturudum? —La mirada de Asiris se elevó soñadora hacia el norte, hacia algún lugar fronterizo entre vascones y celtíberos—. ¿Quién no piensa alguna vez en ser libre de todo esto? —añadió desplegando la vista por aquella campa sembrada de muertos.

En aquel instante supe que Asiris se marcharía. Un día u otro. Conmigo o sin mí. En realidad, siempre estuve seguro de ello. Nadie puede retener a un ruiseñor en una jaula. Y ese día yo tendría que elegir camino. Tendría que escoger entre la seguridad relativa que me ofrecía Sertorio o los sueños idílicos de una hechicera indiketa. La voz amortiguada de Draco me sacó de aquel mar de dudas irresolubles.

—Debemos marcharnos ya —susurró apuntando hacia los hachones encendidos del campamento optimato—. *La hora prima* se acerca y podrían detectarnos en cualquier momento.

Con la alborada ya persiguiéndonos, hicimos un agujero en la tierra con nuestras propias espadas. Y metimos en él el cuerpo acribillado de Estibos. Después lo cubrimos de piedras para dejarlo a salvo de alimañas y carroñeros. Asiris recitó entonces unas palabras en lengua ibera sobre aquella improvisada tumba. Unos versos de los que no entendí nada pero a los que Draco replicó con ademán contrito, también de manera para mí incomprensible.

El camino de vuelta lo hicimos en absoluto silencio y con los ojos puestos en el suelo. Hasta encontrar el estrecho desfiladero que debía devolvernos al lugar donde Placidio nos esperaba.

—¿Qué haremos ahora? —le pregunté a Draco cuando las aguas del río nos llegaban a las rodillas.

—Esperaremos.

—Esperaremos ¿a qué?

—A ver qué hace ahora Metelo.

—Pero tendremos que informar a Sertorio de lo ocurrido —dije—. Y de que ya no es posible detener al ejército consular.

Draco nadaba junto a mí pensativo, con las ideas dando vueltas en su cabeza como los torbellinos que íbamos dejando atrás en nuestro lento avance.

—Eso ya lo haremos en el momento oportuno —afirmó—. Ya te habrás dado cuenta —dijo— de

que, en una guerra, las situaciones pueden cambiar en el curso de unas pocas horas. Ahora, lo prioritario es ver qué decide hacer el viejo zorro.

XXXVII

Quinto Cecilio Metelo no se movió de su campamento en dos semanas. Durante todo ese tiempo permaneció acuartelado a orillas del Baetis, pensando qué hacer o esperando nuevas instrucciones por parte de Pompeyo. Nosotros también seguimos guarecidos en el mismo bosquecillo, ocultos de las patrullas consulares de vigilancia. A Hirtuleyo lo suponíamos escondido en algún punto de la Lusitania o cerca de ella, con la cabeza entre las manos, contemplando los restos de su ejército mientras rememoraba la mayor derrota de su carrera. Por fin, dos días después de las calendas de septiembre, el procónsul de la Ulterior destruyó sus empalizadas, cubrió de tierra el enorme foso y reemprendió la marcha. No tuvimos que seguirlo demasiado tiempo para comprobar que su rumbo no era el que esperábamos.

—¿Hacia dónde diablos se dirige ahora Metelo? —le pregunté a Draco cuando tuvimos claro que el procónsul enfilaba hacia el norte. Posiblemente hacia la Carpetania.

—Está claro que ya no piensa reunirse con Pompeyo en la zona del litoral.

—¿Va a desoír las llamadas de ayuda de su aliado? —inquirí extrañado.

Draco se encogió de hombros.

—Cualquiera sabe —afirmó el *primus pilus*—. Las cabezas de los generales romanos son impermeables para simples mortales como nosotros. Puede que sea así o...

—¿O?

—O puede que Pompeyo ya no está cerca de Lauro y Saguntum.

Aquella misma tarde giramos hacia el este e iniciamos nuestro camino de vuelta a Lauro. Para comunicarle a Sertorio dos noticias. Una —el nuevo rumbo de Metelo y sus tropas— quizá lo dejara indiferente o tal vez lo celebrara; la otra —el desastre de Itálica— le traería bastantes más quebraderos de cabeza. Porque la Lusitania se había quedado de repente sin ejército que la defendiera de las garras optimates. A pesar de todo, Draco aplicó a aquel doloroso planteamiento el hielo balsámico de la experiencia.

—Sertorio va a tener suerte —afirmó convencido—. Todo va a quedar pendiente para la campaña del año próximo.

—Pero cuando Metelo vuelva —le refuté—, apenas va a encontrar oposición por parte de nadie. Hirtuleyo ya no tiene hombres para defender nada.

El *primus pilus* me miró con sonrisa magnánima, como un ser superior mira a un insecto terrestre. O un soldado experto, a un novato.

—Metelo no va a volver hasta la primavera próxima —sostuvo con total convencimiento—. Si ha emprendido rumbo al norte es porque piensa invernar en algún sitio no muy lejos de los Pirineos. Para

recibir refuerzos a través de la Galia.

—¿Invernar? Apenas ha empezado septiembre —le dije—. Todavía hace un calor de muerte.

Draco lanzó una risotada.

—Los romanos son muy previsores —replicó—. Para ellos, la época de batallas acaba de concluir. Ahora todos buscan un lugar en el que cobijarse y prepararse para los fríos. Y mientras tanto, fabrican armas, alistan nuevas tropas, las adiestran para la guerra, amplían sus clientelas hispanas, mandan cartas a Roma con sus logros y sus victorias... Y diseñan las tácticas para el año venidero. ¿Te parece poco trabajo?

—No —respondí abrumado por tanto contenido en unos meses en los que los celtíberos, y en general todos los pueblos hispanos, no hacíamos otra cosa que cuidar de nuestro ganado, cortar leña para los hogares, hacer hijos, beber la *caelia* de nuestras bodegas y contar historias al lado del fuego.

Entonces me vino a la mente la ausencia de Sertorio de la ciudad de Osca durante muchos meses, prácticamente la totalidad del otoño y del invierno anteriores. Un tiempo que yo invertí en mi formación romana en la Academia de Latinidad, y él, en reclutar hombres. Cuando regresó al *oppidum* ilergete, el Gigante de Nursia venía acompañado de un gran ejército de celtíberos. Todo lo cual me dejó pensando en cuál sería el estado actual de las cosas en el estrecho corredor del *mare Internum*. ¿Habría habido más batallas entre Sertorio y Pompeyo? ¿Seguirían ambos generales jugando al gato y al ratón en aquellos profundos desfiladeros? ¿O ya habrían dado por concluida también la estación de las guerras? Y si era así, ¿adónde habría marchado cada uno? ¿Era acaso posible que en la llanura de Lauro ya no encontrásemos nada más que restos de campamentos destruidos?

Todas estas dudas y algunas otras quedaron resueltas a los pocos días, no muy lejos de la ciudad de Corduba. Fue allí, a la vista de la capital de la Ulterior, cuando divisamos la nube de polvo que anunciaba la presencia de un gran ejército proveniente del este. Entonces vi entornarse los ojos de Draco, husmeando peligros, analizando posibilidades.

—Es Sertorio —nos anunció relajando el gesto cuando descartó todas las opciones descabelladas y se quedó con la más plausible.

Bien pensado, no podía tratarse de nadie más. Metelo no iba a dar un estúpido rodeo para volver después al mismo sitio que había abandonado días antes. En cuanto a Pompeyo, el general optimate jamás se arriesgaría a cruzar la Bética en solitario. Así pues, la deducción del *primus pilus* era la más lógica, y, obviamente, resultó acertada. En cualquier caso, fue aquel un reencuentro inesperado, extraño, con la pesadumbre del deber incumplido —o cuando menos incompleto— tiñéndolo todo de colores grises. Reconocí en la distancia el cabalgar siempre nervioso de Tarquicio Prisco, y la monta más indolente de Octavio Grecino. Por delante de ellos, Sertorio abría la marcha, trotando junto a otro jinete que parecía la cara opuesta de la misma moneda. El Gigante de Nursia nos saludó de lejos, sonriente, enhiesto, deslumbrante bajo el sol implacable de la Bética. A su lado, el general Perpenna mostraba un aire hermético y a la vez aburrido. Consciente posiblemente de su insignificante papel en aquella expedición tardía.

Quinto Sertorio nos abrazó uno a uno entre sus brazos hercúleos, a todos excepto a Asiris. A la joven indiketa le dedicó una mirada larga, grave, casi compungida.

—¿Estibos? —le preguntó al echar de menos al joven indiketa en el grupo—. ¿También él cayó en Itálica?

Al escuchar la pregunta, giré la cabeza hacia Draco como movido por un resorte instantáneo. Por un instante se me ocurrió que los poderes atribuidos a Sertorio para comunicarse con los dioses y conocer

los sucesos a través de su cierva blanca quizá fueran verdaderos.

—Estibos murió peleando por ti —le contestó Asiris con aridez de piedra volcánica—. Espero que lo recuerdes siempre.

Sertorio asintió con ademán solemne. Entonces nos explicó que, pocos días después de la batalla, varios supervivientes habían llegado hasta Lauro para dar cuenta de la derrota. Un descalabro del que todavía desconocía sus verdaderas dimensiones aunque, evidentemente, algo sospechaba.

—¿Tan mal se dieron las cosas? —preguntó, alternando su preocupado escrutinio entre todos nosotros pero deteniéndose finalmente en Draco.

El *primus pilus* y yo cruzamos una mirada llena de dolorosas reminiscencias.

—Peor que mal —respondió.

Sertorio palideció antes de formular una pregunta obligatoria.

—¿Cuántas bajas?

—Muchas. Demasiadas. —Draco miraba a otra parte, lívido, incómodo, deseando cambiar de tema más que de túnica.

—¿Cuántas?

—Puede que veinte mil —tuvo que reconocer el centurión—. Quizá más.

Sertorio apretó las mandíbulas, pero mantuvo la compostura, sin dejar que la contrariedad y la ira le enturbiasen el semblante.

—¿Sabéis dónde está Metelo ahora? —nos preguntó con la mirada puesta en un horizonte sembrado de calima blanca.

—Se dirige al norte —respondió Draco—. Te lleva cierta ventaja.

Sertorio asintió, siguiendo con su único ojo el hipotético camino del procónsul.

—¿No persiguió Metelo a Hirtuleyo después de la batalla? —preguntó tras una pausa.

Draco y yo nos encogimos de hombros.

—Lo cierto es que el general optimate ha permanecido en su campamento de Itálica todo este tiempo. Pero es cierto que pudo haber enviado a una parte de su ejército en persecución de Hirtuleyo. A ciencia cierta no lo sabemos —reconoció Draco.

—Esa maldita Vieja.... —masculló Sertorio entre dientes—. Debí haber venido yo mismo en persona.

Marco Perpenna Vento había asistido a aquella conversación en silencio, sin mostrar el menor atisbo de vida o de sentimiento. Como si los muertos de Itálica no fueran de su bando. Como si los fracasos de Hirtuleyo no le afectaran lo más mínimo. Y sin embargo, sus ojillos pardos habían cobrado de repente el brillo saltón del bronce recién bruñido.

—Todavía podríamos alcanzar a Metelo —sugirió de repente el antiguo pretor de Sicilia—. Podríamos caer sobre él de improviso.

Vi dudar a Sertorio. Lo vi debatirse entre la idea ya meditada que llevaba en mente y la improvisación que planteaba su colega.

—No lo seguiremos —resolvió finalmente.

—Es una ocasión única para enfrentarnos a él en superioridad numérica y aplastarlo —insistió Perpenna—. Yo mismo podría marchar tras él con, digamos, veinticinco mil hombres —apuntó—. A ti te bastaría con una sola legión para dirigirte a la Lusitania. Allí ya no quedan tropas optimates...

Una vez más me pareció que Sertorio trataba a Perpenna con fingido respeto, casi como a un rehén ilustre al que se le permite casi todo excepto tomar decisiones. Sobre todo si esas iniciativas pueden contribuir, de fructificar, a engrandecer la fama y los laureles de alguien a quien se pretende mantener a

toda costa debajo de la suela del zapato.

—No dividiremos tropas —zanjó Sertorio—. Todos marcharemos a la Lusitania en busca de Hirtuleyo.

—¿No... nosotros también? —preguntó de repente Placidio, a quien tantos viajes de ida y vuelta y tantos muertos inesperados parecían haber drenado su cuerpo de fuerzas.

Sertorio le pasó la mano por la espalda y le dio dos palmadas terribles sobre los hombros.

—¿Ya te has cansado de ser mi historiador y biógrafo? —le reprochó riendo—. Todavía no he leído tus últimos escritos —añadió con otro palmetazo—. Pero ahora tendré tiempo de hacerlo mientras llegamos a la Lusitania.

El camino a la idílica Lusitania ya resultaba familiar para nosotros, casi al completo. Aun así, no resultó aburrido. En primer lugar porque aquella misma tarde Sertorio nos puso al día de sus diatribas personales con Pompeyo. Según nos contó, el joven general optimata había optado finalmente por retirarse del corredor de la costa oriental hispana y poner rumbo al norte. Después de tanto trabajo y tanta sangre vertida, Pompeyo reulaba hacia tierras de los vascones, donde seguramente plantaría sus reales en espera de refuerzos desde la Galia. Así pues, después de aquella humillante retirada y la apresurada salida de Metelo de su madriguera en la Ulterior, Hispania entera quedaba en manos de Sertorio. A excepción de «un par de rincones sin importancia» todavía en manos optimates. Por eso había dejado solo a Cayo Herenio en Valentia con un ejército de treinta mil soldados mientras él emprendía la marcha en busca del derrotado Hirtuleyo. Para confortar personalmente a su legado y proporcionarle nuevas tropas con las que afrontar el año próximo.

Tras vapulear a Pompeyo en las llanuras del Turis, y a pesar de la reciente derrota de su lugarteniente, a Sertorio se le notaba ufano, optimista, convencido de lograr —más tarde o más temprano— la victoria definitiva. Sin embargo, al alcanzar la campa de Itálica, aquel semblante eufórico se ensombreció de nubes negras al contemplar los restos todavía visibles de la degollina. Porque los hombres de Metelo no habían perdido tiempo enterrando cadáveres ajenos y ahora, la propia disposición de aquellos esqueletos blancos hablaba con la claridad de un libro abierto. Concediéndole a cualquier militar experto la posibilidad de realizar una lectura absolutamente fiable de lo ocurrido.

—¿Quién diablos le mandó a Hirtuleyo acercarse tanto al campamento enemigo? —musitó Sertorio a la vista de aquella escombrera de despojos humanos—. ¿Y por qué razón colocó a sus tropas tan cerca del río? —añadió sin dar crédito a su ojo bueno.

Es muy posible que sus palabras tan solo fuesen una reflexión espontánea y no una pregunta dirigida a nadie. Placidio, sin embargo, no pensó lo mismo.

—Metelo no quería pelear —sostuvo el rétor—. Permaneció a cubierto como una sabandija toda la mañana, hasta que lo obligamos salir a campo abierto.

Sertorio levantó la cabeza hacia el astro rey y guiñó su único ojo. Deslumbrado, herido por aquellos rayos de plomo fundido.

—¿Hasta que lo obligasteis a salir a campo abierto o hasta que él se convenció de que estabais cocidos como cangrejos en una marmita?

Placidio movió la cabeza confundido por una ironía que quizá no estaba a su alcance.

—¿CÓ... cómo? —balbució mirándonos a Draco y a mí como un demente escapado de un manicomio.

—Según tengo entendido —afirmó Sertorio—, la lucha comenzó a mediodía, después de que

nuestros hombres llevaran varias horas formados bajo este sol de locura.

Nadie hizo el menor comentario. Ni Draco ni yo queríamos recordar cómo es el infierno de un soldado cociéndose a fuego lento debajo de su armadura. Sometido por una disciplina a veces ilógica, y fatídica.

—Horas sin nada que comer ni beber... —prosiguió el Gigante de Nursia en tono meditabundo, recorriendo con la mirada la planicie donde veinte mil esqueletos sertorianos se pudrían a la intemperie—. Horas peleando contra tropas frescas y descansadas... —Resolló mientras contemplaba los cuerpos caídos en aquel mortal semicírculo—. Horas aguantando las líneas mientras el nudo se estrechaba —recitó el Gigante de Nursia hablando consigo mismo, como si por su retina entornada estuviesen discurriendo las imágenes espeluznantes de la hecatombe de Itálica.

Quinto Sertorio se volvió de repente hacia Draco.

—Demasiados errores —afirmó con voz ronca—. Demasiados desatinos para alguien como Hirtuleyo —añadió acercándose a su fiel centurión con ademán amenazante—. ¡Tú debiste verlo! ¡Tú debiste sospecharlo antes de que ocurriera! —exclamó Sertorio apuntalando aquellas presunciones con sendos golpes sobre la coraza de Draco—. ¡¿Cómo diablos le permitiste hacer una locura así?! ¡¿Cómo diablos se lo permitiste?!

Draco soportó incólume aquellos empujones y aquel aliento áspero a dos pulgadas de sus narices.

—Habría tenido que matarlos —replicó con voz glacial sin bajar los ojos—. A él y a su hermano.

Sertorio escrutó un instante el rostro impenetrable de aquel veterano de guerra.

—¿Y por qué no lo hiciste? —le preguntó Sertorio mirándolo fijamente, como si veinte mil muertos ya justificasen la ejecución de un legado a manos de un *torquatus*.

Draco esbozó una sonrisa casi afable.

—Por dos razones —adujo—. La primera, porque no suelo matar a mis amigos.

—¿Y la segunda?

—Porque Hirtuleyo todavía puede serte muy útil.

A partir de Itálica, seguir la pista de Lucio Hirtuleyo fue igual que caminar por una senda marcada de cadáveres. Pronto nos quedó claro que la razón de Metelo para permanecer todavía quince días en las inmediaciones no fue otra que acabar el trabajo empezado en la batalla. El veterano general optimate había enviado a parte de su ejército a completar la caza y aniquilamiento del enemigo vencido. Y mientras esperaba la vuelta de sus hombres debió de llegarle la noticia de que Pompeyo se retiraba hacia territorio vascón. De ahí su repentino cambio de rumbo.

Al parecer, las legiones del procónsul habían perseguido durante muchos días a las tropas renqueantes de los hermanos Hirtuleyo hasta los mismos confines de la Bética, igual que una jauría de perros rabiosos. Allí se habían parado en seco, inquietos, asustados, confundidos por el extraño tufo a libertad que desprendían las tierras boscosas que tenían frente a ellos. Un aroma fresco y desconcertante que cualquier legión romana identificaba también con el peligro cercano. Y con una muerte segura. No estaba lejos el sitio, ni tampoco el año, en el que Sertorio había desembarcado por primera vez en la Lusitania, venciendo en un abrir y cerrar de ojos a cuantos pretores y procónsules optimates le salieron al paso. Desde entonces, los ejércitos sertorianos habían campado a sus anchas por aquellos parajes, contando a sus habitantes por aliados inseparables. Por eso la senda de sangre y muertos terminó de repente al penetrar en dominios lusitanos.

Encontramos a Hirtuleyo cerca de la ciudad de Eborá. Solo dos mil hombres lo acompañaban en aquel modesto campamento levantado en la encrucijada de tres ríos, como si tanta agua cercana sirviese para lavar las heridas de la derrota y las mataduras de la vergüenza. De la legión completa que vimos salir huyendo de la campa de Itálica, más de la mitad había sido aniquilada por el camino. Los supervivientes, sin embargo, tampoco habían salido indemnes. Casi todos presentaban las señales de la pelea. En el cuerpo o en el alma. O en ambos sitios a la vez, como el propio Lucio Hirtuleyo.

El legado abandonó su desastrado *praetorium* para recibirnos. Venía cojeando, con el rostro demudado y la mirada postrada en el suelo. Sertorio se había detenido a esperarlo en mitad de la *via praetoria*, vestido con su mejor coraza y su casco más llamativo. Y con la pupila de su ojo sano esparciendo chiribitas de fuego mágico entre las dos mil cabezas que lo contemplaban.

—¡Guardianes de la Lusitania! —bramó el Gigante de Nursia cuando a Hirtuleyo aún le quedaban diez pasos para llegar hasta él—. ¡Soldados heroicos de una tierra libre! —les gritó a aquellos hombres cabizbajos y apesadumbrados—. ¡Os traigo en persona una gran noticia!

Lucio Hirtuleyo ya estaba a su lado, pero Sertorio no le había dejado pronunciar palabra, enfrascado en un discurso diseñado para hacer revivir a los muertos. Y a los guerreros que se creen fracasados tras un revés incontestable.

—¡Gracias a vosotros! —rugió levantando su *gladius* al aire—. ¡Sí, gracias a todos vosotros —repitió— y a este hombre valeroso —Sertorio apuntaba con su dedo a Hirtuleyo—, hemos vencido a Pompeyo! ¡Al gran Cneo Pompeyo Magno! ¡Al general favorito del Senado romano!

Quinto Sertorio abrazó entonces a su legado a la vista de todos y lo zarandeó con la emoción de un padre profundamente orgulloso de su vástago. Un coro de murmullos admirativos empezó a sobrevolar el cielo despejado de la Lusitania. Algunas sonrisas aisladas desafiaban ya a los gestos de dolor de la mayoría cuando el Gigante de Nursia volvió a dirigirse a aquellas tropas golpeadas por la adversidad.

—¡Pompeyo escapa ahora mismo hacia los Pirineos, como un niño asustado de los lobos! ¡Como un don nadie que quiso jugar a los generales! —gritó eufórico—. ¡También Metelo huye hacia el norte, incapaz de plantar cara a nuestros ejércitos del *mare Internum*! Y todo... ¡gracias a vuestro valor y a vuestros sacrificios en Itálica! ¡Vuestra es la victoria sobre los ejércitos de Roma! ¡Vuestros son todos los méritos!

Más cabezas levantaron la barbilla del pecho después de escuchar aquella sorprendente noticia. Más ojos cobraron de nuevo el brillo de la esperanza. Algunas voces se atrevieron incluso a reír por primera vez en muchos días de huida. Y a hacer vibrar las gargantas con sonidos distintos a los gritos de alarma.

—¡Hombres de la Lusitania! —vociferó Sertorio—. ¡Soldados de Hispania! —explotó dirigiéndose a todas las tropas que lo escuchaban dentro y fuera de aquella empalizada—. ¡Por primera vez, sí, por primera vez en siglos, este país está libre de gobernadores romanos! ¡Hispania es otra vez vuestra!

Un primer aluvión de vítores inundó las avenidas del campamento. Un segundo después nos llegaron las respuestas enardecidas de quienes formaban al otro lado de aquellas puertas.

«Keltiber, Keltiber, Keltiber», oímos gritar a miles de celtíberos. «*Tir, Tir, Tir*», replicaron los ilergetes y contestanos de aquel mismo ejército. «Sertorio, Sertorio. Sertorio», clamaron poco después al unísono todas aquellas almas encendidas de pasión y de fe ciega en el hombre capaz de convertir la más catastrófica de las derrotas en una victoria heroica con el mero uso de la palabra. Y mientras aquellos dos mil hombres antes hundidos en el lodo de la vergüenza se fundían con quienes venían de vencer a Pompeyo y se sentían iguales a ellos, vimos cómo el gran Sertorio agarraba a Lucio Hirtuleyo por el brazo y se lo llevaba disimuladamente al *praetorium*.

XXXIX

Durante más de un mes, Quinto Sertorio recorrió incansablemente la Lusitania. De sur a norte. De este a oeste. Haciendo valer su mejor baza. O quizá la única que tenía en la manga: colocar su victoria de Lauro en la balanza siempre asimétrica de la guerra y hacer que pesara mucho más que el desastre de Itálica. Muchas veces incluso apiló ambas en el mismo plato, asegurando a quienes lo escuchaban con la boca abierta que ambas eran parte de lo mismo. O habían servido para cumplir el mismo objetivo. Una —afirmó refiriéndose a la victoria— no habría podido ocurrir sin la otra, sin el sacrificio de miles de guerreros lusitanos. Durante muchas semanas, el Gigante de Nursia no paró de hacer corvetear a Rhea, su cervatilla blanca, delante de los ojos desorbitados de decenas de caudillos nativos, traduciendo segundos después los inmejorables designios de los dioses para el año venidero. Siempre a su lado, un renacido Hirtuleyo asentía complacido mientras las intervenciones de Sertorio le iban restaurando el carisma y, sobre todo, recomponiendo el ejército perdido. Cuando llegamos a Olissipo, veinte mil nuevos guerreros lusitanos se habían unido a nosotros.

Aquella misma tarde, Asiris me dijo que odiaba todo aquel absurdo teatro. Detestaba a los hombres —dijo— que utilizaban su supremacía intelectual para aprovecharse de quienes tenían menos luces, con el fin de ver cumplidos sus propósitos. Nada objeté al respecto. Aquella era una verdad bastante irrefutable en todos los ámbitos de la vida. Tan solo temblé un poco hasta que me di cuenta de que no se trataba de un hartazgo tan grave como para hacerla tomar decisiones drásticas, irreversibles. Al menos a corto plazo. El suyo más bien parecía un malestar pasajero que quizá pudiera calmarse con un simple paseo en busca del crepúsculo.

—¿Cómo es posible que no odies a Sertorio? —me preguntó cuando salíamos por la *porta decumana* rumbo a la desembocadura del río Tagus.

—¿Acaso Sertorio te parece peor que Pompeyo? —le rebatí sonriendo.

—Todos los generales romanos son iguales —resumió arrugando el ceño—. ¿O eres tan tonto como para creer que con Sertorio a los hispanos nos iría mejor que con cualquier otro?

—Puede que sí —repuse—. Al menos yo prefiero pensar así.

Asiris me miró con hostilidad mal disimulada, casi con desprecio.

—¿Tú crees que esos desgraciados que besan por donde pisa y corren a enrolarse en sus ejércitos después de ver el deprimente espectáculo de su cierva blanca saben realmente qué es lo que Sertorio guarda para ellos si algún día llega a ser dueño de Roma y sus provincias?

No tuve que pensar mucho para responder.

—No, no lo saben.

—¿Y tú? ¿Sabes tú lo que nos espera a celtíberos, indiketas y al resto de pueblos que habitan lo que tú llamas Hispania?

—Pues...

—Yo te lo diré —me interrumpió Asiris con vehemencia—. Nos espera lo mismo que con Porcio Catón, Sempronio Graco, Escipión Emiliano o Tito Didio —afirmó, nombrando apenas a un puñado de los más sanguinarios gobernadores enviados jamás a tierra hispana.

—Me temo que exageras —le dije, sin intención de importunarla—. Sertorio no tiene nada que ver con todos esos personajes.

Asiris me dedicó entonces una mirada que mezclaba la irritación y el desconcierto. Dos sentimientos que, desde siempre, había percibido en ella cada vez que abordábamos el tema de la dominación romana en Hispania. Dos obstáculos que podían levantar entre nosotros una barrera invisible y, sin embargo, dañina.

—¿Qué le debes tú a Sertorio para respetarlo tanto? —me espetó con voz ronca, recogiendo en una sola pregunta ambas sensaciones—. ¿Qué *crees* deberle a ese hombre? —añadió enfatizando la palabra «creer», para hacerme caer en la cuenta de que era mi subconsciente el que me hacía ver y sentir una deuda que no existía.

—Sertorio no es lo peor que puede ocurrirnos a los hispanos —insistí.

—Arrasó tu ciudad —me recordó Asiris enseguida.

Asentí.

—Mató a tu padre.

Asentí otra vez, socarrado por el glacial escrutinio de la joven indiketa.

—Eres ya igual que un perro obediente que sigue a su amo sin preguntarse nada —concluyó agriamente en vista de mi aparente indiferencia—. Eres un imbécil sin voluntad ni cerebro —añadió ante mi recalcitrante silencio.

De no haber conocido la forma de ser de Asiris, sus palabras me habrían herido. Habrían mellado severamente mi orgullo celtíbero, sobre todo viniendo de una mujer. Sin embargo, mi corazón seguía latiendo despacio mientras mi mente viajaba en el tiempo.

—Puede que no le deba nada a Sertorio, a pesar de que me respetó la vida —le concedí—. Y, sin embargo, me ha costado algún tiempo darme cuenta de algo importante —aduje.

—¿De qué?

—De que la suerte de Contrebia Leucade y la de los míos ya estaba echada desde mucho antes de que llegara Sertorio.

—¿De qué estás hablando?

—Y también la de Emporion —continué—, y la de Indika, y la de Lauro, y la de Saguntum. Y la de cualquier ciudad que se te ocurra.

—¿La suerte de nuestras ciudades..., echada de antemano? ¿Qué diablos significa eso?

—Significa que nunca podremos vencer a los invasores de estas tierras. Significa que siempre existirá alguien más poderoso que nosotros que regirá nuestras vidas y administrará nuestras escasas libertades. Llámese Sertorio o Pompeyo.

Asiris me miraba desorientada. Zarandeadada por unos razonamientos que consideraba inadmisibles.

—¿Quiénes mandaban sobre nosotros antes que los romanos? —le espeté sin darle tiempo a recuperarse.

—Los cartagineses.

—¿Y quiénes expulsaron a los cartagineses?

—Los romanos.

—Exacto. Porque nosotros por nuestra cuenta nunca habríamos logrado hacerlo. ¿Sabes por qué?

—Expulsar a Aníbal habría sido una cuestión de tiempo —todavía me refutó la indiketa indómita.

Una carcajada seca y áspera como la arenisca me raspó el gaznate.

—Claro, igual que ahora. Ya llevamos casi tres siglos de lucha y aún seguimos soñando —le dije, acordándome de mi propio padre y su odio perenne hacia todo lo itálico.

Asiris negaba obstinada, con la mandíbula apretada y los ojos llameantes.

—Imagina ahora una Hispania idílica. En paz, libre...

La joven indiketa frunció el ceño.

—Sabes que no me gusta ese nombre que usas tan a menudo. «Hispania» —dijo chascando la lengua con asco—. Esa palabra es un invento romano.

—¿Cómo la llamarías tú?

—No lo sé. —Asiris se encogió de hombros—. Nunca me he puesto a pensarlo. Puede que no exista un nombre para denominar a todo lo que tú pretendes meter en un mismo saco.

—No importa —le dije—. Aun así trata de imaginar este país sin guerra, como tú y yo no lo hemos conocido, ni tampoco nuestros padres, ni nuestros abuelos —le propuse.

—Y ahora, ¿qué? —repuso Asiris un segundo más tarde, dando el ejercicio de imaginación por terminado.

—Muy bien —asentí satisfecho—. Ahora dime qué harías tú, una indiketa, por un lusitano si únicamente la Lusitania resultara invadida por ejércitos extranjeros —la desafió.

—¿Hacer? ¿Yo? ¿Por un lusitano? —El rostro de Asiris se estiró en una cómica mueca de extrañeza.

—Yo te diré qué haría un indiketa, cualquier indiketa, por un lusitano en apuros: ¡nada!

Asiris me miró ceñuda, enfurruñada, rebuscando entre su ira creciente las palabras para replicarme.

—¿Y por un celtíbero? ¿Qué harías? —la reté de nuevo—. ¿Y por un carpetano? ¿Y por un galaico? ¿Y por un vacceo? ¿Y por cualquiera que no fuera de tu estirpe?

La indiketa levantó al fin una mano para protestar, pero su cólera quedó flotando en el aire. Muda, inofensiva, desnuda de razones en las que apoyarse.

—Yo te diré una y mil veces lo que harías: ¡no harías nada! —le dije. Después añadí más tranquilo—: Igual que ellos tampoco harían nada por ti si Indika fuera la invadida. Porque en eso de ayudarnos... todos hemos sido siempre iguales. Por eso jamás hemos fabricado alianzas para derrotar a los invasores. Por eso Sertorio es importante para nosotros: ¡porque es el único que podría unir a todos los pueblos hispanos y hacernos fuertes! —le espeté con una vehemencia que a mí mismo me sorprendía.

—Él jamás nos concederá la libertad de Roma, aunque esa sea la idea que pretende vendernos a todos —repuso Asiris con obstinación.

—Efectivamente —acepté—, Sertorio no va a concedernos esa libertad que muchos codician. Pero a él le cabe un mérito que no logró ni el propio Viriato: bajo sus estandartes han formado casi todos los pueblos de este país. Por esa misma razón —añadí—, deberá poner mucho cuidado en agradar a todos sus socios hispanos si un día gana esta guerra. Porque, de lo contrario, será esa misma Hispania entera que él habrá unido la que se levantará en su contra, convertida, por una vez, en un auténtico país y en una gran potencia.

—Deliras si piensas en una Hispania unida gracias a Sertorio —concluyó una jadeante Asiris mientras ambos trepábamos por la ladera de un arenoso cerrete.

Tras conquistar aquel último obstáculo, el majestuoso estuario del río Tagus apareció diáfano ante nuestros ojos. La blancura de su arena y la infinita gama de añiles de aquellas aguas al derramarse en el *atlanticum*, parecieron por un instante una pintura idílica, irreal, casi un producto de nuestras

ensoñaciones. Quizá era así, se me ocurrió, como Asiris percibía el futuro: límpido, despejado, pacífico, rumoroso.

—¿Cómo imaginas Muturudum si un día llegas a esa ciudad en la que dices no conocen la guerra? —le pregunté mientras descendíamos descalzos el último bancal de arena fina—. ¿Acaso piensas que encontrarás allí una realidad distinta? Y, aunque así fuera ahora mismo, ¿crees que la situación duraría mucho tiempo?

Asiris no respondió. Porque quizá desconocía la respuesta. O tal vez porque seguía anonadada por el grandioso espectáculo que se desperzaba delante de nuestras miradas.

—Solo hallarás seres desencantados, te lo aseguro —le advertí—. Gentes que huyen de la realidad de Hispania con los ojos cerrados. Hombres y mujeres acorralados por un destino que acabará encontrándolos tarde o temprano.

—Muturudum existe... —se debatió Asiris con voz débil.

—Muturudum es un espejismo en el que solo agonizan gentes ciegas en espera de lo inevitable —la atacé de nuevo, con más contundencia si cabe.

Asiris hizo un gesto con la mano para que me callase. Para que dejara de dispararle los dardos envenenados del desengaño. Después se puso a contemplar el crepúsculo con un aire entre soñador y atribulado.

—Kalaitos... —me dijo de pronto en tono susurrante. Como si aquel atardecer en el Tagus hubiese adormecido a la fiera indomable que ella siempre llevaba dentro. Como si el peso de mis razones hubiese acabado por doblegarla.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste en Itálica?

—¿En la ciudad?

—No, justo antes de que marcharas a luchar en la batalla.

Asentí en silencio sin dejar de contemplar el disco rojo que quería esconderse tras las inmensidades espumosas de un *atlanticum* salvaje.

—¿Es verdad? —me preguntó Asiris mientras me obligaba a tenderme de espaldas sobre la arena—. ¿Es verdad lo que me dijiste? —me interrogó con su cabeza sobre la mía, con sus pupilas de fuego incrustadas en las mías—. ¿Es verdad que me quieres como nunca quisiste a ninguna otra mujer? —añadió con los ojos estragados por una desesperación repentina.

—Claro —le dije—. Jamás se me habría ocurrido mentirte en aquellas circunstancias.

La hechicera indiketa hurgó todavía unos segundos dentro de mí igual que uno tiente con su mano el fondo de un cubo lleno de agua turbia. Asiris, sin embargo, tenía la facultad de taladrar las penumbras sin necesidad de antorchas. Y de leer los destellos delatores de las miradas.

—¿Tanto como para abandonar un día a Sertorio si yo te lo pidiera?

Yo también escarbé, a mi manera, dentro de aquel haz brillante hasta quedarme deslumbrado. Hasta advertir una sombra furtiva agazapada entre las brumas obstinadas de la utopía. El fantasma de Muturudum, me di cuenta, seguía allí. Recóndito, pertinaz, inamovible. Esperando pacientemente su oportunidad para atacar de nuevo.

—¿Tanto como para abandonar un día a Sertorio si yo te lo pidiera? —demandó Asiris por segunda vez mirándome con más intensidad todavía.

—Tanto.

Asiris sonrió, aparentemente satisfecha. Confiada en mi palabra. Después su gesto cambió

bruscamente, igual que el sol se nubla en ocasiones cuando uno menos se los espera. Entonces me besó con una pasión desesperada e insólita, buscando ávidamente el contacto de mi lengua mientras yo me dejaba hacer, aturdido por aquel inesperado frenesí, como un cadáver abandonado a su suerte.

—¿Hoy no vas a *intentar* nada? —me preguntó separando su cara de la mía—. ¿Hoy no vas a buscar lo que siempre buscas? —añadió defraudada.

—Asiris, yo... —vacilé, sorprendido por el reproche—. La última vez tú no...

—Quiero que me hagas el amor —afirmó interrumpiéndome, con una contundencia casi fatídica.

—¿Ahora? —repuse asustado por la urgencia de la demanda y por la gravedad de un rostro que no denotaba el menor signo de chanza.

Asiris asintió con decisión. Con la misma determinación de los héroes antes de lanzarse de cabeza al fuego de la batalla. Antes de perder la vida en un acto de valor irreflexivo.

—Quiero que me hagas el amor como si *fuera* virgen —sostuvo con la misma solemnidad dramática—. No como a una cualquiera.

—A mí no me importa que hayas tenido otros amantes —la consolé acariciándole la mejilla—. Todas las mujeres nacen vírgenes, hasta que dejan de serlo... —añadí sonriendo—. Es ley de vida.

La hechicera indiketa me miró ceñuda y a la vez pensativa. Haciendo verdaderos esfuerzos por aplacar la rabia que le arañaba las entrañas.

—Yo *era* virgen antes de que Biurtan me violara —afirmó al fin con voz enronquecida por una cólera pretérita—. Ahora, en cambio, no soy más que...

La voz de Asiris se resquebrajaba por momentos, igual que un pedazo de hielo fino pisoteado por mil *caligulae* a la carrera. Por eso no la dejé seguir. Porque no habría soportado verla llorar.

—Ahora eres la misma de antes —le dije besándola por primera vez—. Para mí sigues siendo Asiris, la princesa de Indika, la mujer a la que amo a pesar de su endiablado carácter —añadí, tratando inútilmente de arrancarle una sonrisa.

Entonces volví a besarla más lentamente; en todos y cada uno de los mil recovecos de su cuerpo trémulo mientras la desprendía con suavidad de sus ropas. Después me quité el *sagum*, para que la desnudez plena nos igualara a ambos. Para demostrarle que los dos éramos ramas desgajadas del mismo árbol truncado y sin raíces. Para que ella misma pudiera contemplar su belleza intacta. Y sentir mi cuerpo tibio sin el estorbo de las penumbras del contubernio. Pero Asiris permaneció quieta, cabizbaja, tiritando de vergüenza mientras se tapaba las ingles con ambas manos.

Las aguas gélidas del *atlanticum* me cortaron los tobillos cuando penetré en él con Asiris en mis brazos. Y siguieron acuchillándome con sus puñales de hielo mientras avanzaba entre las olas en busca de una profundidad suficiente.

—Este es el último rincón del mundo conocido —le susurré mientras me abría paso entre aquella espuma helada—, y estas, las aguas que lo rodean. No hay nada excepto dragones detrás de ese horizonte —le dije—. Por esa razón, nunca nadie se ha aventurado más allá de lo que alcanza la vista. Por eso mismo también —añadí—, este océano se mantiene limpio y purifica a todo el que tiene el valor de sumergirse en sus aguas.

Aferrada a mi torso, Asiris examinó con horror la línea rojiza tras la que el sol iba a recogerse en cualquier momento. Para pasar unas pocas horas junto a aquella caterva de animales fabulosos que plagaban el inframundo.

—Si tu cuerpo lo sientes mancillado —le dije al oído—, el *atlanticum* lo limpiará de viejas suciedades. Y si en tu alma todavía habitan diablos —añadí—, estas aguas inhóspitas los matarán para siempre.

Entonces me arrodillé, dejando que las olas de aquel temible océano lamieran el cuerpo temblequeante de Asiris con sus lenguas purificantes. Cuando la icé de nuevo, el cabello se le había ceñido a las sienes, afilándole todavía más los pómulos, acrecentando su proverbial belleza ibérica, confiriéndole el aire sorprendido de una sirena recién despertada de una pesadilla.

—Eres virgen otra vez —le dije besando sus labios escarchados—, si es que alguna vez habías dejado de serlo.

Asiris me devolvió el beso, sonriendo, gimiendo. Riendo, llorando a la vez. Tiritando de amor, pero no de vergüenza.

QUINTA PARTE
MITRÍDATES

XL

Draco y Placidio nos esperaban a las puertas del campamento. Cruzados de brazos, herméticos, huraños. Rodeados por la neblina del amanecer como dos estatuas de piedra adornando los soportales de un templo.

—Os parecerá bonito... —nos echó en cara el rétor al vernos aparecer con los cabellos desastrados y la ropa rebozada de arena—. Llevamos siglos buscándoos. ¿Dónde diablos habéis estado toda la noche?

—¿Acaso no lo ves? —se carcajeó Draco—. Han estado fabricando soldaditos para Sertorio.

Placidio se giró con aire despistado.

—¿Soldaditos? ¿Qué soldaditos? —preguntó cómicamente.

—Follando como leones africanos —le tradujo el *primus pilus* propinándole un golpe sobre el hombro.

El sabio griego se volvió hacia nosotros con intención de increparnos, pero yo me adelanté a sus amonestaciones.

—¿Qué es lo que ocurre? —le pregunté a Draco al percibir movimiento de tropas dentro de la empalizada.

—Nos vamos —me anunció lacónico—. Otra vez.

Miré hacia el interior y vi, efectivamente, un escuadrón de unos doscientos jinetes preparándose para la partida. Todos eran celtíberos. El resto de aquel ejército seguía entregado a su rutina mañanera.

—¿Nos vamos? ¿Con un escuadrón de caballería? ¿Adónde? —indagué de nuevo.

—Lejos —contestó Draco de mala gana.

Un segundo después, el centurión se daba la vuelta y se iba en busca de su montura.

«Lejos» quería decir «Dianium», el puerto más importante que Sertorio dominaba en las costas del *mare Internum*. Al parecer, poco después de que Asiris y yo nos ausentásemos la tarde anterior, dos mensajeros habían llegado al campamento con una asombrosa e inesperada noticia: hacía escasas fechas una enorme flota de barcos había atracado en la ciudad costera. Unas naves que habían traído hasta Hispania a una embajada del todopoderoso Mitrídates VI, rey indiscutible del Ponto. Y enemigo mortal de Roma en el otro extremo del mundo.

Según nos adelantó Placidio, el veterano monarca había enviado a su hijo Farnaces, acompañado por varios refugiados romanos del bando popular, con la intención de que su primogénito se entrevistara con Sertorio. Dada la enorme distancia hasta el Ponto y la relativa cercanía en el tiempo de las batallas de Lauro e Itálica, no era probable que aquellos acontecimientos hubiesen llegado a oídos de Mitrídates todavía, pero sí todas las victorias anteriores del general romano. Posiblemente el rey de aquellas exóticas tierras vivía en la creencia, más o menos acertada, de que el Gigante de Nursia era dueño de Hispania entera y quizá de media Galia. Y por esa razón se habría decidido a parlamentar con él, con el fin de

lograr una gran alianza y atacar de esa manera al enemigo común de ambos desde extremos opuestos. Lo que quizá no se le había ocurrido al viejo monarca era que Sertorio no buscaba realmente acabar con el dominio itálico en el mundo. Tan solo quería apartar del gobierno a la facción optimata, para ser él mismo quien controlase los designios de la República. Evidentemente, el astuto tuerto no iba a perder el tiempo explicándole al joven Farnaces este tipo de «nimiedades». Simplemente trataría de sellar con el rey del Ponto el acuerdo más ventajoso posible. Porque a falta de tropas y también de dinero, Sertorio solo podía ofrecerle dos cosas a Mitrídates: su bien ganada fama de azote del Senado de Roma y promesas de futuras victorias.

Placidio dijo que la entrevista con los embajadores del Ponto se llevaría a cabo en Osca. Allí, el Senado de la ciudad tendría la última palabra. Nuestra labor mientras tanto consistía en recibir a la expedición extranjera en Dianium, presentarle los obligados respetos y guiarla hasta la ciudad ilergete.

—¿Y por qué no puede hacer todo eso que dices el mismo Sertorio? —le pregunté al rétor, abrumado por la extenuante misión de tener que cruzar Hispania entera otra vez en sentido inverso.

Placidio miró por encima de mi hombro y compuso una mueca de fingida impotencia, dando a entender que donde hay patrón no manda marinero.

—Porque aún no he terminado de reclutar tropas en la Lusitania. —La voz grave de Sertorio retumbó a nuestras espaldas con estruendo de trueno seco.

El general romano se encontraba detrás de nosotros, escuchándonos. Observando la escena tranquilamente, invadido de ese aire de serena afabilidad que se adueña de quienes han resultado favorecidos por los hados. Porque para Sertorio, la petición de ayuda del rey de los pontos era una golosina que Marte, dios de la guerra, le había puesto en bandeja. Para que la degustara plácidamente mientras pensaba qué pedir a cambio de nada.

—Necesito que alguien atienda a los emisarios de Mitrídates —dijo—. ¿Y quién mejor que alguien que ha comido a su mesa? —añadió mirando a Placidio. Después nos dio instrucciones más concretas.

El pequeño ejército de caballería celtíbera del que formaríamos parte debería presentarse en Dianium a la mayor brevedad posible. No era conveniente, afirmó, hacer esperar a nuestros huéspedes en demasía. A partir de allí, los escoltaríamos hasta Osca, adonde él acudiría a los pocos días, atajando por la Carpetania y la Celtiberia.

—Doscientos hombres no son muchos, en caso de que haya que defender a tan valiosos visitantes —le dije a Sertorio, examinando las exiguas fuerzas que había puesto a nuestra disposición.

—¿De quién tienes miedo? —rió—. Hispania es nuestra —repuso—. Con toda seguridad no vais a encontrar ejércitos enemigos en el camino. Tanto el niño mimado como la Vieja han puesto los pies en polvorosa —se jactó el general romano—. Para mucho tiempo.

El Gigante de Nursia no erró en sus cálculos militares, y ninguna fuerza enemiga nos salió al paso en los diez días que empleamos en volver a cruzar Hispania de costa a costa. Un recorrido que hicimos casi de memoria bajo el mando del legado Tarquicio Prisco, a quien Sertorio había colocado al frente del grupo. Porque algún oficial de su ejército —sostuvo el general romano— tendría que dar la bienvenida y hacer los honores al primogénito Farnaces. Tan solo la última parte de aquel viaje resultó diferente. Fue al dejar atrás Libisosa y Saltigi cuando abandonamos nuestra antigua ruta y nos adentramos en territorios nuevos. Ahora, en vez de dirigirnos al norte, hacia Saguntum o Lauro, continuamos en dirección este, siguiendo un rumbo más directo a la costa.

Durante un día entero cabalgamos a través de un páramo reseco y áspero. Unos suelos que, a pesar de su aparente aridez, en ocasiones aparecían cubiertos de vides y almendros, gracias —según nos informó Draco— a los abundantes pozos de agua que proliferaban en la zona. Después, cuando ya creímos que no había mar delante de nosotros, nos asomamos por fin al impresionante balcón de farallones y peñascos que encierran a Dianium en una media luna perfecta; convirtiendo a la ciudad en un refugio perfecto al abrigo de cualquier ataque lanzado por tierra. Porque allá donde la naturaleza había errado en erigir una barrera de paredes graníticas inaccesibles, Sertorio lo había remediado construyendo una red de murallas y guarniciones militares.

Desde el *castellum* que corona la Peña del Águila contemplamos la flota mitridática, y también la escuadra cilicia que le había prestado protección durante su largo periplo por el *mare Internum*. Entre todas aquellas naves de guerra destacaba sobremanera un gigantesco quinquerreme, seguramente la embarcación que había traído hasta Hispania al hijo de Mitrídates VI.

Antes de iniciar el descenso a través de aquellos abruptos cantiles, admiré sobrecogido la belleza de unos riscos y de un macizo rocoso que los nativos llaman del Montgó. Justo enfrente, la nítida transparencia de aquellos cielos hacía posible divisar la isla de Ebusus asomando sobre las aguas igual que un colmillo desnudo y lejano. A nuestra derecha, tres picachos descarnados penetraban dentro del agua formando un hermoso cabo que guarecía al puerto de Dianium de tormentas y marejadas. Aferradas a aquellas rocas, varias torres fortificadas controlaban el paso de embarcaciones a lo largo de las costas de Hispania.

—¿No te gustaría que aquel paraje fuese Muturudum? —le pregunté a una silenciosa Asiris apuntando hacia las cornisas majestuosas de Ebusus.

La hechicera indiketa miró aquellas cimas lejanas con el recelo instintivo de un animal salvaje.

—No me atraen las islas —respondió con desgana—. No sabría vivir en una de ellas. Jamás me acostumbraría a estar rodeada de agua —añadió moviendo la cabeza negativamente. Entonces reparé en Placidio, a quien la contemplación de aquella ciudad costera le había humedecido los ojos.

—Hemeroskopeion —le oí murmurar casi entre sollozos—. Mi querida y bella Hemeroskopeion —repitió igual de emocionado.

—¿Qué dices? —lo interrogué también en griego, con el fin de desempolvar mis conocimientos de aquella lengua.

—Hemeroskopeion —volvió a musitar sin mirarme.

—¿Qué diablos significa eso? —le dije.

—Es el nombre de este lugar —me respondió con tono añorante—. Esa que ves ahí es una ciudad griega. Nosotros llegamos *antes* —añadió con el mismo aire sombrío.

—Vosotros, los griegos, siempre llegasteis antes a todas partes —le repliqué—; igual que a Emporion. ¿Y de qué os valió? —lo ataqué, quizá injustamente—. A la hora de la verdad lo perdisteis todo, como nosotros.

Placidio asintió, pero quiso hacer algunos matices.

—Lo perdimos todo... —consintió—, pero con una diferencia, Kalaitos.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Los romanos tuvieron que admitir nuestra supremacía intelectual y artística —repuso el sabio elevando la barbilla—. En *eso* vencimos nosotros. Y *esa* sigue siendo nuestra arma secreta —afirmó más sonriente.

—¿Eso es un arma? Un arma ¿para qué? —objeté, casi riendo por que alguien pudiera considerar a

una estatua de mármol, a un idioma o a unos rollos de papiro con tragedias y poemas como elementos bélicos con los que pelear contra el enemigo.

—Un arma para seguir vivos y medianamente respetados —me dijo el griego mirándome con condescendencia—. Para eso sirve la cultura, Kalaitos.

Placidio me acababa de llamar «pedazo de acémila hispana analfabeta» sin necesidad de utilizar palabras malsonantes. Pero nada le dije. Porque quizá tuviera cierta razón. O mucha. Lo cierto era que, por nosotros, los romanos nunca habían mostrado el más mínimo respeto. Excepto Sertorio. Él sí lo demostraba, aunque solo el tiempo y la Historia dirían si, en verdad, ese miramiento era sincero o interesado. Y mientras tanto, Hemeroskopeion, o Dianium, seguía esperando a la expedición encargada de asistir a sus ilustres invitados.

—¿Cómo es Mitrídates? —le pregunté al griego al empezar el empinado descenso hacia la dársena.

—¡Oh, el viejo Mitrídates! —exclamó Placidio, quizá rememorando tiempos remotos—. Pues es... como todos los reyes —concluyó tras pensarlo brevemente.

—Yo no sé cómo son los reyes.

El rétor me dedicó una mirada torva, igual que en la Academia de Osca cuando Estibos me dejaba en evidencia con el mero uso del sentido común.

—Insatisfecho —resumió.

—¿Insatisfecho?

Una mueca de irritación torció el gesto del griego.

—Insatisfecho con sus posesiones, insatisfecho con sus riquezas, insatisfecho con sus súbditos —recitó Placidio—. ¿Acaso no era así tu padre, y eso que apenas se trataba de un simple caudillo celtíbero?

Aunque ya hacía tiempo que la figura del furibundo Ambón, líder incuestionable de Contrebia Leucade, no se encendía en mi cabeza, hube de darle la razón a mi maestro.

—Sí, mi padre también era así. Más o menos —respondí—. ¿Conoces también a Farnaces, el primogénito? —pregunté de repente.

Placidio asintió.

—Por desgracia —dijo, y calló durante el resto del camino.

XLI

Es posible que Dianium hubiese pertenecido antes a Grecia, pero inicialmente había sido un bonito asentamiento ibero, con fértiles llanos en el interior y un puerto natural para resguardar a pequeñas naves de cabotaje. Hasta que llegaron los griegos de Masalia con sus grandes barcos comerciales, y posteriormente los romanos con sus temibles trirremes y cuatrirremes. Entonces la vida debió de cambiar radicalmente para la población hispana, unas gentes dadas a la agricultura y a la pesca de las que ya no encontramos ni rastro en una ciudad estrictamente pensada para la guerra.

El príncipe Farnaces había llegado a bordo de un imponente quinquerreme de más de ciento cincuenta pies de eslora. Por eso habían tenido que fondear casi en mar abierto, para evitar las trampas mortales de roca que infestaban las aguas de la bahía. Solo los piratas cilicios habían atracado en el puerto gracias al poco calado de sus embarcaciones. Desde la orilla contemplé boquiabierto el barco más grande jamás visto por los ojos de un celtíbero. Acostumbrado a las chalanas que en algún momento habíamos divisado remontando el Hiberus o el Baetis, la nave enviada por Mitrídates desde el Ponto parecía un enorme castillo flotante con cientos de palos sobresaliendo por los costados.

—¿Qué idioma hablan los pontos? —le pregunté a Placidio, admirado todavía por la grandiosidad de aquel buque.

—Griego. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque a su barco le han puesto un nombre en lengua romana.

—«*In-vic-tus*» —leyó Placidio desde la distancia, haciendo pantalla con la mano—. Eso es para que los romanos lo entiendan —comentó riendo—. Para que comprendan el mensaje y las intenciones del rey del Ponto sin ningún género de dudas.

El *Invictus* tenía cuatro largos mástiles con el mismo número de velas y dos enormes castilletes sobre cubierta para alojar a tropa o tripulantes. Aquella nave también contaba con tantos remos dispuestos en columnas de a cinco que resultaba imposible contarlos todos.

—¿Cuántos hombres mueven esa embarcación? —le pregunté al rétor intrigado, aunque fue Tarquicio Prisco quien contestó.

—Más de doscientos cincuenta remeros —dijo—. Pero no te aconsejo que te asomes a verlos cuando subamos a bordo —añadió enigmático.

Apenas pude elucubrar nada sobre las misteriosas palabras de Prisco porque en aquel mismo instante dos hombrecillos llegaban corriendo por la dársena del puerto. Ambos eran romanos y agitaban los brazos en dirección a nosotros.

—¡Caramba, si han venido también los Lucios! —se asombró Placidio al reconocer a los dos personajes que bandeaban sus túnicas por el amarradero de Dianium.

Lucio Fanio y Lucio Magio llegaron jadeantes hasta nuestra altura con la intención de abrazar al rétor. Sin embargo, un paso antes de contactar con él, ambos se detuvieron y observaron al griego con una

mezcla de asco y asombro.

—¿No dijiste que te ibas a Hispania para hacerte cargo de la academia que pensaba abrir Sertorio en Osca? —le preguntó el tal Fanio al comprobar el aspecto desastrado que presentaba su antiguo compañero de exilio.

—Y eso es lo que hago —respondió el rétor hinchando el pecho.

—Pues nadie lo diría —apuntó Lucio Magio, dando una palmada sobre el hombro de su antiguo compañero y arrancando de él una nube de polvo.

—Por lo menos soy útil a «la causa» —replicó Placidio con un reflejo de orgullo en la mirada. Después se quedó contemplando las figuras orondas y satisfechas de los dos antiguos miembros del partido popular—. Ya veo que a vosotros sí os ha ido muy bien por el reino de los pontos. Se nota a la legua que comida no os ha faltado. Y, seguramente, mujeres tampoco. Así que... ¿para qué diablos habéis vuelto?

Fanio se encogió de hombros.

—Mitrídates nos ha encargado que acompañemos a su hijo.

—Claro. Entiendo. —Placidio asintió igual que un maestro fingidamente comprensivo con dos alumnos impresentables—. Ahora decidme qué diablos le habéis contado a Mitrídates sobre Sertorio. Decidme qué pájaros le habéis metido en la cabeza —conminó a aquellos dos antiguos integrantes del partido de Lépidos.

Fanio y Magio se miraron atónitos, dubitativos ante la inesperada dureza mostrada por quien había compartido con ellos las hieles del éxodo.

—Tan solo lo que se oye por ahí... —repuso Fanio.

—Únicamente las noticias que llegan... —terció Magio también con ademán defensivo.

—¿Y qué es lo que llega hasta el Ponto? —los interpeló nuevamente Placidio—. ¿Que Sertorio tiene al gobierno optimata cogido por las pelotas? ¿Que el Senado romano tiembla ante la llegada inminente de un rebelde con ansias de venganza? ¿Que las legiones sertorianas campan a sus anchas por medio mundo? ¿Que Pompeyo y Metelo se han ciscado en los calzones en cuanto han visto aparecer al Tuerto de Nursia?

Los dos antiguos senadores populares agacharon sus cabezas igual que dos niños abrumados por el rapapolvo de un maestro enojado. Al sermón de Placidio, sin embargo, todavía le quedaban un par de renglones para quedar completo.

—¿Eso es lo que ha llegado hasta el Ponto? —les dijo en tono desabrido—. ¿O eso es en lo que vosotros habéis transformado una realidad que no tiene nada que ver con lo dicho?

—Nosotros solo... —trataron de defenderse los dos supervivientes. Pero Placidio no les dio tregua.

—¿Necesitabais contar todo eso para salvar vuestros culos gordos? ¿Para seguir en la jaula de oro y diamantes que es para vosotros el reino del Ponto? ¿Era necesario hacerle creer todo eso a Mitrídates? —continuó abroncándoles el rétor—. ¡¿Cómo pensáis que Sertorio podría ayudar a vuestro amo si apenas tenemos hombres para mantener Hispania?!

Lucio Fanio fue el primero en reponerse de la reprimenda.

—Digas lo que digas, estamos seguros de que Sertorio podría sacar buen provecho de una alianza con el viejo Mitrídates.

—Este viaje podría ser muy beneficioso para el partido popular —abundó Magio, aunque enseguida añadió—: Si lográis lidiar primero con Farnaces.

Placidio asintió, el gesto circunspecto.

—Ya me imagino —dijo mirando casi con temor hacia el quinquerre—. ¿Y cómo se ha levantado

hoy el primogénito?

Los dos romanos se encogieron de hombros con aire impotente.

—Como siempre —respondieron al unísono.

Una modesta chalupa nos acercó hasta el deslumbrante quinquerre en el que el rey Mitrídates había mandado a su hijo Farnaces a Hispania. No obstante, antes de llegar a abordar aquel mastodonte de madera y hierro, quise preguntarle a Placidio por el significado de las últimas palabras de los dos Lucios.

—¿Qué han querido dar a entender Fanio y Magio con eso de que Farnaces está «como siempre»?

El rétor no dudó ni un instante.

—«Como siempre» significa «impertinente, vanidoso e impredecible» —respondió—. Y, aun así, habrá que aguantarlo. Por el bien de todos —añadió cuando ya teníamos la escala de cuerda en las manos.

Placidio fue el único que tuvo problemas para trepar por aquella bamboleante escalerilla. Los demás —Prisco, Draco, Asiris y yo— nos plantamos arriba de un salto, para ser recibidos por un hombre de mediana estatura, más viejo que joven, embutido en una túnica multicolor y con la piel de la cara arrugada como una badana de culebra muerta. Del resto de su cuerpo apenas se le adivinaban las manos, también oscuras y secas.

—Es el secretario de Mitrídates —nos explicó Placidio resoplando cuando logró salvar la barandilla del barco—. Al parecer, el gran rey ha decidido enviarlo junto a su hijo.

El ponto sonrió al reparar en el griego.

—¡Oh, Placidio de Atenas! —exclamó sorprendido, como si jamás hubiese contado con volver a ver al sabio griego—. ¡Cuánto tiempo! No sabíamos nada de ti desde que te marchaste. ¿Quiénes son...? —El auxiliar del príncipe había reparado en el resto del grupo y nos apuntaba con su dedo tostado, reclamando del rétor una presentación obligatoria.

Mientras Placidio mencionaba nuestros nombres y abordaba otras explicaciones superfluas, me fijé un poco más en la inmensa cubierta del quinquerre. Los dos castilletes erigidos sobre ella —observé— no estaban dedicados al alojamiento de tropas o tripulantes, pues soldados y marineros acampaban bajo dos grandes lonas instaladas entre los mástiles. En el baluarte que quedaba a nuestra derecha, los ventanucos permanecían cerrados a cal y canto, como si quien habitase allí dentro odiase la luz del día o pretendiese salvaguardar su intimidad a toda costa. Aunque lo más chocante de todo era la alfombra de seda roja que unía las puertas principales de ambos castilletes, para que sus ocupantes no tuvieran que mancharse los pies pisando las tablas del barco. Entonces escuchamos voces en cubierta, y vimos aparecer cuatro o cinco cabezas asomadas a las claraboyas del fortín de popa. Todas eran mujeres, todas se me antojaron muy bellas, exóticas. Con ojos ligeramente rasgados y pieles cobrizas. De una raza distinta a las que uno tiene oportunidad de admirar en Hispania.

Un codo se hundió profundo y doloroso entre mis costillas.

—¿Qué estás mirando? —me preguntó Asiris, ceñuda.

—Las... las dimensiones del barco.

—Eres un mentiroso patético —me dijo mientras tiraba de mi brazo para no quedarnos rezagados del grupo. Porque el elegante secretario ya estaba conduciéndonos hacia los aposentos del primogénito.

De camino al castillete de proa, y ya que Asiris y yo marchábamos los últimos, me asomé sin que nadie me viera a una de las aberturas de ventilación de las bodegas. Un hálito pestilente me golpeó en pleno rostro, haciéndome tambalear unos instantes. Aguanté la respiración para que aquel soplo de

podredumbre no me hiciera vomitar sobre el mismo agujero. Después volví a mirar dentro. Cuando mi vista consiguió adaptarse a aquella oscuridad fétida, un solo segundo fue suficiente para comprender que, efectivamente, el infierno existe. Y no hace falta descender hasta las calderas de Vaélico para conocer a sus moradores.

Cientos de globos blancos miraban hacia arriba, en dirección a la abertura que mi cuerpo obstruía a medias. Pendientes de mis movimientos igual que las fieras enjauladas persiguen con ojos extraviados la figura del carcelero que las mantiene encerradas tras los barrotes. Y mientras contemplaba el brillo desesperado de aquellas miradas, escuché el tintineo de las cadenas que sujetaban a aquellos hombres desnudos a sus bancos de remero.

Una mano me apartó bruscamente de aquella inmunda escotilla. Era un guerrero del Ponto. Uno de los soldados que Farnaces traía a bordo. Portaba una espada con una curvatura extraña y la amenaza en todos y cada unos de sus ademanes.

—¡No mirar! ¡No mirar! —me gritó en griego mientras me ponía su palma en el pecho y me empujaba lejos de aquel infierno.

—¿Quiénes son esos hombres? —le pregunté en el mismo idioma.

El soldado me enseñó una colección de dientes sucios.

—No son hombres —afirmó con desprecio—. Son prisioneros. Muerte lenta —me instruyó con otra sonrisa siniestra—. Mala vida la de un galeote.

—¿Son romanos?

—Lo eran —asintió con indiferencia—. Ahora ya no son nada. Ahora pagarían, si pudieran, por morir más deprisa.

Draco me llamó desde proa. El secretario estaba a punto de presentarnos al heredero del reino más grande del mundo, con permiso de Roma. Pero mientras me aproximaba al centurión no pude evitar preguntarme cuánto tiempo sería capaz de vivir un hombre forzado a remar sin descanso, sin apenas comida ni esperanzas. Y sin dejar de recibir latigazos día y noche.

Un aroma de flores exóticas flotaba en la claridad atenuada del castillete donde el hijo del «rey de todos los reyes» —como Mitrídates se hacía llamar— había montado su cuartel general, y del que, al parecer, apenas había salido desde su llegada a Dianium. Como si la ciudad romana tuviera poco o nada que ofrecerle; o como si el hedor que desprendían sus galeotes fuera una barrera insuperable.

Farnaces ya no era un jovenzuelo, aunque tal vez lo hubiera sido cuando Placidio se alojó en su corte durante varios años tras escapar de Sila por los pelos. El primogénito de Mitrídates VI frisaría la treintena, supuse, aunque en la esenciada semipenumbra de su aposento no resultaba fácil hacer ese tipo de cálculos. Y menos cuando el sujeto en cuestión lleva unas fauces de león africano encasquetadas sobre su propia cabeza a modo de yelmo.

Excepto Placidio, que quizá ya se esperaba el esperpéntico espectáculo, todos los demás, incluidos Draco y Prisco, dimos un respingo en cuanto pisamos las alfombras y vimos la cara de Farnaces asomando entre una inmensa colección de colmillos a los que solo les faltaba el rugido. A través de aquellas mandíbulas entreabiertas distinguimos por primera vez el rostro noble y a la vez irritado del hijo de Mitrídates.

—*Eupátor*... —susurró Placidio con una profunda reverencia antes de caer de rodillas ante nuestro invitado—. Bienvenido a Hispania —añadió mirando mansamente al suelo.

Farnaces movió displicente una mano llena de anillos, como si no conociera al rétor de nada, como si ante él se hubiera postrado un gusano inmundo. Entonces se fijó en nosotros. O, más concretamente, en Asiris, a la que examinó con detenimiento, con una atención a todas luces excesiva.

—¿Tú eres Sertorio? —le preguntó finalmente a Prisco cuando se cansó de desnudar con los ojos a la joven indiketa.

—Solo soy su legado —respondió el aludido en un griego algo roto pero comprensible—. Lamentablemente, Sertorio no ha podido venir en persona, pero me ha pedido que...

—¿Cuándo podré verlo? —quiso saber Farnaces, interrumpiendo abruptamente las disculpas de su interlocutor.

Tarquicio Prisco pareció hacer cálculos mentales.

—Puede que en una semana. Quizá dos...

El hijo del rey del Ponto sostenía un báculo en su mano izquierda. Dorado, macizo, y con el mismo tipo de piedras que llevaba incrustadas su trono.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo fondeado en este maldito agujero?! —gritó de repente, haciendo restallar su bastón de mando sobre el tablaman del barco.

Prisco pareció desconcertado por aquel arrebatado de cólera. Entonces miró a Draco, pero el centurión sertoriano torció su cara hacia Placidio. El griego se volvió a mí. Después los tres nos miramos como tres tontos en apuros. Ninguno de los tres tenía una respuesta para la pregunta del primogénito. Nadie nos había dicho la fecha exacta de su llegada, aunque podíamos hacernos una idea. Nuestro gesto de desconocimiento, sin embargo, no fue un consuelo para el príncipe.

—¡Veinticinco días! —aulló—. ¡Casi un mes abandonado en esta ciudad de mala muerte! ¡Sin nada que hacer! ¡Sin que nadie se ocupe de una embajada del rey más poderoso del orbe! ¡¿Así es como trata Sertorio a sus invitados?!

—*Eupátor...* —La voz pausada de Placidio trató de verter un poco de agua fría en una fogata que se avivaba por momentos—, mañana mismo partiremos hacia Osca con el fin de que podáis entrevistarnos a la mayor brevedad posible con el general Sertorio.

Las copiosas melenas del león muerto se agitaron al compás de la cabeza del príncipe.

—¿Osca? ¿Qué diablos es Osca?

—Es la ciudad donde se llevará a cabo la entrevista —repuso un Prisco cada vez más contrariado y menos temeroso—. Así es como lo ha dispuesto Sertorio y así es como lo haremos —añadió con idea de cortar por lo sano la posible reticencia de Farnaces a moverse de Dianium.

—¿Y por qué no puede hacerse aquí mismo? —quiso saber el primogénito de Mitrídates, haciendo bueno el pronóstico de Prisco.

—Porque el Senado de Hispania se encuentra en Osca.

—¿Senado? —Farnaces arrugó la nariz como si la palabra apestara—. ¿Qué senado? ¿Para qué necesitamos un senado en todo este asunto?

A Prisco las venas del cuello habían empezado a marcársele como alambres de atar empalizadas.

—Para que diga la última palabra. Para que tome en última instancia la decisión que proceda.

Farnaces colocó el pesado báculo sobre sus rodillas y lo apretó con fuerza, como si fuera a usarlo para partirle la crisma a Prisco, o cuando menos para abollarle el casco.

—¿Qué clase de gobernante es Sertorio? —preguntó el ponto entre sorprendido y despreciativo—. ¿Acaso él no es como mi padre? —Una sonrisilla aviesa se coló entre las fauces del felino muerto—. ¿Acaso necesita que *otros* lo autoricen a tomar decisiones?

—Todos los asuntos que conciernen a Hispania o a Roma se tratan en el Senado de Osca, hacia donde partiremos mañana al amanecer —repuso Prisco de la manera más aséptica y tajante posible—. Por eso necesito saber cuántos caballos necesitaréis para el viaje, entre soldados y séquito.

Farnaces parpadeó aturdido, como si no diera crédito a sus oídos. Como si el griego básico de Prisco requiriese de ciertas aclaraciones.

—¿Caballos? —preguntó con tono incrédulo, abriendo mucho los ojos.

El hijo de Mitrídates VI se dirigió entonces al rétor en un griego atropellado, plagado de bufidos y exabruptos posiblemente en algún dialecto local. Gesticulando como un energúmeno, accionando los brazos como molinillos. Mientras tanto Placidio tan solo rumiaba disculpas a media voz. Deshaciéndose en incomprensibles y serviles alegatos encaminados a calmar la ira peligrosa de un consentido. De un caprichoso.

Un cariacontecido rétor se volvió hacia Tarquicio Prisco.

—Se niega a viajar a Osca a caballo.

—¿Cómo?! —Los ojos del legado eran dos sartenes rusientes dilatadas por el exceso de fuego.

—Dice que no es por él, sino por sus concubinas —sostuvo el rétor sonrojándose—. Afirma que si montan a caballo luego se niegan a copular con él porque les duele..., en fin..., ya sabes el sitio.

Prisco se sacó el casco con ademán brusco, como si el peso del metal fuese igual de insoportable que las estupideces que estaba escuchando.

—¡Pues que las deje aquí hasta la vuelta! —exclamó por fin sin preocuparse ya por ocultar su irritación.

—No voy a dejarlas —zanjó Farnaces, que, al parecer, volvía a no necesitar intérprete—. Siempre vienen conmigo a todas partes, ¿o es que los romanos no necesitáis un poco de alegría por las noches? —El príncipe del Ponto se había quedado mirando a Prisco con ojos retadores. Y con una sonrisilla irónica bailándole en las comisuras.

—¿Y cómo viajan esas mujeres en el Ponto? —le preguntó el legado a Placidio, que contemplaba la escena más tranquilo. Recordando quizá los antiguos caprichos y desvaríos del príncipe.

—En palanquín.

Prisco se pasó una mano por los cabellos, súbitamente abrumado por un problema con el que no contaba ni de lejos.

—¿De cuántas concubinas hablamos?

—Cincuenta —respondió Farnaces sonriendo.

En otro lugar, en otro momento, ante otro personaje, el legado de Sertorio habría estrellado su casco de bronce contra el suelo y habría empezado a bajar dioses de su Panteón a base de juramentos.

—¡No puedo construir cincuenta palanquines para esas furcias! ¡Ni siquiera veinte! —exclamó con una voz tan ronca que costó trabajo entenderlo—. ¡No voy a hacer esa estupidez! —concluyó con total contundencia, y se quedó mirando fijamente al hijo díscolo de Mitrídates.

Farnaces sostuvo sin inmutarse, casi divertido, el escrutinio abrasador de Prisco.

—Entonces trae aquí a ese senado del que hablas —repuso, colocando el báculo en su sitio—. Quizá te sea más fácil.

Tarquicio Prisco era un buen oficial. Había participado en muchas batallas y sobrevivido a todas ellas. Cuando le había tocado tomar decisiones, siempre había antepuesto la prudencia al arrojo, haciendo gala de una sangre fría y de una capacidad de análisis bastante admirables. Ahora, sin embargo, le vi apretar las mandíbulas y frotarse las sienes, agotando sus últimas onzas de paciencia. El legado, me pareció,

trataba de ponerse en las sandalias de Sertorio con el fin de imaginar qué habría hecho en su lugar el Gigante de Nursia. Lo cual tampoco resultaba fácil, pues probablemente ni el propio Sertorio se habría enfrentado jamás a un haragán tan caprichoso y repelente.

Prisco dio dos pasos hacia el trono de Farnaces. Dos pasos más de los permitidos. Dos pasos que acercaban a un hombre enfurecido a un mequetrefe con ínfulas divinas. Al instante, dos soldados pónticos surgieron por los laterales. Armados hasta los dientes, aprestados para convertir a todo un legado romano en un cadáver lleno de cuchilladas.

Draco me dio un codazo. Un segundo después, el *primus pilus* y yo nos habíamos interpuesto entre el oficial de Sertorio y los dos guardaespaldas. Con media espada en su funda y la otra media rechinando muerte.

—Te llevaré a Osca en barco —le dijo Prisco a Farnaces apuntándole con dedo amenazador—, para que a tus concubinas no se les cierre el agujero cabalgando por los montes de Hispania. Así, si te rechazan de noche, no será porque les duela el coño, sino porque quizá no seas hombre suficiente para ellas.

Placidio lanzó una exclamación de espanto al escuchar aquellas palabras. Después se lanzó a los pies del primogénito de Mitridates y comenzó a desgranar una retahíla interminable de letanías disculpatorias. Farnaces, sin embargo, mandó callar al griego y esbozó una amplia sonrisa, como si la ocurrencia de aquel romano enojado le resultase divertida. Como si la contemplación de un hombre sin miedo a su persona fuese un espectáculo tan raro de ver como una noche sin estrellas.

—A partir de ahora —prosiguió un admonitorio Prisco—, y ya que es mi responsabilidad llevarte sano y salvo a Osca, acatarás mis órdenes. Dentro y fuera de este barco. Y lo mismo harán tus soldados, si en algún momento tenemos que enfrentarnos al enemigo.

El príncipe del Ponto enarcó las cejas en un gesto que portaba más sorpresa que pánico.

—¿Enemigos? ¿Qué enemigos? ¿No está Hispania entera en manos de Sertorio? —inquirió extrañado.

—Hispania sí, pero no sus aguas.

Farnaces sonrió igual que un mozalbete dispuesto a disfrutar de nuevas experiencias.

—¡Por fin un poco de aventura! —exclamó con ojos brillantes—. ¿Cuándo partimos?

XLII

Hartug no utilizó precisamente la palabra «aventura» para calificar la empresa que Tarquicio Prisco acababa de plantearle. El almirante de la flota cilicia tachó aquel viaje de descabellado, incluso de auténtica locura, asegurándole al legado sertoriano que el tiempo de navegar sin peligro ya había terminado. Ahora, al filo de los idus de octubre, era el momento de mantener las embarcaciones amarradas en puerto y solo usarlas en caso de emergencia.

—Esto es una emergencia —porfió Prisco, testarudo—. Farnaces se niega a moverse por tierra.

El pirata, sin embargo, torció el gesto y descartó cualquier posibilidad de reembarque.

—Solo hay dos cosas a las que temo en este mundo —respondió, vaciando su vaso de vino de un trago—. Una es mi mujer —dijo—, y por eso me hice marinero. Para tenerla bien lejos todo el año —añadió desternillándose de risa y salpicándonos a todos con briznas de caldo rojo.

—¿Y la segunda? —quiso saber Draco.

Hartug recobró la gravedad en el rostro como si de repente hubiese avistado un espíritu del inframundo.

—Las tempestades del otoño —sostuvo, y engulló otro vaso de vino rasposo.

—No hace tanto que cruzaste de punta a punta todo el *mare Internum* escoltando a los emisarios de Mitrídates —adujo Prisco con cara de preocupación, pues si aquel hombre se negaba en redondo, retomar las conversaciones con Farnaces y hacerle cambiar de idea no iba a ser tarea fácil.

—Era todavía septiembre —repuso Hartug, repasándose los bigotes con una mano mugrienta—. Eran todavía días buenos para navegar hacia el norte —añadió con aire pensativo—. Además...

—Además, ¿qué? —le interpeló un cada vez más inquieto Prisco.

—¿Has pensado quién costearía los nuevos gastos? —Hartug miraba con aire desganado dentro de su vaso vacío, como si aquella cháchara le aburriese, como si hablar por hablar no fuese una afición propia de piratas.

—¿Qué nuevos gastos? —El oficial sertoriano enarcó una ceja.

—Pensaba que para llegar a legado se requerían cierto tipo de estudios —rezongó el almirante en un tono entre torvo e irónico—. Me refiero al traslado hasta Osca.

Prisco abrió los brazos en un gesto de desconcierto.

—Es Mitrídates quien envía esta embajada... Es él quien busca a Sertorio... —dijo.

Hartug volvió a esbozar aquella sonrisa a medio camino entre la burla y el sarcasmo.

—Mitrídates *ya* me ha pagado por traer a su ilustre vástago hasta Hispania —asentó Hartug con retintín irónico—. ¿Crees que puedo volver ante el rey del Ponto y reclamarle más dinero tan solo porque su hijo tuvo un nuevo antojo? ¿O debo acaso justificar los nuevos gastos explicándole al viejo sátrapa que las putas que acompañaban a su primogénito se negaban a montar a caballo? —Hartug se dio un par de golpecitos en la sesera—. ¡Piensa un poco, Prisco! Mitrídates está tan harto de su hijo

como cualquiera de nosotros, y no va a darme nada más excepto una patada en el culo.

El legado de Sertorio cruzó una mirada silenciosa con Draco.

—Sertorio te pagará —afirmó—. Tienes mi palabra.

El almirante cilicio movió la cabeza de lado a lado.

—Tu palabra... —dijo chascando la lengua—. La palabra de un romano.

—¿Prefieres la de un hispano? —terció Draco al quite.

—Un hispano metido a romano. No sé qué es peor... —Hartug seguía cabeceando, debatiéndose entre la avaricia y la lógica.

—Apenas serán unos pocos días —repuso Prisco más sonriente, vislumbrando el trato más cercano, o menos imposible—. Comparado con el viaje que acabas de hacer, bordear esta costa será para ti un paseo relajante.

El pirata emitió una risa floja al oír aquello.

—Un paseo relajante... ¡Qué imbéciles sois los que vivís en tierra! —se lamentó—. Navegar por el *mare Internum* en otoño es casi un suicidio, pero quizá podamos lograrlo con un poco de suerte —afirmó aquel lobo de mar con aire circunspecto—. Después, habría que remontar el Hiberus y surcar por último el Sicoris, el Cinga y el Iseola hasta Osca. Lo cual, en esta época del año, solo podrá hacerse a bordo de barcazas o, con mucha suerte, en birremes.

El semblante de Tarquicio Prisco había empezado a resplandecer como un acero recién afilado.

—Todo puede arreglarse entonces —dijo palmeando las anchas espaldas del pirata cilicio.

Hartug compuso una mueca cansada.

—Todo tiene siempre una solución, claro —murmuró—. Y también un precio.

Prisco frunció los labios imperceptiblemente.

—¿Cuánto quieres por llevarnos a Osca? —dijo.

—Quinientas piezas de oro.

Al legado de Sertorio le dieron media vuelta los ojos dentro de sus cuencas al escuchar la cifra.

—¡Eso es más del doble de lo que cobras por traernos hasta Dianium un cargamento de bastimentos desde los confines del mundo! —se quejó.

Hartug fue a servirse más vino, pero encontró la jarra vacía. Entonces murmuró algo incomprensible en su idioma y la dejó sobre la mesa con una mueca de fastidio.

—Algo me dice que en este viaje sufriré algunas pérdidas —dijo—. De ahí el precio. ¿Lo tomas o lo dejas?

Nadie más aparte de los piratas cilicios se habría atrevido a surcar el *mare Internum* con osadía insolente. Solo ellos se paseaban entre las islas griegas, atravesaban el estrecho de Sicilia o bordeaban las costas de Carthago sin temor a las naves optimates. Ellos eran los únicos que se empeñaban en discutir el dominio de unas aguas a las que los romanos habían dado en llamar *mare Nostrum*. Por esa razón Hartug y sus barcos resultaban absolutamente indispensables para Sertorio. Costaran lo que costaran. Porque el general popular carecía de flota propia y jamás habría soñado con plantar cara a los trirremes y cuatrirremes optimates que merodeaban las costas orientales de Hispania. Por esa misma razón Prisco se vio obligado a aceptar el trato.

El almirante cilicio tuvo finalmente sus naves listas justo después de las calendas de noviembre, tras emplear varios días en las obligatorias labores de abastecimiento. Y también en reparaciones. En total,

diez barcos cilicios escoltarían al quinquerre del rey Mitridates hasta la desembocadura del Hiberus. Hartug no quiso contar para aquella andadura a lo largo de la costa oriental hispana con ninguna otra nave mitridática. Según dijo, él podía poner la mano en el fuego por cualquiera de sus hombres. De la escuadra enviada por Mitridates, en cambio, no podía asegurar lo mismo. «Bastantes problemas encontraríamos por el camino —dijo—, como para preocuparse de uno más innecesariamente». En cuanto a la posibilidad de encontrar naves optimates por el camino, el pirata se encogió de hombros.

—No merece la pena pensar en eso ahora —afirmó con un aplomo casi fatídico—. Nuestros peores enemigos serán los elementos.

Quizá por eso, los Lucios —Fanio y Magio— optaron por desplazarse hasta Osca por tierra, aprovechando la fuerza celtíbera que nos había acompañado hasta Dianium y que ahora ejercería de escolta de los dos antiguos senadores populares. A decir verdad, los bravos jinetes de la Celtiberia no tenían cabida en los barcos cilicios, pero además, aquellos hombres jamás habrían abandonado a sus monturas en tierra para realizar aquella travesía. Para un celtíbero, su caballo vale tanto como su hermano. Por eso me dolió alejarme de Boudi el día en que levamos anclas, aunque logré que uno de mis paisanos aceptara llevarlo del ramal hasta Osca.

Aquella mañana de noviembre, un deslumbrante sol otoñal salió a despedirnos mientras abandonábamos la dársena de Dianium. Bañando de rayos tibios un mar aplanado, refulgente, vacío de oleajes y exento, aparentemente, de cualquier peligro o amenaza. Haciendo que los barruntos agoreros de Hartug pareciesen simples lamentos de vieja.

Avistamos las cornisas desnudas de Ebusus al anochecer, tras un día de plácida navegación, acompañados únicamente por delfines blancos y peces voladores. Abandonados a las caricias de la brisa, soñando con la posibilidad de dejar aquel barco unas cuantas horas y disfrutar de una cama de arena blanda en la playa. Sin embargo, el almirante cilicio no juzgó oportuno fondear en aquellas aguas. Prefirió rodear la isla y seguir recorrido hacia Maiorica —o Gimnesia, según Placidio, en su afán perenne por llamar a las cosas «con su primer nombre»—. Durante los dos días siguientes no pudimos desplegar las velas, pues el viento entraba del norte, y hubo que avanzar exclusivamente a fuerza de remos. Lo cual implicó tener que escuchar una música poco reconfortante para los oídos. A través de las trampillas y respiraderos de cubierta nos llegaba el silbido restallante de los latigazos que llovían sobre los galeotes, y sus gritos agónicos mientras trataban de alcanzar la velocidad que demandaba el cómitre. Toda resistencia tiene, sin embargo, un límite.

La cuarta noche tuvimos que hacer un alto obligado. Los remeros de todas las embarcaciones, no solo los de la nuestra, se encontraban exhaustos de tanto bogar contra el viento, y a Hartug no le quedó más remedio que echar el ancla en medio de la nada, en un lugar donde la oscuridad nos impedía divisar tierra, pero que posiblemente nos situaba más cerca de Maiorica que de Dertosa. El almirante cilicio no durmió aquella noche, pendiente todo el tiempo de aquella aterradora boca de lobo. Husmeando como un sabueso los alientos húmedos del mar e interpretando sus distintos aromas. Tampoco Prisco pegó ojo. El oficial romano permaneció cosido a pespunte al pirata cilicio, observando con atención cada uno de sus guiños. Tratando de identificar en los jeribeques de aquella cara curtida el anticipo de anunciados peligros. Pero si algo preocupaba a Hartug, el pirata no lo compartió con nadie. Se guardó sus aprensiones o sus certezas para sí mismo, como supongo que hacen todos los que mandan un barco y no precisan de segundas opiniones.

—Casi me gustaría ser galeote —le oí rezongar a Draco arrebuñado en su capote—. Por lo menos ellos tienen un techo bajo el que cobijarse —añadió mientras trataba de conciliar el sueño sobre el duro

tablamente del trirreme.

Asiris y yo tampoco cerramos los ojos. Ambos permanecemos tumbados en cubierta con la mirada puesta en el mayor espectáculo jamás imaginado: el universo entero desfilando por encima de nuestras cabezas. Hasta que, de improviso, aquellas luciérnagas lejanas se apagaron y Hartug se volvió loco.

El almirante pirata se había plantado en mitad de la cubierta y ladraba órdenes a voz en cuello, como si todos los mastines rabiosos de Vaélico nos persiguieran de repente. Como si la calma y el silencio que todavía nos mecían fueran la antesala infalible de la catástrofe. Lentamente aquellas voces fueron pasando de una nave a otra. Apremiando a todos los patronos a arriar las velas de inmediato. Aprestando a las tripulaciones para una pelea inminente, contra un enemigo al que aún nadie de nosotros había divisado. Y sin embargo, Hartug seguía desgañitándose. Escupiendo órdenes y juramentos como un demente. Barruntando el peligro igual que una cabra presiente la cercanía del lobo sin necesidad de verlo.

Para quienes observábamos atónitos aquel diabólico maremágnum de voces, crujidos de maromas y restallar de látigos, la única señal que podía anunciar algún cambio era una leve brisa proveniente del norte que había empezado a hacer tremolar los gallardetes de a bordo. Entonces vi cómo Placidio agarraba un pedazo de sogá y se la ceñía a la cintura. Después, el sabio griego se ataba fuertemente a uno de los mástiles de cubierta.

—Haced vosotros lo mismo —nos aconsejó como si fuera un marinero experto.

Y mientras le obedecíamos sin rechistar, al rétor todavía le dio tiempo a explicarnos lo que iba a suceder en pocos minutos. Porque, según él, no hacía falta ser un lobo de mar para comprender aquel fenómeno. Era «pura física», apuntó el griego. Por algo los romanos denominan *mare clausum* a esos meses en los que no es aconsejable tentar a los dioses y poner los barcos a merced de las tempestades. Y nosotros lo habíamos hecho. Ahora, aquel aire superficial, húmedo y caliente, que todavía desvirtuaba el otoño, estaba ascendiendo rápido, traicionero, hasta encontrarse con capas más frías. Aquel contacto —sostuvo Placidio mientras afianzaba los nudos que lo sujetaban al mástil— nos iba a dar un buen susto. Más pronto que tarde.

A través de un código de banderas, Hartug mandó a su flota poner rumbo a las costas meridionales de Maiorica, con el fin de encontrar cierto refugio allí de los vientos que pronto nos azotarían desde el norte. No tuvimos tiempo. El temporal nos alcanzó en apenas media hora. A pesar del empeño frenético de los marineros. A pesar del bogar desesperado de los remeros. A pesar de los latigazos. Además, pronto nos quedó claro que cuando la tormenta se abate sobre una flotilla de barcos, cada cual ha de buscarse la salvación por sí solo. Entre otras cosas porque el cielo y el mar te encierran en una trampa gris en la que apenas se vislumbra nada. Tan solo enormes murallas de agua que zarandean a los barcos como si fueran chalupas. Así, a los pocos minutos de comenzar el infierno, de las once naves que formaban nuestra escuadra tan solo distinguíamos una, navegando a estribor con muchos problemas. Aquel trirreme se debatía en un mar salvaje, igual que nosotros, tratando de presentar su proa a unas olas absolutamente ingobernables. Intentando administrar de la mejor manera posible las fuerzas de sus galeotes. Porque en el momento que flaqueasen y la embarcación quedase a merced de los elementos, el final sería cuestión de segundos.

El trirreme que nos seguía comenzó a perder velocidad en su avance. Y a escorarse sin remedio. Y a sufrir el ataque enfurecido de las olas desde ángulos muy peligrosos. Uno de aquellos embates le abrió

una vía de agua en la sentina por la que se les iba colando la muerte disfrazada de espuma blanca. Al cabo de un cuarto de hora, aquellos hombres dieron la nave por perdida, a pesar de su incuestionable pericia, a pesar de las bombas de achique. Entonces volvieron sus caras a nosotros, haciendo ostensibles señales de socorro.

Hartug ordenó acercarse a ellos en la medida de lo posible, y lanzarles cabos para que aquellos marineros a la deriva pudiesen aferrar su nave moribunda a la nuestra y escapar por aquellas sogas de la encerrona que el destino les había preparado. Sujeto por mi maroma, me volví a Draco.

—¿Y los remeros?! —le grité—. ¿Quién se ocupa de ellos?!

El centurión se encogió de hombros sin siquiera mirarme. Sin hacer ningún comentario sobre la muerte segura de aquellos hombres, aunque en su fuero interno seguramente lo atribuyó todo a «la puta guerra», como él solía decir siempre. Solté entonces los nudos de mi maroma y me arrastré hasta Prisco a toda prisa.

—¡Los remeros! —le grité al oficial, que capeaba el temporal aferrado a la barandilla de proa—. ¡Van a ahogarse! —vociferé apuntando hacia una nave que ya se hundía.

El legado de Sertorio escarbaba entre la negrura impenetrable de la tormenta con ojos avizores. Inmerso en sus propias tribulaciones. Abrumado por otro tipo de zozobras de más peso. De más calado que la mera desaparición de cien reos encadenados.

—No es nuestro problema —me respondió con tono ausente mientras seguía buscando infructuosamente el quinquerremente donde viajaba Farnaces.

Hartug era el único que mantenía el equilibrio de manera admirable, casi milagrosa, sin necesidad de atarse a ningún sitio. Sin dejar ni un solo instante de dar órdenes y agitar los brazos. Me aproximé a él tambaleándome y trastabillando entre el montón de objetos desperdigados que plagaban la cubierta.

—¡Los galeotes de ese barco van a hundirse encadenados a sus bancos! —troné en su misma oreja.

El almirante cilicio debió de tomar mi grito por un bramido más de la tormenta. Porque no volvió la cabeza ni mudó el gesto. Entonces lo agarré por los hombros y le hice girarse hacia mí.

—¡Hay que salvar a esos hombres! —le dije—. ¡Alguien tiene que soltarles las cadenas antes de que la nave se hunda!

El pirata se zafó un instante de los tentáculos con los que la muerte pretendía llevarnos a pique, para mirarme en silencio. Imperturbable, sereno. Con un desdén frío y justificado.

—Tienes mi permiso para ir a ese barco y hacerlo tú mismo —me respondió con cinismo glacial.

Apenas sostuve aquel escrutinio helado un par de segundos. Después corrí hacia el pirata cilicio que estaba cortando los cabos de certeros hachazos, cercenando con cada golpe las escasas esperanzas de vida de los galeotes. Cuando llegué hasta él, todavía quedaban dos intactos. Le grité para que se detuviera, pero el marinero no me oía, o fingía no hacerlo. Mis voces parecían quedar ahogadas por el rugido de la tempestad, y por los aullidos de pánico de unos hombres cruelmente encadenados al destino de un barco que zozobraba sin remedio.

Sostuve el brazo que manejaba el hacha antes de que se abatiera sobre la última cuerda. El último asidero de unos prisioneros que contemplaban con desespero mis carreras y mis maniobras en cubierta a través de los ventanucos de sus remos.

—¡Voy a cruzar! —le grité al pirata arrebatándole el hacha—. ¡Si cortas o sueltas este cabo antes de que vuelva con esos hombres —le dije—, volveré de los infiernos para arrancarte las tripas! ¿Lo has entendido?!

Creo que el hombre iba a asentir, aterrado por mis alaridos y mis ademanes amenazantes. Sin embargo,

antes de hacerlo, su mirada se le fue por encima de mi hombro. Instintivamente comprendí que algo o alguien se me acercaba por la espalda. Pero no pude comprobarlo. Un golpe brutal en la nuca apagó de un plumazo las luces de mi cabeza, sumiéndome en un profundo sueño. Cerrando al mismo tiempo la rendija de esperanza por la que muchos hombres seguían pidiendo ayuda.

XLIII

Los rugidos del mar y los aullidos viento habían cesado por completo cuando desperté. El sol del mediodía calentaba todos mis miembros, adormeciendo mis dolores, haciéndome incluso dudar de mis limitados recuerdos. Los lamentos de nuestro barco herido fueron los primeros sonidos que escuché. En cuanto a la primera visión..., la cabeza cuadrada de Draco me impidió contemplar debidamente la bandada de gaviotas que siempre sobrevuela un navío recién naufragado o en vías de hacerlo.

—No vamos a hundirnos si eso es lo que te estás preguntando —rezongó de mala gana el centurión sertoriano.

—¿Por qué me has golpeado? —le pregunté sin levantarme.

—Porque ibas a cometer una estupidez.

—Hartug me había dado su permiso.

—Porque no te creía tan imbécil como para intentarlo.

—Esos hombres no merecían una muerte así.

—¡Esos hombres te habrían matado después de que los soltaras! —zanjó Draco con destemple.

Me incorporé sobre un codo. Lo justo para poder mirar sobre la barandilla de cubierta. El quinquerreme de Farnaces estaba anclado no muy lejos de nuestro barco, aunque tenía dos mástiles rotos y otros desperfectos en su obra muerta.

—Esos galeotes eran en su mayoría romanos que se habrían unido a Sertorio —continué refutándole a Draco. Pero él me dedicó una sonrisa decepcionada.

—Esos galeotes eran esclavos de Hartug —me corrigió—. Y, de haberse salvado, habrían continuado siéndolo. Por eso habrían luchado hasta la muerte de verse con las manos libres. Por eso te habrían matado a ti el primero, y luego lo habrían intentado con nosotros.

—No lo creo —negué tercamente.

—¿Sabes cuántos remeros se fueron a pique en ese barco? —me preguntó el centurión sertoriano.

—Casi doscientos.

Asintió, conforme con mi cálculo.

—¿Cuántos hombres cuentas en nuestra cubierta? —me interrogó a continuación.

La maza del dios Sucellos y las matemáticas de Placidio unieron sus fuerzas para que el martillazo fuera implacable. Incontestable. Contando los supervivientes del trirreme hundido, en nuestra embarcación no había más de setenta personas en disposición de empuñar una espada. Y para colmo, debajo de nuestros pies habitaba también una fuerza de choque de otros doscientos esclavos con ganas de revuelta. Una vez más, Draco acertaba y yo erraba. Nuevamente, la realidad brutal en la que vivíamos se empeñaba en demostrarme la futilidad de los sentimientos; el predominio de la lógica más fría e inapelable sobre las emociones peligrosamente piadosas.

Eché otra mirada a mi alrededor. Además del quinquerreme de Farnaces y de nuestra propia

embarcación, solo había otros dos barcos a la vista.

—¿Eso es todo lo que ha quedado de nuestra escuadra tras la tempestad? —le pregunté a Draco.

—Eso es lo que parece —respondió, el gesto inescrutable—. Pero todavía estamos esperando, por si acaso —añadió antes de ir a reunirse con Prisco.

Asiris estaba a mi lado. Observándome en silencio mientras me aplicaba uno de sus ungüentos sobre la nuca.

—¿Tú también piensas como Draco? —le pregunté.

—¿Sobre qué?

—Sobre los esclavos. Sobre dejarlos morir sin hacer nada por ellos.

La hechicera indiketa esbozó una sonrisa tortuosa. Una mueca inimitable a medio camino entre la ironía y la desolación.

—Yo también pienso como *tú* —me dijo rozando mi mejilla con sus dedos blancos—, pero creo que *él* nos ha salvado la vida.

Un quinto barco apareció renqueando sobre las crestas blancas al amanecer del día siguiente. Todos sus tripulantes y remeros habían sobrevivido a la ira de los dioses, pero el trirreme mostraba los inconfundibles estragos de la tormenta. Sus dos velas cuadradas estaban hechas jirones, y la vía de agua con la que navegaban aconsejaba una reparación de urgencia. Por eso Hartug mandó a aquella nave de vuelta a Dianium de inmediato. Aunque no lo dijo, quizá ni las quinientas piezas de oro solicitadas por aquel viaje fuesen ya suficientes para restañar la pérdida de cinco embarcaciones y la muerte de muchos marineros curtidos. Al atardecer de ese mismo día, los cuatro barcos supervivientes pusimos rumbo a la desembocadura del Hiberus, un destino que alcanzamos dos jornadas más tarde.

El espectáculo de aquellas aguas azules fundiéndose con otras de color esmeralda me recordó al río Tagus penetrando, majestuoso, en el *atlanticum*. A Hartug, en cambio, la belleza de aquel escenario debía de resbalarle igual que la lluvia se escurre indiferente por una tela engrasada. El pirata se había quedado escrutando con ojos entornados aquella lengua de agua tranquila y parsimoniosa, aunque de reojo no perdía de vista las mediciones del escandallo. Cuando el instrumento indicó una profundidad de cincuenta pies, el almirante cilicio ordenó parar a todos los barcos. Prisco fue el primero en interrogarlo por aquella maniobra cuando aún no habíamos embocado siquiera el cauce del río. A lo cual, Hartug simplemente replicó un lacónico: «Hay que tomar decisiones».

La primera de ellas fue llamar a Farnaces y al resto de capitanes a nuestro trirreme. Allí, el jefe de aquella exigua flota expuso sus condiciones: a partir de aquel instante —afirmó— solo nuestra embarcación proseguiría camino por el Hiberus. La nuestra, al parecer, era la nave más sólida, más rápida y, sobre todo, la de menor calado. Además, con cinco trirremes hundidos, ya no era momento de arriesgarse a nuevos desastres. Después de aquella declaración de intenciones, Hartug miró a Prisco, por si al legado las cosas no le hubieran quedado claras. Pero al oficial sertoriano no se le ocurrió discutir los nuevos planes. Tampoco lo hizo el hijo de Mitrídates. Al heredero del Ponto no pareció importarle tener que prescindir de su lujosa embarcación. Más bien al contrario, se mostró ansioso por continuar el viaje cuanto antes. Como si las tempestades, los naufragios y los muertos que el destino va dejando en el camino fuesen pasatiempos difíciles de encontrar en la corte de un rey. Sin embargo, cuando llegó el momento de embarcar, Farnaces pretendió hacerse acompañar por sus cincuenta concubinas. Al instante, Hartug le cortó el paso en la improvisada pasarela de embarque.

—¿Cuántas de tus putas saben manejar una espada? —le espetó con los brazos en jarras.

—No son putas, son concubinas —arguyó el príncipe.

El pirata esbozó una sonrisa de irónica aquiescencia antes de rehacer su pregunta.

—¿Cuántas de de tus concubinas saben manejar un arma?

—¿Para qué habrían de hacer tal cosa?

—Para pelear por su vida si es preciso.

Farnaces enarcó las cejas igual que un niño sorprendido ante un fabuloso espectáculo.

—¿Va a atacarnos la marina de Pompeyo?! ¿En el Hiberus?! —preguntó casi entusiasmado ante la idea de tomar parte en una batalla naval.

—Es una posibilidad.

El hijo de Mitrídates volvió su mirada hacia la hilera de mujeres que llenaban la pasarela con sus cuerpos ondulados y sus miradas insinuantes, dispuestas a seguir sin rechistar las peripecias de su amo.

—¿Cuántas puedo llevarme?

Hartug se encogió de hombros.

—Puedes pasar a mi barco a veinte personas —le dijo—. Tú verás cómo te organizas.

Farnaces se mordió los labios mientras decidía cómo proceder. Finalmente embarcó con diez soldados de su guardia personal y sus diez esposas favoritas. Lo cual significó una rotunda explosión de lamentos, lloros e incluso improperios por parte de las desestimadas.

—Me temo que tendrás que hacer horas extraordinarias cuando vuelvas —le dijo el pirata al príncipe con un mohín de rechifla.

Aquella misma tarde, el quinquerre de Mitrídates y las naves que ya no emplearíamos de camino a Osca emprendieron el regreso a Dianium, para esperar allí la vuelta del primogénito una vez que este se entrevistara con Sertorio. Tras la despedida, nuestro solitario trirreme puso proa hacia unas aguas cada vez más opacas y menos profundas, cargadas de un limo pardo que convertía aquellas orillas en fangales solo aptos para las aves acuáticas. Según me explicó Placidio, aquellas tierras tan cercanas al mar eran incultivables debido a su excesiva salinidad. Poco después, sin embargo, fuimos encontrando algunos campos de almendros, y los primeros poblados.

—¿No son estos aliados de Sertorio? —le pregunté a Draco al comprobar cómo aquellas gentes escapaban hacia los montes nada más divisar nuestro trirreme en la lejanía.

—En teoría.

—Entonces ¿por qué huyen?

—Echa un vistazo a nuestro barco —me dijo el centurión.

El trirreme de Hartug era como todos. Pero no llevaba gallardetes ni distintivos que pudieran identificarlo como un barco romano. Tan solo cargaba con un buen puñado de hombres descalzos y semidesnudos. Con barbas desgredadas y pañuelos de colores que sujetaban sus erizadas melenas detrás de la nuca. Armados hasta los dientes con hachas, dagas y espadas curvas. De un aspecto feroz, aterrador, mortífero.

—¿Nos toman por piratas? —pregunté estúpidamente.

—*Somos* piratas —terció Placidio a mi espalda—, y estas gentes están cansadas de sufrir el saqueo y la rapiña desde hace siglos.

—¿Siglos?

—Desde que los primeros piratas fenicios y griegos llegaron a estas costas —terció Hartug a nuestras espaldas.

—¿Cómo te atreves?! —bufó Placidio indignado mientras se daba la vuelta como un resorte.

El pirata cilicio era dos cabezas más alto que el filósofo, y cuando colocó su brazo colosal sobre los hombros del griego, al rétor debió de parecerle que un oso de las montañas lo atraía hacia su seno.

—¿De quién crees que aprendimos el oficio? —le dijo con sonrisa siniestra—. ¿No sabes quiénes fueron los primeros en arrasar estas tierras, robar a sus habitantes y violar a sus mujeres? ¡Fuisteis vosotros, los griegos! —exclamó sibilante el pirata.

—¡Mientes!

Hartug se frotó sus bigotes grasientos con divertida parsimonia.

—¿Quieres que hagamos una prueba? —le dijo.

—¿Prueba? ¿Qué prueba? —A Placidio se le notaba repentinamente temblón, debatiéndose entre la obligación de defender a los suyos y su miedo cervical a aquel gigante andrajoso.

—Se me ocurre una idea —sugirió Hartug con aire pensativo—. En la próxima aldea que encontremos bajaremos tú y yo. Solos. Sin armas.

—¿Tú y yo solos? ¿Para qué? —se extrañó el griego.

—¡Para ver a quién matan primero los nativos, si a un puto griego o a un pirata cilicio!

La carcajada de Hartug fue estentórea, estruendosa, y resonó durante millas a lo largo de los acantilados de roca entre los que se había sumido repentinamente el apacible Hiberus. Unas paredes verticales que encajonaban el río radicalmente. Estrechándolo, ralentizándolo, haciéndonos de pronto mucho más vulnerables a las descargas de piedra y rocas. Y a las miradas de posibles vigías enemigos escondidos en sus alturas.

—¿Conoces estos parajes? —le preguntó Hartug a un sorprendido Prisco.

—Por tierra, sí. Pero no por río —fue la respuesta lógica del legado—. ¿Y tú?

El almirante cilicio torció el gesto. Ya no había en él espacio alguno para la broma.

—Hace muchos años que no recorro esta zona —confesó—. Pero recuerdo que ahora vienen varias curvas sinuosas —añadió mientras escrutaba el cañón de piedra gris por el que transitábamos.

Prisco trató de tranquilizar al patrón del barco, y posiblemente a todos los que le escuchábamos.

—A partir de Dertosa ya no habrá ningún problema —dijo, en referencia al *oppidum* relativamente cercano a la desembocadura y que obraba en manos sertorianas.

Hartug asintió sin mirarlo.

—Todavía queda un trecho para Dertosa —murmuró sin perder de vista la primera curva.

En un río como el Hiberus, y en un desfiladero como aquel, *sinuoso* —supuse— significaba ciego, escondido, traicionero. Así estaba imaginando el próximo tramo de aquel cauce cuando la voz de alarma de Asiris nos sorprendió a todos.

—¡Hay alguien allá arriba! —anunció la joven indiketa apuntando con su dedo hacia una zona concreta del cortado izquierdo.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Hartug de inmediato.

—He visto un reflejo.

—¿Un reflejo? ¿Solo *uno*? —rió Placidio—. Habrá sido algún grillo tardío desplegando las alas.

A pesar del comentario jocoso del griego, no menos de cincuenta cabezas se habían elevado ya, pendientes de la cornisa de piedra. Y de posibles maniobras sospechosas. No hubo, sin embargo, más destellos en las alturas, ni más movimientos aparentes. Pero sí dos pequeñas piedras que se hundieron a

pocas varas de nuestra proa como dos certeras plomadas, salpicando el casco de agua y nuestros corazones de alarma. Porque una roca solo cae al vacío si alguien la ha movido antes.

—¡Alzad los remos! —aulló Hartug en cuanto notó las salpicaduras—. ¡Silencio a bordo! —reclamó después—. ¡Silencio absoluto!

Un sigilo de muerte se apoderó del barco mientras perdíamos velocidad lentamente. Mientras nos dejábamos arrastrar por la propia inercia, mecidos por la incertidumbre. Mientras poníamos los ojos, y también los oídos, en el primer meandro del río, en un recodo que podía esconder cualquier cosa, cualquier peligro. Entonces nos llegó, mezclado con el canto de las últimas oropéndolas, el rítmico paleteo de unos remos. El aviso inconfundible de una nave acercándose. De una embarcación que circulaba sesgando el agua con urgencia, sin pretender esconder —ni siquiera amortiguar— el presuroso bogar de sus remeros.

—Que aguanten la corriente —le dijo Hartug a su segundo de a bordo, con el fin de que los galeotes se limitaran simplemente a mantener el barco en su sitio, detenido a poco más de un estadio de la curva.

—Será alguna embarcación de carga que baja desde Salduie o Vareia —apuntó Placidio, quizá para aplacar sus propios miedos.

Una embarcación de carga, se me ocurrió, no circularía con aquellas prisas. Pero ni siquiera tuve tiempo de verbalizar mis preocupaciones. Todo quedó meridianamente claro en cuanto un largo espolón asomó su aterradora punta por la revuelta. Un afilado puntal de bronce que traía tras él a un temible barco de guerra. Bogando a toda prisa, apuntando hacia nosotros con idea de acometernos y atravesarnos de lado a lado.

—Puede que sea un barco de Sertorio —todavía sugirió absurdamente el griego.

Nadie se molestó en contestarle. Ningún barco aliado acelera de esa manera cuando divisa una nave amiga. Nadie carga sus arcos y prepara sus *pila* si no es para usarlos contra el enemigo.

Hartug miró a Prisco. Indeciso, expectante, sin terminar de decidir si las quinientas piezas de oro prometidas pesaban lo suficiente como para incluir un enfrentamiento contra una fuerza de choque bastante superior a la nuestra. Y mejor armada. Tarquicio Prisco se volvió hacia Draco, todavía sin pronunciarse.

—Arriesgado —murmuró el centurión sertoriano.

El almirante cilicio no necesitó escuchar más opiniones.

—¡Vamos a virar! —gritó como un energúmeno—. ¡Rápido! ¡Daos prisa, malditos! ¡Dadle la vuelta al barco! —les ordenó a sus marineros.

Farnaces se presentó de improviso en el castillete de proa. El hijo de Mitrídates había abandonado el pequeño tenderete que lo cobijaba en la popa junto a sus diez concubinas. Traía el torso desnudo y empuñaba una de aquellas extrañas espadas curvas.

—¿No vamos a combatir? —preguntó decepcionado.

—Vamos a intentar que llegues vivo a Osca —le dijo Prisco, empujándolo a un lado—. Y ahora, tápate con algún escudo —le aconsejó el legado.

Tras la lenta y tortuosa maniobra de ciaboga, la nave optimate había recortado distancias drásticamente. Se había colocado tan cerca de nosotros que podíamos ver a sus hombres preparados para un eventual abordaje. Con un poco de suerte, quizá nuestros remeros le pusieran más coraje, a fuerza de latigazos, y el temible asalto nunca se produjese. Pero mientras tanto, sufriríamos lo inevitable en estos avatares.

—¡Flechas! —rugió Draco para que nos cubriéramos con los escudos.

También nosotros disponíamos de arcos y dardos con los que responderles. Y así lo hicimos durante un rato. Pero, desgraciadamente, lo que no existe en un río es agua suficiente en la que escabullirse. El Hiberus es profundo, y relativamente ancho en muchos tramos. Pero, como pronto comprobaríamos, no es el *mare Internum*.

Después de una hora de cacería, la nave optimate pareció ir perdiendo terreno lentamente. Hasta el punto de que al abordar algunas curvas ciegas, dejábamos de verla durante un rato. Nadie, sin embargo, encontró motivos para celebrar aquella «exitosa» retirada. Para Prisco, el problema se recrudecía inevitablemente: si el Hiberus se encontraba bloqueado y controlado por naves enemigas, llevar a Farnaces sano y salvo hasta Osca iba a costarle más de lo previsto. A Hartug era difícil leerle la mente. Su ceño fruncido y su mirada de hurón receloso lo hacían prácticamente inescrutable. Fue otra vez el instinto animal de Asiris el que nos puso en guardia.

La hechicera indiketa nos hizo reparar en una bandada de ánades reales que había levantado el vuelo en un tramo de río que aún no habíamos alcanzado. Todos contemplamos entonces a aquellos patos asustados trazando círculos en el cielo a la espera de poder posarse de nuevo sobre el agua. Viendo pasar desde las alturas a quienes los habían espantado de su escondrijo.

—Me lo temía —musitó Draco en mi oído—. Nos han tendido una emboscada.

El segundo trirreme optimate apareció a los pocos minutos bordeando el recodo que teníamos delante. Halando remos por el centro del río a ritmo sostenido, sin prisas, sin urgencias. Sabiendo perfectamente que la tela de araña estaba tendida desde hacía rato y la presa caería en ella tarde o temprano.

—Deben de haberse escondido en alguna reclusa y hemos pasado de largo sin percatarnos —se lamentó Hartug al verse atrapado en una ratonera de las que no se dan en mar abierto—. Putos ríos... —masculló escupiendo en el agua.

Farnaces apareció otra vez entre nosotros de la misma guisa que antes, y con los ojos más brillantes todavía.

—¿Vamos a combatir por fin? —preguntó con la alegría de un niño incapaz de ver el peligro.

Prisco le dedicó una mirada opaca.

—Esta vez vas a poder elegir incluso —le respondió sombríamente el legado, y luego añadió—: ¿Tiene tu padre más hijos que puedan heredar su imperio?

Y mientras el hijo de Mitrídates se despojaba de su túnica dorada para pelear más holgado y Placidio desaparecía de cubierta junto con las concubinas del príncipe, vi cómo Draco le entregaba a Asiris un *pilum* y un *gladius*. «Sé que sabes usarlos», le dijo lacónico. Vi también a Hartug mirar hacia atrás para calcular cuánto tardaría en llegar el trirreme que nos perseguía. Un segundo después, el destello de sus ojos me dijo que el pirata había tomado una decisión. Urgente, desesperada, posiblemente inútil. Pero al menos, intentaríamos algo antes de darnos por vencidos.

—¡Timonel! —gritó de improviso—. ¡Pon la caña a estribor! ¡Y cíñete a la orilla todo lo que puedas!

El barco buscó obedientemente el margen derecho del río, rozando incluso las puntas de algunos juncos al accionar los remos.

—¡Boga al máximo! —tronó poco después el pirata tratando de imprimir a nuestra embarcación toda la velocidad posible.

Sin embargo, en cuanto nuestro trirreme alteró ligeramente el rumbo, nuestras cartas quedaron al

descubierto. Por eso la nave optimate también se escoró hacia el mismo lado, convirtiendo el exiguo espacio entre su casco y el fangal de la orilla en un pasillo apenas transitable.

—¿Crees que lo conseguiremos? —le pregunté a Draco, imaginando ya el escándalo de la colisión y el crujido de muchos remos al partirse.

No me respondió. Prefirió ahorrar palabras y fuerzas simplemente moviendo la cabeza en sentido negativo. Sus ojos —observé— se habían quedado clavados en el enorme *corvus* de la nave enemiga. Una alargada plataforma que se abatiría sobre nosotros en cuanto estuviésemos a tiro, y cuyo afilado espolón nos mantendría unidos a ella inexorablemente mientras un centenar de infantes optimates invadiría nuestra cubierta en cuestión de minutos. Entonces oímos gritar otra vez a Hartug.

—¡Timoneles, todo a babor! ¡Rápido, malditos! ¡Haced girar este cascarón! —Se desgañitó en un intento por que nuestra embarcación cambiase de rumbo vertiginosamente en el último instante.

Nuestro trirreme era de construcción griega. Lo cual lo convertía en una nave más pequeña y estrecha. Y por lo tanto, más vulnerable. Pero también más liviana y ágil, capaz de girar rápidamente y abordar maniobras inverosímiles, como la que Hartug estaba intentando ahora. Un paleteo furioso, guiado por los dos timoneles del barco, nos impulsó repentinamente hacia el lado contrario a donde el enemigo estaba esperándonos con el *corvus* ya listo para el abordaje. Aun así, al pasar tan cerca de ellos, no pudimos evitar que algunos remos de uno y otro barco se trabasen durante la maniobra, haciéndonos perder una velocidad y un tiempo preciosos.

El *corvus* se abatió sobre nuestro castillete de popa cuando casi nos creíamos salvados. Clavando su mortífero garfio en nuestro tablamen. Anclándonos a ellos. Inmovilizándonos por completo. Condenándonos a pelear contra una centuria de expertos legionarios, que pronto serían dos. En cuanto la segunda nave optimate apareciera en escena.

—¿Cómo vamos a luchar ahora?! —le grité a Draco mientras observaba consternado el desbarajuste reinante entre los piratas cilicios—. ¿Cómo vamos a organizarnos?! —seguí interrogándolo con desespero al no percibir en Prisco ni en él un solo intento por poner orden entre aquellos hombres tan fieros como anárquicos.

El centurión se escupió en las manos, como siempre hacía antes de la batalla.

—Kalaitos —me dijo sin mirarme—, hoy no habrá tácticas ni reglas. Ni estrategias de combate. Simplemente pelea por tu vida y respira mientras puedas.

Eché un rápido vistazo a nuestra espalda, a la curva por la que debería aparecer el segundo trirreme enemigo, pero no vi ni rastro de la nave. En cubierta, los piratas cilicios defendían su territorio con relativo éxito, aunque algunos soldados optimates ya empezaban a pisar nuestro barco. Dos de ellos vinieron hacia nosotros con los escudos por delante y los *gladii* manchados de rojo. Draco logró dar muerte al suyo de una certera estocada en el cuello. Yo logré empujar al mío por encima de la borda. Entonces nos miramos. Jadeantes, decididos, preparados ya para el siguiente duelo. Igual que dos fieras acorraladas por otras alimañas, y sin embargo todavía capaces de repartir muerte a raudales. De reojo vi a Asiris cerca de nosotros, peleando como solo ella podía hacerlo, haciendo de su formidable agilidad su mejor arma. Y a Prisco, mostrando un estilo impecable. Y un valor del que, en ocasiones, yo había dudado. Hartug se protegía las espaldas en la amura de proa mientras repartía hachazos a diestro y siniestro, partiendo escudos, brazos o cabezas, según fuera la circunstancia. Y, aun así, todos sabíamos que nuestros minutos estaban contados. Todos éramos en el fondo conscientes de que una muerte rápida con la espada en la mano era mejor que otra mucho más lenta empuñando un remo como esclavo de un trirreme romano. Para las mujeres de nuestro barco, la historia no sería idéntica, pero sí parecida.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —le grité a Draco entre golpe y golpe.

El centurión me miró sin verme, cegado por los velos aturdientes del combate, incapaz de comprender una pregunta aparentemente absurda.

—¿Cuánto más aguantaremos?! —le grité mientras me desabrochaba la armadura.

—¿Qué importa eso ahora?! —me replicó enfurecido.

—¿Cuánto tiempo podrás mantener el control sobre cubierta?! —volví a gritarle.

—¡Diez minutos! —me respondió, quizá para que me callara.

Entonces vi al segundo trirreme doblando el recodo y enfilando su proa hacia nosotros.

—¡Procura que sean quince! —le pedí tirando el caso y el *gladius* al suelo.

—¿Qué diablos vas a hacer?! —tronó al verme casi desnudo y con la daga entre los dientes.

—¡Una estupidez! —mascullé a duras penas casi cortándome los labios con el filo del cuchillo.

Después salté por encima de la baranda de babor.

XLIV

El agua del Hiberus la sentí condenadamente fría y turbia como un charco recién pisado, aunque la falta de transparencia no era algo que me preocupara. Me bastaba con distinguir el casco de nuestra embarcación mientras buceaba siguiendo su flanco izquierdo, buscando casi a tientas la amura de estribor de la nave enemiga. Es decir, la zona más alejada de la pelea, el lugar en el que menos atención y vigilancia encontraría por parte de nuestros adversarios, si es que lograba auparme de alguna manera hasta aquel trirreme sin ser advertido.

Saqué la cabeza del agua justo por debajo del saledizo ocupado por los remeros del banco superior y miré hacia arriba. Afortunadamente no divisé ninguna cabeza enemiga asomada sobre la baranda de cubierta. Nadie pone vigías en un sector por el que no se espera ningún ataque. Desde mi húmedo escondrijo solo acerté a ver los ojos desconcertados de varios galeotes observándome a través de las portas de sus remos. Todavía con el cuchillo entre los dientes les hice una seña para que guardaran silencio y me ayudaran a trepar sobre los palos. A lo cual accedieron de inmediato. La comunicación con las personas desesperadas suele ser rápida y el entendimiento, completo.

De pie sobre un astil de la segunda hilera, y antes de fisgar en cubierta, eché un vistazo rápido a través de los maderos que protegían a aquellos reos de las olas del mar y de las flechas. Vi al cómitre de espaldas a mí, con el látigo en la mano, pero más pendiente del griterío infernal que provenía de la zona de enfrente, igual que el soldado encargado del control de los remeros. Sentado bajo la proa, el *anleta* esperaba órdenes de su superior para marcar el ritmo de boga. Apremiado por la urgencia, y todavía sin un plan de acción en la cabeza, me atreví a dar el paso definitivo.

La cubierta del trirreme romano se encontraba casi despejada, en una calma relativa. Solo un par de oficiales daban algunas voces y dirigían desde estribor la batalla que se libraba en nuestra nave. A su lado, unos cuantos marineros contemplaban casi divertidos el truculento espectáculo de ver llegar a un segundo barco aliado y clavar su espolón en otro cuya tripulación está a punto de darse por vencida.

La embestida sobre la popa de nuestra nave debió de resultar brutal para sus ocupantes, aunque a mí apenas me llegó un leve zarandeo. Al menos —observé—, este segundo trirreme no disponía de *corvus*, y el desembarco de tropas sería algo más tortuoso. Amparado por el caos del nuevo abordaje, me deslicé hasta la primera abertura de popa que conduce a la bodega y me introduje en ella de un salto. Mientras bajaba los escalones traté de calcular cuántos minutos de los quince solicitados habría consumido ya. Supuse que casi la mitad. Por eso le rebané el cuello al *anleta* que se sentaba, desprevenido, delante de mí sin pensarlo dos veces. Ni el cómitre ni el soldado de guardia se habían percatado todavía de mi presencia. Ni del hecho de que tenían un compañero degollado a pocos pasos. Sí me advirtieron, obviamente, los remeros de los últimos bancos, y aunque guardaron silencio, el tintineo inevitable de sus cadenas al moverse llamó la atención de quien estaba a su cargo.

El guardián tardó apenas dos segundos en digerir la escena que mostraba a un *anleta* desmoronado

sobre su asiento y a un hombre en taparrabos con una daga ensangrentada en las manos. Entonces se abalanzó sobre mí con el *gladius* desenfundado y una sonrisilla irónica con la que quería decirme que una triste daga no es amenaza para un legionario medianamente equipado. Esquivé su primer mandoble a duras penas, y mientras esperaba el segundo lance consideré mis exiguas opciones de supervivencia. Solo se me ocurrieron dos, y ninguna de ellas iba a contribuir a nuestra hipotética salvación: podía seguir sorteando golpes hasta que alguno me alcanzara o podía mezclarme entre los remeros encadenados y esperar el final entre ellos como un conejo acorralado por el zorro.

El romano amagó una estocada directa, pero me golpeó con el umbo de su escudo. El topetazo me hizo trastabillar dos pasos, siempre reulando hacia ninguna parte. Mientras tanto, los minutos seguían desgranándose como las uvas podridas de un racimo olvidado en la cepa.

—¡Agáchate! —me conminó a mi espalda una voz femenina.

Con las ropas ceñidas al cuerpo a causa de la zambullida y el *pilum* de Draco en una mano, Asiris se alzaba detrás de mí como la reencarnación hispana de Diana Cazadora. Una figura en apariencia onírica, una amenaza absolutamente real para quien ya la conociera. La joven indiketa me había seguido hasta el trirreme enemigo buceando detrás de mí como una sirena de río, sin que yo advirtiera su furtiva presencia en aquellas aguas oscuras.

El *pilum* romano silbó por encima de mi hombro y fue a clavarse en el escudo de mi oponente. Al instante, su punta astifina cedió ante el peso de su grueso mango, convirtiendo el preciado utensilio defensivo en un instrumento inservible, en un lastre inútil y traicionero.

El soldado romano soltó su escudo apresuradamente con el fin de poder moverse con mayor soltura, pero aun sin defensa alguna seguía siendo un rival temible. Un *gladius* siempre fue mejor que una simple daga para un combate cuerpo a cuerpo. Paré su nueva embestida con bastantes apuros y esquivé la siguiente dando un salto hacia atrás. Después finté a ambos lados y amagué una estocada. Pero usé mi puño izquierdo para golpear a mi rival en pleno rostro, justo entre las dos carrilleras del casco. Draco me había aleccionado a usar los puños en una pelea sin escudos porque, en este tipo de lances, los ojos de tu rival suelen estar centrados exclusivamente en la mano que empuña el arma.

El traspie llevó al soldado romano muy cerca del primer banco de remeros. Un segundo empujón lo hizo caer en medio de ellos. Entre un amasijo de brazos repletos de odio y sedientos de venganza. Después solo tuve que preocuparme por el cómitre de aquel trirreme.

El hombre que administraba el esfuerzo y las vidas de aquellos desgraciados únicamente portaba su látigo. Un arma aterradora para quien está encadenado a un banco. Pero no tanto para quien puede moverse libremente y lleva una daga en la mano. Su primer azote me levantó un jirón de piel en el hombro izquierdo. El segundo me laceró la pierna. Pero no retrocedí. Soportar el dolor y acortar las distancias son la clave para someter a quien maneja un látigo. Cuando el cómitre trató de fustigarme por tercera vez se encontró ya sin espacio para revolverse. Y con el filo de un cuchillo amenazándole el gaznate.

Un manojo de llaves le colgaba a aquel hombre del cuello como una torques herrumbrosa y absurda. Sin dejar de amenazarlo zarandeeé aquel grotesco sonajero y comprobé que para abrir la argolla que lo mantenía cerrado iba a necesitar otra llave más pequeña.

—Salvarás el pescuezo si me abres tu collar y me das esas llaves —le ofrecí, dando por sentado que aquella era la forma de liberar a los galeotes.

El cómitre me miró con inconcebible frialdad, con esa serenidad pasmosa que otorga el haber surcado los mares durante muchos años y saber que la suerte y el destino suelen ser amigos poco fiables. O, más

bien, temporales. Y lo mismo que hoy eres cómitre, mañana puedes ser esclavo en una galera. Con un simple movimiento de cabeza me señaló al *anleta* degollado.

—Él tiene la llave —replicó con la misma indiferencia.

Asiris tardó apenas unos segundos en encontrarla entre sus ropas y abrir después la gruesa argolla.

—Tendrás que protegerme de ellos si es que vas a soltarlos... —sostuvo entonces el cómitre apuntando hacia los remeros, como si su seguridad posterior fuese también parte del trato—. Aunque lo más probable es que esas fieras te maten a ti también en cuanto se vean libres —añadió tras meditar un segundo.

Fue en ese instante cuando observé más atentamente a los hombres que nos contemplaban en silencio, y aspiré por primera vez el hedor irrespirable de aquella bodega. Una pestilencia insoportable a heces corrompidas, a sudores viejos y a inmundicias irreconocibles venía a describir de la manera más tétrica y fehaciente la realidad diaria de aquellos hombres. De unos seres desgredados que se hacinaban a lo largo de tres estrechas filas de bancos, absolutamente desnudos, sucios, encadenados a unos asientos de los que jamás se levantaban, ni siquiera para hacer sus necesidades. Aquellos desgraciados —me di cuenta— vivían, dormitaban, remaban y morían en la misma postura. Sin derecho a ver el sol; sin opción alguna de sentir sobre su piel otra cosa que no fueran las salpicaduras del mar o los latigazos del cómitre. Por eso ahora, al verme manejar las llaves de sus cadenas, me miraban ansiosos, incrédulos, sin saber todavía a qué atenerse. Aunque el fragor de la lucha se filtraba por los respiraderos de la carena, ellos desconocían el estado real de la situación en el exterior, así como mis verdaderas intenciones. Para aquellos remeros forzosos, una victoria de sus captores suponía seguir bogando y malviviendo como si nada hubiera pasado. Una derrota, en cambio, podía traer todo tipo de consecuencias. En el peor de los casos, irse a pique junto con su embarcación. Sin embargo, si los vencedores fuesen acaso amigos o aliados, las puertas de la libertad podrían estar a su alcance.

—¿De dónde provienen estos hombres? —le pregunté al cómitre.

El carcelero se encogió de hombros.

—Son prisioneros.

El tiempo se me escurría entre los dedos y aquel hombre lo sabía. Y por eso trataba de darme largas hasta que los de arriba se percatasen de nuestra presencia. A no ser que yo le presionara de algún modo.

—Prisioneros ¿de dónde?! —insistí mientras le hacía un leve corte debajo del mentón.

—Galos..., itálicos..., griegos..., germanos... —respondió algo más colaborador mientras veía su propia sangre resbalarle por el pecho.

Dejé a Asiris con el cuchillo bajo el gaznate del cómitre y me puse frente a aquellos hombres de ojos azuzados.

—¿Podéis entenderme? —les pregunté en lengua romana, porque, lo quisiéramos o no, era la única que podía servirnos a todos.

Más de la mitad asintieron. Solo algunos pidieron una traducción, pero la obtuvieron rápidamente de su compañero de banco.

—No tenemos mucho tiempo, y no voy a mentiros —les dije mientras sostenía aquellas llaves a la vista de todos—. Somos hombres de Quinto Sertorio, enemigo acérrimo de quienes os tienen encadenados.

Hice entonces un pequeño alto al ver que el nombre del Gigante de Nursia saltaba de boca en boca y se propagaba por aquella lúgubre estancia igual que un reguero de fuego. Después les abrí los ojos a la cruda realidad que a todos nos acechaba.

—Quienes os custodian nos han abordado y estamos a punto de ser derrotados por ellos —les

informé—. Si eso ocurre, mañana seguiréis bogando en este barco como hasta ahora. En cambio, si entre todos los vencemos —les dije haciendo una nueva pausa—, hoy mismo podéis ser hombres libres.

No me hizo falta preguntarles cuál era su decisión final. El furioso tintineo de los grilletes y el rugir de sus gargantas me convenció de que, de un plumazo, habíamos conseguido más de un centenar de aliados. Por eso no lo dudé. Por eso liberé rápidamente a aquellos hombres convertidos en bestias por otros hombres sin importarme si el cómitre estaría o no en lo cierto. Porque los quince minutos de prórroga ya estaban consumidos y porque sin la ayuda de aquellos esclavos nuestras propias vidas valían menos que unas bostas de vaca secándose al sol de la mañana.

El cómitre fue la primera víctima de nuestros nuevos amigos. Al menos su muerte fue rápida, asfixiado por el cuero de su propio látigo. Segundos después, todos los marineros de cubierta y los dos o tres oficiales que aún dirigían las maniobras morían también con ojos atónitos al ver la horda de seres totalmente desnudos que los atacaba; incapaces de decidir si quienes los mataban usando simplemente las manos eran bestias escapadas del inframundo de Hades o sus propios remeros.

En nuestro trirreme, las cosas no habían mejorado. Pero, al menos, tampoco habían empeorado de manera irreversible. Posiblemente la mitad de los piratas cilicios había muerto ya, pero la otra mitad todavía peleaba enconadamente, con Hartug a la cabeza, tratando de impedir la afluencia de enemigos a través del *corvus*. Y con tanto arrojo lo habían hecho que habían convertido la plataforma de desembarco en un embudo donde los infantes optimates se arracimaban esperando turno para luchar y acceder después a la cubierta de nuestra nave. Draco, Prisco y la guardia de Farnaces por su parte seguían manteniendo a raya a los ocupantes del segundo trirreme, quienes encontraban verdaderos problemas para salvar aquella barrera de espadas. Además, los pocos que lo lograban se daban de bruces con el hijo de Mitrídates, que, instalado junto a la entrada a la bodega, protegía, con una espada en cada mano, a sus diez concubinas y también a Placidio.

La irrupción en la lucha de aquella turbamulta desnuda y feroz causó un estupor pasajero entre todos los combatientes. Tiempo que aprovecharon aquellos hombres para armarse en la medida de lo posible. Las espadas de sus primeras víctimas fueron empuñadas al instante. También las hachas, arpones y garfios que encontraron en cubierta. Así como algunas pértigas y estacas. E incluso largas ristras de sus propias cadenas. Cualquier objeto punzante o contundente fue útil para hacer frente a los primeros soldados romanos que pretendieron recular a lo largo de la pasarela para pelear esta vez por el control de su propia nave.

—¡Echad al agua ese *corvus*! ¡Cortad sus anclajes y sus amarras! —les grité entonces a los que portaban las hachas—. ¡Que ninguno de esos romanos vuelva a este barco! —les ordené al resto—. ¡Mantenedlos en la plataforma a toda costa!

Y mientras unos cortaban y tronzaban, muchos morían combatiendo. Luchando por su libertad, que era también la nuestra. Más de treinta soldados acorazados se precipitaron al Hiberus buscando la salvación en las tablas de un *corvus* destartado. Todos se hundieron, sin embargo, lastrados por el propio peso de sus uniformes acorazados. Después, la propia corriente del río se encargó de acercar ambas embarcaciones, permitiéndonos saltar a la nave cilicia, al lugar donde se libraba la auténtica batalla.

Al ver la aparición de galeotes armados, el capitán del trirreme recién aparecido ordenó a sus hombres ciar de manera frenética para evitar ser abordados, pero el propio espolón de aquel barco —incrustado

profundamente en nuestra popa— les impedía cualquier movimiento. Tras despejar la cubierta de la nave cilicia, los galeotes iniciaron la escabechina en el segundo trirreme. Su superioridad numérica y el odio que encerraban sus corazones después de meses, quizá años, de cautiverio fueron los causantes de aquella matanza salvaje. De una carnicería a la que no tuvimos siquiera necesidad de unirnos. Y, sin embargo, mientras contemplaba cómo aquellos hombres desatados acababan cruelmente con nuestros enemigos, me hice consciente del peligro. De una amenaza de la que Draco ya me había prevenido anteriormente, y por la que me había dejado inconsciente durante la tormenta. Asiris, siempre a mi lado, siempre conocedora de mis pensamientos, me miró con aire preocupado.

—¿Qué ocurrirá cuando acaben con ellos? —me preguntó, o quizá simplemente reflexionó en alto—. ¿Qué pasará cuando los remeros sean dueños de los dos trirremes romanos?

XLV

En pocos minutos, el segundo trirreme optimate estuvo bajo el control absoluto de los esclavos. Los marineros habían saltado por la borda en cuanto vieron acercarse a aquella horda de fieras vociferantes. La mayoría de los soldados, sin embargo, permaneció en su puesto, luchando hasta el fin, conscientes todos ellos de su negra suerte si eran vencidos. Solo unos pocos arrojaron las armas y se rindieron finalmente. Pero ni siquiera aquel gesto les salvó la vida. Todos fueron ejecutados de manera inmediata. A algunos los colgaron del palo mayor; a otros les cortaron las manos antes de atravesarlos con lanzas. Y a unos cuantos, simplemente, los echaron por la borda para ver cómo peleaban infructuosamente con el peso de sus corazas y sus cotas de malla. Para el cómitre de aquel barco guardaron, sin embargo, una muerte distinta: la suerte del verdugo a quien el destino convierte de pronto en víctima de sus propios reos.

Los remeros cautivos de aquel segundo trirreme acababan de aparecer en cubierta tras ser liberados por sus compañeros. Desnudos, trastabillantes, cegados por los rayos del sol y por un odio irrestañable. Arrastrando a empujones al responsable de su particular infierno, al hombre que había dejado sus cuerpos marcados de verdugones, a quien les laceraba las carnes a diario con el fin de que aquel barco fuese siempre un poco más deprisa.

El cómitre se tambaleaba como un beodo, víctima de los golpes y los empujones, sangrando a chorros por donde minutos antes había tenido nariz y orejas. El carcelero sin rostro se desplomó por dos veces y otras tantas fue levantado. Para que siguiera soportando unos minutos más aquella lluvia de golpes y latigazos. Hasta que la humillación y la tortura ya no les pareció castigo suficiente a aquellos antiguos reos, y decidieron empalar al desdichado en una de las picas de a bordo. Allí dejaron al cómitre, retorciéndose entre gritos infernales de agonía, con las tripas perforadas y los intestinos al aire, mientras ellos festejaban su recién estrenada libertad danzando como diablos.

—¿Qué hacemos ahora? —le urgí a Draco, que había presenciado a mi lado aquel acto de barbarie como si oyera llover, aunque con la espada en la mano.

—No sé cómo se sale de aquí —me confesó tras analizar nuestra precaria situación, varados en medio del río, bloqueados aguas arriba por una embarcación repleta de galeotes y entorpecidos aguas abajo por otra nave vacía que nos impedía cualquier maniobra—. Yo no entiendo de barcos —añadió mirando de reojo hacia una orilla tan cercana como inalcanzable.

Los remeros de ambas naves se habían enfrascado en una celebración salvaje a bordo del segundo trirreme enemigo. Saltando y abrazándose mientras consumían a puñados la comida que encontraban a su paso. Derramando también de manera grotesca sobre sus bocas sedientas el vino destinado a soldados y tripulantes.

—¿Nos hundiremos? —oí que Prisco le preguntaba a un Hartug que examinaba con aire pensativo los desperfectos de su nave.

El pirata cilicio simplemente gruñó un exabrupto que el oficial de Sertorio tomó por una respuesta negativa.

—Entonces más vale que nos larguemos de aquí cuanto antes —solicitó el romano, que aún no había enfundado el *gladius* tras la pelea.

—¿Qué crees que estamos intentando? —replicó un ceñudo Hartug.

Varios piratas cilicios estaban usando largas pértigas para intentar destrabarnos del espolón que nos mantenía retenidos, en un abrazo mortal, a una nave llena de antiguos esclavos. De unos hombres peligrosos y, sobre todo, imprevisibles; de unos seres eufóricos a los que quizá ni siquiera la nueva libertad les pareciera ya un logro suficiente.

Un agudo rechinar nos hizo girar la cabeza. El espolón metálico de la nave enemiga había empezado a desclavarse de nuestro tablamen gracias al esfuerzo de los marineros cilicios. Desgraciadamente, la estridencia del chirrido también había llamado la atención de varias decenas de galeotes. Poco a poco, todos los celebrantes, ebrios o sobrios, fueron haciéndose conscientes de nuestras maniobras. Y de nuestras intenciones de poner agua de por medio con respecto a ellos. Vimos entonces cómo muchos nos apuntaban con el dedo mientras gesticulaban y discutían a grandes voces. Nuevos temblores agitaron nuestra popa herida cuando el émbolo metálico cedió un poco más. Quizá a la siguiente arremetida —pensé— empezaríamos a separarnos de nuestros peligrosos vecinos. Lamentablemente, también lo entendieron así los galeotes, que seguían organizándose de manera rudimentaria pero efectiva, permitiendo que tres de ellos se erigiesen en líderes transitorios. Poniendo así los primeros pilares para una vida distinta, para un futuro más halagüeño. Un destino que para nosotros, en cambio, se ennegrecía por momentos.

Placidio apareció entonces en cubierta por primera vez desde que había comenzado el abordaje optimista. Tras él fueron subiendo, una a una, las diez concubinas de Farnaces, con sus velos de seda, sus andares gatunos y sus figuras insinuantes.

—¿Ya ha terminado todo? —preguntó el griego con aire atolondrado, parpadeando a causa del acusado contraste de luces—. ¿Ya podemos salir de esa apestosa bodega?

Desde nuestro trirreme asistimos, sobrecogidos, a la reacción de los galeotes tras contemplar con ojos desorbitados la aparición de diez figuras sugerentes y exóticas. A instancias de sus tres cabecillas, aquellos desarrapados volvieron a empuñar sus armas mientras señalaban con gesto babeante hacia unas mujeres que seguían moviéndose libremente por cubierta. Cuchicheando entre ellas. Examinando con desagrado la escabechina recién terminada. Ajenas al peligro y a los anhelos que acababan de desatar en unos hombres convertidos en fieras.

—¡Diles a tus mujeres que vuelvan de inmediato a la bodega! —le urgió Prisco a un ausente Farnaces al presentir también el peligro. Porque el heredero de Mitrídates VI tenía los ojos y la atención puestos en otra visión increíble: Asiris estaba plantada sobre cubierta con un *gladius* en la mano. Desafiante, altiva, alerta. Con el cabello ensortijado en mechones de fuego rojo y la ropa ceñida al cuerpo igual que una segunda piel transparente y tersa.

—¡Haz volver a esas furcias a la bodega, maldita sea! ¡Ahora mismo! ¡Háblales en su puto idioma! ¡Vamos! —le gritó Draco a un confundido Placidio cuando ya era demasiado tarde. Cuando aquellos hombres todavía desnudos ya habían decidido que la libertad obtenida aquel día tan solo era la punta de un pastel mucho más grande. Cuando la posibilidad de adueñarse de nuestra embarcación y convertirnos en sus remeros era ya una opción secundaria. Arrinconada, o sencillamente pospuesta por la visión aturdiendo de las concubinas. Un manjar del que disfrutarían a sus anchas mientras decidían qué hacer

con nosotros.

Los tres cabecillas fueron los primeros en saltar a bordo. Tras ellos vinieron más de cincuenta osados seguidores. A todos les cegaba el ansia de hembra. Un instinto incompatible con la vida de galeote y, sin embargo, un ardor imposible de doblegar incluso en el cuerpo de un condenado. Entre los que ya habían pasado a nuestro barco y los que quedaban por hacerlo, estimé en algo más de doscientos combatientes la fuerza de choque de aquel ejército recién formado. Por nuestra parte no habría más de treinta supervivientes contando piratas cilicios y guardianes de Farnaces. De producirse un enfrentamiento, nuestras opciones de victoria serían mínimas, por no decir inexistentes. Tanto en la cabeza de Draco como en la de Prisco o Hartug, aquellos preocupantes números debían de estar tocando la misma sinfonía de muerte. Y, sin embargo, la inacción debió de parecernos a todos la mejor manera de continuar vivos.

Placidio me miró sobrecogido por el espanto cuando el más fornido de los tres cabecillas arrancó los velos de una de las mujeres y le dejó los pechos al descubierto. El relincho de gozo de aquellas fieras hambrientas atrajo a los que esperaban apostados en la baranda de babor, provocando también la agitación de muchos más galeotes en el trirreme contiguo. Cuando el hijo de Mitrídates dejó por fin de beberse el cuerpo de Asiris con los ojos y trató de impedir lo inevitable, un certero trancazo en la nuca lo dejó inconsciente en el suelo.

Draco me sostuvo por el brazo, como si me hubiese leído el pensamiento.

—¡No podemos hacer nada ya! —siseó en mi oído—. Si les permitimos gozar de ellas, quizá se olviden de nosotros.

—Primero gozarán de ellas —le respondí—, y después de Asiris.

El centurión me dedicó una mirada opaca. «Así es la puta guerra y así son estas emboscadas», pareció decirme sin necesidad de palabras.

—Después disfrutarán viéndonos remar a nosotros en su recién adquirido trirreme —le dije—. ¿Eso también te divierte?

Los tres o cuatro guardianes de Farnaces que aún quedaban vivos habían empuñado sus armas tratando de defender a las esposas de su amo, pero habían sido reducidos al instante. Apartados de la escena por un enjambre de lanzas. Nuestra nave —me di cuenta— iba a convertirse muy pronto en un burdel gratuito donde unos antiguos esclavos se entregarían a una orgía sin límites a costa de las concubinas del Ponto. Y mientras durara el festín, quizá aquellos hombres asilvestrados se olvidaran de todo lo demás. Después, posiblemente Asiris fuera su postre. En cuanto al resto de nosotros, deberíamos sentirnos afortunados si acabábamos siendo arrojados por la borda y no cargados de cadenas y con un remo entre las manos.

Todas las concubinas habían sido despojadas de sus ropas y se arracimaban, aferradas las unas a las otras, en espera del inevitable comienzo de su calvario. Una decena de galeotes arrancó a tres de ellas de aquel abrazo trémulo e inútil, tendiéndolas a continuación sobre las tablas de la cubierta. Boca abajo, con las piernas abiertas, sujetas cada una de ellas por cuatro pares de robustos brazos. Preparadas para ser poseídas como animales por los tres hombres que se habían erigido en jefezuelos de aquellos reos.

La manaza de Draco aún me tenía agarrado por el codo, pero un fuerte tirón me zafó de sus dedos.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó en medio del griterío al verme desenfundar.

—Puede que otra estupidez —le respondí sin mirarlo.

—Solo conseguirás empeorar las cosas —todavía replicó el *primus pilus* mientras me alejaba de él. No le respondí. Poco importaba ya si mis maniobras nos traían consecuencias funestas. Siempre sería mejor actuar mientras tuviésemos las manos todavía libres. Mientras el descontrol y el caos reinantes estuviesen de nuestro lado. Asiris dio un paso tratando de seguirme, pero una seña mía la retuvo en el sitio. Lo que iba a intentar era mejor hacerlo sin ayuda de una mujer.

Los tres cabecillas jadeaban de placer, toqueteando sin disimulo sus miembros enhiestos. Riendo, jadeando, anticipando el gozo indescriptible de aquel contacto carnal tras tanto tiempo de sequía forzosa. Indiferentes a los gritos y a las súplicas de las concubinas. Ajenos a mi acercamiento.

Tras apartarme de Draco, me había desprendido rápidamente de mi *sagum* empapado y también de las *caligulae*. Mi piel tostada —descubrí entonces— contrastaba drásticamente con el tono lechoso de todos los galeotes. Sin embargo, el mero hecho de avanzar desnudo estaba evitando que aquellos reos me tomaran por un intruso. Ni siquiera el afilado *gladius* que portaba en la mano disparó sus alarmas. Al fin y al cabo, ellos también iban armados. Nadie en aquella desaforada turbamulta me vio como una amenaza. Nadie reparó en la sombra sigilosa que se había hecho un hueco en primera fila, entre un apretado círculo de exaltados mirones que esperaba su turno para disfrutar ellos también de tan apetecibles hembras. Dos nuevos pasos me sacaron de la muchedumbre y me colocaron junto al cabecilla más fornido.

—¡Apartaos de ellas! —los conminé a los tres elevando mi voz por encima del tumulto.

El convicto más cercano a mí ya estaba de rodillas sobre su víctima, rozándola con su falo inflamado, salpicándola de hilachas de una saliva espesa. Preparado para saciar en aquella mujer la sed de un largo cautiverio. El galeote levantó la cabeza al escuchar mis palabras y me miró con aire confuso. Un segundo después un rayo de cólera le envenenó los ojos cuando la indignación sustituyó a la sorpresa.

—¿Acaso deseas ser tú el primero?! —me espetó con ira tras levantarse de un salto—. ¿Vas a ser tú, mequetrefe, quien me discuta el privilegio?!

Un clamor de voces enfervorizadas sobrevoló el barco ante la expectativa de presenciar una pelea como preludio a una violación en masa.

—Yo no voy a ser el primero en tocar a esa mujer, pero tú tampoco —le repliqué, cabeza contra cabeza, mientras aquella horda de hombres emborrachados de alcohol y violencia animaba a su jefe a iniciar el duelo.

El galeote me examinaba con calma, todavía incrédulo, aguantando el pulso de mi mirada sin retroceder un paso, exhibiendo en todo momento una sonrisa displicente a pesar de mi *gladius* desenfundado. De repente, sin embargo, su gesto cambió. Aquel aire de suficiencia se esfumó cuando reparó en mis facciones, en mi rostro bronceado y en mis brazos curtidos por la intemperie.

—Tú... —murmuró al reconocerme—. Tú eres....

—Yo soy quien te dio la libertad, quien te ofreció una vida mejor y ahora te la quita —le dije atravesándole el estómago con mi espada.

El griterío ensordecedor que inundaba la cubierta se apagó igual que se extingue la llama de una vela tras un brusco soplido. Dando paso a un silencio plomizo; a una calma imprevista que estallaría en pedazos en cuanto aquellos hombres feroces se repusieran del pasmo de ver a su jefe desplomado, vomitando sangre como un dragón enfermo. Por eso decidí mantener la iniciativa y el asombro de aquellos seres todavía boquiabiertos. Por eso actué otra vez con la velocidad del rayo, cercenando el cuello del segundo cabecilla de un solo tajo. Porque la brutalidad más extrema era todavía el único lenguaje comprensible entre ellos y nosotros. Y porque mientras el desconcierto y el caos estuvieran de

mi parte, mi plan todavía tendría alguna posibilidad de éxito.

El tercer caudillo trató de escabullirse gateando cómicamente, pero yo lo sujeté por los cabellos y lo alcé delante de sus compinches como quien sostiene un conejo por las orejas. Con la punta de mi *gladius* cosquilleando debajo del pescuezo, la bravuconería impostada de aquel convicto se derritió igual que un bloque de manteca sobre una fragua rusiente.

—¡Veo que la vida de galeote no os ha enseñado a ser agradecidos! —les grité a quienes nos miraban todavía atónitos—. ¡Meditad muy bien vuestro próximo movimiento! —les advertí a los espectadores más cercanos y a los que aún esperaban acontecimientos en el trirreme contigo—. ¡Pensad si merece la pena morder la mano de quien os ha librado de vuestras cadenas! —proseguí hurgando con mi espada bajo la nuez palpitante de mi presa—. ¡Porque en caso de hacerlo... muchos de vosotros perderéis lo que yo mismo os he concedido: la libertad y la vida!

Desde mi precaria posición —a pesar de tener al cabecilla a mi merced— comprobé cómo los antiguos remeros se miraban unos a otros. Indecisos, cuchicheando sus dudas, recobrando poco a poco las llamas incendiarias en las miradas.

—¡Diles que retrocedan! —le insté a mi rehén acercándole otra vez el filo de mi *gladius* a la garganta—. ¡Ordénales que regresen a su barco o te cortaré el pescuezo delante de ellos!

—¡Volved! ¡Volveos al barco o me matará! —gimoteó el convicto de manera patética.

A pesar de las órdenes, a pesar de la amenaza que acorralaba a su recién erigido jefe, ninguno de los reos movió un pie de su sitio. Por eso tuve que aplicarme otra vez con el *gladius*.

—¡Háblales! ¡Convéncelos! ¡Haz que se retiren de inmediato o serás un jefe muerto! —le soplé al oído al hombre que colgaba de mi mano tras hacerle sentir otra vez la punta de mi espada. Después lo solté de los pelos para que su pose frente a las hordas que comandaba fuese un poco más digna. Un poco menos humillante.

—¡Escuchadme! ¡Escuchadme todos! —gritó aquel remero asustado—. ¡Ya hemos conseguido bastante por hoy! ¡No vale la pena arriesgarse! ¡Esta mañana amanecemos esclavos y nos acostaremos como hombres libres! ¿Quién podía acaso sospecharlo cuando penetramos en este río buscando cobijo de la tormenta?!

Un barullo de voces, algunas extranjeras, pareció dar por buenos aquellos argumentos. Otras muchas, en cambio, increparon agriamente al antiguo remero. Dos hombres, mientras tanto, permanecían atentos a otras circunstancias, con las bocas cerradas y el gesto concentrado. Aquellos dos galeotes —me di cuenta— estaban contándonos, uno a uno, a los supervivientes de la nave cilicia. Considerando fríamente sus opciones como dos buitres antes de posarse ante un plato de carroña todavía fresca. Aquellos dos convictos abandonaron finalmente el abrigo de la muchedumbre. Pasando por encima de los cuerpos acuchillados de sus compañeros. Apropiándose de los invisibles cetros de mando que habían dejado libres aquellos muertos.

—¡Sigue hablando, vamos! ¡Diles que no las toquen! —conminé a mi prisionero al comprobar que los dos aparecidos se dirigían hacia las concubinas desnudas.

—¡Dejadlas! —chilló el aterrado caudillo al sentir un nuevo pinchazo bajo la sotabarba—. ¡Tenemos dos trirremes para nosotros! ¡Tenemos armas, dinero, comida y ropa! ¿Qué más queremos?! —se preguntó retóricamente aquel hombre en un aullido de pánico—. ¡Podremos encontrar muchas más mujeres hoy mismo! ¡Hay muchas aldeas de aquí al mar!

Aunque muchos esclavos siguieron en su sitio, indiferentes a las palabras de un líder que hacía rato había dejado de serlo, una veintena de aquellos antiguos remeros agachó la cabeza entre murmullos de

asentimiento e inició el retorno hacia su trirreme.

—¿Adónde vais, imbéciles?! —les gritó entonces uno de los dos advenedizos—. ¡No puede hacer nada —exclamó apuntándome con el dedo—, excepto matar al idiota de Fulcro! ¡Después lo mataremos a él! ¡Los mataremos a todos! ¡Ellos —dijo haciendo un gesto en semicírculo con la mano— apenas son una treintena! ¡Ya no pueden defenderse!

Vi gestos atribulados entre los que habían empezado a retirarse. Vi ojos que volvían a posarse en nosotros y cobraban otra vez la luz turbia de la avaricia. Y mientras todos nos observábamos con una mano puesta en la empuñadura de la espada, un ronco clamor comenzó a emerger por los respiraderos de la bodega. Un griterío áspero y destemplado que inundó la cubierta como un mar de cizaña: debajo de nuestros pies, los galeotes de Hartug habían empezado a ventear aires de libertad, y a mostrar los primeros signos de insurgencia. Una rebeldía ya inevitable que ni los latigazos de nuestro cómitre ibam a poder ahogar con éxito. A la vista de los acontecimientos, Draco cruzó un par de palabras rápidas con Prisco. Y, sin embargo, ambos continuaron inmóviles, pálidos, igual que el propio Hartug, igual que un inconsciente Farnaces. Incapaces de encontrar la manera de enderezar un día que había amanecido torcido y continuaba enmarañándose.

—Sujeta a esa puta por los brazos —le ordenó quien llevaba la voz cantante a su compañero de fechorías—. Ya habrá tiempo de soltar a los de abajo. A lo que parece, tienen tantas ganas de hembra como nosotros. Pero todo lleva su orden —se carcajeó aquel gigantón de cabellos trigueños.

El hombre a quien yo todavía amenazaba con mi *gladius* me miró de reojo. Espantado, consciente de que sus palabras ya estaban gastadas, igual que su tiempo. Igual que su vida. Yo también lo miré confundido, sabedor de que entre mis manos tiritaba un rehén inservible, un parapeto absurdo. Una marioneta a la que ya nadie prestaba atención, porque el espectáculo se encontraba en otro sitio. Y estaba, además, a punto de reanudarse.

—¡Espera! —Una figura menuda se abrió paso entre un gentío otra vez expectante—. ¡No la toques todavía! —le gritó Asiris a aquel grandullón justo en el instante en el que se arrodillaba junto a la concubina elegida. La joven indiketa se había plantado frente al galeote desnudo con desparpajo insolente. Rodeada además por una jauría de fieras salvajes que por primera vez reparaba en la existencia a bordo de otra mujer diferente a las que ya habían desnudado—. Yo quiero ser la primera —le espetó al hombrachón con aplomo suicida.

El antiguo galeote se puso en pie. Al principio, simplemente sorprendido por la aparición de Asiris en escena. Después sonriendo divertido ante un petición tan insólita.

—¿Quieres ser la primera en probar *esto*? —añadió frotando sin rubor su pene erecto.

Asiris asintió, también sonriendo debajo de sus ropas empapadas. Misteriosa, enigmática, retadora.

—¿Acaso te da miedo hacerlo conmigo?

El gesto ufano del galeote se enfurruñó de repente al percibir lo más parecido a un desafío en las palabras audaces de aquella mujer hispana.

—¡Arrodíllate, perra, y abre la boca! —exclamó agarrando a Asiris por el cabello y forzándola a acuclillarse.

Un grito de horror se me ahogó en la garganta mientras contemplaba, impotente, cómo Asiris acataba las órdenes al pie de la letra. Arrodillándose con mansedumbre, retirándose los cabellos de la cara, preparándose para sufrir una humillación brutal e innecesaria.

—Vas a enterarte ahora del sabor de una polla germánica —le dijo el gigantón obligándola a mirarlo —, pero antes de que te asfixies con ella —rio—, te reventaré el coño para que disfrutes a tus anchas.

Los dientes me rechinaron de cólera cuando Asiris agarró con su mano izquierda aquel miembro monstruoso y lo sostuvo entre sus dedos unos segundos.

—¿Ahora dudas, maldita zorra? ¿Ahora sientes miedo? ¿Vas a necesitar acaso que te ayudemos? —rió el galeote mientras desviaba su mirada hacia su grupo de acólitos. Buscando su complicidad. Descuidando durante apenas un segundo la atención que merecen todas las fieras: las que van vestidas de alimaña y las que tienen aspecto de criaturas celestiales.

El aullido del forzudo germano hizo temblar la cubierta, e incluso los mástiles del barco. Después de aquel bramido agónico, los ojos se le quisieron escapar de sus órbitas al descubrir la razón de aquel dolor inesperado y penetrante: la mujer de pelo rojo que aún seguía de rodillas entre sus ingles era ahora la dueña de su pene amputado. Un trozo de carne chorreante de sangre que la indiketa mantenía en su mano izquierda porque, en la derecha, Asiris todavía portaba la daga que desde el principio había llevado oculta en su manga.

El galeote germano se aferró la entrepierna con ambas manos, todavía atónito, todavía golpeado por la sorpresa de verse desangrándose como un cerdo en manos del matarife.

—¡Haced algo, maldita sea! —les gritó a unos secuaces que un minuto antes hacían bromas y ahora se tapaban los ojos como si acabaran de ver al diablo en persona.

El germano se derrumbó como un fardo tras un par de pasos trastabillantes, rebozado en su propia sangre, agitado por violentos espasmos mientras agonizaba. Asiris se inclinó sobre él cuando aún respiraba y le destazó los testículos de dos certeros tajos. Después la hechicera indiketa se enfrentó a aquel círculo de mirones estupefactos. Serena, impasible, indiferente, con el rostro y las ropas tiznadas de rojo. Con la muerte salpicándole por unos ojos de hielo y fuego.

—¿Alguien más? —apenas susurró mostrando sus trofeos en una mano y la daga roja en la otra—. ¿Alguien más desea probar suerte? ¿Alguien más no ha visto suficiente muerte por hoy?

Una veintena de remeros giró de inmediato sobre sus talones y emprendió la vuelta hacia su trirreme a la carrera, sin perder un segundo de tiempo. Para los pocos que permanecían todavía quietos, a Asiris le bastó con dar un paso hacia ellos y lanzarles a la cara las piezas de carne destazadas del galeote germano. Entonces incluso estos hombres corrieron, espantados por el impávido acercamiento de una mujer tan bella como diabólica.

Farnaces había despertado justo a tiempo de presenciar las últimas escenas de un teatro jamás imaginado por un griego, ni por un ponto, ni por nadie en su sano juicio. Porque, con su actuación, Asiris había logrado empujar a aquellas bestias salvajes hasta el borde de un abismo, de una sima excesivamente profunda incluso para gentes que carecen de alma. Un último chirrido proveniente de la popa vino a indicarnos que nuestro trirreme se había desprendido del espolón de acero que nos trababa. Y ya era libre para seguir navegando a pesar del tremendo agujero que lucíamos en un costado. A pesar de que las luces del atardecer desfallecían por momentos. A pesar de que la desconfianza y la incertidumbre nos perseguirían todavía mucho rato como lobos implacables. Seguramente por esto, Hartug decidió navegar toda la noche, sin paradas ni descansos. Por si los galeotes hubiesen cambiado de idea y viniesen detrás como una jauría de sabuesos husmeando sobre rastro frío.

XLVI

Los galeotes no nos siguieron. O si lo hicieron, no les dio tiempo a alcanzarnos antes de llegar a la ciudad ibera de Dertosa. En su amplia dársena permanecimos atracados durante cinco días. Reparando unos desperfectos que en mar abierto nos habrían llevado a pique en un abrir y cerrar de ojos, pero que en las aguas tranquilas de un río apenas fueron obstáculo. A pesar de tratarse de una ciudad aliada, Hartug y Prisco decidieron jugar la baza de la prudencia, prohibiéndonos a todos abandonar la nave mientras aquellos trabajos se producían. Draco sostuvo, sin embargo, que el almirante cilicio tenía más miedo de sus propios marineros que de los peligros reales de una ciudad aparentemente tranquila. En cuanto a Farnaces, Prisco debió de sentirse aliviado al no tener que preocuparse por la protección de un personaje tan imprevisible como el príncipe del Ponto. Un nombre y un título que en tugurios y tabernas portuarias no suelen servir de mucho. Fue Placidio el encargado de amenizar aquellas horas muertas hablándonos de la decisiva batalla librada entre los cartagineses y los Escipiones en las llanuras de Dertosa.

—¿Y quién ganó? —le pregunté al maestro griego mientras contemplaba de lejos aquellas planicies donde habían peleado los famosos elefantes púnicos.

—Los Escipiones —repuso el rétor.

—¿Entonces perdió Aníbal?

El griego rio mi ignorancia.

—Aníbal estaba muy ocupado asolando Italia en aquellas fechas —dijo—. Esta batalla la perdió su hermano Asdrúbal, aunque hay que reconocer que la derrota le afectó a él también.

—¿Por qué?

—Porque ya no pudo recibir los refuerzos que esperaba de Hispania. Y por eso fue perdiendo terreno lentamente en Italia.

Me quedé unos instantes meditando sobre aquella curiosa estrategia romana de perjudicar a Aníbal desde la distancia. De hacerle la guerra lejos de donde, aparentemente, residía el peligro. De cortarles los suministros aun a fuerza de arriesgarse a perderlo todo antes de ver los resultados.

—Y... ¿con qué bando se alinearon los iberos de Dertosa? —pregunté al cabo.

—Con los Escipiones —me respondió un sorprendente Draco.

—¿Con los romanos? —me extrañé.

—¿Qué esperabas? —replicó el centurión—. Los cartagineses llevaban años estrujándonos el cuello a los iberos, y cualquiera que viniera a acabar con ellos parecía un aliado recomendable.

—También había iberos peleando en el bando cartaginés —terció Placidio divertido por la paradoja.

—¿Iberos contra iberos? —intervino entonces un súbitamente interesado Farnaces—. ¿Hispanos contra hispanos? ¿Qué clase de país es este en el que no sois capaces de distinguir a un invasor de un aliado?

—Oh, este es un país donde la realidad supera a la ficción de nuestras tragedias griegas, ciertamente —afirmó Placidio divertido.

—¿Quieres hablar de manera que te entendamos todos, maldito charlatán de feria?! —se exasperó Draco.

—Hispania siempre será un lugar de paso, me temo —trató de explicarle al hijo de Mitrídates un sesudo Prisco—. Por eso, a veces, no resulta tan fácil hacer distinciones entre amigos y enemigos.

El heredero del Ponto movió la cabeza confundido.

—Ya, pero aun así...

—Hispania es un gran país con mil pequeños países dentro —trató de alumbrarle nuevamente Placidio.

—¿Mil? —Los ojos de Farnaces se abrieron como platos.

—Quizá más —rio el griego—. Tantos como ciudades y poblados encuentres en tu camino.

El primogénito de Mitrídates desplegó la mirada alrededor del barco y apuntó con su dedo hacia el horizonte, hacia los lejanos —pero todavía visibles— restos de la ciudad de Hibera.

—¿Aquello es, o era, otro minúsculo país de esos? —preguntó.

Placidio, Prisco, Draco y yo mismo cruzamos una mirada perdida. Vacíos ya de argumentos, incapaces de explicar la realidad de un país quizá paradójico.

—Hispania es el único país del mundo donde ver morir a tu propio hermano puede ser motivo de regocijo y no de lamento —afirmó Asiris de repente, tomando la palabra por primera vez.

—¿Tú has presenciado la muerte de un hermano? —le preguntó el hijo de Mitrídates extrañado—. ¿Y has sentido *eso*?

—Yo maté a mi hermano con mis propias manos, y volveré a hacerlo si un día me lo encuentro en el infierno —respondió la joven indiketa con voz helada. Arrasando aquella conversación como una manta de escarcha. Esquilmando cualquier conato de comentario. Haciéndonos apartar la mirada hacia la ciudad defenestrada por los Escipiones. A todos excepto a Farnaces, quien se quedó observando a aquella mujer indomable con la boca abierta. Con la misma mezcla de asombro, admiración y deseo que el príncipe del Ponto ya había mostrado antes. Varias veces.

Despedimos Dertosa en otro día rutilante de otoño, con las averías parcheadas, el casco oliendo a brea fresca y los mástiles desnudos. Hartug había decidido navegar así, desprovistos de cualquier trapo identificatorio. Porque, según dijo, «ya no podíamos fiarnos ni de nuestra propia sombra». Y si alguien pretendía atacarnos, al menos dudaría al principio, a la vista de un barco fantasma sin banderas ni gallardetes.

Gracias a nuestras precauciones, o a pesar de ellas, nadie nos amenazó durante las dos jornadas que empleamos en alcanzar la ciudad de Octogesa. Un tiempo que dejamos pasar sin apenas hacer nada, excepto escuchar los graznidos de las primeras grullas y el rítmico bogar de nuestros remeros. Unos reos que quizá habían visto su liberación cercana, pero seguían donde estaban: sujetos a sus bancos de madera, con los ojos fijos en la estrecha rendija de sus ventanucos y la mente puesta en la ocasión perdida. Y allí seguirían durante tiempo indeterminado. Hasta que el destino diera la vuelta o hasta que el cómitre les arrancara el alma a fuerza de latigazos.

Al pasar junto a las murallas de la ciudad ibera, cerca ya de la desembocadura del río Sicoris, todos pudimos notar cómo los lugareños nos miraban con curiosidad desde sus almenas. Y luego con abierto

recelo al comprobar el variopinto grupo de viajeros que ocupaba la cubierta de aquel solitario trirreme. Por eso Draco, Prisco y yo nos pusimos a gritar «Sertorio, Sertorio» como locos cuando les vimos aprestar a sus arqueros sobre la muralla. Afortunadamente, la lluvia de proyectiles no se produjo y pudimos continuar la marcha sin mayores tropiezos hasta embocar aquella misma tarde el cauce de un ancho Sicoris.

Hartug afirmó que aquel poderoso afluente del Hiberus nos permitiría seguir usando el trirreme todavía bastantes millas, hasta penetrar en el río Cinga. «Para llegar a Osca aún quedará un trecho...», le espetó entonces Prisco al percibir en las palabras y también en el tono del almirante cilicio un preocupante interés por acabar aquel viaje lo antes posible. A lo cual el pirata respondió con un escueto: «El escandallo es quien dice la última palabra, no yo».

El curioso instrumento pareció dictar su sentencia final tras alcanzar el poblado de Baloparo. Allí Hartug decidió echar el ancla definitivamente. Su trirreme, dijo, podría embarrancar en cualquier momento, y, de hacerlo, tendríamos que esperar a los deshielos de marzo para poder rescatarlo del atolladero.

—No es mi intención invernar en Hispania, y menos en estas tierras de nadie —le dijo a Prisco el pirata con una luz de recelo en los ojos.

—Nadie va a atacarnos de aquí a Osca —trató de tranquilizarlo el legado sertoriano, que también se había quedado contemplando la colección de curiosos que nos observaba desde los escarpes arcillosos de la orilla derecha.

—Me da igual. Yo ya he cumplido con mi parte —asentó el pirata, testarudo—. Me avituallaré de agua y alimentos en este mismo sitio y volveré por donde he venido.

—Tu trabajo no ha terminado —porfió el oficial romano—. Sertorio nunca te pagará si incumples el trato que hicimos en Dianium.

Hartug movió la cabeza de lado a lado. Lentamente, confiado, igual que un jugador tramposo manejando cartas marcadas.

—Mi trabajo llega hasta donde alcanza el agua —dijo—. Y los ríos de este puto país traen menos caudal del que pensaba. En cuanto a lo de cobrar... —el pirata esbozó una sonrisa displicente—, deja que yo me ocupe de eso —afirmó, pensando seguramente en las escasas opciones de Sertorio para encontrar un medio de transporte distinto de la escuadra cilicia para sus vituallas y bastimentos.

Una docena de soldados había iniciado el descenso desde los acantilados, rumbo a nuestro lugar de ataque. Traían las armas enfundadas y el gesto tranquilo. Tampoco Draco o Prisco parecían nerviosos: señal inequívoca de que aquellos hombres conformaban la guarnición sertoriana de Baloparo, o parte de ella.

—¿Has pensado cuántos de tus remeros esclavos estarían dispuestos a pelear por Sertorio a cambio de su libertad? —preguntó de pronto Prisco, que miraba con aire distraído el acercamiento de aquellos soldados.

Hartug no dijo nada. Tan solo arrugó el ceño al percibir el curioso envite, o la amenaza. Después giró sobre sus talones y contempló por primera vez a los legionarios armados. Una fuerza exigua, sin duda, pero quizá suficiente para pasar a cuchillo a sus marineros piratas. O al menos diezmarlos severamente.

—¿Has pensado cómo moverías esta embarcación de aquí si le pido al jefe de ese destacamento que te requiese tus ciento cincuenta esclavos? ¿Ibas a remar tú mismo entonces? ¿Podrías marcharte de aquí con apenas docena y media de marineros? —El rostro de Prisco se había distendido en una sonrisa amplia, casi ingenua—. Tienes exactamente el tiempo que a esos soldados les cueste llegar hasta aquí para

pensarlo —añadió entonces el legado de Sertorio en tono amenazante.

Hartug dejó su trirreme y sus remeros en Baloparo, al cargo de la guarnición de aquel castro ibero. Con la promesa de encontrar su barco repleto de víveres y agua cuando volviera. Y a todos sus esclavos en perfectas condiciones para abordar el regreso a Dianium. A cambio se comprometió a seguir camino —o río— hasta Osca, a través de torrentes mucho más modestos de los que habíamos transitado hasta el momento. Para ello, el centurión de aquel pequeño destacamento nos proporcionó una ancha barcaza con muy poco calado y tres enormes remos: dos en la proa y uno en la popa que ejercía a su vez la función de timón en aquella curiosa nave. El almirante cilicio se negó a llevar consigo a ninguno de sus galeotes, pues estos podrían darnos más problemas que beneficios —dijo—, aunque sí vinieron con nosotros diez de sus hombres. En principio para manejar las enormes palas que moverían nuestro nuevo barco por el Flumen y el Iseola, pero posiblemente también porque el pirata recelaba de nuestra compañía.

Cuatro jornadas completas invertimos en alcanzar Pertusum, una ciudad situada en la calzada que une Ilerda y Osca, a apenas diecinueve millas romanas de nuestro destino final. Allí Prisco saltó a tierra y parlamentó largamente con el centurión al mando de aquel puesto. Minutos después un jinete partía hacia la capital ilergete con instrucciones de comunicar a Sertorio nuestra pronta llegada, si es que el Gigante de Nursia no andaba todavía por ahí levantando el nuevo ejército de la Lusitania tras la debacle de Hirtuleyo en Itálica.

Tres días más tarde, el sexto antes de las calendas de diciembre, atracamos por fin en el mismo embarcadero donde Draco había impedido mi huida un año antes. La modesta pasarela, sin embargo, apenas era reconocible ahora, pues sobre aquellos rústicos maderos alguien había instalado un suntuoso palio de ricas telas por el que supuse que desfilaríamos los recién llegados. Además, dos grandes estatuas —del dios Marte y Diana Cazadora— habían sido transportadas hasta allí para que honraran con su presencia la visita de tan honorable invitado. Y por si este honor no fuera suficiente, nubes de pendones azules y amarillos, los colores del Rey de reyes, ondeaban incansables sobre todas y cada una de las cien torres defensivas de Osca. Saludando al hijo del azote de Roma al otro lado del mundo, anunciando un pacto que aún estaba por suscribirse, pero que quizá Sertorio daba ya por seguro. Miles de soldados formaban aquel mediodía a lo largo de la muralla. Ataviados con sus mejores ropas y vistiendo armaduras recién bruñidas. Brillando bajo aquel sol invernal como figuras hechas de oro y sangre.

Solo Prisco pareció preparado para tan deslumbrante recibimiento. El oficial romano reía por lo bajo mientras observaba nuestros gestos de asombro. Saltaba a la vista que nadie de los presentes, excepto él, esperaba una bienvenida tan rimbombante por parte del Gigante de Nursia.

—Está claro que Sertorio pretende impresionar a ese petimetre —sostuvo Draco contemplando la que parecía la *porta triumphalis* de Roma. No en vano, el arco que teníamos delante aparecía sepultado más que engalanado por una catarata de guirnaldas blancas. Una tuba sonó en lo alto de la torre más cercana cuando Prisco echó pie a tierra y se inclinó ceremoniosamente ante Farnaces. El hijo del rey del Ponto vestía la misma piel de león africano con la que había querido impresionarnos, o asustarnos, el día en que abordamos su quinquerre en Dianium.

Bajo aquel marco cuajado de flores níveas irrumpió de improviso una preciosa cuadriga tirada por alazanes negros. A sus riendas, un mercenario númida. Detrás de él, esperando el desembarco del heredero de Mitrídates, dos viejos conocidos.

—No pareces muy contento de volver a tu ciudad. —La voz de Asiris a mi espalda sonó inesperada, irónica, adivinadora, casi como un doloroso pellizco de mi propia conciencia.

—Esta no es mi ciudad —le respondí sin volverme.

—Entonces quizá sea el miedo lo que te desenaja el semblante.

Me volví hacia la joven indiketa dejando que la indignación y el enojo prendieran dentro de mí como un manojo de hojarasca seca.

—¿Miedo? ¿De quién?

—De esos dos, por ejemplo.

Asiris se había quedado apuntando con la mirada hacia Aufidio y Manlio. El *pontifex maximus* y el prefecto de la ciudad ocupaban, junto al conductor núpida, la cuadriga encargada de llevar a Farnaces hasta el corazón de Osca. O hasta donde Sertorio hubiese dispuesto.

—Sabes que no temo a nadie —mentí mientras buscaba a Velina Diadora, la suma vestal, entre la muchedumbre.

XLVII

Por detrás de la cuadriga había aparecido una antigua galera de carga que algún hábil artesano había tratado de transformar en carroza. Para que las concubinas de Farnaces no tuvieran que andar por ahí poniendo en riesgo sus tobillos pisando el enlosado asimétrico de Osca.

—¿Esta es acaso la «Roma» de Sertorio? ¿Esta es la capital de Hispania? —le preguntó a Prisco un decepcionado Farnaces nada más bajar de la barcaza.

—Esto es lo que hay, por ahora —replicó el oficial, lacónico, mientras arrastraba al primogénito hacia los dos hombres más poderosos de Osca, con permiso de Sertorio.

Tanto Lucio Manlio como Aufidio fingieron no verme. Ocupando todos sus gestos forzados y sus miradas tirantes en colmar al hijo de Mitrídates con todo tipo de parabienes. Aupándolo a su cuadriga para que desde aquel pedestal rodante asistiera al triste —pero quizá necesario— espectáculo de las falsas apariencias.

Los tres mil triarios de la Mauritania eran los soldados de oro y sangre colocados sobre el camino de ronda de la muralla. Con el fin de que sus uniformes rutilantes y sus miradas amarillas alumbraran a aquella comitiva en su amplio recorrido por la ciudad ilergete. Un *oppidum* que Sertorio había remozado a toda prisa, lavando la cara de muchas *tabernae*, adecentando los mercados, limpiando el foro de pordioseros, ensabanando los edificios públicos con banderolas pónicas, haciendo rebosar las fuentes, colocando estatuas en rincones antes vacíos, llenando —quizá por primera vez— las calles de Osca de hombres armados además de ciudadanos. Y todo para que esplendor y fuerza parecieran dos hijos del mismo padre. O dos realidades de las que en Hispania andábamos sobrados.

La cuadriga recorrió el *decumanus maximus* en toda su extensión, cruzando la ciudad de este a oeste entre los vítores de una multitud enfervorizada, seguidos muy de cerca por la carroza que transportaba a las concubinas y por una docena de jinetes de la guardia nómada de Sertorio. Después íbamos nosotros —el resto de ocupantes de la barcaza—, a quienes se nos había proporcionado monturas con las que acompañar, o incluso engrandecer, aquel impostado boato. Toda la comitiva circunvaló entonces la muralla por su lado norte hasta enfilear la otra avenida principal de Osca. También el *cardo maximus* estaba atestado de público, de un gentío vocinglero que nos acompañó hasta el mismo templo de Vesta. Allí Aufidio hizo detener el desfile.

Las jóvenes vestales formaban en dos filas paralelas a lo largo de la escalinata, sosteniendo espigas de trigo y ramas de olivo en sus manos como símbolos de riqueza, sirviendo de pasillo para el hijo del gran Mitrídates VI. Recorrí rápidamente aquellos rostros dorados, impecables, dulcificados por la blancura de sus hábitos, y sin embargo lacerados por el aburrimento. Emilia no estaba entre aquellas jóvenes encargadas de mantener siempre vivo el fuego de Vesta. Quizá su error, dejando morir la sagrada fogata aquella última noche, había resultado fatídico para ella, a pesar de que yo mismo había tratado de enmendarlo aplicando a aquellos tizones aún humeantes una simple antorcha.

El *pontifex* había alcanzado el sotechado del templo, flanqueado por Farnaces y Manlio. Tres sacerdotes los aguardaban sujetando a un pequeño chivo por las patas e incluso por los cuernos. Un cuarto augur sostenía una bandeja de plata con varios utensilios. Aufidio se decantó por el cuchillo más grande para degollar al aterrado animal. Después se quedó observando con ojos de carnero extasiado los alocados dibujos que aquellas salpicaduras rojas iban trazando en el suelo. Tras unos instantes de pausa —y de aparente meditación—, el pontífice despanzurró el vientre del bicho y dejó que los otros sacerdotes le mostraran las tripas todavía palpitantes.

—Todo coincide —declamó Aufidio con voz grave, elevando aquel cuchillo de hierro a los cielos—. Los designios de los dioses son inmejorables —afirmó solemne—. Para Osca, para Hispania, para Sertorio... y para todos sus aliados —añadió mirando a un intrigado Farnaces.

El heredero del Ponto se había dejado guiar hasta el templo de Vesta sin pronunciar palabra. Asistiendo impertérrito a un desfile del que él era el auténtico protagonista. Respondiendo a las muestras de afecto del público en contadas ocasiones. Saludando desde detrás de aquellas fauces abiertas con ademán desmayado, igual que un veterano monarca cansado ya de reinar sobre medio mundo. Ahora, sin embargo, había contemplado con cierto interés al sacrificio del chivo, hurgando él también con su mirada entre aquellas vísceras abiertas, preguntándose quizá qué futuros éxitos en la batalla podrían leerse en unos intestinos humeantes.

—¿Dónde diablos está Sertorio? —le pregunté a Placidio mientras sentía la mirada socarrante de Velina Diadora sobre mis carnes, mientras trataba de fingir que no había reparado todavía en ella, que no había visto sus ojos brillantes y su gesto crispado.

—No te preocupes —rio el griego—. Sertorio aparecerá en el momento preciso, pero antes tiene que dejar que esos dos idiotas —afirmó en referencia a Manlio y Aufidio— tengan su momento de gloria. Ya sabes cómo funcionan aquí las cosas.

Sertorio estaba esperándonos en las mismas escaleras de la curia oscense. Rutilante, apolíneo, gastando su armadura más ceñida y su sonrisa más cautivadora. A su lado, aunque sin hacerle sombra, Marco Perpenna Vento asistía a aquella ceremonia como una estatua olvidada. Pensativo, ausente, huraño, igual que un condenado sin esperanzas. Detrás de los dos mandatarios romanos, los trescientos miembros del Senado formaban en tres largas filas paralelas, graves, obedientes, igual que un rebaño de viejos carneros pendientes de la vara de mando de su pastor. A medio camino entre aquel coro de políticos añosos y los dos generales romanos, Lucio Magio y Lucio Fanio —los Lucios—, los dos refugiados demócratas enviados por Mitrídates junto a su hijo sonreían satisfechos al comprobar cómo la misión encomendada por el Rey de reyes iba por buen camino. Obviamente ellos no podían saber —al menos todavía— que el soberano del Ponto había estado a punto de quedarse sin heredero en varias ocasiones durante el trayecto.

Aufidio y Manlio escoltaron a Farnaces hasta los brazos extendidos del Gigante de Nursia entre el clamor de la muchedumbre, como si ellos dos fuesen los auténticos artífices de que aquel joven díscolo y caprichoso hubiese llegado sano y salvo a Osca. Sertorio puso entonces sus manos sobre los hombros del primogénito y se quedó mirándolo fijamente. Afable, paternal, igual que un oso pardo contemplaría a un cachorro de león perdido en el bosque.

—Bienvenido a Hispania —le dijo en griego. Después se giró a su derecha y añadió—: Este es el general Perpenna, el *otro* cónsul de Hispania.

Sertorio se refirió entonces a aquellos trescientos mirones vestidos de blanco y púrpura como al «auténtico Senado que pronto regirá Roma». Un segundo después, el Tuerto de Osca se zambullía en un discurso diseñado para halagar los oídos del recién llegado y para allanar el terreno de unas negociaciones que quizá no fuesen tan sencillas como los Lucios esperaban. La mano fría de Asiris se posó entonces sobre mi brazo. Sus ojos, en cambio, desprendían chiribitas de un recelo atávico.

—Una mujer te miraba en el templo de Vesta —me dijo.

—He vivido aquí antes —respondí sin atreverme a mirarla.

—No era una mujer cualquiera.

—Todas las vestales me conocen —aduje en mi descargo—. De vista, quiero decir. No soy tan feo, ¿no? Y ellas... al fin y al cabo son chicas jóvenes.

La garra afilada de Asiris se clavó en mi brazo derecho, obligándome a encarar una mirada furibunda.

—No era una de esas muchachas con trenzas ridículas la que te miraba. —La joven indiketa resolló entre dientes—. ¡Era su maldita jefa!

—Las miradas son eso, tan solo miradas —repuse con serenidad impostada—. No le des más vueltas, Asiris. No vale la pena.

Esta vez el zarandeo fue más violento, más indignado.

—¡Esa no era una mirada cualquiera!

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

Asiris me escrutaba con pupilas hipnóticas, subyugantes, como dos flechas incendiarias a punto de atravesarme.

—¡Porque esa mujer te quiere! ¡Lo he visto en sus ojos!

—Da igual —respondí sin tratar de escapar ya de aquel tiro fijo, de unos dardos llameantes que, como siempre, habían dado en el blanco.

—¿Da igual?

—Da igual porque yo no la quiero a ella —dije—. Al menos no como a ti —añadí innecesariamente, estúpidamente, avivando otra vez las ascuas de la discordia.

—¡¿Cómo la quieres a ella entonces?!

—Pues... pues... no sé... —me aturullé—. Ello solo fue...

—¡¿Qué fue?! ¡¿Qué hay entre esa mujer y tú?!

—No hay nada, te lo juro.

—¡Pero lo hubo! —me disparó Asiris a quemarropa.

—Ella me buscó... Ella me obligó... —me defendí—. No pude negarme. Velina tenía poder...

Asiris había soltado mi manga. Sus ojos ya no buscaban los míos. La hechicera indiketa permanecía inmóvil, contemplando absorta las losas del suelo.

—Eres un imbécil, Kalaitos —musitó con un desaliento sereno y a la vez funesto—. Para algunos peligros eres ciego como los murciélagos.

—¿Peligros? ¿De qué hablas? Velina no supone ningún peligro para ti —le espeté a la cara—. ¡Ya te he dicho que no la quiero!

Asiris volvió a mirarme con la misma tristeza premonitoria que había mostrado antes.

—Las mujeres despechadas encierran más peligro que cualquier alimaña —dijo un segundo antes de que Sertorio nos reclamara desde su improvisado estrado.

Farnaces había desaparecido ya de escena junto con su séquito de concubinas. Secuestrados todos ellos por el *pontifex maximus* y el prefecto de Osca. Arrullados por la cháchara adulatoria de aquellos dos infames personajes y también por la de los dos Lucios. Al parecer, Sertorio había emplazado al primogénito para que planteara sus peticiones —o sus condiciones— ante el Senado de Osca dos días más tarde. Mientras tanto —le sugirió— haría bien en descansar de tan largo viaje junto a sus esposas en la villa que para ese menester le habían preparado en las afueras de la ciudad. No fuimos, sin embargo, Draco, Asiris y yo los primeros en ascender las escaleras de la curia y atender a las nuevas instrucciones que Sertorio sin duda guardaba para nosotros. Aunque no había sido llamado todavía, Hartug se plantó delante del Gigante de Nursia de cuatro rápidas zancadas. Y se colocó tan cerca de él que Draco llegó a echar mano a su espada.

—No sé qué planes tienes. No sé qué es lo que piensas hacer con ese imbécil de Farnaces —le dijo el almirante cilicio con las barbas restregándole el rostro—. Pero yo no he venido aquí para quedarme.

Sertorio permanecía observando a su socio pirata con sonrisa despreocupada. Acostumbrado quizá a los modos y maneras de aquel rudo marinero.

—Por lo pronto ya me debes quinientas piezas de oro por traerte a ese botarate desde Dianium —abundó el pirata.

—Cobrarás —le aseguró Sertorio sin abandonar su rictus displicente.

Hartug asintió, pero continuó en su sitio, inmutable, a una sola pulgada del ojo seco más temido de Hispania.

—Cobraré mañana y me marcharé dentro de tres días —puntualizó, dictando una sentencia a todas luces irrevocable.

—Eso no es mucho tiempo... —A Sertorio, su gesto indolente le había mudado por una mueca de inesperada contrariedad.

—Tú no entiendes de mares —le dijo Hartug frunciendo el ceño—. Podría esperar a lo sumo una semana, por setecientas piezas de oro. Después me iré de Osca. Solo o acompañado. Tú eliges.

Cuando el almirante cilicio desapareció de su vista, Sertorio tardó todavía unos segundos en espantar su nuevo problema y centrar su mirada en nosotros. A todos nos saludó efusivamente, excepto a Asiris. A ella le dedicó una mirada torcida, igual que un hortelano contemplaría la plaga invasora que echa a perder sus cultivos. Aun así no dijo nada en su contra. Se limitó a recomendarnos que nos alojáramos en la academia, incluido Draco. Sería lo más seguro para todos, afirmó.

—¿Lo más seguro? ¿Qué significa «lo más seguro»? —quiso saber el centurión arrugando el ceño.

—Significa que sus muros son gruesos; sus comodidades, suficientes, y la guardia que la custodia, de total confianza.

El rostro de Draco era una máscara pétrea fruncida en una mueca de inquietante certeza.

—¿Es por los triarios? —preguntó.

Sertorio asintió, mirando al suelo.

—Todavía no se les ha olvidado lo de Lauro —admitió con un suspiro de desaliento—. No es recomendable que os encontréis con ellos. Al menos durante estos días —añadió casi en tono disculpatorio—. Voy a tenerlos acantonados dentro de la ciudad mientras el hijo de Mitrídates esté entre nosotros.

—A mí me da igual —repuso Draco—. No les tengo miedo a esas alimañas. Yo también sé cómo usar

una espada.

El centurión insistió en volver a su casa de siempre. Viviría en el campamento situado en las afueras de la ciudad, dijo. Así, si alguien quería buscarlo, ya sabría adónde dirigirse. Asiris, Placidio y yo, en cambio, pusimos rumbo hacia el lugar que me había acogido a mi llegada a Osca y que ahora iba también a guarecerme de nuevos peligros. El mismo edificio majestuoso y granítico que había dado sentido a la vida de dos maestros griegos y, a la vez, había servido para desbastar a los hijos de muchos caudillos hispanos absolutamente analfabetos. Formándolos en la disciplina romana, inculcándoles sus valores, insuflándoles su cultura. Y, sobre todo, manteniéndolos alejados de sus hogares para evitar que sus padres cambiasen de bando inesperadamente. Es muy posible que yo hubiese sido la única excepción a la norma. Porque mi progenitor ya estaba muerto cuando Sertorio me reclutó para su academia y porque, por alguna razón, a veces el Gigante de Nursia había llegado a tratarme casi como a un hijo.

XLVIII

Nada más verse, Placidio y Adrastos se fundieron en un abrazo estrecho y cómico que casi llevó a ambos maestros al suelo. El gramático no había cambiado nada durante nuestra ausencia. Mantenía el mismo porte desgarrado de siempre y ese aire de comadreja enojada que tanto había aterrorizado a los más pequeños. Y, al parecer, aún seguía haciéndolo.

Formados en filas perfectas y equidistantes, una pléyade de jóvenes hispanos esperaba órdenes en silencio. Inquietos, vivarachos, cruzando entre ellos miradas cómplices pero sin perder la compostura en ningún momento. Reconocí algunos rostros de antaño, otros tuve que suponerlos. Porque, quien más quien menos, todos aquellos alevines habían cambiado de tamaño y también de rasgos. Aun así, conté por lo menos treinta caras nuevas. Treinta nuevos hijos de otros tantos caudillos hispanos que de un tiempo a esta parte habían decidido depositar su confianza y también a sus pequeños vástagos en los brazos del Tuerto de Osca: señal inequívoca de que los éxitos de Sertorio contra Pompeyo habían trascendido mucho más que la derrota de Hirtuleyo en Itálica.

Adrastos me miró de arriba abajo con ojos aprensivos, como si examinara a un saltador de caminos o a un peligroso mercenario. Como si mi aspecto desgreñado, mis nuevas cicatrices y mi atuendo legionario le impidieran reconocerme. Después se fijó en Asiris, a la que escrutó con una mezcla de curiosidad y recelo.

—¿Estibos? —preguntó volviendo la mirada hacia el rétor.

Placidio bajó la cabeza, incapaz de pronunciar palabra.

—Muerto —respondió Asiris por él.

Adrastos fijó de nuevo sus ojos de cuervo negro en la silueta irreverente de la indiketa.

—¿Quién es esta...? —dijo, conteniéndose a tiempo antes de pronunciar alguna inconveniencia.

—Es su hermana —respondió un repuesto Placidio—, y va a quedarse con nosotros en la academia —añadió con ademán de impotencia.

—¿Con... con nosotros?! ¡No es posible! —protestó el gramático con vehemencia.

Placidio ya estaba en los soportales, saludando a sus futuros alumnos, pulsando unos conocimientos todavía verdes o incluso inexistentes, forzando los primeros balbuceos en lengua romana.

—Sertorio lo ha dispuesto así —dijo, y penetró en la Academia de Latinidad con la cabeza alta y el paso firme, igual que un semidiós griego retornando a su hogar después de una odisea de mil años.

Ni Asiris ni yo pisamos la calle en dos días, los mismos que Farnaces empleó en recorrer Osca o, mejor dicho, sus burdeles, y preparar su discurso ante el Senado.

—Tanta historia por culpa de sus malditas concubinas, para luego preferir las putas romanas —gruñó Draco cuando vino a buscarnos a la academia.

El centurión sertoriano había convencido a Sertorio para que lo pusiera al mando del grupo de lictores que día y noche velaban por nuestra seguridad. Montando guardia alrededor del edificio. Listos para acompañarnos en cualquier desplazamiento. Por eso Asiris se había negado a salir de paseo. Porque al menos dentro de la academia —dijo—, podía ir a la letrina sin que nadie fuera pisándole los talones.

Aquella mañana Draco y sus lictores no solo tuvieron que escoltarnos a Placidio y a mí, sino también a una docena de alumnos que ya habían superado el magisterio de Adrastos y ahora se esforzaban a las órdenes del rétor. A todos ellos, el maestro griego pretendía enseñarles el funcionamiento de un senado romano como ya hiciera con Estibos y conmigo antes: obligándolos a asistir a una de sus sesiones. Si en aquella ocasión la preocupación —e incluso el miedo— ante la llegada de Pompeyo había apretado las gargantas de los senadores, ahora eran la expectación y la curiosidad las que les aflojaban la lengua y les abrillantaban los ojos: ¿qué podía pretender el famoso y todopoderoso rey del Ponto de alguien como Sertorio? ¿Qué tipo de ayuda podía ofrecer Mitrídates a la causa popular y qué compensación reclamaría a cambio? O, visto a la inversa: ¿qué apoyo efectivo sería capaz de dar el Gigante de Nursia al enemigo de Roma en la otra parte del mundo? ¿De qué tropas, de qué medios podría prescindir Sertorio en Hispania si apenas disponía de suficientes efectivos para mantener a raya a Pompeyo y Metelo? ¿Era acaso posible el entendimiento entre el enemigo más irreductible de Roma y un general errante cuyo único objetivo era volver a su país para gobernarlo?

Farnaces hizo su aparición en la curia oscense cuando todos los senadores ya estaban acomodados en sus banquillos, cacareando sus expectativas, especulando posibilidades, preparándose para una reunión atípica e imprevisible. Marcio Saturnino —el *princeps senatus*— fue el primero en levantarse e interrumpir todo aquel revuelo con un gesto de la mano. Después, el propio Sertorio escoltó al hijo de Mitrídates y a los dos Lucios hasta los tres asientos reservados para ellos. A los alumnos de la academia, entre los que yo me contaba otra vez, nos habían cedido unos simples taburetes en la parte más alta de la sala.

El heredero del Ponto había prescindido esta vez de sus pieles de león africano y vestía una llamativa túnica de invierno bordada con hilos de plata y oro, ceñida a su cintura por un bonito tahalí rematado con un voluminoso diamante. Lo que Farnaces sí había traído consigo aquella mañana era su mirada despreciativa y su rictus de perdonavidas. Cuando Marcio Saturnino le dio la palabra, el primogénito de Mitrídates permaneció todavía mudo un largo minuto, contemplando con aire despectivo aquellas gradas repletas de políticos añosos, de fugitivos ilustres, de gentes inservibles en un país como el suyo, y a los que sin embargo Sertorio mantenía bajo su ala protectora e incluso rodeaba de un curioso halo de poder y gloria.

Farnaces tomó la palabra finalmente, y lo hizo con voz clara y firme. En griego y no en lengua romana, para que a su charla no la zarandeasen el balbuceo o la imprecisión de sus términos. Él no había venido a Hispania a pedir ningún tipo de ayuda en nombre de su padre, quiso dejar bien claro desde el principio. Únicamente a realizar un anuncio: Mitrídates VI, soberano del Ponto y Rey de todos los reyes, iba a iniciar una campaña en el otro lado del mundo a comienzos de año próximo, con el fin de conquistar y anexionar la península de Anatolia a su ya vasto imperio.

Un coro de murmullos sobrevoló la curia de Osca como un inesperado remolino de polvo, por las repercusiones que tal iniciativa traería consigo de manera inevitable. Placidio aprovechó aquellos instantes de desconcierto para traducir, o sintetizar, las palabras de Farnaces a sus pupilos. Y para

explicar que aquella estentórea declaración tan solo significaba que el todopoderoso rey del Ponto ya consideraba a Sertorio como el futuro amo de Roma y de todo el mundo occidental. Y por eso mismo se sentía obligado a comunicarle cualquier nuevo movimiento así como la posible variación de las fronteras establecidas hasta entonces.

Marcio Saturnino se había levantado de su escaño y trataba de reconducir la sesión llamando al orden a unos senadores alterados como mujeres en un mercado de abastos. Mientras tanto, Sertorio contemplaba en silencio las teselas ajedrezadas del suelo tras escuchar el mensaje de Farnaces con su ojo bueno entornado y el gesto laxo.

—*Eupátor*... —dijo Saturnino cuando logró hacerse un hueco entre aquel guirigay de voces—, ¿tan largo viaje simplemente para comunicarnos que el rey del Ponto planea una guerra en el otro extremo del mundo? ¿Eso es *todo* lo que has venido a decirnos?

El *princeps senatus* miraba ahora a Fanio y Magio, como si ellos pudiesen ampliar el sentido de un mensaje aparentemente vacío, o incompleto. Los Lucios, sin embargo, no necesitaron clarificar nada. La voz de Farnaces restalló otra vez entre las columnas de la curia como el látigo de un cómitre arrancando jirones de carne. Porque esta vez el anuncio se había tornado casi en una amenaza.

—Mi padre exige que Sertorio reconozca sus nuevas conquistas y su supremacía en toda Asia Menor cuando termine su guerra —demandó el heredero del Ponto sin inmutarse.

—Sus *hipotéticas* conquistas, querrás decir, *eupátor* —matizó Marcio Saturnino con calma—. Porque primero Mitrídates tendrá que ganar esa guerra y además... —El *princeps senatus* volvió a mirar hacia un Sertorio abstraído, extrañamente ausente—, permite que te recuerde que la provincia de Asia es territorio romano, y atacarla supondría entrar en guerra con Roma.

—Mi padre reclama el control de toda la Anatolia —zanjó Farnaces con insolente contundencia, como si la victoria en aquella guerra venidera ya estuviera asegurada.

El *princeps senatus* llevó su mirada consternada hacia quien más tenía que decir sobre aquella pretensión tan ambiciosa. Una exigencia que comprometía a Roma, a una Roma poderosa y a la vez dividida. Sertorio, sin embargo, continuaba pensativo, con los antebrazos apoyados en las rodillas y la cabeza colgándole de los hombros.

—¿Y si no lo hacemos? —repuso de pronto Saturnino, en vista de que el dueño de Osca guardaba silencio.

Farnaces se ajustó el tahalí de su túnica y recompuso su vestimenta.

—Entonces seremos enemigos —resumió.

Un estallido de voces atribuladas amenazó con agrietar los enfoscados de la curia oscense; tal fue el alboroto que las palabras del joven príncipe provocaron en los magistrados populares. Hasta que Sertorio se alzó en toda su envergadura y tomó la palabra. Acallando en un instante la barahúnda de gritos y exclamaciones que hacían parecer a su senado hispano una cuadrilla de niñas asustadas.

El Gigante de Nursia abandonó su asiento con parsimonia y caminó hasta el desafiante primogénito con la sonrisa en los labios. Para abrazarlo a la vista de todos, como si en lugar de reivindicaciones y desafíos insultantes, aquel jovenzuelo le hubiese traído una flota cargada de vituallas y soldados. Después le hizo entender con buenas palabras que una decisión así no era cuestión de tomarla a la ligera, con el riesgo de equivocarse y lamentarlo más adelante. Por eso lo emplazaba a una nueva cita con el Senado al día siguiente. Entonces obtendría una respuesta definitiva de Quinto Sertorio. Una solución que, sin lugar a dudas, dejaría satisfechas a ambas partes.

A instancias de los dos Lucios, Farnaces aceptó aquellas palabras con el ceño arrugado, consintiendo

no obstante en volver a aquel mismo edificio en el plazo acordado. Después marcharía otra vez a su país —dijo—, para comunicarle a su padre si en Hispania habitaba un enemigo o un aliado.

Cuando el heredero del Ponto abandonó la sala, Sertorio volvió a su asiento de siempre, otra vez pensativo, otra vez enclaustrado en una densa nube de color todavía indefinido. Dejando que Marcio Saturnino tomara de nuevo las riendas de aquella asamblea para permitir que los Lucios cumplieran con la misión encomendada por Mitrídates. Lucio Fanio fue el primero en tomar la palabra y pedir disculpas por los modales algo inadecuados del primogénito. A pesar de todo —afirmó—, nadie debía advertir veladas amenazas detrás de aquellas palabras aparentemente altaneras. Porque las intenciones reales de soberano del Ponto no eran otras que las de alcanzar un entendimiento con Sertorio. Para eso habían intervenido ellos. Para eso habían negociado —y conseguido— que los afanes imperialistas de Mitrídates VI acabaran en las playas más occidentales de la Anatolia. Aquella —terció entonces Lucio Magio levantándose de su asiento— era una situación absolutamente controlada que reportaría además enormes réditos a la causa, aunque supusiera, de principio, renunciar a la provincia de Asia. ¿De qué servía oponerse a las pretensiones de Mitrídates?, se preguntó el refugiado demócrata. ¿Para qué ponerle reparos al poderoso monarca por unas pocas tierras alejadas si la guerra que iba a librar contra el poder optimate ya beneficiaría suficientemente a los intereses del bando popular? Porque con la nueva amenaza mitridática en el horizonte, las legiones optimates tendrían ahora que repartirse el trabajo entre Hispania y el Ponto. Lo cual solo significaría más opciones de victoria para los ejércitos de Sertorio. Quizá, incluso Pompeyo fuese reclamado desde Roma para pelear en aquella lejana contienda. ¿Por qué indisponerse, entonces, con el amo de medio mundo si con el otro medio ya tendrían bastante? Ceder, pues, la provincia romana de Asia no implicaría un daño excesivamente lesivo para los intereses democráticos. A decir verdad, sería un mal menor totalmente asumible.

Durante más de hora y media, Quinto Sertorio asistió a la plática apasionada de los dos refugiados populares en el reino del Ponto y a las exclamaciones de anuencia de sus propios senadores. Todo lo cual hizo en respetuoso silencio, asintiendo en muchas ocasiones, cabeceando comprensivamente ante la avalancha de razones que abogaban por conceder un grano de trigo para ganar después un granero. Por ceder una yunta de tierra a cambio del gobierno de Roma.

Sertorio se puso finalmente en pie como un oso despertando de un largo letargo. Entonces agradeció con voz cadenciosa todas aquellas muestras de cordura así como las recomendaciones que aconsejaban aceptar de manera inmediata las condiciones planteadas por Mitrídates. Las estudiaría —aseguró—, volvería a considerarlas todas y seguramente acataría la opinión mayoritaria del Senado de Osca. Pero primero ordenaría sus ideas, descansaría y lo consultaría con la almohada aquella misma noche antes de recibir al heredero del Ponto por la mañana.

Placidio había terminado de traducir las últimas palabras de Sertorio para sus aburridos pupilos y ahora se disponía a volver a la academia conduciendo a su rebaño de cachorros hispanos.

—No has sido demasiado explícito en tus explicaciones a tus alumnos —le dije cuando pasó a mi lado. El griego me miró sorprendido, con una traza de indignación en los ojos.

—¿Qué significa eso de que no he sido «explícito»?

—Te has mostrado excesivamente aséptico en tus traducciones —le eché en cara.

—¿Aséptico? —se extrañó—. ¿Dónde has aprendido esa palabra? —me preguntó, para añadir un segundo más tarde—: ¿Qué diablos esperabas que les dijera?

—Pensaba que ibas a interpretar las cosas, a opinar, a comprometerte.

—¿Opinar? No me pagan por eso —se defendió el griego—. Además, opinar... ¿sobre qué?

—Sobre si Sertorio se plegará a las presiones de Mitrídates.

El rétor esbozó entonces una sonrisilla ladina. Después echó un rápido vistazo en derredor con el fin de comprobar si algún magistrado podía escucharlo. Todos, sin embargo, seguían rodeando a los dos Lucios, atentos a sus palabras, absorbidos por el discurso gelatinoso de aquellos dos vividores profesionales.

—Sertorio no pasará a la historia por ser el primero que comenzó a desmembrar el imperio de Roma. Eso... tenlo por seguro. Antes que hacer una cosa así, le cortará el cuello a ese engreído —me aseguró Placidio tomando el camino de la salida.

Asiris no me preguntó por el desarrollo de aquella sesión cuando regresé a la academia, ni tampoco por las vestales romanas, ni por los peligros que aún suponían los triarios, ni siquiera por el futuro rumbo de nuestra vida en Osca. La joven indiketa seguía sumida en aquella suerte de catalepsia muda y huraña que la hacía comportarse como una cautiva sin esperanza. Saltaba a la vista que aquellos muros graníticos la deprimían, igual que la cháchara monocorde de Adrastos o las lecciones magistrales de Placidio. Igual que la imposibilidad de circular libremente. Igual que el barrunto de un horizonte negro y sin ilusiones. Asiris ni siquiera emitió un gruñido de enojo cuando me vio desaparecer aquella misma noche en compañía de Draco. Al centurión sertoriano se le había ocurrido que nuestro retorno a Osca sanos y salvos después de tanta peripecia bien merecía una celebración. Y con esa intención salimos de la academia, para tomar unos vasos de vino en alguna taberna todavía abierta mientras recordábamos los viejos tiempos. Antes, sin embargo, Draco cometió la impudencia de prescindir de los lictores que deberían habernos acompañado en nuestra escapada a los bajos fondos.

XLIX

El centurión sertoriano despidió con sendas palmadas en los hombros a los dos guardianes que esperaban órdenes a las puertas de la academia, asegurándoles que él y yo ya éramos espadas suficientes para defendernos de borrachos y maleantes noctámbulos. Desde que Farnaces había puesto pie en la capital ilergete —afirmó el centurión—, en Osca había más guardianes y vigilantes que ciudadanos convencionales. Para que el ilustre príncipe pudiera andar por ahí, solazándose a sus anchas, sin preocuparse de mirar atrás y ver la muerte acechándolo a la salida de cualquier prostíbulo. «A buen seguro —rio al torcer la primera esquina— nuestro insigne invitado no estará lejos, catando unos placeres que al parecer sus concubinas no son capaces de proporcionarle».

Igual que Asiris, aunque por distintos motivos, Draco tampoco quiso indagar sobre el contenido de la sesión mantenida en la curia pocas horas antes. Posiblemente el centurión sertoriano desconocía incluso la situación exacta del reino del Ponto y mucho más la de Asia Menor. Aun así, mientras cruzábamos un foro desierto, quise informarle a grandes trazos de los entresijos de aquella reunión. También le confíe mis reservas sobre la posibilidad de que Sertorio transigiese a las exigencias de Mitrídates. Y todo ello —le dije—, a pesar de que el Senado en masa se había posicionado a favor de ceder a las pretensiones imperialistas del veterano monarca. Al fin y al cabo, perder una provincia tan remota como Asia podría suponer un beneficio insospechado pocos meses atrás: ganar la guerra en Hispania.

Draco avanzaba a mi lado sin contestarme, sin opinar, mirando los adoquines del suelo con extraño detenimiento, tratando —quizá— de recordar el camino hasta el tugurio al que había decidido arrastrarme.

—Tú sigue contándome tonterías, como si nada —me dijo de repente cuando decidí callarme—, pero ten la espada preparada.

Entonces lo miré, desconcertado, pero apenas pude verle la cara. Hacía rato que la noche borroneaba de negro los contornos de las cosas, escondiendo también en su seno todo tipo de siluetas.

—Nos siguen —murmuró, tirando de mi brazo e introduciéndome en un callejón aún más oscuro.

Draco desenfundó con sigilo y me instó a hacer lo mismo. Ambos permanecíamos pegados al tabique de una casa, justo debajo del alero de su tejado. Espada en mano, tensos como ballestas, convertidos en dos estatuas oscuras y peligrosas.

—¿Triarios? —le soplé al oído.

—Puede.

Cuatro hombres penetraron en el callejón lentamente, prevenidos, dispuestos, sabiendo qué esperar y a quién tendrían que enfrentarse.

—Estos no son principiantes —me anunció Draco lacónicamente—. Espero que aún te acuerdes de cómo se usa un *gladius*.

Los cuatro noctámbulos anónimos gastaban atuendo legionario y el semblante tranquilo. Se habían

desplegado ocupando el ancho de la calle como asesinos expertos y ahora aguardaban en el sitio con los pies firmes, como si a la noche le sobraran horas. O como si esperaran acontecimientos.

—Quizá sea mejor salir corriendo ahora que aún podemos —titubeó Draco, adivinando el peligro que aquellos desconocidos atesoraban detrás de sus miradas imperturbables.

—¿No deberíamos preguntarles por qué nos siguen? —se me ocurrió sugerir, estúpidamente, un segundo antes de que otros cuatro sicarios apareciesen por el extremo opuesto de la calle.

Draco desenfundó su daga sin despegar los labios. Después me hizo un gesto para que ambos nos colocáramos espalda contra espalda, igual que dos jabalíes rodeados de sabuesos.

—Ahórrate las palabras, Kalaitos —me aconsejó sabiamente, sombríamente, mientras los dos girábamos sobre nuestros pies, preparándonos quizá para nuestro último combate juntos—. Cuando alguien se dispone a matarte —añadió—, no siempre tiene por qué ir provisto de razones.

—¿Tú crees?

—Las razones pueden tenerlas otros —sostuvo el centurión—. Otros que estarán esperando tranquilamente en su casa la noticia de nuestra muerte.

Un par de teas agónicas sembraban el callejón de una luz gastada y premonitoria. Una luz demasiado justa como para no perder nunca de vista dieciséis manos armadas, una penumbra ideal para una emboscada traicionera y rápida. Y, sin embargo, aquellos hombres se acercaban despacio, con una acechanza casi parsimoniosa, midiendo cada uno de sus pasos, cruzando de cuando en vez miradas interrogativas entre ellos.

—¿Por qué no nos atacan ya? —le pregunté a Draco extrañado—. ¿Por qué no se abalanzan sobre nosotros?

—Me da la impresión de que quieren cogernos vivos. O no muertos del todo —respondió el centurión repartiendo su atención entre todos los atacantes.

—¿Para qué?

—Para que quien les ha hecho el encargo pueda divertirse un poco antes de que pasemos a mejor vida.

Los últimos hombres en aparecer avanzaron un par de pasos, penetrando en la zona de influencia de las antorchas. Permitiendo que sus caras dejaran de ser los rostros en sombra de dos asesinos anónimos.

—¡¿Qué cojones estás haciendo, Kalaitos?! —exclamó Draco al verme enfundar mi arma—. ¡¿Te has vuelto loco?!

—Baja esa espada, Draco. Esto no va contigo —le dije un momento antes de levantar los brazos y dirigirme a quienes nos amenazaban.

—¡No vamos a pelear! —les grité a aquellas siluetas todavía expectantes—. ¡Os acompañaré sin oponer resistencia —les prometí—, siempre y cuando no le ocurra nada a mi amigo!

—¿Sabes lo que estás haciendo? —todavía me preguntó Draco con el *gladius* en la mano.

Asentí.

—Esto tenía que ocurrirme, un día u otro —le dije—. Es inútil tratar de escapar a tu suerte.

Los mismos lictores a los que tantas madrugadas había saludado el invierno anterior a la salida del templo de Vesta mientras me recomponía las ropas me llevaban ahora, codo con codo, al mismo sitio, para afrontar un destino que nunca tiene prisa. Un destino que siempre aguarda con la misma paciencia al perezoso, al desmemoriado, al mentiroso o al fugitivo. Y yo, posiblemente, tenía algo de los cuatro.

La propia Velina abrió la puerta de su dormitorio al escuchar pisadas en el pasillo, el mismo corredor

jalonado de antorchas que yo había transitado en tantas ocasiones, primero de puntillas y después con la cabeza alta, sabiéndome el preferido de la mujer más poderosa de Osca. La suma vestal apenas había cambiado durante mi ausencia. Ataviada con una sugerente bata de seda blanca y con el cabello ensortijado en una catarata de tirabuzones elásticos, Velina Diadora mantenía el porte altivo y distinguido de antaño. Sin embargo, la soledad y la incertidumbre de tantos meses sin noticias habían esculpido bajo sus ojos dos largos ríos de angustia. Dos ramilletes de surcos, grabados con el cincel implacable del sufrimiento, que conferían al rostro de aquella mujer la belleza gastada de una diosa triste.

Una recia bofetada estalló sobre mi mejilla derecha en cuanto los lictores nos dejaron a solas en la habitación. A pesar del manotazo, mis ojos siguieron altos, afrontando aquella mirada colérica con la entereza maltrecha de un condenado al patíbulo.

—Tres días... —Velina resolló con voz rasgada por la ira—. Tres días enteros... —murmuró en referencia al tiempo que ya duraba mi estancia en Osca—. Tres días eternos... —añadió un segundo antes de abofetearme por segunda vez—. ¡¿Cómo es posible que no hayas encontrado el momento de venir a verme?!

La suma vestal avanzó un paso y se detuvo a una pulgada de mi cuerpo, a un suspiro de mis labios. Indignada, anhelante, dejando aflorar una pasión antigua y torturante en cada uno de sus jadeos.

—Kalaitos..., ¿por qué me has hecho esperar tanto? —musitó entonces con voz súbitamente quebrada, abrochando sus brazos a mi cintura, recorriendo mi pecho y mis cabellos con manos temblorosas—. Ven... —gimió tirando de mí hacia su cama con urgencia, con un frenesí desesperado, derritiendo su crispación en un mohín de deseo—. Recuperemos el tiempo perdido...

La bata blanca de la suma vestal había acabado por entreabrirse en el forcejeo, mostrando debajo de aquella seda la misma desnudez impávida y orgullosa de antaño, cuando yo era un simple muchacho recién llegado a Osca y Velina, mi mentora, mi amante, mi dueña.

—¿Qué te ocurre, Kalaitos? —me preguntó sobresaltada al notar mi reticencia a seguirla hasta su cama revuelta. Un lecho que ambos habíamos compartido muchas veces, contemplando los copos de nieve entre los brazos del otro, viendo morir la noche y despuntar el alba. Acariciándonos sin descanso. Permitiendo que un corazón ya herrumbroso volviera a latir deprisa. Dejando que una mujer madura fabricara ilusiones, y confundiera después estos sueños con puras quimeras.

—Las cosas ya no podrán ser como eran, Velina —le dije, pronunciando con sorprendente dolor mis primeras palabras—. Todo ha cambiado —añadí librándome de su abrazo.

Velina Diadora me miró atónita, golpeada por un estupor lacerante. Intentando reconocer en mí al amante abnegado de otra época. Tratando de orientarse en un jardín repentinamente espinoso.

—¿Qué... qué cosas? —se ofuscó—. ¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que ha cambiado entre nosotros, Kalaitos? —me preguntó, todavía presa del desconcierto—. Yo... yo soy la misma que dejaste cuando te fuiste a la guerra... —me juró Velina con apasionada vehemencia, atrayéndome otra vez hacia ella, zarandeándome por los hombros, estrechando un cuerpo inerte y frío. Hurgando con ojos desesperados en las luces desfallecientes de mis pupilas.

Una sombra de envenenada sospecha cruzó entonces la mirada de la suma vestal igual que una flecha incendiaria.

—Es por esa mujer..., ¿no es cierto? —murmuró al cabo—. Por esa ramera hispana que ha venido contigo... —añadió con renovada ira cuando la certeza rusiente de la traición le perforó el alma.

—Asiris no es ninguna ramera —protesté, pero Velina ya no escuchaba. Algo centelleaba dentro de

aquellos ojos vidriosos mientras el mentón de aquella mujer tiritaba de cólera.

—¡Desagradecido! —explotó al fin golpeándome de nuevo en la cara—. ¡Canalla! —gimió derrumbándose sobre mi pecho—. ¡¿Cómo has podido?!

—Velina, yo... yo... lo siento —balbucí—. Nunca pensé...

La suma vestal levantó la cabeza para mirarme, para abrazarme con el fuego de sus reproches.

—¡Nunca pensaste que yo podía quererte! —me dijo con voz desgarrada—. ¡Nunca me tomaste en serio! —añadió haciendo esfuerzos por contener las lágrimas—. Nunca pasé de ser para ti un mero entretenimiento...

—Velina..., yo no sé cómo explicártelo... —farfullé de nuevo, sosteniéndola por los hombros, apartándola de mí suavemente, tratando de poner un poco de aire entre nuestros cuerpos.

—Kalaitos... —murmuró entonces aquella mujer posando su dedo sobre mi pecho—, da igual que ya no me quieras. Da igual que te hayas encaprichado de otra. Porque fui yo quien te sacó de la miseria, quien endulzó tu existencia en Osca. Fui yo quien te enseñó a amar, y quien te salvó incluso la vida... —afirmó una Velina otra vez orgullosa, otra vez crispada, otra vez peligrosa—. ¡Y por eso me perteneces! —exclamó entre el despecho y la rabia.

—Yo no pertenezco a nadie —repuse apartándola definitivamente de mí—. Ni tú ni nadie puede ponerme cadenas. Ni siquiera Sertorio —le dije dirigiéndome ya a la puerta de un dormitorio al que jamás volvería.

Velina me había seguido, y me retuvo por el brazo en el último instante.

—¡No permitiré que te apartes de mí! —me dijo casi aullando como una loba furiosa—. ¡No dejaré que seas de otra!

—No podrás impedirlo.

Un velo de funesta certeza empañó otra vez los ojos de la suma vestal antes de pronunciar su sentencia.

—Entonces te mataré... —Resolló haciendo rechinar los dientes con un odio recóndito—. A ti, y también a ella. Os mataré a todos —me aseguró ya sin gritar, sin derramar nuevas lágrimas. Con un aplomo que me dio miedo y a la vez desató mi cólera, porque en aquellos ojos desquiciados yo había visto anidar la muerte. Una muerte injusta y caprichosa.

—¡¿Fue eso lo que le hiciste a Emilia?! —le espeté entonces con violencia—. ¡¿También a ella la mandaste matar?! ¿Para que jamás pudiera siquiera mirarla? ¿Para eliminar cualquier rastro de duda o sospecha? ¡¿Eso es lo que harías con todas las mujeres con las que me topara en la calle, aunque yo fuera tuyo y te jurara amor todas las noches?!

Velina no respondió. Se quedó a medio camino entre el corredor y su dormitorio. Mascullando amenazas ininteligibles. Bebiendo lágrimas de veneno y hiel. Ahogándose en su propia rabia. Viéndome marchar como un náufrago contemplaría el hundimiento de su última tabla.

Draco estaba esperándome en las escaleras del templo de Vesta con mi espada en la mano, departiendo tranquilamente con quienes minutos antes nos habían emboscado, como si en la vida la acechanza y la camaradería apenas estuviesen separadas por un simple gruñido de entendimiento. O por un escueto guiño entre profesionales.

—¿Qué, ya habéis hecho las paces? —me preguntó el centurión nada más verme con un retintín de sorna en el tono—. Por tu culpa casi nos trinchan esos malditos —rezongó cuando dejamos atrás a los

lictos del templo—. Podías haberte imaginado quién te buscaba... Además, no sé cómo has tardado tantos días en ir a tocarle el culo a Velina. Yo lo habría hecho nada más bajar de la barca que nos trajo a Osca —rio Draco un segundo antes de agarrarme por el brazo—. Oye, creí que habíamos quedado en bebernos todo el vino de esta puta ciudad —me espetó al verme tomar el camino de la academia.

—Ya no me quedan ganas —le dije sin detenerme.

—¿Ya no tienes ganas de emborracharte? —se extrañó—. ¿Es por Velina? ¿Qué coño te pasa ahora?

—Parece que tengo un enemigo nuevo en Osca. O enemiga, quiero decir.

—¿Velina te la ha jurado?

—Algo así.

Draco seguía caminando a mi lado a pesar de que ya no nos dirigíamos hacia las tabernas.

—De un tiempo a esta parte, jodes todo lo que tocas, Kalaitos —me dijo en tono filosófico—. ¿No te has dado cuenta? Deberías preguntarte el porqué, aunque yo ya me lo supongo.

—¿Lo dices por Asiris?

El centurión me escrutó con ojos sagaces.

—¿Para qué te sirve una mujer tan... tan complicada? —me preguntó después de encontrar la palabra que mejor definiera el carácter indómito de la joven indiketa—. Tratar de domar a esa fiera es como intentar doblar espadas con los dientes. ¿Cuánto tiempo crees que soportará esta ciudad y la vida en la academia? ¿Cuánto tiempo aguantará a tu lado? —Draco meneó su cabeza cuadrada con desaprobación—. Con Velina te habría sido más sencillo. Lo malo es que ahora ya no podrás estar seguro ni en las letrinas. Y no siempre voy a estar yo cerca para echarte una mano.

Asiris me esperaba tendida en la cama, todavía despierta, con la vista fija en las losas del techo, sin esforzarse por fingir un sueño que no la visitaba desde nuestra llegada a Osca.

—Hueles a mujer —me dijo nada más tumbarme a su lado.

—He estado con Velina —le confesé, incapaz de esconder nada a sus infalibles barruntos.

—¿La mujer que te miraba en el templo de Vesta? —preguntó tras dos segundos de pausa.

—Sí, pero no es lo que estás pensando.

—Yo no pienso nada —dijo—. Además, esa mujer no me preocupa.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

—Que también hueles a miedo.

—¿A miedo?

—Y a duda.

No le contesté. Pero aunque nada dije, ella también desprendía un aroma harto conocido. El cuerpo de Asiris había vuelto a oler a madre selva, a pantera salvaje, a esencia de libertad sin ambages. Por eso supe que el fantasma de Mutturudum andaba cerca, rondándola de nuevo, susurrándole al oído, envenenándole los pensamientos, haciéndole concebir ilusiones imposibles. En cuanto a mi duda,... un día u otro tendría que despejarla. Y ese momento llegaría en cuanto Asiris me dijera que se marchaba. De Osca. De mi lado. Para siempre.

L

A la mañana siguiente Placidio tuvo que llevar a sus alumnos de vuelta a la curia casi a empujones. La mayoría protestaba agriamente por tener que soportar otra sesión soporífera, ininteligible para sus cabezas hispanas, tanto en el fondo como en la forma. Algunos de aquellos polluelos, sobre todo los celtibéricos, trataban de convencerme por el camino para que intercediera ante el rétor, con el fin de que su maestro los fustigara con cualquier cosa —incluso con otra clase de geografía— antes que con una nueva asamblea de prohombres que vestían y se comportaban como auténticos payasos.

«Todo será inútil», les respondí por lo bajo en nuestra lengua materna. El rétor nunca los eximiría de aquella tortura. Osca, o, mejor dicho, la vida romana, traía aparejado ese tipo de padecimientos. A fin de cuentas —les advertí—, las reuniones de los consejos de sus ciudades natales tampoco serían mucho más entretenidas. Si el tedio los acorralaba —les propuse—, podían matar el rato contando el número de senadores que se quedaban dormidos en sus asientos.

Farnaces llegó tarde a la cita, como el día anterior, pero Sertorio todavía le hizo esperar diez minutos. El dueño de Hispania compareció en último lugar, en solitario, cuando todos los asistentes ocupábamos nuestros lugares, cuando un silencio rumoroso anegaba la sala como una marea maligna. El Gigante de Nursia irrumpió en la curia rompiendo aquella tensa quietud con sus *caligulae* claveteadas de hierro. Ataviado con su famosa coraza musculada la de las grandes batallas, cubierto con una refulgente capa roja que venía flotando tras él como un espíritu obediente siguiendo los pasos de un héroe de leyenda.

Marcio Saturnino tuvo que carraspear varias veces con gran aparato para captar la atención de los concurrentes, para que las miradas de los senadores se posaran en él y dejaran de observar a quien parecía venir de conquistar el mundo. Solo entonces dio por comenzada aquella reunión, dirigiéndose en primer lugar a Farnaces por si el hijo de Mitrídates deseara añadir algo a lo ya expuesto el día anterior. Una posibilidad que el primogénito declinó con un gesto de la mano y un mohín de aburrimiento. El *princeps senatus* barrió entonces con mirada cauta las gradas del Senado en busca de manos alzadas, por si la noche hubiese alumbrado a alguno de los presentes con nuevas ideas. Pero, al parecer, todo había quedado meridianamente claro el día anterior gracias a la intervención de los Lucios, cuando el reconocimiento de las futuras conquistas del rey del Ponto y la pérdida de una pequeña porción de suelo romano habían dejado de percibirse como problemas. O como la amenaza todavía intangible de un monarca que quizá acabara acorralando a Roma en menos tiempo del esperado.

El *princeps senatus* miró entonces a Sertorio y le hizo una seña para que tomara la palabra, para que fuera él en última instancia quien ratificara la opinión general del Senado oscense. El Gigante de Nursia se levantó de su asiento y saludó con un gesto de cabeza a todos los senadores. Después se dirigió a su invitado del Ponto con la misma sonrisa apacible del día anterior.

—Hemos estado pensando en lo que dijiste ayer —le dijo, posando sobre él su ojo brillante—. Lo de reconocer las futuras conquistas en Asia Menor de tu padre cuando mi partido obtenga el poder en

Roma —prosiguió cabeceando sesudamente, como si realmente todo el Senado de Osca hubiese pasado la noche dilucidando—. Lo de no reclamar la provincia de Asia si los ejércitos del Ponto llegaran a ocuparla... —Sertorio había abandonado su sitio junto a Saturnino y paseaba ahora por el centro de la sala con las manos a la espalda y la cabeza ligeramente inclinada, como si pensase sobre la marcha—. Y lo que salta a la vista —continuó con aquel aire reflexivo— es que el más mínimo movimiento de tu padre fuera de sus fronteras lo llevará a un grave enfrentamiento con Roma, la misma Roma que mi partido aspira a gobernar muy pronto. Por eso el gran Mitrídates ha enviado aquí a su hijo —asentó el Gigante de Nursia sonriendo por primera vez—, porque sabe de sobra que seré yo quien gobierne en el otro extremo del mundo en cuanto esta guerra termine.

Farnaces seguía el discurso de Sertorio con el ceño ondulado, libre ya de las telarañas del aburrimiento. Intrigado por las maneras y el lenguaje de aquel romano tuerto.

—Eres un hombre joven —repuso de repente Sertorio plantándose ante el heredero del Ponto—, y debes de tener buena memoria. Por eso quizá recuerdes a un tal Licinio Murena.

El hijo de Mitrídates compuso una mueca de extrañeza.

—¿No te dice nada ese nombre? ¿Nunca has oído hablar de él? —lo interrogó Sertorio.

—No.

El Gigante de Nursia asintió en silencio, cabeceando comprensivamente.

—Es natural —dijo—. Murena era un don nadie, un inepto. Por algo ha sido el único general itálico al que tu padre ha logrado vencer hasta ahora.

Farnaces se había erguido en su asiento, incómodo, hierático, aferrando los brazos de aquel sillón con los nudillos blancos.

—Eso ocurrió en la Segunda Guerra que quien te envía aquí libró contra Roma, hace apenas cinco años —todavía le ilustró Sertorio—. En la anterior, tu padre salió corriendo con el rabo entre las patas después de que Lucio Cornelio Sila lo venciera en dos ocasiones y, aun así, le permitiera seguir con vida a cambio de no volver a poner jamás un pie fuera de su reino.

A Farnaces el rostro y los ojos se le habían encendido en una mueca de profundo disgusto, de una cólera palpitante que amenazaba con estallar en cualquier momento.

—Pues bien —asentó Sertorio, que ahora hablaba con la vista puesta en el techo, ignorando al enviado del Ponto y su ira soterrada—, quizá debieras saber también que ese general romano que ridiculizó a tu padre con apenas un par de legiones, y al que muchos han llamado «genio», nunca se atrevió a luchar contra mí. Cuando le llegó el momento de hacerlo, prefirió quedarse en su poltrona de dictador y enviar hasta Hispania a su cachorro a otro romano ilustre, a otro general imbatido al que derroté en dos ocasiones este mismo verano.

—Sila ya está muerto —se defendió Farnaces, como si el demonio ya no pudiese volver del infierno para desbaratar con su simple presencia a las tropas pónicas.

—Efectivamente, Sila ya está muerto —concedió Sertorio—, y los dos perros que él envió a morderme tampoco asustan ya a nadie. Tanto Pompeyo como Metelo escapan ahora mismo hacia el norte con los restos de sus respectivos ejércitos, tratando de buscar cobijo en la Galia —afirmó el Gigante de Nursia retorciendo la realidad a su antojo pero consiguiendo que su interlocutor tragara saliva—. Por eso, el fin de esta guerra está cerca —sostuvo Sertorio volviendo a fijar otra vez su mirada en Farnaces—, igual que el día en que gobernaré Roma. Por eso puedo jurarte que nadie invadirá suelo romano sin que yo lo persiga, le haga la guerra y lo destruya.

Ambos mandatarios se habían quedado el uno frente al otro, inmóviles, leyéndose los destellos de la

mirada, midiéndose las fuerzas como dos jugadores de cartas ante la que suponen la baza definitiva.

—Sé mi invitado en Osca todo el tiempo que quieras —le ofreció Sertorio a Farnaces con más dulzura en el tono que en el gesto—. Viaja si quieres por una Hispania ya libre del dominio optimate —le dijo—, y cuando vuelvas al Ponto, dile a tu padre que Quinto Sertorio no tiene miedo de nadie. Dile que tiene mi beneplácito para ocupar la Capadocia si lo que pretende es ampliar sus fronteras. Pero que no se le ocurra jamás pisar la provincia romana de Asia, porque no voy a permitirselo. ¡Ni a él ni a ningún otro!

Un clamor de murmullos atónitos invadió la curia oscense después de aquel último e inesperado latigazo de Sertorio. Todos, incluido yo mismo, pensamos que lo siguiente en ocurrir sería un violento enfrentamiento dialéctico entre los dos protagonistas de aquella escena. Incluso una declaración de guerra. Sin embargo, el rictus hasta entonces enfurruñado de Farnaces fue destensándose lentamente. Primero en un mohín de juvenil picardía, después en una sonrisilla desmayada, como la de un jugador de naipes avergonzado por la evidencia flagrante del farol que llevaba entre manos.

—Tu padre no fue rival para Sila, y tampoco lo sería para mí —le aseguró un arrogante Sertorio—. Y a pesar de todo... estoy dispuesto a ayudarlo —añadió con sonrisa benevolente—. Porque no te quepa ninguna duda de que el Senado romano no se quedará de brazos cruzados en cuanto vea que Mitrídates VI prepara sus ejércitos.

Farnaces enarcó una ceja en otro gesto de cómico desconcierto.

—¿Lo harás? —preguntó—. ¿Ayudarás a mi padre a pelear contra Roma?

—Contra la Roma optimate —puntualizó Sertorio—, siempre y cuando la guerra ocurra fuera de nuestras provincias.

Al heredero del Ponto se le fueron los ojos al cielo apenas un instante. Después su rostro cobrizo dibujó una mueca de intriga.

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Cómo enviarás tus tropas hasta el reino de mi padre en el otro extremo del *mare Internum*? ¿Acaso irán andando? —preguntó con un retintín irónico.

El ojo seco de Sertorio adquirió súbitamente el fulgor de una cuenta de mármol recién pulida, como siempre ocurría cada vez que el Gigante de Nursia tramaba uno de sus arriesgados envidios.

—Firmaré un tratado de alianza con Mitrídates VI en los términos que acabo de describirte —dijo, y añadió sonriente—: A cambio de sesenta navíos de guerra y cinco mil talentos. Ese es mi precio. Tómame el tiempo que quieras para pensarlo.

Un nuevo aluvión de exclamaciones sacudió la curia oscense mientras Lucio Magio y Lucio Fanio se miraban desconcertados, aturdidos por la osadía de un general romano que ya imponía su ley desde una lejana Hispania sin necesidad de haber conquistado antes el gobierno de Roma. Entonces escuché la risa de cuervo afónico de Placidio pegada a mi oído derecho.

—No encontrarás mejor alquimista en el mundo que Sertorio —me dijo el griego.

—¿Quiénes son los alquimistas? —le pregunté.

—Las personas que todavía intentan convertir cualquier metal inservible en oro.

—¿Qué tiene que ver Sertorio con esa gente?

Placidio me miró con disgusto, con aquel escrutinio despreciativo y distante que tantas veces exhibía con quienes no habíamos bebido del pozo de su sabiduría.

—Sertorio acaba de vender humo —me dijo—. ¿No te has dado cuenta? Ha convertido una simple promesa en dinero y barcos. Es decir, ha fabricado oro usando simplemente palabras.

LI

Sertorio y Farnaces todavía continuaron parlamentando el resto del día, aunque ya en privado, a resguardo de miradas curiosas y oídos interesados. Quizá redactando la letra pequeña de aquel contrato de alianza, o ajustando sus términos. O simplemente celebrando con anticipo la segura caída del régimen optimate. Y mientras ambos mandatarios arreglaban el orden del mundo entre bambalinas, Asiris y yo paseábamos nuestra desdicha por los extrarradios de Osca.

Por primera vez en tres días, la joven indiketa había accedido a abandonar su reclusión en la academia, y a recorrer la muralla conmigo por su lado norte. Aquel paseo, sin embargo, distaba mucho de parecerse al que ambos habíamos dado hasta la desembocadura del Tagus. O cuando regresamos al campamento de madrugada, con las ropas hechas jirones, después de habernos amado toda la noche. Ahora, Asiris apenas me había dirigido la palabra tras salir de su voluntario encierro. Apenas respondía con monosílabos a mis preguntas. Apenas me miraba. Ni siquiera la visión de una campiña verde y rica desde la torre más alta de Osca la había sacado de su mutismo. Ni le había traído vida a los ojos.

—Podríamos vivir allí, en una *domus* como aquellas —le dije apuntando con el dedo hacia el sur de la ciudad—, con un bonito atrio, y un huerto, y muchas habitaciones para nuestros hijos...

Asiris me miró por primera vez sin decir nada. Inexpresiva, remota, enferma de una nostalgia mortificante.

—También podríamos mudarnos a una villa en las afueras, si lo prefieres —añadí enseguida—, con enormes campos alrededor y...

—... y dos docenas de lictores que nos protegiesen —me interrumpió bruscamente, volviéndose hacia el norte, hacia su tierra de origen, o hacia el lugar donde se escondía el fantasma de siempre.

—No siempre va a ser así, Asiris... —le dije, agarrándola de la mano—. No siempre vamos a estar en peligro.

La indiketa me dedicó una sonrisa amarga, desangelada, igual que una madre contemplando el rictus lerdo de un hijo recién parido.

—¿Va a prescindir Sertorio de sus triarios? —me preguntó con una mueca de sorna.

—No, pero pronto abandonarán la ciudad y volverán a la disciplina de su campamento.

—¿Y eso eliminará el peligro? ¿Para siempre?

—Quizá no —admití bajando la mirada—. Pero todo será distinto a partir de ese momento...

Asiris giró su cabeza hacia el oeste y barrió despacio una parte de aquel horizonte lejano.

—¿Cuánta gente quiere matarte en Osca, aparte de los triarios? —me interrogó sin dejar de otear el infinito como un águila cautiva.

—No mucha.

—¿No mucha? ¿Cuántos?

—Un par de personas, se me ocurre ahora. Quizá alguna más.

—¿Y eso incluye a la mujer del templo?

—¿Velina?

—Como se llame.

—Bueno..., no. No creo. Es decir, ya le he dejado todo muy claro... Además, ella nunca se atrevería a... —empecé a decir, y me callé al recordar sus furibundas amenazas.

Asiris dio la espalda al sol moribundo de la tarde, a los campos recién sembrados y al fantasma siempre oculto en su alma.

—¿Y crees que lo ha entendido? —me preguntó con la misma certidumbre funesta de antes—. ¿Crees que una mujer que ama y además tiene poder va a renunciar tan fácilmente a su presa? ¿Crees que podrás librarte de ella con solo decírselo? ¿Crees que tú y yo podríamos vivir debajo de su sombra? ¿Cómo puedes ser tan tonto, Kalaitos?

El crepúsculo había empezado a desdibujar el contorno ovalado de Osca, ocultando sus calles, engullendo a sus gentes. Lentamente, irremediablemente. Igual que la angustia que me devoraba el alma. Igual que las dudas que borbotaban dentro de mí como burbujas infectas.

—¿Cuándo te marcharás de Osca? —le pregunté al fin cuando reuní el valor suficiente para mirar al abismo—. ¿Cuándo te irás?

—No lo sé todavía —me respondió mirándome a los ojos—, pero podríamos irnos juntos... —añadió escrutándome ahora entre las rendijas de la esperanza, o del desespero.

—¿Adónde? ¿A Mutturudum? —le dije moviendo la cabeza negativamente—. Si ese lugar existe, no será mejor que este —le rebatí, destapando una vez más la marmita de nuestras diferencias.

—Por lo menos serás libre.

—¿Libre? —reí sin quererlo—. ¡Ya soy suficientemente libre aquí! Osca es además una fortaleza segura donde vivir. ¿Crees acaso que Mutturudum va librarse de esta guerra? —le espeté de manera vehemente.

—Por lo menos allí te librarías de Sertorio. Dejarías de ser su rehén, su muñeco de trapo, su marioneta.

—¡Sertorio no manda en mi vida! —protesté herido en mi orgullo—. ¡Ni Velina! ¡Ni siquiera tú! ¡Nadie le dice a un príncipe celtíbero adónde tiene que ir o dónde debe quedarse!

—Un príncipe celtíbero... —Una traza de sorna inflamó las pupilas de Asiris—. Un príncipe sin corona... Un príncipe sin ciudad ni reino... Un príncipe con apenas unos centenares de súbditos que tampoco tienen dónde caerse muertos —rio la indiketa ásperamente en referencia a los celtíberos que acompañaban a Sertorio y me jaleaban al verme—. Creo que te confundes, Kalaitos. Yo te nombraría rey —afirmó temblando de cólera—. Rey de todos los personajes patéticos. O, mejor todavía, emperador de todos los imbéciles —resumió girando sobre sus talones y emprendiendo el camino de vuelta a la academia.

Quinto Sertorio tuvo que apartarse de un salto para dejar paso a una fiera que lo habría arrollado de haber hecho falta. Asiris ni siquiera lo miró al pasar junto a él igual que un carnero enfurecido, de vuelta a su encierro, de regreso a su particular infierno.

—Placidio me ha dicho que habías salido a dar una vuelta —me dijo sonriente, ignorando a Asiris y su humor de perros—. Quería charlar contigo un rato —añadió, mostrándome sus incisivos blancos—. Demos un paseo, solos tú y yo —me propuso mientras despedía con un gesto a los lictores que nos

habían acompañado a Asiris y a mí en nuestro breve recorrido por Osca.

Un foro ya desierto a aquellas horas de la tarde fue nuestro primer destino. Hasta él llegamos andando sin prisa, deambulando sin rumbo fijo, escuchando el eco de nuestras pisadas y a veces de nuestras risas, sintiendo siempre la mano firme de Sertorio sobre mi hombro derecho. Sin que yo se lo pidiera, el dueño de Hispania me había ido poniendo al día de su reciente conversación con Farnaces, la que ambos habían mantenido en privado pocas horas antes.

Sertorio rio al recordar los sesenta navíos de guerra y los cinco mil talentos que en un principio le había exigido a Farnaces por ayudar a Mitrídates en su futura guerra contra la Roma optimate. Bien sabía él —apuntó con más carcajadas— que el precio era exorbitante, y por eso se daba por satisfecho al haber conseguido finalmente la promesa de recibir cuarenta barcos y tres mil talentos antes de la próxima primavera. Con aquella flota —dijo—, defendería la costa oriental de Hispania de las naves enemigas. Carthago Nova —afirmó— podía darse por aislada. Si a Pompeyo y Metelo se les ocurría volver —dijo— ya no podrían recibir a través de aquel puerto más vituallas ni refuerzos.

—Entonces, ¿no piensas *realmente* ayudar a Mitrídates? —le dije mientras seguíamos andando, aproximándonos a una curia también vacía.

Sertorio compuso un gesto de indulgencia ante las promesas incumplidas sin mala fe.

—Primero tengo que ayudarme a mí mismo... —afirmó encogiéndose de hombros—. Después, ya veremos qué puede hacerse.

—Entiendo —le respondí, no porque aprobara su manera de proceder, sino porque mi padre seguramente habría obrado de igual manera con tal de salvar a su ciudad del acoso enemigo—. Entonces, partiremos con ventaja en la campaña del próximo año, si Pompeyo y Metelo vuelven... —añadí cuando ambos nos habíamos parado ante unas puertas que siempre permanecían guardadas pero abiertas.

Sertorio asintió a medias, igual que un alfarero examinando las minúsculas imperfecciones de un ánfora recién fabricada.

—Se puede decir que sí —musitó con aire súbitamente pensativo—. Pero... —El Gigante de Nursia se había quedado de pronto mudo, mirándome fijamente, con un rictus de contrariedad atenazando sus regias facciones.

—¿Pero?

—Hay algo de todo este asunto que a ti te concierne —me dijo al fin, empujándome dentro del edificio de la curia oscense.

Trescientos escaños, oscuros y fríos, contemplaron en silencio nuestra imprevista llegada. Después el eco de aquella sala vacía distorsionó la voz de Sertorio haciéndome dudar de mis oídos.

—Farnaces quiere a esa mujer —me anunció, desplomándose a continuación sobre su asiento de cónsul.

—¿Cómo?

—Farnaces quiere a la hermana de Estibos como parte del trato —afirmó con una mueca de fastidio al verse obligado a repetir por segunda vez su tortuoso mensaje.

—¿A Asiris?!

Sertorio asintió, elevando la cabeza y afrontando mi gesto atónito.

—¿Y qué le has dicho?! —Una mano que no parecía mía aferró al verdadero cónsul de Hispania por un hombro y lo obligó a levantarse—. ¿Qué-le-has-dicho? —Resollé muy despacio, silabeando mi ira a una sola pulgada de su ojo sano.

Quinto Sertorio se había dejado zarandear sin oponer resistencia.

—¿Qué podía decirle? —musitó al fin, defendiéndose de mi cólera desatada con un gesto de impotencia—. Necesito esos barcos —añadió frunciendo los labios—. Esa mujer es... es... una desconocida para ti, una advenediza, una oportunista de la que te olvidarás pasado mañana —me vaticinó el Gigante de Nursia con mortal desapego.

—¿Le has dicho entonces que puede llevársela?! ¿Le has dicho que puede contarla ya como suya?! —le espeté con violencia, sacudiendo otra vez como a una piltrafa al hombre que podía matarme con solo mover un dedo.

—Le he dicho que necesito pensarlo —respondió Sertorio librándose de mis manos con exquisita delicadeza. Con una sutileza fría y a la vez amenazante.

—¿Cuánto tiempo te ha dado?

—Se marcha de Osca mañana al amanecer, así que tengo toda la noche para decidir lo que hago —replicó el Gigante de Nursia dándose la vuelta. Ignorando mis sentimientos y mis zozobras. Disponiendo caprichosamente de las vidas y de las libertades de todos los que habitábamos su reino. Ajeno a todo lo que no fuera ganar una guerra que le permitiese gobernar el mundo.

LII

Regresé a la academia a grandes trancos. Rabiando de furia. Odiando la mezquindad de todos los hombres poderosos. Detestando a Sertorio en cada uno de mis malhumorados pasos. Irrumpí —hecho un basilisco— en el comedor, donde ya cenaban todos los alumnos junto con sus dos maestros griegos. Asiris no estaba entre ellos. Por eso pasé de largo sin saludar siquiera a Placidio y a Adrastos.

Encontré a la joven indiketa en el *cubiculum* que ambos ocupábamos, sentada en su camastro, con su capa de viaje puesta y un bulto en el regazo. Un pequeño hatillo en el que supuse que Asiris había empaquetado sus escasas pertenencias, incluida su daga. Asentí al verla, con un mohín de complicidad en el rostro. Ella también sonrió levemente.

—Será esta noche —le dije.

—Lo sabía —me contestó con ojos llameantes, con ese instinto siempre a flor de piel de todas las criaturas silvestres. Sin querer saber nada más, sin tratar de indagar sobre el repentino cambio de planes obrado en mi mente.

—Antes comamos algo —sugerí—. No sabemos cuánto tiempo pasará antes de que volvamos a probar bocado.

Placidio y, sobre todo, Adrastos nos lanzaron sendas miradas recriminatorias. Por vivir a nuestro aire, por no seguir las normas de una comunidad que ellos dirigían. Por ser un mal ejemplo para sus discípulos hispanos. Aquellos dardos helénicos, sin embargo, se perdieron por el camino sin hacer blanco. Ninguna flecha puede clavarse en la silueta ingrávida de un fantasma. Porque eso era justamente en lo que Asiris y yo íbamos a transformarnos aquella noche con el fin de abandonar Osca sin ser advertidos por nadie.

Después de la cena, y mientras los hachones de la academia iban apagándose uno a uno, instruí brevemente a mi compañera en los fundamentos de nuestra fuga. Le hablé de las rondas alrededor del edificio por parte de los guardianes, y de sus tiempos muertos, y de nuestras opciones de éxito si sincronizábamos correctamente aquellos intervalos. Solo entonces, cuando ya se escuchaban los ronquidos de los dos maestros, me dirigí al patio y quité la cuerda del pozo.

—Nos hará falta —le dije a Asiris, sin detenerme en más explicaciones.

—¿Ya? —preguntó mirando a la ventana del fondo.

—Todavía no.

Placidio abrió los ojos presa de un espanto súbito al sentir que una mano le taponaba la boca y le impedía seguir roncando. El rétor se incorporó de un salto, desconcertado, mirándonos entre guiños, preguntándose si las capas negras con que nos cubríamos Asiris y yo eran las vestimentas de dos espíritus del averno o de dos fugitivos de la academia.

—¿Pe... pero qué diablos...?! —La pregunta encolerizada del griego se le quedó a medio camino en los labios, porque yo había vuelto a taponarle la boca para impedir el grito.

—Nos vamos —le dije en voz baja.

—¿Os vais?! ¿Te... te marchas de Osca?!

—No nos queda más remedio —le susurré, mirando de reojo el cuerpo dormido de Adrastos.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? —quiso saber.

Sentí los dedos fríos de Asiris sobre mi hombro izquierdo.

—No hay tiempo de explicaciones —musité, torciendo el gesto—. Ya nunca lo habrá, rétor —le dije abrazando aquel cuerpo rechoncho—. Debemos marchar, créeme.

—¿A... adónde os vais, Kalaitos? Quizá podamos... —susurró Placidio con voz quebrada mientras sujetaba mi cabeza entre sus manos.

—Mi tiempo en Osca ha terminado, igual que mi servicio a Sertorio —le dije con ojos acuosos.

Placidio asintió al fin, vencido ya por la idea inapelable de nuestra marcha. Entonces miró a Asiris con el ceño fruncido.

—Cuida de este tarambana. Protégelo. No dejes que le ocurra nada —le dijo—. Ha sido uno de mis peores alumnos, pero al final... le he cogido cariño —añadió el griego arrugando su rostro mofletado en un infantil puchero que iba a llevarlo al llanto.

—Descuida, lo haré —replicó la indiketa, urgiéndome a marchar con un nuevo gesto, apremiándome a abandonar una ciudad que casi había llegado a sentir como mía.

La misma estratagema que utilicé para escabullirme de la academia en mi primera noche en Osca nos sirvió ahora también a Asiris y a mí para librarnos de la vigilancia de los lictores. Aunque la guardia había cambiado desde entonces, sus costumbres seguían siendo idénticas, igual que sus errores al patrullar alrededor del edificio. Descolgarnos por una de las ventanas y desaparecer en la negrura salvadora de la primera bocacalle fue cuestión de segundos. Entonces me pregunté adónde habría ido Asiris de haber escapado sola, por dónde habría tratado de abandonar una ciudad con cien torres llenas de vigías y cuatro puertas férreamente guardadas. Huyendo en solitario, y conociendo sus poderes, quizá habría sido capaz de salir volando por encima de las murallas. Marchando conmigo, sin embargo, ambos tendríamos que escapar reptando como lombrices de tierra.

Asiris se dejó guiar por aquellos laberintos en penumbra como una corza obediente, sin cuestionar ni una sola vez la ruta ni el destino final de aquella febril correría. Sin empujarme a continuar cuando me detuve al ver las luces que iluminaban el templo de Vesta tan a deshora. Bajo su pórtico y también en las escaleras, los lictores deambulaban de un lado a otro como hormigas sin antenas, dándose voces y accionando los brazos de manera frenética.

—¿Crees que nos buscan? —me preguntó Asiris.

Me encogí de hombros.

—No lo creo —dije, más para tranquilizarla que por convencimiento—. No han tenido tiempo material de advertir nuestra huida, y, además, ya queda poco —añadí tirando de ella hacia los callejones que debían conducirnos al sector norte de la muralla.

No me costó demasiado localizar el lugar donde había tundido a golpes a aquel borracho rico la primera noche. Entonces recé a todos mis dioses y, sobre todo, a una casi olvidada Noctiluca para que nadie hubiese reparado todavía el barrote arrancado a aquella alcantarilla. Para que el hueco aún

existiera y pudiésemos pasar a través de él igual que el agua sucia de las tormentas.

—Espérame aquí —le susurré a Asiris bajo el mismo camino de ronda de la muralla mientras sacaba la cuerda de mi macuto.

Los restos de agua y lodo me clavaron sus cuchillos de hielo cuando me introduje en aquel agujero inmundo. El barrote, afortunadamente, seguía faltando de su sitio, y el hueco que dejaban los dos hierros restantes me guiñó un ojo, zalamero, invitándome a probar suerte. Anudé un extremo de la cuerda a la barra que creí más afianzada y dejé caer el otro al vacío. Asiris penetró en la alcantarilla después de escuchar el canto del búho, la misma contraseña que habíamos usado para escapar de Pompeyo al cruzar el Hiberus.

—Te espero abajo —le dije agarrando la soga e iniciando el descenso. Una bajada que se interrumpió bruscamente, antes de lo previsto, pues la cuerda del pozo resultó demasiado corta—. Hay que saltar —musité mientras trataba de vislumbrar el talud de tierra bajo mis pies.

Amortigué el golpe contra el *agger* convirtiéndome en un ovillo tras el impacto, y rodando por la ladera hasta que el tronco de un árbol me detuvo. Aún tentaba mi cuerpo en busca de huesos rotos cuando Asiris aterrizó a mi lado, revuelta en lodos, magullada, pero con la mirada brillante.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Nunca he estado mejor —me respondió justo en el instante en que dos flechas incendiarias rasgaban la noche y paralizaban nuestros corazones.

—¡Rápido, tápate con la capa! —le urgí mientras yo hacía lo propio.

Varios resplandores más se filtraron entre las rendijas de nuestros hábitos. Sobre la empalizada, dos hombres discutían sobre la causa de aquellos ruidos y la procedencia de dar o no la voz de alarma.

—¡Ahora, ¿qué?! —le pregunté a Asiris tras alcanzar el cauce del Iseola a la carrera, sin apenas resuello, sin conocer todavía cuál de los dos vigilantes se habría llevado el gato al agua—. ¿Dónde queda Muturudum?!

—Hacia allí —afirmó rotunda, sin necesidad de buscar la luna o las estrellas para orientarse.

—¿Hacia el oeste? —me extrañé—. Siempre creí que estaba hacia el norte. ¿Muturudum está entonces en la Celtiberia? ¿En *mi* Celtiberia? —pregunté todavía incrédulo.

La indiketa se encogió de hombros.

—Por lo que parece, la Celtiberia es tan grande que ni siquiera los propios celtíberos la conocen entera. Yo jamás te dije que Muturudum estuviera hacia el norte, pero por alguna razón tú lo diste por hecho. Por cierto, caminaremos mejor hacia *tu* Celtiberia por la otra orilla —repuso con un mohín de disculpa, consciente probablemente de las dificultades para encontrar un pontón o una chalupa que nos garantizase el vadeo del río sin tener que mojarnos las ropas.

Las tablas del embarcadero sobre el Iseola crujieron levemente cuando las pisamos. La misma barcaza que Prisco había tomado prestada en el poblado ibero de Baloparo continuaba allí, amarrada a un solitario bolardo, esperando paciente su hora de regreso, meciéndose dulcemente bajo las pisadas indiscretas de los piratas cilicios que subían y bajaban de ella. Los hombres de Hartug habían cargado ya diversas cajas con víveres para el viaje de vuelta y andaban ahora asegurando una docena de barriles de vino. A pesar del frío reinante, algunos de aquellos marineros seguían mostrando el torso desnudo, como si a los lobos de mar, la escarcha de tierra adentro solo les provocara cosquillas. El resto se tapaba con simples camisas de hilo o chalecos de cuero sin botones. Todos, sin embargo, iban provistos de hachas, dagas y aquellas curiosas espadas curvas.

—¿Qué hacemos? —me preguntó Asiris, acurrucada a mi lado al inicio del muelle.

—Es arriesgado acercarse —le dije—. No sabemos cómo reaccionará esa gente si tratamos de hacernos con una chalupa. Será mejor avanzar por esta orilla y cruzar más adelante.

La indiketa asintió, conforme con mi decisión, hecha ya a la idea de destrozarse las pantorrillas hollando un soto atestado de bardas y matojos. Y quizá de patrullas sertorianas. Fue en ese instante cuando escuchamos pasos a nuestra espalda.

—Nunca pensé que fueras a marcharte sin despedirte. —El cuerpo granítico de Draco era una silueta negra plantada en medio del embarcadero, admonitoria, amenazante—. Una visita a un viejo camarada no cuesta tanto... —continuó, rascándose entre las costillas, en una zona excesivamente próxima a su espada.

—No ha podido ser, Draco —le respondí desenfundando con sigilo pero sin ambages—. Sabes que lo habría hecho si...

—... si hubieras estado seguro de que no iba a detenerte —añadió él, terminando por mí una frase que no tenía un final fácilmente imaginable.

—No es eso.

Draco esbozó aquella sonrisa de dientes ocres que infundía más miedo que confianza.

—No he venido a matarte, si eso es lo que temes —afirmó con voz serena—, pero si insistes en no enfundar, quizá tenga que hacer algo al respecto...

El centurión avanzó tres pasos y se colocó a nuestra altura cuando me vio envainar la espada.

—¿Cómo nos has localizado? —lo interrogué—. ¿Cómo has sabido dónde encontrarnos? ¿Te ha avisado Placidio?

Draco compuso un gesto de indiferencia.

—¿Qué más da eso? Osa no es tan grande —dijo—. Uno se entera de cosas... y además, aquí fue donde te pillé la primera vez, ¿recuerdas? Todavía eras un mequetrefe sin malicia —rio con estruendo, sin preocuparse por la presencia de los piratas cilicios.

—Lo recuerdo —asentí pensativo—. Lo recuerdo todo..., pero ya no me reconozco —murmuré, súbitamente atropellado por la nostalgia. Y por la sensación de haber vivido todo el último año a lomos de un caballo desbocado.

Draco me miró con ojos inusualmente compungidos, empequeñecidos por una emoción que no solía llamar jamás a su puerta.

—¿Adónde irás?

Giré la cabeza hacia Asiris sin saber qué decirle, resistiéndome a pronunciar el nombre de una quimera, de una locura hacia la que, no obstante, marcharía tan solo por estar junto a la mujer a la que amaba.

—A Mutturudum.

—¿Mutturudum? ¿Dónde coño queda eso?

—Al oeste.

—¿Al oeste? Tierras fronterizas... Tierras peligrosas... —repuso el centurión arrugando el gesto—. Cuídate, Kalaitos —me dijo estrechándome por los hombros—. Me ha costado mucho hacer de ti un buen legionario.

—Lo haré, no te preocupes. He aprendido suficientes malas artes de ti como para sobrevivir en cualquier sitio —le dije devolviéndole el abrazo.

—Volveremos a vernos —me aseguró el centurión mientras se daba la vuelta—. El mundo es una pocilga demasiado pequeña como para no coincidir otra vez en alguna aventura.

—Por cierto, Draco... —lo retuve del brazo—. ¿Sabes si ha ocurrido algo en el templo de Vesta esta noche? Había demasiada agitación en sus puertas.

Draco se había quedado de medio lado, en una postura ambigua, indecisa, sopesando quizá la procedencia de una respuesta.

—Han encontrado a Velina colgada de una soga —dijo al fin, mirando a Asiris de reojo.

—¿Mu... muerta?! —pregunté estúpidamente.

El centurión ibero me roció con una mirada sarcástica, como si los suicidas pudiesen permanecer dos días completos colgando del cuello mientras deciden si viven o se marchan al infierno.

—Al parecer se ahorcó poco después de hablar contigo, aunque la han encontrado esta noche —nos explicó, tomando definitivamente el camino de vuelta, cediendo el paso a una nueva sombra. A otro personaje imprevisto (e insigne) que me había prometido permanecer en vela toda la noche, cavilando sesudamente una decisión inaplazable, meditando el último capricho del heredero del Ponto. Decidiendo si cuarenta barcos y tres mil talentos valen más que la vida de una mujer indiketa. Más incluso que la fidelidad de un celtíbero.

Quinto Sertorio había emergido de las penumbras brumosas del Iseola. Un húmedo escondrijo en el que el Gigante de Nursia quizá llevara tiempo observándolo todo, esperando acontecimientos o, simplemente, guardando turno. El general romano venía solo, sin lictores que le protegieran las espaldas ni armas a la cintura. Vestido todavía con la capa roja y la armadura musculada con las que había tratado de impresionar a Farnaces. Ataviado con los cubrebrazos de cuero y las espinilleras metálicas que le daban el aspecto de un gladiador de circo. Rodeado de un aire hermético y a la vez funesto. Inmerso en una nube que enturbiaba de aguas grises el brillo de su ojo sano.

—Yo también quería despedirme —dijo, avanzando sobre el embarcadero, luchando por que su atisbo de sonrisa se pareciera al gesto magnético de las grandes ocasiones—. Sabía que un día u otro sentirías tentaciones de marcharte —afirmó frunciendo los labios—, y se me ocurrió que si debías hacerlo... esta sería la noche más adecuada.

Sertorio se había llevado una mano a la frente, aparentemente apesadumbrado, tal vez buscando una nueva manera de embaucarme.

—Me equivoqué —confesó abriendo los brazos en ademán de impotencia—. No debí decirte nada... No debí haberte hecho partícipe de lo que eran únicamente mis problemas.

A pesar de su aspecto afligido, el avance decidido de Sertorio sobre la pasarela nos había hecho retroceder a Asiris y a mí unos cuantos pasos, acercándonos cada vez más a unos piratas cilicios que ya nos observaban a los tres con curiosidad mal disimulada.

—Debí haberle hecho ver a Farnaces que el trato con su padre no admitía más cláusulas ni más requiebros. Eso es lo que debí haber hecho desde el principio —se lamentó el dueño de Osca—. Pero ya está todo arreglado. —Sonrió, afable—. De todos modos..., jamás encontraréis en Hispania un sitio en el que vivir mejor que Osca. —Sertorio frunció los labios en una mueca de presentida desgracia—. Nunca viviréis tan cómodos como a mi lado.

—¡Todavía quedan lugares no muy lejos de aquí donde ningún romano ha puesto ni pondrá jamás sus sandalias! —le rebatió Asiris con violencia.

Quinto Sertorio movió la cabeza negativamente, aunque sin pronunciar palabra, sin querer enzarzarse en una agria disputa que ya no arreglaría nada.

—Si os quedáis —todavía nos propuso en un tono que sonó casi suplicante—, podríamos...

—¡Ya nos hemos marchado! ¡¿No te das cuenta?! —lo interrumpió Asiris sin darle tiempo a exponer futuras promesas, clavando a la vez sus uñas afiladas en mi brazo, por si la magia oculta de aquella voz estuviera ya tocando sinfonías de ensueño dentro de mi cabeza.

El Gigante de Nursia asintió, vencido a lo inevitable. Después extrajo del cinto un rollo de pergamino.

—Entiendo —musitó—. Entiendo vuestras razones. No obstante, esto os ayudará —afirmó tendiéndome el documento—. Es un salvoconducto —nos explicó—, para que podáis refugiaros en cualquier ciudad aliada en caso de necesidad. Lleva mi sello y mi firma.

El hombre fuerte de Hispania, el terror de Sila, el general que había vencido a la reencarnación romana de Alejandro Magno en dos ocasiones se dio la vuelta y desapareció otra vez entre las sombras. Cabizbajo, meditabundo, solitario. Escondiendo el dolor que mortifica a todos los padres frustrados y derrite a las rocas más firmes. Ocultando con prisa —y quizá con vergüenza— la debilidad de un cónsul por un joven celtíbero.

SEXTA PARTE
MUTURUDUM

LIII

La nieve se convirtió en compañera inseparable en nuestros dos primeros días de andadura. Dos jornadas desapacibles en las que nunca dejamos de caminar rumbo a Poniente, hacia una Celtiberia inhóspita que cruzaríamos de parte a parte, hasta alcanzar la cuenca de río Durius. Fue, no obstante, en nuestra séptima etapa, después de haber soportado tantas inclemencias, cuando Asiris empezó a ser presa del cansancio y de una alimentación escasa. Aquella misma mañana también descubrimos el zarpazo inconfundible de la guerra. Un inesperado panorama de horror y desolación que casi habíamos borrado de nuestras retinas pero que volvía a emerger ahora en forma de columnas de humo, olor a carne quemada y muros desmoronados.

Apenas quedaba nada de aquel *oppidum* celtibérico, aparte de un centenar de casuchas todavía humeantes y los escombros de una muralla que había resultado excesivamente baja para defender a sus habitantes. Aun así, Asiris y yo decidimos adentrarnos en sus calles desiertas, emborrachadas de un miasma rojo que debía de portar las almas de sus antiguos moradores. O de casi todos ellos.

Una anciana se acurrucaba al amor de una fogata prendida entre cuatro paredes tambaleantes. Cuatro escuálidos tabiques que, no obstante, aún soportaban una parte de su techumbre. No había miedo, ni siquiera sorpresa en los ojos de aquella única superviviente, tan solo el recogimiento sereno de los que ya lo han perdido todo.

—¿Quiénes han hecho esto? —le pregunté en celtíbero mientras nos acucillábamos junto a su fuego.

La mujer nos contempló sin prisas, sumida en una calma casi demente.

—Hombres —murmuró.

—¿Romanos?

—La mayoría.

Asiris y yo cruzamos una mirada de desconcierto.

—¿Romanos aquí? —volví a preguntarle—. ¿En esta época del año? ¿Estás segura?

La anciana asintió sin mirarnos, absorta en las efervescencias de su guiso.

—¿Y cuándo ocurrió el ataque?

—Hace dos días.

—¿Eran hombres de Pompeyo quienes os atacaron?

Aquellos ojos transparentes abandonaron por un segundo la vigilancia de la cazuela para contemplarme más fijamente.

—Eran hombres malvados —respondió la anciana encogiéndose de hombros, como si la muerte fuera siempre muerte, viniese de donde viniese, independientemente del color de sus banderas.

—¿Cómo se *llamaba* este lugar?

—Belgida.

Asiris se había dejado caer sobre el suelo de helechos de la cabaña, pálida, pensativa, demudada.

Permitiendo que el estupor y las dudas socavasen por primera vez la ilusión amasada durante muchos meses, quizá años. Las mismas preguntas, supongo, danzaban también dentro de mi cabeza: ¿era acaso posible que Pompeyo hubiese retornado de su breve retiro cerca de la Galia cuando ya nadie lo esperaba hasta la primavera? ¿Estaba Hispania, por tanto, menos controlada de lo que Sertorio le había descrito a Farnaces pocos días antes? ¿La hoguera inextinguible de la guerra habría prendido de nuevo? ¿Incluso en Mutturudum?

—¿Hacia dónde marcharon esos romanos? —le pregunté a la anciana, que en ese instante andaba ocupada sirviéndole a Asiris un plato de sopa turbia.

—Bajo tierra no se ve mucho... —repuso la mujer apuntando hacia un agujero en el suelo en un rincón de la cabaña.

—¿Has oído hablar de Mutturudum? —le dije.

—Claro.

—¿Es verdad lo que se dice de esa ciudad?

La anciana me mostró sus encías desnudas en lo más parecido a una sonrisa.

—Yo no sé qué se dice de Mutturudum.

—Que allí no ha llegado la guerra.

—Puede —dijo mientras acariciaba el rostro harinoso de Asiris.

—¿A cuánto queda de aquí esa ciudad?

—A dos días de viaje para gente joven como vosotros —respondió con un mohín de tristeza—, aunque dudo que ella pueda llegar hasta allí por sí sola.

Los ojos de la anciana rociaban de una dulzura maternal el cuerpo desvencijado de Asiris mientras sus manos huesudas acariciaban con mimo la melena roja de la indiketa.

—Quizá si descansa un poco... —dije, rozando con mis yemas aquel cuello palpitante de fiebre.

—Quizá.

—¡Estaré bien mañana mismo! —exclamó de pronto Asiris en lengua romana, como si saliera de una pesadilla, como si el instinto salvaje que llevaba dentro también le sirviera para descifrar idiomas desconocidos.

La anciana celtíbera me lanzó una mirada descarnada, desprendida de cualquier traza de duda.

—Albura puede sanarla —me dijo en celtíbero—. Solo ella puede salvarla, si te das prisa...

—¿En Mutturudum?

—Allí es donde vive Albura.

Asiris se revolvió toda la noche en un mar de zozobra, martirizada por una fiebre que la hizo delirar hasta bien entrada la madrugada. Entonces despertó, y salió de la cabaña de puntillas pensándome dormido. Cuando regresó pocos minutos más tarde, su cutis aparecía terso y sus mejillas brillaban con el mismo fulgor que las amapolas de mayo.

—Estoy lista —afirmó sonriendo, como si yo fuera estúpido y no supiera distinguir los efectos de un puñado de escarcha tras frotarlo sobre la cara. Nada le dije, sin embargo, porque su aspecto era algo más saludable que el día anterior. Y además, según Nunna —nuestra anfitriona—, Asiris debía ser tratada de inmediato por la curandera llamada Albura. Una desconocida en cuyas manos tendría que poner, posiblemente, la vida de mi compañera.

Abandonamos Belgida tras engullir media docena de nabos y los restos fríos del guiso. Nunna nos

indicó la dirección a seguir apuntando con su dedo torcido hacia el suroeste. Después, la anciana metió en mi macuto un trozo de pan duro y otro de carne en salazón. Para que no tuviésemos que perder tiempo en procurarnos comida del bosque, dijo mirando a Asiris de reojo. Quizá porque ya sospechaba que a la indiketa le fallarían las fuerzas más pronto que tarde. Acepté aquellos alimentos tras un breve titubeo, pensando que la vida de la anciana quedaría seriamente comprometida sin ellos. Lamentablemente, ni siquiera tuvimos ocasión de hincarles el diente.

Asiris dejó de ser dueña de sus deseos y también de sus movimientos aquel mismo mediodía, tras haber caminado cuatro o cinco horas monte traviesa. La indiketa se desplomó, desvanecida, tras superar un escarpado cerrete, aunque ya llevaba rato jadeando y trastabillando como un mulo viejo. Casi desde la salida de Belgida, la debilidad y la fiebre volvieron a torturarla, pero la indiketa siguió adelante aferrada a su bastón de boj, rechazando mi ayuda tozudamente. Con la mirada puesta en el próximo obstáculo. Por si aquel monte fuera ya el último y tras él se escondiera Muturudum. Ahora, arrodillado a su lado, sentí en mis yemas la quemazón rusciente de la fiebre, la certidumbre funesta de que si no encontraba ayuda de manera inmediata, mi amada princesa de Indika acabaría sus días bajo el suelo pedregoso de aquel encinar celtibérico.

Improvise unas robustas parihuelas con ayuda de mi *gladius*, cortando ramas de los árboles y atándolas con brezos y esparto. Después coloqué el cuerpo de Asiris sobre un colchón de helechos y lo sujeté a todo aquel entramado de troncos usando mi *cingulum* de cuero. Diez minutos más tarde, ya estaba arrastrando aquella primitiva camilla ladera abajo con una idea fija en la cabeza: escamotearle al implacable dios Cronos un día entero de su calendario. Para que el viaje hasta Muturudum no durase dos jornadas completas, como había vaticinado Nunna, sino solo la mitad. Una odisea que logré finalmente, a oscuras y con algunos sobresaltos. En varias ocasiones hube de lanzarme a tierra o buscar cobijo precipitadamente entre las encinas al ver —o más bien intuir— el acercamiento de hombres armados. Unos jinetes silenciosos y precavidos que únicamente podían constituir la avanzadilla de un gran ejército. Un grupo lo suficientemente numeroso, sin embargo, como para arrasar el poblado de Belgida y allanar así el paso de los ejércitos consulares de Pompeyo.

La cima de un último montículo me descubrió por fin la silueta gris de la ciudad que portaba el misterio en su nombre, y la falacia de la libertad cosida a su leyenda. Muturudum —me di cuenta mientras lo observaba— era un *oppidum* nacido por accidente, crecido en la anarquía y mantenido por la fuerza de la costumbre. En sus orígenes probablemente no habría sido más que un lugar de paso para pastores y quincalleros baratos. Una cómoda pradera ligeramente elevada donde aquellos viajeros irreductibles habrían construido cabañas en las que pasar la noche. Quizá algún tiempo después, alguien construyó una posada, y un establo en el que guardar o cambiar de montura. Y una taberna en la que limpiar de polvo el gaznate tras una larga caminata. Mucho más tarde —posiblemente tras la llegada de los cartagineses— a alguien se le ocurrió rodear aquel contorno caótico de un murete de piedras. Una pared a la que difícilmente se le podía llamar «muralla».

Asiris tosió y se agitó en su lecho de ramas mientras yo descifraba el secreto de aquella ciudad fantasma, la corazonada que siempre la había mantenido viva, la ratonera infame a la que el destino nos había abocado: Muturudum se había librado de la guerra simplemente porque el control de aquella ciudad remota no había interesado a nadie. Porque aquel montón de piedras mal alineadas no cerraba valles ni amenazaba vías de paso con valor estratégico, como Caraca, como BÍlbilis, como la propia Contrebia Leucade. Y, sin embargo, a pesar de su aparente insignificancia, esta vez Pompeyo andaba cerca, husmeando el terreno, incomodando a su rival, incitando —quizás— a la batalla a un Sertorio

que pasaba el invierno confiado en sus victorias del verano, ajeno al nuevo acercamiento de su mortal enemigo. Sin darse cuenta de que a los generales jóvenes y ambiciosos les cuesta cerrar el año sintiéndose perdedores y vuelven, aunque sea tarde, para enderezar el hierro que dejaron torcido con una derrota.

Una muchedumbre formada principalmente por mujeres y niños se arremolinaba ante los portones cerrados de Muturudum. Vociferando, agitando los brazos, blasfemando. Implorando misericordia para sus hijos pequeños. Rasgándose las vestiduras y las carnes al ver que ya nadie era admitido dentro de unos muros que, a pesar de su innegable decrepitud, todavía eran capaces de infundir seguridad al desesperado.

Me acerqué a la puerta norte de la ciudad cuando aquel grupo de desdichados se hubo marchado de vuelta a su aldea. A esperar la muerte entre los escombros de Belgida, al lado de los cuerpos de sus maridos o hijos caídos, bien de frío, bien a lanzazos o cuchilladas. Solo entonces me atreví a llamar, a tentar una suerte que otros habían encontrado esquiva.

—¿Qué quieres? —gruñó una voz anónima a través de un pequeño ventanuco recortado en uno de los portones.

—Entrar en la ciudad.

—No es posible —recitó aquel mismo hombre con aspereza, con el hastío que produce haber repetido las mismas palabras cientos de veces—. Ya no cabe un alma más en Muturudum. Márchate mientras puedas.

—Yo no soy un alma más —repuse cuando el ventanuco estaba ya a punto de cerrarse—. Yo no soy un hombre cualquiera.

La faz sucia del guardián de puertas volvió a asomarse por el tragaluz enrejado. Ceñudo, suspicaz, curioso.

—¿Qué te hace tan especial, muchacho? —preguntó tras observarme con más detenimiento—. Dime una sola razón por la que merezcas un sitio dentro de Muturudum antes que toda esa pobre gente de Belgida.

A través de la claraboya entreabierta se filtraba la batahola desquiciante del miedo. El caos que precede a toda hecatombe cuando el pánico y el desconocimiento impiden a los hombres pensar con cierta cordura.

—Soy un hombre de guerra —dije—. Sé cómo pelear y, sobre todo, sé cómo defender una ciudad sitiada.

El cuartelero anónimo volvió a mirarme de hito en hito, con creciente curiosidad. Con un interés que ya no era recóndito.

—No estamos sitiados —dijo al cabo.

—Pero vais a estarlo en breve.

—Y eso... ¿quién lo dice?

—Alguien que ya ha luchado en la misma guerra que está a punto de llamar a vuestra puerta.

—Nosotros jamás hemos tomado partido por nadie —terció una segunda voz escondida tras la puerta—. Quizá Pompeyo pase de largo. O tal vez pactemos con él y sigamos en paz, como hasta ahora.

—Muturudum está en territorio sertoriano —les dije—. Tan solo por eso, ya habéis tomado partido. Además, Pompeyo no busca pactos ahora mismo —les anuncié a ambos—, únicamente quiere dejar

ciudades destruidas y muros arrasados detrás de sus ejércitos. Para que Sertorio no pueda utilizarlos en primavera. ¿Creéis acaso que en Belgida se molestó en preguntar a sus habitantes si estaban dispuestos a ser sus aliados? Siento abriros los ojos..., pero así es como son las cosas —añadí encogiéndome de hombros.

El ventano se cerró tras un breve cruce de miradas entre mis dos interlocutores ocultos. Entonces me quedé otra vez a solas con Asiris y sus respiraciones entrecortadas. Tras la mirilla, supuse, aquellos dos hombres dilucidaban sobre mi futuro, y el suyo propio. Sobre la posibilidad de abrirle las puertas a un desconocido de aspecto insolente que transportaba un cuerpo inerte en unas parihuelas.

—¿Peleabas entonces del lado de Sertorio? —quiso saber el guardián de la cara sucia tras abrir de nuevo el agujero.

—Así es.

—¿Y por qué has desertado?

—No he desertado —dije apartándome a un lado y mostrando la camilla—. Mi mujer ha enfermado y he recibido permiso para venir a ver a Albura.

Nuevo silencio. Nuevo topetazo del ventanuco. Nueva rendija de luz tras más consultas.

—¿Sertorio nos ayudaría si se lo pedimos?

—Sin duda.

LIV

Muturudum era un hervidero de gentes enloquecidas por el pánico. Un laberinto de callejuelas atestadas de mujeres aterradas y de hombres con todo el aspecto de no haber empuñado jamás una falcata. Porque la ciudad fantasma con la que Asiris había soñado tantas veces seguía siendo lo que siempre fue: un lugar frecuentado por buhoneros, pastores, mercachifles, saltimbanquis y prostitutas. Aquella aureola mágica con la que mi compañera indiketa había ungido siempre a la Ciudad de los Hombres Libres era puro despropósito, una prueba más de cómo engordan las bolas de nieve cuando alguien les pone un nombre y las empuja ladera debajo de una patada.

Albura al menos era real, aunque su figura —todavía erguida y turgente— no respondía al concepto que uno maneja de una anciana curandera. La sanadora de Muturudum ya no mostraba la exuberancia rotunda de las flores jóvenes, pero tampoco hacía tanto que había perdido sus últimos pétalos. Hasta su cueva en los arrabales nos condujo Ertebas, uno de los pocos que mantenía la cabeza fría en aquel desbarajuste y, quizá por eso, llevaba la voz cantante. Allí, Albura palpó el vientre de Asiris y le hurgó entre las ingles sin rebozo.

—¿Es tu mujer? —me preguntó mientras olisqueaba su aliento.

—Sí.

—¿Cuándo yaciste con ella por última vez?

Eché la vista atrás, a nuestro accidentado periplo desde Dianium, a nuestra ingrata estancia en Osca, a aquel viaje en busca de una absurda quimera, a tantos días de sobresaltos...

—No sé. No lo recuerdo —balbucí.

—¿No lo recuerdas?

—No.

—Todos los potros recuerdan cuándo cubrieron a la yegua por última vez.

—Pues yo no —repliqué incómodo—. ¿Acaso eso es importante?

Albura volvió tras sus pasos para examinar a una Asiris exangüe.

—Necesito estar a solas con ella unos minutos —resolvió sin mirarme.

Ertebas me esperaba en la calle junto con otros tres hombres. Todos se retorcían las manos como si estrujaran bayetas húmedas. Todos pateaban el suelo ensopado de Muturudum sin percatarse de las salpicaduras de lodo que ensuciaban los bajos de sus túnicas. Los cuatro mercaderes se abalanzaron sobre mí en cuanto me vieron salir de la gruta como ocas hambrientas esperando comida de la mano del amo.

—Dijiste que Sertorio podría ayudarnos... —dijo el de la cara sucia, el que había hablado a través del ventanuco.

—Claro, pero para eso tendría que enterarse de que lo necesitamos. —Los cuatro mandatarios se leyeron las caras un segundo—. Él todavía no sabe que Pompeyo ha vuelto y merodea por la Celtiberia.

—¿Qué nos sugieres entonces? —me preguntó Ertebas a tenazón, azuzado por una prisa repentina y dolorosa.

—Que mandéis ahora mismo a media docena de jinetes rumbo a Osca, pero por caminos distintos. Seis hombres que sepan lo que es cabalgar sin descanso, que sean capaces de valerse por sí solos y conozcan por dónde se andan.

Cuatro golpes de cabeza, cuatro asentimientos rápidos. Después, la misma nube negra que nubla las miradas de todos los desesperados se cernió sobre aquellos cuatro mercaderes.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó el más alto y delgado sin percatarse de la absurda ambigüedad de sus palabras.

—¿Tiempo? ¿A *qué* tiempo te refieres? —le pregunté enarcando una ceja—. ¿Tiempo de vida? ¿Tiempo hasta que Pompeyo nos ataque? ¿Hasta que lleguen nuestros jinetes a Osca? ¿Hasta que Sertorio logre movilizar un ejército? No soy matemático, ni adivino —añadí—, tan solo un soldado.

Fue Ertebas el que volvió a mostrarse más cuerdo tras un tenso y breve silencio.

—¿Qué debemos hacer para que nuestras opciones de supervivencia mejoren? —dijo mirando a su alrededor, a una ciudad encorsetada entre muros raquíticos y en la que, además, no habitaban precisamente guerreros.

Contemplé con desaliento la Ciudad de los Fugitivos, o de los Hombres Libres, o de los Transeúntes sin Instintos Bélicos, y no encontré en ella ningún motivo para el sosiego.

—Hay que recrecer esos muros. Cuanto antes.

—Pe... pero eso nos llevaría meses. Años quizá —tartajeó el de la cara sucia—. Además, habría que salir a buscar piedra...

—No usaremos piedras. Bastará con levantar un parapeto de troncos sobre la muralla, y recubrirlo después con arcilla. También habrá que reforzar con contrafuertes de hierro todas las puertas de la ciudad.

—Los maderos de todas ellas ya son suficientemente gruesos —protestó el mercader más alto.

—No para un ariete romano, creedme. También debéis cubrir los techos de todas las casas con gruesas telas.

—¿Para qué? —se extrañó Ertebas.

—Para poder mojarlas cuando los onagros romanos nos escupan sus bolas incendiarias.

Cuatro gargantas tragaron saliva al unísono, crujiendo como palos resecos.

—¿Algo más? —repuso Ertebas.

—Hay que fabricar horquillas de hierro o madera de unos cinco codos de longitud.

—¿Vamos a apilar heno mientras esperamos? —preguntó el mercader espigado con estúpida ironía.

—Vamos a intentar salvar tu culo flaco echando abajo las escaleras de quienes vendrán con idea de escalar la muralla y cortarnos el cuello a todos —le respondí sin ganas de chanza—. Al lado de cada hombre que maneje una horquilla —proseguí— habrá otros dos, provistos de arcos o lanzas. Además, todos aquellos en disposición de pelear portarán desde ahora mismo una espada bien afilada.

—Y si hacemos todo lo que nos pides, ¿nos salvaremos? —preguntó estúpidamente el de la cara tiznada.

—Si hacéis todo lo que os he dicho, viviremos más tiempo.

Los cuatro ciudadanos quizá más ilustres de Muturudum se dieron la vuelta cómicamente, igual que

cuatro gansos borrachos, con la misión inaplazable de empezar a preparar su ciudad para una guerra que siempre habían esquivado. Hasta entonces. Hasta que a Cneo Pompeyo Magno se le había ocurrido volver de los Pirineos y poner los ojos en la Celtiberia. Para arrasarse sus ciudades sin hacer distinciones. Incluso si aquellos *oppida* jamás hubiesen dado muestras de beligerancia y careciesen, además, de interés estratégico. Aun así, el general romano se había propuesto dejar tras él un camino allanado, emborrachado de sangre y muerte. Tal vez para perturbar el descanso de su mortal enemigo o quizá con la pretensión más ambiciosa de hacer salir a Sertorio de su cómodo encierro en Osca y forzarlo a librar nuevas batallas, esta vez lejos del litoral del *mare Internum*.

—Ertebas... —lo llamé antes de que el hombrecillo desapareciese tras la primera esquina.

—¿Qué ocurre?

—Háblame de Albura.

—¿Albura? ¿Qué quieres saber de ella?

—¿Tiene poderes o conocimientos curativos?

Ertebas esbozó una sonrisa sorprendida y a la vez estragada por la preocupación del momento.

—Albura era prostituta hasta hace poco —dijo, bajando el tono y mirando de reojo hacia la cueva—, hasta que empezó a perder los dientes.

—¿Entonces ella no...?

—Oh, Albura lo sabe todo sobre los males de las mujeres —me tranquilizó el mercader dándome una palmada en el hombro—. Tu esposa está en buenas manos.

Asiris yacía sobre un camastro, entre los brazos de aquella curandera atípica, recibiendo alguna extraña pócima a través de sus labios marchitos. Su rictus lívido seguía mostrando la serena laxitud de los desmayados, o de los que han fallecido sin sufrimiento. La indiketa, afortunadamente, todavía respiraba.

—¿Podrás sanarla? —pregunté tras entornar las cortinas.

Albura me miró con gesto cansado desde las tinieblas de su cueva, como si sanar a otras personas le drenara las fuerzas.

—A ella sí, si tú quieres —respondió mientras derramaba el contenido del cuenco entre los labios trémulos de Asiris.

—¡Pues claro que quiero! —aduje con brusquedad ante aquella manera tan extraña de expresarse—. Para eso hemos venido. ¿Para qué si no? Es a ella a la que tienes que salvar y no a mí, al menos por ahora.

Albura esbozó una sonrisa tortuosa.

—No es tan fácil como crees —dijo—. No es así de sencillo.

—¿Puedes o no puedes?

—Hay dos vidas en juego —afirmó de repente aquella antigua mujer de la vida limpiando de sudor la frente de Asiris.

—¿Do... dos vidas?! ¡¿Qué diablos estás diciendo?!

Albura me miró con la sufrida desesperanza con que suele contemplarse a los necios.

—Esta mujer está preñada —sentenció—, pero las cosas se han torcido.

—¿Pre... preñada? ¿Torcido? No sé si entiendo... —balbucí aturdido.

—Es muy sencillo —sostuvo la sanadora de Muturudum con rotundidad apabullante—. Si le arranco la criatura que lleva en las entrañas, vivirá. Si prefieres que no lo haga, el destino decidirá por sí solo.

Pero es muy posible que mueran ambos.

Un trasiego frenético de troncos y planchas de hierro se colaba a través de las cortinas que cerraban la gruta mezclado con el clamor de voces y órdenes. Mutturudum hervía en el miasma infecto de la guerra mientras mi cabeza bullía en las aguas de la duda.

—Yo... yo no puedo decidir solo —aduje tras devanarme los sesos infructuosamente—. Ella tiene que despertar y ayudarme...

—Eso es lo que estamos intentando —respondió Albura volviendo su atención hacia la enferma.

Una tos seca agitó súbitamente el pecho de Asiris. Después, un reguerillo de oscura bilis empezó a escapársele de la boca.

—¡Asiris...! —exclamé cuando la vi recostarse sobre un codo—. ¡Asiris! —grité de nuevo mientras me acercaba a ella de dos zancadas.

—Kalaitos... —sonrió con debilidad febriculosa—, ¿por fin estamos en Mutturudum?

—¡Oh, Asiris! —gimoteé aferrándole las sienes—. ¡Ya pensaba que nunca despertarías!

—Kalaitos... —musitó, haciendo esfuerzos por que su voz sonara clara—, ¿estamos *por fin* en Mutturudum?

Asentí sin hablar, meciendo su cabeza en mi regazo.

—Por fin lo hemos conseguido... —murmuró abrazándome con la felicidad deslumbrante de una niña pequeña.

—Asiris... —le dije entonces, agarrándola de la mano, obviando la auténtica realidad, ocultándole los nuevos e imprevistos peligros—, ¿por qué no me habías dicho nada?

La indiketa volvió a esbozar aquel mismo mohín desmayado y dulce.

—Porque nunca habrías accedido a dejarme marchar de Osca.

Dos lágrimas furtivas surcaron mis mejillas mientras sentía bajo mis manos la palpitación alocada de aquel vientre, abrasado por la emoción, vacío de palabras.

—¡Sálvalos a los dos! —le dije a Albura con urgencia desesperada cuando recobré el habla—. ¡Sálvalos como sea! —añadí justo cuando una rendija de luz inundaba la cueva.

—Necesito que vengas conmigo —me pidió desde la entrada un demudado Ertebas.

LV

Dos hombres a caballo se habían detenido a apenas un tiro de flecha de las puertas de Muturudum. Ambos aparecían arrebuajados en gruesos capotes de invierno bajo los que lucían atuendos de oficiales romanos. La brisa cortante de la Celtiberia azotaba inclemente los penachos de sus cascos y las crines de sus monturas. Aquellos dos jinetes, sin embargo, no se movían. Permanecían plantados en la llanada como dos gárgolas con raíces, intimidando con su sola presencia. Admirando sin prisas el espanto de una ciudad a punto de ser sitiada.

—¿Es Pompeyo? —me preguntó Ertebas desde un parapeto todavía imperfecto.

Asentí mientras calculaba, grosso modo, el tamaño del ejército que el joven general había traído hasta las puertas de Muturudum.

—El que está a su lado es su lugarteniente Afranio —le informé tras haber estimado en dos legiones completas la magnitud de unas tropas que iban a acampar a apenas dos estadios de nosotros, una distancia absolutamente irrisoria.

—¿Los conoces?

—Los conozco —respondí mientras examinaba las labores de fortificación de una ciudad prácticamente indefendible—. ¿Cuánto hace que se marcharon los seis mensajeros? —le pregunté a Ertebas.

—En cuanto tú dijiste. Hará una hora...

—¿Qué hacemos ahora? —terció Hilerno, el mercader de la cara sucia.

—Quieren parlamentar —les expliqué.

—¿Debemos entonces salir y encontrarnos con esos hombres? —quiso saber Ertebas.

—Efectivamente —le confirmé—. Pero antes les haremos esperar un rato. Hay que ganar tiempo.

—¿Y qué les diremos? —tembló Hilerno, contemplando con ojos consternados las evoluciones de diez mil hombres empuñando la dolabra.

—Nada.

—¿Nada?! —Ambos comerciantes me miraron con un estupor pavoroso, como si afrontar con ademán indiferente la mirada y las palabras de dos oficiales romanos ya constituyese de por sí una grave ofensa.

—No tenéis nada que decir ni que ofrecer —les dije—. Así que tan solo debéis escuchar sus exigencias.

—¿Y después?

—Hacedle ver a Pompeyo que necesitáis pensarlo. Pedidle dos días de plazo para consultar al pueblo.

—¿Lo aceptará?

—No, pero os concederá uno, seguramente. Eso ya será margen suficiente para terminar los preparativos.

—Preferiría que vinieses con nosotros... —me pidió Ertebas.

—No sería buena idea —le contradije.

—¿Por qué?

—Es mejor que Pompeyo no sepa que estoy aquí entre vosotros. Si lo supiera..., es posible que mandara desde el principio a sus mejores tropas.

Pompeyo y Afranio aguantaron la ventisca durante una larga hora antes de dar muestras de nerviosismo. Solo entonces insté a salir a campo abierto a los tres hombres que darían réplica a los dos oficiales romanos. Ertebas, Hilerno y Leukon —el comerciante espigado— aparecieron sobre la campa de Muturudum con un trotecillo indolente, tal como yo les había indicado. Cabalgando con una calma impostada, sin descubrir miedos prematuros ni mostrar las pocas bazas que podíamos jugar en aquella arriesgada partida.

Como ya había supuesto, la reunión resultó breve, y prácticamente consistió en un monólogo del general romano. Sus ademanes, sin embargo, en ningún momento parecieron amenazadores; más bien se antojaron comprensivos ante una situación que, desgraciadamente, no tenía vuelta de hoja. De esa manera lo refirió Ertebas a su vuelta, tras convocar a todo el pueblo de Muturudum en la plaza del Mercado. Allí, aupado sobre una carreta, el mercader que asumía el papel de líder improvisado les habló a sus convecinos sin tapujos ni falsos velos. Según explicó, Pompeyo casi le había pedido disculpas por tener que demoler una ciudad que no había causado mal a nadie, pero que, desgraciadamente, se encontraba en su camino, en un territorio equivocado. No obstante, el general romano había prometido respetar la vida de todo aquel que se marchara sin resistencia. Todos podrían asentarse y volver a rehacer su ciudad donde quisieran —les había dicho el joven *imperator*—, aunque esta vez sin murallas ni defensas. Porque las gentes de paz —sostuvo— no necesitan resguardarse de nadie. Por todo lo cual los conminaba también a interrumpir las labores de construcción de aquel parapeto inservible. Y a abandonar sus hogares en un día a partir de entonces. De lo contrario —afirmó—, entendería que Muturudum apoyaba a Quinto Sertorio en aquella guerra, y se vería obligado a tomar la ciudad al asalto, matando a cuantos habitantes encontrara dentro de sus muros.

Un silencio inquietante se adueñó de una plaza repleta que aún conservaba el aroma fresco de las viandas prendido de sus aleros. Una quietud funesta, sembrada de lamentos sincopados y blasfemias entre dientes.

—¿Y por qué no habríamos de fiarnos de Pompeyo?! —se preguntó una voz anónima bajo los soportales, desatando entre la multitud circundante un peligroso coro de murmullos aprobatorios.

—¡Porque en Belgida incendió la ciudad y mató a todos los hombres en edad de empuñar una espada! ¡Sin darnos siquiera opción a rendirnos! —le contestó una superviviente a aquella masacre cercana.

—¡En Belgida habíais tomado partido por Sertorio! —le echó en cara otra voz airada—. ¡Eso es lo que ocurre cuando se apuesta por un bando en una guerra!

Ertebas me lanzó una mirada de preocupación desde lo alto de la carreta. En la parte opuesta de la plaza, un grupo de asistentes se había enzarzado en una violenta disputa sobre la procedencia de abandonar la ciudad o defenderla hasta sus últimas consecuencias.

—¡Calmaos, por favor! —les gritó aquel mercader sin vocación de caudillo—. ¡Encontraremos una solución que satisfaga a todos! —añadió con voz atribulada mientras me hacía un hueco junto a él en su improvisado púlpito.

—¡Escuchadme! ¡Escuchadme todos! —troné por encima de aquellas gargantas encrespadas—. ¡Os habla un soldado sertoriano, un superviviente a un asedio parecido a este, un celtíbero como vosotros! —les espeté desde mi promontorio—. ¡Yo os prometo, en nombre de Ertebas —continué, atribuyéndome una autoridad que nadie me había conferido todavía—, que nadie será obligado a permanecer en Muturudum en contra de su voluntad! ¡Quien decida confiar en la palabra de Pompeyo es libre de marcharse! ¡Y puede hacerlo ahora mismo! —les autoricé, apuntando con mi *gladius* desenfundado a los portones cerrados de la ciudad.

La trifulca de los soportales había cesado por completo, y quienes antes se increpaban agriamente ahora miraban hacia la carreta con curiosidad, escrutando —entre guiños de suspicacia— la figura de un joven que no vestía túnica ni coturnos de piel de cabra como ellos, sino un grueso *sagum* de lana y las sandalias claveteadas de todos los hombres que prometen violencia.

—¡Los portones de Muturudum permanecerán abiertos hasta el crepúsculo! —les anuncié—. ¡Podéis marchar o podéis quedaros! Haced lo que os plazca, pero meditaad muy bien vuestra decisión —les advertí—, porque después de que el sol se ponga... ¡esas puertas se cerrarán para siempre!

El cacareo ensordecedor de mil voces acuciadas por un dilema inaplazable debió de ser escuchado desde el mismo campamento romano. A mi lado, Ertebas había recobrado al menos el color en el rostro.

—¡Ya hemos pedido ayuda a Sertorio! —les informó a voz en cuello a sus convecinos—. Pero mientras esperamos su llegada.... —el mercader hizo un alto para lanzarme una mirada de soslayo— habrá que afrontar ciertos riesgos.

—¡Habrá que pelear —dije, tomando otra vez las riendas de aquella asamblea—, y quizá morir! ¡Que nadie se lleve a engaño! —les señalé—. ¡Permanecer en Muturudum equivale a combatir durante días, semanas e incluso meses sin garantía alguna de éxito! ¡A escoger un infierno seguro frente a un exilio forzoso! ¡A apostar por la lucha antes que arrastrarse por tierras desconocidas como espíritus errantes!

Un silencio de muerte atenazó a una muchedumbre aterrada. Una quietud asfixiante que casi dejaba escuchar el sonido de los copos de nieve que empezaban a aterrizar sobre nuestras cabezas.

—¡Permanecer en esta ciudad puede no ser el salvoconducto para seguir viviendo —quise aclararles antes de que tomaran una decisión irreversible—, pero tampoco lo es abandonarla! ¡Quedarse aquí y defender lo que es vuestro es lo mismo que desenterrar el orgullo propio de nuestra estirpe y vestirlo como un sudario! ¡Hasta el final, hasta que la libertad vuelva a ser la bandera de Muturudum... o hasta que la diosa Noctiluca nos reclame desde su trono! ¡Pensad muy bien cómo queréis vivir el resto de vuestros días y cómo queréis ser recordados! —les grité a unas gentes que miraban hacia las puertas de la ciudad con rostros desencajados.

Varios cientos de personas huyeron de Muturudum a pesar del nuevo parapeto, a pesar de los recios contrafuertes instalados en sus portones, a pesar de mis palabras. Se alejaron serpenteando en una silenciosa caravana parda porque, como decía mi padre, el miedo es una bebida maligna que a cada cual le nubla la mente de distinta manera. Marcharon rumbo al este, mirando siempre de reojo a quien dijo que iba a permitirles vivir en otra parte, aislados de la guerra, de espaldas a la realidad de Hispania.

—Cerrad ya las puertas —le ordené a Ertebas cuando aquella hilera de fugitivos apenas se había alejado medio estadio de la ciudad.

—Pero aún no se ha puesto el sol...

—Da igual. Ya han salido suficientes. ¿O es que piensas defender tu ciudad con cerdos y gallinas? —le

dije a un hombre que, de guerras y asedios, sabía menos que un niño de teta.

—Pero tú les dijiste...

—¡No importa lo que les dije! —tuve que sisearle en la cara—. ¿Cuántos hombres adultos o jóvenes quedan en Muturudum ahora mismo?

Los números giraron raudos en la cabeza de aquel avezado mercader igual que cuando calculaba ventas o beneficios.

—Mil quinientos, a lo sumo.

—Muy bien. Nos hacen falta todos —le dije poniendo rumbo a la cueva de Albura, aunque me paré tras un par de pasos—. Ertebas... —lo llamé cuando ya se disponía a cumplir mis órdenes.

—¿Qué ocurre?

—¿Con qué productos comerciáis en Muturudum?

El mercader pareció confundido ante mi pregunta.

—¿Qué importa eso ahora?

—Importa. Te lo aseguro.

Asiris dormitaba en su lecho de paja y roca murmurando desvaríos, rebozada en cataplasmas humeantes. Cuando me oyó llegar, abrió los ojos.

—Kalaitos... —Sonrió con la misma debilidad de antes—. ¿Qué es lo que pasa ahí afuera? ¿Qué ocurre en Muturudum? —me preguntó entre los resquicios de la fiebre.

Miré a Albura, por si el silencio fuese mejor que una mala respuesta. Pero la curandera movió la cabeza en sentido afirmativo, porque, al parecer, Asiris tenía ya las fuerzas suficientes para recibir en sus carnes el zarpazo del desengaño.

—Hemos llegado un poco tarde... —le respondí acariciándole la mano—. O quizá en mal momento.

—¿Tarde? —La indiketa trató de incorporarse, pero pronto cejó en su empeño—. ¿Mal momento? —preguntó agravando el gesto.

—La guerra nos ha alcanzado —le dije—. Pompeyo está ahí afuera y quiere destruir Muturudum.

Asiris logró auparse sobre un codo.

—Pe... pero Muturudum es... —se aturulló—, siempre ha sido...

—Una ciudad neutral —la ayudé—, pero no le valdrá de nada.

—¿Entonces? —El gesto descoyuntado de mi compañera me partió el alma.

—Hemos mandado aviso a Sertorio —le informé— y estamos preparándonos...

—¿Preparándonos? —Se alarmó—. ¡¿Para la guerra?! —exclamó cuando la realidad la atropelló como una carreta sin frenos.

—Preparándonos para lo que venga —le dije bajando la mirada, para no seguir contemplando aquel rictus desquiciado, aquellas mejillas marcadas por la fiebre y el desencanto.

La indiketa se desplomó sobre su camastro, súbitamente desfallecida, derrotada, desasida de sí misma. Pocos segundos después, sin embargo, su ceño volvía a fruncirse con los bríos de antaño.

—¡Entonces peharemos, Kalaitos! ¡Peharemos por nosotros, por nuestro hijo y por Muturudum! —decidió, sentándose bruscamente sobre el camastro.

—Claro —le aseguré sonriendo—. Yo pelearé por los tres —le dije acariciándole el vientre, empujándola otra vez a su cama. Para que volviera a soñar con una libertad anacrónica e imposible. Con una victoria que raras veces visita a quienes se encuentran sitiados por dos legiones romanas.

Albura me agarró por el *sagum* cuando ya me tendía sobre el camastro que ella misma me había preparado junto a Asiris.

—Está mejor —me explicó—. Es una mujer muy fuerte. Puede que ambos sobrevivan —añadió mientras un extraño aire de pensamiento se apoderaba de ella—. Contrebiense... —me dijo antes apartarse.

—¿Qué?

—¿Es verdad lo que se dice por ahí?

—¿Qué es lo que se dice por ahí?

—Que tú puedes salvarnos. Que tú puedes evitar la caída de esta ciudad.

LVI

Pompeyo hizo formar a sus tropas frente a las murallas de Mutturudum con puntualidad puntillosa, a pesar de que nuestras puertas habían dejado de escupir fugitivos hacía ya muchas horas; a pesar de que conocía —o presumía— desde hacía rato la voluntad inquebrantable de quienes habíamos decidido quedarnos dentro.

—¿Quiénes son *aquellos*? —me preguntó Leukon señalando hacia las tropas que formaban en retaguardia, a resguardo de los soldados consulares del general romano.

—Son auxiliares —le dije, mientras yo también me preguntaba por la procedencia de aquellos guerreros.

—¿Hispanos? —inquirió Ertebas intrigado.

—Sin duda.

—Pensaba que solo Sertorio contaba con este tipo de ayuda. ¿De dónde proceden esos guerreros? ¿Son acaso celtíberos como nosotros?

—Desde aquí no podemos adivinar su procedencia —le dije tras examinar los atuendos y armamento de aquellas tropas—. Pero lo comprobaremos muy pronto.

—¿Van a atacarnos ya? —terció Leukon, el comerciante desgarbado, temblequeando bajo su túnica.

—Aún no —le respondí mientras contemplábamos la escena desde el parapeto—. Pompeyo tan solo está exhibiéndose. Quiere que veamos a plena luz del día la inmensa desproporción de fuerzas. Algunas batallas se ganan así —añadí cuando quizá debí haberme callado—, haciendo que el enemigo se muera de miedo antes de iniciar la batalla.

El general romano se había plantado donde el día anterior. Haciendo frente a la misma ventisca, acompañado otra vez por su incondicional Afranio pero respaldado esta vez por diez mil hombres dispuestos en cuadrados perfectos. Detrás de aquel ajedrezado tapete de escudos y lanzas, varios miles de feroces guerreros hispanos dispuestos a tentar nuestras fuerzas en los primeros compases de la batalla. Dispuestos a trocear carne también hispana sin pararse a pensarlo.

—¿Pompeyo y Afranio pretenden que salgamos de nuevo a parlamentar con ellos? —se preguntó Hilerno de manera ilusa al ver la pose aparentemente expectante de los dos oficiales romanos.

—Lo único que podrás negociar ya con Pompeyo es la forma en que quieres que te mate —le dije sin mirarlo—. Simplemente están esperando a que nuestros miedos maduren un poco más antes de atacarnos.

—¿Cuál será entonces nuestro próximo movimiento? —quiso saber Ertebas, que parecía dominar el pánico de una manera más eficaz que sus dos compañeros.

—Dispón a los mejores hombres en el extremo sur de la muralla —le dije—. Y despliega a los más jóvenes e incluso a las mujeres que sepan empuñar una falcata cubriendo el resto de flancos.

—Pero las tropas de Pompeyo amenazan nuestra cara este... —titubeó el mercader mirando extrañado

hacia la formación romana.

—No se moverán de ahí —le aseguré—. El ataque vendrá desde el sur, por donde la ladera es menos empinada. Confía en mí y coloca donde te he dicho a los más capaces.

Recorrí el camino de ronda de la muralla mientras los manípulos enemigos iban deshaciéndose lentamente, formando un único frente de combate, tomando posiciones. Aunque me habría gustado disponer de más tiempo, instruí entonces a aquellos soldados accidentales sobre la manera de derribar escalas y artilugios similares con sus forcachas recién construidas. Y, sobre todo, les expliqué cómo usar sus *solliferrea* a través las rendijas del parapeto. Hurgando, pinchando, clavando aquellos arpones de hierro en los cuerpos de quienes escalasen aprovechando los pequeños resquicios que dejaban entre sí los troncos. Aquella era una labor que realizarían prácticamente a ciegas —les dije—, sin ser conscientes de si herían o mataban. Sin embargo, aquello no debía preocuparles. Evidentemente, un enemigo muerto siempre es mejor que uno herido, pero también es cierto que quien llega al último peldaño de una escala con un lanzazo en el cuerpo es menos peligroso que el que llega sano.

—¿Vendrán «todos» a la vez? —Ertebas pareció súbitamente abrumado por las circunstancias.

—No, primero probarán con los auxiliares —le dije, sin conseguir que aquel leve matiz le restaurase el color en el rostro—. La costumbre romana es desgastar al contrario usando a los guerreros hispanos como punta de lanza. Después suelen enviar a dos o tres cohortes de *bastati* para rematar el trabajo.

—No... no vamos a poder con tantos —tartajeó Hilerno angustiado mientras contemplaba las maniobras de despliegue de un ejército enemigo que ya estaba dejando pasar a primera línea a los hombres que de verdad asaltarían Muturudum.

—Podremos —les dije encasquetándome el yelmo que Ertebas me había proporcionado—. Todavía tenemos una ventaja.

—¿Ven... ventaja? ¿Cuál? —se preguntó Leukon.

—Pompeyo no espera ninguna resistencia por nuestra parte. Y sus hombres tampoco. Esa es nuestra ventaja *boy*, y hemos de aprovecharla.

Tres caballos irrumpieron entonces en la campa de Muturudum. Desbocados, desaforados, escupiendo espumarajos blancos por sus belfos. Tres monturas sin jinetes en sus grupas, aunque, a decir verdad, uno de los animales arrastraba al suyo colgado del estribo derecho.

—¿Conocéis esos caballos? —les pregunté a mis demudados acompañantes.

Los tres asintieron en silencio.

—¿Y al muerto?

—Creo que es Ablón —repuso un consternado Hilerno—. Ese es al menos su caballo.

—¿Ablón era uno de los que salieron esta mañana con su familia? —les pregunté a los tres mientras los alazanes buscaban afanosamente las puertas cerradas de Muturudum.

Más asentimientos. Más gestos pesarosos, y una duda casi caritativa.

—¿Los dejamos entrar? —me preguntó Ertebas dispuesto ya a abrir alguno de los batientes laterales de la ciudad y permitir la entrada de los animales.

—¡Espantadlos! —les ordené—. Haced que recorran la campa de lado a lado. Dejad que paseen por delante de la muralla el cadáver de alguien que decidió creer en la palabra de Pompeyo.

—¿Para qué? —inquirió Leukon estúpidamente.

—Para que el odio y la rabia les hagan pelear con más coraje.

Mil gargantas rugieron o insultaron a unos enemigos que iban rodeando la ciudad, siempre a cobijo de sus escudos, en busca del sector sur de nuestra muralla. Muchos brazos cargaron entonces sus arcos para descargar sobre aquellas tortugas acorazadas una primera rociada de proyectiles.

—¡No disparéis todavía! ¡No malgastéis flechas! —les ordené sin embargo—. ¡Guardadlas para más adelante! ¡Preparar las horquillas y los *soliferrea*!

Varias cohortes de *bastati* habían quedado formadas, amenazando desde una distancia prudencial, todo el perímetro de Muturudum. A su lado, aquellos auxiliares desconocidos. Aullando, vociferando, haciendo gestos obscenos. Prometiéndonos la muerte en cada uno de sus gestos.

—¡Manda subir al parapeto a todas las mujeres y a todos los niños! ¡Que se cubran la cabeza con alguna prenda o casco y ocupen las zonas donde no haya pelea! —le urgí a Ertebas mientras las huestes enemigas continuaban todavía inmóviles, expectantes, aguardando órdenes para iniciar el asalto.

—¡Pero no podrán hacer nada si los atacan! —se alarmó el mercader—. Quizá debiéramos repartir nuestros hombres de otra manera...

—¡No podemos distraer tropas de la muralla sur! —le grité zarandeándolo—. Bastará con que las mujeres y los niños más altos asomen la cabeza por encima del parapeto. Para que los tomen por soldados preparados para la defensa.

—Pero...

—¡Tenemos que arriesgarnos, maldita sea! ¡Tenemos que correr riesgos, ¿es que no lo entiendes?!

El golpeteo rítmico e inquietante de dos mil pies acercándose a nosotros ahogó las protestas de Ertebas. Y sus dudas, y sus seguros temores.

—Peleemos como él dice —intercedió un renacido Hilerno desenfundando un *gladius* con manchas de cardenillo verde—. El contrebiense sabe más de estas cosas...

Mandé colocarse a Ertebas a mi derecha, a ocho o diez pasos de distancia. A Hilerno y Leukon los dispuse intercalados en puestos equidistantes, a la cabeza de aquellos grupos de guerreros diletantes, con el fin de que mis órdenes pudieran pasar de un extremo a otro de la muralla de manera rápida y efectiva. Por último di instrucciones encaminadas a detener de manera drástica a una más que previsible segunda horda atacante. Y mientras realizábamos tales ajustes, aquellos guerreros vestidos con pieles y chalecos de lino se lanzaron sobre nosotros como una manada de lobos hambrientos. Vinieron a la carrera, lanzando alaridos guturales, mostrándonos las escalas y los garfios con los que pretendían abordarnos.

—¡Arqueros! —troné levantando el brazo derecho—. ¡Cargad ahora!

Los mercaderes de Muturudum tensaron sus cuerdas con presteza, temblequeando algunos, otros con brazo más firme, angustiados la mayoría.

—¡Disparad! —les ordené cuando los asaltantes se encontraban a pocos pasos de nosotros.

La descarga hizo desplomarse a la primera línea de aquellos hombres iracundos. Sin embargo, los que venían detrás lograron apoyar sus artilugios contra nuestra muralla. Ignorando a los caídos, desdeñando a nuestros arqueros, despreciando el peligro. Apenas cubiertos con pelotas de cuero y provistos de rudimentarias falcatas, aquella horda de auxiliares anónimos se dispuso a tomar Muturudum sin cuidarse de nada, como si los dardos que seguían lloviéndoles desde las alturas fuesen inofensivos juncos sin punta.

—¡Usad las horquillas! ¡Ahora! —les grité a aquellas tropas de buhoneros atrapados por el destino—. ¡Procurad que no logren afianzar las escalas en el parapeto!

Una docena de aquellas escalerillas fue rechazada con ayuda de las forcachas cuando sus ocupantes ya se habían encaramado a ellas.

—¡Disparad, disparad a los caídos! —les insté a mis arqueros al ver a decenas de hombres rodando por el suelo, indefensos durante unos segundos fatídicos.

Otras muchas escalas, sin embargo, habían quedado sólidamente clavadas en el entramado de troncos gracias a sus garfios. Permitiendo trepar a sus portadores como simios endemoniados, con la mirada roja y el cuchillo entre los dientes. Movidos por la codicia de la rapiña o por algún odio arcaico hacia el pueblo celtíbero. Más cuerpos acribillados siguieron acumulándose al pie de la muralla, pero nuevas filas de guerreros acudían siempre a sustituirlos igual que una marea insidiosa y eterna. Desbordándonos, agotando nuestra capacidad de respuesta, impidiéndonos contrarrestar el empuje de aquella avalancha humana simplemente con flechas.

—¡Preparad los *soliferrea*! —les grité a mis tropas cuando ya no pudimos pararlos a base de dardos—. ¡Esperad a que las escalas se llenen! ¡Esperad a que lleguen arriba! —añadí al ver que muchos de aquellos soldados bisoños ya estaban acuchillando el aire inútilmente.

Cincuenta cabezas aparecieron casi a la vez por encima del parapeto. Debajo de aquellas pelambres hirsutas venían ojos inyectados, convencidos de un asalto rápido, confiados en el éxito de otras escaramuzas similares en las que los defensores habían huido despavoridos nada más vislumbrar aquellos rostros feroces.

—¡Ahora! —rugí levantando mi espada en el aire—. ¡Usad los *soliferrea*! ¡Acuchillad sin descanso! —grité mientras descargaba mi primer golpe en aquella batalla.

El refilonazo de mi *gladius* se llevó una oreja de mi enemigo, haciéndole perder el machete que llevaba entre los dientes. Mi segundo tajo se lo quitó con la mano, como quien espanta una simple avispa de la cara. Aun así, aquel hombre se aupó un peldaño más en la escala y puso su rodilla sobre el murete. Rabioso, contumaz, ahuyentando el dolor de sus mutilaciones a base de juramentos. Mascullando letanías en una lengua ininteligible para mí pero no absolutamente desconocida. Una tercera estocada lo envió al infierno, arrastrando en su aparatosa caída a otros dos compañeros. Solo entonces me asomé para comprobar los auténticos resultados de nuestra estrategia: a lo largo de toda la muralla sur, centenares de auxiliares pompeyanos yacían en un suelo salpicado de rojo, retorciéndose de dolor o inertes. Varias escaleras de asalto —observé— aparecían en ese momento vacías de asaltantes.

—¡Tirad de ellas! ¡Arrancad las que podáis y echadlas a este lado! —ordené al instante, viendo la ocasión de librarnos de algunos de aquellos artilugios—. ¡Vamos, tirad de ellas antes de que vuelvan a subir! —les urgí a voz en cuello, aunque, desgraciadamente, la artillería romana interrumpió nuestra operación cuando apenas habíamos desprendido tres o cuatro.

—¿A qué viene este bombardeo?! —me gritó Ertebas, acurrucado a mi lado.

—Tan solo están preparando el terreno para un segundo intento —le respondí con la nariz pegada al suelo.

—¿Otro intento? ¿De los auxiliares?

Miré a Ertebas antes de contestarle. Tenía la túnica moteada de sangre y lodo, igual que el rostro. Un dramático barniz que confería a sus facciones de comerciante la dureza pétreo de un experto guerrero.

—Me temo que esta vez la cosa irá más en serio —le confesé al fin.

—¿Esta vez Pompeyo enviará a auténticos legionarios?

—*Hastati* —asentí—. Mandará a los *hastati* para que acaben ellos el trabajo.

La mano de Ertebas agarró la manga de mi *sagum*, tirando de ella, forzándome a mirarlo a los ojos.

—¿Podremos *también* con ellos?

Las catapultas y onagros habían dejado de hacer temblar nuestra muralla y nuestras almas, dando paso a un silencio de lamentos cercanos y voces de mando algo más remotas.

—Ya vienen —le anuncié tras incorporarme y asomar la cabeza sobre los restos del parapeto.

—¿Podremos, contrebiense? —repitió Ertebas con su mano todavía aferrada a mi ropa, con sus ojos convertidos en finas rendijas.

—Vamos a intentarlo —le dije desprendiéndome de su abrazo y propinándole un golpecito en el casco—. Espero que el nuevo truco funcione.

Los soldados más jóvenes de Pompeyo se acercaron cautelosos, advertidos ya del peligro después de presenciar la escabechina ocurrida frente a sus ojos. Abordando las escalas que seguían en su sitio con precaución extrema, con los escudos por delante, protegiendo sus estómagos y sus pechos de las cuchilladas arteras que podrían sobrevenirles a través de unos huecos casi invisibles.

—¡Preparad las tinajas! —grité a los encargados de manejar las pesadas ánforas repletas de aceite. Un producto con el que aquellos mercaderes pensaban comerciar aquel mismo invierno y que ahora emplearíamos en estado hirviente para un menester muy distinto—. ¡Levantadlas! —ordené cuando todas las escalas estuvieron repletas de *bastati*—. ¡Vertedlas sobre ellos! —rugí mientras aquellos soldados todavía inmaduros levantaban la mirada y se hacían por primera vez conscientes del infierno que se cernía sobre sus cabezas.

El alarido animal de los legionarios al recibir aquella ducha de fuego retumbó en el aire gélido de Muturudum como el estertor de una fiera mitológica. Malherida, agónica, desesperada.

—¡Arrojad antorchas! —ordené para acabar con los que se retorcían al pie de la muralla. Para que el fuego los devorara antes que las quemaduras del aceite. Para que siguieran alimentando con sus gritos los ecos que llenaban de muerte el valle del Durius—. ¡Flechas incendiarias! —dispuse para los que gateaban, se arrastraban o trataban de alejarse trastabillando como borrachos desorientados. Para que la agonía espeluznante de aquellas antorchas humanas paralizase a quienes debían venir detrás de ellos. Para que aquella escena de horror cristalizase en la retina de quien debía ordenar la retirada de unas tropas excesivamente inexpertas para resolver un asedio.

Un sol de herrumbre iluminó el humillante regreso de las tropas enemigas a su campamento. Inmóviles sobre sus monturas, Pompeyo y Afranio contemplaban los muros humeantes de Muturudum con la consternación y la sorpresa cosidas al rostro. Incrédulos, aturdidos por una derrota incontestable ante simples mercaderes; preguntándose quizá por las razones que impulsan a algunos hombres pacíficos a dejar de serlo, y a convertirse en seres despiadados.

—¡*Boudi!* ¡*Boudi!* —rugí en celtíbero al ver el repliegue desordenado de aquellas tropas de élite—. ¡Victoria! ¡Victoria! —los obligué a gritar también a aquellos nuevos guerreros de la Celtiberia, para que Pompeyo y todos sus legionarios supieran que pelearíamos hasta el final, hasta la libertad de aquella extraña ciudad, o hasta las últimas consecuencias.

—¡*Boudi!* ¡*Boudi!* —rugieron mil gargantas contagiadas por el éxtasis de la victoria. Mil hombres que jamás habían pronunciado antes aquella palabra porque, sencillamente, nunca habían necesitado hacerlo.

—¡Keltiber! ¡Keltiber! —vociferamos agitando nuestros soliferrea en el aire—. ¡Keltiber! ¡Keltiber! —rugimos mientras golpeábamos los umbos de los escudos con nuestras falcatas.

—¡Keltiber! ¡Keltiber! —siguieron aullando como demonios aquellos mercaderes cuando yo ya había

callado, conscientes (quizá por primera vez) de la indomable estirpe a la que pertenecían.

Ertebas, Hilerno y Leukon vinieron hacia mí corriendo, igual que muchos otros defensores, dando voces a los cuatro vientos, saltando como chiquillos, abrazándose unos a otros como si la tormenta que amenazaba sus cosechas hubiera pasado de largo sin vomitar granizo.

—¡Hemos vencido! —se felicitó Ertebas henchido de gozo mientras los cuatro descendíamos del camino de ronda de la muralla—. ¡¿No es estupendo?!

—¡Apenas hemos sufrido bajas! —terció Hilerno riendo histéricamente—. ¡Hemos vencido a todo un ejército romano!

—¡Mutturudum es inexpugnable! —exclamó un eufórico Leukon.

Cuando todos nos reunimos abajo, los tres mercaderes seguían mirándome con ese rictus alelado que deja la felicidad cuando llega en dosis excesivas, cuando la ignorancia esconde la realidad auténtica.

—Procura que tu gente no se emborrache esta noche —le dije a Ertebas, temiendo que una euforia desmedida por parte de los habitantes de Mutturudum nos condujera al precipicio antes de lo previsto—. Puede que mañana tengamos que volver a luchar.

—¿Luchar? ¿Otra vez? —Las caras de los tres hombrecillos se estiraron en una mueca de desconcierto—. ¿Crees que los romanos volverán *tan* pronto? —preguntó un súbitamente preocupado Ertebas.

—Pompeyo no nos dará demasiada tregua —les advertí—. No después de la humillación que ha sufrido esta tarde. Y una cosa más... —dije dirigiéndome a Leukon.

—¿Qué?

—Jamás digas en público, delante de nadie, que Mutturudum es inexpugnable.

—¿Por qué?

—Porque alguien podría creérselo. No existe *ninguna* fortaleza hispana totalmente inexpugnable a un asedio romano.

—¿Y tú cómo la sabes? —todavía porfió Hilerno.

—Lo sé porque Contrebia Leucade tenía la muralla más alta del mundo y el foso más grande, y aun así fuimos vencidos por un ejército romano.

Los tres mercaderes metidos a mandatarios hundieron la cabeza entre los hombros y comenzaron a alejarse de mí con las manos en los bolsillos. Cabizbajos, apesadumbrados, pensativos. Ertebas se detuvo a los pocos pasos.

—Contrebiense... —me llamó desde las umbrías de Mutturudum.

Me volví. Un destello de curiosidad brillaba en los ojos del mercader.

—¿Quiénes eran esos? —dijo.

—¿Quiénes?

—Los que nos atacaron antes que los romanos.

—Eran vascones.

Ertebas asintió, escupiendo después un gargajo oscuro en el suelo enfangado de Mutturudum.

—Bastardos... —musitó mientras desaparecía entre las sombras.

La gruta de Albura me recibió con un cálido crepitar de leños y el aroma inconfundible del estofado. La curandera había preparado, quizá mientras los demás peleábamos sobre la muralla, un delicioso guiso de ciervo acompañado de ciruelas pasas y manzanas hervidas. Ahora, sentadas al amor de aquella lumbre, ambas mujeres esperaban tranquilamente mi llegada, como si en Mutturudum no se hubiese librado

ninguna batalla, como si yo fuese un mercader más de vuelta de sus negocios.

Asiris —aparentemente libre de fiebres— esbozó una sonrisa tímida mientras llenaba mi plato de aquella carne oscura. Después, los tres nos pusimos a comer en silencio. Fingiendo disfrutar de cada bocado. Haciendo oídos sordos a las voces de nuestras cabezas. Escondiéndonos la mirada para que el brillo enfermo de nuestros ojos no delatara los miedos que nos oprimían.

—¿En qué piensas? —me preguntó Asiris tras una larga pausa.

—En todo y en nada —le respondí tras un suspiro—. En el hoy, en el mañana. En ti, en mí, en los tres. En esta maldita ciudad y en sus gentes acorraladas... —añadí frotándome la cabeza con el desespero frustrante de un alquimista que no logra dar con la fórmula mágica.

—Pero hemos vencido... —repuso la indiketa, que sin duda había escuchado nuestros vítores tras la batalla.

—Hemos vencido *hoy* —maticé—. Y estamos vivos *ahora*.

—Quiero salir de esta cueva ya —me espetó Asiris de repente—. Quiero ver cómo es Muturudum. Quiero ver lo que ocurre ahí afuera. Ya tengo las fuerzas suficientes.

—No hay mucho que ver... —traté de disuadirla—. Además, el horizonte que vas a divisar no va a gustarte demasiado —añadí apartando a un lado el plato vacío.

—No importa —dijo—. El horizonte al que miraré está más allá de la explanada en la que acampa Pompeyo. No pienso arrastrar la mirada a ras de suelo —sostuvo con su proverbial altanería.

Miré entonces a Albura y la vi sonreír, asintiendo. Confirmándome sin necesidad de palabras que Asiris había logrado ahuyentar a la enfermedad, consiguiendo mantener en su seno una semilla mitad celtíbera mitad indiketa. Volviendo a ser ella misma.

—Mañana puedes dar un paseo —le dije—. Es de suponer que Pompeyo nos dejará tranquilos al menos un par de días —añadí sin saber que me equivocaba.

El cuerpo desgarbado de Leukon se coló en aquel instante entre las cortinas de la cueva. Su rostro macilento no tenía nada que ver con el que poco antes había proclamado la supremacía de Muturudum sobre las legiones pompeyanas.

—Ertebas quiere que subas a la muralla —me dijo—. Ahora mismo.

—¿A esta hora?

—Parece que los romanos preparan algo —me informó con un pico de alarma en el tono.

Asiris abandonó la seguridad de la cueva pisándome los talones, adelantando así en unas cuantas horas la visita de su ciudad soñada. Ambos nos precipitamos tras los pasos de nuestro guía en busca del sector sur de la muralla, al encuentro de lo inesperado. Porque cualquier cosa que los romanos tramaran después del crepúsculo iba a resultar un acontecimiento extraordinario en unas tropas que jamás atacaban de noche.

—Están cargando los onagros —nos anunció Ertebas cuando nos reunimos con él en el camino de ronda.

Escuché con atención unos segundos. El comerciante de Muturudum tenía razón. Los crujidos de los mástiles de madera y el rechinar de las maromas que los tensaban parecían anunciar un bombardeo inminente. Y, sin embargo, el campamento enemigo no mostraba una actividad suficiente como para pensar en un nuevo asalto.

—¿Van a lanzarnos más piedras? —preguntó Ertebas mirando hacia unas calles todavía repletas de celebrantes eufóricos.

—Es posible —dije—. Ordena a esa gente que se cobije a los pies de la muralla. Y también que

preparen tinajas de agua por sí, después de las piedras, nos llegan bolas de fuego.

Durante varios minutos más escuchamos el chirrido lastimero de aquellas máquinas de asedio en manos de sus artilleros. Después nos llegó el latigazo metálico de las sogas al destensarse. Y el inconfundible silbido de los proyectiles sobre nuestras cabezas.

—¿Son piedras? —me preguntó Ertebas tras escuchar el sordo aterrizaje de los tres primeros glandes.

—Cualquiera sabe —le dije mientras varios obuses más rasgaban la noche helada de Muturudum.

—¡Ya han terminado! —nos anunció Leukon, casi eufórico, tras reunir el valor necesario para trepar de nuevo al parapeto y mirar por encima de la barrera de troncos.

—¿Es normal un bombardeo tan corto? —me interrogó Ertebas mientras escrutaba mi gesto abstraído.

—Manda a alguien que recoja esos proyectiles y los traiga —le dije.

—¿Para qué?

—Para nada. Quiero verlos.

Un hombre llamado Likinos fue el designado por Ertebas para buscar y recoger los plomos lanzados por los onagros romanos. A los pocos minutos, el enviado estaba ya de vuelta. Traía una voluminosa bolsa sobre la espalda y el rostro desencajado. Tras él apareció su hijo, cargando con un fardo de parecidas dimensiones y con los mismos jeribeques de pánico afectándole el semblante.

Likinos se descolgó el bulto del hombro y lo echó a los pies de Ertebas sin mediar palabra. Después deshizo los pliegues de aquella manta mugrienta y, entre gemidos sincopados, dejó que todos los allí presentes contempláramos la venganza de Pompeyo. O su pérfido ultimátum.

Tres cabezas humanas reposaban en el interior de la primera bolsa, y otras tres en la segunda. Hinchadas, deformes, distorsionadas por la tumefacción y las mataduras provocadas por el brutal impacto. Y a pesar de todo, los rasgos de aquellos ajusticiados debieron de resultar familiares a los ojos de quienes los observaban. Hilerno fue el primero en llevarse las manos a la cara y mesarse después los cabellos. Los demás simplemente murmuraban o proferían lamentos incoherentes.

—¿Los conocéis? —le pregunté a un lívido Ertebas.

El mercader asintió sin abrir la boca.

—¿Pertencen a la caravana de fugitivos que salió de Muturudum antes del ataque?

El pequeño comerciante negó lentamente mientras buscaba una roca en la que sentarse, o en la que desplomarse, con la espalda doblada y la mirada perdida en el suelo.

—Son las cabezas de los mensajeros que habíamos enviado en busca de Sertorio —murmuró con voz inaudible un segundo antes de romper a llorar como un niño.

LVII

Un remolino de lamentos sobrevoló Mutturudum igual que una humareda maligna, como si dentro de la ciudad estuviesen quemándose —hasta sus últimas cenizas— las esperanzas de rescate de miles de personas. Unos coros de muerte que contrastaban con los gritos encendidos de Asiris. La indiketa había tapado de un empujón aquellos rostros desfigurados con los faldones de las mantas y se había aupado después sobre la misma roca en la que Ertebas lloraba su desconsuelo. Desde aquel improvisado púlpito trataba ahora de devolver a los sitiados la fe en la victoria o, al menos, las ganas de seguir viviendo. Pocos, sin embargo, la escuchaban; casi todos permanecían absortos, prisioneros de un desespero fatídico, entregados al delirio inevitable de los condenados. Muchos de los que antes habían luchado valerosamente en el parapeto ahora calculaban entre sollozos los días, las horas quizá, que les restaban de vida. Otros andaban empeñados en relatar con todo detalle los horribles tormentos a los que serían sometidos los supervivientes.

—Tú eres un hombre de guerra —farfulló Ertebas cuando logró aplacar sus lágrimas—. Sobreviviste a un asedio, o eso nos dijiste —continuó aquel hombre consternado—. ¿Cómo lo lograste? ¿Qué debemos hacer ahora nosotros para salvar a nuestras familias?

Miré a aquel pacífico mercader de la Celtiberia a través de las brumas de la tragedia. Lo escruté con detenimiento desde los rescoldos de mis propios recuerdos. Y lo que divisé fue un muro a punto de venirse abajo, un tabique de arcilla hueca que no aguantaría ni un simple soplido. Igual que todos sus convecinos, igual que todas las gentes que habían visto espejismos cuando Pompeyo ordenó simplemente una retirada táctica. Unas ilusiones que yo mismo había alimentado con la única esperanza de tratar de posponer lo irremediable. Afortunadamente, no tuve tiempo de responder a las preguntas de Ertebas, porque el conocimiento de la verdad lo habría matado definitivamente. Además, nunca habría encontrado el valor para confesarle que, excepto yo, todos los que no murieron en el asalto final de Contrebia Leucade fueron clavados a una cruz o esclavizados de por vida. A decir verdad, no tuve tiempo de decirle nada porque desde el campamento romano empezó a llegarnos el golpeteo intermitente de los martillos.

—¿Oyes eso? —le dije mientras él todavía esperaba una respuesta.

Ertebas asintió sin dejar de mirarme.

—Pues más vale que nos demos prisa.

—¿Para qué? —me preguntó con desgana funesta.

—Para prepararnos. Para seguir vivos mañana —le respondí arrastrándolo de la túnica hacia la torre que dominaba las puertas de Mutturudum.

Un preocupante trasiego de hombres cargados con troncos agitaba el campamento de Pompeyo a unas horas en las que solo debería oírse el canto de la lechuza.

—¿Qué están haciendo? —quiso saber un renacido Ertebas, a quien la curiosidad parecía haberle

hecho olvidar la sogá del patíbulo.

—Una máquina de asalto.

—¿Máquina de asalto?! ¿Más onagros? ¿Más catapultas? ¿Más carroballistas? —se preguntó el hombre, para quien las tácticas romanas de asedio eran un jeroglífico indescifrable.

—Algo mucho peor —le dije, sin querer entrar en detalles.

La noche de Muturudum resultó fría, inclemente, interminable. Salpicada por los copos blancos que la diosa Noctiluca sembraba en el aire para adormecer nuestra zozobra. Trastornada por el martilleo implacable de los mazos. Unos golpes que siempre se clavan en las almas de los asediados como espinas empapadas en ácido. Porque no hay circunstancia más demoledora para unos sitiados que ver —o escuchar— cómo se construye, golpe a golpe, pieza a pieza, el ingenio que acabará con las puertas de tu ciudad o incluso con una parte de tu muralla.

—¿Qué diablos es eso? —me preguntó Ertebas cuando las luces del amanecer nos permitieron ponerles forma a los martillazos.

—Es una tortuga arietaria.

—¿Ese cajón de madera lleva dentro un ariete?! —preguntó el mercader dando un respingo.

—Y muchos hombres para moverlo.

—¡Pe... pero algo podremos hacer! —exclamó con obstinación heroica—. Le lanzaremos flechas incendiarias... Le derramaremos aceite hirviendo por encima... —sugirió ingenuamente.

—Todavía no la han terminado —le expliqué—. Cuando lo hagan, verás cómo cubren el engendro con gruesas telas empapadas en agua. Será inmune a nuestras flechas de fuego y a nuestros cántaros hirvientes.

—¿Entonces...?

—Entonces habrá que idear otra forma de destruirlo.

—¿Co... cómo?

Volví la mirada hacia el interior de Muturudum, hacia una retícula de calles enmarañadas, laberínticas, construidas sin orden ni concierto y, sin embargo, quizá útiles para una futura defensa.

—Dime una cosa, Ertebas —le dije mientras pensaba.

—¿Qué?

—¿Existe un calabozo en esta ciudad?

—Todas las ciudades tienen su calabozo —respondió el mercader con extrañeza.

—Llévame a él. Quiero verlo.

—¿Ver el calabozo? ¿Ahora? ¿Para qué?

—A decir verdad —le dije arrastrándolo otra vez por los faldones de su túnica—, lo único que me interesa ver es la gente que tenéis dentro.

Diez hombres se hacinaban en la mazmorra de Muturudum, una oquedad subterránea y húmeda en los arrabales. Diez seres casi olvidados de todos, confusos, desinformados, ajenos a las vicisitudes de una ciudad acorralada. Pero no sordos ni tontos.

—¿Por qué están aquí estos hombres? —le pregunté a Ertebas.

—La mayoría son rateros, ladronzuelos, truhanes de poca monta... —dijo encogiéndose de hombros

—. Todavía no hemos tenido tiempo de juzgarlos —añadió casi en tono de disculpa.

—¿Y ese? —lo interrogué apuntando hacia el único ocupante de aquella celda que permanecía apartado del resto igual que un apestado de lepra.

—Es Maldo.

—¿Es de Mutturudum?

—Maldo no es de ninguna parte —repuso el mercader, atribulado—. Es un trampero, un buscavidas. Va y viene de vez en cuando.

—¿Y qué es lo que ha hecho?

—Dicen que mató a cuatro hombres en una reyerta.

—¿Dicen?

—Dicen.

—Ya. ¿Y qué pensabais hacer con él?

—Íbamos a colgarlo el día en que se presentaron los romanos.

—¿Él lo sabe?

—Claro.

Observé a Maldo un largo minuto. Me fijé en su rictus indiferente, su ademán relajado, sus miembros bien torneados, su torso poderoso: tal vez la estampa de un peligroso asesino, quizá —simplemente— la imagen de un hombre ducho con las armas.

—Voy a proponerte un trato —le dije a través de los barrotes tras acercarme a él.

Acomodado en su jergón, aquel sospechoso cetrino posó sus ojos negros en mí y me examinó con gélida indiferencia.

—¿Quién eres? —me preguntó sin levantarse.

—El que puede salvar tu cuello de la horca.

Maldo chascó la lengua con sorna. Después, su certero escrutinio se centró en mis ropas todavía manchadas de sangre, en el *gladius* que colgaba de mi cintura y en mis *caligulae* de legionario romano.

—Nada llega gratis, supongo —afirmó con mirada torva—. ¿Qué es lo que debo hacer?

—Matar.

—¿Matar?

—Me han dicho que eso se te da bien —le dije devolviéndole la misma sonrisa cínica.

—No soy un asesino —protestó.

—Eso me da igual. ¿Con qué arma los mataste?

Maldo miró en derredor. Incómodo, receloso, alerta.

—Van a colgarte de igual modo —le dije—. Ya no importa quién tuviera la culpa en aquella pelea.

El acusado se miró las botas dos segundos, dubitativo, circunspecto. Después contempló la podredumbre de aquella celda y volvió a mirarme con una luz distinta en los ojos.

—Con un hacha.

—¿Cuatro con un hacha?

—Cinco —me corrigió mirando de reojo a Ertebas.

Asentí complacido.

—Puede que esta vez sean incluso más los adversarios —le advertí—. Pero me parece que no pierdes nada intentándolo.

Maldo pareció conforme con el acertijo, hasta cierto punto.

—¿Y después? —preguntó—. ¿Cómo sé que esta gente cumplirá lo que tú me prometes? —añadió

apuntando con un gesto a sus carceleros.

—Tienes mi palabra.

—¿Tu palabra? —Maldo volvió a exhibir aquella sonrisilla sardónica, el gesto típico de quien ya se ha visto defraudado demasiadas veces.

—Si esta gente quiere matarte todavía después de lo que vas a hacer por ellos —le dije—, tendrán que matarme a mí primero, porque pienso estar a tu lado.

El enorme caparazón de la tortuga arietaria estuvo casi acabado para el mediodía, a falta únicamente de las ruedas que iban a mover aquel mastodonte y las planchas de hierro que debían reforzar el techo y los laterales. Por tamaño y hechuras, aquel era sin duda un artefacto diseñado para hacer temblar cualquier muralla. Sin embargo, la madera siempre ha sido más fácil de quebrar que la piedra. Por eso supuse que apuntarían el ariete hacia nuestras puertas. Y así se lo hice saber a todos.

—¿Cuántos golpes aguantarán nuestros portones antes de resquebrajarse? —me preguntó Ertebas cuando consiguió destrabar su lengua.

—Pocos.

—¿Cuántos hombres van a mover ese carro? —quiso saber un consternado Hilerno.

—No lo sé a ciencia cierta. Pero probablemente más de diez y menos de veinte.

—¿Y después? —terció Leukon mirándome con ojos vidriosos.

—Después... ¿de qué?

—Después de que abran hueco.

—Si abren hueco, ya no habrá nada de qué preocuparse —le respondí mirando de reojo a un recién liberado Maldo—, porque moriremos todos en cuestión de minutos.

El trampero contemplaba las maniobras romanas con gesto grave y el aire concentrado, sospechando posiblemente de mis intenciones, y de lo que de él iba a requerirse en breves instantes. En cualquier caso, la calma reflexiva de Maldo me pareció un buen presagio de sus habilidades guerreras, y también del temple que aquel hombre atesoraba detrás de un rostro impenetrable.

—Tenemos que preparar el sector norte de la ciudad para su defensa —le comuniqué a Ertebas cuando el engendro romano aún no había echado a andar sobre la campa de Muturudum.

—¿Preparar el sector norte? —preguntó estupefacto—. ¡Es por aquí, por la cara sur, por donde van a atacarnos! ¡Es esta puerta y esta zona la que necesita de nuestra defensa! —chilló histérico sin entender nada.

—Ertebas... —le expliqué con paciencia—, los romanos tratarán de romper nuestra puerta con su ariete, pero, mientras lo hacen, es muy posible que lancen otro ataque por el lado contrario. Porque suponen que estaremos concentrando aquí a nuestras mejores tropas.

—¿«Suponen»? —El rostro huraño de Ertebas se afiló en una mueca de patético desconcierto.

—Suponen —sonreí—. Suponen erróneamente, porque aquí, detrás de las puertas de Muturudum, no habrá apenas guerreros.

—¿Quieres acaso decir que no vamos a defender esta puerta?! —Los ojos desorbitados del mercader dieron dos vueltas completas dentro de sus cuencas.

—No desde dentro —le dije—. Solo pondremos mujeres disfrazadas sobre las dos torres, igual que

antes. Si los contrafuertes ceden y logran pasar, todo estará perdido, Ertebas. Esa tortuga habrá que pararla antes de que nos destroce.

—Entonces... ¿qué sugieres?

—Llama a todos los albañiles y maestros constructores de Muturudum —reclamé—. Diles que quiero hablar con ellos.

Dos docenas de aquellos obreros se presentaron en un abrir y cerrar de ojos: hombres corrientes con mandiles de cuero al pecho, gente oscura de ojos brillantes, artesanos sagaces pendientes de mis palabras.

Mientras el enemigo instalaba el ariete dentro de la tortuga y procedía después a recubrir el vehículo blindado con gruesas telas, aproveché para instruir a aquellos atentos pupilos sobre el arte de convertir sórdidos callejones en ratoneras mortíferas. Después los mandé a trabajar, a ellos y a todos los hombres disponibles en Muturudum. Cuando acabasen su tarea —les dije—, deberían esconderse tras aquellos muros recién retocados y esperar, simplemente esperar, la llegada del lobo. Y confiar —aunque eso no se lo dije, solo lo pensé— en que primero lográsemos destruir el ariete romano.

La tortuga blindada comenzó a moverse por fin con estruendo de minotauro rabioso. Los primeros giros de aquellas inmensas ruedas resultaron atronadores aunque también un tanto indecisos, como si aquel paquidermo de madera y hierro fuese a destartarse por el camino. Para nuestro desconsuelo, sin embargo, muy pronto enmendó el rumbo y enfiló hacia nosotros con paso firme, imperturbable, haciendo temblar el suelo y también nuestras almas bajo sus enormes aros de hierro.

—¿Cuá... cuánto tiempo tardarán en llegar? —tartajeó Leukon, que miraba con igual pavor a la tortuga arietaria y las tres cohortes que venían tras ella en formación de combate.

—Un cuarto de hora —le respondió Maldo, que acariciaba su hacha de tres picos a mi lado.

—¿Sabes lo que tú y yo vamos a hacer en cuanto ese engendro se plante enfrente de esta puerta? —le dije hurgando en aquella mirada oscura, buscando infructuosamente los destellos del miedo.

—Me lo imagino —replicó escupiendo después sobre la muralla.

LVIII

El hacha de Maldo estaba afilada como la navaja de un *tonsor*. Su poder mortífero, sin embargo, no acababa ahí. Tanto el ojo de aquella arma como también la empuñadura y el contrafilo aparecían coronados por espeluznantes pinchos de acero. A decir verdad, aquel era un instrumento diseñado para matar casi con cualquier movimiento del brazo, aunque, evidentemente, usarlo con eficacia no estaba al alcance de todo el mundo.

—¿Vais a bajar los dos *solos*?! —preguntó Ertebas boquiabierto cuando le informé de mis planes.

—¿Se te ocurre alguien más que esté en disposición de ayudarnos ahí abajo? ¿Crees que alguien en esta ciudad podría luchar cuerpo a cuerpo contra un soldado romano y salir vivo del trance? —le dije pasándole amablemente una mano por el hombro.

—No —admitió el mercader sin dejar de contemplar el ineludible acercamiento del ariete.

—Además, ahí dentro no habrá mucho sitio para revolverse. Y Maldo necesita espacio para usar su hacha —traté de tranquilizarlo mientras miraba de reojo a mi misterioso acompañante.

Ertebas asintió, convencido por algunas de mis razones, pero no por todas.

—¿Y vais a introducirlos debajo de esa tortuga mientras nosotros le lanzamos gavillas encendidas? —preguntó, totalmente desconcertado por una estrategia a todas luces suicida.

Otra vez intenté persuadirlo de algo de lo que ni siquiera yo mismo estaba seguro.

—Ese artilugio del diablo viene rezumando agua por los cuatro costados —le dije, lo cual era cierto— y tardará mucho en prender. Por eso tendremos tiempo de sobra de pelear con los que vayan dentro de su panza antes de que lo consuman las llamas.

—¿Y cómo sabremos si habéis tenido éxito? —preguntó tras meditar unos segundos.

—Es muy fácil —le respondí—. Dejaréis de escuchar aldabonazos en la puerta.

—Ya —murmuró—. Pero... ¿y si los golpes cesan pero vosotros no habéis salido de debajo de ese engendro? ¿Y si...?

—¿... todo arde y nosotros seguimos dentro?

—Sí.

Me encogí de hombros, porque, en verdad, no había más que una respuesta.

—Eso es que estamos muertos, igual que los que manejan el ariete. En ese hipotético caso —le dije—, no hace falta que bajéis a comprobarlo. Dejad que todo se vaya al infierno y seguid peleando.

Asiris volvió en ese instante con un numeroso grupo de mujeres. Traían los haces de leña con los que reduciríamos a cenizas a aquella tortuga arietaria después de que Maldo y yo hubiésemos concluido nuestra arriesgada tarea. Una misión que, realmente, solo tenía un objetivo: conseguir que las esperanzas de aquellas gentes, y también las nuestras, siguieran vivas al caer la noche.

La indiketa me lanzó una mirada torturada. Aunque aún no había compartido con ella mis intenciones, Asiris sabía perfectamente lo que Maldo y yo íbamos a intentar en pocos minutos.

—Voy a bajar con vosotros —me dijo—. Sabes que puedo ser de ayuda.

—No esta vez, Asiris —repliqué tajante—. No esta vez —le repetí acariciándole la mejilla, sabiendo que en esta ocasión sí se plegaría a mi voluntad—. Debes quedarte aquí por muchas razones. Entre otras cosas... —añadí—, porque si yo no vuelvo tendrás que ser tú la que dirija a estas gentes.

La puerta principal de Muturudum miraba hacia el sureste, buscando el resguardo del cierzo, oteando desde la distancia la llegada de mercaderes provenientes de latitudes más benignas. A ambos lados de aquellos portones se alzaban dos pequeños batientes, dos insignificantes aberturas de emergencia. Apenas dos huecos incrustados en la muralla por los que a duras penas se habría colado un niño a gatas. Ningún ariete enemigo se molestaría, pues, en percutir contra unas portezuelas minúsculas que, de ser derribadas, únicamente permitirían la entrada de un soldado por turno. Y, sin embargo, dos cazadores furtivos iban a utilizar aquellos ventanucos para llevar a cabo una hazaña inverosímil: tumbar a un minotauro con cuatro ruedas de madera y un cuerno de hierro.

Maldo y yo cruzamos una mirada intensa y un leve asentimiento antes de colocarnos detrás de nuestros respectivos batientes. Tensos como ballestas, preparados para deslizarnos por aquellas rendijas en cuanto el diablo llamara a la puerta. Sabiendo, además, que detrás del monstruo vendrían tres cohortes en formación de combate. Nuestras posibilidades de éxito, si es que teníamos alguna, radicaban tanto en la velocidad de nuestras piernas como en la sorpresa. Y también en la esperanza —quizá absurda— de que aquellas formaciones enemigas mantuvieran la disciplina de grupo al ver salir únicamente a dos hombres a campo abierto, dos locos suicidas que serían fácilmente neutralizados por la propia dotación de la tortuga.

Las puertas de Muturudum crujieron con lamento de árbol seco al sufrir en sus carnes el primer topetazo del ariete. De no haber sido por los contrafuertes de hierro recién instalados, varios travesaños habrían cedido tras el impacto.

—¡Ahora! —les grité a los hombres encargados de abrirnos las portezuelas.

Maldo saltó al exterior por la puerta derecha. Yo hice lo propio por la izquierda. Ambos pisamos a la vez la nieve escarchada de la campa con las armas dispuestas. Prescindiendo esta vez de corazas o cascos que pudieran limitar la visión o los movimientos. Recorriendo el escaso espacio que nos separaba del monstruo a la velocidad del relámpago, sin levantar los ojos ni una sola vez hacia las cohortes que esperaban a una veintena de pasos —con los escudos sobre la cabeza— la segura caída de las puertas de Muturudum.

Un segundo aldabonazo acababa de hacer temblar las almas de los asediados cuando Maldo y yo irrumpimos, uno por cada lado, a través de los faldones laterales del monstruo. Gritando como energúmenos, envueltos en las chispas de las gavillas que ya llovían desde las torres. Diez hombres manejaban el ingenio diseñado para provocar el caos y la masacre en las calles de Muturudum. Diez fornidos vascones que ahora abrían la boca y entornaban los ojos cegados por un resplandor súbito y paralizante. Tras ellos viajaban dos *bastati* en labores de protección del vehículo. Doce hombres en total que pasaron a ser ocho en un solo segundo.

Maldo descabezó al vascón que le quedaba más cerca de un solo hachazo y atravesó a otro usando el pincho de la empuñadura. Mientras tanto, yo derribaba de sendos tajos a los dos *bastati*. Ambos se encontraban arrodillados junto a las ruedas traseras, afianzando las cuñas que debían retener al mastodonte blindado en su sitio, para que ni la pendiente de la ladera ni los golpes del ariete lo alejaran

de su objetivo. Cuando escucharon nuestras voces, los legionarios se aprestaron rápidamente para la defensa, pero solo consiguieron morir en una postura más digna: con la espalda recta y los cuellos rajados. Después todo sucedió muy deprisa: Maldo seccionó de dos certeros hachazos las correas de cuero que sustentaban el ariete. Descolgándolo de su arnés, inutilizándolo por completo, convirtiendo al minotauro de troncos y hierro en un juguete inservible. Atrapando debajo de su descomunal peso a tres de sus operarios.

Los cinco vascones supervivientes apenas tardaron un parpadeo en analizar el nuevo estado de las cosas: los números seguían favoreciéndoles; sin embargo, aunque lograran salir vencedores de aquella pelea en penumbra, el ariete había quedado inutilizado. Y además, el fuego de las gavillas no tardaría mucho en consumir los forros protectores y hacer arder la estructura. Los cinco hombres se escabulleron a la vez, pisoteando los cuerpos de los romanos muertos, esquivando a duras penas las llamas que empezaban a rodearnos.

—¡Hay que marcharse de aquí! —le grité a Maldo entre el crepitar de leños y el estruendo de voces sobre la muralla.

—¡Espera! —me respondió mientras arrastraba con su hacha un par de haces ardientes y los introducía en la panza de la tortuga arietaria.

Los aullidos de los tres vascones aprisionados por el ariete —y ahora acorralados también por el fuego— nos persiguieron hasta los dos ventanucos de emergencia. Ertebas se encontraba allí, esperándonos tras las puertas magulladas pero todavía firmes de Muturudum. Exultante, emocionado, igual que Asiris y su improvisado ejército de mujeres soldado. Unas tropas formadas por madres e hijas, ataviadas con viejas cacerolas sobre la cabeza, que seguían ocupando el parapeto de la muralla, haciéndose pasar por lo que no eran. Engañando, hasta cierto punto, a un gigante que también conocía el arte de la distracción y la treta.

Hilerno y Leukon llegaron corriendo mientras contemplábamos el calcinamiento total de la tortuga arietaria y la retirada de las tres cohortes destinadas a entrar en acción tras el desplome de las puertas.

—¡Cientos de vascones están saltando la muralla norte! —aulló el mercader de la cara sucia—. ¡Vienen además apoyados por dos cohortes romanas! —chilló desesperado—. ¡Son demasiados!

Un silencio de muerte sustituyó de improviso a las voces eufóricas de quienes un minuto antes celebraban el colapso de la tortuga arietaria. Un artefacto que, tras calcinar sus cuñas de madera, había empezado a rodar ladera abajo, envuelto en llamas, igual que la carroza infernal en la que Vaélico se paseaba por Letavia.

—¡Que las mujeres se queden donde están! —le ordené a Asiris—. ¡Que sigan mostrándose sobre el parapeto! —le dije, forzándola así a permanecer entre ellas, alejándola de un peligro en el que la indiketa se habría zambullido de cabeza.

—¿Habéis sellado los callejones como os dije?! —le pregunté a Ertebas mientras cruzábamos la ciudad rumbo a una zona ya invadida.

—Los que hemos podido...

—¿Los que habéis podido?! ¿Qué significa «los que habéis podido»? —le grité a un hombre desbordado por los acontecimientos.

—Hemos bloqueado el primer cinturón de calles que bordea la muralla —matizó entre jadeos.

—Espero que sea suficiente —le dije cuando empezamos a divisar los bordes de las escalas enemigas asomando sobre nuestro parapeto norte, y a sus ocupantes encaramados a ellas. Oteando unas calles aparentemente vacías. Husmeando el peligro antes de penetrar en las angosturas de Muturudum como

una infección de gangrena.

—¿Están todos los hombres dispuestos tras el primer murete? —le pregunté mientras corríamos, a lo cual Ertebas asintió con ademán desmayado, sin fuerzas ya para emitir un simple suspiro—. ¿Tienen los cántaros preparados?! —le interrogué ahora con más vehemencia.

El comerciante no respondió. Ni siquiera me seguía. Ertebas se había detenido junto a un estrecha abertura entre dos tabiques. Trastornado, petrificado ante una escena que a mí no me hacía falta ver para imaginarla: cientos de temibles triarios estaban rebasando también la muralla por detrás de los auxiliares, produciendo durante la maniobra una música de lo más característica. Un arenoso deslizar de armaduras y escudos metálicos contra los troncos mal desbastados del parapeto. Y es que, en esta ocasión, Cneo Pompeyo Magno había querido jugar cartas ganadoras, y por eso nos había enviado por detrás de una primera horda de fieros vascones a sus mejores hombres. Unos triarios que ya recorrían la callejuela aledaña a la muralla buscando afanosamente la manera de alcanzar el corazón de Muturudum.

—¡Ertebas! —le siseé al oído—. ¿Habéis preparado los cántaros tal como os dije?! —Tuve que zarandearlo para que me escuchara.

El mercader asintió, aparentemente repuesto del trance de ver su ciudad inundada de enemigos. Un último recodo nos dejó al otro lado de una de aquellas paredes recién construidas. Unos tabiques burdos —pero altos y resistentes—, destinados a bloquear el avance de unas tropas todavía silentes, confiadas, preparadas para atacar por retaguardia a los desprevenidos habitantes de Muturudum mientras estos defendían, erróneamente, su puerta principal en el extremo opuesto.

Una vez más dispuse a Ertebas a mi derecha. Leukon e Hilerno tomaron posiciones más alejadas, intercalados entre los mercaderes que esperaban la llegada del enemigo apostados tras un interminable tabique convertido ahora en nuestra segunda muralla. Los primeros vascones de aquella larga serpiente acorazada encontraron por fin el montón de rocas que bloqueaba su camino hacia las entrañas de Muturudum. Entonces se miraron confusos, incapaces de decidir por sí solos. Buscando la presencia o la voz de algún oficial romano que ordenara retroceder y encontrar una nueva vía, o quizá el desmantelamiento de aquel inesperado obstáculo. Pocos pasos detrás llegaron los triarios.

—¡Dad fuego a esos cántaros! —troné cuando el callejón estuvo atestado de enemigos indecisos, cuando ya no cabía un alma en aquella ratonera de piedra—. ¡Lanzad! ¡Vamos, lanzad ahora! —ordené a voz en cuello para que cientos de ánforas repletas de pez y resina encendieran de luz roja un atardecer prematuro.

Todos los hombres y jóvenes en condiciones de sujetar un ánfora y verterla por encima de un tabique se levantaron al unísono, arrojando el contenido ardiente de aquellos cántaros sobre una multitud encerrada en un callejón sin salida. En Muturudum se había agotado el aceite tras el primer ataque, pero todavía abundaba la pez. Un valioso líquido que muchos comerciantes almacenaban en sus bodegas, una resina que ahora se pegaba, inflamada en llamas, a las ropas y también a las carnes de aquellos soldados atrapados en un infierno de fuego con paredes de roca.

El contorno interior de la muralla norte y todo su camino de ronda se iluminó de repente con la luz cimbreada de mil antorchas humanas. Mil soldados que proferían aullidos más propios del inframundo mientras danzaban como marionetas descabaladas. Mil teas vivientes que buscaban escapatorias imposibles, enloquecidos, atropellados, abrasando en su frenética huida a quienes aún no eran pasto de las llamas. Las escalas de la muralla volvieron a llenarse de gente, de afortunados soldados que aún no habían penetrado en el laberinto de muerte en el que habíamos convertido Muturudum, y escapaban ahora de la debacle desoyendo las voces de los centuriones y los gritos de auxilio de sus propios

compañeros. Porque la voz de la supervivencia siempre es la que retumba con más fuerza en la cabeza de las personas.

—¿Alguna vez te has puesto a pensar cómo es Letavia? —le pregunté a un enmudecido Ertebas cuando el silencio de la carne quemada dobló al último estertor de agonía.

—Alguna vez —confesó el mercader de Muturudum.

—¿Y cómo te lo imaginas?

—No tan malo como esto —murmuró, y se quedó mirándome con aire indeciso—. ¿Qué hacemos ahora?

—Di a tus hombres que suban al camino de ronda de la muralla y rujan desde allí su gran victoria. Diles que griten y vociferen como diablos, que disfruten como grandes guerreros y después... asegúrate de que todos acaben borrachos.

Ertebas se había vuelto hacia mí al escuchar mi última recomendación y me miraba con ademán confundido.

—La vez anterior me dijiste que nadie debía beber hasta emborracharse...

—La vez anterior ya no cuenta —le dije con sonrisa sombría.

—¿La... la vez anterior ya no cuenta? —tartajó un hombre que a fuerza de hacerle requiebros a la muerte había terminado por desarrollar ideas erróneas—. ¡¿Qué... qué intentas decirme, maldita sea?!

—Intento decirte que es mejor vivir las últimas horas de tu vida borracho, abrazado a una jarra de *caelia*, concibiendo esperanzas absurdas, antes que sucumbir prematuramente a la angustia.

Ertebas necesitó varios segundos para comprender el amargo acertijo; para tragarse el bocado espinoso de la fatalidad, para digerir la idea de una muerte que siempre había sido inevitable.

—¡Pero tú dijiste...! —explotó al fin, agarrándome por el cuello con ademán furibundo.

—Yo te dije que podía alargarnos la vida, un poco —le respondí—. Yo te dije que era mejor luchar antes que dejarse matar. Y eso es lo que hemos hecho. Pero mucho me temo, Ertebas —añadí—, que el destino ya no puede concedernos más prórrogas.

—¿Más prórrogas? —titubeó un hombrecillo súbitamente empequeñecido por el terror—. ¿Hablas de morir acaso? —Las manos del mercader seguían aferradas a mi viejo *sagum*, pero su fuerza había empezado a flaquear, igual que la crispación granítica de su rostro—. ¿Vamos a morir? —balbució—. ¿Después de *esto*? —Ertebas señaló hacia los mil cadáveres todavía humeantes, contorsionados, solidificados en grotescas figuras de ceniza negra—. No... no puede ser... —farfulló con un hilo de voz—. ¡Tú... tú todavía puedes salvarnos! —lloriqueó agitándome otra vez con desespero—. ¡Todos en Muturudum están convencidos de que el contrebiense va a salvarnos! ¡Todos creen en ti!

Arranqué las manos heladas de Ertebas de mis ropas con la misma dificultad con que uno despelleja un cordero. Después lo miré directo a los ojos.

—Vamos a morir porque yo no soy el guerrero Aquiles —le dije—. Vamos a morir, sobre todo, porque ya hemos agotado la paciencia de un gigante —le espeté a bocajarro para abrirle por fin los ojos a la realidad—. ¡¿Acaso crees que Pompeyo va a permitir que este lugar insignificante de Hispania empañe su hoja de servicios ante el Senado de Roma?! —añadí mientras enfilaba hacia el camino de ronda de la muralla, hacia una muchedumbre enfervorizada que derramaba su dicha en forma de burlas e insultos hacia un enemigo en retirada.

Pompeyo y su legado Afranio aguantaban aquel chaparrón de mofas petrificados sobre sus monturas,

contemplando desde lejos los parapetos atestados de Muturudum igual que dos estatuas insignes. Impertérritos, inmutables, dejando que los demonios del Hades les royeran las entrañas sin emitir una queja. Una sombra se acodó a mi lado, silente, furtiva, quizá peligrosa.

—Ahora, ¿qué? —La cara de Maldo mostraba una curiosa laxitud: el rictus apacible y a la vez funesto de quienes ya han pisado antes la antesala de la catástrofe.

—Ahora, nada.

El trampero asintió, escupiendo al vacío, haciéndose cargo. Lanzando después una ojeada distraída a las cuatro estructuras de vigilancia que rodeaban Muturudum por sus cuatro costados, desgajándonos del mundo, estrangulando nuestras opciones de escapatoria, aniquilando cualquier posibilidad de supervivencia.

—Me marchó —me anunció mirando a las montañas del horizonte con ojos de libertad, como si las turmas de caballería, las catapultas y las ballistas apostadas en aquellos torreones de troncos no supusieran obstáculo para él—. Yo ya he cumplido mi parte del trato —añadió tocando su hacha con los dedos, por si mis promesas y mis intenciones fueran por caminos distintos.

—No lo conseguirás —le dije, hurgando en la negrura viscosa de aquella mirada—. Nadie puede cruzar entre esas torres sin ser derribado por sus proyectiles.

—Eso es cosa mía —respondió lacónico. Después agarró su hacha y se marchó por donde había venido, con sus andares flexibles y sus hechuras de héroe solitario.

LIX

Asiris me observaba con la boca abierta y los ojos llameantes, encendidos por una cólera estupefacta de la que la indiketa no lograba recuperarse.

—¿CÓ... cómo puedes plantearme una cosa así?! ¿Cómo puedes ser tan mezquino?! —me recriminó cuando las palabras volvieron otra vez a su boca en forma de dardos puntiagudos.

—No quiero que mueras aquí dentro —le dije por segunda vez—. Quiero que nuestro hijo tenga al menos una oportunidad de salvarse.

Asiris se levantó de un salto y recorrió la cueva vacía de Albura como una leona enjaulada.

—¿Salvarnos? ¿Tú y yo? —me espetó con los brazos en jarras—. ¿Solo tú y yo?!

—Tú y yo... y nuestro hijo.

—¿Y qué me dices de toda esta gente?! ¿Es que ellos no significan nada para ti?! —aulló apuntando hacia las calles abarrotadas de Muturudum—. Esa gente te adora, Kalaitos. Creen en ti. Han peleado como les dijiste... Tú les hiciste concebir esperanzas. Tú les devolviste las ganas de seguir viviendo. ¡No puedes abandonarlos ahora! ¡No tienes derecho a pedirles que esperen la muerte de brazos cruzados!

El bullicio exaltado de la fiesta se colaba a través de las cortinas entreabiertas como ráfagas de un viento equivocado y paradójico. Porque, finalmente, Ertebas me había hecho caso, instando a sus convecinos a la celebración y a la borrachera. Colocándoles sobre los ojos el velo opaco que les iba a impedir vislumbrar el brillo de la guadaña cuando Pompeyo se cansara de un juego que ya le había hecho perder varias cohortes y un gran número de auxiliares.

—Muturudum no podrá salvarse —le repetí a Asiris por enésima vez—. ¡No hay manera de que una ciudad entera escape de un asedio! —añadí, sabiendo de qué hablaba—. Pero quizá si tú y yo lo intentáramos en solitario...

—¿Tú y yo solos? —parpadeó incrédula—. Escapar, ¿adónde? ¿Otra vez con Sertorio? ¿Otra vez a *su* guerra?

—¡Maldita sea, Asiris —me desesperé—, la guerra nos ha alcanzado! ¿Cuándo vas a entenderlo?! ¡Nadie puede vivir de espaldas a ella! ¡La guerra de Sertorio es también la nuestra!

La indiketa exhaló un largo suspiro. Después sonrió con dulzura torturada tras escarbar, quizá, entre los últimos rescoldos de su paciencia. Y de su coraje.

—Eres tú quien no entiende, Kalaitos —afirmó con una contundencia esponjosa—. Eres tú quien no parece entenderme —repuso con voz de seda rasgada. Después volvió a sentarse a mi lado para decirme lo que, en el fondo de mi corazón, yo ya sabía, aunque no por ello me dolió menos al escucharlo.

Muturudum era el final de su viaje a través de una Hispania trastornada y convulsa —dijo—, incluso si ello significaba separarse de mí para siempre. Incluso si ello significaba la muerte, de ella y de nuestro hijo. Incluso si sus sueños perennes de libertad hubiesen resultado pura quimera. En sus piernas —sonrió con tristeza— ya no había fuerzas para seguir corriendo. En sus brazos, sin embargo, todavía

quedaban arrestos para pelear por una ciudad que solo pretendía vivir, existir al margen de toda contienda, sin perjudicar a nadie, sin hipotecar su futuro apoyando causas ajenas. Allí, en Muturudum —sostuvo con ojos vidriosos—, era donde nacería nuestro hijo. Y si el destino había decidido emboscarla en aquella ciudad —Asiris se encogió de hombros—, los dioses del infierno ya podían venir bien pertrechados, porque ella no iba a rendirse. Ella pelearía como una leona recién parida. Por su vida, por la de nuestro futuro retoño. Conmigo o sin mí.

Asentí en silencio, sujetándome las lágrimas a duras penas, consciente de la disyuntiva atroz a la que me enfrentaba: si permanecía junto a Asiris dentro de aquellos muros —como una parte de mí me dictaba a gritos—, todos moriríamos tarde o temprano. De una manera u otra. Si, por el contrario, trataba de pedir ayuda rompiendo el bloqueo enemigo, las opciones de sucumbir en el intento eran altas, pero quizá lo lograra. Aunque, ¿para qué? Volver hasta Osca me llevaría bastantes días, y conseguir atraer a Sertorio hasta Muturudum, todavía más tiempo. Mucho más de lo que a Pompeyo iba a costarle vencer la resistencia de una población que ya había agotado todas sus bazas en una partida que estaba perdida antes de empezar a jugarse.

Las cortinas de la cueva se abrieron de improviso, dejando pasar a través de su rendija el hálito escandaloso de la fiesta y las caras alargadas de Ertebas y Maldo.

El comerciante desparramó la vista por la cueva, buscando quizá la figura todavía sinuosa de Albura. La curandera, sin embargo, había salido. Posiblemente para festejar la nueva victoria sobre las legiones senatoriales, o tal vez para hacer unas monedas de plata a costa de sus otoñales encantos.

—Maldo ha decidido marcharse —proclamó Ertebas por todo saludo nada más penetrar en la cueva.

—Lo sé —murmuré—. Pero no lo conseguirá —añadí mirando al trampero de reajo.

Maldo llevaba sobre los hombros una capa negra con capucha de lana. A la espalda, sujeta con correas, su sempiterna hacha de tres picos. A la cintura, una falcata hispana. En la mirada, los destellos indómitos de los búhos en las noches de plenilunio.

—Quizá sí, si lo intentamos juntos —dijo, y se quedó esperando mi reacción antes de seguir hablando.

Maldo había estado estudiando las cuatro torres que Pompeyo había mandado levantar alrededor de Muturudum nada más plantar su campamento. Cuatro atalayas de vigilancia dotadas de arqueros, catapultas y ballistas. Y con, al menos, una centuria de hombres en cada una de ellas. Solo dos de aquellas estructuras, sin embargo —las orientadas al este y al oeste—, disponían de una turma completa de caballería. Las otras dos apenas contaban con media docena de jinetes, en la certeza de que pocos fugitivos escogerían aquellas dos direcciones para huir de su encierro. Y si lo hacían, seis soldados de a caballo iniciarían la persecución mientras daban tiempo a que alguna de aquellas turmas se sumara a la cacería. Y todo ello contando con que quien lo intentara saliera vivo de los certeros disparos de la artillería.

—Dos jinetes nunca lograrán pasar esa barrera de dardos y flechas —le dije después de escuchar sus explicaciones—. Yo lo he visto. Yo estuve en Contrebia Leucade.

Maldo exhibió otra vez aquella sonrisa confiada, desconcertante, a medio camino entre la serenidad y la insolencia.

—Dos hombres y dos caballos quizá no puedan lograrlo —consintió sin abandonar su rictus afable—, pero tal vez si esos dos jinetes llevaran a su alrededor a otros tantos compañeros de viaje...

Levanté los ojos hacia Ertebas con disgusto. Porque hablar por hablar nunca ha sido una afición

celtíbera.

—Esa es una idea absurda —le dije—. ¿Cuántos de tus comerciantes serían capaces de montar un caballo al galope tendido sin caerse? ¿Y de saltar obstáculos? ¿Y de pelear con espada o lanza desde su montura? ¿Y de cabalgar varios días sin descanso? ¿Y de llegar hasta Osca cruzando montes y ríos? ¿Cuántos lograrían encontrar a Sertorio si yo fuese derribado?

—Ninguno —respondió, y añadió con disgusto—: ¿Por qué no le dejas que se explique antes de echar por tierra nuestras únicas opciones de supervivencia?

Maldo me atravesó con una mirada torva y continuó con su exposición de una fuga bien estudiada, aunque, evidentemente, nada garantizada. Un plan ingenioso —tuve que admitir al final— que podría tener cabida en una de aquellas odiseas griegas que Placidio nos hacía leer en Osca, pero cuyo éxito en la vida real era más que discutible.

—¿Irás con él? —quiso saber Ertebas cuando mi cabeza y mis sentimientos todavía se peleaban a brazo partido.

—Iré —respondió por mí una Asiris pensativa, sorprendente—. Kalaitos irá en busca de Sertorio —musitó desde dentro de aquella burbuja de sueños rotos—. Kalaitos traerá ayuda —añadió con la cabeza entre las rodillas, aceptando por primera vez una realidad implacable y abyecta.

—Solo si vas con él, os facilitaremos los caballos que pide —apuntó Ertebas mirando a Maldo con abierta desconfianza—. Si decides quedarte, él tendrá que marcharse a pie.

Asentí despacio mientras una idea, repentina y seguramente descabellada, cruzaba mi cabeza y se iba de ella como el agua se filtra siempre a través de los mimbres de un cesto: silenciosa, esquiva, burlona.

—Quiero que me prometas una cosa —le dije a Maldo, consciente de que mis palabras iban a tener el valor del papiro mojado.

—¿Qué?

—Quiero que me jures que irás en busca de Sertorio si yo caigo y tú sobrevives.

Maldo se revolvió incómodo, como un zorro atrapado en un cajón de madera.

—Ese no es el trato que tú y yo hemos hecho —se quejó a Ertebas.

—Es cierto —respondió el comerciante—, pero el contrebiense tiene razón. Lo que te pide es un precio justo por disponer de nuestros caballos.

Maldo se avino finalmente a razones, aunque... ¿quién podía confiar en la palabra de un desconocido? ¿Quién podría evitar que, si yo caía, él no marchara adonde quisiera? Todos en la cueva lo sabíamos, incluida Asiris. Pero el tiempo apremiaba. Ertebas dijo que la salida de Muturudum debía efectuarse aquella misma noche, cuando la celebración intramuros estaba en pleno apogeo y los romanos todavía se lamían las heridas. Así, nadie dentro de la ciudad me echaría en falta ni haría preguntas indiscretas hasta la mañana. Al despertar, él mismo —afirmó— se encargaría de abrirles los ojos a aquellas gentes aún soñolientas. Y de hablarles con la transparencia descarnada del agua. E informarles sobre las razones de mi partida. Pidiéndoles que sostuvieran la ciudad con el mismo arrojo hasta mi vuelta.

Unos pasos azorados repiquetearon en el callejón de la cueva. Dos hombres jadeantes, con las manos tiznadas de hollín y las ropas apestando a carne quemada, entraron trompicando patéticamente en la gruta de Albura.

—Hemos encontrado cuatro que pueden valer —anunció Hilerno con la cara más sucia y arrugada que de costumbre.

—Nadie nos ha visto —terció un tembloroso Leukon.

—¿Y los caballos? —les preguntó Ertebas.

—Todo está preparado en la puerta norte.

Nuestros cuatro «compañeros de viaje» descansaban dentro de un pequeño carromato en la misma puerta de la cueva. Inertes, amontonados, churruscados hasta la médula, pero todavía reconocibles, y por tanto utilizables. Eran cuatro cadáveres romanos de la última encerrona, aunque menos consumidos por el fuego que la mayoría. Con la suficiente apostura como para poder lucir a lomos de un caballo —debidamente sujetos— y parecer siluetas humanas. Ertebas tuvo que tapar aquellos cuerpos apresuradamente con una manta al ver aparecer a Albura en el estrecho callejón que conducía a su casa.

La curandera venía tambaleante, riendo a carcajadas, aferrada al brazo de un hombre tan borracho como ella. Ambos se detuvieron al ver el extraño cortejo que parecía montar guardia en la misma puerta de su casa. Al reconocer a los tres mercaderes de Muturudum, aquella antigua mujer de la vida lanzó una risotada.

—¿La borrachera os ha vuelto desmemoriados? —les preguntó con lengua de trapo—. ¿Ya no recordáis que estoy retirada y ahora solo lo hago con quien me place? —añadió ajena a las caras alargadas de los tres comerciantes—. Lo haría también con él —afirmó con insinuación beoda cuando llegó a mi altura— de no ser porque esa mujer de pelo rojo me arrancaría las tripas antes de que pudiera levantarme las faldas.

Albura me acarició la mejilla con mano pringosa, escrutándome en la oscuridad con una mezcla de admiración y lascivia trasnochada. Endosándome, cuando se cansó de mirarme, un sonoro beso en la mejilla. Después prosiguió su zigzagueante camino sin reparar en la tartana en la que cuatro cadáveres tapados por una manta esperaban todavía un último viaje antes de recibir sepultura.

—Contrebiense... —me llamó aquella mujer desde la puerta de su gruta.

—¿Qué?

—¿Cómo es que los romanos no se marchan —farfulló entre hipos— si, como dicen por ahí, ya los hemos derrotado?

Afortunadamente, el hombre que la acompañaba arrastró a Albura a la tibieza de su cueva antes de que el silencio de dos hombres armados y tres mercaderes lívidos resultara excesivamente largo como para no parecer sospechoso.

Ertebas había escogido con sumo tiento a los dos hombres que guardaban la portezuela por la que íbamos a deslizarnos Maldo y yo, acompañados de cuatro monturas con cuatro fiambres sobre sus grupas. Férreamente sujetos, coronados con sus cascos de guerra y vestidos con sus armaduras militares. Para que los artilleros de las torretas dudasen al menos unos segundos al divisar un grupo de siluetas —aparentemente romanas— abandonando al galope la ciudad asediada. Para que perdieran un tiempo precioso elucubrando sobre la posibilidad de que media docena de compañeros legionarios pudiesen haber sobrevivido a la última hecatombe y estuviesen ahora escapando de Muturudum tras haber robado unos caballos.

Maldo abrió la portezuela apenas una rendija y apuntó con su dedo hacia la torreta que teníamos enfrente, a menos de un estadio de distancia.

—Yo pasaré por la derecha de la torre y tú lo harás por la izquierda —dijo, tomando así la iniciativa en una empresa que, ciertamente, él había diseñado.

—¿Y por qué no lo hacemos al revés? —le disparé a bocajarro, empujado por una desconfianza instintiva.

Maldo sonrió ante aquella reacción totalmente irreflexiva.

—¿Crees que habría alguna diferencia? —me preguntó con aquella calma inquietante—. ¿Crees que la muerte entiende de «lados»?

—No —hube de admitir tras un nuevo vistazo a las torres—. Lo haremos como dices. Aun así —le apunté con el dedo—, acuérdate de lo que me has prometido en la cueva: si yo caigo y tú vives pero no vas en busca de Sertorio, te esperaré en Letavia para matarte dos veces.

Maldo escupió en el suelo enfangado de Muturudum.

—Demasiados celtíberos me esperan ya en Letavia —murmuró con sonrisa siniestra—. Y espero que sigan haciéndolo muchos años todavía.

—¿Acaso no eres tú celtíbero? —le pregunté mientras agarraba los ramales de las dos monturas que iban a proteger mi flanco derecho de las miradas y los proyectiles enemigos.

—Soy astur —dijo, y salió galopando por delante de mí en busca de un destino que aguardaba pacientemente la llegada de dos locos osados, armado con flechas de acero y provisto de turmas de caballería.

LX

Fuertes voces de alarma se elevaron desde las dos torretas más próximas en cuanto los hachones colocados frente a ellas desvelaron la presencia de seis sombras al galope. Más gritos —esta vez demandando instrucciones sobre la manera de actuar— se alzaron desde la torre norte, propulsados por las gargantas de unos artilleros estupefactos, paralizados por la sorpresa de vislumbrar frente a ellos a unos jinetes —en apariencia romanos— cabalgando como espantapájaros desvencijados, acompañados por dos siluetas oscuras que sí parecían vivas.

Dejé de mirar a Maldo a mitad de trayecto, aunque lo supuse en la misma pose que yo: volcado sobre las crines de su caballo, con un ojo puesto en los bosques más cercanos y el otro en las ballistas enemigas. Manteniendo muy cerca de él a las dos cabalgaduras que debían servirle de parapeto frente a las flechas romanas.

Nuevas órdenes —imperiosas, contundentes— rasgaron la noche cuando el centurión al mando de aquella plataforma decidió que quienes se aproximaban no eran compañeros heridos en el reciente infierno de Muturudum, sino dos asediados locos tratando de romper el bloqueo. Varias carroballistas buscaron el cuerpo de Maldo; algunas pusieron en mí su punto de mira. Muchas, sin embargo, permanecieron quietas, indecisas, incapaces de decidir hacia cuál de aquellos dos objetivos casi equidistantes deberían dirigir sus dardos. El gatillazo metálico de las maromas me pilló aplanado sobre mi caballo, con los ojos cerrados, esperando una muerte que en ocasiones se muestra caprichosa.

La escasa ventaja que Maldo me había tomado al principio decidió su suerte. O, mejor dicho, convenció a los artilleros de la procedencia de concentrar sobre él los primeros disparos. Cuando abrí los ojos otra vez, los dos caballos que protegían la carrera del trampero se revolcaban sobre la campiña nevada, acribillados a flechazos, reventados, coceando agónicamente junto a sus jinetes muertos. Maldo, sin embargo, había salido indemne del lanzamiento y cabalgaba veloz rumbo al encinar cercano. Vi dudar entonces a los hombres que manejaban aquellos ingenios. La obligación de cubrir los dos flancos de la torreta los mantenía vacilantes ante un dilema irresoluble: si disparaban una segunda andanada sobre mi compañero, quizá ya no dispusieran de tiempo suficiente para recargar y dispararme a mí a continuación. Por otra parte, si esperaban un poco con el fin de lograr sobre mí un tiro más fácil, tal vez Maldo fuera ya una sombra inalcanzable cuando quisieran cazarlo.

Seis jinetes romanos partieron al galope desde las tripas de aquella estructura de troncos, siguiendo de cerca la estela del astur, resolviendo de un plumazo el problema de los artilleros. Desde ese mismo instante, ni una sola catapulta o carroballista dejó de poner en mí su punto de mira. La extrema cercanía de aquellos artefactos me permitió ver, al pasar junto a ellos, las puntas de los virotos destinados a convertirme en un coladero. Nada comparable al flechazo de un arquero —imaginé con un escalofrío— o al impacto de un *pilum*. Aquellas máquinas y sus largos astiles estaban diseñados para atravesar planchas metálicas, arrancar cabezas y matar a tres o cuatro hombres con el mismo disparo.

Afortunadamente —si es que a mi situación podía encontrársele alguna ventaja—, los impactos vendrían únicamente desde mi lado derecho. Por eso me aferré fuertemente a las crines de mi montura y descolgué mi cuerpo por el lado contrario.

Varios dardos silbaron por encima de mi cabeza. Otros encontraron en su camino los cuerpos de dos indefensos caballos, despanzurrándolos instantáneamente, dejándome expuesto a una segunda lluvia de proyectiles. A pesar del peligro, volví a erguirme sobre mi montura y la acicateé con energía, para que un último esfuerzo del animal me hiciese ganar el tupido encinar que multiplicaría mis opciones de escapatoria.

Más proyectiles taladraron la noche a los pocos segundos, invisibles, meteóricos, bisbiseando susurros de muerte al pasar a mi lado. La tercera andanada de flechas me alcanzó cuando ya me creía a salvo, cuando los hachones de las atalayas eran meras luciérnagas, cuando no imaginaba que aquellos dardos traicioneros pudieran orientarse en la oscuridad como lechuzas hambrientas.

Un relincho de agonía y un posterior estremecimiento de mi montura me devolvieron a una realidad ineludible. Con ademán automático palpé los costados de mi caballo en busca de impactos, pero no encontré nada. Un largo astil, sin embargo, asomaba de su anca derecha. Un disparo que todavía le permitiría vivir unos minutos, quizá horas; una herida que, sin embargo, le iría mermando las fuerzas hasta hacerlo desplomarse en mitad del bosque. Con el encinar salvador ya a pocos pasos, decidí jugar una baza arriesgada, desesperada, pero quizá la única con visos de supervivencia.

Sin pensarlo dos veces me dejé caer entre dos matorrales, permitiendo que mi caballo herido se perdiera en la espesura. Renqueante, moribundo, dejando tras de sí un rastro delator de sangre que quizá me sirviera para eludir o retrasar mi captura, pero que posiblemente no valiera para cambiar la suerte de Muturudum y toda su gente.

Varios jinetes pasaron casi por encima de mí un minuto más tarde, desbocados, ansiosos, ajenos a una sombra amatojada entre dos coscojos. Poco después se presentaron los treinta integrantes de una turma de caballería. Aquellos hombres venían más cautelosos, desplegados en abanico, batiendo los arbustos con sus largas pértigas. Buscando el cuerpo trémulo de un mercader descabalgado a punto de morir de miedo. Por eso quizá no repararon en un bulto sospechoso arrebujaado bajo una capa negra.

Casi una hora permanecí inmóvil, sin atreverme a menear un dedo o a respirar con fuerza. Esperando unos acontecimientos absolutamente imprevisibles. Porque mi viaje hasta Osca con el fin de pedir ayuda a Sertorio ya no dependía de mí. Descansaba en manos de la diosa Fortuna, igual que mi propia vida. Los mismos jinetes que casi me habían pisoteado al principio volvieron por el mismo camino. Gruñendo, lanzando exabruptos en aquella curiosa lengua vasca. Lamentándose —supuse— por retornar con las manos vacías después de resaquear el encinar palmo a palmo. A punto estaba de levantarme y buscar una guarida más adecuada cuando el aire helado de la noche me trajo nuevos ecos de herraduras.

A través de una rendija abierta en mi capa divisé dos jinetes solitarios acercándose al paso, sin prisas, meciendo sus corazas brillantes y sus gestos herméticos con silenciosa parsimonia. Dos oficiales excesivamente abstraídos como para estar de guardia. Ambos hombres se detuvieron a dos pasos de mi escondite y se pusieron a contemplar la campa fantasmagórica de Muturudum. Una vasta llanura tenuemente iluminada por los hachones agónicos de las torres y las antorchas de una ciudad todavía invicta. El romano de más edad —y también más corpulento— examinaba con ojos indiferentes las labores de identificación de cuatro cadáveres desparramados: cuatro legionarios que, aun estando muertos, habían participado en la huida de dos fugitivos anónimos. El otro oficial, mucho más joven y

atlético, mostraba un aire enclaustrado, apesadumbrado incluso, con la mirada clavada en un horizonte aserrado y negro.

Un decurión de caballería se abrió paso súbitamente entre el bosque. Grave, circunspecto, con el mismo gesto de frustración que las tropas vasconas. El oficial de menor edad giró al escuchar el ruido de cascos, descubriendo al hacerlo un rostro ovalado, unas mejillas levemente carnosas y un inconfundible hoyuelo en medio de la barbilla. Unas facciones de campesino afable que seguían grabadas en mi retina desde los lejanos días de Emporion, desde que aquel mismo general me prometiera la muerte a orillas del Hiberus. Una labor que él mismo llevaría a cabo personalmente —afirmó— si la ciudad de Muturudum no aparecía donde yo le había asegurado días antes en su *praetorium*. El destino, pues, había decidido reunirnos de nuevo, muchos meses después, a cientos de millas de distancia, a las puertas de una ciudad cuya verdadera situación ni aquel hombre ni yo conocíamos entonces.

El decurión movió la cabeza negativamente nada más llegar.

—¿Nada? —le preguntó un contrariado Cneo Pompeyo Magno.

—Nada. Tan solo hemos encontrado su caballo agonizante a media milla de aquí —respondió el suboficial romano.

—¿Y el otro?

—Del otro ni siquiera hemos encontrado el caballo, al menos todavía —se lamentó quien había capitaneado la turma encargada de localizar a los dos fugados.

Pompeyo asintió en silencio y despidió a su subordinado con un gesto de la mano.

—¿Qué opinas? —le preguntó su compañero de vigilia cuando ambos se quedaron solos.

Los dos mandatarios romanos habían vuelto a colocarse de espaldas a mí, acariciando con mirada sombría los muros grises de una ciudad escondida del mundo, olvidada de la guerra.

—Alguien está dirigiendo a esos malditos mercaderes —murmuró Pompeyo sin esconder su disgusto—. Desde dentro.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro —dijo—. Alguien con amplios conocimientos militares. Alguien capaz, además, de transformar el miedo en arrojo.

—Eso es mucho decir..., ¿no te parece?

—Alguien que, posiblemente, ya haya pasado antes por este tipo de trances —sostuvo Pompeyo.

—¿Te refieres a un superviviente de otro asedio?

—Exacto —asintió lacónico el general optimate un segundo antes de quedar otra vez secuestrado por sus reflexiones.

—¿Se te ocurre alguien? —le preguntó su subordinado tras respetar durante varios minutos el silencio del procónsul.

Un conato de risa seca agitó el pecho de Pompeyo, como si la pregunta le resultase tan imposible de responder como localizar un trébol de cuatro hojas.

—No abunda por ahí ese tipo de gente —replicó con ironía—. De hecho, solo me viene uno a la cabeza, uno que además debería estar a nuestro lado y, sin embargo, escogió a Sertorio.

—Sería mucha casualidad que ese hombre estuviese ahí abajo, en Muturudum.

—Sería mucha casualidad, efectivamente —convino el general optimate.

—Aun así —insistió el oficial—, aunque tuvieran la ayuda de un auténtico experto, esos mercaderes del diablo no aguantarán una nueva embestida de nuestras mejores tropas. Ni siquiera el haber roto el cerco con alguno de esos jinetes, si es que verdaderamente lo han logrado, les valdrá de nada —le

aseguró su legado—. Esos dos fugitivos jamás saldrán vivos de este bosque.

—Es posible... —concedió el general optimate.

—Tenemos hombres de sobra todavía para aniquilar esa ciudad.

—Tal vez... —murmuró el joven general acordándose posiblemente de los muchos soldados abrasados dentro de Muturudum—. De lo que no andamos sobrados es de tiempo —añadió rascándose debajo del mentón.

Por primera vez en aquella conversación, el legado miró a su general de frente, con detenimiento, con extrañeza.

—¿Acaso dudas de nuestras opciones de victoria frente a esos miserables comerciantes?

Pompeyo sonrió con la calma triste de los que, aun sabiéndose poderosos, han de buscar la cautela con el fin de lograr metas todavía más grandes.

—No —respondió con aplomo—. Jamás he dudado de la victoria. Muturudum caerá. Tenlo por seguro —sentenció con la rotundidad de un juez sumarísimo—, pero no ahora. No este invierno.

El legado hizo virar a su montura con el fin de contemplar a su general sin ángulos muertos, sin sombras que le escamotearan los jeribeques de un miedo impensable en un procónsul.

—¿Vas a retirarte ahora?! —le espetó al hombre que pretendía arrancar Hispania de las manos de un rebelde—. ¿Vas a dejar pasar la oportunidad de tomar esa ciudad? ¿Vas a echar por tierra la ocasión de hacerle ver a Sertorio que no temes jugar en su terreno? —añadió atónito.

Pompeyo chascó la lengua con una mezcla de sorna y pesadumbre forzosa.

—No es eso... —protestó débilmente.

—¿Entonces?

—Es por los vascones.

—¿Temes acaso una deserción en masa de nuestros nuevos aliados?

—No lo sé —confesó el general optimate, dubitativo—. Es difícil saber qué pasa por sus cabezas. De cualquier modo, no quiero forzar las cosas.

El oficial fornido cabeceó comprensivo, haciéndose cargo, asumiendo que, en ocasiones, incluso las victorias más seguras han de ser pospuestas para más adelante.

—Entiendo —musitó—. Quizá sea lo más prudente —añadió tras un breve silencio—. Es verdad que esos vascones andan ya un poco inquietos.

—Les prometí botín y victorias fáciles en esta incursión —recordó Pompeyo con un cierto desmayo—, y lo único que han hecho hasta ahora ha sido cosechar muertos.

—Tú no tienes la culpa —lo tranquilizó su acompañante—. Al fin y al cabo, fueron ellos los que señalaron a Muturudum como un objetivo fácil. Una ciudad habitada por gentes pacíficas, dijeron; llena de riqueza y mercancías útiles. Una ciudad que desconocía el arte de la guerra y cuyos habitantes caerían muertos de pánico nada más vernos.

El enviado de Roma asintió, conforme con su legado.

—Todo eso es verdad —coincidió—, pero mucho me temo que cuando hablaban así ignoraban lo mismo que nosotros.

—¿Te refieres a la posibilidad de que esos mercaderes hayan podido recibir ayuda de Sertorio justo antes de nuestra llegada?

—No diría tanto —musitó Pompeyo—. Sus tácticas de combate y sus artimañas más me parecen obra de unos pocos, incluso de un solo hombre con experiencia, con extrañas dotes de persuasión y mando.

—Me parece que exageras otra vez —le contradijo, sonriente, el legado—. Acabas de pintar el retrato

de un hispano que nos trajo de cabeza durante varios años pero que ya está muerto. Se llamaba Viriato.

—Espero que estés en lo cierto —asentó Pompeyo—. De cualquier manera, es hora de volver —dijo—. Los vascones pueden ser unos valiosos aliados en el futuro. Odian a los celtíberos de Sertorio, y no debemos exigirles demasiados sacrificios por el momento. Tiempo habrá para ello.

El caballo de Pompeyo piafó nervioso cuando me revolví debajo de mi manto. Apenas fue un ligero temblor provocado por el frío que entumecía mis miembros. Afortunadamente, el general optimata seguía más pendiente de sus planes que de lo que la noche escondía tras la cola de su corcel.

—La próxima campaña volveremos por estas tierras —vaticinó—. Con unas tropas auxiliares más confiadas y predispuestas. Y con el ejército al completo. Mutturudum apenas será para nosotros un guijarro en el camino, un insecto que aplastaremos con la yema de un dedo.

—¿Cuándo has pensado levantar el asedio entonces? —le preguntó su legado.

—Mañana al amanecer —respondió Pompeyo con ademán displicente—. Si hemos de partir, ¿para qué esperar más tiempo?

El oficial corpulento tiró de las riendas de su montura con intención de retornar ya al campamento.

—Con tu permiso, debo dejarte —se disculpó—. Si vamos a salir temprano, aún me queda trabajo por hacer antes de acostarme.

El enemigo acérrimo de Sertorio asintió sin mirarlo. Hierático, ausente, dispuesto —quizá— a permanecer todavía un rato más en vela, tratando de penetrar el enigma inextricable de Mutturudum.

—Varrón... —La voz grave de Pompeyo detuvo las maniobras de su oficial y puso nombre a una figura entre sombras, a un personaje a quien el mismísimo Placidio envidiaba secretamente: Marco Terencio Varrón, el geógrafo, el erudito, el militar que también registraba la Historia de Roma por encargo del Senado, era el acompañante nocturno del gran *imperator*.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso has cambiado de opinión? —bromeó el legado haciendo volver grupas a su caballo.

Pompeyo también se había girado sobre su montura. Su rostro mostraba una expresión tortuosa: el gesto de quien está a punto de solicitar un favor impagable. O de hacer una petición inadecuada.

—Varrón —le espetó con aquel aire tirante—, no quiero que reflejes nada de *esto* en tus crónicas.

El militar y cronista pareció repentinamente perplejo ante la demanda del procónsul optimata.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó después de borrar de su faz cualquier atisbo de broma.

—Quiero que omitas en tus escritos el episodio de Mutturudum. Por completo. Todo. Cualquier referencia a esta ciudad perdida. Cualquier mención de este desaguisado.

—Pero...

Pompeyo había maniobrado para colocarse justo frente a su interlocutor. Erguido, solemne, amenazante.

—Mutturudum no ha existido para nosotros este invierno —zanjó con incontestable contundencia—. No hemos estado aquí. ¿Lo entiendes?

El semblante de Varrón era una máscara descompuesta, deformada por un rictus a medio camino entre la indignación y el desconcierto.

—Pero en Roma querrán saber... —se defendió—. No podemos ocultar según qué cosas.

—Les dirás que pasamos todo el invierno en el país de los vascones —sostuvo Pompeyo con frialdad cortante.

Varrón compuso un gesto reprobatorio.

—Haciendo ¿qué? ¿Comiendo y engordando como los osos con el dinero del Senado romano?

Pompeyo volvió a sonreír con desgana.

—Fundando ciudades.

—Pero eso sería faltar a la verdad...

—No del todo si empezamos a hacerlo este mismo invierno.

Varrón agitó la cabeza, aturdido.

—¿Fundando una ciudad en territorio vascón?

—¿Por qué no? ¿Acaso no es más seguro que hacerlo en la Celtiberia? La Galia está cerca. Un asentamiento en territorio vascón nos servirá para hacer acopio allí de víveres para la próxima campaña y otras venideras.

—Fundar una ciudad en Hispania... —murmuró el historiador todavía incrédulo pero con el aire más aquietado—. Supongo que ya habrás pensado hasta el nombre.

—Claro —sonrió aquel joven ambicioso a quien muchos consideraban el heredero de Alejandro Magno—. Se llamará Pompaelum. ¿Cómo si no?

Marco Terencio Varrón comenzó a darse la vuelta, pero se detuvo a medio giro. Otra vez grave, admonitorio.

—Aunque yo no escriba nada de todo esto —afirmó—, ten por seguro que la debacle de Muturudum trascenderá de algún modo. Algún día.

—¿Cómo?

—Aunque yo la ignore, otros historiadores escribirán sobre esta ciudad y sobre lo que aquí ha ocurrido. Es difícil acallar los testimonios de miles de hombres —replicó.

Cneo Pompeyo Magno esbozó un gesto de anuencia y dejó que las penumbras de la noche se tragaran a aquel honrado erudito metido a militar romano. Entonces murmuró para sí con gesto cansado:

—Si trasciende, que sea al menos cuando yo ya esté muerto.

LXI

Cneo Pompeyo Magno todavía permaneció plantado sobre su montura durante más de media hora. Cavilante, ajeno a todo, ensordecido por el fragor de sus pensamientos. Solo cuando se marchó buscando la quietud de su *praetorium* me dio por pensar que la vida del general optimatus y, consecuentemente, el devenir de aquella guerra quizá hubieran estado en mis manos durante todo ese tiempo. Al alcance de mi *gladius*. A una distancia irrisoria. A un suspiro de la gloria. Porque a buen seguro Sertorio me habría aupado al pedestal de los héroes, de los mitos, si su enemigo acérrimo hubiese muerto aquella noche atravesado por mi espada. Sin embargo, la idea del magnicidio jamás cruzó mi cabeza. Después de escuchar la conversación entre los dos oficiales romanos, todos mis pensamientos estuvieron puestos en Asiris y en nuestro futuro hijo; en conservar la vida hasta el día siguiente sin asumir nuevos riesgos. En regresar sano y salvo a Muturudum para sentir en su vientre el latido de una semilla mitad celtíbera mitad indiketa. En vivir en paz junto a la mujer amada unas cuantas semanas, unos meses quizá, con un poco de suerte. Por eso, Pompeyo se fue por donde vino, con sus tribulaciones auestas, haciendo una marca negra en sus mapas —y también en su memoria— que le sirviera de recordatorio para regresar a la cuenca del Durius la primavera próxima. Para buscarnos de nuevo, con más medios, con menos sobresaltos. Con la seguridad de que, tras su segunda visita, Muturudum quedaría reducido a un montón de piedras desparramadas rezumantes de sangre.

La mañana estaba ya alta cuando la retaguardia de aquel ejército se perdió en el horizonte rumbo al país de los vascones, donde al parecer Pompeyo había encontrado una valiosa clientela. Gentes dispuestas a seguirlo, a pelear contra otros pueblos hispanos a cambio de unas monedas. Gentes movidas, quizá, por la promesa de tierras que ahora eran celtíberas. Gentes confundidas por unas ínfulas de libertad e independencia que ningún procónsul posterior respetaría. Solo entonces, cuando el rumor de la guerra estuvo muy lejos, me atreví a dejar mi escondrijo entre los coscojos e iniciar la vuelta a Muturudum.

Las puertas de la ciudad celtíbera seguían cerradas a pesar de que el horizonte estaba ya libre de amenazas. Y continuaron igual de herméticas cuando alcancé las torres de vigilancia que los romanos habían abandonado intactas. Cientos de cuerpos se adivinaban escondidos tras el parapeto, expectantes, incrédulos, todavía aferrados a sus lanzas. Temerosos quizá de que la aparente retirada de las legiones pompeyanas tan solo fuera una treta. Tres cabezas se elevaron súbitamente sobre la muralla. Tres hombres que iniciaron una carrera frenética al reconocer a la solitaria figura que se aproximaba a pie, con el paso firme y una amplia sonrisa de felicidad flotándole en los labios. Tres figuras que me señalaban con el dedo mientras gritaban, saltaban y lloraban alborozadas como niños pequeños.

Ertebas fue el primero en aparecer entre aquellos portones magullados por el ariete romano. El comerciante echó a correr por la campa, trastabillando entre los restos de la tortuga arietaria, sorteando los cuerpos de los vascones calcinados, tropezando patéticamente en los escombros de la batalla.

—¿Qué... qué ha sucedido?! —me espetó nada más llegar—. ¡Hilerno y yo te vimos cruzar entre las torres, pero enseguida te perdimos de vista! ¡No sabíamos si habías sobrevivido! —Dos ríos de lágrimas surcaban las mejillas sucias de Ertebas.

—Se marchan —le respondí sonriendo.

—¿Se... se marchan?! —chilló más que preguntó aquel hombrecillo atónito—. ¿Cómo?! ¿Por qué?! —añadió sofocado por una alegría insospechada.

—Los romanos también tenían sus propios problemas.

—¿Los romanos tenían problemas? —masculló enarcando las cejas.

—Con los vascones.

Ertebas volvió a parpadear como un niño desbordado por una realidad solo apta para adultos.

—Al parecer venían con la idea de arrasar y rapiñar Muturudum con más facilidad de la que encontraron. Pero al no lograrlo, comenzaron a impacientarse, y a acordarse de sus montañas. Por eso Pompeyo decidió marcharse también. Porque no quería sufrir la defección de sus auxiliares.

Un clamor de voces enfervorizadas recorría todo el contorno de la muralla, mezclado con el estruendo metálico de falcatas contra escudos. A la vez, un revoltijo de telas, lienzos y trapos de colores tremolaba en manos de aquellas gentes igual que un mar de banderas cargadas de orgullo y euforia.

—¿Les dijiste que me había ido en busca de ayuda? —le pregunté a Ertebas tras contemplar durante unos segundos a una población que parecía celebrar todavía la victoria de la última noche—. Cuando despertaron de la borrachera, ¿les hablaste del final más probable al que se enfrentaban?

El mercader de Muturudum miró a sus exaltados paisanos de soslayo y después bajó la cabeza.

—No.

—¿No?

—No tuve el valor —confesó frunciendo los labios—. ¿Para qué abrirles los ojos a la muerte si el final ya llegaría cuando debiera? ¿Para qué mostrarles una realidad que ellos jamás habrían aceptado después de dos victorias tan bellas? —añadió mientras su gesto compungido se tornaba en una mueca de picardía.

—¿Qué les dijiste entonces cuando notaron mi ausencia?

Ertebas esbozó aquella sonrisa suya de roedor resabiado.

—Que habías ido a exigirle a Pompeyo la rendición incondicional.

—¿Qué?!

El comerciante rio por lo bajo mientras admiraba con abierta satisfacción el griterío que escapaba de Muturudum.

—¡Les mentiste... y por eso me aclaman ahora! ¡Por eso creen que, en verdad, hemos derrotado a Pompeyo! —lo acusé mirando yo también a aquellas gentes radiantes que danzaban como diablos sobre el camino de ronda de la muralla aun a riesgo de partirse el espinazo.

—Lo hice —admitió sin rodeos—. Les dije que lograrías la rendición y la retirada de las tropas enemigas, y ya no pienso desmentirlo —añadió agarrándome del brazo y arrastrándome hasta los pies de la muralla.

Leukon e Hilerno salieron a recibirnos, flanqueándome uno por cada lado, obligándome a levantar los brazos como un gladiador victorioso, como un héroe mitológico tras volver de una odisea, como un rey saludando a sus súbditos. Ertebas también elevó un brazo, aunque solo para pedir silencio. Entonces se dirigió a aquel público desaforado para insuflar todavía más aire en una burbuja de irrealidad que no había explotado de puro milagro.

Igual que un histrión de teatro griego, Ertebas relató cómo Pompeyo había temblado nada más verme, suplicando misericordia postrado de rodillas, pidiendo tan solo unas pocas horas más para deshacer su campamento y marcharse de la Celtiberia para siempre. Los ejércitos de Roma —les aseguró Ertebas a sus convecinos, mintiéndoles con total desahogo— jamás volverían a Muturudum, porque el contrebiense iba a quedarse a vivir entre ellos, para protegerlos de las guerras, para guiarlos en la paz y conducirlos a una nueva victoria si hacía falta. Para dirigir una ciudad a la que siempre le había faltado un caudillo. Por eso —continuó embalado—, todos los primeros hijos varones que nacieran a partir de entonces en todos los matrimonios jóvenes habrían de llevar el nombre del contrebiense. Todos se llamarían Kalaitos, en honor al salvador de Muturudum.

Alguien tiró de mi *sagum* haciéndome regresar momentáneamente de un sueño tan irreal como peligroso. Era Asiris la que reía a mi lado, y lloraba al mismo tiempo, y me abrazaba, y me palpaba la cara y las ropas como si jamás hubiese esperado verme de nuevo; como si su querido Kalaitos fuese un aparecido, un fantasma aturdido que ha extraviado su sábana.

El propio Ertebas me rescató minutos después de entre el gentío que ya nos rodeaba y me llevó a un aparte. Su gesto había cambiado radicalmente tras la acalorada perorata bajo la muralla.

—¿Qué ocurrió con Maldo? ¿Lo sabes? —me preguntó mirándome fijamente, como si la duda le quitase el sueño.

—Logró pasar.

—¿Escapó entonces?

—Sin un rasguño.

El mercader se llevó un dedo al mentón, indeciso, súbitamente huraño, contrariado incluso.

—¿Crees que irá en busca de Sertorio?

—Vosotros lo conocéis mejor que yo... —argüí con ademán de desconocimiento—, pero eso es lo que le hicimos jurar antes de partir.

Una luz de alarma se encendió en las pupilas del mercader.

—Ya no necesitamos a Sertorio...

No respondí. Preferí dejar que Ertebas vomitara de una vez todas sus inquietudes.

—Si Maldo llega hasta él —inquirió con la misma preocupación—, ¿Sertorio vendrá hasta Muturudum?

—Dalo por hecho.

—¿Y tú no podrías ir en busca de Maldo y liberarlo de su juramento?

—Mucho me temo que Maldo andará ya muy lejos y no habrá manera de alcanzarlo.

El mercader pacifista volvió a tirarse de sus cabellos ralos con angustia.

—Pero ya no estamos amenazados... —porfió—. Ya no lo necesitamos...

—Las cosas no funcionan así, Ertebas —le dije pasándole una mano por el hombro—. No puedes llamar a un lobo para que te defienda de otro lobo, y decirle después que todo era falsa alarma.

—¿Por qué? —El comerciante me miró con el rictus pasmado de los necios y los beodos.

—Porque Sertorio hará entonces con vosotros lo que Pompeyo no ha conseguido. Además..., Pompeyo volverá.

—¿Pompeyo volverá? ¿Cuándo? ¿Cómo lo sabes?

—El próximo año. Con más hombres. Se lo oí decir mientras estaba escondido ahí arriba —dije apuntando con el dedo a la loma que dominaba la campa de Muturudum—. Entonces será diferente —le advertí—. Entonces necesitaremos a Sertorio si queremos seguir viviendo.

Ertebas permaneció en silencio bastante rato, sumido en una parálisis reflexiva donde la realidad y sus propios anhelos jugaban a los bolos dentro de su cabeza. Hasta que las ilusiones y las esperanzas ganaron aquella encarnizada partida y suplantaron a la razón y a la lógica.

—Tal vez Maldo no se dirija a Osca después de todo... —musitó con ojos soñadores—. Tal vez Pompeyo no vuelva jamás a Muturudum —apuntó con la candidez de un chiquillo sin luces—. Tal vez no necesitemos de un aliado. Tal vez la guerra siga respetándonos... —añadió con el mismo júbilo absurdo—. ¿No crees, contrebiense?

Esperé a que Ertebas terminara de construir su entelequia. Entonces fingí contemplar las nubes que manchaban el horizonte con promesas de nuevas ventiscas.

—Tal vez estés en lo cierto —le respondí mirando para otro lado—. Tal vez nunca veamos de nuevo la guerra. Tal vez Pompeyo y Sertorio se olviden de nosotros para siempre —añadí sin volver hacia él la cabeza para que el rictus desmayado de mi rostro no delatara mis mentiras.

Asiris me esperaba sentada junto a la cueva de Albura, escuchando desde allí los ronquidos de dos borrachos felices. Dos cuerpos entrelazados como serpientes pringosas, abandonados a la molicie de la *caelia* y el sexo tardío. Dos amantes que dormían plácidamente, cubiertos por el manto de fantasía que Ertebas había tendido sobre ellos en mi ausencia. Un velo que, tras mi triunfal reaparición, se había hecho todavía más grueso, más opaco, anulando —más si cabe— la capacidad de aquellas gentes para presentir el peligro. Afortunadamente Asiris era distinta a aquellos mercaderes insensatos. Ella poseía un instinto infalible para la amenaza. Además, había sufrido en sus carnes el mordisco de la devastación y la tragedia. Había sido rehén, prisionera y fugitiva. Había viajado entre legiones. Había visto batallas y asedios de cerca. Había formado parte de la propia guerra. Por eso a ella no podían haberla engañado las patrañas de Ertebas. Ella sabía que la realidad, a pesar de las apariencias, seguía siendo una alimaña con las fauces abiertas. A ella no podía escapársele que Muturudum era una ciudad condenada.

La indiketa corrió hacia mí al verme penetrar en el callejón. Ingrávida, etérea, radiante. Como si sus pies flotaran sobre una pradera verde en vez de chapalear en un lodazal inmundo.

—¡Kalaitos! —exclamó saltando en mis brazos—. ¡Por fin! —suspiró escondiendo su rostro en mi pecho.

—Asiris... —comencé a decirle mientras la dejaba otra vez en el suelo.

—¡Por fin todo ha terminado! —me interrumpió con otro grito de júbilo.

—Asiris, Pompeyo no... —traté de continuar.

—¡Por fin somos libres, Kalaitos! —exclamó sellando mi boca con un beso, respirando con deleite el aire de una ciudad que aún olía a carroña quemada y a muerte reciente.

—Asiris.... —la zarandeeé un segundo—, lo que Ertebas os ha dicho...

—¡Por fin tenemos lo que queríamos! ¡Por fin viviremos en paz! —me espetó sin escucharme, mirando en derredor con infantil entusiasmo, como si las casuchas destartaladas del callejón escondiesen palacios alucinantes. Como si Muturudum fuese *exactamente* el lugar imaginado en sus sueños—. ¡Por fin nuestro hijo nacerá lejos de los romanos! ¡Lejos de sus guerras! —me dijo entre lágrimas de alegría mi indiketa del alma, rendida a las fantasías de Ertebas, sucumbiendo a la misma ofuscación delirante que todos aquellos pobres ilusos. Unas gentes que me aclamaban como si los dioses me hubiesen enviado para salvarlos. Porque, ¿quién sin ese tipo de poderes sería capaz de marchar solo hasta un campamento romano y lograr la rendición del general más temido en el mundo?

—Por fin seremos felices..., ¿verdad, Kalaitos? —me preguntó Asiris hurgando en mis ojos con alegría temerosa, como si mía fuese la lezna que pudiera reventar la pompa de emoción que embriagaba a Mutturudum—. ¿Verdad, Kalaitos? —insistió al verme dudar un instante.

—Claro que sí, Asiris —le dije estrujándola contra mi cuerpo, escondiendo otra vez su cara dentro de mi pecho, haciendo oídos sordos a las voces infernales de mi cabeza—. Por fin seremos felices —le prometí estrechándola con más fuerza.

Asiris salió del rebozo cálido de mi *sagum* para mirarme con ojos inusualmente cándidos.

—Vuelves a ser un monarca con corona y reino, Kalaitos —afirmó henchida de orgullo—. Tienes para ti solo una fortaleza, y miles de súbditos dispuestos a obedecerte —añadió satisfecha, enamorada.

A mi padre, el viejo Ambón, caudillo indiscutible de Contrebia Leucade, se le habrían aflojado los correajes de su armadura de la risa si hubiese escuchado aquellas palabras. Llamar «fortaleza» a una ciudad como Mutturudum ya se antojaba como una exageración desmedida. Considerar súbditos y guerreros a unos hombres apenas capaces de sostener una falcata sin cortarse con ella constituía un auténtico disparate.

—¿Qué ocurre, Kalaitos? ¿En qué piensas? —La indiketa se había separado de mí, súbitamente alerta, desprovista quizá de su antigua facultad para advertir los peligros pero todavía capaz de barruntar mis zozobras.

—No pasa nada —le mentí, forzando una sonrisa, poniendo mi mano sobre su abdomen, haciendo mis primeros cálculos—. Estaba tratando de imaginar sus rasgos.

Asiris frotó con mi mano su tripa todavía plana.

—Él será como tú —dijo.

—Quizá sea *ella* —repuse atrayéndola hacia mí de nuevo.

—Albura me ha dicho que será niño —rio como una niña traviesa.

—¿Cuándo nacerá?

—Todavía le quedan seis meses para asomar la cabeza.

—Seis meses... —musité abstraído, con un gesto que sin duda Asiris tomó por soñador—. Para últimos de mayo entonces... —murmuré mientras valoraba las menguadas opciones de nuestro retoño para nacer en un entorno todavía libre de estruendos metálicos.

—¿Es mucho esperar? —me interrogó mi compañera indiketa al verme tan cavilante.

—No —volví a mentirle—. Tan solo buscaba un nombre para la criatura.

—Ya está pensado.

—Bueno..., después de lo que ha dicho Ertebas, supongo que tendrá que llamarse Kalaitos —aduje, intentando que mis palabras sonaran chistosas.

Asiris negó, sin borrar aquel rictus de felicidad de unos labios otra vez sonrosados.

—Se llamará Estibos.

—Ah, claro, Estibos —repuse con los brazos cruzados, fingiendo un enfado que no sentía—. Ese nombre es mucho más bonito. Mucho más adecuado. Mucho más... procedente.

Asiris desenredó mis brazos y los colocó alrededor de su cintura.

—No es más bonito ni más procedente —afirmó aferrando mis sienes con sus manos y haciéndome bajar la cabeza—. Es que Kalaitos... —susurró mientras ambos buscábamos los labios del otro con los ojos cerrados— jamás podrá existir otro.

En la negrura embriagadora de aquel beso, divisé la figura resplandeciente de Noctiluca, mi diosa predilecta. La Dama de la Noche nos contemplaba desde el umbral de la cueva con gesto conmovido,

sonriente, empática. Ello me llevó a pedirle un último favor, un deseo justo: tan solo un año de tranquilidad —le supliqué—, o, cuando menos, seis meses de paz en aquella ciudad olvidada. Para que al pequeño Estibos le diese tiempo a nacer sin respirar el tufo de la muerte desde su cuna. Para que nuestro retoño pudiese gatear sin tropezar con cadáveres. Sin embargo, la diosa noctámbula movió la cabeza con ademán pesimista, dudando de que tal regalo fuera posible. Las guerras de los romanos —me dijo, aunque yo ya lo sabía— empiezan puntualmente en primavera. Por eso solo podía garantizarme tres meses de tregua. Tres meses de felicidad. Tres meses de vida. Tres meses a todas luces insuficientes para ver cumplido nuestro sueño. Y aun así, a pesar de aquella certidumbre implacable, yo también decidí volverme ciego, como Asiris, como todos los habitantes de aquella ciudad atípica. Y por eso espanté de mi mente las voces de la cordura, ignoré mis instintos de alarma y resolví que, mientras fuera posible, simplemente viviríamos. Viviríamos solo pendientes el uno del otro, como si no existiese el mañana, de espaldas a un Destino que nunca falta a su cita, como si la Fatalidad jamás pudiera encontrarnos. Como si Muturudum todavía pudiese elegir su camino en una Hispania esclava y convulsa. Así es como desgranaríamos aquellos próximos meses..., hasta que el horizonte se llenara otra vez de lanzas optimates. O hasta que Maldo regresara un día con Sertorio.

APÉNDICES

GLOSARIO LATINO

- Agger, -eris*: Terraplén.
- Agmen pilatum*: Disposición en columna de un ejército.
- Agmen quadratum*: Orden de marcha en disposición defensiva, menos vulnerable que la formación en columna.
- Andabata, -ae*: Gladiador que combatía a ciegas.
- Armillae, -ae*: Banda condecorativa para los brazos.
- Ballista*: Arma de asedio de aspecto y mecanismo parecido a una ballesta.
- Bucina, -ae*: Instrumento musical de viento utilizado por el ejército romano para dar órdenes.
- Caetra, -ae*: Escudo circular de pequeño tamaño.
- Caetrati, -orum*: Soldados de infantería ligera. Portaban una *caetra* y una espada corta.
- Caligula, -ae*: Sandalia militar.
- Cardo maximus*: Avenida perpendicular al *decumanus maximus* y que cruzaba la ciudad de norte a sur.
- Castellum, -i*: Pequeño fortín romano usado como torre vigía.
- Cathedra, -ae*: Sillón que ocupaban los maestros frente a sus alumnos, sentados en taburetes.
- Cella caldaria*: Cuarto con baño caliente en una terma romana.
- Cingulum, -i*: Cinturón usado por los soldados para ceñir su túnica.
- Corvus, -i*: Puente levadizo y giratorio colocado en algunas embarcaciones de guerra, manejado mediante poleas y provisto de un garfio en un extremo con el que inmovilizar a la nave enemiga que se pretende abordar.
- Cubiculum, -i (n.)*: Habitación.
- Cursus honorum*: Nombre que recibía la carrera política romana.
- Decumanus maximus*: Avenida principal que recorre una ciudad en sentido este-oeste.
- Delicatae, de delicatus, -a, -um* («delicioso»): Prostitutas de lujo.
- Devotio, -onis*: Una forma especial de clientela militar por la cual los clientes o *devoti* consagraban su vida a su rey o jefe, al que tenían obligación de proteger en el combate.
- Dolabra, -ae*: Herramienta muy versátil, utilizada por los legionarios como pico de excavación e incluso como arma.
- Domus, -us*: Viviendas de familias de cierto nivel económico.
- Gladius, -ii*: Espada. Arma de combate romana por excelencia.
- Hastati, -orum*: Soldados jóvenes con armadura completa, armados con el famoso *pilum* y espada corta.
- Hora prima*: De 6 a 7 de la mañana.
- Hospitium, -i (n.)*: Alojamiento, albergue.
- Ientaculum, -i (n.)*: Desayuno.
- Insula, -ae*: Bloque de viviendas (a menudo modestas).
- Laconicum*: baño de vapor.
- Lex Iulia*: Ley aprobada en el 90 a. C. que daba a los generales la potestad de otorgar la ciudadanía romana a sus tropas.

- Mirmillo, -onis*: Gladiador armado con escudo y espada y cubierto con yelmo galo.
- Mola salsa*: Salsa a base de gachas empleada en festividades romanas.
- Oppidum, -i (n.)*: Ciudad.
- Optio, -onis*: Ayudante del centurión.
- Paenula, -ae*: Capa de lana de forma ovalada utilizada en el mundo romano.
- Palestra*: Patio central al que se abría el resto de instalaciones y donde se podían realizar ejercicios físicos.
- Pilum, -i (n.)*: Lanza romana de mango grueso, terminada en una fina punta de hierro.
- Pontifex maximus*: O «sumo pontífice», el cargo más honorable. Sacerdote principal del Colegio de Pontífices.
- Porta decumana*: Una de las puertas de entrada a un campamento, la más cercana al *praetorium*.
- Porta praetoria*: Una de las puertas principales del campamento romano, opuesta a la *porta decumana*.
- Porta sinistra*: Puerta principal situada a la izquierda del *praetorium*.
- Praetorium, -ii (n.)*: Tienda ocupada por el general en un campamento romano.
- Prandium, -ii (n.)*: Almuerzo.
- Primus pilus*: El centurión de mayor rango en una legión.
- Princeps, -ipis*: Soldado más experimentado que los *hastati* y destinado a relevar en caso de necesidad a estos últimos.
- Princeps senatus*: El senador con mayor dignidad y el primero en hablar dentro del Senado.
- Quarta vigilia*: De 3 a 6 de la madrugada.
- Sagum, -i (n.)*: Sago, vestimenta típicamente celtíbera.
- Scutati, -orum*: Soldados armados con material pesado, con coraza y escudo.
- Scutum, -i (n.)*: Escudo del legionario romano. Voluminoso, en forma de teja.
- Secunda vigilia*: De 9 a 12 de la noche.
- Signifer, -i*: Suboficial encargado de llevar el *signum* o enseña de cada centuria.
- Silphium*: Del griego «Σίλφιον». Planta de uso muy extendido entre los romanos, tanto como condimento en las comidas como para calmar los dolores.
- Solliferreum, -i (n.)*: Dardo de hierro.
- Stipendium, -ii (n.)*: Tributo que pagaban los estados conquistados por los romanos.
- Stola, -ae*: Vestimenta característica de las mujeres en la antigua Roma.
- Vestalis maxima*: O «suma vestal». Vestal superiora que supervisaba al resto de vestales.
- Taberna, -ae*: Tiendas, locales abiertos a las vías principales de la ciudad.
- Tepidarium, -ii (n.)*: Cuarto de baño tibio en una terma romana.
- Tesserarius, -ii*: Oficial de enlace.
- Toga praetexta*: Prenda de vestir reservada a niños y magistrados.
- Toga trabea*: Toga con franjas escarlatas y púrpuras, propia de los augures y del pontífice.
- Toga virilis*: Prenda que se vestía a partir de los dieciséis años, al acabar la niñez.
- Togata, -ae*: Prostituta.
- Tonsor, -oris*: Barbero.
- Torquati, -orum*: Soldados condecorados por su valor con la torques.
- Transmontanus*: Tramontana.
- Triplex acies*: Línea triple, formación típica de combate.
- Turma*: Escuadrón de caballería; la salluitana era una turma hispana al mando de Pompeyo Estrabón. A

todos sus miembros se les concedió la ciudadanía romana por méritos de guerra.

•*Via decumana*: Avenida central del campamento que termina en el *praetorium*.

•*Via principalis*: Avenida principal del campamento.

•*Vigilia, -ae*: Vigilia, turno de guardia durante la noche.

•*Vigiliae, -arum*: Vigilantes nocturnos.

OTRAS VOCES

•Auleta (griego αὐλητήρ): Músico que tocaba el *aulós* (griego αὐλός), instrumento semejante a una flauta doble.

•Baraeco: Dios ibero que protege a todas las fortalezas.

•*Boudi* (celtíbero): Victoria.

•*Caelia* (celtíbero): Tipo de cerveza.

•Cernunnos: Dios antropomorfo con cornamenta animal, señor de todas las bestias.

•*Eupátor* (griego Εὐπάτωρ): Título que se ponían a sí mismos ciertos gobernantes, como Mitrídates. Su traducción es «de buen padre».

•*Hetairas* (griego ἑταῖραι): Prostitutas situadas en un escalafón superior a las *pornai*, debido a su «alma cultivada».

•Letavia: El infierno para muchos pueblos hispanos.

•Netón: Dios panhispánico de la guerra, adorado tanto por iberos como por celtíberos.

•*Pornai* (griego πόρναι): En Grecia, prostitutas convencionales.

•*Stoá* (griego: στοά): Pórtico, espacio cubierto, de planta rectangular y alargada limitado por columnas o muros laterales.

•*Temeuei*: Voz supuestamente celtíbera que designaría a un ser prácticamente invisible.

•*Tir*: (celtíbero): Lobo.

•Vaélico: Dios celtíbero asociado con el Inframundo.

LISTADO DE TOPÓNIMOS ROMANOS Y PRERROMANOS

•Anas: Guadalquivir.

•Asculum: Actualmente Áscoli.

•Baloparo: Asentamiento ibero posiblemente a orillas del Cinca.

•Belgida: Ciudad celtíbera, posiblemente en el valle del Duero, atacada por Pompeyo en el invierno del 76 a. C.

•Bílbilis: Calatayud (Zaragoza).

•Bolskan: Huesca (en lengua ibera).

•Calagurris: Calahorra.

•Calpurniana: Ciudad oretana. Actualmente Bujalance (Córdoba).

•Caraca: Driebes (Guadalajara).

•Carthago Nova: Cartagena.

•*Castra aelia*: Según Tito Livio, lugar donde Sertorio instaló sus cuarteles de invierno tras el asedio a

- Contrebia Leucade. Probablemente cerca de la desembocadura del río Jalón en el Ebro.
- Castulo: Capital de la Oretania, muy cerca de la actual Linares.
- Cinga: Río Cinca.
- Consabura: Consuegra (Toledo).
- Contrebia Leucade: Ciudad celtíbera en el término municipal de Aguilar del río Alhama (La Rioja).
- Corduba: Córdoba.
- Dertosa: Actualmente Tortosa (Tarragona).
- Dianium: Denia (Alicante).
- Ebora: Sede lusitana de las tropas del general Sertorio. Actualmente Évora (Portugal).
- Ebusos: Ibiza.
- Edeta: Capital de los edetanos. Posiblemente la misma ciudad que los romanos llamaban «Lauro».
- Emporiae: Ampurias (en latín).
- Emporion: Ampurias (en griego).
- Finisterrae: Finisterre.
- Gimnesia: Mallorca (en griego).
- Hemeroskopeion: Colonia fundada por los griegos de Massalia (Marsella). Posteriormente llamada Dianium por los romanos.
- Hibera: Ciudad ibera destruida por los romanos en la batalla de Hibera, junto a la actual Amposta.
- Hiberus: Río Ebro.
- Ilerda: Lérida.
- Iltirta: Lérida (en idioma ibero).
- Indika: capital de los indiketas.
- Iseola: Río Isuela.
- Ispal: Posteriormente Híspalis (Sevilla).
- Itálica: Ciudad romana ubicada en la actual Santiponce, entre Sevilla y Alcalá del Río.
- Lauro: posiblemente la actual Liria.
- Libisosa: Fortaleza oretana. Actualmente Lezuza (Albacete).
- Maiorica: Mallorca (en latín).
- Mare Internum*: Mar Mediterráneo.
- Mare Nostrum*: Forma en que los romanos llamaban también al *mare Internum* (mar Mediterráneo).
- Mentesa: Ciudad oretana. Actualmente Villanueva de la Fuente (Ciudad Real).
- Meta: Islas Medas, en la costa del Empordà.
- Mons caunus: Moncayo.
- Muturudum: Ciudad mencionada por Tito Livio y Plutarco. Situada posiblemente en algún lugar de la meseta Celtibérica, en la cuenca del Duero.
- Neápolis: «Ciudad nueva».
- Numantia: Numancia.
- Octogesa: Antigua ciudad ibera en el término municipal de la actual Mequinenza (Zaragoza).
- Olissipo: Actualmente Lisboa.
- Osca: Huesca (en latín).
- Palaiápolis: «Ciudad antigua».
- Palantia: Río Palancia.
- Paso del Perthus: Lugar por el que los ejércitos provenientes de la Galia cruzaban los Pirineos.

- Pertusum: Ciudad ibera a orillas del río Alcanadre, a diecinueve millas romanas de Osca.
- Saguntum: Sagunto.
- Salduie: Zaragoza (en idioma ibero).
- Salo: Río Jalón
- Saltigi: Actualmente Chinchilla de Montearagón (Albacete).
- Sardinia: Cerdeña.
- Sicoris: Río Segre.
- Sucro: Río Júcar.
- Tagus: Río Tajo.
- Tarraco: Tarragona.
- Ticer: Río Ter.
- Turis: Turia.
- Valentia: Valencia.
- Vareia: Logroño.

LISTADO DE PERSONAJES HISTÓRICOS MENCIONADOS EN LA NOVELA

AUFIDIO: Mencionado por Tito Livio como uno de los traidores finales a la causa sertoriana.

CAYO HERENIO: Legado sertoriano encargado de la defensa de Valentia.

CAYO MEMMIO: Cuestor de Pompeyo.

CNEO POMPEYO MAGNO: Político y general romano. Sila fue el primero en dirigirse a él con el *cognomen* «Magnus» (el grande). Luchó en Hispania contra el general popular Quinto Sertorio antes de enfrentarse a Julio César por el liderazgo del Estado romano. Tras ser derrotado, buscó refugio en Egipto, donde fue asesinado en el 48 a. C.

CORNELIO SILA: Uno de los más notorios políticos y militares romanos de la era tardorrepublicana, perteneciente al bando de los optimates. Se erigió en dictador de Roma, persiguiendo sistemáticamente a todos sus enemigos.

DEMÓCRITO: Filósofo griego contemporáneo de Sócrates.

DOMICIO CALVINO: Procónsul de la Hispania Citerior vencido por Lucio Hirtuleyo en el 79 a. C.

ESCIPIÓN «EL AFRICANO»: Vencedor de los cartagineses en Hispania.

ESCIPIÓN EMILIANO, PORCIO CATÓN, SEMPRONIO GRACO: Cónsules romanos anteriores a Sertorio o Pompeyo.

ISTOLACIO: Posiblemente el último rey turdetano. Derrotado por Amílcar Barca, murió crucificado.

LICINIO MURENA: Político y militar romano, comandante de las tropas consulares en la Segunda Guerra Mitrídática. Fue estruendosamente derrotado por Mitrídates VI en el 81 a. C.

LUCIO FANIO y LUCIO MAGIO: Políticos romanos del bando popular refugiados en el reino del Ponto, enviados por Mitrídates a Hispania a finales del año 76 a. C.

LUCIO HIRTULEYO: Posiblemente el legado más afamado de Sertorio, guardián infalible de la Lusitania durante varios años.

LUCIO INSTEYO: Oficial sertoriano al mando de la guarnición encargada de controlar Contrebia Leucade tras la toma de la ciudad celtíbera en el año 77 a. C.

LUCIO MANLIO: Citado por Tito Livio y Plutarco. Posiblemente el mismo Manlio (antiguo procónsul de

la Galia narbonense) vencido por Hirtuleyo cerca de Ilerda en el 78 a. C. y que habría desertado al enemigo tras la derrota.

MARCO EMILIO LÉPIDO: Militar y político romano, declarado «enemigo público» por el Senado en el 77 a. C.

MARCO PERPENNA VENTO: Político y militar romano, líder de la facción popular. Expulsado de Sicilia por Pompeyo y proscrito por Sila. Eventualmente aliado de Sertorio en Hispania.

MARCO PORCIO CATÓN, «Catón el Viejo»: Político, escritor y militar romano. Procónsul de la Hispania Citerior, derrotó a los iberos en la batalla de Emporion en el 197 a. C.

MARCO TERENCIO VARRÓN: Polígrafo, militar y funcionario romano. Lugarteniente de Pompeyo, llegó a ser pretor. Al final de su vida abandonó por completo la carrera militar para dedicarse al saber y a la escritura.

MITRÍDATES VI: Rey del Ponto y enemigo acérrimo de Roma.

OCTAVIO GRECINO: Oficial sertoriano mencionado por Tito Livio.

POMPEYO ESTRABÓN: General romano y padre de Cneo Pompeyo Magno.

QUINTO CECILIO METELO: Procónsul optimatus de la Hispania Ulterior en el momento de la llegada de Sertorio a la Lusitania. Militar veterano y gran estratega.

QUINTO SERTORIO: Destacado político y militar romano de la época final de la República romana, célebre por el movimiento antisilano que acaudilló en Hispania y que dio lugar a las llamadas Guerras Sertorianas. Durante ocho años luchó contra el poder optimatus, derrotando a todos los procónsules enviados desde Roma hasta morir asesinado en Osca en el año 72 a. C.

TARQUICIO PRISCO: Oficial sertoriano mencionado por Tito Livio.

TITO DIDIO: Procónsul romano de la Hispania Citerior anterior a Sertorio o Pompeyo.

CONTENIDO EXTRA

BIOGRAFÍA DEL AUTOR



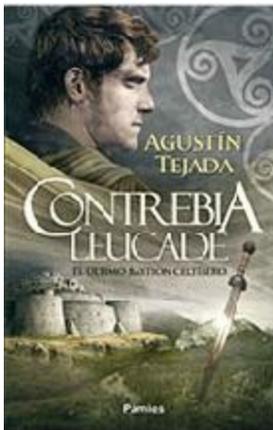
AGUSTÍN TEJADA Nacido en Castejón (Navarra) en 1961, actualmente reside en Tudela. Es profesor de inglés desde hace veintiocho años.

Hispania. El sueño de un rebelde es su segunda incursión en el mundo romano de la Hispania del siglo I a. C. después de *Contrebia Leucade* (Pàmies, 2013). También publicó en nuestra colección histórica *El indiano de Turruncún* (2015).

OTROS TÍTULOS

Disponibles en papel y en digital los anteriores libros del autor editados en ediciones Pàmies. En todas las librerías y grandes superficies y en todas las plataformas digitales:

CONTREBIA LEUCADE



CONTREBIA LEUCADE Siglo I a. C. Tras rebelarse contra Sila, y después de tener que buscar refugio en África, el general romano Quinto Sertorio avanza por la península ibérica sin encontrar oposición. Los lusitanos se han unido a sus huestes, y son pocos los que se atreven a enfrentársele, aunque se extiende el rumor de que Roma ha armado otro ejército al mando de Cneo Pompeyo para intentar acabar con él.

Contrebia Leucade, la Ciudad Blanca, es la joya de Celtiberia. Asentada al borde de un acantilado, es prácticamente inexpugnable. Está gobernada por un Consejo controlado por Ambón, caudillo que años atrás ya se enfrentó en el campo de batalla a Sertorio, al que odia profundamente.

Cuando Sertorio y su ejército aparecen a las puertas de Contrebia y piden un elevado tributo, Ambón ordena resistir cueste lo que cueste: no quiere verse involucrado en la guerra civil de los romanos y sabe que el tiempo juega a su favor.

Sertorio asedia la ciudad. Pero la clave para la resistencia o la caída del último bastión celtibero reside en un muchacho, Kalaitos, el hijo de Ambón, y en un esclavo llegado a Contrebia poco antes del asedio; un hombre que no es lo que aparenta ser y del que dependerá el futuro de Hispania.

Lee [aquí](#) el principio de *Contrebia Leucade*.

EL INDIANO DE TURRUNCÚN



EL INDIANO DE TURRUNCÚN

Préjano, La Rioja, verano de 1935.

En esta villa a orillas del río Ruesca, el tonto del pueblo ha aparecido colgado de un árbol. Un suceso extraño en una localidad donde apenas pasa nada; tan solo lo que quiere o permite don Fausto Saldaña, el implacable cacique de la comarca. Una muerte demasiado absurda como para que la Guardia Civil no se ponga a hacer cábalas. Las primeras pesquisas apuntan hacia Casa Arcalís, lugar de residencia de don Melitón Miñambres, un adinerado indiano recién instalado en la vecina aldea de Turruncún.

Para el joven Valeriano Correa, exseminarista y ahora flamante secretario de Casa Arcalís, la muerte del tonto Afranio es motivo de curiosidad y sorpresa. Como lo son también el resto de personajes que viven con él en la mansión del indiano, especialmente la escultural Dulce María, sobrina mulata de don Melitón y objeto de deseo de casi todo el mundo. Y mientras el sargento Trujillo y el joven Correa llevan investigaciones peligrosamente paralelas y compiten también por los favores de la exótica cubana, una nueva muerte agita el valle: un truculento crimen que pondrá al entrometido secretario en el punto de mira de la Guardia Civil y en las redes de Dulce María.

En la comarca de Arnedo, los estertores de una Segunda República agónica alternan con los truenos de una guerra civil en ciernes, y con las protestas airadas de un proletariado amotinado contra el cacique. Sin embargo, en medio de la vorágine, Valeriano Correa vislumbra la sospecha y se pregunta, mientras intenta salvar su propia vida, si las verdaderas intenciones de don Melitón Miñambres son las de defender los derechos de los trabajadores... u otras bastante más oscuras.

Lee [aquí](#) el principio de *El indiano de Turruncún*.